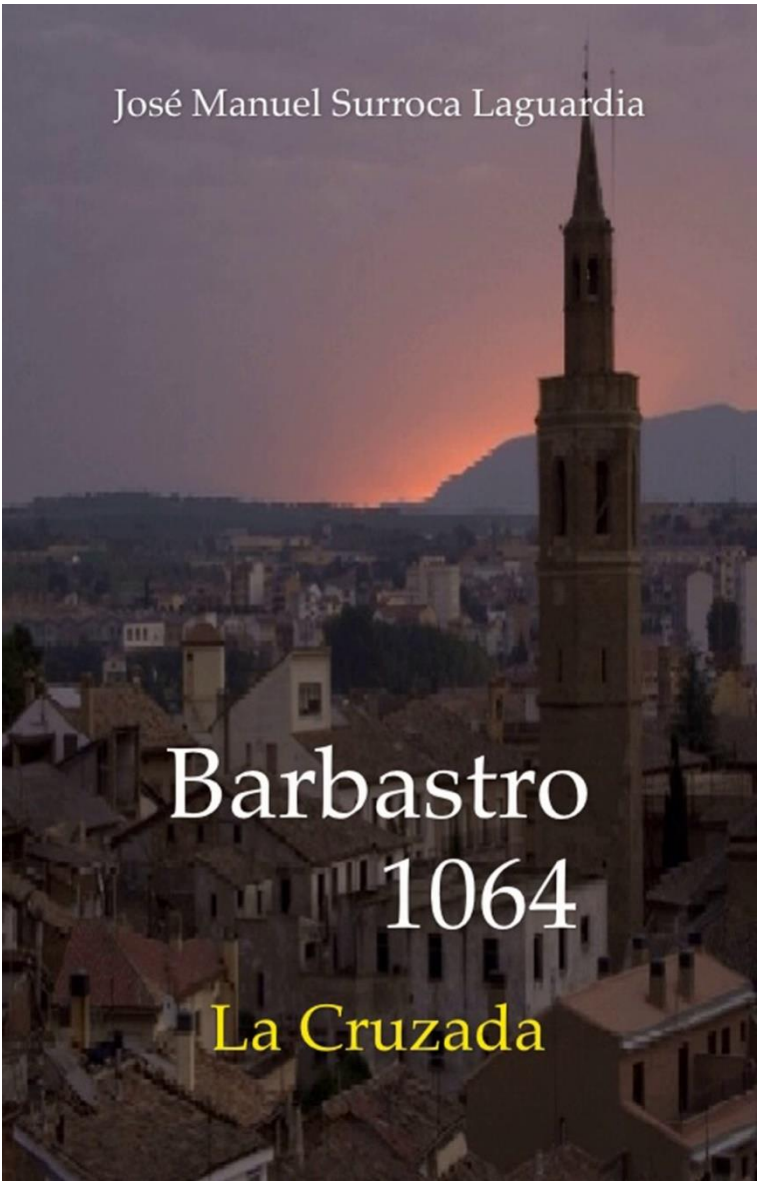
José Manuel Surroca Laguardia
Barbastro
1064
La Cruzada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor o Autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase al Autor si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de ésta obra. Puede contactar con el autor a través del correo electrónico surrocajm@telefonica.net

© José Manuel Surroca Laguardia, 2018

Portada: José Manuel Surroca Laguardia. Torre de la Catedral de Barbastro.
Impresión y Encuadernación: Amazon S.A.
Maquetación y diseño de la portada: José Manuel Surroca Laguardia

BARBASTRO 1064

La Cruzada.

José Manuel Surroca Laguardia

Dedicatoria.

A todos los Barbastrenses que han sido, son y serán.

Prólogo I. Nombres propios de la Época.

Alejandro II (1061, +1073)

Como Anselmo de Lucca, había sido reconocido durante varios años como uno de los líderes del partido reformista, especialmente en el territorio milanés, donde nació en Baggio, en el seno de una familia noble. Junto con Hildebrando, introdujo en Cluny el celo por la reforma. El primer escenario de sus actividades fue Milán, donde fue uno de los fundadores de la Pataria y añadió peso a la gran agitación contra la simonía y la incontinencia clerical su gran elocuencia y su noble cuna. El aparato para silenciarlo, encabezado por el arzobispo Guido y otros antagonistas de la reforma en Lombardía, que lo envió a la corte del emperador Enrique III resultó contraproducente pues le permitió difundir sus ideas en Alemania. En 1057 el emperador lo nominó para el obispado de Lucca.

Con su prestigio incrementado, reapareció dos veces en Milán como legado pontificio, en 1057 en compañía de Hildebrando y en 1059 en compañía de San Pedro Damián. Bajo el capaz liderazgo de este santo triunvirato, las fuerzas reformistas fueron bien sostenidas, en preparación para el inevitable conflicto. El decreto de Nicolás II (1059) por medio del cual el derecho de elegir al Papa recaía sobre el colegio de cardenales, suscitó el enfrentamiento entre el Emperador y la Iglesia, el cual tomó forma en la siguiente vacancia del Trono Apostólico.

La muerte del Papa Nicolás dos años después encontró dos partidos separados. El candidato de los hildebrandistas, apoyado por los cardenales, era el Obispo de Lucca; el otro bando proponía a Cadalo, obispo de Parma, protector y ejemplo de los vicios prevalecientes en

la época. Los cardenales se reunieron de forma legal y eligieron a Anselmo, quien tomó el nombre de Alejandro II.

Antes de proceder a su entronización, el Sacro Colegio notificó su decisión a la corte alemana. Se consideraba que los alemanes habían obtenido el privilegio de confirmar la elección, reservado a su rey con estudiadas salvedades en el decreto de Nicolás II, cuando sin razón aparente despidieron al embajador de los cardenales sin concederle audiencia. Anticipando una guerra civil, los cardenales completaron la elección el 30 de septiembre de 1061 con la ceremonia de entronización. Mientras tanto, una diputación de nobles romanos, furiosos por su eliminación como factor dominante en la elección del Papa, junto con representantes del episcopado anti reformista de Lombardía, se dirigieron a la corte alemana para solicitar la sanción real para la reciente elección. La emperatriz Agnes, actuando como regente debido a que su hijo Enrique IV, tenía diez años, convocó una asamblea de magnates clérigos y laicos en Basle y allí, sin ningún derecho legal, y sin la presencia de un solo cardenal, el Obispo de Parma fue declarado Papa y tomó el nombre de Honorio II (28 de octubre). En la lucha por su causa, el Papa Alejandro era respaldado por la conciencia de la santidad de su causa, por la opinión pública que exigía las reformas, por la ayuda de los normandos aliados del sur de Italia y por la benevolencia de Beatriz y Matilde de Toscana. Sin embargo en Alemania, las cosas dieron un giro favorable a su favor, cuando Anno de Colonia asumió la regencia y la arrepentida emperatriz se retiró a un convento.

Guillermo II Duque de Normandía (8-11-1027, + 9-9-1087)

En 1035 es nombrado Duque de Normandía, bajo la tutela de Osbern el Senescal y Alano III, Gilberto de Brion y Herluin de Conteville.

En 1047 los señores del oeste Normandía se rebelaron, pero con la ayuda de la Iglesia y un gran ejército, logro derrotarlos.

En 1051 visitó a su primo Eduardo el Confesor, rey de Inglaterra, quien le prometió la corona inglesa.

En 1066 invade Inglaterra y se convierte en Guillermo I de Inglaterra. Tras defender el ducado de los ataques de Enrique I de Francia, que pretendía lograr el control absoluto del ducado, ayudó a Haroldo de Wessex, contra Conan de Bretaña. Guillermo armó a Haroldo como caballero (hay que tomar en cuenta que en Inglaterra no se habían establecido aún las leyes de caballería) y, a la muerte de Eduardo el Confesor, el conde de Wessex se casó con la hija de Guillermo, que prometió a su nuevo yerno la mitad de Inglaterra. Sin embargo, al existir varios pretendientes al trono, entre ellos, Guillermo de Normandía, el Witan (consejo del rey durante la Inglaterra anglosajona) nombró rey a Haroldo. Cuando Guillermo tuvo conocimiento de esto, envió una carta a Haroldo reclamando el trono. Sin embargo, Haroldo contestó que había sido elegido por el Witan y que conservaría el reino. Durante el verano de 1066, y con la autorización del papa Alejandro II, Guillermo estuvo contratando mercenarios, construyendo una armada y preparándose para lo que sería la conquista normanda de Inglaterra. Fue entonces cuando Tostig, un hermano de Haroldo, prometió ayuda a Guillermo. Tostig fue a Noruega para discutir con su primo, Harald Hardrade, rey de aquel país (y otro de los pretendientes al trono inglés) sobre la invasión, que tuvo lugar en Stamford Bridge, el 25 de septiembre de 1066, donde las tropas vikingas fueron masacradas por los *huscarles* ingleses (de quienes se decía que eran los combatientes más resistentes de Europa). Se cree que esto se debió a que los guerreros escandinavos llevaban ropa de pieles; demasiado abrigo en ese día de verano tan caluroso en Inglaterra. De las trescientas naves escandinavas que

desembarcaron, menos de veinticinco regresaron a Noruega; también Hardrade y Tostig murieron. Guillermo zarpó hacia Inglaterra el 28 de septiembre del mismo año. Haroldo fue a Londres a celebrar el triunfo el 5 de octubre. Gyrth, otro hermano de Haroldo, se enfrentó a Guillermo cuando éste llegó a la isla, pero fue derrotado. Guillermo traía consigo a tres mil miembros de caballería pesada y cinco mil de infantería, Haroldo lideraba dos mil quinientos *huscarles* y seis mil miembros de la Fyrd (milicia sajona).Antes de que comenzara la batalla el 14 de octubre, cerca de Hastings, Haroldo arengó a sus hombres diciendo que nadie sería derrotado mientras fueran dirigidos por él. La batalla duró todo el día, hasta que finalmente Haroldo murió a causa de una flecha que le atravesó los ojos. Los normandos habían vencido, y el duque de Normandía recibió el nombre que lo distinguiría: Guillermo el Conquistador. Ese mismo día, Guillermo recibió un mensaje de parte de la madre de Haroldo II, pidiendo al vencedor el cuerpo de su hijo a cambio del peso en oro del cuerpo, para que ella lo enterrara. Guillermo se negó, diciendo que él lo enterraría junto al canal que se propuso defender.

En 1052 se casó, en la capilla de Notre-Dame del castillo de Eu, con Matilde de Flandes, hija de Balduino V de Lille, conde de Flandes, y de Adela de Francia, condesa de Corbie —hija del rey Roberto II de Francia, y nieta de Hugo Capeto—, pese a la oposición del papa León IX debido al grado de parentesco que había entre ellos. De este matrimonio nacieron 11 hijos:

• Gundrada (n. 1053 - m. San Juan de Acre, Palestina, 27.5.1085), casada con Guillermo I de Warenne, primer conde de Surrey.

•Roberto «Courteheuse» (n. 1053 – m. castillo de Cardiff, 10.2.1134), duque de Normandía al morir su padre (1087), hasta 1106, en que fue depuesto y encarcelado por rebelarse contra su hermano Enrique, rey de Inglaterra. Casado en 1100 con Sybilla de Conversano (m. 1101), el único hijo de este matrimonio, Guillermo Clito (n. 1101 –

m. 1128), heredó el condado de Flandes por el derecho de su abuela, y pretenderá, sin éxito, recuperar Normandía.

•Cecilia (n. 1054 – m. Caen, 30.7.1127), monja y abadesa de Caen.

•Adelizia (n. 1055 – m. ¿1066?), que fue monja.

•Ricardo (n. 1056 – m. New Forest, Hampshire, 1081).

•Guillermo «Rufus» ('el Rojo') (n. 1060 – m. asesinado -?-, New Forest, 2.8.1100), sucesor de su padre en Inglaterra (1087).

•Constanza (n. 1061 – m. 13.8.1090), casada con Alano IV de Bretaña «Fergent», duque de Bretaña.

•Matilde (n. 1062 – m. 1112).

•Adela (n. 1063 – m. Marcigny-sur-Loire, 3.3.1137), casada con Esteban II, conde de Blois.

•Agatha (n. 1064 – m. 1080), comprometida en matrimonio con Alfonso VI, rey de León y de Castilla, su prematura muerte frustró el enlace.

•Enrique I «Beauclerc» (n. Selby, Yorkshire, IX.1068 – m. St.Denis-le-Fermont, Rouen 1.12.1135), sucesor de su hermano Guillermo en el trono inglés (1100).

El gobierno de Guillermo I de Inglaterra trajo nuevas leyes. En 1070 mandó construir la Torre de Londres, donde se acuñaría y se hacía justicia. Durante los últimos años de su vida tuvo que padecer amargas querellas familiares, pero el golpe de gracia lo recibió de su hijo mayor, Roberto, que se rebeló contra su padre cuando este le negó el ducado de Normandía, con el apoyo de la propia reina Matilde. Guillermo falleció al caer de su caballo durante la lucha el 9 de septiembre de 1087, cerca de la población francesa de Rouen. En su lecho de muerte, cedió sus estados a sus dos hijos mayores: Normandía para Roberto, e Inglaterra para Guillermo. Fue sepultado en la abadía de San Esteban de Caen, en Normandía, al lado de su esposa.

Ramiro I Rey de Aragón (¿1006/1020-1021?, +1064)

Hijo de Sancho el Mayor de Navarra y de Mayor, hija de Sancho García, Conde de Castilla, nació sobre al 1020/1021 y falleció el 8 de Marzo de 1064 en el sitio de Graus.

Recibió el Condado de Aragón de manos de su padre en el año 1030, según costumbre navarra, consistente en delegar en los infantes, el gobierno de determinados territorios, a título de Rey. Contaba por tanto 10 años de edad. Jimeno Garcés fue asignado como aitán (tutor) del infante. Para entonces, sus hermanos mayores, Fernando y Gonzalo, disfrutaban ya del condado de Castilla y de Ribagorza, respectivamente, en las mismas condiciones que Ramiro. El reino de Navarra estaba destinado al primogénito García, al que sus hermanos debería acatar como señor natural.

A la muerte de Sancho el Mayor el 18 de Octubre de 1035, Ramiro hereda a todos efectos el Condado de Aragón, y lo hace a título de Rey con el nombre de Ramiro I. Para entonces, el Condado de Aragón se había ampliado con los territorios conquistados a los musulmanes más la región del Serrablo, desde Agüero y Murillo hasta el valle de Nocito.

El 27 de Agosto de 1036 contrae matrimonio con Gisberga, quien tomó el nombre de Ermesinda de Foix-Bigorre, hija de Bernardo Roger, Conde de Carcassonne, de quien tuvo a su primogénito Sancho Ramírez en 1043, García que fue Obispo de Jaca en el 1076 y Sancha quien contrajo matrimonio con Ermengol II de Urgel. En una relación extra matrimonial, Ramiro I tuvo un hijo varón, al que le dio el nombre de Sancho Ramírez, en la creencia de que su esposa no le iba ya a dar hijos, cosa que como se ha visto no ocurrió así.

En el año 1043 se produce el enfrentamiento de Ramiro I con su hermano el Rey de Navarra, García Sánchez III, al tratar el aragonés de incorporar algunas poblaciones navarras al reino de Aragón, que termina con la derrota total de Ramiro I a las puertas de Tafalla, estando a punto de perder la vida en la acción. No obstante la derrota, el rey aragonés se anexiona las plazas Sos, Luesia, Biel y Agüero. Con posterioridad los dos hermanos se reconciliaron mediante un acuerdo de no agresión, y donde se establecían las líneas de influencia y conquista de uno u otro reino.

El 26 de Junio de 1044, su hermano Gonzalo, Rey del Sobrarbe y la Ribagorza, fallece, al parecer asesinado, heredando Ramiro I este Condado incorporándolo al Reino de Aragón.

Viudo de Ermesinda, Ramiro I casó en segundas nupcias con Inés de Aquitania, matrimonio que debió de ocurrir sobre el 1054.

En 1061, siguiendo la costumbre navarra, y al igual que hizo su padre Sancho el Mayor con él, confía el gobierno de Aragón a su hijo Sancho Ramírez, asignándole como *eitán* a Sancho Galíndez. Con ello pretende dedicar todos sus esfuerzos a la confección y ejecución de un plan de ataque y conquista de las *coras* de Barbastro y Lérida.

Sancho Ramírez (1043, +1094)

Hijo de Ramiro I de Aragón y de Ermesinda de Foix-Bigorre, accedió al trono aragonés en 1064 y al de Pamplona en 1076, al acaecer la muerte de su pariente Sancho de Peñalén. Este rey de Aragón casó dos veces: la primera con Isabel de Urgel, que dio a luz al infante Pedro (futuro Pedro I) y la segunda con Felicia de Roucy. De este último matrimonio nacieron Fernando (muerto antes de 1094), el futuro Alfonso y el que luego sería Ramiro II el Monje.

Los ideales que informan la vida y la actuación de este importante monarca son tres: la europeización del reino, la organización eclesiástica de su territorio y la continuación de la empresa guerrera heredada de su padre.

Sancho es un hombre vinculado con las casas ultra pirenaicas del Midi, por lo que no extraña su deseo de abrir su reino a la influencia europea. Una meditada política matrimonial coadyuvará en la tarea, que adquiere gran trascendencia en la peregrinación a Roma, viaje hecho por el monarca en 1068. En esta ocasión el aragonés se sentirá «soldado de San Pedro» y colocará el reino bajo ese alto patronazgo apostólico. Años después completará su sumisión al Papa decidiendo pagarle un censo de 500 *mancusos* de oro al año. Sus caballeros sólo se verán obligados a pagar un *mancuso* anual. No hay que olvidar el poder económico de este rey que cobra parias, a los reinos de taifas musulmanes, y recauda los impuestos del paso de mercancías por sus peajes pirenaicos.

Sancho Ramírez, hombre profundamente religioso, emprenderá una tarea de organización y modernización eclesiástica.

Yusuf ibn Sulayman al-Mudaffar (hacia 1025, +1085)

Rey de la taifa de Lérida. Durante todo su reinado sufrió el acoso de su hermano Ahmed al-Muqtadir, que trató de integrar Lérida a la taifa zaragozana. Hijo de Sulayman al-Mustaín de Zaragoza, fue hermano de Ahmed al-Muqtadir, su sucesor. Pertenecía a la familia de los Banu Hud, de origen árabe y asentada en la Península Ibérica en tiempos de su antecesor, Hud.

A la muerte de al-Mustaín en 1046, sus estados fueron divididos en la herencia: Yusuf, que tomó el título

de al-Mudaffar, recibió Lérida; Ahmed al-Muqtadir recibió Zaragoza y luchó con sus hermanos para reunificar bajo su gobierno los estados paternos; Lubb, que recibió Huesca, fue el único que se mantuvo bajo la dependencia de al-Muqtadir; Mundir en Tudela y Muhammad en Calatayud trataron de mantener la independencia de Zaragoza, pero sus reinos entraron en la órbita de al-Muqtadir antes de 1051. Yusuf no estuvo conforme en entregar el poder a su hermano y durante todo su reinado debió enfrentarse a él para mantener su autonomía.

Hacia 1051 la presión de al-Muqtadir sobre Lérida debía ser bastante fuerte y Yusuf al-Mudaffar trató de ganar la alianza cristiana de catalanes y navarros para atacar Zaragoza; la noticia de este hecho, ofrecida por el cronista Ibn Jaldun, es muy imprecisa y no se sabe si las negociaciones culminaron en una campaña militar.

Por aquellas fechas se produjo un hecho que ilustra el odio que existió entre ambos hermanos: Yusuf recibió de los habitantes de Tudela una llamada de socorro en la que pedía víveres para mitigar la enorme hambruna que padecían. Al-Mudaffar obtuvo de Ramiro I una autorización para que la caravana con los alimentos atravesase sus tierras, pero cuando al-Muqtadir supo de este hecho, ofreció al rey aragonés una fuerte suma de dinero para que le permitiese atacar la caravana y esto fue suficiente para que Ramiro cambiase su palabra. Yusuf sufrió una gran derrota en las tierras de Ramiro I y la caravana fue expoliada por los aragoneses.

En noviembre de 1058 al-Muqtadir propuso a Yusuf una entrevista para negociar el fin de la guerra y le pidió que acudiese a sus tierras. Se trataba en realidad de una trampa; Yusuf, durante el viaje fue atacado por gentes de al-Muqtadir y solo salvo la vida gracias a su cota de malla. El zaragozano negó su implicación en los hechos y esto evito una guerra abierta entre los hermanos, pero las hostilidades continuaron.

Abú Yafar Áhmad ibn Sulaymán al-Muqtadir Billah (1046, + 1081)

Rey de la taifa de Saraqusta (Zaragoza). Abú Yafar Al-Muqtadir, de la dinastía de los Banu Hud, llevó a la taifa de Zaragoza a su máximo apogeo político y cultural. Fue mecenas de las ciencias, de la filosofía y de las artes. Mandó construir el bello palacio de la Aljafería donde se reunieron importantes intelectuales andalusíes.

Al-Muqtadir consiguió reunir bajo su mandato las tierras disgregadas tras el reparto de los dominios de Zaragoza entre sus hermanos hecha por su padre Sulaymán Banu Húd al-Mustaín. Solo Yusuf, gobernador de Lérida, resistió durante más de treinta años los intentos de integración de su hermano, hasta que fue hecho prisionero en 1078.

Fue un periodo de máximo esplendor de la Taifa zaragozana, que, en la segunda mitad del siglo XI, solo tuvo rival en la de la Sevilla de Al-Mutamid. Sus fronteras llegaron hasta el Mediterráneo, cuando, a partir de 1076 reunía bajo su dominio las taifas de Tortosa y de Denia, siendo el rey de la taifa de Valencia vasallo suyo.

Sin embargo, la difícil situación de Zaragoza, amenazada por el reino de Aragón de Ramiro I y Sancho Ramírez y en constante litigio fronterizo por las tierras de la Extremadura navarra y castellana (Tudela, Soria, Guadalajara), obligaban tanto a Al Muqtadir como a Yusuf de Lérida a pagar parias a sus vecinos cristianos, en especial al poderoso Alfonso VI de Castilla. Hasta el punto de que, en 1081, su sucesor, Al-Mutamín hubo de contratar los servicios de un mercenario castellano, Rodrigo Díaz de Vivar, conocido más tarde como El Cid.

Al obtener el reino de Zaragoza en 1046, Al-Muqtadir debió reducir a su obediencia a sus hermanos,

que habían sido situados al frente del gobierno de los diferentes distritos de la Taifa, y que pronto se alzaron como régulos en sus diferentes ciudades. Excepto Lubb de Huesca, que reconoció pronto a su señor y hermano, Muhammad en Calatayud y Mundir en Tudela comenzaron a acuñar moneda con su nombre, dándose títulos soberanos. En 1051 Al-Muqtadir ya habría destronado a tres de sus cuatro hermanos (excepción hecha de Yusuf al-Mudaffar de Lérida) recurriendo incluso a celadas no muy nobles.

Yusuf intentó incluso dominar Zaragoza, atacando a su hermano Al-Muqtadir, que, a su vez, y para impedir que Lérida se aliara con ejércitos cristianos para conseguirlo (sobre todo estaban interesados en ello los condes catalanes por las recompensas territoriales que podrían obtener) debió comenzar con su política de aplacarles pagándoles parias a cambio de su no intervención. De este modo, uno de los males endémicos de Zaragoza comenzó pronto a manifestarse, pues las grandes necesidades de dinero para tributar a los reinos cristianos provocaron continuas subidas de impuestos, lo que supuso un descontento creciente de la clase productiva de Zaragoza.

Más aún, la economía de la taifa se resentía a la vez que aumentaba la disponibilidad de numerario de unos reinos cristianos cuyos intercambios en metálico eran de escasa entidad hasta entonces. El cargo más oneroso para las arcas de Al-Muqtadir fue el ser tributario del poderoso reino de Castilla, que le defendía de los ataques del rey aragonés. Ya en 1060, Fernando I de Castilla cobraba el impuesto anual del rey de Zaragoza. En 1058 había intentado firmar la paz con Yusuf de Lérida para evitar pagar parias al conde de Barcelona, Ramón Berenguer I (incluso consta que recibieron tributos de Zaragoza en algún momento entre 1048 y 1063 Ramón de Cerdaña, Armengol de Urgel, Ramiro I de Aragón y García de Pamplona), pero la desconfianza entre los dos hermanos impidió su avenencia. En 1060, un suceso inesperado

vendría a iniciar la expansión hacia levante de Ahmad I Al-Muqtadir, obteniendo una salida al mar. Al morir los dos régulos eslavos de la taifa de Tortosa, Muqatil y Ya'la, un tercero, llamado Nabil o Labil que les sucedió, no pudo mantenerse en el poder, acosado por presiones internas y del exterior y, con sus súbditos sublevados, abandonó la taifa y se la entregó a Al-Muqtadir a cambio de asilo político. De este modo se inicia una expansión territorial que ocuparía todo el Levante con el vasallaje de Valencia en 1076 y la rendición de Lérida en 1078.

Paradójicamente, su poderío con respecto al resto de los reyes taifas de la zona contrasta con la debilidad mostrada ante los pujantes reinos cristianos, a los que solo podía hacer frente pagando a cambio de alianzas, apoyos militares y ejércitos mercenarios, como el del desterrado Cid.

A mediados del siglo XI, la frontera norte del reino *hudí* se situaba en la actual Barbastro, y disponía de un fuerte en Graus. Ramiro I de Aragón intentó repetidas veces apoderarse de estos puntos estratégicos que formaban una avanzada en forma de cuña entre sus territorios. En 1063 sitió Graus, pero Al-Muqtadir en persona, al frente de un ejército que incluía un contingente de tropas castellanas al mando de Sancho, el futuro Sancho II de Castilla, que quizá contaba en su mesnada con el Cid, consiguió rechazar a los aragoneses que perdieron en esta batalla a su rey, al parecer asesinado por un soldado árabe, llamado Sadaro, que hablaba romance y que iba disfrazado de cristiano y que, acercándose al real de Ramiro I, le clavó una lanza en la frente. Su sucesor, Sancho Ramírez, con la ayuda de tropas de condados francos ultra pirenaicos llamadas a la cruzada por Alejandro II, tomó Barbastro en 1064.

Al año siguiente, Al-Muqtadir, reaccionó solicitando la ayuda de todo Al-Ándalus, llamando a su vez a la *yihad* y volviendo a recuperar Barbastro en 1065. Este

triunfo le indujo a tomar el sobrenombre de Al-Muqtadir *Billah* ("el poderoso gracias a Dios), que inmediatamente mandó grabar en inscripciones cúficas en las yeserías de la Aljafería que entonces estaba construyendo con las leyendas "Esto es lo que mandó hacer el poderoso gracias a Dios" (es decir, Al-Muqtadir Billah).

A pesar de la pérdida de Barbastro, el reino de Aragón era una fuerza emergente y en ese mismo año toma el castillo de Alquezar. Para contrarrestarle, Al-Muqtadir firmó tratados en 1069 y 1073 con Sancho el de Peñalén, rey de Pamplona, por los que obtenía la ayuda navarra a cambio de parias. La alianza con el rey pamplonés detuvo por un tiempo el expansionismo aragonés, pero Sancho IV murió pronto, en junio de 1076, asesinado por obra de una conjura de sus hermanos Ramón y Ermesinda.

En levante, la taifa de Denia, que era muy rica, pues había sido una potencia marítima y comercial en tiempos de Muyahid y su hijo Alí (que casó con una hermana de Al-Muqtadir), estaba subordinada al gran Al-Maymûn de Toledo, que murió envenenado en 1075. Aprovechó esta ocasión Al-Muqtadir para presentarse en Denia con un ejército notable, animado por un visir de aquel soberano llamado Ibn al-Royólo, que consiguió mover a la población a favor del monarca zaragozano. Se negoció sin batalla la entrega de la Taifa de Denia a Al-Muqtadir en 1076, con lo que los dominios de Zaragoza se extendieron hasta la actual Murcia.

Tras este éxito, Al-Muqtadir fijó su objetivo en comunicar sus dominios, interrumpidos por la Taifa de Valencia. Esta era gobernada por Abú Bakr de Valencia, que había estado subordinada políticamente a Toledo y estaba en la órbita de Alfonso VI, de quien de hecho dependía. Al-Muqtadir se dirigió a Valencia con sus tropas y Abú Bakr salió a su encuentro engalanado y se declaró su vasallo. Así, Valencia pasó a ser una taifa vasalla del señor

de Zaragoza y, a cambio, este mantuvo al rey-títere Abú Bakr en Valencia en el poder. No podía llevar a cabo una conquista más efectiva, pues, tanto Alfonso VI, como el resto de los régulos de taifas, estaban muy recelosos del excesivo poder que acumulaba el rey de Zaragoza.

En sus tres últimos años de gobierno, de 1078 a 1081, Al-Muqtadir concentró sus fuerzas en conseguir someter a su poder a la taifa de Lérida, donde resistía su hermano Yusuf al Mudaffar. Tras muchos enfrentamientos lo hizo prisionero en la fortaleza de Rueda y logró el reconocimiento de su dominio sobre Lérida por parte de su hermano.

Pese a ello, y tal como había hecho su padre Sulaymán, volvió a dividir el reino al entregar a su hijo Al-Mutamín Zaragoza y la zona occidental, y a su hijo Al-Mundir, Lérida, Tortosa y Denia. A finales de 1081 Al-Muqtadir, al parecer gravemente enfermo, tuvo que delegar el poder en sus hijos y murió, con toda seguridad, en el año 1082.

Además de su talento político y militar, Al Muqtadir fue un rey sabio, con amplias inquietudes artísticas y culturales. Como muestra del esplendor de su reinado mandó erigir un palacio-fortaleza en la explanada de la *saría* zaragozana, en la Almozara, donde se celebraban las paradas militares, las fiestas de las victorias y los ejercicios ecuestres: La Aljafería (al-yafariya deriva de uno de sus nombres, Al-Yafar). Este suntuoso palacio fue la sede de su Corte, creando en sus dependencias un centro de cultura donde acudieron intelectuales y artistas de todos los puntos de Al-Ándalus, buscando un refugio de tolerancia y mecenazgo en la Taifa más septentrional y más alejada del influjo almorávide por su lejanía y por ser regida por una dinastía hispano árabe. Allí se dieron cita poetas, músicos, historiadores, místicos y, sobre todo, nació la mejor escuela de filosofía del islam, con la incorporación plena de Aristóteles a la filosofía árabe, labor que, iniciada en Oriente por Ibn Sina (Avicena), fue desarrollada con un

criterio independiente por Ibn Bayya, el Avempace de los cristianos. La labor de Avempace fue el punto de partida de la filosofía hispano-árabe, que fue continuada por Ibn Rushd (Averroes) y en la cultura hebrea por Maimónides.

Ducado de Normandía

La región de Normandía era poblada en su origen por pueblos celtas. Después de la ocupación romana, fue invadida por los Francos pasó a integrarse en el reino de Neustria. A partir del principio del siglo VIII, varias invasiones sucesivas de piratas vikingos, en su mayoría daneses, saquearon y arrasaron la región, llegando a sitiar París a mediados del siglo IX. El jefe vikingo Rollón (Gange Rolf en noruego) llegó a un acuerdo con el rey Carlos II de Francia quien le concedió el área de Normandía a cambio de defenderla contra los ataques piratas, mediante el Tratado de Saint-Clair-Sur-Epte en 911. La región se convirtió entonces en un ducado llamado Normandía, de Northmanorum o Nortmanni que significa "Hombres del norte", nombre con el que se denominaba a los invasores vikingos. Rollón fue nombrado primer duque de Normandía con el nombre de Roberto I.

El descendiente de Roberto I, Guillermo el Conquistador, Duque de Normandía, invadió Inglaterra en 1066 y se convirtió en el Rey Guillermo I de Inglaterra. Sus tropas fueron las últimas en invadir con éxito Inglaterra, y Normandía se mantuvo integrada en el reino de Inglaterra hasta la muerte de Guillermo en 1087.

Durante la primera mitad del siglo XII, las luchas sucesorias hicieron que Normandía alternara periodos de fidelidad al rey de Inglaterra y de Francia, hasta que en 1154, el entonces duque de Normandía y conde de Anjou, Enrique Plantagenet, bisnieto de Guillermo I, accediera al trono de Inglaterra como Enrique II. Su matrimonio con Leonor de Aquitania le había aportado feudos que ocupaban todo el oeste de Francia, por lo que Enrique II

reinaba sobre un territorio que abarcaba desde Escocia hasta el Pirineo, en lo que fue conocido posteriormente como Imperio Angevino. A su muerte, su hijo Ricardo Corazón de León heredó ese inmenso reino. Pero las desastrosas campañas militares de su sucesor, su hermano menor Juan I de Inglaterra, condujo en 1214 a la derrota de la Batalla de Bouvines frente a las tropas del rey de Francia Felipe Augusto. Normandía, al igual que las demás posesiones del rey de Inglaterra en territorio francés, pasó entonces definitivamente a formar parte del reino de Francia.

Las familias normandas, como la de Tancredo de Hauteville tuvieron un importante papel en las Cruzadas.

Ducado de Aquitania

El Ducado de Aquitania fue creado en el año 675 a la muerte de Childerico II, si bien su cronología es confusa antes del año 877 siendo en ocasiones considerado como un reino o un ducado. En ese año el Reino de Aquitania se divide en dos ducados, el de Gascuña y el de Aquitania (que posteriormente pasaría a denominarse de Guyena). Los dos se reunificarían en 1058 aunque el nombre de Guyena se seguiría usando ocasionalmente para identificar el ducado.

Toma especial importancia en 1204 a la muerte de la duquesa Leonor de Aquitania. Al estar casada ésta con el rey Enrique II de Inglaterra el vasto territorio del ducado (que superaba en extensión a los dominios directos del Rey) pasan a engrosar las posesiones inglesas en suelo francés lo que sería decisivo en el desarrollo de la posterior Guerra de los Cien Años.

Prólogo II

Historia de la presencia árabe en Huesca.

A finales del siglo VIII, Huesca pertenecía a la familia árabe de los Banu Salama, quienes dieron nombre al *wadi* Salama o río Guatizalema. Marzuq ibn Uskara era por las mismas fechas señor del castillo de Muns (Muñones, cerca del Salto del Gato, en Secastilla), donde vivía con sus treinta hijos. Los señores de Huesca quisieron desplazarle de allí por considerarle peligroso, pero Marzuq se mostró pacífico, y en prueba de buena voluntad entregó como rehén a su hijo Buhlul, llamado también Abul Hayyay, que fue recluido en la zuda de Huesca. Buhlul consiguió escapar, pero su padre no quiso recibirlo en Muns, por lo que tuvo que huir a Barcelona con unos parientes maternos.

De regreso a la Barbitaniya se instaló con un cuñado en Selgua. Allí gobernaba otro de los Banu Salama. Buhlul se alzó contra él y le dio muerte. Acordaron entonces los habitantes del lugar que declararían haberlo hecho entre todos (como en Fuenteovejuna, pero siete siglos antes). Buhlul y cuarenta hombres se refugiaron en el castillo de Robres, donde fueron atacados por el gobernador de Huesca. En el combate murieron todos los Banu Salama, y los soldados de Huesca se unieron a Buhlul ibn Marzuq, quien se hizo con el poder en 798-799. Entonces se dirigió a Zaragoza y se declaró en rebeldía contra el emir al-Hakam I, quien mandó contra él a distintos ejércitos. Él, que en el año 800, iba dirigido por Amrus "el muladí" no necesitó ni entrar en combate para vencer a Buhlul; sólo tuvo que entablar conversación con los habitantes de Zaragoza y ellos mismos le echaron.

Buhlul aún se mantuvo en el poder en Huesca dos años más. Buhlul ibn Marzuq mantenía relaciones, al menos desde 798, con el ejército carolingio, que apoyaba su insumisión contra Córdoba. A pesar de ello, se negó a entregar su ciudad a Luis de Aquitania en el verano del año 800. En algún momento, Jalaf ibn Rásid ibn Asad, señor del castillo de Antansar (situado en el tozal de Santa Bárbara, en Barbastro), dejó de apoyar la alianza de Buhlul con los carolingios, y éste recibió el encargo de eliminar a Jalaf. Buhlul apresó a Jalaf y decidió enviarlo al señor carolingio, pero la familia de Jalaf consiguió liberarlo al pasar por Yaso. Luego se dirigieron a Barbastro y desde allí iniciaron una ofensiva contra Buhlul, persiguiéndole y dándole muerte en el año 802 junto a una cueva que desde entonces se llamó El Algar de Buhlul (cueva de Buhlul), cerca de Huerta de Vero.

Jalaf extendió entonces su poder desde la Barbitaniya hasta Huesca, y lo mantuvo durante sesenta años. Hizo de Barbastro la capital del territorio y realizó construcciones en Alquézar, castillo que lleva el nombre de su familia, Qasr de los Banu Jalaf. En 851 actuó como juez en un litigio por apostasía. Dos hermanas, huérfanas de padre, habían sido educadas por su madre en la religión cristiana. Al morir la madre, un pariente cercano les indicó que deberían volver a la religión de su padre, el Islam. Las niñas se negaron, por lo que fueron acusadas ante el emir local. Jalaf no encontró ningún motivo de castigo y las devolvió a su domicilio. En una segunda acusación ante el valí de Huesca fueron halladas culpables, encarceladas y posteriormente decapitadas. Desde entonces, y hasta hoy día, Nunilo y Alodio fueron consideradas santas.

Jalaf murió en Barbastro alrededor del año 860 y fue sepultado en la parte occidental de la ciudad, en el cementerio llamado la Peña de los Cuervos. Su sepulcro se construyó con piedras del tamaño de adobes, esculpidas en su mayor parte. Jalaf ibn Rásid ibn Asad es considerado por varios autores como el fundador de Barbastro.

Personalmente me inclino por la hipótesis de una fundación muy anterior en el tiempo, pero no se dispone de pruebas por el momento. En cualquier caso Jalaf es hasta ahora el vecino del Entremuro más antiguo del que tenemos noticias, y creo que debería ser homenajeado de algún modo. ¿No merecería Jalaf ibn Rásid, por ejemplo, aparecer en alguna de las nuevas placas que dan nombre a las calles? A Jalaf le sucedió su hijo Abd Allah ibn Jalaf ibn Rásid ibn Asad, quien, aunque perdió el dominio sobre Huesca, conservó el de la Barbitaniya durante veintiún años.

Un miembro de la familia de los Banu-Qasi, llamado Ismail ibn Musa, conquistó Zaragoza el 22 de enero de 872, y Monzón el 27 del mismo mes y año. Desde allí trató de apoderarse de Barbastro. Abd Allah le atacó alrededor de 873, capturándolo y entregándolo al emir Muhammad I, quien, a pesar de haber ejecutado a otros Banu-Qasi en ese mismo año, le libera. Ismail vuelve a Monzón y, de una forma o de otra, consigue casarse con Sayyida, hija de Abd Allah ibn Jalaf.

Para celebrar la imposición del nombre de Muhammad a un hijo de ese matrimonio, Ismail invita a una fiesta a su suegro Abd Allah y a sus ocho cuñados, y con ese pretexto les apresa. Enterado de que el emir enviaba tropas contra él, les mató y se apoderó de sus dominios. Era el año 880. Los Banu-Qasi dominaban toda la Marca Superior, salvo Huesca, que pertenecía a los Amrus-Sabrit.

El emir de Córdoba dirigió contra Ismail varias aceifas. Muhammad ibn Lubb, sobrino de Ismail, permitió el paso por sus tierras de un ejército que se dirigía contra su tío. Enterado Ismail atacó a Muhammad en Calahorra, pero fue derrotado y capturado el 15 de noviembre de 882. Liberado posteriormente, aún vivió Ismail unos años retirado en Monzón, hasta el 10 de octubre de 889. Pero Muhammad ibn Lubb se había adueñado ya de todo lo

suyo. Muhammad ibn Lubb, acosado en 884 por los ejércitos del emir Muhammad 1, accedió a vender Zaragoza por diez o quince mil dinares si además era nombrado gobernador de Arnedo y Tarazona.

Debió después arrepentirse de la venta, puesto que en 889 le encontramos poniendo cerco a Zaragoza. En esta ocasión debe interpretarse la palabra cerco literalmente, pues mandó construir un muro que rodeaba todos los barrios exteriores de la ciudad. Un día que paseaba a caballo con todo su séquito, al entrar por el Arrabal, fue asesinado de un lanzazo por un hombre que le seguía a pie. Su cabeza fue exhibida desde la muralla, pero el asedio continuó.

Lubb ibn Muhammad ibn Lubb, hijo del anterior, consiguió del emir los nombramientos que tenía su padre, y a marchas forzadas acudió a Zaragoza desde Jaén para continuar el asedio. A la vez atacó a Muhammad ibn al -Malik al-Tawil, quien le había arrebatado la Barbitaniya, le capturó y lo llevó cargado de cadenas a Zaragoza, como un alarde. Lubb se hizo con el dominio de la Barbitaniya y casó con Domna Velasquita, hija de al-Tawil.

En el año 900 Alfonso 111 el Magno, Rey de Asturias, dirigió una campaña contra él en Borja y Tarazona, pero Lubb salió victorioso. En el verano de 904 atacó Baños y el Pallars y continuó con el asedio a Zaragoza. Sancho Garcés 1 de Pamplona atacó sus posesiones en la Rioja Alta. Lubb se dirigió entonces contra Pamplona, pero el 29 de septiembre de 907 fue derrotado y muerto cuan-do contaba con treinta y ocho años de edad.

El mismo año Muhammad ibn al-Malik (apodado "El Largo"), tomó Boltaña, Barbastro y Alquézar, y un año después Monzón y Lérida. Los Banu Sabrit eran una familia descendiente de nativos de Huesca a quienes sorprendió la invasión de los árabes, que llegaron a la

provincia alrededor de 714. Decidieron hacerse musulmanes para evitar mayores problemas, como los Banu Qasi, acérrimos enemigos suyos. He resumido mucho la historia de los Banu Sabrit que tuvieron relación con Barbastro, y he acomodado un tanto la caligrafía de sus nombres para hacer el texto más legible.

He aquí la historia: Muhammad ibn al-Malik al-Tawil era señor de Huesca desde que mató al gobernador Masud en el año 887. Estaba casado con Sancha, una hija de Aznar Galindo II de Aragón. En el año 889 conquistó la Barbitaniya de manos de Muhammad ibn Lubb. El distrito comprendía más o menos lo que es el actual Somontano, además de Boltaña por el Norte y Selgua por el Sur, pero sin llegar a Monzón.

La capital era Barbastro desde el año 800. En 898 Lubb atacó Huesca, capturó a al-Tawil y lo llevó cargado de cadenas al asedio de Zaragoza, como un alarde. Lo liberó a cambio de la Barbitaniya, aunque accedió a venderle Huesca por cien mil dinares, de los que pagó cincuenta mil y dejó como rehenes a sus hijos Abd al-Malik y Sayyida (llamada Domna Velasquita). A la muerte de Lubb, al-Tawil reconquistó Barbastro. Atacó Roda de Isábena, los valles del Segre y el Noguera Ribagorzana, Pamplona y Tarrasa.

Cuando trataba de reconstruir la muralla de Tortosa, en 913, murió en batalla. Tuvo ocho hijos, algunos de ellos vecinos del Entremuro, a saber: Sayyida (Domna Velasquita) casó con Lubb ibn Muhammad, de quien era rehén.

Abd al-Malik Ibn Muhammad sucedió a su padre en Huesca y Barbastro. Cedió a su hermano Amrus el castillo de Monzón, aunque éste lo perdió ante los Banu Qasi. Durante el período de su gobierno fue atacado en varias ocasiones por su propia familia, tíos y primos, aunque el pueblo de Huesca consiguió eliminar a todos los que le

vencieron. El 25 de diciembre de 918 le ataca su hermano Amrus, quien le prende y ordena su estrangulamiento. Amrus ibn Muhammad le sucede, pero en 919 la población le expulsa de Huesca, llamando a su hermano Fortún.

Se instaló en Barbastro, donde levantó nuevos muros y torreones. En 919 pierde Barbastro ante los Banu Qasi. En 920 ataca el castillo de Monzón con ayuda de Sancho Garcés y Bernardo Unifredo de Ribagorza, haciendo huir a la guarnición. Su hermano Fortún le ataca en 921 cuando estaba en el castillo de Muñones (cerca de Secastilla), pero fracasa. Abu Bakr de Zaragoza le captura en 922 y le obliga a pagar un alto rescate. En 929 obtiene el nombramiento como gobernador de Barbastro. Se sublevó repetidamente contra Abd al-Rahman III, negándose a pagarle impuestos y a participar en las campañas de guerra (aceifas) que dirigía el Califa. Murió el 6 de junio de 935. Fortún ibn Muhammad no fue gobernador de Barbastro, pero su historia es muy interesante. En 919 quedó al mando de Huesca cuando la población expulsó a su hermano Amrus.

En 933 se negó a asistir a la aceifa que atacó Osma, y temiendo la reacción de algunos ciudadanos los fue encarcelando. La población de Huesca le expulsó en junio de 933, refugiándose en el castillo de Sen y Men. El Califa le hizo gobernador de Niebla en 935, y en 937 de Huesca. En agosto de 939 participó en la batalla de Alhandega, en la que las tropas cordobesas sufrieron una gran derrota, debido a que las tropas de Fortún abandonaron el combate. El Califa mandó perseguirle, y lo capturaron cerca de Calatayud. Fue enviado a Córdoba, y el 14 de septiembre de ese año, coincidiendo con la entrada en la ciudad de Abd al-Rahmán III, fue crucificado y alanceado frente al alcázar.

La esposa de Fortún, que era cristiana, viajó entonces a Pamplona y casó con su rey García Sánchez. En 922 Musa ibn Muhammad era gobernador de Lérida,

plaza que perdió ante los Banu Qasi. Quedó como lugarteniente de su hermano Fortún en Huesca. En 940 recibió en Córdoba el nombramiento como gobernador de Huesca y la Barbitaniya. Pidió los nombramientos de sus hermanos Yahyá como gobernador de la Barbitaniya, y de Walid como señor de algunos castillos como el de Sorban. Murió el 18 de diciembre de 954. Yahyá ibn Muhammad residía en Córdoba desde 933 y fue gobernador de Mérida en 935. Cuando su hermano Fortún recuperó Huesca en 937 quedó como rehén en Córdoba. En 942 recibió el nombramiento como gobernador de Barbastro, Boltaña y Alquézar.

Ese mismo año fue capturado por una horda de húngaros que, tras asolar el sur de Francia, habían puesto sitio a Lérida y dirigido ataques hacia el río Ena y Huesca. El 14 de septiembre fue liberado en Tortosa por un mercader que pagó por él un rescate de mil *mezcales*, y fue premiado después por el Califa con el doble. Gobernó luego en Barbastro desde 943 a 951, donde murió el 20 de diciembre. Lubb ibn Muhammad: nombrado gobernador de Barbastro en el año 951. Falleció de repente en Córdoba en 955, sucediéndole un hijo suyo, Yahyá, que compartió el gobierno con su primo Abd al-Malik de Huesca hasta que en 959 se separaron de nuevo las dos jurisdicciones.

La única noticia posterior sobre los Banu Sabrit es del año 975. En un torneo celebrado en Córdoba participó Walid ibn Abd al-Malik ibn Musa, que sería hijo de Abd al-Malik, nieto de Musa ibn Muhammad y biznieto de Muhammad ibn Abd al-Malik al-Tawil, con el que hemos comenzado esta historia.

Capítulo I.
Etretat, Normandía 1.025

Desde lo alto del acantilado la brillante redondez de la luna se veía reflejada sobre la fría y negra superficie del Atlántico. Desde lo alto, una suave y prolongada pendiente completamente helada, terminaba en las inmediaciones de una pequeña aldea, de nombre Etretat. Miles de efímeros brillos producidos por la reflexión de los rayos lunares en las heladas briznas de la hierba que cubría toda la superficie, junto con el silencio absoluto tan solo roto por el embate de las olas del mar sobre la base del acantilado, producían un extraño y sobrecogedor efecto.

Más abajo y un tanto apartada del pequeño conjunto que formaban las casas de la aldea, podía verse junto a un pozo, una solitaria casa construida con piedra, madera y adobe, por cuya chimenea salía una densa columna de humo y gracias a la luz de un candil en el interior, podía observarse a través de las traslúcidas pieles de cordero encurtidas en aceite y que hacían las veces de cristales de la ventana, el nervioso pasear de una sombra por delante de la misma. Todo señalaba que dentro de ella tenía lugar una febril actividad.

En el exterior, tres caballos y una mula sujetos a una cerca de madera, se movían inquietos al tiempo que exhalaban grandes volutas de vapor por los ollares. A su lado, dos hombres completamente envueltos en sus gruesas capas se movían constantemente de un lado para otro para protegerse del intenso frío, a la espera de acontecimientos. Por el enjaezado de los caballos, era evidente que sus dueños pertenecían a alguna casa principal.

Mientras, en el interior de la casa, las mujeres, dirigidas por una partera, calentaban en el hogar de la cocina, abundante agua en orondas y enormes ollas de barro. A un lado, en una silla junto a una mesa apartada un tanto del hogar, el dueño de la casa, el herrero Ferrán, esperaba con cara ausente junto con un nervioso y corpulento caballero en constante movimiento la conclusión de tanto ajetreo y actividad. En la habitación contigua, separada de la cocina por una gruesa y mugrienta cortina, Agnes, la hija del herrero, quien apenas contaba con 16 años de edad, estaba de parto, siendo el padre de la criatura el caballero que esperaba ansiosamente en la cocina.

Pasada media hora, un estridente y potente llanto proclamó a los cuatro vientos el nacimiento de un nuevo ser. Los dos hombres, que en aquel momento estaban sentados sin dirigirse apenas la palabra, absortos cada uno en sus propias cavilaciones, se pusieron en pie como movidos por un resorte.

Tras unos minutos que se hicieron eternos, de detrás de la cortina hizo su aparición una mujer ya entrada en años, de profusas y generosas carnes y que ejercía el oficio de ayudar a traer a este mundo a niños de toda la comarca siendo requerida constantemente por aldeanos y campesinos. Se dirigió directamente al padre de la criatura.

— Ha sido un niño, *sire*. Todo ha ido muy bien, sin problemas. Tanto él como la madre, se encuentran en perfecto estado. —Explicó— Ahora le está dando de mamar al niño. Y vosotras —dirigiéndose a las mujeres— preparad un caldo de gallina para la madre. Durante dos o tres días deberá ser alimentada con caldo y carne hervida.

Una vez emitida la breve y concisa declaración, su cara se iluminó con una sonrisa a la vez que extendía su mano hacia el caballero quien ya le ofrecía una bolsa con monedas.

Tras inspeccionar con descaro su contenido y una vez comprobado, su rostro devolvió una complaciente y satisfecha sonrisa a la vez que realizaba una ligera flexión de cabeza. Se puso un enorme gabán donde quedó oculto su voluminoso cuerpo y tras saludar de nuevo abandonó la casa, montó en su mula e inició con presteza el camino de vuelta a su casa, situada no muy lejos de Etretat, en un lugar denominado Le Chaudron, en lo alto de un acantilado.

Entre tanto, en la cocina, el padre de Agnes, también recibía una bolsa con monedas, y éste, al contrario que la partera, la acepto sin mirar su contenido, amagando una inclinación de cabeza. Lo que recibía el dueño de la casa era el precio de una transacción. El caballero era el padre del niño y había manifestado su deseo de hacerse cargo del mismo, pues quería darle una educación acorde con su rango de hijo del futuro Duque de Normandía, Ricardo, Conde de Rouen, por lo que aquella bolsa repleta de monedas compensaba las molestias sufridas por la familia de la madre del niño. Por otro lado, Ferrán, obtenía un beneficio inesperado, a la vez que se quitaba una boca a la que alimentar. Recordaba su enfado, cuando su alocada hija Agnes, le comunicó que estaba embarazada de Ricardo, hijo del Duque de Normandía. Tras el primer arrebato airado al recibir la noticia, pensó por un momento que aquello le podría proporcionar algún ingreso extra en su maltrecha economía, pero al instante siguiente pensó que también le podía costar caro si "molestaba" al señor con sus problemas. Lo habitual en estos casos era que las consecuencias de la lascivia de los poderosos, corrieran a cargo de la sufrida víctima, como ocurría corrientemente, a pesar de que la iglesia clamaba contra el abuso sexual de los señores con siervas y criadas. Pero cuando su hija le comunicó la nueva de que el padre de la criatura quería hacerse cargo de ella y encima le pagaría una cantidad, su enfado se trocó en alegría.

El padre de la criatura se dirigió al herrero, mientras se disponía a partir.

— Mañana por la mañana, vendrán a buscar a la criatura. Tenedla preparada para que sin dilación, puedan hacerse cargo de ella.

— Así se hará, *Sire*— contestó el herrero, a la vez que inclinaba la cabeza.

Y sin más, el caballero dio media vuelta y sin dirigirse a la alcoba donde reposaba la parturienta Agnes, salió al exterior de la casa. Montó en su caballo, y junto con los dos jinetes que le acompañaban, se alejó rápidamente de la herrería.

Mientras cabalgaba en silencio, Ricardo, Conde de Rouen, meditaba sobre lo que acababa de ocurrir en la casa del herrero Ferrán. No es que sintiera indiferencia hacia aquella muchacha que le había cautivado por su belleza y sensualidad, sino más bien todo lo contrario. Pero en aquel momento, duro y difícil, especialmente para ella, prefería pasarlo sin hacer concesiones a sus sentimientos. Su conciencia no estaba tranquila, y deseaba y necesitaba pasar de aquel trance lo más rápido posible. Quería dar una imagen de frialdad que en su interior no sentía. Pasado algún tiempo, y una vez que el destino de aquel muchacho estuviera asegurado, sería el momento adecuado para informar a su madre de todos los pormenores relacionados con el pequeño. No deseaba que aquel niño bastardo, sufriera las consecuencias de los pecados cometidos por su padre. Bastardo, a los ojos de los demás. Legítimo a los suyos. A sus veintinueve años, aquel niño representaba su propio yo, y acariciaba la idea de proyectar su propia vida en la de su hijo. Aquel niño, era diferente a los otros habidos con muchachas que se le habían entregado por propia iniciativa. Pero con Agnes, la cosa fue diferente desde el principio, cuando se encontraron casualmente en una fuente del pueblo, a donde ella iba a llenar un cántaro con agua y él iba a saciar su sed y la de su caballo. Fue amor a primera vista.

Al día siguiente, casi de madrugada, un séquito compuesto por cinco caballeros y una dama que viajaba en un carruaje de viaje, dotado con asientos almohadillados y brasero, se presentaron en casa del herrero Ferrán. Cinco minutos más tarde, la comitiva partía después de que la dama se hiciera cargo del niño y lo hubieron abrigado con las ropas que habían traído consigo.

Dentro de la casa, Agnes, su madre, lloraba por la pérdida del niño, mientras su madre le enumeraba las razones por las que lo mejor que podía ocurrirle a ella y a los demás, era que ese niño quedara al cargo de su padre. Luego siguieron una serie de advertencias y amenazas relativas a evitar en la medida de lo posible, el exacerbar los instintos de los hombres y mucho menos si se trataba de señores principales, ya que en opinión de sus padres, y lo que es peor, de sus convecinos, Agnes andaba siempre en el filo de lo provocativo. Sin embargo, ésta sentía como si algo de sí misma le hubiera sido arrebatado. Aquella carita dulce y rosa, enfrentada a la suya mientras mamaba, se le había quedado grabada en su memoria. Se lo habían arrebatado sin preguntarle a ella. Su propio padre, había visto en lo que en un principio consideró una desgracia, la forma de obtener un beneficio. Nadie le había dicho a donde se lo llevaban ni que nombre le pondrían, así es que ella, le puso el nombre de Pedro, con el que lo recordaría durante el resto de su vida. Al fin y al cabo, desconocía lo que la vida le tenía preparado. Tal vez tuviera más hijos, pero aquel que le habían arrebatado, era el primero, su primogénito, su Pedro.

El séquito que llevaba al recién nacido, inició su camino hacia la Abadía de Saint-Ouen en Rouen, capital del ducado, empleando en su recorrido medio día, parando en algunas posadas del camino donde se reponían de las inclemencias del tiempo y de los caminos embarrados y de difícil tránsito. Empezaba a anochecer, cuando avistaron por fin la Abadía, recortada contra el azul del cielo. Una

vez allí, pondrían al niño, bajo la autoridad del abad, Henri de Isembert.

La iglesia abacial, se levantaba en lo alto de una pequeña y suave colina, mostrando su nave central rematada en el cruce por la torre magnífica y a la que se habían adosado otras construcciones que servían para dar acogimiento a los monjes que servían en ella. La abadía estaba ocupada por una comunidad de cincuenta monjes benedictinos que tenían como actividad principal, el estudio y la oración continua. Las labores domésticas, eran por tanto, desarrolladas por los vecinos de Rouen, quienes tenían en el monasterio una fuente de trabajo alternativa que les permitía alimentar a sus familias.

Cuando el grupo de recién llegados, esta vez formada por tres hombres, uno de los cuales portaba un cofre, y la dama que portaba al niño perfectamente envuelto en pieles estuvo a pocos pasos de la puerta de doble hoja, esta se abrió silenciosamente para dar paso al carruaje. Tras las puertas, se encontraba una explanada donde numerosos carros esperaban su turno para ser descargados en los almacenes de la abadía. Carpinteros, yeseros, panaderos y otros y variados oficios, ejercían su actividad en el cenobio, al que llegaban a las seis de la mañana para iniciar su jornada laboral. Sobre las nueve de la noche, emprendían el camino de regreso al pueblo. Trabajaban por la comida y unas pocas monedas, pero su trabajo era esencial para el sostenimiento de la abadía. Ambos, pueblo y abadía, mantenían una gran relación, dado que ambos se necesitaban y complementaban para poder desarrollar sus actividades. El monasterio necesitaba de los hombres del pueblo para poder llevar a cabo los diversos trabajos que se necesitaban, constituyendo un motor generador de riqueza que les permitía vivir sin agobios complementando los ingresos procedentes de su trabajo en la abadía, con una importante actividad fluvial, gracias al Sena.

Tras ser recibidos por un fraile que ya les estaba esperando, les condujo directamente a los aposentos del abad Henri. Este, que ya había sido alertado de su llegada, aguardaba su presencia. Había ordenado disponer en una mesa aparte, una vasija con licor de calvados, otra con aguardiente de manzana y otra de vino dulce traído de la lejana región de Frontignan, junto con unos platillos de flan normando hecho de crema pastelera mezclada con manzanas y otros con *crepés* a la normanda, para obsequiar a sus ilustres visitantes y reconfortar sus, previsiblemente, mermadas fuerzas, dado que viajar por caminos embarrados muy deteriorados por las lluvias que no parecían acabar nunca, producía en los viajeros un cansancio notable.

Los tres hombres, se despojaron de sus ropajes de abrigo. La habitación estaba caldeada gracias a un enorme brasero situado en el centro de la estancia, donde dos enormes troncos ardían con sordo crepitar, calentando suficientemente la habitación. Lo propio hizo la mujer, quien destapó a la criatura que llevaba en sus brazos.

— Seáis bienvenido a Saint-Ouen —dijo el abad, dirigiéndose hacia los recién llegados. — ¿Llegáis todos bien? ¿Y el niño?

— Sí. A Dios gracias, todos estamos bien. En cuanto al niño, es fuerte y ha soportado el duro viaje sin pestañear. Tan solo lloraba para reclamar nuestra atención a las horas de comer. Es digno hijo de su padre.

— Doy gracias a Dios por ello. Pero permitidme que os ofrezca algunos dulces para que repongáis fuerzas. En cuanto al niño, voy a disponer que nos traigan leche tibia, para que también tome algo. –dijo solícito.

— Para el niño no es necesario que os molestéis, pues tan solo hace una hora que ha comido, y ahora se encuentra como veis, dormidito —dijo la mujer que llevaba al recién nacido.

— Como dispongáis. Ahora, hacedme el favor de tomar algo y luego continuaremos con el asunto que nos ocupa.

El abad Henri de Isembert rozaba ya los 56 años, no era de naturaleza tan amable y atenta como podía parecer ante el recibimiento mostrado a sus visitantes. Sus motivos eran totalmente interesados. Hacía un mes, que Ricardo, el hijo mayor del Duque de Normandía, Ricardo II, se había presentado en la abadía, comunicándole el próximo nacimiento de su hijo o hija, concebida con una aldeana de Etretat, llamada Agnes y que era la hija del herrero Ferrán. Le comunicó su intención de hacerse cargo del niño, asegurándole que había sido fruto del amor y no de un abuso libidinoso como solía ocurrir entre los señores dominantes y sus criadas o aldeanas de los pueblos bajo sus dominios, haciéndole partícipe de sus planes con aquel recién nacido, que ahora tenía ante sí y al que observaba con curiosidad, mientras la mujer y los tres hombres tomaban y bebían de las viandas situadas sobre la mesa con evidente satisfacción. En su contrita confesión, le manifestó su arrepentimiento y rechazo de tales prácticas, a la vez que le rogaba que se hiciera cargo de la crianza y futura educación del niño y que esta debería ser la mejor de todas las posibles, como correspondía a su alcurnia, perteneciente a la casa ducal, dado que las circunstancias de su nacimiento y al no estar casado, impedían que el niño fuera atendido en el castillo familiar, como hubiera ocurrido si el nacimiento se hubiera producido con todos los pronunciamientos favorables. Para ello, estaba dispuesto a donar a la abadía una serie de propiedades y a la entrega de tres mil monedas de oro, con los que poder hacer frente a los posibles gastos en su crianza y formación. En el caso de ser niña, debería actuarse de igual forma. Seguidamente le hizo una relación de las donaciones incluidas en la transacción y a la vista de aquellas quedó colmada la felicidad del abad, quien en su interior, dio gracias a Dios por tantos parabienes. Todo ello, dentro del más absoluto de los secretos. De ahí, el recibimiento tan cordial, impropio del Abad Henri, al que se le conocía como el Abad “espinas”, por su conocida manía en utilizarlas, para mortificar la carne de sus pobres

monjes, en previsión de tentaciones carnales con las que el diablo pudiera tentarles.

Así pues, aquel niño, representaba una inyección económica importantísima para la abadía. Ricardo, le comunicó, que no se forzara al niño a tomar los hábitos, sino que, si ello ocurriera, fuera de forma natural, por su propia voluntad, no dirigida. Debería dársele la formación que requiriera su vocación, fuera la que fuese, claro está, dentro de las normas que un cristiano debe de observar, y que en caso de no comportarse con el rigor, bondad y obediencia debidos, debería ser castigado como cualquier otro. Rogaba que se le informara con regularidad sobre las capacidades intelectuales y físicas del niño, sus inclinaciones, su carácter, su actitud, en fin, sobre todo aquello que el abad considerase oportuno poner en su conocimiento. Y si la urgencia fuera grave, debería ser informado inmediatamente.

— Dios dispone de nuestras vidas, y como desconocemos qué nos tiene reservado, es por lo que deseo allanar el camino de este niño, si Dios, en su divina providencia, me llamara a su lado antes de que mi hijo alcanzara la mayoría de edad —le había dicho, a modo de justificación de tan extraordinarias dotaciones.

Una vez que los visitantes, hubieron probado la bebida y los dulces de la mesa bajo la complaciente mirada del abad, quien un tanto apartado, respetaba en silencio aquella reposición de fuerzas. El de más edad, se dirigió al Abad.

— Soy Gautier de Evreux, Senescal del Conde de Rouen, y he sido encargado de haceros la entrega del niño y de unos documentos, así como una cantidad de dinero.

— Tenía ganas de conoceros, Gautier de Evreux. Me habían llegado noticias de vuestro estricto sentido de la lealtad y de la justicia, por el que sois conocido en toda Francia. Vuestra fama os precede. ¡No sabéis lo necesitado que está el mundo de personas como vos, que aporten equilibrio entre tanta tensión entre Señores! En este

sentido, tengo que apoyar totalmente al abad Odilón de la Abadía de Cluny, en su lucha por instaurar entre los señores la Paz de Dios. —dijo.

— Sobre eso, algo he oído. Y no acabo de entenderlo. ¿Algún día deberíais tener la amabilidad de explicarme en qué consiste eso de La Paz de Dios? Os lo agradecería —dijo el Senescal.

— Con gusto, mi buen Gautier. Si os place, lo haré ahora mismo. La Paz de Dios, establece que los caballeros tienen prohibido hacer la guerra, en primer lugar los sábados y domingos, y desde el miércoles por la noche hasta el lunes por la mañana, durante el Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua. La contravención de estas prohibiciones comporta el anatema para el trasgresor al que le será negada la sepultura cristiana, siendo además excomulgado. —le respondió el Abad.

— No sé qué os diga. Así lo tenía entendido, pero eso no creo que resuelva el problema. Lo justo sería que los Señores, acudiesen a los tribunales o a un consejo de hombres santos, para dirimir sus disputas. Y al que no acepte la sentencia, entonces se le aplica lo del anatema y lo demás. La medida, lo único que hará será retrasar la sangría, no impedirla.

— Para ser justo, debo de decir que sobre eso, sabéis más que yo. Lamentaría profundamente que los intentos del abad Odilón, fracasaran. De cualquier modo, os agradezco vuestros esfuerzos, para evitar tanto derramamiento de sangre inútil. —dijo el abad.

— El niño está sin bautizar. No ha habido tiempo para ello. Será lo primero que deberéis hacer, y le impondréis el nombre de Nicolás. El niño no será informado sobre sus orígenes, hasta que mi señor, considere que se dan las circunstancias y condiciones para hacerlo, cosa que quiere hacer él personalmente. En el arcón, encontrareis, los documentos de las donaciones junto con detalladas instrucciones al respecto de lo que hemos hablado y un pequeño cofre con monedas, que deberéis guardar para cuando deba de ser entregado al niño.

El soldado que portaba el cofre, lo acercó al Abad, situándolo sobre la mesa, y abriéndolo, dejando a la vista su contenido. El abad cogió algunos de los documentos, y desenrollándolos, leyó atentamente durante unos segundos. Luego, completamente satisfecho, hizo sonar una campanilla que se encontraba sobre su mesa de trabajo. A los pocos momentos, la puerta de la habitación se abrió, dejando paso a un monje, quien después de hacer una inclinación de cabeza antes los visitantes, quedo atento a las órdenes del Abad.

— ¡Ah, aquí está fray Jacques! —Dijo— Le he encargado la misión de tutelar a Nicolás, durante todo el tiempo que esté con nosotros. Fray Jacques, es un hombre de bondadosa condición, con una formación académica excelente, que no dudo, será el Tutor perfecto para nuestro niño. ¿Os habéis procurado la niñera que dará de mamar al niño? —preguntó, dirigiéndose al recién llegado.

— Sí, padre. Por mediación de fray Guillermo. Se llama Laura, y es una buena mujer, madre de siete niños, uno de ellos, recién nacido, como nuestro pequeño. Ella se hará cargo de dar de mamar a los dos niños. —contestó.

— ¡Perfecto! Pues os ruego que os hagáis cargo de la criatura.

Fray Jacques, se dirigió hacia la mujer, la cual le entrego la criatura. Una vez entre sus brazos, abandonó la estancia llevándose al niño. El abad explicó a los presentes que tenían organizado perfectamente todo lo que fuera necesario para su correcta convivencia. Fray Guillermo, sería el monje que tendría dedicación plena con el niño. Haría las veces de padre y madre, a excepción, claro, de su amamantamiento. Por lo demás, no se separaría un momento de la criatura. Luego, les fue mostrado el aposento donde se ubicaría al niño, una habitación amplia y abrigada dotada de un brasero en constante actividad, donde se había instalado una cuna, una cama para fray Guillermo, y un armario para ropa.

Cumplida su misión, el grupo abandonó la abadía, con dirección al castillo ducal donde el Conde de Rouen aguardaba el informe de su senescal, Gautier de Evreux, ansioso por tener noticias sobre la misión encomendada. Cuando estuvieron frente a frente, se fundieron en un abrazo. Rápidamente, se dirigieron hacia dos sillones situados al lado de una chimenea donde crepitaban con fuerza tres troncos, creando una cálida atmósfera en aquella estancia de fría piedra. Dos criados, les trajeron sendas copas con vino caliente y canela, de las que tomaron unos sorbos con calma.

— Decidme ¿Cómo ha ido? Contádmelo todo. —dijo con ansiedad.

— Tal y como vos habíais previsto, el abad ya había organizado todo. El niño estará perfectamente atendido. Le han asignado como tutor a fray Jacques de Morlay, que hace las veces de galeno y farmacéutico del monasterio y tiene fama en la región de hombre bondadoso y erudito. También le han asignado un fraile para que esté pendiente de él en todo momento, con dedicación exclusiva y que se llama fray Guillermo, hombre con aspecto agradable y afable. Hasta han previsto una nodriza que dará de mamar al niño, por indicación y consejo de fray Jacques, quien considera primordial que el niño se alimente de lecha materna en vez de hacerlo con lecha de vaca cabra u oveja. Como veis, el abad lo tiene todo previsto. Hasta nos enseñaron el aposento que le han asignado, donde hay permanentemente encendido un hornillo que calienta la habitación. Y no falta de nada, pues hasta se han procurado una cuna.

El Conde oía con atención las explicaciones de su amigo y su rostro mostraba una inmensa satisfacción, conforme comprobaba que su hijo, estaría perfectamente cuidado y a salvo.

— ¿Crees, amigo mío, que he hecho bien? — preguntó mirando fijamente al Senescal.

— Creo que sí, *Sire*. Es del todo punto necesario que la existencia de ese niño sea, al menos de momento,

totalmente desconocida. De lo contrario, su vida correría peligro. Vuestro hermano Roberto anda últimamente muy revuelto. Mis informes, me indican que desde que vuestro padre anda mal de salud, va sondeando a los nobles, sobre la conveniencia de que vos no accedáis al trono ducal, ya que os achaca falta de preparación e interés. Deberéis guardar vuestras espaldas. Y no digo nada, si llegara a su conocimiento que tenéis un hijo, al que queréis darle el rango que merece y trasmitirle el ducado en su día, como vuestro heredero.

— Tenéis razón. Mi hermano es conspirador por naturaleza. Siempre lo recuerdo con su mentalidad retorcida. Pero de ahí, a que sea capaz de alzar su mano contra mí, creo mi querido Gautier que os equivocáis. — dijo, con la mirada fija en el fuego.

— Pues haríais bien, en hacerme caso, y tomar precauciones —concluyó con cara de preocupación el Senescal

Capítulo II.
Rouen, Normandía 1.026

Nicolás había cumplido siete meses sin que se hubiera producido ningún incidente en su desarrollo, creciendo sano y fuerte. Fray Guillermo se había convertido en una perfecta ama de cría para el pequeño, limpiándole y cuidándole con una solicitud solo propia de la madre que hubiera dado a luz al niño. Cada dos horas era entregado a la nodriza para que le diera de mamar, acción que se desarrollaba en una habitación externa a las estancias monacales, aunque dentro de la estructura del monasterio. No estaba permitido el contacto de los monjes con los trabajadores externos y mucho menos si se trataba de una mujer. Esta labor de intermediación laboral se encomendaba a un único fraile, y en raras ocasiones excepcionales, si el trabajo a realizar, comprendía la especialización de algún otro monje, se autorizaba a este a dirigir las obras o lo que se determinase. En este caso, el abad Henri, había dispensado a fray Guillermo de esta norma, permitiéndole entregar y recoger al niño a la hora de su alimentación. Cuando lo lavaba, utilizaba agua caliente procedente de un aguamanil, previamente calentada convenientemente en la cocina, y lo entretenía recitándole las letanías y cantándole los salmos que ellos rezaban en la iglesia.

Evidentemente el niño era feliz, porque sonreía a todas horas. De vez en cuando, al menos una vez por día, fray Jacques, pasaba por la habitación del niño y lo examinaba con toda clase de detalle, anotando sus observaciones en un cuaderno que traía siempre con él.

El Duque de Normandía, Ricardo II, padre de Ricardo, se encontraba en sus aposentos de su castillo en

Rouen, reposando y evitando en lo posible los calores de agosto, debido a que últimamente se encontraba cada vez más débil. Su estómago le producía unos dolores atroces. Sus médicos, no sabían cómo aliviarle las molestias, limitándose a intercambiar diagnósticos entre ellos, que eran rechazados automáticamente por los demás. Todos querían imponer sus criterios ex-cátedra, descalificando con frases rimbombantes y enigmáticas los argumentos contrarios. El Duque, que los veía discutir, consumido de dolor, se subía por las paredes.

— ¡Sarta de sabandijas! ¡Ignorantes! ¡Dejad de discutir y dadme algo para evitar mis dolores! —les gritaba.

Ellos se miraban entre sí, temerosos de que en cualquier momento el duque los mandara despellejar y colgarlos luego de una almena.

Ante aquella situación en la que no se producía mejoría alguna en sus dolencias, su hijo Ricardo le aconsejó, en un momento en que se encontraba en medio de una aguda crisis de dolor, que llamase a su lado a fray Jacques, pues se decía que era un hombre docto en medicina. A lo que el Duque, sin decir palabra y con el rostro contraído de dolor, asintió haciéndole gestos para que lo llamase inmediatamente.

Tan solo había sonado una vez la campana de la Abadía de Saint-Ouen, cuando fray Jacques hizo su aparición en la estancia donde se encontraba el Duque y sus acompañantes, procediendo a auscultarle bajo la atenta y despectiva mirada de la camarilla de médicos.

Observó cuidadosamente su piel y sus ojos. Presentaban una fuerte ictericia. Luego le preguntó si vomitaba y tenía problemas para tragar. A todo ello, el enfermo le contestó afirmativamente. Luego percutió con sus dedos sobre su abdomen, a la vez que escuchaba

atentamente. Todo ello, bajo la asombrada y escéptica mirada de los doctores.

— Decidme, ¿Cuándo defecáis, arrojáis sangre? —le pregunto ante el estupor de los presentes.

— Sí. ¿Cómo lo habéis adivinado? —dijo esperanzado el duque.

— Por ciertos síntomas que tenéis. Me temo, *Dux*, que no puedo curar vuestra enfermedad, aunque si, paliar los dolores.

— ¿Y no es eso lo mismo?

— No exactamente. Veréis. Al parecer vuestro estómago es incapaz de asimilar los alimentos, y el exceso de bilis y de ácido os está perjudicando gravemente.

Los galenos sonrieron con suficiencia. En su opinión, el diagnóstico del monje no podía estar más equivocado. De seguro que de aquella situación saldría escaldado.

— ¿Y cómo podéis calmar mis dolores? —le pregunto, a la vez que los médicos que tenía a su espalda, ponían toda su atención en la respuesta.

— Deberéis tomar, el caldo de dos cebollas hervidas, todos los días antes de las comidas. Y luego, cuando el dolor os apure, deberéis tomar el caldo de unas hojas de lechuga, al que se añadirá miel de flores. Os aseguro que estos dos remedios os aliviaran mucho los dolores.

El Conde de Rouen, observaba en silencio el desarrollo de la escena. Estaba admirado de la sabiduría de aquel hombre y de su sencillez en reconocer que no sabía curar la enfermedad, bien al contrario que los doctos médicos que pululaban por la corte, incapaces de admitir ignorancia o error alguno.

Una vez que fray Jacques, hubo terminado con la consulta, el Conde de Rouen se dirigió hacia él, conduciéndolo aparte, fuera de la vista de su padre y de los doctores.

— ¿Cómo lo veis, fray Jacques? —dijo mirando al monje a los ojos.

— Sinceramente, Conde, creo que vuestro padre está cercano a la muerte. Creo que lo que tiene, es incurable. Es como si su estómago se estuviera auto disolviendo. No tiene cura. Tan solo puedo mitigar sus molestias, con las infusiones que le he recetado. Si los dolores fueran a más, tendría que utilizar otras mucho más fuertes y potencialmente peligrosas. Pero debéis haceros a la idea de que a vuestro padre, no le queda mucho tiempo en este mundo. —dijo.

— Gracias por vuestra franqueza. Id con Dios. Ahora os acompañaran hasta vuestro monasterio. Por cierto, hermano, ¿Cómo va mi pequeño Nicolás? —dijo con un brillo especial en sus ojos.

— Crece y engorda que es un primor. Apenas da trabajo. Fray Guillermo, quien no se separa ni un segundo de su lado, está encantado con él. Y a toda la comunidad nos congratula y alegra tener al niño, porque con sus risas y llantos, nos transporta a nuestros tiempos felices de la niñez, llenando nuestros corazones de alegría. Quedad tranquilo. —terminó.

El conde regresó a la cámara donde se encontraba su padre quien estaba gritando al despavorido grupo de médicos, llamándolos de todo, incapaces de balbucear una sola palabra, por miedo a empeorar su situación.

— ¡Ignorantes! ¡Zafios! ¡Un simple monje os ha tenido que enseñar cómo se cura! ¡Fuera de mi vista! ¡Inútiles! —gritaba con el rostro perlado de sudor y rojo de ira.

— Padre, tranquilizáos. No os conviene tomaros estos disgustos. Ya he ordenado que os traigan la infusión de cebolla, para ver si os calma un poco.

A los pocos instantes, una doncella, traía en bandeja de plata, una copa de cristal con un líquido dorado dentro. El aroma a cebolla hervida era agradable, y el duque se lo tomó de un trago. Sea por lo que fuere, a los

pocos instantes, el dolor pareció remitir un poco, ante la satisfacción del enfermo, quien se recostaba y cerraba los ojos tratando de dormir un poco, ante la atenta mirada de su hijo Ricardo.

Contemplando a su padre relajado, tratando de conciliar el sueño, Ricardo pensó que cuando su padre falleciera haría pública la existencia de su hijo Nicolás al que reintegraría a su lado y se le reconocerían sus derechos a pesar de su irregular nacimiento. A su mente acudió su hermano pequeño, Roberto y en su reacción, que a buen seguro sería violenta. En los últimos tiempos, le habían llegado informes sobre reuniones secretas con otros barones y condes del Ducado de Normandía, en una clara maniobra de aislar a su hermano mayor, obteniendo el mayor apoyo posible de los principales caballeros del ducado. Cuando su padre quedó dormido, lo cubrió con una manta de piel, abandonando la estancia, no sin antes ordenar a un criado que fuera a buscar a su Senescal, Gautier de Evreux, a quien recibiría en sus aposentos. Durante unos minutos, permaneció al lado de su padre mientras este descansaba con un sueño tranquilo tras muchos días de no poder hacerlo. Luego, abandonó la sala, dejando en su lugar a un criado, para que estuviera atento a la evolución del enfermo.

Gautier de Evreux, llegó pasado un rato. El vizconde de Evreux, viejo camarada del duque padre, había recibido el encargo de éste, de hacer las veces de consejero y tutor de su hijo mayor, el futuro Ricardo III de Normandía. Este, en opinión de su hermano y en la de muchos de los barones del ducado, carecía del carácter suficiente para llevar con mano firme los asuntos de estado, y que dados los tiempos por los que se estaba pasando, era del todo punto necesario tener al frente del ducado una mano férrea y un carácter fuerte y animoso. El hijo mayor del *Dux*, no contaba con estas características de energía bélica. De buen carácter, reposado, más dado a la meditación y lectura que a la práctica de otras artes,

aparentemente más propias de su destino, prefería una lectura antes que una agotadora sesión de entrenamiento en el patio de armas, o cabalgar durante horas en pos de un zorro o un jabalí. Por ello, presintiendo dificultades, el *Dux* había designado a Gautier de Evreux, persona en la que tenía una extraordinaria confianza, como tutor y Senescal del heredero.

Aunque secretas, las maniobras que su hermano Ricardo llevaba a cabo, mediante acciones de adhesión a su causa entre los grandes señores del ducado en contra del nombramiento de su hermano mayor como sucesor, eran por todos conocidas, incluido su padre. Pero la actitud del *Dux*, no dejaba lugar a dudas: el heredero sería su hijo Ricardo. Y así lo hizo jurar a todos los condes, vizcondes y barones del ducado, incluido a su propio hijo, Roberto.

Cuando Gautier de Evreux, llegó ante la puerta de los aposentos privados de Ricardo, golpeo suavemente la puerta con su mano. Al oír una voz autorizándole el paso, abrió la puerta y paso dentro, cerrando la misma tras de sí. Ricardo, le invito a sentarse junto a él, al lado de un brasero.

— ¿Me habéis mandado llamar, *Sire*? —dijo

— Sí. Y os agradezco vuestra pronta llegada. Hoy, ante el enfado de mi padre con sus galenos, le he convencido para que llamara a su presencia a fray Jacques, de Saint-Ouen, hombre sabio donde los haya, y que efectivamente, hoy nos ha demostrado a todos la veracidad de su fundada fama. —dijo ante la mirada preocupada del Senescal.

— Según me ha informado fray Jacques, el estado de salud de mi padre es muy delicado, y al parecer más de lo que nos imaginábamos.

— ¿Acaso…? —comenzó a decir.

— Sí. Creo que el final se acerca. Al parecer tiene una enfermedad incurable. Algo relacionado con su estómago. Tras examinarlo, le ha recetado unas infusiones

para calmarle los fuertes dolores, que han tenido la virtud de remitir sus dolores, pero en su opinión, cree que seguramente, no vivirá mucho. —continuó.

— ¿Os ha hablado de algún plazo?—pregunto el senescal.

— No. Simplemente que la cosa se acerca. Os he mandado llamar, porque necesito de vuestro consejo. Cuando, fray Jacques, me ha insinuado la cercanía de la muerte, automáticamente, he pensado en que yo seré nombrado nuevo Duque de Normandía, como por derecho me corresponde, y ello me ha llevado a renglón seguido, a pensar en Nicolás. Tengo intención de hacer pública su existencia, y proclamarlo heredero del ducado —dijo mirando a su Senescal, tratando de atisbar su reacción al conocer sus intenciones.

Este, lejos de sorprenderse, se tomó su tiempo en contestar. Si su rostro se alteró al oír a su señor, fue de manera absolutamente imperceptible. Era famoso por su temple en la exposición de las cosas, tomándose su tiempo antes de emitir opinión alguna sobre cualquier tema que le hubiera sido propuesto.

— Creo, *Sire*, que deberíais esperar a hacer pública esa intención vuestra. Me refiero a lo de proclamar a Nicolás heredero del ducado. Sería prematuro, a mi modo de ver. Si queréis mi consejo, yo primero reconocería su existencia, y luego, pasado un tiempo, y en función de cómo se vayan sucediendo los acontecimientos, procedería a su proclamación como heredero. Pero en primer lugar, y antes de nada, deberéis de contar con la aquiescencia de la Iglesia, a la cual no os aconsejo que afrentéis. Vos como yo, sabéis que hay mil maneras para que la Iglesia acomode su punto de vista a vuestra propia conveniencia. No subestiméis jamás el poder de la misma. Antes de que deis un paso, deberéis contar con su aquiescencia. Sé de buena fuente, que la iglesia os apoyará en vuestro reconocimiento como padre de Nicolás. Dudo que por ahora, tuviera la misma predisposición para el asunto de la sucesión. Andad pues, con tiento y cada cosa a su tiempo —dijo el senescal

— No sé qué haría sin vuestro consejo, mi fiel Gautier. —dijo agradecido Ricardo.

— Otra cosa es, y bien diferente por cierto, la actitud que tome vuestro hermano menor. Como sabéis, se opone a que se os nombre como sucesor de vuestro padre, conculcando vuestro derecho sin cortapisas. Imagináos lo que diría, o peor aún, lo que haría, si vos le antepusierais a vuestro hijo en la línea de sucesión. Yo mismo, soy incapaz de imaginar lo que podría llegar a hacer. Y seguramente, con el apoyo de muchos señores principales del ducado. Solo la firme y decidida voluntad de vuestro padre, el *Dux*, impide que se os revuelva como una serpiente. Atento pues, a los acontecimientos que están por llegar, *Sire*. Dar tiempo al tiempo, porque su discurrir pausado obrará a vuestro favor.

El diagnóstico de fray Jacques, fue exacto en todos sus términos, pues pasados diez días de su visita, Ricardo II de Normandía, moría entre terribles dolores. A su lado, se encontraban sus hijos, Ricardo a la cabeza, y todos los condes, vizcondes y señores del Ducado. A todos les hizo jurar, conocedor como era de las maniobras de su hijo Roberto, que acatarían a Ricardo como su señor natural tras su muerte. Todos, sin excepción, así lo hicieron.

Las exequias fúnebres fueron celebradas en la Iglesia de Nuestra Señora en Rouen, por el Obispo de Auxerre, Hugo de Chalón. Dos días más tarde, y en este mismo lugar, era erigido como nuevo *Dux* de Normandía, su hijo Ricardo, tercero de su mismo nombre.

Momentos antes de ser nombrado *Dux*, Ricardo, reunió a sus hermanos y consortes, a los que les comunicó la existencia de Nicolás, ante el estupor general. A la reunión, asistió por expreso deseo de Ricardo, su senescal Gautier de Evreux. Una vez repuestos de la sorpresa, y puestos en antecedentes sobre el niño, guardaron un tenso silencio, solo roto por el Senescal, quien se dirigió a los

hermanos de Ricardo, Adelaida, Roberto, Leonor y Matilde, esta última monja en Fecamp.

— Mi señor, como señor natural vuestro, que lo será en breves momentos como Ricardo III de Normandía, desea que aquí y ahora, juréis por vuestro honor, que protegeréis la vida de ese niño, al que deberéis de considerar como sobrino, ya que por sus venas corre la misma sangre que la de todos vosotros. Primero os lo ruega, y si así no queréis, os lo demanda y exige.

Un tenso silencio se adueñó de la estancia. Reginaldo de Borgoña y Balduino de Flandes, consortes de Adelaida y Leonor respectivamente, se mantenían al margen, expectantes. Roberto, se dirigió a su hermano.

— ¿Pensáis nombrarlo heredero vuestro? —le preguntó con los ojos brillantes de indignación, mirando, retador, a su hermano.

— No he tomado en consideración ese punto. No debéis preocuparos por esa cuestión. Porque esa, es una decisión que me concierne a mí y solo a mí. Pero lo que os estoy rogando, es que reconozcáis la sangre que corre por sus venas. En su momento, yo decidiré que es lo que más conviene, al Ducado y a él mismo.

El Senescal, aprovecho el momento de tensa pausa que se produjo, para tratar de suavizar el ambiente.

— Os recuerdo, *Sire*, que vuestro hermano, contraerá próximamente matrimonio con Adela, condesa de Corbie, y pueden tener hijos, que serán sobrinos vuestros, al igual que Nicolás.

Todos fueron conscientes que lo que pretendía el Senescal al hacer el comentario, era rebajar la tensión y dejar el espinoso asunto para otro momento más conveniente. Roberto no respondió. Matilde, se acercó a su hermano Ricardo, y tras una genuflexión, le abrazó cariñosamente. Lo mismo hicieron sus hermanas Adelaida y Leonor. Tras aquello, Roberto extendió la mano hacia su hermano, a la vez que agachaba levemente su cabeza.

Reginaldo y Balduino, una vez desaparecida la tensión, se acercaron a su cuñado con una amplia sonrisa, realizaron una breve flexión de cabeza y se fundieron en un abrazo con él. Momentos después, todos abandonaron la estancia, quedando solos, Ricardo y su Senescal.

— Cuidáos de vuestro hermano. Tengo la convicción de que intentará algo contra vos. Lo he visto reflejado en su cara. —le dijo.

Capítulo III.
Rouen, Normandía 1.027

Tras su nombramiento como Duque de Normandía, Ricardo ordenó que Nicolás, fuera trasladado al castillo ducal, donde sería atendido por la servidumbre del palacio. Lo quería tener cerca, porque sentía la necesidad de contar con su presencia. Varias veces al día, se pasaba por sus habitaciones para comprobar su estado. Todo parecía ir perfectamente, por lo que se sentía completamente feliz. Por otro lado, hacía un mes que su hermano Roberto había tenido un hijo con una dama principal, Herleve de Falaise, al que pusieron por nombre Guillermo. Era por tanto, primo de Nicolás, y al igual que él, nacido fuera del matrimonio. Tal vez esa circunstancia, le hiciera más permeable y comprensible ante la situación de Nicolás, y los planes futuros que tenía para él.

En cuanto a los asuntos políticos, el recién coronado rey de Francia Enrique I, su señor feudal, tenía dificultades para imponer su autoridad a los grandes señores, quienes amenazaban con rebelarse contra su autoridad real, entre quienes se encontraban los propios hermanos del rey, produciéndose con cierta frecuencia roces y enfrentamientos armados y su negativa a ayudar con las armas a su señor natural cuando eran requeridos. Estos conflictos amenazaban con generalizarse en toda Francia y en todos los territorios adyacentes. Por su parte, Ricardo, era consciente del peligro que corría con su propio hermano, por lo que dudaba en acudir a la petición de ayuda del Rey de Francia. Había pasado ya casi un año desde que fuera investido como *Dux*, en el que con ayuda de su senescal y de algunos condes de confianza, trataba de organizar algunos aspectos fundamentales de la administración del Ducado, en especial, en lo relacionado

con el paulatino incremento de población que requería la puesta en producción de nuevas tierras para el cultivo. Ello produciría nuevos ingresos para las arcas ducales y por consiguiente, un florecimiento económico importante. Esta habilitación de nuevos terrenos se produciría a expensas de los bosques y mediante desecación de tierras pantanosas. Al extender las tierras de cultivo en muchas hectáreas, se pretendía ampliar las posibilidades de poder alimentar a las nuevas generaciones. Por otro lado, deseaba incrementar las producciones por hectárea, mediante la implantación de nuevas técnicas agrícolas, fundamentadas en el uso de las nuevas herramientas y en los cultivos rotatorios de cereales y legumbres.

Esta dedicación, nada beligerante, no era comprendida, y por tanto compartida, por la mayoría de los poderosos Condes y Vizcondes, y mucho menos por su propio hermano, para quienes la vida consistía en la continua actividad armada, pues decían, y no les faltaba razón, que Normandía estaba rodeada de lobos, y que el papel del *Dux*, consistía en dedicar sus esfuerzos a la defensa de las tierras que conformaban el ducado. Evidentemente, les faltaba visión de futuro y en sus mentes solo tenían cabida acciones de defensa de los territorios propios y adhesión de los colindantes. El cultivo de la tierra y la producción de alimentos, decían, estaban encomendados a los agricultores y villanos, bajo la dirección de los monasterios y abadías, quienes eran los encargados de vertebrar el proceso productivo. Su misión era la defensa de las tierras y habitantes del ducado y, ocasionalmente, el cobro de impuestos. Los papeles a desarrollar por cada cual, estaban ya definidos hacía ya muchos siglos.

Sin embargo, esta incomprensión de los nobles, aún sin dejar de preocuparle, no le apartaba de su proyecto de modernizar el tejido productivo del ducado, en el convencimiento de que con el paso del tiempo, este le daría la razón. La economía, decía convencido, es

fundamental para sostener un ducado o una nación. Un reino no podía depender de la voluntad de unos señores que atendían primero a sus intereses, y luego a los de su señor natural, y siempre y cuando, pudieran obtener de éste apoyo, prebendas y beneficios. El estado debía de contar con sus propios medios para acudir en su defensa. Y esto solo podría ocurrir con una economía saneada.

Gautier de Evreux, se admiraba de la clarividencia de Ricardo, pero todavía se admiraba más, al contemplar cómo no reparaba en que esas ideas, eran para otros tiempos, no para los actuales. Veía como los nubarrones se cernían sobre la cabeza de su señor, sin que él pareciera darse cuenta. Le advertía constantemente sobre el peligro, pero siempre le contestaba lo mismo:

— Mi buen Gautier, siempre tan preocupado por mi seguridad. Mi señor el Rey de Francia, es víctima de lo que digo. Su poder es ficticio. Su fuerza es la que le aportan sus caballeros y señores de la guerra. El, por sí mismo, no tiene ninguna. Y sus caballeros lo saben. Y en este pulso, ¿Quién sabe lo que ocurrirá? Por otro lado, ¿Quién nos puede asegurar que algún día, nuestro señor natural, el Rey de Francia, no muestre sus apetencias por Normandía? —decía con convicción.

Y él no se daba cuenta de que estaba en la misma situación.

Aquel día, domingo, se encontraba con Adela, su prometida, su hermana Matilde, venida de Fecamp y con su hijo, en una entrañable reunión familiar. Adela le había perdonado el desliz de Nicolás, al ver el afecto y cariño que le profesaba, y con el paso de los días, y a fuer de tenerlo en brazos, no pudo evitar encariñarse con el pequeño. Junto a ellos, se encontraba su senescal, Gautier de Evreux, el abad de Saint-Ouen, Henri de Isembert y el Conde de Tancarville, Hervé de Marais. Tras la comida, se sirvieron los dulces, a los cuales, tanto Matilde como el propio Ricardo, eran muy aficionados. Ricardo, terminó

tomando una copa de Calvados con miel, como hacía todos los días. Luego se formaron dos grupos. En el de los hombres, el *Dux*, junto con el Senescal, el Conde y el Abad, y en el de las damas, Nicolás en brazos de Adela, Matilde y la nodriza que estaba al cargo del cuidado del niño.

El *Dux* exponía a sus interlocutores, sus planes sobre la recuperación de tierras y lo hacía como siempre, con gran énfasis. Los demás, asentían y de vez en cuando, hacían alguna observación, que era escuchada atentamente por el *Dux*. En un momento de su exposición, Ricardo, sintió como un mareo, a la vez que su corazón comenzaba a latir violentamente. Hizo un inciso en su exposición, a la vez que se llevaba la mano al pecho, alarmando a sus contertulios. Pasados unos segundos, pareció que se recuperaba, siguiendo con su exposición. Pero nuevamente, se sintió mal, y esta vez se puso en pie con la mano en el pecho, lo que suscitó la misma reacción en todos los presentes en la estancia. El primero en reaccionar fue el senescal, quien con fuerte voz, pidió ayuda para llevar al *Dux* a su habitación, a la vez que envió a un soldado con la orden de traer de la Abadía de Saint-Ouen, a fray Jacques.

Ricardo fue depositado sobre el lecho, presentando una gran ansiedad, y comenzando a vomitar. Trajeron sábanas y agua, pues Ricardo pedía agua constantemente al sentir la boca seca. Fueron momentos de gran tensión, hasta que pasado un tiempo, apareció por la estancia fray Jacques, quien rápidamente se dirigió al lecho y comenzó a auscultar al yacente. Este se retorcía de dolor, debido a los calambres producidos en el estómago. Fray Jacques le pregunto por sus sensaciones a las que respondía el enfermo con voz muy débil. Reparó en la dilatación de sus pupilas y en sus labios que paulatinamente iban tornándose de un color azulado. A su mente, le vino otro caso que había asistido en tiempos. Rápidamente, solicitó que le fueran llevados unos recipientes grandes, una copa con agua y sal, lo que fue puesto al momento a su

disposición. Vertió abundante sal en el agua, y con los propios dedos le dio varias vueltas. Luego, forzó a que el enfermo bebiera el líquido salino. Casi al instante, su estómago devolvió todo lo que había comido, con lo que pareció remitirle el desasosiego. Sin embargo, su boca permanecía seca, y su corazón latía con fuerza y aceleradamente, hasta el punto que sus pulsaciones, se podían percibir por movimientos del pecho. Pasados unos momentos su corazón pareció que retornaba a tener unas pulsaciones normales. Ricardo permanecía en la cama con los ojos cerrados y en apariencia tranquilo. Fray Jacques, volvió a examinarlo. Las pupilas seguían dilatadas y los labios se teñían cada vez más de azul. En la estancia, solo se encontraban además de fray Jacques, el Senescal, Adela y Matilde. Afuera quedaron el Conde de Tancarville y el Abad de Saint-Ouen. La nodriza se había retirado con Nicolás a las habitaciones de éste.

— Creo que ha sido envenenado –dijo fray Jacques en voz baja al Senescal.

Este escucho apesadumbrado la noticia, que en su interior, ya había intuido.

— ¿Qué ha tomado el *Dux*? Quiero decir, diferente a los demás, puesto que todos estáis perfectamente. — preguntó fray Jacques.

— Pues su acostumbrado Calvados con miel. Es el único que lo toma —dijo.

— ¿Podríais traerme la copa? —rogó el monje.

— ¡Al momento! —gritó el Senescal, abandonado a toda prisa la habitación, para dirigirse al lugar donde habían comido y donde estaría la copa que había utilizado el *Dux*. Volvió a los pocos minutos, y en su rostro se reflejaban la rabia, el desconcierto y el mal humor, todo en uno.

— ¿Qué os ocurre? —preguntó Fray Jacques, al ver su rostro desencajado.

— ¡La copa ha desaparecido! ¡No está en la mesa! — dijo gritando, con lo que atrajo la atención de las dos mujeres.

— ¿Qué es lo que no está en la mesa? —pregunto Adela.

— ¡La copa en la que vuestro prometido tomo su Calvados con miel! —respondió el Senescal.

— ¿Acaso….? —comenzó a decir Adela, interrumpiendo la frase, al hacerse la luz en su cerebro ante la realidad de lo que suponía esa desaparición.

— ¿Creéis que…? —interrumpió nuevamente la frase y comenzó a llorar, arrastrando con ello a Matilde, que había comenzado a comprender que alguien había envenenado a su hermano.

Mientras, Ricardo, seguía inconsciente en la cama y los latidos de su corazón volvían a ser más irregulares y apenas si se le notaba el pulso. Su mirada parecía perdida y sus labios presentaban un tono azulado intenso. Fray Jacques se volvió hacia el Senescal y movió la cabeza de un lado para otro. Todos los allí presentes, comprendieron el significado de aquel movimiento. Roberto III de Normandía estaba ante las puertas de la muerte.

En el exterior de la habitación, el Conde de Tancarville, informado por el senescal, había comenzado a organizar la reunión de los principales condes y vizcondes del ducado, incluido Roberto y sus hermanos no presentes. El senescal, ordenó a un alférez que investigase la desaparición de la copa, con el fin de dar con los autores del envenenamiento. Una hora más tarde, Ricardo III moría sin recobrar la consciencia. Por orden del senescal, se informó que la muerte se había producido por causas naturales. Tenía fundadas sospechas encaminadas en una dirección que podía tener consecuencias desastrosas para el Ducado. Por tanto, las cuatro personas que fueron testigos de la muerte del *Dux*, juraron allí mismo, que jamás revelarían lo allí visto y escuchado.

El primero en llegar al palacio ducal, fue Roberto, acompañado de otros importantes señores normandos, reunidos con motivo de una cacería. Todos ellos fueron

informados por el correo enviado en pos de ellos, encaminándose rápidamente hacia Rouen, donde según les informaron, había fallecido el *Dux*, por causas naturales aunque desconocidas. Gautier de Evreux, no se sorprendió cuando vio al importante grupo, acudir en tan breve tiempo. Agosto no era precisamente un mes ideal para cacerías, y mucho menos, que se reunieran tantos condes con Roberto para celebrar una, precisamente en las inmediaciones de Rouen, donde poder ser localizados rápidamente. Sus sospechas se confirmaban por momentos, pero tenía que mantener el secreto, porque ante la ausencia de pruebas irrefutables, acusar a Roberto del asesinato de su hermano, le hubiera costado a él, la vida, y al ducado, quien sabe, si una lucha intestina.

Tras el sepelio, Roberto fue nombrado Duque de Normandía. En ningún momento, nadie levantó una sola voz en favor de Nicolás, quien dormía profundamente en su cuna, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. La primera medida que su tío tomo con respecto a él, fue la de ingresarlo como oblato en el monasterio de Fecamp, bajo el cuidado de su hermana Matilde. Y así, Nicolás fue llevado al Monasterio de Fecamp, y puesto bajo la tutela y protección del abad, Gerard de Mortain, tras la entrega de una importante dote a favor del monasterio.

En cuanto a la investigación sobre quien había podido recoger o preparar la copa de Calvados con miel, se suspendió inmediatamente, pues la conclusión final fue que Ricardo III había fallecido de muerte natural.

Roberto I desmanteló todos los planes que su hermano había realizado sobre la creación de nuevas tierras de cultivo, para obtener nuevos alimentos con los que alimentar a los campesinos y villanos que, en número cada vez mayor, demandaban nuevas tierras con las que poder alimentar a sus familias. De entrada, reunió a los grandes señores del ducado y les comunicó su deseo de ir a ayudar al Rey de Francia, quien le había solicitado su

apoyo en su lucha contra los grandes señores que no acataban su autoridad.

La situación en Francia, era harto compleja. En la práctica había dos reyes: Roberto II de Francia, retirado en Beaugency, tras ser derrotado, y su joven hijo de diecinueve años, Enrique I, quien ejercía como tal. La historia había comenzado, hacía dos años antes, cuando Roberto II mandó coronar a su hijo Hugo, como Rey, en un intento de establecer su propia dinastía ante la nobleza, llegando a gobernar juntos con el mismo rango. Pero cuando Hugo, alcanzó la mayoría de edad, se alzó contra su padre, junto con sus hermanos Enrique y Roberto, en un intento de acaparar todo el poder. En los primeros meses de la contienda, falleció Hugo al caer de su caballo en Compiegne, lo que produjo que automáticamente, Enrique se auto-proclamara Rey de Francia. No obstante, el conflicto continuaba entre Enrique y el joven Roberto, contra las tropas del Rey, su padre. En marzo, los rebeldes se habían impuesto a las tropas reales, por lo que Roberto II se retiró a Beaugency, en las afueras de la capital, París. Sin embargo la lucha continuaba. El viejo rey, no estaba dispuesto a ceder a cualquier precio, continuando su lucha con sus hijos, aunque muy mermado ya de fuerzas. Ante estas circunstancias, Enrique, tomo el mando como único Rey de hecho, aunque respetando el mismo título a su padre. Se conformaba, con ejercer el poder real y ser considerado como tal. Pero la situación, distaba mucho de ser tranquila, pues los nobles que en un principio apoyaron a Enrique I, vieron una oportunidad de imponerse ante el joven heredero, y conservar y aún aumentar su poder ante el rey.

Enrique I de Francia, sentía un gran afecto por Roberto I de Normandía, cuatro años mayor que él, porque de niños compartieron muchos días juntos, tanto en el castillo ducal de Normandía, como en los palacios de París, cimentándose entre ellos una amistad y un afecto sincero. Primero solicitó ayuda a su futuro cuñado,

Ricardo III de Normandía, prometido de su hermana Adela, pero este no pareció muy convencido a prestársela, aduciendo algunas escusas, derivadas de la situación del propio Enrique, enfrentado a su padre el Rey. Ahora que había muerto, podría contar con el apoyo del nuevo duque de Normandía, Roberto I. El nuevo *Dux* de Normandía, había dispuesto que mil hombres, con él a la cabeza, se dirigieran a París en apoyo del joven Rey.

Nicolás fue llevado a Fecamp, un monasterio de mujeres. En un principio, y hasta que alcanzara la edad de cinco años, se decidió que estuviera bajo la custodia de las monjas. Además allí se encontraba Matilde, tía del niño, quien se hizo cargo del mismo, por orden de la priora Margarita de Maure.

Gerard de Mortain, Abad de Fecamp, bajo cuya autoridad se encontraban las monjas, fue puesto en antecedentes, por el propio tío del niño, Roberto, Duque de Normandía.

Capítulo IV.
Rouen, Normandía 1.031

Cuando Nicolás cumplió los cinco años, y siguiendo las disposiciones ordenadas por el *Dux*, dejó de estar bajo la custodia de las monjas de Fecamp pasando al monasterio de varones. El Abad Gerard de Mortain había colocado al niño bajo la tutela de fray Agustín, hombre de 50 años, con gran afabilidad y reconocida paciencia. Él sería el encargado de encaminar al niño hacia la vida monacal, por mor del deseo de su tío, empeñado en que tomara los hábitos. Nicolás era un niño movido, con una curiosidad natural, que superaba muchas veces la paciencia del pobre monje. Preguntaba por todo, y nunca parecía estar satisfecho con la respuesta. Invariablemente, tras unos segundos de silencio, volvía a preguntar introduciendo alguna variante a la pregunta anterior. Dotado de una memoria prodigiosa, aprendía a una gran velocidad. Esta progresión no había pasado desapercibida para fray Rodolfo Glaber, el bibliotecario, y para fray Bernardo, el físico, experto en hierbas y en el tratamiento de enfermedades. Comenzaron a frecuentar sus encuentros con el niño y comenzaron a introducirlo en el aprendizaje de la lectura y la escritura. Los resultados fueron espectaculares, pues a los pocos meses comenzó a leer y escribir. Era el momento esperado por sus mentores, para ir introduciéndolo en la enseñanza del latín, para lo cual debieron de obtener el pertinente permiso del abad, pues el latín estaba reservado para los miembros de la Iglesia y de la Realeza.

A primeros de octubre de 1032, fallecía en Roma el papa Juan XII sucesor en el solio pontificio de su hermano Benedicto VIII. En el momento de su elección era cónsul y senador, además de laico, por lo que recibió todas las

órdenes sagradas hasta la dignidad de obispo en un solo día a cambio de una importante cantidad de dinero, iniciando su pontificado gracias a una de las lacras que sería una de las señas de identidad de su pontificado: la simonía. No es de extrañar, por tanto, que estuviese dispuesto a reconocer el título de Ecuménico al Patriarca de Constantinopla a cambio de un elevadísimo precio, a pesar del rechazo generalizado de toda la Iglesia, por lo que Juan XIX se vio obligado a dar marcha atrás y abandonar el papado. Le sucedió Benedicto IX, quien a la sazón contaba con 14 años. Era el papa más precoz de la historia. Su nombramiento se produjo gracias a la actuación de su padre, el Conde Alberico III, que era el verdadero dueño de Roma, sobornando a la Curia y consiguiendo para su hijo tan preciado puesto.

Mientras tanto, en el Ducado normando y en toda Europa se empezaba a notar una leve y ligera escasez de alimentos. Las poblaciones habían crecido enormemente, y ello exigía una cantidad mayor de alimentos. Nadie escapaba a este problema inimaginable en las bélicas mentes de los señores principales que dirigían los destinos de los diversos pueblos y naciones. Mucha población y pocas tierras de las que extraer el alimento, junto a sequías más o menos largas que producían cosechas cortas y míseras. La escasez de alimentos, amenazaba con revolucionar a los estados. Roberto, ante las quejas que le transmitía su Senescal sobre el malestar de muchas villas, pueblos y aldeas en las que empezaba a ser problemática la obtención de cereal que provocaba una escasez de forraje con el que alimentar al ganado, recordó a su hermano Ricardo, y entonces comenzó a entender su empeño por ampliar las tierras de cultivo. Sin embargo su situación militar y política, le impedía dedicarse a gobernar su propio ducado debido a las luchas en las que estaba metido en Flandes, debido a pactos y acuerdos con otros Señores de otras regiones. Empezaba a comprender, que la dedicación a su propio ducado, era más necesaria que nunca, o se vería envuelto en problemas de índole

desconocida. Imploraba a Dios, y exigía rogativas a sus Obispos para que pidieran al Señor en todos los templos del ducado, que los librara de aquel problema que se agudizaba cada año. Pero Dios ignora a los que se ignoran a sí mismos y la situación empeoraba por momentos. Tres años más tarde, la hambruna se había establecido en la mayoría de estados de occidente.

Nicolás tenía nueve años y seguía sorprendiendo a todos los que le rodeaban por su enorme capacidad para aprender. Leía y escribía perfectamente el latín y comenzaba a leer toda clase de libros que caían en sus manos. Un día sorprendió al abad y a fray Rodolfus cuando hablaban entre ellos.

— ¿Y decís que el Duque, ha partido a Tierra Santa? —le preguntaba el abad.

— Sí. Así es. —dijo Rodolfus.

— ¿Y para qué pone en peligro su vida, con un viaje tan peligroso?

— Según se dice para rogar al Señor en Tierra Santa, que nos alivie de la hambruna que padecemos.

— Mejor hubiera sido que hubiera continuado y terminado lo que su hermano Ricardo comenzó, previendo lo que iba a pasar. Otra situación tendríamos ahora. Pero era mejor embarcar al Ducado en luchas por toda Europa. —sentenció el abad.

En aquel momento repararon en la presencia de Nicolás, quien hacía rato que les observaba atentamente, con esa mirada inquisitiva que tanto temían, con la pregunta presta a ser lanzada.

— Ricardo, mi padre ¿no? —preguntó.

— Si Nicolás. Pero ahora déjanos, que no es correcto que escuches conversaciones de mayores –dijo afablemente el abad.

— Ya. ¿Y decís que mi padre, ya previó la hambruna? Contadme como fue eso —insistió sin hacer caso a la recomendación del abad.

— Vuestro padre hubiera sido un gran regente. No nos cabe ninguna duda. ¿Cómo sabe un chiquillo como tú lo de la hambruna? ¿Sabes, al menos lo que significa? —le preguntó Rodolfus.

— Claro que lo sé. Se lo he oído cientos de veces a fray Juan en la cocina. Siempre se queja de que no sabe de dónde va a sacar la comida para tanto fraile ocioso. — respondió Nicolás.

— ¿Eso dijo fray Juan? Ya hablaré con él dentro de un momentito. Y se lo explicaré —dijo el abad— Ahora, Nicolás, déjanos —esta vez utilizó un tono de voz firme y con cara de pocos amigos.

Nicolás abandono la estancia, dejando solos a los dos monjes.

— ¿Y cuándo partirá el *Dux* para Jerusalén? — pregunto el Abad a Rodolfus.

— Para Febrero. Y ha nombrado a su hijo Guillermo, de 7 años, como sucesor.

— Guillermo, el…. —vaciló el Abad.

— Sí. El bastardo. Para que lo vamos a negar — contestó Rodolfus.

— ¡Pero es un niño! No sé qué les pasa a estos duques con sus hijos. ¿Y a quien deja de tutor? —preguntó.

— A Gilberto de Brión, Herluin de Conteville, a su Senescal, Osbern de Crêpon y a Alano II de Bretaña.

Dos años más tarde, un correo trajo la noticia de la muerte de Roberto en Nicea, cuando regresaba de Jerusalén, una vez realizada la misión de orar ante el Santo Sepulcro en Tierra Santa. Unas fiebres lo postraron en la cama hasta su fallecimiento. Tras la luctuosa noticia, se reunió el Consejo del Duque y los grandes señores en el palacio ducal, citados de urgencia, donde se determinó el nombramiento de su hijo, Guillermo, como Duque de Normandía, con el nombre de Guillermo II. Asimismo, y debido a que en ese momento, Guillermo, tan solo contaba con ocho años de edad, se le nombró un Consejo Tutor que estaría formado por quienes habían ejercido esta labor

hasta ese momento, es decir, Alano de Bretaña, Gilberto de Brión, Herluin de Conteville y el Senescal del fallecido duque, Osbern, quienes asesorarían al joven Duque, hasta alcanzar los veintidós años, es decir, la mayoría de edad. Ante la sorpresa general, el joven Guillermo, exigió que su primo Nicolás, fuera nombrado Abad de Saint-Ouen, si bien, hasta que por edad fuera llegado el momento de asumir el cargo o tras fallecimiento o renuncia del actual, Hugo de Herfast, seguiría bajo la tutela del abad de Fecamp, Gerard de Mortain. El nombramiento era un reconocimiento oficial de que Nicolás pertenecía con pleno derecho a la familia Ducal. Todos vieron en esa decisión la mano del Senescal de Ricardo III, Gautier de Evreux, ya retirado a sus posesiones.

Pasaron otros dos años más y Nicolás, con doce años demostraba día a día su extraordinaria inteligencia, facilidad y capacidad para aprender de fray Bernardo, todo lo referente a hierbas y sus diversas combinaciones para obtener fármacos útiles para un gran número de enfermedades. Fray Bernardo era un hombre de ciencia al igual que fray Jacques en Saint-Ouen, con quien intercambiaba a menudo opiniones y experiencias sobre multitud de temas. Ambos realizaban a menudo, disecciones en animales y sobre cadáveres de personas que nadie reclamaba, fallecidas entre los muros de la enfermería de la abadía, o simplemente, recogidos de la calle, donde fallecían por enfermedad o hambre. Aquellas disecciones a las que ya asistía Nicolás con diez años una vez vencido el reparo de las primeras veces, le procuraban grandes conocimientos sobre el cuerpo humano. Nicolás bebía de aquella fuente de ciencia con la avidez de un sediento.

Ante la sorpresa, primero de fray Bernardo y luego de fray Jacques, Nicolás mostró otra extraordinaria capacidad personal, realizando dibujos de las diversas partes del cuerpo humano que dejaba maravillados a los dos monjes, habida cuenta la perfección y detalle con que

estaban hechos. Aquella bendición de Dios, en forma de niño, les alegraba de sobremanera la existencia, encargándole la realización de toda clase de dibujos sobre huesos, vísceras y arterias, con el fin de poder estudiarlos luego con mayor comodidad. Leía y escribía con fluidez el latín, y había comenzado con las prácticas del griego, clases que le daba fray Rodolfus, ante la satisfacción y beneplácito de todos. Y el que más, su primo Guillermo, con el que mantenía una relación de amistad sincera. Guillermo no era tan inteligente como Nicolás, pero era lo suficiente como para saber apreciar las capacidades de su primo en toda su dimensión. El día que Nicolás cumplió trece años, fue llamado por el abad a su despacho.

— ¿Me habéis hecho llamar, padre?— dijo al obtener el permiso de entrada en la estancia.

— Sí, Nicolás. Pasa. He de hablar contigo. — Respondió el abad — Debo decirte, que todos los días damos gracias a Dios por tenerte con nosotros. Nos has llenado de alegría y juventud. Pero esa alegría no nos puede hacer olvidar tu futuro. Hemos decidido que ingreses en la Escuela Médica de Salerno, en la Campania italiana. Allí existen los mejores profesores y se enseñan los últimos avances en medicina y herbolario de todo el orbe. Creemos que con tus extraordinarias condiciones, podemos tener en ti, cuando regreses, un médico de renombre y gran sabiduría. Condiciones tienes sobradas.

— ¿Y la abadía podrá correr con tanto gasto, padre? —preguntó.

— No es esa la cuestión. Pero ya que lo preguntas te diré, que aunque la abadía tiene grandes problemas, tu padre, el recordado Ricardo, dejo una dote suficiente para cuando llegara este momento. Tu padre demostró tener una visión adelantada en muchos años a los demás. Además, tu primo, Guillermo, ha pedido a sus tutores que te faciliten el viaje y te provean de escolta para ir y te asignen algún acompañante durante todo el tiempo que debas de estar en Salerno, que pensamos será de cuatro o cinco años. ¿Contesta eso a tu pregunta? —terminó el abad.

— Por completo. ¿Y cuándo debo partir?

— En un par de meses, cuando llegue el buen tiempo. El camino es largo y será preferible que lo hagas con el buen tiempo. Durante este tiempo que falta deberás ir preparando lo que quieras llevarte. Y por favor, es obligatorio escribirnos al menos una vez al mes. Procura escribir y dibujar lo que veas sobre todas las materias que creas conveniente. En todo el orbe se hacen las mismas cosas, pero de diferente manera. Y eso es lo importante. Compartir las experiencias de los demás. Solo así avanza el mundo en la dirección correcta.

— Así lo haré, padre. Haré de notario de cuanto vea u oiga. Y haré mil preguntas con el fin de obtener la información más completa.

— No lo dudo ni por un momento. Pues bueno es Nicolás, como para no preguntar. Puedes retirarte. –dijo, dando por terminada la conversación.

Capítulo V
San Juan de la Peña, Aragón 1.035

El 18 de octubre, sábado, en un pueblo de la región llamada La Bureba, perteneciente al Reino de Pamplona, el pesimismo se había apoderado de toda la comitiva que acompañaba a Sancho III de Pamplona, de regreso a Nájera desde León. El bravo rey pamplonés, de repente se sintió indispuesto y la comitiva hubo de alojarse en la casa de un vecino del pueblo. Sancho el Mayor, como era conocido por su pueblo, estaba agonizando y a su lado se encontraban fray Muñío, su confesor personal, su senescal y algunos de sus barones y caballeros que formaban en la comitiva. El fallecimiento se produjo a las pocas horas, sin que ningún médico pudiera atenderle, pues en la villa no había ninguno y tampoco lo había en veinte leguas a la redonda. Una vez fallecido, fueron despachados dos correos a Pamplona y Nájera para comunicar la triste noticia. Su esposa Munadiona y sus seis hijos Ramiro, García, Gonzalo, Fernando, Bernardo y Jimena, dispusieron todo para su traslado a Pamplona y el posterior traslado y enterramiento en Oña, en el Monasterio de San Salvador.

Con anterioridad, y siguiendo una vieja costumbre navarra, Sancho III había repartido sus estados entre sus hijos: Pamplona, las Vascongadas y la Bureba para García; Sobrarbe y Ribagorza para Gonzalo y el condado de Aragón para Ramiro, quienes actuaban en ellos a título de Régulos gozando de alguna independencia, pero siempre bajo la tutela y superior disposición de su padre. Fernando, que ya había sido designado como conde de Castilla en 1029, recibió un mermado condado de Castilla (la zona burgalesa hasta el Duero).

Ramiro era el hijo menor de Sancho III a quien le asignó los territorios pertenecientes al condado de Aragón, que eran una pequeña parte de los estados paternos y que se extendían desde el valle del Roncal hasta las riberas del Gállego, a las que añadió las regiones y poblaciones de Jaca y los valles de Hecho, Aragües, Broto y Aínsa, la peña de Uruel, Atarés y San Juan de la Peña. Entre las disposiciones testamentarias, tanto Ramiro como Gonzalo debían rendir vasallaje a García, no así Fernando.

A finales de año, Ramiro I se encontraba reunido con los barones de su Consejo en el Monasterio de San Juan de la Peña. En esa época del año, el frío se hacía notar con verdadera crudeza. Por todas partes había instalados andamios y plataformas y en el exterior, ocupando una explanada, se encontraban numerosos bloques de piedra de irregulares tamaños traídos con carros desde el cercano lugar de Botaya, sobre los cuales, canteros venidos de muchos lugares, trabajaban con esmero y habilidad obteniendo de ellas perfectos bloques más pequeños con los que construir muros y paredes. Otros, los más capaces, esculpían con primoroso arte los capiteles y las torneadas columnas que los soportarían y que luego rodearían el claustro. Los artesanos y trabajadores realizaban sus labores junto a unas enormes hogueras que aportaban calor a los entumecidos miembros.

Ramiro mandó a su criado Íñigo López, que avivase las llamas del brasero con el fin de mitigar la sensación de intenso frío que se había apoderado de la estancia. Los allí reunidos, esperaban ansiosos las primeras palabras de su señor, a quien a partir de aquel momento reconocían como Rey y Señor natural.

Alrededor de la mesa se encontraban, su *eitán* Jimeno Garcés, Senior de Boltaña, Atares, Uncastillo y Sos, el conde Sancho Galíndez, Lope Garcés, senior de Loarre y Samitier, Fortuño Sánchez, senior de Uncastillo,

Fortuño Blásquez, senior de San Martín, Galindo Blásquez, senior de Troncedo y por Atón Galíndez, senior de Abizanda. Además de ellos, se encontraban dos caballeros que gozaban de la total confianza de Ramiro: Lope Sangiz y Aznar Galindones. Asistía también el Obispo Don García I, desplazado a San Juan de la Peña desde Sásabe, donde vivía en el Monasterio de Santa María.

A sus 15 años, Ramiro tenía por delante un ingente trabajo que desarrollar. A pesar de su juventud, contaba con la ayuda inestimable de su *eitán* para gobernar un territorio que en su caso, se trataba de un incipiente reino llamado Aragón. Consistía éste en una extensión de terreno comprendido entre Martes, villa situada al Este de Mianos y Bagüés que pertenecía a Navarra, y Matidero, donde nace el río que da nombre al valle del Guarga, con la inclusión de los castillos de Cacabiello, Agüero, Murillo y Loarre. Ramiro I, en conclusión, recibió de su padre el antiguo condado de Aragón, ampliado con los territorios conquistados a los musulmanes en los siglos X y XI, más la región de Serrablo, desde Agüero y Murillo hasta el valle de Nocito.

No le faltaban agallas, ambición ni inteligencia además de contar con una perspicacia muy acusada en el arte de gobernar. De carácter noble y sensible, sabía ser firme cuando la ocasión lo requería. En breves meses iba a contraer matrimonio con Ermesinda, hija del conde Bernardo Roger de Foix, estableciendo los primeros contactos del naciente reino con los condados del sur francés. A su memoria vino el recuerdo de las palabras de su *eitán*, a su lado, senior de Sos, Boltaña y Uncastillo, asignado por su padre para que le fuera enseñando todo lo que un futuro gobernante debía saber. De él estaba aprendiendo el valor de los pequeños detalles y de la perseverancia para conseguir lo que se propusiera. “Sé leal con los tuyos, y ellos lo serán contigo”, le repetía en multitud de ocasiones.

Sancho Galíndez, su entrañable y querido consejero, se levantó dirigiéndose a su Señor, mientras éste continuaba de pie.

— Mi señor don Ramiro, todos los aquí presentes, en este momento y hora, queremos postrarnos ante vos en señal de vasallaje para rendiros nuestro homenaje y acatamiento como Rey de Aragón y señor natural nuestro. Que Dios os mantenga a salvo durante una larga vida.

Los presentes se levantaron prestamente, arrodillándose a continuación y haciendo una inclinación de cabeza. Sancho Galíndez, también se arrodilló. La emoción se apoderó de todos, especialmente de Ramiro.

De pie, contempló la escena con los ojos brillantes de orgullo. Ante él, tenía a lo más florido de sus *seniores*, fieles y leales hasta la muerte y con los que ya había recorrido campos y montañas y enfrentado algunos encuentros con los moros de los asentamientos del Sur. Algún día se tomaría la tarea de incorporarlos a su reino.

— Hacedme la merced de alzáos mis buenos y fieles caballeros y tomad asiento.

Todos se incorporaron y ocuparon sus sillones.

— Como sabéis, mi padre, el Rey Sancho de Navarra, hace ya cinco años, que me hizo la merced de otorgarme la *bailía* de estas nuestras tierras. Y a mi lado puso a mi buen y fiel *eitán*, don Jimeno Garcés, aquí presente con quien desde entonces, las he recorrido de norte a sur y de este a oeste con el fin de conocerlas a fondo. Ahora, tras la muerte de mi padre, estas han pasado a formar parte de mi patrimonio primigenio y damos inicio a la Casa de Aragón. Hoy y aquí, vosotros me recibís como Rey y os lo agradezco de corazón, pero aunque actuaré como tal, por respeto a mi padre y a mi estirpe, seguiré ostentando mi condición de *régulo*, por lo que en mis diplomas no me titulare como Rey, sino que haré constar mi condición de hijo de rey, en la confianza de que mis actos futuros me legitimen y a través de mí, a mis

descendientes, a los que os ruego, deis el tratamiento de Reyes. Con la idea de dotar de futuro a la Casa de Aragón, en agosto contraeré matrimonio con Gisberda de Foix, hija y heredera de Bernad Roger de Foix y Coserans y juntos, proporcionar a este nuestro reino de Aragón, futuros infantes que den continuidad a la Casa.

Las palabras de Ramiro eran escuchadas con atención. La mayoría de ellos llevaban a su lado desde el principio y por su continuo trato, no habían dejado de notar y apreciar sus muchas cualidades para ser el rey de todos. En aquellos solemnes momentos, sus corazones latían gozosos, sentían que estaban siendo testigos de unos acontecimientos que los siglos calificarían de históricos.

— Este matrimonio, —continuó— nos permitirá en su momento, reclamar los derechos de mi esposa sobre el Valle de Arán, que incorporaremos a Aragón. —unas sonrisas aprobatorias aparecieron en los rostros de los barones al constatar los anhelos de su nuevo y joven Rey.

— Son muchas las cosas que debemos hacer. Antes de nada, debemos fortificar nuestras posiciones fronterizas, especialmente las situadas al sur porque desde ellas controlaremos los accesos a los valles, por donde podrían realizar incursiones tropas de nuestros vecinos, los reinos musulmanes, hasta que llegue el momento de expandirnos hacia el sur. También deberemos poner nuestra atención sobre las tierras del Sobrarbe y la Ribagorza que mi padre entrego a mi hermano Gonzalo, porque esas tierras las ambicionan los condes de Barcelona y el de Urgel, quienes realizan juntos o por separado constantes incursiones por esas zonas. Me temo que mi hermano no tiene carácter suficiente para oponerse a estos ambiciosos señores. Otra de las cosas que deseo, es dotar a este reino de una capital, y he pensado que *Iaca* es un lugar ideal para ello, por lo que quiero empeñarme en su reconstrucción y su repoblación. Y en ella fijaré mi Casa. Cumplidos estos primeros cometidos, iremos realizando otros, que nos permitan ponernos en situación de acometer la incorporación de nuevos territorios. Pero

hasta que ese momento llegue, primero debemos establecer y fortalecer una serie de líneas defensivas mediante torreones y castillos a lo largo y ancho de los valles que cruzan nuestro territorio. Algunos habrá que remozarlos y otros habrá que hacerlos nuevos. Ello conllevará también la creación de burgos y villas alrededor de esas fortificaciones, que hará que nuestra economía se expanda y aporte ingresos y hombres para defender el reino. Estableceremos un sistema que permita a quienes habitan nuestras tierras, demandar la justicia de su rey y articular su autoridad a lo largo y ancho del territorio. Por ello, nombraremos *tenentes* o *seniores* en cada fortaleza o castillo, a quienes asignaremos una zona de influencia sobre la que dichos servidores reales impartirán la justicia del Rey en su nombre.

Ramiro continuó desgranando sus proyectos ante la atención general. Una vez terminada su exposición, cedió la palabra a sus barones. En el transcurso del intercambio, Ramiro anunció la construcción de un torreón fortificado en Ruyta, cercano a Sos, tarea que adjudicó a sus fieles, Lope Sangiz y Aznar Galindones a quienes les confirió la tenencia compartida del lugar. Luego llegó el turno de hablar sobre los futuros planes de expansión hacia el sur a costa de los reinos moros allí instalados, quienes habían acogido con gran alegría la decisión de Sancho III de repartir su reino entre sus hijos, entendiendo que un reino pujante y poderoso como el de Pamplona, al que consideraban como una gran amenaza, se hubiera disgregado en cuatro nuevos reinos.

— Ellos ahora no nos ven como amenaza. Mejor que se queden tranquilos y nos dejen hacer. —dijo— Una vez que nuestras fronteras estén asentadas, continuaremos construyendo un cinturón de fortificaciones que crucen Aragón de norte a sur y de este a oeste. Y terminado esto, será llegado el momento de empezar a expandirnos por el Sur a costa de los sarracenos. —concluyó Ramiro.

Todos estaban completamente de acuerdo con el punto de vista de Ramiro y comprendían la urgencia y su preocupación por reforzar las defensas fronterizas. Continuaron analizando la situación de algunas *tenencias* cuyos titulares estaban presentes. A los que no la poseían, se les adjudicó plaza, pues Ramiro consideraba fundamental que cada plaza importante, tuviese al frente a un *tenente*. Quería dotar al reino con una estructura que le permitiese reaccionar rápida y eficazmente ante posibles agresiones procedentes del exterior, vinieran de donde viniesen. Terminada la reunión, partieron cada uno hacia sus respectivas residencias, debiendo regresar pasados cinco días para acompañar al Rey en su constante deambular por Aragón.

Únicamente se quedaron Jimeno Garcés, Sancho Galíndez y el Obispo García, quienes junto a Ramiro se trasladaron a otra habitación más caliente, porque en aquella, de grandes dimensiones, a pesar del gran fuego que había, el ambiente era más bien gélido y el persistente frío calaba los huesos. Y ya fuera porque el monasterio estuviera todavía en fase de construcción, la humedad se hacía sentir en las carnes y en los huesos de quienes lo habitaban.

En la nueva sala, más pequeña, la temperatura era mucho más agradable y en ella ya estaba dispuesta una mesa para comer, situada junto al fuego de la chimenea.

Se sentaron en ella, y los monjes comenzaron a traer platos con verduras y carne. Y para beber, jarras con vino de la zona. Los tres tenían apetito y se aplicaron con decisión a degustar los humeantes platos.

Fue Sancho quien abrió la conversación. Él y Ramiro llevaban muchos años juntos y aunque éste era unos años menor que Sancho, ambos habían congeniado perfectamente. Jimeno Garcés, mantenía silencio escuchando a su señor.

— ¿Creéis que vuestro hermano García puede tener alguna apetencia sobre vuestro territorio? —preguntó Sancho.

— No lo creo. Mi hermano está más interesado extenderse hacia el oeste, es decir por Castilla, con lo que se enfrentará a mi hermano Fernando. Debemos, eso sí, estar preparados por si se diera esta posibilidad. De ahí, nuestra urgencia en establecer una serie de líneas de defensa y a la vez crear un gran contingente de hombres. Paralelamente, nos conviene mantener con nuestros vecinos del sur relaciones de buena vecindad. Sobre todo…

— Hasta que se determine el destino del Sobrarbe y la Ribagorza —terminó Sancho.

Ramiro esbozó una sonrisa maliciosa mirando a su amigo.

— ¿Por qué lo decís? —preguntó.

— Bien que lo sabéis, Ramiro. Vuestro hermano Gonzalo no tiene energía suficiente para llevar a sus espaldas un reino. Sus preocupaciones son más proclives al buen yantar y a la buena vida. Aparte de que su salud, deja mucho que desear. Y si, Dios no lo quiera, le sucediera algo y no tuviera descendencia, vos seríais su sucesor, tal y como ya estableció vuestro padre.

— En eso tenéis razón. Es más dado al reposo y a la fiesta que a montar a caballo y recorrer los montes, caminos y veredas con sol, frío, agua o nieve. Pero de momento, y me parece bien, ejerce como rey del Sobrarbe y Ribagorza, ¿no os parece? Aunque se deberá andar con cuidado con sus vecinos catalanes, quienes a poco que se descuide le irán quitando el territorio bajo sus pies.

— Sí, pero solo de momento. ¿Me equivoco si os creo enterado de la opinión que corre entre sus barones y seniores?

— ¿Y cuál es esa opinión?

— Estarían dispuestos a rendiros vasallaje, a vos Ramiro y solo a vos. Ni siquiera a García, al que consideran lejano y poco predispuesto a escucharles. Temen lo que vos, que los catalanes intenten anexionarse

sus territorios y son de la opinión que Gonzalo no sabrá estar a la altura.

— Desconocía eso. Pero es muy interesante. Habrá que estar atentos a los acontecimientos.

— Desde luego.

— Otra cosa Sancho. Quiero confiaros a vos la encomienda de ir a buscar a Foix a mi prometida Gisberga para que la acompañéis hasta Jaca, donde se celebrará nuestro enlace.

— Así lo haré, Ramiro. Os la traeré sana y salva.

— ¿Y vos, Obispo? Os veo muy callado.

— Si Ramiro. Me preocupa vuestra decisión de no titularos *Rex* en los Diplomas que emita vuestra Cancillería en vuestro nombre. ¿A qué obedece esa cabezonería?

Ramiro dejó de comer por un momento, mirando a sus dos acompañantes.

— Veréis mis buenos y leales amigos. Puede ser que yo no me vea con la suficiente legitimación para ostentar ese título, al no ser el primogénito, que es el que lo recibirá de Dios. A la voluntad de mi padre debo yo el haber recibido estas tierras en calidad de *régulo*, y al morir, me hizo jurar acatamiento a mi hermano García, el Rey de Pamplona. Tal vez por eso, yo me veo más como un *baile* o como un gestor de la tierra que me fue encomendada, aunque se me dé el tratamiento de *Rex*. Es decir que me siento más rey de los aragoneses que rey de Aragón. Pienso que mientras que yo, o mis sucesores, debamos acatamiento a mi hermano o a quien le suceda, no debemos titularnos *Rex aragoniae*, con absoluta propiedad.

— Bien que lo entiendo —dijo el Obispo— pero quiero haceros una reflexión. Sabéis que los hombres reciben la realeza por la gracia divina y que quien tiene la *Potesta* regia de toda la cristiandad es nuestro santo padre el Papa Benedicto IX como representante de Dios en la tierra, y que vuestro padre recibió la *Potesta* de manos y mediación del Papa.

— Así es, en efecto —contestó Ramiro.

— Pues bien. Si vos os declaraseis vasallo de la Iglesia, ésta os podría conceder la *Potesta* a título de Rey, pues ya tenéis la *Honor*. Al fin y al cabo contáis con todos los pronunciamientos a vuestro favor: sois hijo de rey puesto al frente de un territorio independiente. Un nuevo reino que vos pondrías bajo la protección de la Iglesia, y que el Papa por designación divina, os conferiría el título de *Rex*, con todos los pronunciamientos legales y divinos, tal y como son designados los reyes.

— ¿Y dónde se presenta el vasallaje?

— Pues ante al Papa, en Roma, claro está —dijo el Obispo.

— Naturalmente. Pues comprenderéis don García que ahora no puedo realizar ese viaje. Lamento no poder dar curso a vuestra bien expuesta petición, pero vos sabéis que tenemos en este reino otras urgencia que demandan mi atención inmediata —contestó Ramiro con una sonrisa a la que correspondía con otra Sancho, y su *eitán*, entornaba los ojos plenamente satisfecho.

El Obispo hizo mención de insistir, pero Ramiro levantó su mano, desistiendo de su intento. Luego siguieron dando buena cuenta de la comida y en animada conversación, fueron planificando los siguientes pasos para consolidar al recién nacido reino de Aragón.

Cinco días más tarde, Sancho Galíndez, acompañado de Atón Galíndez, Blasco Dat y Fortuño Sánchez junto a una treintena de hombres emprendieron camino de Foix para recoger a la futura esposa de Ramiro Gisberda de Foix, hija y heredera de Bernad Roger de Foix. A todos ellos se unieron el Abad Blasco de San Juan de la Peña, fray Íñigo de la Calzada y fray Eximino, scriptor del monasterio.

Capítulo VI
Jaca, Aragón 1036.

Ramiro había mandado construir su casa solariega en Jaca, a muy poca distancia del Monasterio de San Pedro, donde residía el Obispo García. Este hecho, propició que otros *seniores* secundaran a su señor y comenzaran a construir también sus casas señoriales en las inmediaciones. Esta creciente actividad constructiva atrajo a trabajadores que desarrollaban profesiones directamente relacionadas con la construcción. Y eso a su vez, atrajo a la resurgente villa, a gentes que instalaban sus hogares en ella en busca de trabajo o para establecer sus negocios y poder así ganarse la vida. El incremento de población, empezó a atraer a comerciantes ambulantes procedentes de otros lugares, incluso del otro lado de los pirineos, para vender sus productos y artesanías de todo tipo, o para quedarse a vivir en la pujante urbe que pronto comenzó a ser un punto importante en toda la zona y en el incipiente reino.

Ramiro desde un principio, dedicaba el tiempo a recorrer de forma incansable su reino, visitando monasterios, villas y castillos, informándose de primera mano sobre las necesidades y problemas cotidianos, viéndose a menudo en la obligación de tener que impartir justicia en aquellos casos en los que el *tenente* o *senior* de la plaza, declinaban su participación por ser parte activa del conflicto o aprovechando la presencia del Rey, para que fuera él quien impartiera justicia.

En Jaca, se sentía como en su propia casa y siempre sintió la necesidad de establecer sus reales en aquel lugar. Situada en un lugar estratégico, en plena confluencia de caminos representaba el símbolo del nuevo reino. La tenía

idealizada desde niño, cuando pasó muchos años en aquella villa, poco más que aldea, y la recordaba con cariño.

En la ciudad comenzaron a hacerse los preparativos para la boda real, que tendría lugar a finales de agosto. La ceremonia se celebraría en la iglesia del monasterio dedicada a San Pedro, por lo que los monjes comenzaron las labores de asear y limpiar el templo y reparar los desperfectos que el paso del tiempo y las inclemencias del mismo habían ocasionado. También se repararon algunas calles y los caminos por donde debería transcurrir la comitiva, a la vez que se acondicionaron varias campas para que los invitados a la boda plantaran sus enormes carpas donde residir durante los días que durasen los festejos.

De igual forma, hubo que preparar lugares donde albergar a las monturas de los caballeros y las bestias de carga que portaban todo lo necesario para asistir a un acto de esa índole y que consistían en objetos de todo tipo: ropas, utensilios diversos, herramientas e incluso hasta pequeños muebles. Y grandes fogones donde cocinar los terneros, vacas, ciervos, faisanes y toda clase de aves con las que agasajar a tanto invitado y las gentes que se había aventurado a venir para asistir a la ceremonia. También a ellos, se les daría una escudilla de carne y verduras. Por tanto, la actividad que se estaba desarrollando en Jaca durante aquellos días era extraordinaria. Hasta en los pueblos de los alrededores se habían visto invadidos de gentes que enteradas de la regia noticia, no querían perderse el acontecimiento. Para una vez que la dura vida que llevaban, se podía relajar un poco, no era cuestión de desperdiciarla. Así pues, todo el mundo estaba feliz porque un suceso de aquella naturaleza, viniera a poner un poco de alegría en sus vidas y sacarles de su normal monotonía.

En el aspecto lúdico, se habían contratado a músicos y rapsodas que amenizaran los momentos entre

acto y acto, algunos venidos desde la lejana Aquitania y que acompañaban al cortejo de la novia, amenizando el viaje desde Foix, precediendo a la comitiva y causando el asombro y la alegría por todos los lugares, villas y aldeas por las que pasaban.

A mitad de agosto se produjo la llegada de Doña Gisberda, escoltada por los aragoneses. Venía acompañada de un gran séquito, entre los que se encontraban sus padres, Bernardo Roger conde de Carcasona y de Foix y doña Garsenda, condesa de Bigorre junto a los vizcondes de Lavedán, García y Guillermo, hijos de Forto, el Obispo Bernardo de Bigorre, además de un numeroso grupo de señores del sur de Francia. Su tía, hermana de su padre, era la condesa Ermesinda, casada con Ramón Borrell, conde de Barcelona. Las dos hijas de Bernardo Roger y doña Garsenda, Gisberga y Estefanía, se habían criado en la corte condal barcelonesa de la condesa Ermesinda, la cual había convencido a su sobrina del cambio de nombre de Gisberga a Ermesinda.

Ramiro recibió a su prometida, a sus padres y a toda la comitiva a la puerta de su recién acabada mansión o Casal. A su lado, el Obispo de Huesca García I. Un paso más atrás, se encontraba su *eitán*, Jimeno García y Sancho Galíndez quien ya le había informado someramente de los pormenores de su estancia en tierras de Foix. Y detrás de ellos, un nutrido grupo de caballeros que de pie, portaban sus vistosas y coloridas ropas, arropando a su rey. A un lado, a cierta distancia, los palafreneros sujetaban por las bridas a los briosos y nerviosos corceles de todos ellos, equipados con vistosas gualdrapas luciendo sus enseñas y escudos de las casas de sus propietarios. Tras ser presentados entre si los futuros cónyuges por el Obispo de Bigorre, se procedió a la recepción en el interior de la casa.

El 27 de Agosto, miércoles, en la iglesia del Monasterio de San Pedro, en Jaca, se celebró solemnemente la ceremonia, oficiada por el Obispo

Bernardo de Bigorre, acompañado por el Obispo de Aragón, don García y numerosos sacerdotes. El templo presentaba un aspecto magnífico, abarrotado completamente. Los primeros lugares estaban ocupados por los nobles y caballeros y en la parte final de la nave, el pueblo asistía asombrado a tanto fasto y boato, nada dispuestos a perderse la ocasión de ser testigos de una boda real, la primera celebrada en la historia de aquellos contornos. A la ceremonia asistieron los hermanos de Ramiro, García, Rey de Pamplona y Gonzalo, Rey del Sobrarbe y la Ribagorza, acompañados de un gran despliegue de caballeros. Ambos continuaban solteros y buscaban mujer con la que compartir sus vidas.

Los festejos duraron varios días y la vida de doña Ermesinda transcurriría entre castillos, casas de nobles y monasterios, mientras Ramiro, iba a recorrer el reino en sus cuatro direcciones, fortificando en unas ocasiones y conquistando otras en constante pelea con otros señores.

Meses más tarde, hacia la primavera del siguiente año, García de Navarra, emprendía viaje a Barcelona, pasando por Jaca donde se reunió con Ramiro, su hermano, en busca de su futura esposa Estefanía, hermana de la mujer de Ramiro, Ermesinda.

Capítulo VI.
Barbastro, Barbitaniya 1037/428 de la Égira.

Barbastro era una importante ciudad situada en un punto estratégico y paso obligado en las comunicaciones de *Lárida* con *Waska* y *Saraqusta*. Era una ciudad amurallada. La ciudad contaba con unos cuatro mil habitantes que vivían dentro del núcleo protegido por la muralla, alrededor de la cual, había un importante arrabal donde numerosas casas, la mayoría de dos plantas, configuraban estrechas calles, dando acogida a un bullicioso gentío. En total, Barbastro contaba con aproximadamente seis mil habitantes y dos fortificaciones amuralladas, una dentro de otra. La muralla interior, se correspondía con el primer asentamiento del siglo IX, y dentro de ella se encontraba la alcazaba, donde residían las autoridades de la plaza y los *radjules* o soldados y contaba con dos puertas, *bab al-Midyar* y *bab al-Ferrata*. La exterior tenía tres puertas denominadas *bab al-Waska, bab al-Fege* y *bab al-Merder* que daban acceso a calles que se dirigían hacia la alcazaba donde se encontraba la residencia del gobernador. Las casas conformaban sinuosas y estrechas calles, y en algún caso, sus paredes se apoyaban directamente sobre los muros de las murallas aunque la mayoría dejaban una angosta distancia entre ellas y los muros creando una especie de adarve a nivel de suelo. Las calles principales partían desde las puertas de la muralla exterior, y estaban empedradas. La más importante, recorría la ciudad de este a oeste, desde la *bab al-Merder* a la *bab al-Waska*.

Desde ellas se ramificaban un laberinto de callejuelas estrechas y tortuosas, la mayoría con suelo de tierra. Algunas se ensanchaban formando plazas de singular geometría, donde se instalaban zocos y mercados

y sobre las que se articulaba la ciudad creando vericuetos y oscuros *adarves* cuando la muralla impedía dar salida a algunas de ellas, creándose una tupida e irregular red de calles. Barbastro contaba con dos mezquitas. La *aljama*, o mezquita mayor, y que era conocida como al-Yibril, donde se realizaba la oración de los viernes, situada dentro de la muralla interior, muy cerca de la alcazaba, y la más pequeña, la *musalla*, denominada al-Isha, situada fuera de la muralla exterior, en su parte norte. Los barrios exteriores o arrabales, tenían también sus zocos y comercios.

Pasado el río, y situados en su margen izquierda, había un establecimiento de baños muy utilizados por la población junto a unas fuentes de agua potable. Barbastro contaba también con una extensa red de alcantarillado para aguas residuales. Los artesanos y comerciantes se agrupaban por gremios por lo que los barrios, zocos y calles, tomaban los nombres de ellos. Como en casi todas las poblaciones árabes, había un barrio de curtidores donde se trataba la piel con exquisito gusto. Había artesanos que se dedicaban a fabricar pergaminos, especieros, alfareros, tejedores, zapateros. Y también, cosa excepcional, un artesano que elaboraba perfumes.

Dentro de la ciudad, el ambiente callejero era bullicioso y multicolor. A todas las horas circulaban por la calle un gran número de vecinos, que atareados u ociosos, se dirigían a sus casas, huertas o zocos o permanecían sentados a las entradas de sus viviendas en animada conversación. La multitud de actividades, aportaba un aire dinámico al desarrollo comercial. Un barbero que afeitaba por una moneda de cobre, otro que vendía ungüentos milagrosos para todo tipo de dolencia, herbolarios que atraían los sentidos con su especial aroma, tapiceros, libreros, herreros, todos aireaban sus mercancías gritando o cantando, formando en su conjunto aquella vital algarabía.

Las casas de la gente pudiente, normalmente tenían una puerta grande, siempre cerrada que comunicaba con un zaguán que daba paso a un patio central, generalmente rectangular. Su centro, con frecuencia estaba ocupado por una pequeña alberca, rodeada por galerías sostenidas por columnas. El piso superior se dedicaba al *gineceo*, es decir, a las mujeres. La planta inferior se dedicaba a los salones que luego se convertían en dormitorios para la familia, esclavos y sirvientes. Las casas de los menos afortunados, eran muy pequeñas, con habitaciones muy angostas. Tenían también corrales donde criaban gallinas y conejos. Barbastro contaba además con cuatro molinos, dos hornos y un pozo. Tres de los molinos, funcionaban con la fuerza que proporcionaba el río. En los arrabales, había otro que funcionaba con tracción animal.

Era el mes del *Rayab (*mediados de mayo*)*, y las temperaturas comenzaban a anunciar la llegada del verano. Abdalá ibn Yahya al Tuyîbí, *wali* de Barbastro, recién llegado de *Saraqusta*, donde había sido confirmado en su cargo al frente de la ciudad por el nuevo emir Mundir II, escuchaba con atención el detallado informe del *arráez* Anwar al-Mustaín, sobre lo sucedido durante su ausencia de casi un mes de duración.

— Como veis, durante vuestra ausencia, apenas si hemos tenido altercado alguno con bandidos y banderías procedentes de taifas lejanas, en constante nomadeo por la geografía hispana. Cosas de rutina. En cuanto a la ciudad, nada destacable: un par o tres de robos, solucionados con la pérdida de la mano derecha del infractor.

— Sabéis que no me gustan ese tipo de castigos. ¿Quién los autorizó en mi ausencia?—pregunto enfadado al-Tuyîbí

— Yo, excelencia. Es lo que determina la *fatwa* ¿no? —respondió Anwar.

— ¿Acaso esa *fatwa* la emitió nuestro *Cadí*? — replico el *wali*.

— No. No consideré necesario exponer el asunto ante él. Nuestras costumbres, tienen fuerza de ley y siempre se ha hecho así —replicó mohíno Anwar.

— Pues en lo sucesivo, absteneros de aplicar la ley sin consultarme antes a mi o al *Cadí*. ¿Algo más? —replicó el *wali*, con cara de pocos amigos.

— Bueno, no sé si este es el mejor momento para exponeros mi petición, recién llegado de *Saraqusta*. Tal vez debiera esperar a que hubieseis reposado —dijo con voz asedada, lo que no le produjo buena impresión al *Caíd*.

— No importa. Decidme, ¿de qué se trata?

— Se trata de Fátima, excelencia.

El *Caíd*, se agitó inquieto en su *majilis*, al oír el nombre de su hija en boca de su *Arráez*.

— ¿Qué pasa con la niña de mis ojos? —preguntó mirando fijamente a Anwar.

— Desearía desposar a vuestra hija. Fijad la dote que deseéis, y os será satisfecha en el acto.

— ¿No tenéis ya dos esposas? ¿Para qué queréis una tercera? ¿Acaso no os han dado ya descendencia masculina? —le preguntó el *wali*.

— Sí. Así es como decís, pero deseo tener una tercera esposa, y he puesto los ojos en vuestra hija, *sidi*. — contesto sumiso, con una sonrisa en la cara.

— Mi hija, tan solo tiene 12 años. Es una flor que está todavía por desarrollar su máximo esplendor.

Abdalá ibn Yahya al Tuyîbí, estaba sorprendido por la osadía del a*rráez*. Todo el mundo en Barbastro sabía de su devoción por su hija Fátima, un regaló de Alá, cuando ya nadie lo esperaba. Y aquel patán, la quería para sí. Ni por un momento pensó en realizar tal cosa. Antes de contestar, lo miró de arriba a abajo, con los ojos semi cerrados.

— En efecto. Como bien habéis dicho, no es el momento de hablar de este tema. Y para vuestro conocimiento os diré, que han de pasar varios años todavía

para que sea procedente hablar de ello. Ahora podéis retiraros.

Anwar no insistió. Realizó una ligera inclinación de cabeza, y salió de la estancia conteniendo su rabia y odio hacia aquel anciano, que se permitía el lujo de rechazarle.

Abdalá se quedó solo en la sala de recepciones. Un suave aroma a rosas invadió la sala procedente del *harén*. En su cabeza todavía resonaban las instrucciones que había recibido del emir Mundir II, en el sentido de que algunos gobernadores, en especial el de Lérida, Abd Allah ibn Hakan, mostraban una especial belicosidad, por lo que no descartaba acciones sediciosas por parte de alguno de ellos. Le pedía por tanto que estuviera atento a posibles movimientos en su zona, de los que debería ser informado inmediatamente. Un sexto sentido, le advirtió sobre la conveniencia de no transmitir las órdenes a su *Arráez*. Su soez arrogancia, mostrada hacía unos momentos, le confirmaban la sensación de desconfianza que sentía hacia él. Dio unos golpes con las dos manos, y al instante apareció un soldado cuya piel era extraordinariamente oscura, armado con un enorme *alfanje* a su espalda, que pendía del correaje que cruzaba su pecho. Sin mediar palabra, se arrodilló ante el *wali*.

— Llamad a mi presencia a nuestro *Cadí*, Ibrahim.

— Al momento.

El soldado se levantó con la velocidad del felino, y con la misma rapidez que entró a la llamada, salió de la estancia. La guardia personal del *Wali* estaba formada por un grupo selecto de hombres, seis en concreto, procedentes de Egipto, famosos por su fidelidad y bravura a la hora de defender o atacar, sin escatimar sus vidas. Pasado un rato, y sumido en sus pensamientos, entró en la estancia, Ibrahim ibn Isa Hamati, *Cadí* de Barbastro, que hacía las veces de Juez y de *Jatib*. Los dos hombres se profesaban una sincera y profunda amistad. Un año mayor

que Abdalá, contaba con 58 años y era el *Cadí* de Barbastro desde hacía 15 años.

— ¿Me habéis mandado llamar?

— Sí, mi querido Ibrahim. Quisiera compartir contigo unas cuantas cuestiones que me sobresaltan y me llenan de infelicidad.

— Bien, aquí me tienes, a tu disposición. Y contad con mi leal consejo y amistad.

— Como sabes, acabo de regresar de *Saraqusta*, donde he recibido la confirmación de mi puesto en Barbastro, y además he sido informado por nuestro emir Mundir, sobre unas situaciones preocupantes. Al parecer, existe en la Taifa, ciertos gobernadores que manifiestan abiertamente su oposición al emir, y en especial, el gobernador de *Lárida*, Abd Allah ibn Hakan, que según sus noticias, está recibiendo el apoyo de los otros gobernadores. Se me ha ordenado que esté atento a movimientos, tanto de tropas como de personas, de los que deberé informar inmediatamente a nuestro emir. Esto significa que Barbastro, se puede encontrar en medio de una lucha entre hermanos. Y eso me preocupa enormemente.

— Ya veo. Sin embargo, Abdalá, esta situación no es nueva entre nosotros. Los tiempos de los hombres son borrascosos y a falta de un líder fuerte que imponga la voluntad de Alá al resto, cosa que ocurre cuando el creador lo cree oportuno, la intriga y la desafección habitan entre nuestras gentes. Tal vez, lo que te preocupa es otra cosa. — dijo el *Cadí*, mirándole a la cara.

— ¡Como me conoces Ibrahim! ¿Tanto se me nota? —preguntó el *Wali*.

— ¡Ah! Y además creo saber la causa de tu desazón amigo mío.

— ¿Si?

— ¡Fátima! ¿Me equivoco?

— Ni por el tamaño de un grano de mostaza. ¡Fátima! ¡Qué bien lo sabéis!

— Pues contadme vuestras cuitas y temores, pues de esto creo que va todo. Soy todo oído.

— ¡Ibrahim sois sabio por voluntad expresa de *Allah!* Hace unos momentos, preocupado por lo de *Saraqusta*, estaba oyendo el informe de mi *arráez* sobre lo acaecido durante mi ausencia, la verdad es que sin prestar mucha atención, pues se trataba de los sucesos de siempre, y al final, cuando le he preguntado si había algo más, ¿querrás creer que me ha pedido la mano de mi dulce y angelical Fátima?

— ¿Anwar aún anda buscando mujer?

— Ya ves. Pero lo que realmente me preocupa, es que se haya atrevido a solicitarlo. Como tú me conoces, sabes que en mis palabras no hay malicia de ningún tipo, sino que, no me parece natural que un hombre de su edad, quiera desposarse con una niña de 12 años. No sé, y aquí es donde quiero pedirte que me ayudes. Cuando Anwar me estaba hablando, he sentido un pálpito dentro de mi corazón, a modo de latigazo, que sin poder evitarlo, he relacionado las noticias de Saraqusta con la actitud de mi *arráez*. Dime, mi buen Ibrahim, ¿estoy delirando y veo conspiraciones por todos los sitios, o acaso mi vejez y mi debilidad por mi niña Fátima, hace que desbarre sin cuento?

Ibrahim, se quedó un momento pensativo. Conocía desde hacía mucho tiempo a Abdalá y sabía que tenía un olfato especial para oler la traición a su lado. El comentario de su amigo, le trajo a su mente un recuerdo de un hecho en el que estaba involucrado Anwar. No hacía muchos días había sido testigo accidental, de un encuentro entre Anwar y un soldado que procedía de Lérida, por los colores que portaba en su pañuelo, quienes, resguardados de miradas ajenas por las paredes de la *musalla* al-Isha, situada al norte, en el exterior de las murallas. Se encontraba en el *mihrab*, junto con el *qáyyim* revisando unos desperfectos que según éste, deberían acometer su reparación cuanto antes, cuando le pareció oír voces musitadas provenientes de abajo de donde se encontraban los dos. Cuando dirigió su mirada hacia el lugar de procedencia de las voces, vio a los dos hombres hablando

de una forma que en un principio no le pareció natural por el bajo tono empleado en su conversación, casi musitando las palabras, pero que en aquel instante no le dio mayor importancia achacando aquella entrevista a alguna acción de los soldados. Una vez que hubo revisado con el encargado de mantenimiento de la mezquita, la parte a reparar, volvió a mirar de nuevo, pero ambos contertulios ya habían desaparecido. Ahora, ante la confidencia de Abdalá, su mente había recuperado aquel recuerdo pero con un significado diferente. Una vez que hubo puesto en conocimiento del *Caíd* su fortuita observación, éste se mostró nervioso y pensativo. Debería tomar medidas con respecto al *arráez*.

La conversación derivó de nuevo hacia los sucesos de *Saraqusta* y la situación general de la Taifa. Hacía ya muchos años que no estaba al frente de la misma un auténtico tocado por el profeta, y los vaivenes de todo tipo, económicos, políticos y militar, no hacían sino debilitar el reino. Finalmente, la conversación volvió a tornar sobre su hija Fátima.

— Es una mujer lista y aplicada. Se perfectamente que lee el Corán a escondidas, y libros de la biblioteca, escritos en Latín. ¿Sabías que habla además del árabe, los dialectos del norte? Indudablemente, se parece a su madre, mi tierna Kaamla. *Allah* se la llevó cuando trajo al mundo a mi niña. Se ve que no era posible concederme la completa felicidad. ¡*Al-hamd-li-Llah*!

— ¡*Al-hamd-li-Llah*! ¿Y quién le enseña el latín? — pregunto el *Cadí*.

— Hasan, su *adul*, quien además de árabe le enseña también latín, según él para ampliar sus posibilidades de conocimiento.

— En eso tiene razón. ¿Y los dialectos?

— De las criadas. Algunas proceden de los valles del Pirineo, Benás, Ansó. Tiene una gran facilidad para aprender.

— Pues protejedla de vuestro *arráez*. ¿Por qué no la mandáis durante una temporada a Sicilia? Allí gobierna

Ahmed ibn Yusuf al-Ajal, quien recibirá a vuestra hija con los brazos abiertos.

Abdalá se quedó pensativo unos momentos, ante la propuesta de su *Cadí*.

— No está mal pensado. Es más, creo que es una gran idea. Lo único es que está muy lejos. Y ella es muy joven todavía.

— Seguramente, pero se da la circunstancia, de que en casa tengo alojado a Abdalá, el hijo de al-Tawil, el *arráez* del gobernador de Lérida, quien ha venido a hacer una visita a mi hijo Alí y a su amigo Iben, el hijo de Eleazar Galif. El caso es que dentro de unos días, partirá de regreso, para emprender un largo viaje hasta Salerno, donde cursa estudios de medicina. El viaje lo realizará en barco desde Barcelona hasta Sicilia, y de allí a la península italiana. Mi hijo lo acompañará en el viaje. Podría incorporarse al grupo tu hija Fátima.

— ¡Por *Allah* que se presenta propicia la ocasión! Comentaré el asunto con ella, y os haré saber lo que hemos decidido. Me habéis alegrado la mañana Ibrahim, como de costumbre.

Los dos amigos se intercambiaron saludos dando por terminada la conversación. El gobernador fue en busca de su hija. Desde su regreso de *Saraqusta* no había podido hablar con ella.

Alí ibn Ibrahim, era hijo del *Cadí* de Barbastro Ibrahim ibn Isa Hamati. Tenía catorce años y era el mejor amigo de Iben Galif, el hijo del médico, quien tenía su consulta en la judería. Ambos jóvenes, bien parecidos y con gran simpatía personal, tenían sin embargo, caracteres y aficiones completamente distintas. Tal vez en lo único que se parecían era en que tenían gustos bien diferentes a las profesiones de sus padres. Mientras Eleazar Galif, judío, era un reputado médico, su hijo mayor, deseaba ardientemente convertirse en ingeniero, tal vez influido por su amigo Al-Halifa Zuhayr, un joven arquitecto eslavo

de 22 años, y que había llegado a Barbastro hacía un par de años. Sus trabajos en artilugios mecánicos y en la construcción, cautivaron al joven Iben, quien desde aquel momento había decidido dedicarse a lo mismo que su amigo. Por su parte, Alí, hijo del *Cadí*, el líder espiritual de Barbastro, era un hombre de acción, amante de las armas, la acción y con clara vocación militar.

Aquella mañana, los dos amigos, junto con Abdalá, hijo del *arráez* del Gobernador de Lérida, de 16 años, y que se encontraba de visita, había decidido juntarse en el establecimiento de baños, para realizar una relajante sesión de baños de vapor, agua fría y caliente, mientras hablaban de sus cosas.

— ¿Así es que te vas a Toledo? —preguntó Alí a Iben

— Sí. Está decidido. Mi padre no está muy convencido, pero yo no deseo otra cosa que no sea aprender los principios de la ciencia que gobiernan los actos mecánicos y físicos. Y en Toledo, según me ha explicado Zuhayr, el eslavo, están los mejores maestros de todo el orbe.

— ¿Y cuánto tiempo estarás en Toledo? —preguntó Abdalá.

— Pues sobre cuatro o cinco años, creo. —respondió Iben.

— Pues como yo, más o menos. Yo también estudio medicina en Salerno, en el sur de Italia, en la Escuela Salernitana, de gran fama en Europa. —dijo Abdalá.

— ¿Así que me dejáis solo, no? —dijo Alí.

— Tú como te quieres dedicar a la milicia, no tienes que salir a ningún sitio. A guerrear y luchar se aprende en todas partes del mundo. —dijo Iben.

— ¿Os dais cuenta? Nuestras profesiones se complementan: lo que destruye Alí, lo tendremos que componer Iben y yo. Nos damos trabajo unos a otros. — dijo Abdalá.

— ¡Pues es verdad! —dijo Alí— no lo había visto yo así. Lo que es tener amigos inteligentes y que saben pensar. —dijo sonriendo.

En aquel momento, entró en la sala de vapor, un par de clientes nuevos, quienes se sentaron en un rincón, en el otro extremo donde se encontraban los tres muchachos. Iban completamente cubiertos con toallas, incluida la cabeza, que no retiraron a pesar del sofocante ambiente que había en la sauna.

Alí, reconoció a pesar de llevar una *futa* (toalla) sobre la cabeza a Anwar, el *arráez* del gobernador. No le ocurrió lo mismo con su acompañante a quien no reconoció, pero en un movimiento reflejo, tratando de sujetar la toalla que le cubría la cabeza, pudo ver un tatuaje en su antebrazo, que le llamó la atención. Le sonaba el dibujo, pero en aquellos momentos no recordaba porqué.

— ¡Qué, vienes o no! —la fuerte voz de Iben, le sacó de su abstracción. En efecto, sus dos amigos, estaban ya en la puerta dispuestos a trasladarse a otro habitáculo, siguiendo el ritual establecido en cuanto a la secuencia del proceso, alternando el frío con el calor. Abandonando sus pensamientos, se reunió fuera con sus amigos dispuestos a pasar por la ducha de agua fría, para luego volver a esta sala templada, donde tras reposar durante un buen rato, serían perfumados con agua de extracto de romero y rosas, a cargo de los empleados del establecimiento.

Capítulo VII.
Barbastro, Barbitaniya 1038/429 de la Égira.

Para el mes de *Rayab* (primeros de abril), hacía casi un año desde que Fátima y Abdalá, acompañados por Alí, habían partido hacía Barcelona camino de Lérida, y desde allí hasta Sicilia, donde Fátima quedó bajo la custodia del Emir Ahmed. Abdalá continuó su camino hacia Salerno y Alí, quien hizo la labor de acompañante de Fátima, regresó a Barbastro una vez cumplida la misión. Por su parte Iben, hizo lo propio, pero en dirección a Toledo.

Alí, se encomendó en cuerpo y alma al ejercicio militar. Sin la presencia de sus amigos, su dedicación era completa, destacando en los diversos aspectos del combate a pie o a caballo. Alcanzó una gran habilidad manejando el arco, el cuchillo y el alfanje para satisfacción de su instructor Hamzá y de su padre, quien observaba disimuladamente sus progresos llenándole de satisfacción. Cuando su hijo regresó del viaje en el que acompañó a Fátima, creyó observar en él, algo que no había observado nunca, y que le trajo algún recuerdo de juventud. Creyó adivinar que su hijo había vuelto enamorado de Fátima. No hizo comentario alguno a nadie. Pero en el fondo aquello le satisfizo bastante.

Por su parte, el *arráez* Anwar, había sentido como una puñalada en el corazón, la marcha de Fátima hacia Sicilia. Veía en ello, una maniobra del Gobernador para no atender su petición. La causa del viaje que le había comunicado éste, razones familiares y de formación, no le habían convencido en absoluto, y había encendido todavía más su odio hacia él. Se juró a sí mismo, hacérselo pagar. Ocasiones tendría para ello.

En los arrabales de Barbastro, había una pequeña posada o *funduq*, muy conocida en toda la *Barbitaniya*, que de normal solía estar muy concurrida por los propios vecinos de la ciudad, tratantes, comerciantes y caminantes de paso, que rendían visita al establecimiento para recobrar fuerzas. Aunque el *Islam* no permitía el consumo de alcohol, las autoridades miraban hacia otro lado ante su consumo, debido a que este producto se producía en grandes cantidades dada la gran cantidad de viñas que había en toda la comarca y a que los conquistadores árabes, enseguida aceptaron la costumbre de los cristianos de deleitarse con el caldo fermentado de las uvas. Aparte del agua aromatizada con esencia de azahar o de rosa, leche, jarabes de membrillo, manzana y limón, el vino figuraba como su bebida preferida.

Los tres hombres, pidieron vino y carne. La reunión era secreta y nadie debía saber de ella. Los albornoces que los cubrían, apenas si dejaban entrever sus facciones. Preferían la *funduq* como lugar de reunión a cualquier otro, pues en este establecimiento estaban seguros de que no era frecuentado por las personas que no les convenía que los viesen justos. Los tres hombres apenas si despertaron curiosidad alguna en el resto de clientes, a pesar de sus indumentarias. Todos ellos eran ajenos a la importancia de aquellos desconocidos: el gobernador de Lárida Sulayman, Abd Allah de Saraqusta, primo del Emir Mundir II y Anwar el *arráez* del gobernador de Barbastro. Los tres hombres están planeando una conspiración de consecuencias cruciales: asalta el poder en la Taifa de Saraqusta.

— ¿Ya tienes preparado todo en Saraqusta? — preguntó Sulayman al Abd Allah.

— Todo está dispuesto. Solo falta mi orden para poner en marcha todo. —dijo.

— Y en Barbastro, ¿cómo están las cosas? —le pregunto el gobernador de Lárida a Anwar.

— El *wali*, como sabéis, fue alertado por el *emir*, sobre vos. Y me consta que tiene a gente con los ojos

abiertos para que se le informe. A mí personalmente, no me ha comunicado nada, por lo que deduzco que debe de sospechar de mí.

— Si eso es así, os habréis asegurado de que no os han seguido hasta aquí ¿no? —le preguntó Abd Allah.

— Por supuesto excelencia —dijo servilmente Anwar.

— El momento ha llegado. Es hora de poner en marcha lo acordado. Tú, —dirigiéndose a Abd Allah— en el momento que creas más apropiado, eliminarás al *emir* y tomarás provisionalmente el control del ejército, comunicando a todo el mundo que el nuevo *emir* soy yo. Yo me dirigiré a Saraqusta, en el momento en que reciba tu aviso de que el golpe ha sido dado y *Allah* nos ha bendecido con el triunfo. En cuanto a ti, Anwar, el mensajero que nos envíe Abd Allah, pasará primero por Barbastro. En ese momento, deberás tomar el control de la ciudad, recluyendo al *Cadí* en sus aposentos, y tomando posesión del mando. Encarcela a quien consideres peligroso para nuestra misión. —le dijo, mientras Anwar asentía con una enigmática expresión es su rostro. Los días de la venganza habían llegado.

— El momento más adecuado será en *Dhul-Qa`da*, pues el *emir* acostumbra a retirarse a una *almunia* cercana a la capital donde pasa los meses más calurosos del verano. Allí apenas se lleva guardia, y una vez realizado el trabajo, tendremos más tiempo para reorganizar el control del reino. En ese momento, realizaré mi parte del pacto, que os recuerdo, por el cual yo seré investido como *Hayib*.

— Así es. —dijo Sulayman.

Anwar no consideró necesario recordarle a Sulayman, que su precio por participar en el complot, sería el de ser nombrado *Caíd* de Barbastro. Los tres hombres siguieron ultimando sus planes y cuando terminaron de comer, pagaron con un *dirhem* de plata, abandonando la *funduq* y Barbastro tan sigilosamente como habían llegado.

El Jueves, 20 *Dhul-Qa`da* (24 de agosto), un mensajero procedente de Saraqusta, exigía ver al momento

al *wali* de Barbastro. La noticia que debía comunicar tan urgentemente era la del asesinato en Saraqusta del *emir* Mundir II a manos de su primo Abd Allah ibn Hakan, quien a su vez se había auto erigido en nuevo *emir* con la conformidad del ejército y la oposición generalizada del pueblo. Anwar, que fue urgentemente convocado junto con el resto de autoridades de la plaza, para ser informados sobre los acontecimientos producidos en la capital de la Taifa. Conforme iba conociendo los términos de la noticia, su preocupación fue en ascenso a cada segundo que pasaba. ¿Qué significaba aquello? ¿Abd Allah, nuevo e*mir*? ¿Qué información le había transmitido el mensajero al *Caíd*? ¿Habían sido traicionados por Abd Allah? Las noticias así lo atestiguaban claramente. Una vez informados, el *Caíd* ordeno que todos abandonaran el salón.

— ¡Anwar quédate! —lo imperativo del tono, le sacó de su profunda abstracción. "Eso no podía significar nada bueno" pensó.

Una vez que todo el mundo había abandonado el salón, quedaron solos, frente a frente el *Caíd* y su *arráez*. La expresión seria en la cara del gobernador, no presagiaba nada bueno. Lamentaba no tener junto a él a su guardia personal, gente fiel hasta la muerte. Tal vez la iba a necesitar. En lo sucesivo, no se desprendería de ella en ningún momento.

— ¿Tenéis que darme alguna explicación? —le dijo escuetamente.

— ¿Explicación? ¿Sobre qué? —dijo cautamente a la espera de ver por donde se desarrollaba el diálogo.

— ¿No os habéis entrevistado aquí, en Barbastro, con el primo del *emir* asesinado, Abd Allah? —le dijo mirándole fijamente a los ojos.

El cerebro de Anwar trabajaba a toda velocidad. Al parecer, el *caíd* sí que tenía información. Pero ¿cómo podía saber que se había entrevistado con él en Barbastro? Fue en el establecimiento de los baños, pero fueron

absolutamente discretos y no.... ¡Los jóvenes!...uno de ellos le pareció que les miraba con insistencia. Él no se había fijado en quienes eran aquellos jóvenes.

— ¿Y bien? —apremió el gobernador

— Pues sí. Hace algún tiempo que me lo encontré en el establecimiento de baños, y recuerdo que hablamos de muchas cosas sin importancia. Una conversación para pasar el rato. —dijo.

— ¿Y de que lo conocíais? ¿Os lo había presentado alguien? ¿Quién? —insistió el *Caíd*.

— Nadie. Os aseguro que nadie. —Anwar había decidido negarlo todo.

— ¿Y los encuentros con mensajeros procedentes de Saraqusta, al cobijo de la *musalla*?— aquello empezó a asustarle. Después de todo, es posible que le hubiera hecho seguir. Su fe, comenzaba a tambalearse.

— ¿Y esos encuentros con desconocidos en una taberna del arrabal? —decididamente, Anwar tenía claro que lo habían seguido, pero algo le dijo, que quien le hubiera seguido, tal vez no había sido capaz de identificar a sus acompañantes, lo cual sería un extraordinario golpe de buena suerte. Decidió jugar fuerte.

— ¿Acaso no me es permitido juntarme con quien quiera, si con ello no ofendo al Profeta? —dijo

— No saquéis el caso de quicio, ni mencionéis al Profeta. No está en juicio vuestra libertad, sino lo que hacéis con ella, especialmente si la utilizáis para conspirar. —replicó el *Caíd*.

— ¿Conspirar? ¿No creéis que os estáis extralimitando en vuestras apreciaciones?

— Vuestra actitud es altamente sospechosa. Retiráos. He de meditar que hacer con tu destino.

Anwar, salió, henchido de ira y de odio hacia aquel hombre. Estaba en el ojo del huracán y era evidente la desconfianza que el *Caíd* tenía en su *arráez*. Tenía que hacer algo y pronto. El inesperado giro que había tomado el asunto de Saraqusta, le había sumido en un mar de dudas e indecisiones.

Abd Allah, el nuevo *emir* de Saraqusta, comprendió rápidamente que su situación era delicada. El pueblo no lo aceptaba, y el ejército mantenía una discreta y preocupante distancia. Pero era evidente que entre las tropas y sus jefes, se había establecido el nerviosismo. Todos esperaban la reacción de Sulayman, el gobernador de Lérida, un hombre brillante, tanto en sus dotes de mando como de estratega militar. Nadie lo decía, pero era evidentemente que era el jefe que deseaban. La solución que se le ocurrió a Abd Allah, era aliarse con el rey de Castilla-León Fernando I, y solicitar su protección mediante el pago de parias, por lo que mandó acuñar 10.000 dinares de oro, que era el precio exigido por el castellano. La población de Saraqusta fue obligada a entregar joyas de oro, para poder acuñar tan enorme suma. Lo que enervó todavía más al pueblo, y molestó a sus generales.

Mientras, el gobernador de Barbastro, esperaba también noticias de su nuevo e*mir*, en el sentido de confirmarle o cesarle en el cargo de *Caíd*. En su lugar, y mientras se producía la espera, le llegaron noticias de que un ejército al mando del *arráez* del gobernador de Lárida, al-Tawil, se había apoderado de los 10.000 dinares de oro, cuando los transportaban hacia Castilla para entregarlos al rey cristiano. Aquello le indicó, que los días de Abd Allah, estaban contados.

No pasó mucho tiempo, sin que Anwar recibiera noticias del gobernador de Lárida. En ellas, Sulayman, le comunicaba su decisión de acudir a Saraqusta con un ejército para echar al traidor, por lo que le pedía que realizara la misión que tenía encomendada. Según el nuevo plan trazado, pasados tres días a partir de aquel, debía tomar el mando de Barbastro, pues era necesario que aquella importante plaza estuviera bajo control.

Aquella mañana de *Dhul-Qa`da* amaneció calurosa. Anwar, precediendo a una veintena de jinetes, y quince hombres a pie, se dirigió al *alcázar* donde se alojaba el *wali*. Fue disponiendo a los hombres convenientemente y sin más, se dirigió a los aposentos del gobernador, quien se encontraba haciendo sus abluciones. Sin mediar palabra, y sin que el *Caíd*, se diera cuenta, lo decapitó con su alfanje. Ordenó a los que le acompañaban que lo recogieran y lo llevaran al Salón de Recepciones. Una vez organizado todo, mando llamar a los jefes militares y al *Cadí*.

Cuando los convocados acudieron al Salón de Recepciones, lo primero que vieron fue una alfombra que tapaba algo. También pudieron apreciar las manchas oscuras que se filtraban a través de la urdimbre. Sigilosamente, una vez que hubieron llegado todos los citados, los hombres de Anwar se distribuyeron alrededor del salón con sus alfanjes desenvainados. La situación se tornó absolutamente diáfana para los asistentes. Sus vidas pendían de un hilo.

Tras unos tensos y largos momentos, hizo su aparición Anwar, quien les explicó brevemente la situación. Dio orden a sus hombres que retiraran la alfombra, dejando a la vista al decapitado *caíd*, Abdalá ibn Yahya al Tuyîbí. A partir de aquel momento, él era el nuevo *Caíd* de Barbastro. Seguidamente les explico lo que iba a ocurrir. El Gobernador de Lárida, Sulayman ben Hud al-Mustaín, se dirigía hacia Saraqusta con un ejército, para arrojar del trono al usurpador Abd Allah, asesino del anterior *emir* Mundir II. Justificaba con ello su acción de asesinar al anterior gobernador, quien había declarado su fidelidad al nuevo e impostor *emir*.

Los presentes en el Salón escuchaban en silencio, y ninguno comprendía la acción de Anwar, de extrema crueldad, llegando al asesinato.

— ¡La maldición de *Allah*, caiga sobre ti y los tuyos, Anwar. Has asesinado a un hombre justo! —bramó Ibrahim

Dos de los hombres que rodeaban a los presentes, se dirigieron hacia el *Cadí* de Barbastro.

— ¡No oséis poner vuestras manos sobre mi persona, si no queréis sufrir los tormentos más crueles que existan! Soy el *Cadí*, una persona *haram*, intocable para vosotros —aquello hizo vacilar a aquellos hombres, quien a una señal de Anwar, volvieron a su sitio.

— No me permitió actuar de otra manera. No quiso avenirse a las nuevas normas. Se defendió. Era su vida o la mía —dijo el *arráez*, sin convicción

— Mientes, y con eso añades otra falta. ¿Qué nuevas normas? ¿Las que pones tú? —gritó Ibrahim

— Sea como fuere, el Gobernador de Lárida, Sulayman, esta al punto de llegar. Esperaremos su llegada y ver lo que decide. Ahora despejad el Salón. Cuando haga su entrada en la ciudad seréis convocados de nuevo.

Sulayman ben Hud al-Mustaín se adelantó con cien jinetes a Barbastro, mientras el resto de la tropa, unos 7.000 hombres seguían su camino hacia Saraqusta, que distaba todavía tres días de viaje. Le acompañaba su *arráez*, Abdel Mustafá al-Tawil haciendo su entrada por la *bab al-Merder*, dirigiéndose a buen paso hasta la alcazaba donde esperaban que Anwar, tuviera controlada la situación. La expectación entre las gentes de Barbastro fue grande. Se había corrido la voz de que un gran ejército estaba pasando por las afueras de la ciudad en dirección a Waska, a la vez que un gran contingente de fuerza, hacía su entrada en la ciudad del rio Merder. Algo debía de estar pasando, se preguntaban unos a otros. Cuando Sulayman y al-Tawil, entraron en el Salón de Recepciones, lo primero que vieron, fue el cuerpo de al-Tuyîbí, tendido sobre la alfombra. Sentado en el *majilis*, esperando la llegada de Sulayman, se encontraba Anwar.

— ¿Eres el responsable de esto? —pregunto Sulayman con voz glacial dirigiéndose a Anwar.

— Sí. Tal y como quedamos, ha sido necesario para poder controlar a la guarnición. —respondió Anwar.

— No era así como habíamos quedado. Al-Tuyîbí era un excelente guerrero y un hombre justo en sus decisiones. Os habéis extralimitado gravemente. —dijo— ¿Qué razón os ha movido a matarlo? —preguntó.

— ¡El odio! —la voz venía de la parte de atrás, y provenía del *Cadí*, Ibrahim.

Todos se volvieron para ver quién era el que profería aquellas voces, y al ver al *Cadí*, todos hicieron un gesto de reconocimiento.

— ¡El odio anida en este hombre, y por odio asesinó al *Caíd*! ¡Porque no quiso entregarle a su hija en matrimonio! —clamó.

Sulayman, miró a Anwar, y leyó en su cara que la acusación era cierta. Aquello no podía quedar así. Se volvió hacia Anwar.

— Preparáos, porque os vais a incorporar a mi ejército, camino de Saraqusta. Veo que vuestra sangre hierve por falta de acción. ¡Por *Allah* que la vais a tener! — Anwar salió rápidamente del Salón. Luego se volvió hacia su *arráez*, Al-Tawil— Y a ti Abdel Mustafá, te dejo el control de esta ciudad. Quédate con los 100 hombres, por si te hicieran falta. Yo me llevaré el mismo número de hombres de la guarnición.

— De acuerdo. Suerte y que *Allah* te acompañe. Tu causa es justa, y por tanto llevas su bendición —dijo.

Sulayman abandonó el Salón, seguido de su guardia personal. Al-Tawil, dio órdenes de que fuera recogido el cadáver de Al-Tuyîbí, y de que se hicieran los preparativos para el entierro de un justo. Luego, se abrazó con Ibrahim, al que conocía desde hacía muchos años, al igual que al asesinado Abdalá.

En septiembre, Abd Allah ibn Hakan, odiado y aborrecido por todos, huyó de Saraqusta sin presentar

batalla, al constatar que Sulayman, contaba también con el apoyo del *emir* de Toledo. Prefirió salvar su vida y huir hasta la fortaleza de Rueda. Sulayman ben Hud, fue reconocido con entusiasmo por el pueblo y los militares, como nuevo *emir*. Acompañado de sus hijos, nombró a los dos mayores como gobernadores de las plazas más importantes. Lárida fue para Yusuf al— Mudaffar y Waska para Lubb. Como *wali* de Barbastro, nombró a su *arráez*, Abdel Mustafá al-Tawil, quien traslado a toda su familia desde Lárida a la capital de la Cora de *Barbitaniya*.

Anwar, fue expulsado del ejército y nombrado *zabazoque*, y como tal, responsable del Mercado y de los almacenes donde se guardaba el trigo y otros productos almacenables. Su desproporcionada actuación, tras asesinar al anterior gobernador había producido pesadumbre en el ánimo de Sulayman, y aunque éste era un hombre capaz de acciones trepidantes y sangrientas, también valoraba del valor de la clemencia y la proporcionalidad en el castigo, por lo que consideró oportuno retirarlo de la milicia e incorporarlo a otras actividades. Había salvado la vida, únicamente por el hecho de que había participado en la conspiración de Sulayman desde el primer momento. Tras esta decisión, Anwar alimentó en su interior un gran rencor y odio hacia los que consideraba causantes de su desgracia. Como el *emir* le quedaba muy lejos de sus posibilidades de venganza, centró su odio en el nuevo *Caíd* y en el *Cadí* y sus familias.

En cuanto a la situación de orfandad de Fátima, el nuevo *emir*, decidió que Fátima fuera tutelada por Ibrahim, pasando a formar parte de la familia del *Cadí*. Al-Tawil, decidió que una comitiva, partiera hacia Sicilia para traer de vuelta a Fátima. Alí, se presentó voluntario para encabezar la misma. La comitiva partió camino de Barcelona, a finales de *Dhul-hijja* (primeros de octubre) en busca de Fátima.

Dos meses más tarde, la comitiva regresaba a Barbastro con Fátima, convertida ya en una mujer. Alí venía a su lado, sin que se hubiera separado de ella ni un instante, y no más allá de diez pasos. El viaje, tanto de ida, como el de vuelta, había transcurrido sin incidente alguno, y traía un una sorpresa para el *Caíd*, pues su hijo Abdalá, se había incorporado al viaje de regreso, para encontrarse con su familia en su nuevo destino de Barbastro. Durante el viaje, Alí, fue el encargado de comunicar a sus amigos las tristes y dolorosas noticias ocurridas en Barbastro durante su ausencia. Con anterioridad les había puesto en conocimiento de la muerte del *caíd* solicitando de ellos ayuda en el momento de comunicar tan terrible noticia a Fátima. El momento fue terrible para Alí, dados los sentimientos que albergaba hacia la muchacha, que no sabía cómo poner en conocimiento de ella tan luctuosa noticia. Y como era de esperar, lo hizo torpemente. Optó por comenzar dando un rodeo utilizando frases cortas y un tanto confusas que finalmente, llevó a Fátima a sospechar que había algo terrible que se le ocultaba, por lo que le pidió directamente que le dijera de qué se trataba. Fátima se desmayó al conocer la noticia, a pesar de que Alí lo hizo de una forma delicada, pero el impacto fue brutal en una niña, que quedaba sola y desamparada en el mundo. Ya en Barbastro, le fue comunicada la decisión del emir, de su acogimiento por parte de la familia del *Cadi*. Durante el transcurso del viaje, se sumió en profundos silencios y momentos de infinita pena y desconsuelo y con la mirada perdida en la inmensidad del mar. Alí, a su lado, la contemplaba en silencio, sin interrumpir su aislamiento. Sentía por ella un gran amor y junto a ella, sentía también como algo propio, la muerte del *wali* de Barbastro.

Capítulo VIII.
Rouen, Normandía, 1.038

La escolta estaba compuesta por un grupo de seis jinetes a las órdenes de un alférez y aguardaba a las puertas de la Abadía de Saint-Ouen, al lado de un carruaje cargado con maletas firmemente sujetadas en la parte trasera. Había llegado el momento de que Nicolás partiera rumbo a Italia, para ingresar en la Escuela Médica Salernitana.

A despedirle, había acudido su primo Guillermo y el Senescal Osbern, así como la práctica totalidad de los monjes, a cuyo frente se encontraba el Abad Gerard de Mortain, junto con Rodolfus y su más querido profesor, Bernardo venidos desde Fecamp. Fray Agustín, se había quedado llorando en su celda y no había querido venir a despedirlo. También estaban el abad de Saint-Ouen, Henri de Isembert y fray Jacques, quien en secreto le regalo un bisturí para que con él realizara las prácticas en la Escuela.

Tras los numerosos y repetidos abrazos de despedida, puso por fin un pie en la escalinata del carruaje para acceder a su interior, en el que ya se encontraba esperando pacientemente Guillaume de Montreuil, designado como acompañante de Nicolás durante todo el tiempo que estuviera en Italia.

Guillaume tenía dieciocho años de edad. Era por tanto cinco años mayor que su protegido. Hijo de una familia de la aristocracia media normanda, los *Giroie*, al sur del ducado, fue el elegido como acompañante, por dos motivos: era un hombre de recursos y tenía la formación adecuada para el ambiente en el que se iba a mover acompañando a Nicolás. Cuando se saludaron y se

cruzaron las miradas, ambos intuyeron que se llevarían bien. En su interior, Nicolás, sintió un pequeño alivio al ver la juventud de Guillaume, ya que temía que la persona que iba a ejercer la labor de tutor, fuera una persona de edad y de enérgico e intransigente carácter. Creyó ver en ello, la mano de su primo.

Volvió a asomarse por la ventana del carruaje agitando la mano despidiéndose por enésima vez de todos, al tiempo que la expedición se ponía en marcha. Lleno de ilusión y esperanza, tenía por delante, un viaje de aproximadamente cuarenta y cinco días, y una distancia de más de cuatrocientas leguas.

El viaje transcurrió sin especiales sobresaltos, con las paradas necesarias para alimentarse y descansar en las numerosas fondas que salpicaban el camino y alguna que otra visita obligada al herrero del pueblo más cercano con el fin de reparar alguna rueda, algún arnés o herrar algún caballo. Pasaron por incontables villas y pueblos y por ciudades tan importantes como París, Parma, Bolonia, Florencia, donde descansaron durante tres días, Roma y finalmente Nápoles, para rendir viaje en el destino, Salerno, ya en pleno Agosto. Durante el trayecto, Nicolás y Guillaume terminaron de congeniar. De vez en cuando, Guillaume parecía ponerse serio, con el fin de ir marcando terreno. Pero con Nicolás, esto no era necesario, pues de natural sabía medir las distancias en todo momento y lugar. Guillaume, a pesar de su juventud, ya había servido a las órdenes de su padre y ya había tomado parte en algunas escaramuzas por Normandía y Flandes. Había realizado su formación en Saint-Michel, donde había estudiado aritmética y geografía, además de latín, aunque lo leía y escribía con dificultad. En realidad, no había destacado mucho en los estudios. Por su origen, sus preferencias no estaban en los libros ni en la ciencia. Su natural inclinación se vencía hacia la vida del guerrero, manejando armas y participando en batallas. En resumen, una vida de aventura, tal y como él la concebía. Tal vez por

ello se preocupaba poco del pasado y nada del futuro, centrando su atención en el presente. En la milicia, la vida puede pasar en un suspiro. Eso era lo primero que aprendían los que dedicaban su vida a las armas.

Cuando la comitiva llegó a Nápoles, a pocos leguas de su destino, decidieron tomarse una semana de descanso, cosa que agradecieron los soldados que formaban la escolta, sobre todo porque a ellos, les aguardaba otro mes y medio de camino para regresar a Rouen. Nicolás recorría la ciudad en busca de cosas que le llamaran la atención para plasmarlas en su diario de observaciones, tal y como le había prometido al Abad Gerard. Guillaume no se separaba de él, y aunque su interés por las cosas no era ni parecido al de Nicolás, se entretenía en intercambiar miradas con las jóvenes que por doquier se cruzaban. A menudo Nicolás se detenía para observar cualquier detalle que le había llamado la atención. Guillaume se exasperaba con la minuciosidad con la que aquel observaba todo lo que se le ponía por delante y constituía una novedad, haciendo mil y una preguntas sobre todos los aspectos que presentaba el objeto estudiado, lo que le obligaba a permanecer inactivo y ajeno a aquellos trasiegos de preguntas y respuestas, que parecían no tener fin. Se admiraba porque lo apuntaba todo en su cuaderno con una claridad que llamaba la atención a quien posaba sus ojos sobre ellos. Una vez satisfecha su curiosidad, se convertía en un acompañante ameno y divertido. Tal era la vida de ambos durante su estancia en Nápoles.

Un día, decidieron ir al puerto, a observar los barcos que allí se encontraban amarrados. Los había de todas clases y de todos los tamaños, pero uno de ellos les llamó poderosamente la atención. Se trataba de una embarcación no muy grande, dotada de dos velas triangulares a diferencia de las embarcaciones que la rodeaban, todas ellas de velas rectangulares. Por sus formas, Guillaume le explicó que debía tratarse de una

embarcación árabe. Se acercaron para contemplarla de más cerca, atraídos también por la gran actividad que se desarrollaba en cubierta descargando mercancías. En esta ocasión, Guillaume manifestó un extraordinario interés en las características de la nao.

La embarcación poseía un solo mástil, del que pendían la vela mayor y el foque plegadas junto con la botavara sujetadas por correas al palo mayor, y que tenía una eslora de treinta varas. Un marino les explicó que la especial disposición de las velas, le permitían navegar sin remos independientemente de la dirección del viento, al contrario de las otras que precisaban contar con viento en popa para poder prescindir de los remos. La cubierta estaba totalmente ocupada por grandes cestas y fardos cuidadosamente ordenados y firmemente atados. Cuando llegaron a su lado pudieron observar como cuatro hombres, vestidos a la moda árabe, bajaban los fardos y las cestas que contenían naranjas y limones, operaciones que dirigía otro, quien daba instrucciones en una lengua desconocida para ambos. También él vestía al modo musulmán, y cuando reparó en ellos y en su evidente interés por la embarcación y la actividad que se desarrollaba, mostró una amplia y atrayente sonrisa dirigida a los observadores, que observaban sin decir nada. Las mercancías iban siendo apiladas en el muelle, y al rato apareció un hombre seguido de otros dos más que arrastraban un carro. Se trataba del comerciante napolitano que había comprado la mercancía. Tras no pocas discusiones en un medio lenguaje entre italiano y francés, lograron ponerse de acuerdo en la transacción. Los dos hombres se dieron la mano y el comerciante dio orden a sus hombres de que cargasen la mercancía en los carros que habían traído. Una vez terminada la compra-venta, el morisco que dirigía las operaciones, llamó a sus hombres y juntos se fueron a la taberna del puerto. El momento, fue aprovechado por Nicolás para dirigirse al comerciante.

— Os saludo señor. Mi nombre es Nicolás de Normandía y el de mi compañero es Guillaume de Montreuil y venimos desde la lejana tierra normanda, situada en Francia en dirección a Salerno, donde pasaremos los próximos cuatro o cinco años de nuestras vidas. —le dijo con una amplia sonrisa.

El comerciante se extrañó un poco, al ver como el más joven de los dos era el que se dirigía a él. Enseguida pensó que se trataría del hijo de algún comerciante rico o algún noble, por lo que le prestó toda su atención.

— Verá señor. A mi amigo y a mí nos ha llamado la atención esta embarcación, que no es la propia de estas regiones, ni de ninguna otra que yo conozca. ¿Podría informarnos sobre ella? —dijo mostrando una sonrisa.

— Esta embarcación proviene de Hispania, desde el puerto de Denia, y es como habréis podido intuir por los ropajes de su tripulación, una embarcación árabe perteneciente a un rico comerciante musulmán del reino de Balansiya. Normalmente siempre vienen con mercancías de ese país que gozan de gran fama entre nosotros, dependiendo de la época del año en la que nos encontremos, tales como almendras, manzanas, naranjas y melocotones, que cuentan con una gran fama en el mundo, y aunque nosotros también tenemos de estos productos, no logramos que alcancen la calidad de estos. Tengo entendido que también han venido un par o tres de pasajeros, pero sobre este punto, no os puedo dar cumplida información pues no la poseo. Sobre la embarcación, tampoco me preguntéis. Estoy tan asombrado como vos, porque es cosa de asombro, como una cosa tan pequeña puede recorrer el mundo llevando mercancías. Sin embargo, estas gentes son grandes marineros y navegan por nuestros mares y por los que llevan a oriente como si fuera el patio de su casa. Tal vez debierais dirigiros al patrón de la misma, para recabar más información. Espero haber podido satisfacer vuestra curiosidad. —pregunto obsequioso.

— Del todo. Y ahora decidme, ¿Podríamos adquirir algunos de estos productos? —contestó Nicolás.

— ¡Oh señor, no podéis, porque os los voy a regalar! Y ahora, hacedme una gran merced: Acompañadme hasta mi establecimiento donde os prepararé un cestillo, con una selección de frutas.-dijo el comerciante, quien sentía un pálpito en su interior, convencido de tener delante a personas principales, cosa que podría ser bueno para sus negocios.

— Permitidme que os pague. Es lo justo. —insistió Nicolás ante la divertida cara de Guillaume que asistía callado y sonriente ante el divertido intercambio de amabilidades.

— No se hable más. Quiero haceros un regalo, como muestra de amistad. Hacedme la merced. Mi establecimiento, no es porque sea mío, pero en todo Nápoles no encontrareis un lugar tan surtido como el mío. Os encontráis, si me permitís decirlo, ante uno de los comerciantes más importantes de Nápoles —dijo el comerciante, a la vez que hacía una flexión de cintura y extendía la mano hacia adelante, invitando a los desconocidos a seguir por delante de él.

— Es usted muy amable —dijo Nicolás, rindiéndose ante el ofrecimiento del napolitano.

Roberto movió la cabeza levemente de un lado a otro, indicio de su contrario parecer sobre el susodicho paseo hasta la tienda del comerciante. Pero no le quedaba otra que resignarse, así es que siguió tras el comerciante y Nicolás que ya iban por delante en animada conversación.

— Permitidme que me presente. Soy Giuliano de Sforza. Consideradme a vuestro servicio. En mi tienda, como veréis, hay de todo lo que un caballero pueda desear. Para ello, no dudo en establecer negocios, con todos los comerciantes que tengan algo que ofrecer, desde oriente a occidente. Tengo tratos con comerciantes de Damasco, del norte de África, de Hispania. Especias, telas, pieles, borceguíes, joyas, porcelanas, libros, lo que sea, de todo tengo, y si alguien me solicita algo que no tengo, investigo

donde se encuentra y lo compro. Siempre al servicio del cliente. Es mi lema. —hizo un pequeño inciso y antes de que Nicolás pudiera preguntar algo, continuo hablando— Por cierto excelencia, perdonad mi curiosidad, ¿acaso pertenecéis a alguna de las grandes familias normandas de Francia?-preguntó sin poder contenerse más.

— Sí. Mi padre fue el Duque de Normandía, Ricardo, tercero de ese nombre, fallecido hace unos años. Me dirijo a Salerno a comenzar mis estudios de medicina en esa prestigiosa escuela, cuya fama ha transcendido entre todas las culturas, obteniendo fama en todo el orbe conocido.

Al comerciante, se le alegraron los cinco sentidos al constatar lo que su ojo clínico ya le había advertido: se encontraba ante un muchacho perteneciente a una casa principal, nada menos que de la familia ducal de Normandía. Consideraba a Nicolás como un cliente de gran potencial económico que le permitiría sacar buenos beneficios, a poco que supiera ganarse su confianza.

— ¡Oh, señor Nicolás! ¡Qué gran honor el haberos conocido! Pero, perdonad, mi falta de hospitalidad. ¿Tenéis dónde alojaros en Nápoles? Es más, aunque lo tengáis, permitidme que os ofrezca mi modesta casa, durante los días que tengáis pensado pasar aquí. A vos y a vuestro, acompañante —dijo.

— Guillaume hace las veces de mi tutor, padre y madre. Yo tengo apenas catorce años. Así lo decidió mi primo el Duque Guillermo. En cuanto a vuestra invitación, aceptaría encantado, pero nos acompaña tropa de escolta, y no me parece correcto que ellos se hospeden en lugar distinto al nuestro. Pero quedamos muy agradecidos —dijo Nicolás.

El comerciante, sopesó el coste de mantener a tanta gente, y decidió no insistir. Al fin y al cabo, él ya había presentado su oferta y su hospitalidad había quedado demostrada. Mientras hablaban, se fueron adentrando en la ciudad, siguiendo una vía ascendente que conducía

desde el puerto hasta el centro de la urbe. Cuando llegaron a la espaciosa Plaza del Dominó, Giuliano, les indico con la mano apuntando a un lugar donde, expuestos en la calle, podían verse un sinfín de productos y objetos de todo tipo. Les hizo pasar al interior del establecimiento, donde les mostró con toda clase de explicaciones y detalles los productos que tenía a la venta y su procedencia, tras lo cual, mandó preparar una cesta con los productos recién llegados del puerto. A la centésima reiteración de su perpetua disposición, se despidieron de él, no sin antes informarle, debido a su insistencia, del nombre de la posada en la que estaban alojados, obteniendo la promesa de una visita el último día de su estancia en Nápoles. Luego, sin más demoras, encaminaron sus pasos hacia la posada donde la escolta les estaban esperando.

La semana pasó volando y el grupo normando, se había totalmente repuesto del largo viaje, por lo que decidieron continuar hasta su ya cercano destino, Salerno. Tal y como prometió el comerciante Giuliano, se presentó el último día de estancia en Nápoles, trayéndoles unas cestas con frutas: naranjas amargas, manzanas, y melocotones, todo ello de Hispania. Por lo demás, saborearon a gusto los días de holganza. Nicolás se aficionó a un plato que los napolitanos denominaban *picea*, y que consistían en unas formas de masa redondas y planas con aceite de oliva, especias y miel y que luego eran horneados sobre piedra y sobre la que ponían toda clase de verduras y carnes.

A un día de camino de Nápoles, hacia el sureste, se encontraba Salerno, donde se encontraba la Escuela Salernitana de Medicina, y en la que impartían clases los más celebrados sabios de todo oriente y occidente. Gozaba de merecida fama en todo el orbe, y a ella asistían alumnos y enfermos venidos de todas las partes del mundo. Profesores como Garioponto, Pietro Clerico, el obispo Alfano I y Trotula de Salerno, aportaban sus más avanzados conocimientos de todo el orbe conocido sobre

medicina, incluidos los que el mundo árabe había aportado a la ciencia médica. El *Aphorisma* y *Prognostica* de Hipócrates, *Tegni* y *Megategni* de Galeno; el *Amalak* o *Liber Regius* de Alí ibn Abbas; el *Viaticum* de Ibn al Jazzar; el *Liber Divisionum* y el *Liber Experimentorum* de Rhazes y el *Liber Dietorum*, *Liber Urinarium* y el *Liber Febrium* de Isacco de Toledo. Es decir, todo un compendio del saber en materia de conocimientos médicos. En Salerno se estudiaba tanto los males del cuerpo como de la mente.

La escuela se encontraba al final de la *Vía dei Mercant*, y estaba constituida por el conjunto de varios edificios. Uno de ellos, hacía las veces de residencia de alumnos y profesores y en él había biblioteca y salas de estudio. En otro edificio anexo a este, se encontraban las estancias de los servidores y trabajadores del centro, así como los despachos de los profesores y regidores de la Escuela. Detrás de las edificaciones, un inmenso jardín vallado con piedra, donde se encontraba una enorme cantidad de variedades botánicas, perfectamente alineadas y que llamaba poderosamente la atención por la gran cantidad de colores y formas que allí había.

En otro edificio, se ubicaban las aulas y las salas de prácticas, donde los profesores impartían sus clases y se realizaban todo tipo de actuaciones sobre cadáveres, ya fueran de animales o personas. En este edificio, se albergaba también un hospital, donde se atendía a los enfermos que venían de toda Europa, atraídos por la fama de los médicos de Salerno. Había una cuarta edificación, donde se ubicaban las cuadras, y un corral donde se practicaba la hípica y la doma. La actividad intelectual, se complementaba con una completa actividad física, dando cumplimiento al axioma de la Escuela, "***Mens sana in corpore sano***", extraída de una frase del poeta Juvenal. La escuela se basaba en la teoría humoral de Hipócrates y Galeno, aunque también, y fundamentalmente, en la experimentación diaria realizada con enfermos. Se

impartían profundos conocimientos sobre herboristería y farmacología, obtenidos fundamentalmente gracias a traducciones de textos árabes. Todos estos conocimientos, se iban recopilando en una obra monumental, conocida en la Escuela como ***El Régimen Sanitatis Salernitanos***.

La comitiva se adentró en Salerno por la *Vía dei Mercant*, a cuyo fondo podían divisarse los edificios de la Escuela. Con paso lento, y admirando las lujosas casas que a uno y otro lado, se distribuían armoniosamente, llegaron hasta la plaza en la que se situaba su punto de destino, pasando por delante de la *Chiesa di San Gregorio*, todo ello dominado por el *Castello di Arechi*, situado en lo alto del pueblo, frente al mar, en constante vigía. La *Vía dei Mercant* estaba salpicada de casas palaciegas, donde habitaban los grandes señores de la ciudad.

Una vez que se encontraron ante las imponentes edificaciones que constituían la Escuela, Nicolás y Guillaume se dirigieron hacía el edificio situado a su derecha, donde estaban ubicados los alojamientos de los alumnos y acompañantes. Les atendió un monje, y Nicolás en un perfecto latín, le dio las explicaciones necesarias sobre sus personas. Con amabilidad y grandes aspavientos, les condujo hasta una estancia, donde se encontraba el Director de la Escuela, un fraile entrado en años y que se presentó como *Giardino della Minerva*. Cuando el fraile que acompañaba a Nicolás y Guillaume, le explico la procedencia de ambos, les tendió la mano para que le rindieran la pleitesía, cosa que hicieron. Al parecer, el Director, ya tenía noticia de su llegada, pues el Abad de Fecamp, Gerard, hacía varios meses que le había hecho llegar una carta explicándole los detalles que rodeaban la vida de Nicolás. Así es que tras desearles una estancia feliz durante los cuatro o cinco años que duraría su estancia en Salerno, les encamino, mediante el fraile que les acompañaba, hacia el ecónomo de la casa, encargado de las habitaciones de los alumnos y profesores.

Una vez instalados, se despidieron de los hombres que los habían escoltado, no sin antes, entregarles Nicolás unas cartas personales, para su primo Guillermo y para el Abad de Fecamp. Los soldados, emprenderían el camino de regreso a primeras horas de la mañana siguiente, dejando solos a Nicolás y Guillaume, inmersos en una ciudad desconocida, pero que a los ojos de primero, le parecía estar en el cielo. Guillaume no era tan optimista, pero se las arreglaría para hacerse un hueco en aquella ciudad, que por lo que había visto, parecía ser bastante grande.

Capítulo IX.
Salerno, Italia, 1.038

Salerno desbordaba vida por todas sus calles, edificios, tabernas, fondas, mercados, artesanos y demás establecimientos públicos. La ciudad se encontraba ubicada en el centro de un triángulo geográfico cuyos vértices eran Pompeya, Positano y Paestum. La ciudad mostraba una enorme vitalidad tanto comercial como por parte de sus ciudadanos, ruidosos, afables y laboriosos junto al hecho de que en ella residiera la sede de una de las Escuelas científicas más importantes de la Europa del siglo XI. Sus quince mil habitantes con su incansable actividad, la dotaban de un dinamismo contagioso que se traducía en una gran prosperidad y que se reflejaba en sus construcciones. Templos, fortalezas y hermosas edificaciones pertenecientes a las grandes familias de la ciudad, impregnaban al conjunto de la misma un aire de magnificencia espectacular y que impresionaba al visitante. Edificaciones como el Fuerte *La Carnale*, la *Chiesa di San Gregorio*, cercana a la *Vía dei Mercanti*, la *Chiesa di San Pietro in Vinculis*, la *Chiesa di San Pietro a Corte*, de estilo longobardo construida en el siglo anterior, junto con su archifamosa Escuela médica, era una magnífica muestra de su empuje y prosperidad en lo económico y en lo cultural.

Nicolás asistía fascinado a aquel mundo que se abría a su alrededor. Los mejores y más sabios doctores impartían clase a un gran número de alumnos procedentes de todo el orbe. Los había venidos de muchas y muy diversas procedencias: irlandeses, escandinavos, germanos, francos, hispanos, árabes y algunos procedentes de las lejanas regiones asiáticas.

El profesorado estaba constituido por cristianos, musulmanes y judíos de procedencia, pero que tenían por única religión a la ciencia, lo que les permitía compartir vivencias y conocimientos desde un plano de absoluta independencia y sin ningún tipo de cortapisa. Y eso también lo transmitían a sus alumnos: todos los hombres son iguales y todos tienen necesidad de adquirir los conocimientos necesarios para alcanzar el máximo grado al que puede aspirar un ser humano, es decir, la libertad, no solo como derecho civil, sino como la capacidad de poder manifestar libremente su pensamiento, sin que por ello, deba ser reprimido o castigado. Era como vivir en un paraíso, que bien pronto entendió, que duraría lo que su estancia en aquella Escuela. Por ello, se aplicó al estudio y a la adquisición del conocimiento, como si en ello le fuera la vida.

Evidentemente, Guillaume tenía otras ideas y no precisamente tan elevadas como las de Nicolás. Los años que tendría que residir en aquella ciudad, los quería emplear para conocer gentes y pasárselo lo mejor posible. Entablar amistad con personas influyentes, era su objetivo personal, convencido como estaba de que el éxito en este mundo pasaba por tener los contactos y amistades apropiadas. En ello pensaba invertir el tiempo que durase su estancia en Salerno.

El primer día de asistencia a la Escuela, la clase corrió a cargo de Pedro de Musanda, quien les habló sobre la dieta que deberían observar no solo los enfermos, sino también los sanos, precisamente para evitar enfermarse. Mantenía la teoría que el mejor tratamiento de una enfermedad era hacer vida sana para no contraerla. Los cerca de veinte alumnos que asistían en completo silencio a las explicaciones del dómine, escuchaban con atención las explicaciones. Cuando el maestro les hizo una señal, para que realizaran las preguntas que desearan, o planteasen las dudas que pudieran tener, tan solo dos levantaron sus manos: uno de ellos era Nicolás. El otro,

Abdalá ibn Mustafá, de Barbastro, ciudad situada en la lejana Hispania. Musandino, nombre cariñoso con el que le denominaban sus alumnos, les respondió a sus preguntas con gran profusión de detalles, quedando impresionado por la profundidad de pensamiento de aquel sabio.

A la salida de la clase, Nicolás se acercó a Abdalá, extendiéndole el brazo, siendo correspondido por el hispano.

— ¿De dónde eres? —le preguntó directamente Nicolás.

— Soy de Barbastro, capital de la *Barbitaniya*, una población situada al noroeste de Hispania, muy cerca de los Pirineos. Es una plaza que pertenece a la taifa de Lérida. Mi padre, es Alférez del w*ali* de Barbastro, Abdalá ibn Yahya al-Tuyîbí. Es una ciudad hermosa y pujante, junto al río Merder —le contestó solícito— ¿Y tú, Nicolás?

— De Fecamp, Normandía. Mi primo es el Duque de Normandía, Guillermo II, y mi propio padre, lo fue hasta su muerte, con el nombre de Ricardo III. —contestó.

— ¡Ricardo III, decís! Algunas noticias nos llegaron de tu tierra, y que tenían gran interés para nosotros. Supimos que tu padre, proyectaba una revolución agrícola importante, cosa que a nosotros nos interesó bastante —le contesto Abdalá, a la vez que le ponía una mano sobre el hombro.

Abdalá era dos años mayor que Nicolás, y todo él desprendía alegría y sensatez. Era un conversador nato a la vez que inteligente. Llevaba ya dos años en Salerno, estudiando medicina, del que era un estudiante destacado. Cuando conoció a Nicolás, notó que se establecía una corriente de simpatía entre ellos.

— ¿Así es que quieres ser Médico, Nicolás? —le preguntó.

— Sí. Me apasiona el cuerpo humano, y el impresionante misterio que encierra.

— Dime Nicolás, ¿Tú también eres de la creencia de que los males del cuerpo los envía Dios para castigarnos por alguna mala acción cometida? —le pregunto mirándolo a los ojos, con cierta malicia en su sonrisa.

Nicolás, captó inmediatamente la intención de la pregunta, y por ella, adivinó que en Abdalá, se encontraba un hombre de su tiempo, inteligente y abierto al conocimiento sin cortapisas.

— Uno de mis preceptores, fray Jacques, de la Abadía de Monte Saint-Ouen, siempre me lo recuerda: Dios se cuida de las almas de los hombres y no se entretiene en hacer la vida más difícil a los humanos enviándoles enfermedades. La enfermedad es producto de la ignorancia que nos hace descuidar la higiene, la alimentación adecuada y las buenas costumbres. No sanaremos a un enfermo con oraciones sino con remedios, y si los remedios no lo resuelven, entonces solo Dios podrá hacer el milagro de su curación, y entonces y solo entonces, servirán nuestras oraciones.

— Sabio en verdad es vuestro preceptor. Y haréis bien en seguir sus consejos. Yo también soy de su opinión. —contestó.

A partir de aquel instante, dio comienzo la amistad entre Nicolás y Abdalá. Ambos jóvenes tenían dos características en común: su sed de aprender y la falta de conceptos preconcebidos. Sus mentes estaban abiertas a todas las posibilidades que les ofrecían la vida y la ciencia. Sus respectivos dogmas religiosos, no les ofuscaba la mente. Eran capaces de pensar por sí mismos a la vista de lo que la experiencia les fuera demostrando. Cuando se encontraban con algo que no coincidía con lo admitido por su fe, aparcaban la cuestión, y preferían pensar que tal vez el que escribió los libros sagrados erró al transcribir o interpretar ese punto. Lo que estaba claro es que muchas cosas se podían explicar desde varias ópticas distintas y con los mismos resultados.

La Escuela Salernitana, no solo era un centro donde se impartía cultura y conocimientos. Era un modo de ver y de sentir la vida y su correspondencia con la ciencia. Los conocimientos no están reñidos con la idea de la existencia de un Dios todopoderoso. Los profesores que impartían las clases, aparte de las materias que dominaran, eran en su totalidad unos filósofos que impartían diferentes puntos de vida, pero sintonizados en varias premisas básicas: El conocimiento es un bien general que no tiene dueño. Es un bien universal y es obligación del que sabe, enseñar al que no sabe. La libertad que concede el saber, no está reñida con los credos religiosos. La ciencia y la religión afrontan cuestiones diferentes. Solo los humanos nos empeñamos en mezclar los dos conceptos, con la consiguiente lucha de mundos que nos empeñamos en llamar opuestos, pero definen el mismo mundo desde varios puntos de vista diferentes.

Un día en que paseaban por uno de los muchos jardines botánicos que había dentro del recinto de la Escuela, observaron como un joven, en cuclillas, observaba unas flores. Nicolás al verlo, sintió la curiosidad de saber que observaba, así es que cuando llegaron a su altura, se detuvo. El joven agachado, al ver que una sombra se detenía a su espalda, se volvió y se encontró con la sonrisa de Nicolás, a la que respondió con otra, a la vez que se incorporaba.

— ¿Tu eres el fraile normando? —le preguntó directamente.

Nicolás se quedó por un momento sorprendido por la pregunta del desconocido.

— Sí. Mi nombre es Nicolás de Normandía, y soy fraile de la Abadía de Fecamp.

— Y el mío Constantino. Por aquí me llaman el Africano, por mi procedencia cartaginesa, aunque yo nací en Sicilia, aquí al lado, y que al igual que tú, profeso tu religión, y cuando acabe mis estudios, ingresaré en un monasterio.

— Ya me han hablado de ti y me han dicho, que eres un erudito y que conoces un gran número de idiomas.

— Sí. Eso es cierto. Quiero decir que hablo varios idiomas. Pero es que por aquí hay gentes de todas partes del mundo, y a poco interés que le pongas, aprendes varios idiomas a la vez.

Abdalá se había mantenido al margen, pero pronto, una vez realizadas las presentaciones se estableció una corriente amistosa entre los tres. A partir de aquel momento, se les veía frecuentemente juntos, en acaloradas discusiones de todo tipo, incluidos los temas médicos.

Nicolás mantenía regularmente correspondencia con su primo Guillermo y con el Abad de Fecamp. Todos los meses, partían desde Salerno sendas cartas para sus seres queridos de Normandía, a quienes cada día apreciaba más, conforme iban pasando los días, y los recuerdos le trasladaban a sus rincones favoritos de su tierra. Invariablemente, a las pocas semanas desde su envío recibía las contestaciones que suponían alimento para su alma y le permitía mantener vivo su lazo con su tierra querida.

En las cartas que su primo Guillermo le escribía, le informaba de todo cuanto acontecía en Normandía y en el resto de Francia, y sobre todo, le confesaba sus planes futuros para cuando fuera confirmado como Duque de Normandía. En ellas, Nicolás pudo apreciar la grandeza de su primo como futuro gobernante. Pero sobre todo, le emocionaba las abundantes referencias que le hacía de su padre Ricardo III, al que según le confesaba, admiraba profundamente, por su visión del mundo y su vista puesta siempre más allá del presente, tratando de prever el futuro. Cosa básica en un gobernante que se precie, apostillaba su primo.

Capítulo X.
Trelissac, Aquitania, 1.038

El grupo de hombres a caballo, lanza en mano, se desplazaban a paso lento, en línea, algo separados entre ellos, con el fin de cubrir más terreno, con la idea de forzar al jabalí a salir de su escondite. Todos reflejaban en sus rostros la tensión del momento, prestos y atentos al mínimo movimiento que pudiera producirse dentro de su campo visual, para lanzar el venablo en el momento que el huidizo animal delatara su presencia o apareciera repentinamente.

En medio de los diez hombres, se encontraba Robert de Gallard, Conde de Trelissac, anfitrión de los asistentes a la cacería que tenía lugar en sus tierras. El animal perseguido había sido herido, aunque no lo suficiente como para dejarse rematar y ya había destrozado a tres perros. El grupo se dirigió hacía una zona boscosa donde abundaba la vegetación. Con precaución, se fueron adentrando entre los árboles, de forma que la perfecta formación dejó de serlo, y pronto dejaron de verse entre ellos.

Al principio aún se oían las voces muy atenuadas, pero luego el silencio se hizo absoluto, señal de que se iban alejando entre sí. Robert de Gallard, siguió por una pequeña vereda al sentir un movimiento de ramas a una cierta distancia delante de él. El camino desembocaba en una pequeña pradera, y cuando estaba a punto de entrar en ella, justo en ese momento lo vio al otro lado de la explanada, frente a él. Pareciera que le estaba esperando, harto ya de tanto huir. Lanzó su caballo a galope hacia el jabalí quien, cosa extraña, no se movió, sino que pareció aguardar el momento del encuentro más favorable para él.

El conde pensó que tal vez las heridas eran importantes y el animal estaba herido de gravedad, impidiéndole moverse, en cuyo caso, sería mucho más peligroso. Conforme se iba acercando, alzo su brazo con la lanza dispuesto a traspasar al jabalí en cuanto lo tuviera a tiro, pero de repente, el caballo tropezó con algo, y ambos, caballo y caballero, se fueron al suelo en un golpe brutal.

Robert de Gallard, sintió un gran dolor en el hombro y en su pierna derecha. Cuando dejó de rodar, aunque consciente, era incapaz de levantarse y apenas podía mover los brazos. Estaba como inmovilizado debido a la posición en la que había quedado, con el cuerpo encima del brazo izquierdo, sin fuerzas para liberarlo. Vio como el caballo, que había caído un poco más adelante, hacía esfuerzos por levantarse, pero tampoco podía, por más que lo intentaba.

Y allí estaba él. Un enorme jabalí de 150 kilos, con la boca ensangrentada, enfilado hacia él, como sopesando el momento justo para iniciar su ataque. Y de repente sus ciento cincuenta kilos se lanzaron a toda velocidad sobre el caído caballero, quien se dio por muerto en aquel lance. Se encomendó a Dios, y se santiguó como pudo. Cuando ya lo tenía a cinco metros, cerró los ojos y nuevamente se encomendó al Altísimo. Sintió como el animal se le echaba encima, e instintivamente tensó todos sus músculos, esperando sentir la dentellada, pero no pasó nada. Notó el peso enorme de aquella bestia encima de él, inmóvil. Pasaron dos segundos eternos, y aquella masa hirsuta de pelos, barro y excrementos, continuaba inmóvil encima de él. Abrió los ojos, y vio junto a su cara, la mirada vidriosa del jabalí, y unos letales y enormes colmillos inertes como todo él. Unos segundos más tarde, noto que algo o alguien se acercaba por detrás. « ¡Dios mío otro jabalí!» pensó. Pero no era así. Se trataba de un joven de unos veinte años, quien se acercaba rápidamente hacia el hombre herido. Lo primero que hizo fue retirar el jabalí de encima del Conde, cosa que le costó lo suyo. Al voltear al animal,

quedó patente la razón de su repentina parálisis: estaba atravesado por un venablo. Después le ayudó a incorporarse, utilizando el enorme cuerpo del jabalí como lugar donde apoyar su espalda. El Conde, al que por unos momentos, le habían desaparecido los dolores, observó de arriba abajo al muchacho. Era bien parecido y vestía las ropas propias de los aldeanos. Iba provisto de un arco y un *carcaj* con flechas, además del venablo que traspasaba el cuello del jabalí.

— Dios te ha puesto en mi camino, muchacho. Decidme, ¿Cómo te llamas y qué edad tienes? —preguntó.

— Gastón, señor. Soy hijo del *albeítar* de Basillac. Tengo 16 años. —dijo a la vez que examinaba la pierna del herido.

— Creo que tenéis la pierna rota. Será mejor que busque unos palos y la inmovilicemos del todo, hasta que llegue la ayuda.

Robert de Gallard, observaba en silencio el quehacer del joven, quedando maravillado por su disposición y determinación a la hora de conducirse. El muchacho se alejó un poco, y al rato volvió con tres ramas, que una vez que las hubo desbastado con su cuchillo, las aplicó sobre la pierna, y sacando de su faltriquera unas tiras de tela, las fue enrollando fuertemente, hasta quedar la pierna completamente inmovilizada con los tres palos y el vendaje. Luego, le examino el hombro, y ante los gestos de dolor del herido, dejo de moverlo.

— Hijo, creo que también tengo roto el hombro. Mis hombres andan tras este jabalí del demonio. Por cierto, te agradeceré que remates a mi caballo. Creo que se ha partido la pata. Y ese animal me ha servido demasiado bien y no quiero que sufra.

Gastón se incorporó y dio varios gritos con potente voz, tratando de llamar la atención de los que estuvieran por las cercanías. Luego se dirigió al caballo y lo observó cuidadosamente. Primero examinó las patas, y comprobó que no tenían herida ni rotura alguna. Luego indagó en la

razón por la que el caballo no se levantaba y vio que en un costado tenía clavada una astilla que cuando trataba de levantarse, le producía un dolor insoportable, por lo que el animal se quedó inmóvil para evitarse los dolores. Gastón pensó que a aquel animal habría que levantarlo a pulso entre varios hombres y ver luego la gravedad de la herida.

Volvió hasta donde estaba el yacente conde y le comunicó las nuevas sobre su caballo, lo que alegró de sobremanera al señor de Tresillac. Al poco, se oyó el ruido del trote de varios caballos y al momento, apareció el hijo del Conde, Guy con siete hombres más, quienes al ver al Conde herido junto al jabalí y un muchacho, aceleraron el galope hasta llegar junto a ellos.

Guy se bajó como un rayo, y se dirigió hacia su padre.

— ¿Os encontráis bien padre? —dijo. Luego mirando al jabalí, le dijo.

— Menos mal que pudisteis matarlo con vuestra lanza.

— No he sido yo, sino este muchacho, a quien le debo la vida. De un certero lanzamiento lo atravesó con su venablo cayendo muerto sobre mí. Por favor, entre todos levantad a mi caballo. Tiene una astilla clavada en el costillar. —y luego se dirigió a Gastón.

— Muchacho, ¿tienes montura para ir a avisar a tu padre para que atienda a mi caballo, aquí mismo?

— No señor no tengo. No nos lo podemos permitir.

— Pues monta con uno de mis hombres y que te lleve a Basillac. Llevad otro para el padre de Gastón ¿es así como te llamas no?

— Gastón, señor. —le contesto el muchacho.

— Y tu hijo mío, acércate hasta el castillo y regresa con un carro. Mucho me temo que no podré montar a caballo. Y de paso, nos llevaremos la pieza cobrada, aunque se la deberíamos regalar a este muchacho.

— Padre, ¿Por qué hacéis traer al padre del muchacho? —preguntó Guy.

— Porque es el *albeítar* de Basillac. Justo lo que necesita mi caballo. Desde luego, la llegada de ese muchacho ha sido providencial. Dios nos protege, a pesar de todo.

Entre todos levantaron al caballo, de forma que el propio animal, en cuanto se vio de pie, relinchó con brío, bien de alegría o por el dolor. En efecto, en su costado llevaba una astilla clavada. No salía ya sangre por la herida y se desconocía la profundidad de la misma. Sin embargo, el caballo una vez de pie no dio muestras de debilidad. Una vez recuperado el equilibrio, el pobre animal se dirigió con paso renqueante hacia donde estaba tendido su amo, apoyada su espalda sobre la cerviz del jabalí. Amo y caballo, intercambiaron muestras de cariño mutuo ante la sonrisa de los presentes. Gastón ya había salido en busca de su padre y una vez levantado el caballo, Guy, acompañado de otro hombre, partió hacia el castillo en busca del carruaje donde llevar a su padre para que lo atendieran los físicos.

Los primeros en llegar fueron Gastón y su padre, quien saludó al Conde, dirigiéndose luego hacia el caballo que ramoneaba las hojas de un árbol. Esteban, que así se llamaba, examinó las patas del animal, y aparte de unos pequeños cortes no encontró ningún problema. Luego examino la herida del costado, moviendo con cuidado el asta que sobresalía a lo que el animal reaccionaba al instante. Luego inspeccionó el lugar donde había estado tendido el animal para comprobar la cantidad de sangre perdida por el caballo. No había mucha sangre, por lo que dedujo que seguramente no habría interesado ningún órgano. Luego cogió al animal de las riendas y comenzó a deambular con él. El caballo lo siguió con normalidad; la astilla, no le impedía andar.

— Tenemos que proceder a extraerle la astilla. Pero como veo que puede andar, si os parece lo llevaremos a mi casa y allí se la extraeremos. Necesitaré gente para sujetar al caballo, pues el momento de sacarla le producirá dolor.

No vivimos lejos y si os parece, podemos llevarnos al caballo. —dijo el *albeítar*.

— Perfecto. Lleváoslo y cuando esté curado, que me lo traiga vuestro hijo Gastón, a quien le debo la vida. Si no hubiera sido por su destreza manejando el venablo, yo estaría en estos momentos rindiendo cuentas ante Dios. Os agradezco a ambos vuestra ayuda, pero no perdáis más tiempo y llevaros a mi caballo, porque el pobre debe de estar sufriendo lo indecible. Id con Dios, amigos.

Robert de Gallard, se recostó sobre su cinegético apoyo y cerró los ojos. El dolor le estaba atenazando el cuerpo y empezaba a ser insufrible. Gastón y su padre, iniciaron el camino de vuelta acompañados de tres hombres llevando de las riendas al caballo del Conde. Aun pasó bastante tiempo hasta que hiciera su aparición Guy con un carruaje al que le habían preparado una mullida litera donde colocar al herido. A sus pies colocaron al jabalí. El Conde, a la vista de aquel enorme animal, se santiguó dando gracias a Dios por la merced recibida. Luego, todos, siguiendo al carro que era tirado por dos caballos, emprendieron también el regreso a Trelissac, donde ya le esperaban los físicos para curarle de sus heridas.

A los tres días, le anunciaron la llegada de Gastón con el caballo del Conde. El animal lucía una venda que le rodeaba el cuerpo y que servía de sujeción para el apósito que cubría su herida y al que habían aplicado una pomada de hierbas. En efecto, la herida no había sido profunda y no tenía ningún órgano afectado, por lo que la recuperación del animal fue muy rápida. Por ello, al tercer día Gastón pudo llevar al caballo de las riendas y recorrer la distancia que separaba Basillac de Trelissac, que cubrieron en una hora para no forzar el paso del caballo. Cuando llegó al castillo del Conde, fue conducido a los aposentos donde reposaba con el torso desnudo y con fuertes vendajes en la zona del hombro, y la pierna

derecha, vendada por completo. Estaba acompañado de su Senescal, Gerbege de Montagne y de algunos servidores.

— ¡Gastón, seas bienvenido muchacho! —dijo efusivamente el conde, haciendo un intento de incorporarse.

— No os mováis señor —dijo Gastón— ¿Cómo os encontráis?

— Bien, ahora bastante bien. Un poco dolorido, con el hombro tumefacto y la clavícula rota, y en cuanto a la pierna, hiciste un gran trabajo. Aquí sustituyeron tus ramas por unas maderas acanaladas, hechas por el carpintero, y como ves, me vendaron totalmente la pierna. Así tengo que estar casi dos meses, sin apenas moverme. No sé si podré resistirlo. Y dime Gastón ¿Cómo está mi caballo?

— Perfectamente, señor. Finalmente la herida no era muy profunda y no había afectado ninguna parte importante.

— ¿Y porque no se podía levantar? Al verlo pensé que se habría roto una pata.

— Por la posición en la que cayó. Estaba en una pequeña pendiente cuesta abajo, apoyado en la parte dañada. Cuando intentaba hacer algún movimiento, presionaba sobre la astilla, la cual se le clavaba aún más y le producía un gran dolor. Al final, el animal, inteligente como es, desistió de levantarse. —explicó.

El conde se dirigió a su ayudante, ordenándole que trajeran unos dulces y vino para obsequiar al visitante. A los pocos momentos, el ágape lo traía la mujer del Conde, Lorena de Foix, una mujer encantadora de gran belleza y juventud, segunda esposa del conde, con la que contrajo matrimonio tras el fallecimiento de su primera mujer, la madre de Guy.

— Aquí tenéis señora, al que os ha permitido seguir contando con un marido.

Gastón se volvió hacia ella, realizando una profunda flexión de cintura ante la sonrisa de la dama.

— Por favor, Gastón, alzáos. Tomad y probad estos pasteles y este vino de nuestras bodegas.

Gastón estaba completamente azorado ante tales agasajos de señores tan principales. Si hubiera podido se habría escapado de allí volando por la ventana abierta.

— Hablemos de ti, Gastón —dijo el Conde.

— ¿Si, *sire*? —acertó a decir el muchacho.

— Veo que dominas el lanzamiento de la jabalina y el otro día te vi portando un arco. ¿También dominas el arco?

— Sí, *sire*. De vez en cuando salgo a cazar al bosque y no se me da del todo mal.

— ¿Te gustaría entrar a mi servicio, como mozo de armas? Vivirías en el castillo. Aquí nos encargaríamos de que aprendieras a manejar la espada y todo tipo de armas. Luego, quien sabe, si entras en batalla formando parte de mis huestes, acompañándome, tal vez podrías hacerte con un renombre y quién sabe, llegar a Caballero.

— No desearía otra cosa señor. Siempre ha sido mi ilusión convertirme en un hombre de armas —respondió con brillo en los ojos.

— ¿Tu padre se opondría?

— No creo. En casa somos ocho hermanos y toda ayuda es poca. En cualquier caso, deberé preguntarle.

— Como debe ser. Y bien, ¿Qué andabas haciendo por aquellos andurriales el día que Dios te puso en mi camino?

— Pues iba tras una liebre. Y mientras seguía su rastro, me encontré con el de un jabalí que iba herido porque dejaba rastro de sangre. Aquel hallazgo me heló la mía. Todo el mundo sabe que los jabalíes heridos son muy peligrosos. Y más del tamaño de aquel, que podía deducirse de su pisada. Así es que me agazapé, tratando de escuchar todos los ruidos que se produjeran a mí alrededor. Y así fue como al poco, vi al jabalí a un lado de la explanada y a vos que aparecíais por el otro. Uno a mi izquierda y el otro a mi derecha. Luego os lanzasteis al galope contra el jabalí que curiosamente no salió huyendo.

Parecía como si os estuviese esperando. Luego, vuestro caballo tropezó con algo y ambos os fuisteis al suelo. Me imagine lo que iba a ocurrir y yo salí a la carrera hacia donde vos estabais caído. Cuando vi que el jabalí estaba ya a vuestra altura, justo me fue para poder lanzar mi dardo y tener la fortuna de alcanzarle justo a tiempo.

Lorena de Foix, escuchaba atentamente el relato de Gastón, reflejando en su rostro la tensión que sentía. Le había caído bien aquel joven, que rezumaba la nobleza propia de los jóvenes por todos los poros. Su forma de contar las cosas, con pasión, le agradó de sobremanera.

— Así pues, os debo agradecimiento eterno, joven Gastón —dijo.

— Señora, hice lo que cualquier buen cristiano hubiera hecho. Solo que debemos agradecer a nuestro Señor que mi brazo no temblara y atinara en el punto y momento justo. —respondió modestamente Gastón.

— Ordenad que le faciliten un caballo a Gastón para que pueda regresar a su casa. —dijo el conde dirigiéndose a su senescal. Luego, mirando a Gastón— y a ti, os espero de aquí a tres días.

Luego pidió a un criado que le trajera una bolsa que había encima de una mesa.

— Toma. Esto es para tu padre por sus magníficos y eficientes servicios prestados a mi caballo. Desconocía la existencia de un *albeítar* en Basillac cosa que tendré en cuenta a partir de ahora. Con respecto a ti, mi deuda es de otro tipo y si finalmente decides incorporarte a mi mesnada, te atenderé como te mereces. Yo soy hombre agradecido, y contigo tengo una deuda eterna que no se paga con dinero. Hasta pronto, Gastón.

Con aquellas palabras, Robert de Gallard daba por terminada la entrevista y Gastón volvió a su pueblo, montando un caballo joven y nervioso, con el alma y el corazón pletóricos de alegría y ante quien la vida se presentaba con promesas de un futuro fulgurante. Deshizo

el camino hacia su casa lentamente, saboreando cada instante. Miraba al horizonte y se decía a sí mismo que algún día aquel horizonte se le quedaría pequeño y sus ojos verían otras tierras, otras gentes y otras costumbres.

A los tres días de su encuentro con el Conde de Trelissac, Gastón se presentaba de nuevo en el castillo condal. Como era de suponer, su padre no se opuso a que se incorporara al servicio del Conde. Constituía un honor por la forma en que se había producido el hecho. La bolsa, contenía una cantidad harto generosa, lo que fue del total agradó de su padre, máxime, cuando Gastón le informó sobre la intención del Conde de utilizar sus servicios en lo sucesivo. Parecía como si Dios hubiera tocado con un dedo aquella casa.

Cuando pasados los tres días, se presentó ante el Conde, este llamo a su presencia a su Maestro de Armas y hombre de confianza, Arnoul de Montignac, a quien encomendó la enseñanza de todo lo que había de saberse, para desenvolverse en un campo de batalla.

— Consideradlo, como si fuera mi propio hijo —le recomendó.

Gastón tenía 18 años y toda una vida por delante. Arnoul de Montignac pronto se dio cuenta de que tenía ante sí a un muchacho de gran valía. Tenía una inteligencia natural muy desarrollada y una destreza innata en el manejo de armas. Su complexión física fue desarrollándose con el exigente ejercicio, y sus progresos en el manejo con las armas empezó a provocar las primeras admiraciones entre el resto de la mesnada, y como no, también las primeras envidias, sobre todo en Guy, el hijo del Conde, quien era dos años mayor que Gastón.

Al principio le cayó bien la presencia del aldeano, como decía despectivamente, pero luego comprendió que su padre le había cogido un cariño especial, estando

siempre pendiente y al tanto de sus progresos y animando a sus tutores a que le fueran instruyendo en todas las artes de la guerra y dada su valía, en las de táctica y mando. Aquella decisión paterna, en su cada vez más preocupante ofuscación, le hizo sospechar, si su padre no estaría formando al villano para algo más que darle una formación militar. Cada día que pasaba, y directamente proporcional a los progresos de Gastón, crecía el odio de Guy para con el de Basillac.

Un día, en el que estaban realizando prácticas de enfrentamiento con espada entre los mesnaderos, Guy se empeñó en participar, cosa que no hacía nunca. Sabido era el hecho de que Guy no soportaba perder, acudiendo a cualquier argucia, fuera del tipo que fuera, para salir victorioso. Aquel comportamiento tan impropio de un caballero, disgustaba terriblemente a su padre quien le afeó en muchas ocasiones su forma de proceder, haciendo caso omiso de sus reprimendas.

El Maestro de Armas, cayó enseguida en la cuenta de cuáles eran las intenciones reales del heredero del condado. Tras pensarlo un poco, dejó de lado su primera idea de impedir el enfrentamiento, pero luego pensó que podía ser una buena ocasión para comprobar el nivel de preparación de Gastón. El hecho de que este desconociera las verdaderas intenciones de Guy le permitiría comprobar su reacción cuando viera que el hijo del conde, no iba a practicar, sino a fulminarlo ante todos. Vigilaría para que la sangre no llegara al río. Y dio su aprobación.

Los ejercicios consistían en peleas de uno contra uno, utilizando espadas de madera, que si bien era bastante improbable que alguien pudiera morir en la lucha, golpes, magulladuras y algún hueso roto, siempre podían y solían suceder. Los contendientes se colocaban en dos hileras espaciadas, frente por frente. Cada practicante luchaba contra el que tenía enfrente, y cuando el Maestro de Armas lo indicaba, una de las filas daba un

paso a la derecha y el que estaba en el extremo derecho, cambiaba de hilera, con lo que se cambiaba de oponente. Está práctica era agotadora, pues se trataba de luchar todos contra todos. Pero todo era poco para prepararse para una acción real, que podía prolongarse varias horas.

De primeras, Guy se colocó frente por frente de Gastón. No quería perder tiempo ni fuerzas físicas ensayando con otros hasta que le tocase el aldeano. Todos intuían lo que iba a suceder, todos, excepto Gastón. Cuando el Maestro dio la orden de comenzar, Guy le lanzó un golpe de arriba abajo directo a la cabeza, dado con todas sus fuerzas, que Gastón, sorprendido por la violencia de la acción, a duras penas pudo repeler colocando su espada por encima de su cabeza, evitando el impacto directo, pero sin poder evitar que al desviar su trayectoria, le golpeara en su hombro izquierdo. Luego en una acción continuada, Guy dirigió los siguientes golpes a izquierda y derecha, arriba y abajo, a los que Gastón respondía con agilidad, pero sorprendido en grado sumo por aquella actitud de su oponente que no esperaba.

La sucesión de golpes era tan ardorosa, que los contendientes que estaban a su lado, detuvieron su lucha y se apartaron rápidamente del campo de acción de Gastón y Guy. Este golpeaba a izquierda y derecha sin dar ningún tipo de respiro a Gastón, quien retrocedía ante tal enloquecido empuje, y ya había recibido dos golpes fuerte en diversas partes de su cuerpo. En un momento dado, al retroceder para hacer perder la distancia a su rival, tropezó y cayó al suelo, quedando por un momento a merced de Guy. El resto de participantes habían parado y contemplaban asombrados la lucha. El Maestro de Armas, asistía con evidente tensión al duelo. Estaba esperando la reacción de Gastón que suponía no podrá demorarse mucho más.

Guy vio a su odiado rival en el suelo y procedió a rematarlo. Sin embargo, vaciló por un instante y cuando se

disponía a asestar el golpe de arriba abajo, Gastón, en una rapidísima maniobra, se giró sobre sí mismo, hacia un lado de Guy, y cuando terminaba el giro, su espada describió un círculo, impactando sobre una pierna de Guy, quien se vino al suelo con un grito de dolor y sorpresa. Gastón se levantó con la presteza de un gato y aguardó a que Guy se levantara, cosa que quiso, pero volviendo a caer al no posicionar bien las piernas en su intento de levantarse rápidamente. Gastón se mantuvo en su sitio, mientras su oponente volvía a levantarse. Cuando ya estuvo de pie, Gastón, con la cara roja de ira, comenzó a atacarle por todas las líneas posibles con una furia irracional. Guy comenzó a retroceder, pero en su retroceso se llevó varios golpes en brazos y manos, hasta que finalmente cayó en la tierra, sin fuerzas para levantarse. Un unánime grito, se oyó en todo el castillo. Finalmente, el Maestro de Armas se acercó a Guy, para ayudarle a levantarse.

— ¿Se puede saber a qué ha venido esto? —le preguntó.

Guy lo miró con odio. Miró con odio a todos los presentes. No le dolía tanto la paliza, sino que esta hubiera sido ante todos. Juró vengarse de aquel ultraje lo más pronto posible. Rechazando la ayuda que le brindaba Arnoul de Montignac, se levantó, y sin decir palabra se dirigió hacia el interior del castillo. En su ofuscación, no vio como su padre había sido testigo de todo cuanto había ocurrido en el patio de armas. Arnoul de Montignac sí que sabía que el Conde estaba siendo testigo de todo.

Gastón, tenía numerosas marcas rojizas en los brazos y hombros, pero los huesos los tenía intactos.

— ¿Qué le ocurre a Guy, maestro? —preguntó todo sorprendido.

— Sois buena persona, Gastón, pero deberéis cubriros las espaldas, a partir de este momento.

— ¿Por qué razón debería hacer eso? ¿En que he podido ofender a Guy? ¡Apenas lo veo y nunca hablamos!

— Por alguna razón que desconozco, os odia. Tal vez sea por la deferencia con la que os trata su padre. Celos, envidia, ¡qué sé yo! —terminó el Maestro.

Todos los demás rodearon a Gastón, mientras algunos dirigían improperios en voz baja contra el hijo del Conde. Gastón se fue a poner árnica en las zonas de los golpes. Cuando se encontrara con Guy, le preguntaría sobre la razón de semejante actitud.

Por la noche, Robert de Gallard, llamó a Arnoul de Montignac para preguntarle su opinión sobre todo lo ocurrido en el campo de prácticas.

— Estoy muy preocupado por la actitud de Guy con respecto a Gastón. En realidad estoy muy preocupado con la actitud de Guy con todo y con todos. Hoy he sentido dos sensaciones totalmente contrapuestas. Por un lado, he sufrido el dolor de ver la actitud villanesca de mi hijo, y por otro lado, la alegría de comprobar que lo que vi aquel día en Gastón, se confirma cada día con creces.

Guy, desapareció durante dos días en los que se ocupó de sembrar el terror por las tabernas y prostíbulos del condado. Luego volvió a organizar las cacerías por los prados y montes del condado. Su *ego* insufrible, que le impedía admitir no ser el mejor en todo aquello que participaba lo pagaba con los demás. Conocida era su afición a poner tres marcas en sus flechas, con el fin de poder determinar, una vez cobradas las piezas, quien era el que más había acertado. Pero también era sabido, que los siervos encargados de recoger las piezas, si estas sobresalían en vistosidad, tamaño o peso, debían hacer las tres marcas a la flecha. Todo el mundo le despreciaba, pero su violentísimo carácter, y su posición como hijo del conde, hacía que los demás utilizaran su sentido común y renunciaran a plantearle retos o desmentirle en sus asertos. No merecía la pena arriesgar por nimiedades. Y así él vivía feliz, en su propia miseria existencial. Desde aquel día, Guy ya no apareció por el campo de prácticas.

Tras meses de práctica, Gastón seguía sobresaliendo en todos las artes. Cuando el Maestro de Armas, proponía a sus alumnos, ejercicios donde se debían solucionar problemas de tipo logístico o táctico, Gastón destacaba en las soluciones que aportaba. Aquellos ejercicios, destinados a ver las capacidades de los hombres para asignarles el mando de algunos otros, eran los preferidos del Maestro de Armas, porque era allí donde se veían la auténtica valía de aquellos hombres. Gastón demostraba con ellos, unas dotes de liderazgo, que el Conde de Trelissac hubiera deseado que adornaran la figura de su hijo.

Gastón tuvo su bautismo de guerra, acompañando al Conde y a su hijo Guy, en una acción de ayuda al Duque de Aquitania, Guillermo VI, en su lucha contra el Conde de Anjou, Fulco III, tratando de recuperar la ciudad de Saintes, que unos años antes le había cedido como pago de un rescate. Por aquellos tiempos, en toda Francia, se producían constantes enfrentamientos entre los grandes señores, por disputas sobre pretendidos derechos sobre determinados territorios, lo que ocasionaba una gran sangría de jóvenes que dejaban sus vidas en estas insensatas disputas. Desde la iglesia de Roma, abadías y monasterios, se instaba a los nobles a que cejarán en sus peleas, pero éstos hacían oídos sordos a las peticiones de la iglesia.

Los dos grupos enfrentados se encontraron en las suaves explanadas situadas en los alrededores de Chaviers. Ambos ejércitos estaban situados en lo alto de dos lomas, frente por frente, separados por un suave y ondulado valle. El ejército del conde de Anjou, tenía a sus espaldas el mar, y contaba con cerca de cuatrocientos hombres por trescientos los de Aquitania. Ambos contendientes estaban constituidos por varias secciones de infantería y varios grupos de caballería. A los hombres del Conde de Trelissac, se les había asignado el flanco derecho, con la

misión de hacer labores de apoyo para cuando fuera necesario, debido a que no era un grupo muy numeroso.

Junto al conde se encontraba su hijo Guy, y un poco más atrás, el Senescal, Gerbege de Montagne, a cuya derecha se situaba, Arnoul de Chartres y a su izquierda, Gastón. Detrás de ellos, cerca de doscientos soldados de a pie, y una cincuentena de jinetes a caballo. Todos ellos contaban con una gran experiencia en enfrentamientos armados, y todos y cada uno de ellos había mirado de frente a la muerte en multitud de ocasiones. Las líneas que formaban los dos ejércitos estaban en continuo movimiento. Mucha era la tensión existente en ambas fuerzas enfrentadas. A Gastón se le había encomendado la misión de ayudar al Conde, sin separarse de él. Se trataba de que en su primera toma de contacto en un enfrentamiento armado, no tomara riesgos por desconocimiento sino que fuera tomando conciencia paulatinamente de lo que suponía participar en una acción, en la que perfectamente, además de dar muerte a sus adversarios, podía perder su propia vida. El Conde había ordenado al Maestro de Armas, que no perdiera de vista al muchacho. Tal era la estima que sentía por Gastón.

La batalla dio comienzo cuando el Conde de Anjou, ordenó a su oficial de señales que mostrara la señal que indicaba a la infantería iniciar la bajada por la suave pendiente, orden que se ejecutó de inmediato acompañada del repicar de los tamborileros situados entre la infantería, adoptando una formación en cuña.

Ante este movimiento, el Duque de Aquitania, ordeno a su infantería salir al encuentro del enemigo, manteniendo la amplia línea que ocupaba en una gran extensión de terreno. Pronto las dos fuerzas fueron reduciendo la distancia entre ellas, produciéndose el enfrentamiento en el amplio centro del valle.

Justo antes del encuentro, los hombres del Conde, deshicieron la formación en cuña para adoptar una amplia línea, con filas muy juntas, mientras que entre los aquitanos, la distancia entre filas era de cinco pasos. El choque desató las mil furias y pronto comenzaron las primeras bajas. El estridente sonido de las espadas al chocar entre sí, produciendo infinidad de chispas, añadido a los gritos de dolor y miedo de los combatientes, envolvió el encuentro en una atmósfera insensata. Miembros separados de sus cuerpos, sangre, espadas y toda clase de armas, comenzaron a repartirse por el suelo. En un primer momento, el avance de ambos ejército se detuvo por el efecto del choque inicial, pero pronto comenzó a observarse que los aquitanos comenzaban a perder terreno.

En esos primeros momentos, el ejército del Conde de Anjou, al tener más juntas sus filas, se enfrentaba con cierta ventaja a los aquitanos, pero pronto se produjo el agrupamiento de los contendientes sin orden ni concierto, en un caos total, en la que los contendiente se molestaban entre sí, lo que ocasionaba que alguno recibiera una herida producida por un elemento de su grupo. Era la lucha por la supervivencia por encima de todo, y en aquel caos, el que estaba a tu lado era un enemigo potencial, así es que se atacaba a cualquiera cosa que se moviera a tu lado.

Mientras esto ocurría, ambos ejércitos parecían estar reservando a la caballería, esperando el momento oportuno para lanzarlas al ataque, manteniéndose en sus posiciones iniciales. El Conde de Anjou, ordenó que se mostrara la señal para que su caballería se desplegara a lo ancho de todo el frente en doble fila y fueran bajando la loma sobre la que se encontraban, manteniendo el paso de sus caballerías. De esta forma se iban acercando a la cabeza de la batalla, esperando la reacción de la caballería enemiga.

El Duque de Aquitania, al observar el lento aproximar de la caballería enemiga, ordenó que la suya se desplegara rápidamente por ambos lados del grueso de la batalla, poniéndose él mismo al frente. La idea era realizar una acción relámpago atacando a la infantería enemiga por los flancos y la espalda, para que la propia infantería pudiera recuperar el terreno perdido, deteniendo el retroceso y permitir el reagrupamiento de los hombres que poco a poco se habían ido dispersando ante el superior número de enemigos.

Gastón intercambió una rápida mirada con Arnoul de Chartres, a la vez que movía la cabeza. El maestro de Armas, esbozo una tenue sonrisa cargada de preocupación: su pupilo había detectado el error del Duque. Había cometido un error de principiante. El movimiento se había realizado antes de que la caballería contraria, tomase posición en la batalla, encontrándose agrupada y bajando lentamente la cuesta hacia el valle.

A la cara del Conde de Anjou afloró una sonrisa cuando vio el rápido desplazamiento de la caballería aquitana, tratando de envolver al grupo de hombres que estaban luchando en el centro de la explanada. Su caballería estaba esperando que ocurriera algo como aquello y como movidos por un resorte, se lanzaron a galope tendido ladera abajo con el fin de abordarlos por la espalda. La espectacular maniobra, cogió por sorpresa a los aquitanos, al verse acosados tan rápidamente sin tiempo a desbaratar a la infantería enemiga, que ahora se veían situados entre dos frentes: por un lado la caballería que se les venía encima a todo galope, y por otro la infantería que les impedía afrontar en condiciones el ataque combinado. El encuentro, no pudo ser más terrible para ellos, pues en pocos minutos, la desbandada de la caballería aquitana era general. Se produjo una gran cantidad de bajas, al ser cogidos entre dos frentes. Por un lado la caballería y por otra la infantería del Conde de Anjou. En pocos minutos la suerte quedo del lado de éste.

Entre los heridos se encontraba el propio Duque de Aquitania, Guillermo VI, quien fue retirado del campo de batalla, sin que sus oponentes hicieran nada por impedirlo. Para evitar males mayores, su hermanastro Eudes dio orden de retirada. Sus enemigos, precavidos, no quisieron seguirlos por si se trataba de una celada.

Cuando todos se dieron cuenta de que los aquitanos abandonaban el campo de batalla, los supervivientes, lanzaron al viento gritos de alegría para espantar el miedo y el terror pasado, celebrando la rápida y sonada victoria.

El Conde de Trelissac, dio orden a sus hombres de emprender el camino de regreso. La estrategia seguida por el Duque de Aquitania había cogido a todos por sorpresa, quien no se había atenido a los planes iniciales previos al combate. Sus arrebatos de último instante, propios de su carácter irreflexivo, hacía que en ocasiones tomara decisiones sin reflexión y sin tomar consejo de sus consejeros. En esta ocasión, la suerte estuvo de su lado y no le había costado la vida.

La mesnada aquitana, se disolvió y cada grupo con su señor a la cabeza, emprendió camino de regreso a sus respectivos dominios.

Capítulo XI.
Monasterio de San Andrés de Fanlo, Aragón 1.038

La comitiva de Ramiro se dirigía hacia el Monasterio de San Andrés de Fanlo, donde le esperaba su hermano Gonzalo, según le había informado un mensajero enviado desde el monasterio.

El grupo estaba formado por una treintena de caballeros, y unos veinte infantes. Procedían de Javierrelatre, siguiendo el curso del Gállego, comprobando el estado y situación de los fortines y torreones que cubrían el curso del río. A la vista de la orografía, Ramiro y sus consejeros, determinaban lo que había que acometer, incluida la construcción de algunas nuevas construcciones defensivas. Desde que su padre lo pusiera al frente del pequeño condado, ahora convertido en reino, estaba decidido a comprobar el estado de las defensas que deberían proporcionarle el debido sostén para cuando iniciara el auténtico proceso de expansión del reino.

La reunión con su hermano había partido de la iniciativa de Ramiro quien tenía mucho interés en estar al día de los asuntos del reino de su hermano que comprendía el Sobrarbe y la Ribagorza. Era conocedor de que su hermano era objeto cada vez más de la rapiña del conde de Urgel, Ermengol II, quien realizaba incursiones por poblaciones situadas en la frontera de la Ribagorza con el Pallars. En estos rifirrafes se producía el cambio de mano de pueblos y villas fronterizas, ora del lado de Gonzalo, ora del lado del de Urgel. Cuando el señor despojado se recuperaba, o bien solo o ayudado por otros, emprendía nuevamente la tarea de recuperar la plaza perdida. Gonzalo no daba señales de tomar cartas en el asunto.

Mientras se encaminaba hacia el monasterio, acompañado de sus inseparables *seniores* en el empeño de crear un reino de la nada, iba haciendo repaso mental de lo que pensaba obtener de la reunión. En su cabeza, comenzaba a diseñarse un plan a medio y largo plazo que requería que cada pieza estuviera en su lugar en el tablero en el momento en que tuviera que mover pieza.

Para Ramiro y sus *seniores*, la expansión del incipiente reino, debía producirse a lo largo de tres direcciones que tenían muy claras y definidas: hacia el este, es decir, hacia el Sobrarbe y la Ribagorza, en la actualidad en poder de su hermano Gonzalo, hacia el oeste, dirección Pamplona, hasta establecer la frontera con este reino en el río Aragón y finalmente, y una vez asegurados estos dos flancos, comenzar un sistemático y paulatino avance hacia el sur para conquistar las tierras ocupadas por los musulmanes.

Evidentemente cuando se expande un reino y se amplían las fronteras, se obtienen nuevos vecinos, es decir, nuevos problemas que aportaban nuevas variables. Por ello, la variable que quería evaluar en esta reunión, era precisamente, la de valorar el peligro real de los catalanes y la mejor manera de combatir sus ansias de expansión.

Cuando llegaron a Fanlo, fueron efusivamente recibidos por Gonzalo y el abad Banzo. Gonzalo, dos años mayor que Ramiro, no tenía sin embargo, el temple que tenían el resto de sus hermanos. De carácter introvertido, prefería dedicar el tiempo a la caza y la diversión que ocuparse de las cosas del gobierno. Y todavía menos, defender con las armas sus propias tierras. Esta actitud, hastiaba a sus barones quienes se desesperaban ante la falta de actitud y energía de su señor.

Los dos hermanos sentían un mutuo cariño, tal vez por ser los dos pequeños de la prole de Sancho III.

Gonzalo apreciaba sinceramente a Ramiro, y apreciaba en él dotes que él mismo reconocía que jamás llegaría a tener. Tras los abrazos y saludos, pasaron al interior del Monasterio.

Gonzalo apenas daba importancia a los golpes de mano del Conde de Urgel. Sin embargo, explicó a Ramiro, que a quien consideraba más problemático, era al condado de Barcelona, gobernado por la viuda de Ramón Borrell, Ermesinda, que ejercía las labores de regente durante la minoría de edad de Ramón Berenguer I, y que en aquellos momentos se hallaba en una situación de guerra civil, donde de un día para otro cambiaban las fidelidades y deshacían los acuerdos adoptados el día anterior. En su opinión, el condado de Barcelona, terminaría por hacerse con los territorios del resto de condados catalanes.

Ramiro grabó en su memoria los comentarios de su hermano. Tal vez no fuera un hombre de armas pero tenía cabeza para predecir acontecimientos. No pudo evitar, admirarse de la perspicacia que demostraba su hermano al evaluar hechos futuros, y no iba a dejar caer aquella información en el olvido.

Tras pasar el día descansando y disfrutando de la salvaje naturaleza que rodeaba el Monasterio, Ramiro continúo con su ruta de inspección de la rivera del Gállego. Gonzalo partió hacia Benabarre, donde tenía fijados sus reales.

Capítulo XII.
Bergua, Aragón 1039

La cuesta se hacía notar y los caballos llevaban rato resollando y soltando nubes de vapor por los ollares. En febrero y en la montaña, el frío se introducía por todos los resquicios, llegando incluso, hasta el alma de los seres que se atrevían a enfrentar la climatología por sendas, montes y veredas aragonesas. Ramiro y sus cinco acompañantes junto al resto de sus hombres, desmontaron de los caballos para facilitar a los nobles brutos la subida. Junto a Ramiro, venía fray Martín de Anzánigo, y los *seniores* Jimeno Garcés, Fortún Aznárez, Sancho Fortuñones y Jimeno Garcés. Se dirigían hacia Bergua, una fortaleza desde la que se dominaba el valle de Broto y el viaje en tan inclementes condiciones obedecía al imperativo motivo de conocer al primogénito de Ramiro. En Bergua, se encontraba doña Amuña de Barbenuta, hija del senior Íñigo López de Bergua, *tenente* de la región, quien había dado a luz un niño hacía unos días, al que le impondrían el nombre de Sancho Ramírez[1],

El grupo que ascendía era muy reducido, dada la naturaleza de la visita. Se trataba de reconocer a aquel niño, por parte de Ramiro como propio, y por ende, poder recibir las prebendas propias de su alcurnia.

Cuando llegaron exhaustos a lo alto de montaña, se dirigieron por un estrecho sendero hacia el torreón de base cuadrada que presidía y ocupaba una buena extensión en

[1] **Sancho Ramírez** fue hijo natural del rey Ramiro I de Aragón y de Amuña (Amunna) y nacido antes que el heredero de la corona del reino, su hermano homónimo, **Sancho Ramírez**, hijo de Ermesinda de Foix..

la base. Tres de sus cuatro paredes tenían como frontera el abismo. La cuarta, frente al camino, era la única accesible. En el torreón, se albergaban hasta una veintena de jinetes con sus monturas y formaba parte de una línea de torreones y puntos elevados de observación, que conectados visualmente entre sí los diferentes puntos de vigilancia, permitían que la información pasara de una atalaya a otra, en todas direcciones, a una gran velocidad.

Hombres y cabalgaduras entraron ateridos y rápidamente fueron encaminados hacia el interior del torreón, donde en la parte inferior, se encontraban las habitaciones de los señores del lugar. Subiendo, diversas plantas daban cogida a los dormitorios y comedores y zonas de servicio del torreón. Una escalera interior, permitía llegar hasta lo alto de la almena. En cada piso y en número de dos por planta había unas pequeñas aberturas de observación, que eran utilizadas como saeteras y repeler al enemigo en un hipotético intento de asalto por la fuerza.

En las habitaciones inferiores, la temperatura era casi excesiva, merced al fuego encendido en un hogaril enorme. Rápidamente, una mujer trajo a Sancho, que dormía plácidamente. Su abuelo, el *tenente* de la fortaleza, se lo entregó a su padre, quien lo presentó a los demás.

— ¿Y qué nombre deseáis ponerle? —pregunto fray Martín.

— El de mi padre. Sancho. Sancho Ramírez —dijo Ramiro.

Todos cruzaron miradas entre sí, sorprendidos. Ese nombre le debiera haber correspondido al primer hijo legítimo. Nadie dijo nada.

Fray Martín, saco de entre sus ropas una pequeña bolsa, de donde saco un pequeño recipiente que contenía unos óleos y otros objetos. Mandó traer una fuente con agua, la cual bendijo en aquel mismo momento. Tomó al

niño de pie y dándoselo a su padre, le pidió que lo sostuviera poniendo al niño con la cara hacia el suelo. Los demás se arrodillaron. Tomó un cacillo del agua recién bendecida y lo derramo sobre la cabeza de aquel niño, mientras pronunciaba las palabras en latín.

— *Ego te baptizo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti …*

— *…ego imponere nomen Sancio Ranimiriz…*

El niño siguió imperturbable, dormido profundamente. Terminado el acto todos se levantaron, y Ramiro, terminó por despertar al niño para comprobar el carácter del que estaba hecho. Se sentaron a la mesa y dispusieron de los alimentos que doña Toda, la mujer del *tenente* había preparado para la magna ocasión.

A la mañana siguiente, continuaron camino hacia Sarvisé, al norte. Ramiro ordenó que cuando llegara el buen tiempo, tanto el niño como la madre se trasladaran a Benabarre, donde el niño crecería hasta que tuviera edad para ser enviado al monasterio de San Victorián, donde recibiría la educación propia de un hijo de rey.

Desde que tomara posesión de su reino, hacía ya cuatro años, Ramiro había recorrido varias veces su exiguo reino y junto con sus consejeros y *seniores*, habían establecido una serie de imaginarios ejes en los que basar la seguridad del reino. Cada uno de esos cinco ejes o líneas, unían un mínimo de dos fortalezas o castillos. Su misión, controlar los valles y los pasos por donde pudieran penetrar fuerzas hostiles y habilitar un sistema de respuesta rápida a esa circunstancia.

El primer eje cubría el sur de la canal de Berdún y la cuenca del río Aragón. Comenzaba en Sos y terminaba en Atarés con un punto intermedio en Bailo. El segundo vigilaba la cuenca superior del río Gállego. Se iniciaba en Peña, al sur de la sierra del mismo nombre y terminaba en Ara, al norte del río Gállego. El tercero, entre Portiella y

Sarvisé, transcurría entre los ríos Ipiés y Ara. El cuarto, el más largo, situaba a Biel, Agüero y Riglos a occidente, y Carcavilla y Boltaña en la parte oriental de la línea meridional de los ríos Onsella, Gállego y Guarga. Y el último y quinto, Arguís y Sabayés a occidente, y Nocito y Boltaña a oriente, en la parte meridional del Serrablo.

Estos ejes se complementaban con otros cuya misión era proteger los flancos de aquellos. Ruesta y Uncastillo protegían el flanco de los ejes uno, dos y cuatro. Loarre y la línea Bolea— Albero, lo hacía con el flanco del quinto eje. Toda una maraña que ponía a salvo de sorpresas inesperadas.

Hacia finales de verano, los tres primeros ejes estaban prácticamente terminados y los otros dos muy avanzados. Únicamente faltaba terminar con la construcción de una serie de pequeños torreones de vigía que formaran una línea visual de unos con otros, con el fin de pasarse rápidamente la información sobre cualquier acontecimiento observado. A tal efecto, se utilizaban banderas y bocinas y linternas que mediante códigos ya establecidos de antemano, podían comunicar en pocas horas hechos ocurridos a muchas leguas.

Capítulo XIII.
Barbastro, Barbitaniya 1.039/430 de la Hégira.

Anwar, en su nuevo cargo como z*abazoque*, adivinó nuevas posibilidades. El z*abazoque* era el funcionario que controlaba los mercados locales. Su misión era la de impedir los abusos en los precios y de ordenar el mercado de forma equilibrada. De él dependían los restantes funcionarios, como el *almotacén*.

Sus conocimientos de los entresijos de la administración pública, le proporcionaban una visión sobre la forma de soslayar sus controles, que un sería incapaz de imaginar. Y más, si su alma era tan corrupta como la Anwar.

En la ciudad, había cuatro *almazanes* en los que se almacenaba el grano en sacas de tela, apiladas perfectamente y organizadas en estantes, para poder realizar el recuento con mayor facilidad, y un almacén, anexo al anterior, en los que se recogía el *Zakat*, o limosna legal, que los barbastrenses entregaban al *Cadí*, y que si estaba constituido por productos de la huerta, eran depositados en este almacén, y si no, eran ingresados directamente en las arcas de la administración. Cuando se trataba de productos hortícolas, los que eran perecederos a corto plazo y no se podían almacenar, se entregaban a los pobres de la ciudad, y los que no, se vendían a los comerciantes, con los que el erario público se beneficiaba de la obligación que imponía el *Corán*.

Conocía de vista al *almotacén*, de nombre Maymûn, pero desconocía la naturaleza de la que estaba hecho.

Un día que andaban juntos inspeccionando los almacenes, Anwar se dirigió amablemente a él.

— Maymûn, ¿Cuantas esposas tienes?

— Una, y es suficiente, *sidi* —dijo respetuoso.

— E hijos, ¿cuantos tienes? —insistió con una sonrisa.

— Cinco y esperando otro, *sidi*.

— ¿Y cuánto ganas, realizando esta labor?¿Es suficiente para mantener a tu familia? —preguntó Anwar, ante la sorpresa mayúscula reflejada en el rostro de Maymûn a quien le había llegado noticias desalentadoras sobre el carácter de su jefe.

— Veinte *feluses* cada mes. Y la verdad, *sire*, es que no me llega.

— Claro. Lo comprendo. Escucha, Maymûn. Yo soy un hombre que exijo mucho a los que están a mi lado. Pero también soy comprensivo y no quiero que pasen penurias. Eso no me parece conveniente. Por eso, entre tu y yo, si alguna vez lo necesitas, te doy permiso para que dispongas de alguna saca de estas para alimentar a tu familia. Pero con una condición inexcusable. Deberás comunicármelo antes de coger una. Si yo descubriera, que sin que tú me lo hayas comunicado, hubieras dispuesto de una, mandaría que te cortaran el cuello, de inmediato. ¿Qué me dices?

Se hizo un silencio entre los dos hombres, mientras paseaban entre las hileras de sacas perfectamente alineadas. Maymûn, no sabía que pensar. Pero su jefe se lo había dicho claramente: debía comunicárselo antes de tomarla y lo había dicho tras hacerle una observación que le pareció de lo más juiciosa. Anwar se hacía el despistado, haciendo como que contaba, pero no perdía ojo de su *almotacén*. Veía en su cara el reflejo de lo que pasaba por su mente. Un instante antes de que hablara para dar su respuesta, sabía a ciencia cierta que iba a decir que si. De aquella forma, iba a lograr un cómplice necesario para lo que llevaba proyectado realizar. Era conocedor de la condición humana y esperaba que ocurriera lo que pasado el tiempo ocurrió: que las necesidades de su almotacén fueron creciendo, y poco a poco, de una se pasó a dos, y luego a tres, y sin darse cuenta, formaba parte de la red que iba tejiendo Anwar, para saquear los almacenes de

cereal de la ciudad para su propio beneficio y que tan descuidadamente las autoridades habían puesto en sus manos.

Anwar conocía al jefe de una partida de almogávares, gente renegada proveniente de las dos religiones. Los había musulmanes y cristianos y aunque se odiaban a muerte, olvidaban sus diferencias a cambio de obtener buenos botines en sus constantes fechorías. Sin embargo, últimamente las cosas se estaban poniendo difíciles, porque cada vez era mayor la presencia de patrullas por montes y caminos ya fueran de reyes cristianos, como el de Aragón, Navarra o castilla, o de las fortalezas árabes de la marca, Osca, Lérida, Graus o Barbastro. Anwar era conocedor de estas dificultades y por ello pensaba poder negociar con ellos desde una posición de fuerza.

Los dos hombres de confianza de Anwar y Said Hassan que así se llamaba el jefe de los almogávares, habían establecido un lugar de encuentro entre sus jefes en un lugar apartado de Barbastro, junto al río, denominado la *Boquerana*, lugar tranquilo y poco transitado.

Habían acordado que se juntarían pudiendo ir acompañados de otros dos. Anwar se llevó consigo a dos libios negros, miembros de su anterior escolta personal, y que ahora los tenía a su servicio de forma particular. Los dos eran imponentes y portaban sus enormes alfanjes, al modo de su tierra, colgados a la espalda. Cuando llegaron los dos grupos al punto de encuentro, Anwar pudo ver en sus caras una mueca de sorpresa y hasta de temor. Tras el saludo de ritual, se apearon de las monturas y tomaron asiento sobre unas rocas, mientras los cuatro hombres que acompañaban a los jefes, se retiraban un poco y entablaban también una conversación.

— No sé si me conoces —dijo un tanto displicente Anwar. El otro no pareció notar el matiz.

— Sí que te conozco. Formabas parte del cuadro de mando del *Caíd* de Barbastro. Pero desde que lo asesinaste te encargaron de los almacenes de trigo e impuestos de la ciudad. Aun no entiendo como no te cortaron el cuello por aquello. Me imagino que algún favor te deberían. ¿Me equivoco? —dijo Said con una amplia sonrisa dibujada en su rostro.

Aquello le molestó profundamente a Anwar, y si no hubiera sido por que necesitaba a aquel arrogante y a su gente, ya habría ordenado a sus dos hombres que los hubieran despachado allí mismo. Decidió no responder a su pregunta.

— Tengo entendido que corren malos tiempos para vuestros negocios —dijo directamente.

— Bueno, sí. Ha habido otros tiempos también difíciles, pero hemos sabido sobrevivir.

— Bien. Si llegamos a un acuerdo, eso podría cambiar. —Said, cambio la expresión de su cara, poniendo de manifiesto que la propuesta que debía ir a continuación podría interesarle— En primer lugar dejaríais de asaltar a los caminantes. Podríais caer algún día en una emboscada, y eso no convendría a nuestro negocio. —Said, seguía pendiente de las palabras de Anwar, sin adivinar hacía donde derivaría la cosa.

— ¿Entonces…? —comenzó a decir Said.

— No me interrumpas —dijo Anwar comenzado a ejercer como jefe— Yo os diré qué caravanas debéis asaltar. Os informaré del número de componentes y la ruta que siguen, si están protegidas o no y de la mercancía que deberéis requisar. Esa mercancía me la entregareis y a cambio de eso yo os pagaré bien. Eso será mucho más seguro que lo que estáis haciendo ahora, que os jugáis la libertad y la vida por unos pocos *feluses*. Y por supuesto, ninguno de vuestros hombres, debe conocer nuestra relación. Jamás les informarás de donde recibes los informes para realizar los asaltos.

— ¿Y qué harás tú con lo que les quitemos a las caravanas? —preguntó Said.

— Eso no te interesa. Lo que os debe interesar a ti y a los tuyos es el beneficio que sacaréis de ello —cortó secamente Anwar.

— ¿Y también nos vas a decir cómo debemos hacerlo? —dijo Said, quien parecía haber encontrado un motivo para oponer.

— No. Eso lo harás tú. Yo tan solo te informaré sobre el objetivo. Tú decidirás cómo y cuándo hacerlo. —dijo Anwar, dejando a su socio más conforme, pues en realidad, todo sería igual ante sus hombres, solo que esta vez sería más lucrativo.

— Tendrás que informar a tus hombres, que lo capturado no deben tocarlo, sea lo que fuere. Entre tú y yo, estableceremos el premio que os llevareis. De vuestra parte, tú te encargarás de hacer la distribución entre los tuyos ¿estamos de acuerdo? —dijo a modo de final Anwar.

— Totalmente de acuerdo. Entonces, ahora, ¿debo esperar a que tú me avises? —preguntó.

— Sí. Y lo haremos de la misma manera que lo hemos hecho hasta ahora, es decir con los mensajeros. Tu y yo es conveniente que no nos veamos más. Por seguridad. Así pues, a partir de este momento nada de asaltos ni algarabías. Y ten preparados a tus hombres, porque en tres o cuatro días, es muy posible que empecemos a actuar. —y dicho esto le tendió la mano, y tras el saludo, se dirigió hacia su caballo. Lo mismo hicieron sus hombres, y una vez sobre sus monturas, desaparecieron de la vista de los otros tres. Montaron en sus caballos, y lentamente, en silencio, volvieron a su lugar de origen.

Anwar, se detuvo pasados unos minutos, ordenando a uno de sus hombres que siguiera a Said y a los suyos. Quería conocer el lugar donde se ocultaban, por si ese conocimiento, en algún momento le pudiera servir de algo.

— A estas gentes hay que controlarlas de cerca — pensó.

Cuando se disponía a cenar Anwar en su casa del arrabal, junto al río en su margen derecha, le fue anunciada la presencia de Ujuwu, el que había seguido a Said. Hizo que lo pasaran a la habitación donde se disponía a cenar.

— Dime Ujuwu, ¿qué noticias me traes? —le dijo, comenzando a comer, sin invitar a su empleado.

— Los seguí durante un buen rato. Primero se juntaron con un grupo de diez hombres que los estaban esperando junto a un puente, y luego se encaminaron hacia un lugar que se conoce como *Civitas*, un camino escarpado que lleva hasta una atalaya que usaban antes nuestros antepasados para vigilar a los cristianos, y que llega a lo alto del acantilado, donde esperaba el resto de hombres y donde tienen montado el campamento. En total unos cuarenta. No quise acercarme por temor a ser descubierto. En ese lugar, hay muchas cuevas en las que resguardarse.

— Perfecto. O sea que en total son cuarenta hombres. Suficientes para lo que los voy a necesitar. Bien Ujuwu, pasa por la *matbaj* y que te sirvan comida y bebida. Te lo has ganado— hizo un gesto con la mano como dando por acabada la conversación. Ujuwu fue retrocediendo mientras se inclinaba ante su señor, y de dirigió directamente a la cocina, donde le sirvieron carne y vino.

Capítulo XIV.
Trelissac, Aquitania, 1.039

En diciembre, tras una agonía que duró tres días, se produjo la muerte de Guillermo VI en la ciudad de Poitiers. Su hermanastro Eudes, hijo de segundas nupcias de su padre con Priscila de Gascuña, hija del duque Guillermo I de Gascuña, heredó el ducado, con el nombre de Eudes II, según la voluntad del duque fallecido. Sin embargo, la tercera mujer de Guillermo V, padre de Guillermo VI, Inés de Borgoña junto con su hijo Guillermo, se levantaron en armas, disputándole la herencia y el ducado.

Nuevamente, el Conde de Trelissac, acudió en apoyo de su señor natural, y al frente de sus huestes, junto con la de otros barones, leales al Duque, se aprestaron a enfrentarse a las tropas rebeldes, apoyadas por barones aquitanos y vecinos, con la promesa de obtener, en caso de victoria, grandes prebendas y beneficios. Al conde de Trelissac, le acompañaba también su hijo Guy, su Senescal Gerbege de Montagne, Arnoul de Montignac y Gastón.

La batalla se produjo en Mauzé-Thourzais y terminó con la derrota de las huestes de Eudes II. Las mesnadas de Robert de Gallard, Conde de Trelissac, intervinieron en primera línea, sufriendo grandes bajas. Gastón, demostró sus condiciones en la batalla, mostrando un gran valor y destreza. Cuando la situación se hizo desesperada, Guy, el Senescal, Arnoul de Montignac y Gastón, protegieron la retirada del Conde de Trelissac. El propio Eudes cayó prisionero apareciendo muerto en su tienda al día siguiente. De inmediato, Guillermo, sucedió a su hermanastro, con el nombre de Guillermo VII Duque de Aquitania.

Tras la batalla, la admiración por Gastón y su prestigio fueron en aumento entre las tropas del Conde de Trelissac. Al conde, este reconocimiento a su protegido le llenaba de orgullo y hacía crecer su admiración por él a la vez que lamentaba profundamente que Gastón su fuera su propio hijo. Paradójicamente, al aumento de la estima del padre, correspondía en el hijo un creciente odio, que finalmente se convirtió en enfermizo.

La inestabilidad reinante en todo el territorio francés, en las que los grandes señores trataban de fijar sus posesiones y títulos, mediante continuas batallas y asedios, proporcionó la ocasión para que Gastón fuera acaparando una gran experiencia en combates. Su inteligencia natural, le hacía preparar celadas y trampas que le hicieron famoso entre los suyos y los contrarios. Sus hombres confiaban ciegamente en el él, y la disciplina que imperaba en su grupo de mesnaderos era absoluta. Nadie discutía una orden emitida por Gastón, poniendo en sus manos sus vidas. Este, consciente de este hecho sentía en su alma la responsabilidad en cada pensamiento, estrategia u orden que se veía obligado a dar o tomar. Y así, con el paso de los años y la constante práctica, Gastón, "el estratega", como se le conocía en la región, vino a convertirse en un gran *milites*, ante la satisfacción del Conde de Trelissac y su tutor, Arnoul de Montignac.

En los años siguientes, Gastón se fue subiendo en estima y responsabilidad entre los hombres de confianza del Conde. Fue nombrado Alférez, con derecho a formar parte del Consejo Condal. Su vida había cambiado por completo. Con 25 años, ya era un hombre importante dentro del séquito del Conde, quien no ocultaba su admiración y estima por él.

El natural tranquilo y amable de éste, contrastaba con el desabrido y violento de Guy, quien no se ocultaba ya en manifestar públicamente su desprecio por Gastón. El

propio Conde, le llamo repetidas veces la atención por ello con lo que únicamente lograba exacerbar todavía más su odio hacia el de Basillac. Sin embargo, decidió cambiar su estrategia con respecto a Gastón. Dejaría de manifestarse en su contra, pero maquinaría un plan para hundirlo ante su padre y demás barones. Antes o después, lograría su deseo de humillarlo y ponerlo en el lugar que le correspondía a un plebeyo.

Agnes de Montignac, la hija de Arnoul, el Maestro de Armas, era pretendida por Guy sin mucho éxito. Al principio no le molestaba la negativa en exceso, pero cuando vio que Agnes, intercambiaba sonrisas y algunas palabras con Gastón, la cosa tomó otro cariz. Lo que antes lo valoraba como un pasatiempo, ahora se tornaba en cuestión de honor. No podía consentir que Agnes, la hija de un Vizconde, le rechazara a él para aceptar a un plebeyo. Comenzó por comunicar sus impresiones al padre de Agnes, en la convicción de que sería este quien pondría fin a la situación. Pero, la cosa no fue así. Arnoul de Montignac, se mostraba muy satisfecho con la amistad de su hija con Gastón.

— Ese muchacho, no será de cuna noble, pero lo es su alma y su corazón, y no tengo duda alguna que algún día su estirpe lo será por derecho propio. —le dijo.

— ¿Y vais a consentir que ese palurdo venido a más, corteje a vuestra hija? ¿Un plebeyo? —respondió indignado Guy.

— Creo que os adelantáis. Que yo sepa no hay ningún cortejo a la vista. Por otro lado, ¿creéis que todos los nobles, duques y Reyes que en el mundo hay, nacieron ya nobles? Nacieron plebeyos, pero se ganaron la nobleza a golpe de espada, con esfuerzo y con valor, con honor, dando su sangre y su vida por los demás cuando hizo falta. Y así ganaron lo que hoy son sus descendientes. Pero sobre todo, y no lo olvidéis nunca, porque los demás así lo reconocieron. Gastón, está haciendo ese recorrido. ¡Y a fe mía, que lo conseguirá! —terminó el Maestro de Armas.

Guy se alejó con la rabia contenida y los ojos echando fuego. No era hombre que permitiera que nadie se le adelantara, y mucho menos que fuera más estimado por sus hechos de armas.

En mayo, Agnes, la hija del Maestro de Armas, cumplía 15 años, y ante su insistencia, su padre se vio obligado a organizar una fiesta en su mansión familiar, construida a las faldas del gran castillo del Conde de Trelissac. Era una edificación robusta, de grandes muros, aposentada sobre unos sillares de piedra y paredes del mismo material, los mismos que se utilizaron para la construcción del castillo, y que por deferencia de su señor, se los regaló para que construyera su casa, junto al castillo. Se elevaba tres plantas sobre el suelo, y terminaba en un techo cubierto con grandes losetas de pizarra, y un entramado de madera de abeto, abundante en la región. A la casa se accedía por la puerta principal, sobre la que se encontraba el escudo familiar del Vizconde, y otra, separada de la principal, para entrada de carros y caballerías. Toda la edificación interior, se distribuía alrededor de un inmenso patio donde se desarrollaban todas las faenas propias de una propiedad tan grande. A los almacenes, cuadras y talleres y hasta una pequeña herrería dotada de fragua, se accedía desde el patio. A la zona donde residía el señor, su familia y criados, se podía acceder también desde el patio, y lógicamente, desde la entrada principal. La casona, tenía distintas estancias, aplicadas a diversos cometidos: biblioteca, salón de recepción, dormitorios, zonas de trabajo, y zonas de coser, donde las mujeres se reunían para hacer sus labores y de paso comentar las noticias del día.

Agnes, a sus 15 años, era una muchacha agraciada, rubia, alta y de proporciones ajustadas. De carácter afable y tranquilo, era una gran conversadora. Gustaba de opinar de todo y de todas las cosas, por cuya causa, le había proporcionado no pocos disgustos con sus padres, quienes le recriminaban constantemente su costumbre de escuchar

las conversaciones masculinas, nada adecuadas para una mujer y luego dar su opinión sobre la cuestión tratada, ante la furibunda mirada de su padre. Sin embargo, éste solo veía por los ojos de su única descendencia. Su amor de padre se manifestaba hasta cuando la reñía. Agnes era una mujer que desde muy pequeñita había heredado la afición de su madre por los libros, leyendo todo lo que caía en sus manos. Entre su afición a leer y sus maestros, hicieron de ella una mujer culta con grandes conocimientos, y que por naturaleza, gustaba de profundizar en los temas, no quedándose nunca en los enunciados, como en infinidad de veces hubieran deseado sus padres y sus tutores. Cuando alguien manifestaba un pensamiento o pregunta y ella guardaba silencio, era el síntoma de la avalancha de preguntas que iba a formular a continuación. Por ello, acostumbraba a razonar con criterio y fría lógica. En muchas ocasiones, sus opiniones, ignoradas aparentemente por su padre, eran motivo de profundas reflexiones por su parte, pues en ocasiones, sus comentarios ponían la atención sobre aspectos diferentes que abrían nuevos enfoques o posibilidades a la solución del problema. Por eso, aunque la riñera, hacía ver como que no la veía oculta tras una cortina o apartada, aparentemente ocupada en un libro o en una labor de costura, escuchar las conversaciones con los señores principales. Confiaba en su criterio, para detectar situaciones o detalles que se le hubieran podido escapar.

Otra cosa que comenzaba a preocupar profundamente a Arnoul de Montignac era el hijo del Conde, Guy. Cuando observaba que éste, se acercaba a su hija, lanzándole requiebros, algunos un tanto inadecuados, su corazón se ponía a latir apresuradamente. Aunque se tratara del hijo del Conde, jamás accedería a sus relaciones con su hija. No le parecía una persona conveniente para ella, ni para ninguna otra. Sin embargo se tranquilizaba al observar la reacción de Agnes ante los embates del imberbe conde, y la fría y distante relación que mantenía con él, que no pasaba de ser la debida al hijo de su señor

natural. No creía que tuviera que intervenir, pues su hija ya se encargaba de mantener apartado a Guy.

Por otro lado, también había observado la diferente actitud que su hija mantenía hacia Gastón, en las antípodas de las que mantenía con Guy y la situación le agradó de sobremanera. Gastón, era como un hijo para él, similar al que sentía el Conde de Trelissac. Un caballero en toda regla, aunque fuera tan solo un alférez del conde. Pero el corazón de aquel muchacho era de oro puro.

Por eso, cuando Agnes le suplicó la celebración de la fiesta, tuvo claro cuáles eran las intenciones de su hija: la presencia en la fiesta de Gastón. Decidido gastarle una pequeña broma, empezó a enumerar las personas a las que iba a invitar la misma. Conforme iba desgranando lentamente los nombres, observaba de reojo las reacciones de su hija. Estaba claro, que solo quería escuchar un nombre. Y este no salía de la boca de su padre. Cuando, su padre terminó la letanía de nombres, el rostro de Agnes estaba desolado.

— ¿No os dejáis a alguien padre? Ved que si os olvidáis de alguien se puede molestar. —dijo con la mirada brillante

— Bueno, está Guy, las hijas e hijos de los principales señores, ya que supongo que preguntareis por los de vuestra edad ¿no? —dijo ladinamente.

— Sí…claro. No sé, tengo la sensación de que falta alguien —mostrando cara de desánimo.

— No sé. ¡Ah bueno, si! —dijo Arnoul, a la vez que la cara de Agnes se iluminaba, lo que le determinó a acabar con su sufrimiento.

— ¡Falta Gastón! —exclamó observando la cara de satisfacción de su hija— ¿Cómo se me ha podido olvidar este muchacho? —dijo sonriendo.

— Ya—dijo Agnes, abrazándose al cuello de su padre— Gracias, padre —le dijo, y salió corriendo de la estancia.

— ¡Hija que todavía no hemos terminado de organizar la fiesta! —gritó Arnoul.

Pero su hija ya no le escuchaba. Lo importante ya se había dilucidado y ahora corría a contárselo a su amiga Constanza.

A la fiesta acudió un gran número de Caballeros y Barones de la zona. No se solían hacer grandes celebraciones y cuando alguien organizaba una, las damas y señores principales se apresuraban a asistir. Las fiestas solían durar varios días, con el fin de hacer viables los grandes desplazamientos que en ocasiones había que realizar.

Capítulo XV.
Rouen, Normandía 1040

Guillermo era hijo de Roberto I, Duque de Normandía y Herleve de Falaise, dama de una familia importante de la región. Sin embargo, Roberto no quiso casarse con ella, convenciéndola para que lo hiciera con un amigo, Herluin de Conteville. Era por tanto un hijo no habido dentro de un matrimonio, pero en cualquier caso, era un hijo, descendiente directo de Roberto, quien nunca se casó, y que antes de partir hacia los Santos lugares, hizo jurar a los Barones y Señores de Normandía, que si moría, reconocerían a Guillermo como su legítimo sucesor. Pero estas causas que rodeaban el nacimiento de Guillermo, la bastardía, alentó la traición y el descontento entre los mismos que habían jurado reconocerlo como Duque de Normandía, hasta el punto de que un grupo importante de ellos se confabularon para eliminar al heredero lo antes posible, utilizando cualquier método.

Guillermo, ostentaba con hidalguía sus orígenes, haciendo siempre ostentación de su linaje, tanto paterno como materno. Pero la condición de bastardo, era la excusa que algunos Barones argüían para excluirlo de la titularidad del ducado. Algunos de ellos no se recataban en publicar a los cuatro vientos, que tenían más méritos que el bastardo y que estaban en la línea legal de la sucesión, y por tanto, con más derechos que el hijo natural de Roberto I.

Raoul de Gacé, lideraba en la sombra todo aquel movimiento en contra del joven Guillermo. En una reunión habida en noviembre en el castillo de Raoul, se tomó la decisión de atentar contra la vida del joven duque. Para ello, era también necesario eliminar a los tres tutores

que lo protegían, cuya fidelidad hacia el futuro Duque de Normandía, estaba a toda prueba. No cabía esperar que ninguno de los tres se aliara con los conspiradores, por lo que la decisión de asesinarlos, venia pareja con la eliminación de Guillermo. Dejarlos vivos constituiría un riesgo grande, puesto que podrían influir en su contra en un gran número de Señores y Barones, quienes además de respetar el juramento que hicieron a su padre, tampoco veían claros los derechos de los Barones que creían tenerlos.

El día elegido para la ejecución, debía llevarse a cabo una acción sincronizada en la que deberían morir los cuatro señalados. Ralph de Wacy y Robert Vitot, se dirigieron hacia Chauffour, para dar muerte al Conde de Eu, Gilbert de Brionne. Por otro lado William Montgomery, un aventurero sin escrúpulos, acompañado de otro mercenario, entraría en el castillo, y asesinaría al Duque y a su Senescal. En cuanto a Alan de Bretaña, sería envenenado por un criado al que ya había sobornado Raoul. Todo ello en el mismo día.

Guillermo y su Senescal Osbern, pasaban unos días en el castillo Ducal de Le Vaudreuil, a pocas leguas de Falaise, ocupando habitaciones contiguas comunicadas. La noche convenida, William Montgomery y su acompañante, entraron en el castillo ducal, sin levantar la más mínima sospecha en los vigilantes apostados en las puertas de entrada al castillo. Eran conocidos y por tanto no levantaron ningún tipo de recelo.

Habían pasado varias horas, desde que el duque y su senescal se hubieron retirado a descansar a sus habitaciones, cuando los confabulados se dirigieron hacía las estancias que ocupaban sus víctimas. Primero eliminarían al Senescal y luego harían lo propio con el Duque. Con gran sigilo, se dirigieron al dormitorio del primero en el que entraron extremando las precauciones, donde pudieron comprobar que el durmiente respiraba

profunda y lentamente, señal de que se encontraba en la parte profunda del sueño. William se aproximó hacia el durmiente mientras el otro se quedaba junto a la puerta. Una vez situado al lado del senescal, William levantó su daga, clavándola repetidas veces en su cuerpo, hasta que de repente, noto que algo frío le penetraba por la espalda a la altura de la paletilla. No sintió nada más, desplomándose muerto encima del Senescal Osbern. En su asesino afán, y creyéndose auténticamente seguro, no pudo ver como Barnon de Glos, que se encontraba casualmente en La Vaudreuil, visitando a Osbern, había sido testigo mudo de su llegada y al observar sus posteriores movimientos lo alarmaron, al comprender las verdaderas intenciones de aquellas sombras furtivas. Los siguió en absoluto silencio hasta la habitación del senescal. Sigilosamente y con rapidez se acercó hacia el que aguardaba en la puerta, rebanándole la garganta, sosteniéndolo con el brazo hasta dejarlo suavemente en el suelo, sin ruido. Entró seguidamente en la habitación para eliminar al otro hombre, constatando con horror, que no había llegado a tiempo de poder evitar la muerte de su señor. En la otra habitación, el Duque dormía plácidamente, ignorante de la tragedia ocurrida al otro lado de su habitación.

Cuando Guillermo fue despertado, su rostro reflejó la angustia de verse rodeado de hombres que portaban armas en sus manos. Por un momento pensó que su vida se iba a acabar allí mismo. Cuando vio aparecer a Barnon, no supo que pensar. Pero estaba seguro de algo: allí no estaba su Senescal, y eso solo podía presagiar una sola cosa: su muerte.

Barnon de Glos, le explicó lo ocurrido. Al ir a acostarse, le había parecido oír un murmullo en el exterior de su habitación, en el corredor. Al principio no le dio importancia, pero luego, volvió a oír el rumor, seguido de un ruido como de una puerta que se abriera. Intrigado, se asomó y vio a dos hombres con puñales en las manos, que

se dirigían hacia la habitación del Senescal Osbern. Rápidamente cogió su daga y se acercó a la puerta por donde habían entrado los agresores. Uno de ellos estaba apostado en la puerta, atento a lo que sucedía dentro, por lo que no se enteró de su paso al otro mundo. Desgraciadamente, no pudo evitar la muerte del senescal, aunque afortunadamente, había evitado el asesinado del joven duque, quien evidentemente, era la siguiente víctima de aquellos dos asesinos.

Guillermo escuchó las breves explicaciones que le daba Barnon con el rostro serio. No quiso escuchar más, y salió violentamente de su habitación dirigiéndose a la del senescal. La escena le pareció dantesca. Todavía permanecía el cuerpo de su asesino encima de su tutor. Se acercó a la cama y lleno de rabia a la vez que profería un juramento, arrojó el cuerpo sin vida de William, varios metros lejos de la cama, ante la sorpresa de los soldados que contemplaban la escena. Luego, con un cariño infinito, comenzó a limpiar el rostro manchado de la sangre de su senescal, mientras lloraba desconsoladamente. Se juró para sí mismo, que quien estuviera detrás de aquello, lo pagaría suficientemente.

Aquella noche Guillermo aprendió una lección que nunca olvidaría: que la traición y la muerte se ocultaban a cada paso y que debía estar alerta en todo momento.

Raoul de Gacé era un estratega calculador y frío. Pensaba que eran muchos los barones y señores que deseaban la corona del ducado y no estaba dispuesto a realizarles el trabajo sucio para que luego lo echaran a un lado. Cuando llegó al castillo de Le Vaudreuil a todo galope, acompañado por una veintena de hombres, y vio movimiento de tropas, dio por hecho que William y su sicario habían logrado su objetivo. Más tarde, él los eliminaría con el fin de quitar testigos de en medio. Sin embargo cuando vio al joven Duque, a cuyo lado se

encontraba Barnon de Glos, pensó que algo no había ido bien. Y por un momento, temió por su vida.

Conteniendo sus nervios, apresuró el paso hacia el Duque, apeándose del caballo.

— ¡Gracias el cielo que os veo con vida, Dux! —dijo con cara de sobresalto.

— ¿Y cómo es eso? —contesto fríamente Guillermo.

— Veréis, ayer a última hora, un espía me informo que se había planificado un atentado contra vos y vuestros tutores. He mandado correos para alertar al Conde de Eu y a Alano. Y yo personalmente me he puesto en camino, para tratar de evitar vuestra muerte y la del senescal Osbern —dijo.

— El Senescal Osbern ha sido asesinado por William Montgomery, quien ya se encuentra en los infiernos, muerto a manos de Barnon de Glos —dijo Guillermo con rabia y ojos brillantes.

Raoul recibía una buena noticia de boca del duque. El tutor había muerto y los dos hombres que lo hicieron ya estaban muertos. Ahora solo faltaba la confirmación de la muerte de los otros dos. Acostumbrado a cambiar de planes rápidamente según las circunstancia, modificó su estrategia sobre la marcha. Después de todo, tal vez esta situación inesperada le conviniera más que la otra con el duque muerto. Pensó que eliminados los tutores del Duque, él podría maniobrar para ser nombrado para ese puesto. De esta forma, podría influir mucho más y obtener mayores beneficios como senescal y Tutor del Duque, que asesinado por sus poderosos compinches.

Raoul informó a Guillermo del descontento de muchos Barones y Señores normandos que no aceptaban su entronización, y que por lo visto, estaban dispuestos a realizar cualquier cosa para conseguir sus objetivos. Guillermo oía indiferente aquel discurso que parecía ensayado con anterioridad. Una gran desconfianza se

había apoderado de él. Había algo en aquellas explicaciones que no le convencían.

Al día siguiente, las noticias que llegaron desde Chauffour y Rennes, con los asesinatos de Gilbert de Brionne y Alano II de Bretaña, apenaron terriblemente al duque, quien a sus 13 años, se le vino el mundo encima, pues de un golpe habían desaparecido sus tres tutores que habían hecho las labores de padre desde que el suyo muriera en Nicea. Las exequias fúnebres de los tres tutores, se celebraron en días diferentes, ordenado por Guillermo, decidido a asistir personalmente a los tres entierros.

Al día siguiente del entierro de Alano, y ya en Rouen, tras una jornada exhaustiva de galope a caballo para cubrir las cincuenta leguas que separan las dos ciudades, Guillermo empezó a planificar en su cabeza la venganza que pensaba llevar a cabo. Entendía que había muchos gallos en el corral y esa situación debía ser corregida lo antes posible.

Raoul de Gacé, ante la ausencia de Barones, se auto proclamó tutor de Guillermo, de forma temporal. Este era consciente de su debilidad, pero no obstante, exigió la presencia entre los miembros de su consejo, del hijo de su fallecido Senescal, Guillermo FitzOsbern de Crêpon y de Herluin de Conteville, el marido de su madre.

Raoul accedió a su petición y mando que fueran avisados para que se presentaran en Rouen. La presencia de FitzOsbern incomodó bastante a Raoul de Gacé, pues vio en él a un auténtico obstáculo para sus planes. Sin embargo, no podía hacer otra cosa que aceptar los hechos como venían y tratar de maniobrar en los próximos meses para cambiar la situación.

En cuanto a Guillermo, éste se dio perfecta cuenta de su situación. Era consciente de que Raoul de Gacé,

mantenía a raya a los barones disconformes, simplemente porque estaba de acuerdo con ellos, y en realidad, estaban esperando la ocasión propicia para asestar el golpe definitivo sobre su cabeza. Procuraría de allí en adelante que esto no ocurriera.

En febrero de 1042, fallecía inesperadamente el Abad de Saint-Ouen, Hugo de Herfast, por lo que reunidos los monjes en capítulo, al que asistió el Duque Guillermo, se determinó que el nuevo Abad fuera, Nicolás, y que mientras durase su estancia en Salerno, el papel de Abad lo ostentara fray Ricardo de Herluin, el ecónomo. Una vez realizado el nombramiento, se expidieron sendas cartas hacia Salerno con el fin de informar a Nicolás de su nueva situación, conminándole a que tomara la decisión de recibir o no, las órdenes sagradas, dado que en aquel momento, Nicolás, era un simple fraile. Faltaba por tanto su decisión confirmando su compromiso con la Iglesia para acceder al abadiato. Caso de no querer consagrarse, debería ser designada otra persona como Abad de Saint-Ouen.

Capítulo XVI.
Barbastro, Barbitaniya 1042/433 de la Hégira.

Abdel Mustafá al-Tawil, *caíd* de Barbastro, daba las últimas órdenes a sus hombres y pasaba revista a las tropas que iban a recibir al emir de Zaragoza, Sulayman ibn Hud al-Mustaín, quien se desplazaba desde la capital de la Taifa hasta Barbastro, para reunirse con Ramiro, el rey de los aragoneses a petición de éste. Mayo estaba siendo lluvioso y ventoso. Y aquel día, el agua caía a raudales amenazando con inundar los campos y desbordar el río Merder. La tropa musulmana de la guarnición de Barbastro, permanecía a la intemperie aguardando estoicamente bajo la lluvia la llegada del Emir. Hacía dos días que ya había llegado Muhammad Hachib Mondzir de Tudela.

Un poco antes del mediodía, hizo su entrada en la ciudad Sulayman acompañado de Lubb ibn Sulayman de Waska, siendo recibidos por toda la población barbastrense con vivas y deseos de salud y victorias, a pesar del aguacero que estaba cayendo. A primeras horas de la tarde, hizo su entrada Ramiro, acompañado por diez de sus seniores y portando las enseñas aragonesas, cuando la lluvia había amainado considerablemente, aunque seguía lloviendo de forma continuada.

La delegación aragonesa fue recibida en el Salón de Embajadas del castillo del Gobernador. Tras las ceremonias de introducción, finalmente, Sulayman, Lubb, Muhammad y Ramiro, tomaron asiento sobre unos escabeles, separados por una mesa sobre la que se habían depositado frutas y copas con vino. Al lado de Sulayman, el *caíd* de Barbastro iba a ejercer las labores de anfitrión y traductor. Ramiro tomó la palabra.

— El motivo de mi petición de esta reunión, no es otra que el de establecer lazos de amistad y colaboración. Somos vecinos y por tanto tenemos fronteras comunes e intereses comunes. Estoy formando un gran ejército para iniciar la expansión de mi reino, y tengo decidido que esta ha de producirse hacia el este y el oeste. La misión es ardua y compleja, y con seguridad necesito ayuda, que es la que vengo a solicitaros.

Sulayman escuchaba atentamente las palabras de aquel joven. Por sus informadores le habían llegado noticias sobre la valía de aquel joven, y sobre la actividad que desde que había sido designado rey había desarrollado y que consistía en el establecimiento de una serie de fortalezas y torreones de vigilancia, que hacían difícil penetrar en el territorio sin ser descubiertos. Sonrió levemente cuando oyó decir a Ramiro que quería expandirse por el este y el oeste. "Bien pronto querrás hacerlo hacia el sur", pensó.

— Decidme, ¿qué edad tenéis ahora? —preguntó Sulayman.

— Veintidós años, *mawla*.

— Me asombra vuestra juventud y empuje. ¿Y en qué habéis pensado que pueda consistir nuestra colaboración?

— En dos aspectos. Uno consistiría en vuestra ayuda militar aportando caballería que uniría a la mía, y otra, no vinculada a la primera, que consistiría en un pacto de no agresión por ambas partes, en pro de una convivencia pacífica.

— Podrían estudiarse ambos aspectos. ¿Entiendo bien, que aceptaríais que simplemente saldáramos este encuentro con un pacto de no agresión?

— Así es, *mawla*. Aunque celebraría más que nos ayudaseis militarmente en las campañas del este.

— Lo comprendo. Pero estas cosas deben meditarse profundamente y yo debo consultar con mis asesores. Antes de comenzar a tratar vuestra propuesta, si os parece bien, vamos a hacer los honores a las exquisiteces que nos han preparado nuestros servidores y disfrutemos de la

mutua compañía, y permitamos el uno al otro conocer el interior de nuestros corazones. Luego, en dos o tres días, habré tomado la decisión. Mientras tanto, hacedme el honor de aceptar ser mis invitados.

— Así sea, *sahib*.

El *caíd* de Barbastro, al-Tawil, dio dos palmadas, y en un instante, una pléyade de robustos y atléticos servidores hicieron su aparición en el salón, y cogiendo con sus manos los extremos de los *escabeles* de todos los presentes, los alzaron con ellos aún sentados, poniendo en sus caras una mayúscula sorpresa al verse así transportados, siendo colocados a un lado para liberar el centro de la sala. Al mismo tiempo, otros colocaban mesas bajas delante de ellos y otros traían salseras y jarras de plata que colocaban sobre las mesas. Fuentes humeantes, igualmente de plata, con suculentos manjares fueron traídas en volandas a una velocidad de vértigo. Todo ello ocurría ante la asombrada mirada de los aragoneses que provocaban la sonrisa en sus anfitriones, sumamente complacidos al observar la fuerte impresión que se estaban llevando los cristianos. Finalmente, todo estuvo colocado, aparecieron nuevos comensales y a un nuevo golpeteo de manos, aparecieron unos músicos que comenzaron a tocar melodiosas sintonías y bellísimas mujeres hicieron su aparición bailando de la forma más sensual que aquellos pobres montañeses habían visto en su vida.

Tras los agasajos, siguieron con las conversaciones para llegar a un acuerdo de fronteras seguras, que en realidad convenía a ambas partes, siendo conscientes que tendrían fecha de caducidad en cuanto Aragón diera por terminada su expansión por ambos lados de su reino. Así pasó la primera jornada de Ramiro y sus Barones en Barbastro, formidable bastión musulmán dependiente de la Taifa de Zaragoza.

Ya en sus aposentos, y con los ojos todavía dilatados por cuanto había ocurrido ante ellos, se juntaron para intercambiar impresiones.

— ¿Que opináis? —preguntó Jimeno Garcés.

— No sé qué deciros. Sabía que los árabes eran obsequiosos, pero esto, no me lo esperaba. —dijo Ramiro.

— Todo es pura fantasía. Tratan de impresionarnos con tamaña demostración de lujo, boato y riqueza. Todo era de plata y de oro. Parece como si lo tuvieran por castigo. —comentó Aznar Galíndez.

— Si, todo conduce a lo mismo. Al mostrar su grandeza, quieren que reparemos en nuestra pequeñez —dijo de nuevo Jimeno Garcés.

— Así es —dijo Ramiro— pero se equivocan. ¿Vos creéis que conocen nuestra verdadera fuerza? Y de conocerla, ¿podría ser este recibimiento un intento de agradarnos?

— Verdaderamente no lo sé. Sin embargo, el hecho de que Sulayman haya considerado en primer lugar, un acuerdo de no agresión, tal vez sea un indicio de que es como vos decís —opinó Jimeno Garcés.

— Realmente es lo que necesitamos —dijo Ramiro— Cuando iniciemos la ofensiva hacia Pamplona, es necesario que los moros no sientan deseos ni tentación de aprovechar ese momento para atacarnos por el sur. Con llegar a ese acuerdo, me doy por satisfecho. Y si además, deciden acompañarnos en la conquista, sería perfecto.

— ¿Os habéis fijado en esta fortaleza? —dijo Blasco Oriol.

— ¡Es imponente! ¡Y enorme! Tiene muros de cerca de diez palmos de grosor.

— Veo que ya que la habéis estudiado —dijo Ramiro.

— Sí. Algún día nos tocara venir, pero a diferencia de hoy, no será de invitados, sino de conquistadores. Y conviene estar informado de todo. Y ahora os digo que esta ciudad, por sus características, es muy complicada de conquistar al asalto. —terminó Blasco.

— Pues dedicáos a eso, por si además podemos aprender algo de sus formas de construir.

Al mismo tiempo, Sulayman tenía ante sí a sus consejeros y generales.

— ¿Y decís que Ramiro tiene un ejército muy numeroso? —preguntó al *caíd* de Barbastro.

— Así es. Tengo informes que así lo indican. Además ha inundado su territorio con infinidad de torreones de vigilancia y con fortalezas y castillos en puntos estratégicos, que hacen inviable penetrar en sus valles sin ser descubierto a las pocas horas. Cada torreón o punto elevado, tiene a la vista a otro a cada lado. De esta forma la información viaja de un punto a otro con rapidez extraordinaria, mediante un código de señales. Por otro lado, son numerosos los señores que le acompañan aportando un gran número de hombres con una preparación excelente, que se mueven con gran rapidez y que conocen perfectamente el terreno por el que transitan. Pero si eso es importante, más me lo parece a mí, la fe ciega que tienen en su *adalid*, al que siguen sin dudar a cualquier lado.

— ¿Y puede juntar un gran ejército? —insistió Sulayman.

— Yo diría que sí. A lo largo de su territorio tendrá unas cincuenta de lo que denominan *tenencias* o *seniorados* que consisten en que cada zona, castillo o fortaleza es asignado a uno de estos señores quienes aportan un número indeterminado de hombres y caballos. Verdaderamente, creo que pueden llegar a juntar un buen ejército.

— Bien. Parece pues conveniente, establecer un acuerdo con ellos. Por otro lado, también debemos nosotros estar atentos a los movimientos de los condes de Barcelona y Urgel. ¿Y en cuanto a colaborar con ellos en su expansión hacia navarra?

— Creo, comendador de los creyentes, que también nos podrá venir bien. —dijo Muhammad rey de Tudela— Por un lado, podremos apreciar de verdad el potencial del cristiano. Por otro, si le ayudamos a debilitar al reino de Pamplona, obtendremos un premio extra en nuestra

seguridad, pues tenemos que dedicar muchas fuerzas a protegernos de los ataques de los navarros que siempre están dispuestos a arrebatarnos nuestras villas y pueblos. Y todo lo que sea menos poder para ellos nos conviene a nosotros.

— Y entonces, ¿no haremos grande al rey Ramiro, y simplemente cambiaremos un reino por otro? —preguntó Sulayman.

— El reino de Aragón es muy pequeño. Al oeste se encuentra el reino de Pamplona, y como máximo será capaz de arrebatarle algunas plazas colindantes al río Aragón. Querer acaparar más, será echarse a los navarros encima. Y al este está cerrado por el reino de Sobrarbe y Ribagorza que tiene su hermano. Y más al este, tiene a los condados catalanes. Creo que sus posibilidades de expansión están muy limitadas —dijo Lubb rey de la taifa de Waska.

— Bien, creo que todo está dicho. Dejemos ahora que nuestros invitados gocen de nuestra hospitalidad durante unos días para que aprecien nuestra fuerza y riqueza. Tal vez ello contribuya a atemperar sus ideas de expansión hacia el sur. —dijo, concluyendo, Sulayman.

Durante dos días, los aragoneses estuvieron de invitados en Barbastro siendo agasajados con fiestas y bailes y magníficos banquetes. No se les permitió pasear solos por la ciudad, evidentemente porque sus anfitriones no querían que vieran demasiado.

Al tercer día, fueron convocados de nuevo en el Salón de Embajadas.

— Os he convocado para anunciaros mi decisión sobre vuestras peticiones. En primer lugar, vemos conveniente el establecimiento de unos acuerdos de no agresión entre nuestros reinos. En virtud del cual, mantendremos relaciones de buena vecindad durante un periodo indefinido. Y por otro lado, os vamos a ayudar en vuestra expansión hacia Navarra, contribuyendo con cien

jinetes de lo más selecto de nuestros ejércitos. Solo deberéis informarnos cuando y el lugar de reunión.

Ramiro disimuló la alegría que le producían las palabras del emir de Zaragoza. Sus posibilidades de acrecentar su reino habían subido varios puntos. Los escribanos de ambos bandos, formalizaron los documentos que fueron signados por todos los presentes.

Tras saludarse protocolariamente, abandonaron Barbastro camino de Jaca, donde deberían estar esperando un gran número de seniores para planificar la campaña de expansión de Aragón. Tras siete años de preparativos, iba a dar comienzo una nueva etapa en el devenir del Reino de Aragón.

Capítulo XVII.
1.043

En Aquitania continuaba y aún se acrecentaba la actividad armada entre los señores regionales, llegando a ser realmente preocupante. No solo se disputaban las tierras, villas y castillos, sino que en virtud de una serie de cambiantes alianzas se enfrentaban a antiguos aliados sin ningún tipo de problema. Sus vecinos del Condado de Tolosa, también intervenían en plazas y lugares fronterizos, con lo que los camino estaban siempre frecuentados por mesnadas que se desplazaban a bien hacia un nuevo objetivo, o volvían al lugar de procedencia para descansar o reunirse con otras fuerzas. A todo ello contribuía la secular lucha del duque de Aquitania. Guillermo VII contra su padrastro el conde de Anjou, produciéndose constantes enfrentamientos. Pero lo terrible de todo esto era que producían una sangría de muertos que realmente sumía a las familias en vorágines de venganzas y odios que amenazaban toda estabilidad en toda la mitad sur de Francia.

Gastón de Basillac, como era conocido, se destacaba en la lucha sin obviar ninguna dificultad que podía entrañar su propia muerte. Los soldados, ya sean mercenarios o servidores de leva, cuando se encuentran en el fragor de la batalla, en la que la muerte los rodea y ven caer a compañeros con los que unos momentos han estado bromeando o hablando, nunca piensan en sí mismos como el siguiente en caer. Sus sentidos están prestos a golpear y a evitar ser golpeado. Sus ojos y sus oídos están concentrados en el área que cubre su espada. Lo mismo le ocurría a Gastón, cuando estaba en medio de una acción rodeado de amigos y enemigos. Solo que actuaba de una forma diferente, en la que lo primordial no era ir hiriendo

enemigos sin más pausa ni medida, en un afán asesino, sino tratando de seleccionar al posible enemigo que más daño le pudiera hacer, para tratar de adelantarse a sus movimientos. A su gran habilidad con la espada, se unía un sentido especial de situarse con respecto a sus propios compañeros, para poder acudir en defensa y ayuda de quienes podían quedar rodeados de enemigos, tratando de liberarle un flanco o la espalda. Aquella forma de vigilar por los hombres que pertenecían a su mesnada, le había hecho ganar el aprecio, respeto y admiración de todos. Luchar al lado de Gastón, eran aumentar las posibilidades de salir vivo.

Guy era todo lo contrario. Cuando entraba en batalla, era una furia desatada. Solo velaba por él y para él. Quienes peleaban a su lado, no podían esperar una ayuda por su parte. Realmente era un hombre valiente, que no apartaba de sí el peligro ni evitaba la superioridad numérica del enemigo. En ese aspecto todo el mundo admiraba, que no compartía, su arrojo rayano en la locura. Era su actitud en la batalla, lo que lo hacía despreciable. Él parecía disfrutar de la sangre y de la muerte y mientras daba mandobles a diestro y siniestro, les insultaba gravemente. Era la locura que enfermaba su mente y su espíritu la que se manifestaba en las batallas.

<<<O>>>

Anzánigo era el punto de reunión de las tropas de Ramiro que iban a iniciar la campaña contra las plazas de Agüero, Biel, Luesia, Sos y Uncastillo en manos de García, el rey de Pamplona, hermano de Ramiro.

Con él se encontraban Jimeno Garcés de Atarés, Blasco Fortuñones de Larués, García Jiménez de Cacabiello, Aznar Galíndez de Serracastell y García Sánchez de Nocito. De forma constante, iban llegando nuevas remesas de hombres a cuyo frente se encontraba un *senior* de Ramiro. Un mensajero, había confirmado la

llegada de un contingente de tropas de las taifas musulmanas de Zaragoza y Waska que se unirían a las procedentes de Tudela en una posición cercana a Agüero, primera plaza en ser atacada.

Era 13 de febrero y el frío hacía de las suyas. Numerosas fogatas inundaban de humo todo el campamento aragonés y dejaba tiesos de frío los pies y las manos de los mesnaderos. La espera hasta que todas las fuerzas terminasen de llegar al punto de reunión se hacía penosa y extremadamente larga a la vez que cargaban de tensión el ambiente

En su tienda de campaña, Ramiro, rodeado de los *seniores* que ya habían llegado, ultimaba los últimos detalles del plan. Este consistía en dirigirse hacia Tafalla, en cuya línea de avance se encontraban las poblaciones de Agüero, Biel, Luesia, Uncastillo y Sos. Seguidamente, cruzar el río Aragón y dirigirse rápidamente hacia Tafalla Las tres primeras poblaciones estaba previsto tomarlas mediante asedio. Agüero estaba situado en una empinada montaña y consideraban que no les llevaría mucho tiempo su ocupación, dadas las nulas posibilidades de auxilio que tenía. En cualquier caso, una vez establecido el mismo, dejarían un grupo suficiente de hombres y continuarían ruta hacia Biel, realizar la misma táctica y seguir hacia Luesia. Estas tres poblaciones, no constituían un obstáculo grave, y contaban con que se entregarían tras un breve asedio. Realmente el problema lo tendrían en Uncastillo y Sos.

A principios de marzo se confirmó que las tropas musulmanas estaban ya en el lugar de encuentro y Ramiro dio orden a sus *tenentes* y *seniores* de iniciar la marcha hacia el objetivo. El tiempo parecía haberse recrudecido más y la marcha ayudaba a combatir el frío. Los caballeros iban bien abrigados en sus mantas con las que cubrían las grupas de sus monturas. Los caballos lanzaban vaharadas

de vapor por los ollares, avanzando al paso por los helados caminos.

Ramiro, iba en medio de sus barones y todos iban muy animados, todos ellos embutidos en abrigos de pieles y gruesas telas. Con la mano derecha sostenía firmemente las riendas de su caballo en dirección de Agüero.

— ¿Y para cuándo será la fausta noticia del nacimiento de vuestro hijo? —preguntó Fortún Aznar que cabalgaba a su lado.

— Tenemos entendido que será para agosto —dijo Ramiro.

— Esperemos que sea un niño. Necesitamos un niño —le replicó Jimeno Garcés, situado detrás de él.

— Lo que Dios disponga, *seniores*, lo que Dios disponga.

Un jinete se acercó al grupo de Ramiro para comunicar que las tropas musulmanas estaban acampadas unas leguas más adelante, y que una delegación salía a su encuentro. El grupo aceleró el paso, y pasada media hora ambos grupos pudieron divisarse en la lejanía.

Al frente de los almorávides venía Ben Hud al-Mustaín, seguido de su general al-Muqtadir, Lubb ibn Sulayman, rey de la taifa de Waska y Muhammad Hachib Mondzir, rey de la taifa de Tudela. Por delante y tras ellos, diez mamelucos de negra tez y rostro fiero les daban cobertura. Se saludaron efusivamente y se alinearon unos al lado de los otros, continuando su camino hacia Agüero.

Al día siguiente, muy de mañana, se puso en marcha aquel formidable ejército camino de su primer objetivo: Agüero. A medio día divisaron los imponentes *mallos* que cubrían las espaldas de la población. Su castillo, situado en lo alto de una escarpada montaña, montaba guardia en su nido de águilas. Los habitantes del pueblo, contemplaron con indiferencia el paso de los hombres armados. Bien fuera por desconocer su

procedencia o por estar ya acostumbrados al trasiego de tropas, no manifestaban ningún signo de alarma. Una columna comandada por el *senior* Blasco Oriol, se desgajó del grueso y comenzó a ascender por el empinado camino. Cuando llegaron a la muralla del castillo, unos hombres aparecieron entre los merlones, mirando sin decir nada a los que desde abajo esperaban.

— Quiero hablar con el *tenente* del castillo. —gritó Blasco Oriol.

Los de arriba no perecieron entender lo que desde abajo se les decía, obligando a Blasco Oriol a repetir su demanda. Finalmente, un hombre vestido con loriga hizo su aparición en lo alto de la muralla, observando con sorpresa la presencia de tanta gente armada a la puerta de su castillo.

— Somos súbditos del rey de Aragón, Ramiro I, y debo pediros que rindáis la plaza para que tomemos posesión de la misma en nombre de mi señor don Ramiro. No deseamos hacer ningún daño que no sea necesario, por lo que os ruego, deis orden de abrir los portones para que podamos entrar.

El caballero, pareció meditar su situación. Desde luego, poco o nada podía hacer encerrado en el castillo. Para colmo, andaba falto de provisiones y sus posibilidades de resistencia eran nulos, casi tanto como las de recibir ayuda del exterior. Se dirigió a uno de sus hombres, quien desapareció de la vista de los de abajo. A los pocos momentos, las puertas del castillo se abrían, y dejaban el paso franco a las fuerzas aragonesas.

Tras un breve intercambio de palabras, rindió el castillo a Blasco Oriol. Realmente, no le importaba nada el cambio de dueño. Pasar de Pamplona a Aragón, no le suponía absolutamente ningún problema.

Mientras tanto, el resto del grueso del ejército, había pasado de largo camino de la siguiente plaza, Biel,

donde las cosas vinieron a suceder más o menos que como en Agüero y lo mismo en Luesia, al día siguiente.

Uncastillo, se entregó sin ningún tipo de resistencia. La presencia de Jimeno Garcés, el *eitán* de Ramiro, allanó todos los obstáculos. Todavía lo recordaban cuando ejercía las labores de *tenente* colocado allí por el monarca navarro Sancho III. Ahora se presentaba ante sus murallas bajo las órdenes de Ramiro. Cuando llegaron, ya estaban de sobre aviso y las puertas permanecían abiertas.

Dos días más tarde, Sos seguía el mismo camino que las anteriores. En apenas cuatro días Agüero, Biel, Luesia, Uncastillo y Sos se habían incorporado al reino de Aragón.

En Sos se produjo la reunificación de las tropas aragonesas. Allí permanecieron acampadas tres días para descansar y reorganizar los cuadros. Luego cruzaron el río Aragón y se dirigieron directos hacia Tafalla.

En la corte de García, la noticia del cruce del río Aragón de tropas aragonesas y que al parecer se dirigían hacia Tafalla, alarmó enormemente a los barones de la corte de Nájera. El rey García, estaba en viaje de peregrinación, y hacía pocos días que había partido. Rápidamente, fue enviado un mensajero para ponerle en antecedentes para que volviera de inmediato a Pamplona.

Nadie conocía las razones por las que Ramiro había decidido atacar a su hermano. Las noticias hablaban de un ejército formidable en el que figuraban además fuerzas musulmanas aliadas de Ramiro y que procedían de Zaragoza, Huesca y Tudela. La fortaleza de este ejército pareció sumir en la preocupación más absoluta a los *seniores* navarros a lo que se añadía que su señor no estuviera presente en aquellos momentos.

A mediados de marzo, las fuerzas de Ramiro pusieron sitio a Tafalla, protegida por unas enormes murallas y bien pertrechada de provisiones, pues en esta ocasión no se había producido el factor sorpresa. En su interior se refugiaron las tropas encargadas de su defensa, dispuestas a aguantar hasta que García acudiera en su ayuda con fuerzas de refresco.

Las tropas de asedio asentaron sus reales en un lugar denominado Barranquiel, desde se organizaban las operaciones de asedio. Una vez cerrado el cerco solo cabía esperar. Ramiro esperaba que la rendición se produjera rápidamente, pero desconocía que en esta ocasión, los sitiados estaban preparados y listos para aguantar.

Alcanzado García justo cuando acababa de cruzar los Pirineos, regresó de inmediato hacia Pamplona para organizar un gran ejército con el que socorrer a los de Tafalla. En el bando navarro, García III se reunió con sus nobles, quienes ya le esperaban, entre los que se encontraban Fortuño Sánchez de Ayo (gobernador de Nájera), Don Aznar Fortúñez, Nuño González (Conde de Ziróñigo, Termino y Lantaron), Sancho Fortúñez, García Oriolez, Íñigo López, Sancho de Fortúñez, Íñigo López de Vizcaya, Sancho López, García Aznárez, Fortún Sánchez, Fortuño Ximenez, Orri Ortíz Oferrores y Sancho Datiz.

La rápida reacción de García, sorprendió a los aragoneses que no esperaban tanta rapidez en la organización de un ejército de ayuda. La mañana del 25 de marzo, a primera hora, las tropas pamplonesas sorprendieron a las aragonesas, creando un gran desconcierto entre sus filas. Ante esto, las fuerzas que se encontraban en el Castillo de Tafalla, salieron en tropel, ocasionando un gran daño entre los sorprendidos asediadores. La situación llegó a ser tal, que Ramiro tuvo que abandonar el campo acompañado de unos cuantos seniores, uno de los cuales tuvo que prestarle su caballo. Antes de mediodía, todo había acabado. El ejército

aragonés, huía en desbandada sin que los navarros hiciesen por acosarlos. García había dado orden de no perseguir ni acosar a los que huyeran.

Más tarde García comentaba con sus barones su sorpresa por el formidable ejército que había logrado formar su hermano y que gracias a su inexperiencia había propiciado su sorpresivo ataque que les había llevado a la victoria. Pero no dejó de preocuparse ante tal capacidad de convocatoria, habiendo logrado que los reinos musulmanes de Zaragoza, Huesca y Tudela colaborasen con él. Era consciente de que con la victoria no había acabado todo. En esta ocasión, su hermano había aprendido una dura lección que con seguridad le impediría cometer el mismo fallo en la siguiente ocasión.

A Ramiro le dolía el alma en lo más profundo. Acompañado de sus fieles se alejaba rápidamente en dirección de Jaca, envueltos en un profundo silencio solo roto por los cascos de los caballos golpeando el suelo. Día amargo, del que había sacado grandes conclusiones. Esperaba haber aprendido la lección.

Poco a poco, su ánimo se fue recuperando y antes de llegar a Jaca, sobre su caballo, venía Ramiro I, el Rey de Aragón y no la sombra del que había partido en Tafalla.

Tras repasar lo acaecido, pudo constatarse que las bajas no habían pasado de cuarenta hombres de a pie y seis caballeros, lo que realmente no había sido nada, comparado con lo que podía haber sido, si el rey navarro, hubiera dado orden de perseguir y matar a los que huían a la desesperada. Realmente, Ramiro, continuaba teniendo intacto su poder militar. Otra cosa era su estima que en aquellos momentos andaba por los suelos. La derrota se había producido por varios motivos. Uno, la falta de experiencia en lances de este nivel, pues los que habían vivido hasta el momento, no eran sino escaramuzas sobrevaloradas. Tener enfrente un enorme ejército como el

que presentó García, era algo totalmente diferente. En segundo lugar, la disposición de las tropas, la peor de todas, tal y como se demostró. Simplemente estaban acampadas sin adoptar las medidas mínimas que previera un ataque por sorpresa, bien por fuerzas de auxilio, como ocurrió, o bien, en un intento desesperado de la guarnición asediada.

Jimeno Garcés, ejerció las labores de bálsamo sobre su señor.

— Solo la experiencia, —le dijo— vale en estos lances. Las palabras están muy bien, pero cuando las armas salen a relucir, uno aprende si lo que ha preparado con anterioridad es suficiente o no. A veces, la providencia no da más oportunidades para rectificar. Vos, la vais a tener. Consideradlo así, don Ramiro, y no os castiguéis en vano. Aprended, aprendamos, y seguid hacia delante, cara a cara hacia vuestro destino. Todos los presentes se mantenían en un pesado silencio. Poco o nada podía añadirse a lo dicho por el *eitán* de Ramiro.

Mientras hacían el camino de regreso, Ben Hud al-Mustaín, su general al-Muqtadir y Lubb ibn Sulayman, iban comentando los tristes sucesos de la derrota. Los tres iban a caballo, rodeados por la guardia de jenízaros del rey de Zaragoza.

— Realmente Ramiro está verde todavía —decía al-Mustaín— pero aprenderá. Hoy ha recibido la primera lección. Ha salido vivo de algo que otros no lo hubieran contado.

— Tiene *bácara* el cristiano —dijo al-Muqtadir— solo ha perdido su caballo, por cierto, un excelente caballo.

— En cualquier caso, me ha sorprendido el enorme ejército que ha logrado reunir. Evidentemente, el aragonés está preparado para mucho más que ir a tomar la plaza de Tafalla. No me extrañaría nada que cambiara el rumbo, y se fuera hacia el otro lado, hacia su otro hermano. —dijo Lubb.

— O contra nosotros —apostilló al-Mustaín.

— O contra nosotros. —repitió pensativo el general al-Muqtadir.

En agosto, Ermesinda daba a luz un niño en Jaca, al que Ramiro puso el nombre de Sancho Ramírez, al igual que al habido con Amuña. La Casa de Aragón, tenía ya un heredero legítimo que diese continuidad a la estirpe de los Ramírez.

Capítulo XIX.
Salerno, Italia 1043

Hacía ya un año que Nicolás había recibido la notificación de su nombramiento como Abad de Saint-Ouen, al que tal y como se le había requerido, debía contestar en el menor plazo posible de tiempo su decisión de tomar o no las Órdenes sagradas que le validarían para recibir el cargo de Abad de Saint-Ouen. Siempre había pensado que dar su siguiente paso, hacerse sacerdote, sería fácil y natural. Sin embargo, ahora, cuando se veía obligado a tomar una decisión, de repente, esta se le antojaba complicada y difícil de tomar. Sabía que su compromiso con Dios y su Iglesia una vez tomado, daría a su vida un sesgo especial, que tal vez chocara contra la que instintivamente percibía como nueva pasión a la que dedicarse en cuerpo y alma. Su apasionamiento por la medicina y la investigación, le exigían igualmente una dedicación plena, y en su fuero interno prefería dedicar su vida a la medicina y a la cura de enfermos.

Pasaron varias semanas, durante las cuales Nicolás se sumió en profundas meditaciones tratando de determinar qué hacer. Sus compañeros, y en especial Constantino el Africano, quien según le contó, había pasado por lo mismo, le animaban en el sentido de que decidiera lo que decidiera, sería lo correcto. Pero el ejemplo de Constantino, fue lo que decantó la decisión de Nicolás hacia la toma de los votos y recepción de las Órdenes sagradas. Constantino, nacido en Cartago, bajo la dominación árabe, se había convertido al cristianismo al hacerse monje, veía en él un hombre entregado por igual a Dios y a la ciencia. Doctor de almas y cuerpos, como le solía decir, le animó a tomar la decisión de tomar las sagradas órdenes, que Nicolás, en su interior sabía que iba

a tomar. Escribió a su primo Guillermo, comunicándole su aceptación plena y su deseo de recibir las Órdenes sagradas a su regreso a Normandía.

El tiempo fue transcurriendo lenta y plácidamente durante el cual, Nicolás fue creciendo en la estima y reputación entre sus *magisters*, quienes conocían su ansia por adquirir conocimientos, fuera cual fuere su naturaleza. Y sobre todo, admiraban sus cuadernos de notas, donde lo anotaba todo con gran minuciosidad sobre todas las cosas que llamaban su atención, mediante hermosos y descriptivos dibujos acotados con toda clase de detallados comentarios u observaciones.

La continua relación con Abdalá aumentó y acrecentó una mutua admiración que había cristalizado en una sincera y profunda amistad. Los dos solían mantener los mismos, o muy aproximados, puntos de vista sobre las praxis médica anteponiendo siempre el criterio científico al exotérico y ambos tenían claro que los cantos y rezos bien poco influían en la mejoría del enfermo, salvo, claro está, aquellos casos en los que el enfermo experimentaba una curación para la que no encontraban explicación en base a hechos y conocimientos científicos, en cuyo caso, aceptaban la intervención del ser supremo en la curación, ocasiones estas que, como podían constatar, se daban muy pocas veces. Demasiado pocas.

Guillaume Montreuil pasaba el tiempo de taberna en taberna y de vez en cuando asistía a alguna fiesta invitado por algún compañero de mesa o de juego. Como Nicolás estaba continuamente en clase o realizando alguna práctica apenas se veían, salvo a la hora de dormir. Y a veces, ni aún entonces. Es decir que tenía mucho tiempo libre liberado de su obligación de proteger a su pupilo.

Por ello, y una vez que la vida de taberna, juego y perpetua fiesta comenzaron a asquearle, vino por fin a realizar una reflexión sobre la inutilidad de lo que venía

haciendo y comenzó a sentir la necesidad de cambiar y adoptar un nuevo enfoque a su estancia en Italia. Aprovechando los conocimientos y amistades obtenidos en las partidas de juego y otros lances, entre los que se encontraban algún que otro encuentro en callejones en los que las espadas salieron a pasear, consideró que a partir de ese momento, debía cultivar selectivamente las amistades con el fin de establecer lazos que le pudieran servir en el futuro, una vez que concluyera su estancia en aquella ciudad.

Debido a que empezaba a ser conocida su habilidad con la espada, empezó a frecuentar sus encuentros con caballeros de fortuna procedentes de Normandía, con los que se sentía como si estuviera entre hermanos. Estos caballeros, al igual que él, buscaban la fortuna en Italia debido a que en sus lugares de origen apenas podían encontrar oportunidades para elevar su *status* entre los suyos. Amigos de la trifulca y de lo ajeno, bebían de manera compulsiva mostrando una gran capacidad de aguante al vino que, en grandes cantidades, trasegaban cada día.

Entre todos ellos, el más procaz, osado, agresivo y aguerrido era un pelirrojo, conocido entre los suyos como Roberto Crespín, nacido en Tillieres, Normandía, más conocido como Frankopoulos. Junto con otros caballeros afines, se había afincado por el sur de Italia a la espera de que llegase su hora de la fortuna y llamara a su puerta. Guillaume congenió rápidamente con Frankopoulos y juntos realizaron alguna que otra acción que hizo intervenir a los guardias ducales, especie de policías que cuidaban del orden dentro de la ciudad, y que dependían directamente del Príncipe de la misma. Sin embargo, su fama de hombres de espada fácil, conseguía evitarles muchos castigos por temor a las represalias, a diferencia de haberlos cometido algún lugareño menos “famoso”, a quien se le habría aplicado el castigo implacablemente. Los normandos eran conocidos en toda Italia por su

belicosidad y por su alto sentido de fidelidad al grupo en el que se apoyaban unos a otros sin fisuras. La ofensa inferida a uno de ellos la consideraban los demás como propias. Y entonces se desencadenaban las tan temidas furias, trifulcas y represalias.

Una mañana, momentos antes de que Nicolás partiera a clase, Guillaume, le solicito permiso para ausentarse durante dos o tres días porque tenía un asunto importante que resolver con Crespín. Nicolás, de natural poco fiscalizador de las actividades de Guillaume, se preocupó al conocer el nombre del personaje que mencionaba, dada la fama de pendenciero de Roberto Crespín.

— ¿No será para algo ilícito, verdad? —pregunto algo preocupado.

— ¡Oh, no! Podéis estar tranquilo Nicolás. No se trata de ninguna acción reprobable. Crespín, ha recibido la llamada del Príncipe de Cápua, quien necesita de su consejo acerca de un proyecto que quiere llevar adelante. Como sabéis, me une una gran amistad con él y me ha pedido que le acompañe en el viaje.

— Ya sabéis lo que se dice en la ciudad sobre tu amigo. En mi opinión es un caza fortunas peligroso. —le advirtió Nicolás.

— Habladurías. Roberto es todo un caballero. Pertenece a una de las mejores familias de Tillieres, en Normandía. Ciertamente su espíritu aventurero, en busca de un porvenir, lo ha traído a estas tierras. Pero de todo lo que se cuenta de él, casi todo es absolutamente falso —dijo Roberto con cierto enojo.

— Bueno, tú sabrás. En todo caso, mi comentario solo ha sido hecho por mor de la amistad que nos une Roberto. No lo consideres una censura. Hablo en nombre de la amistad y el cariño y no deseo que nada malo te ocurra.

— Así lo he considerado, Nicolás. No de otro modo. Bien sabéis que yo también correspondo a ese cariño con el mío propio. Solamente, que me encorajina cómo la

envidia, el desconocimiento y la maledicencia puede empañar la opinión de los demás sobre una persona.

Nicolás le concedió el permiso solicitado y deseándole suerte para el viaje se dirigió al vetusto edificio donde estaban las clases en las que se realizaban las prácticas. Tocaba diseccionar un cuerpo humano para estudiar sus intestinos y vísceras.

Guillaume celebraba gozoso en su interior la libertad para acompañar a Crespín hasta Cápua.

Capítulo XVIII.
Cápua, Nápoles, Italia, 1.043

El sur de Italia estaba totalmente convulsionado. Hacía dos años que los normandos, nominalmente bajo el mando de los lombardos Arduino de Melfi y Atenulfo de Benevento, derrotaban al nuevo *Catapan* bizantino, Exaugusto Boioanes, que fue capturado y trasladado a Benevento, en un alarde del poder que aún quedaba en manos de los lombardos sobre las recientes conquistas. Por esa época, Guaimario IV de Salerno comenzó a reclutar normandos mediante promesas. En febrero de 1042, Atenulfo, sintiéndose abandonado por los normandos y quizás sobornado por los griegos, negoció la liberación de Exaugusto y luego huyó con el rescate. Fue sustituido en el mando de los normandos de Italia por Argyro de Bari, que tras algunas victorias fue también comprado por los bizantinos.

En ese mismo año del 1042, los normandos habían elegido finalmente un líder de su estirpe. La revuelta, de origen lombardo, había sido asumida por los normandos. Guillermo Brazo de Hierro fue el elegido, con el título de Conde. Junto con otros cabecillas normandos, pidió´ a Guaimario IV de Salerno el reconocimiento de sus conquistas. Recibieron las tierras en torno a Melfi como feudo, y en compensación proclamaron a Guaimario "Duque de Apulia y Calabria".

Guaimario, se encontraba totalmente en manos de los normandos, por lo que concibió una estrategia consistente en dividir y contentar a un número elevado de caudillos normandos, para que cada cual tuviera intereses propios y ellos mismos se auto-controlaran, aunque dentro de un orden ciertamente inestable. Por ello, dividió el

territorio (excepto la propia ciudad de Melfi, que tuvo un gobierno local de estilo republicano) en doce baronías que repartió entre los caudillos normandos: Guillermo Brazo de Hierro obtuvo Áscoli, Ascletin recibió Acerenza, Tristán recibió Montepeloso, Hugo Tutabovi recibió Monopoli, Pedro recibió Trani, Drogo de Hauteville, hermano de Roberto Hauteville, recibió Venosa, y Ranulfo Drengot, el ahora independiente Monte Gargano. A cambio, Guillermo se casó´ con la sobrina de Guaimario IV e hija del duque de Sorrento, Guido, fortaleciendo la alianza. Tras este reparto, Guaimario, estableció su residencia en Cápua, donde mando construir un palacio.

Esta era la situación en la península Itálica cuando Roberto y Guillaume, bien entrada la mañana se presentaron en el *Palazzo dei Príncipe*. Guaimario y Roberto Crespín, se habían conocido en una fiesta dada por el príncipe en Melfi, a la que habían asistido numerosos barones normandos, entre los que se encontraba el de Tillieres. Ambos eran de la misma edad, y pronto se encontraron hablando de lo que más les gustaba aparte de las mujeres: las armas y las acciones de conquista y captura de botín. Ambos estaban muy impuestos en estrategias y habilidades con la espada. De aquella fiesta, surgió una posterior invitación para asistir a una cacería. En ella, el príncipe y Crespín, establecieron una notoria e igualada competición, aunque este, se limitaba a seguir el ritmo del príncipe, sin llegar nunca a rebasarle, detalle que observado por este, elevó varios enteros la estima de aquel por el normando. Desde aquella cacería, ambos se encontraron en sucesivas ocasiones, estableciéndose una buena amistad entre ellos. De ahí la llamada del príncipe.

Cuando entraron el *Palazzo*, fueron recibidos por un criado y conducidos ante Guaimario, quien ya les estaba esperando, sentado a la cabecera de una mesa bien surtida de fiambres, fruta, y cerdo asado, aún humeante, situado en el centro de la mesa, junto con diversas jarras

de vino distribuidas en toda su extensión. A la vista de la magnificencia de la misma, podía adivinarse el grado de estima que sentía el príncipe por Roberto Crespín.

Tras abrazarse efusivamente, Crespín presentó a Guillaume al príncipe.

— ¿Así que estáis de preceptor de un primo del Duque de Normandía? —dijo.

— Así es, *sire*. Se trata de Nicolás, primo del actual Duque de Normandía, e hijo del Duque Ricardo III. Está estudiando en la Escuela médica de Salerno. Y a fe, que es un alumno excelente, señoría.

— Espero que vuestra estancia entre nosotros, sea agradable y placentera. Sentáos y probemos estos alimentos, antes de que se enfríen, sobre todo el cerdo, que está en su punto —dijo a la vez que señalaba la mesa con la mano, y tomaba asiento a la cabecera. Los dos invitados, lo hicieron también. Crespín a la derecha del príncipe, y Guillaume a su izquierda.

Tras la comida, transcurrida en amena y variada conversación, y en ocasiones subida de tono, por cuanto se referían a relaciones y escarceos amorosos habidos, se dirigieron hacia otro salón, más pequeño, y donde en un gran fogarín, ardían dos troncos de apreciables dimensiones, proporcionando un calor muy agradable a toda la estancia. Se sirvieron una bebida típica de Cápua, a base de limón, y se dispusieron a tratar el tema por el que el príncipe había hecho llamar a Crespín.

— Tú sabes Roberto que te tengo en gran estima. Durante el tiempo que te conozco, he podido apreciar en ti algunas virtudes que me pueden ayudar. Como de todo el mundo es conocido, la inestabilidad que reina en esta parte del mundo es grande. Al contrario de lo que sucede en el resto del Europa, o del mundo diría yo, donde las naciones se forman anexionando territorios y donde existen grandes ciudades, en Italia, se produce un hecho peculiar. Cada ciudad es un estado independiente con un Príncipe al frente. Todos y cada uno de nosotros, miramos

de reojo al que tenemos al lado, pues las ansias de extender nuestros dominios y nuestra influencia a costa del vecino son inagotables. Todo cuanto ocurre en cada ciudad-estado, es susceptible de que influya en el resto. Tal es la inestabilidad imperante en Italia. Por otro lado, el Papa, en Roma, también quiere obtener su parcela de influencia, y no pasará mucho tiempo en que el Emperador del Sacro Imperio y el Papa se enfrenten, por extender su influencia a toda Europa. Lo presiento. En Cluny, el abad Odilón, está comenzando una revolución dentro de la iglesia, que afectará grandemente a las relaciones de la Iglesia de Roma con los gobernantes de medio mundo. Se acercan momentos de dificultades y tensiones. Y para esos momentos hay que estar preparados. Y aquí es donde entras tú, Roberto. Quiero que me organices un ejército de mercenarios, aguerrido, disciplinado, grandes dominadores de las armas y que sigan ciegamente a su jefe. Para ello, tengo dispuestos los fondos necesarios para mantener semejante fuerza. No conozco a una persona más capaz de llevar a cabo este encargo que tú.

Crespín escuchaba en silencio. En sus ojos se reflejaba un brillo especial. La ocasión que buscaba desde que salió de su natal Normandía, estaba a punto de llegarle. ¡Y por Dios que no la desaprovecharía! Por su parte Guillaume, escuchaba arrebolado al príncipe. Bajo ninguna circunstancia, podía imaginarse cuando salía de Rouen acompañando a Nicolás, que un día sería testigo de una conversación como aquella.

— La paga será la correspondiente a tu importante posición, amén de un porcentaje en las capturas y botines obtenidos. ¿Qué te parece la propuesta? —concluyó Guaimario.

Tras guardar un momento de silencio por no parecer ansioso, Crespín le tendió la mano al Conde.

— Ya tenéis *gonfaloniero* de vuestras tropas, *sire* — dijo con una sonrisa.

— Y vuestro amigo, ¿os acompañará en la aventura? —Dijo mirando francamente a Guillaume— A decir verdad, su planta y su porte emanan confianza, ¿me equivoco? — terminó

— No, *sire*, no os equivocáis. Guillaume, al igual que yo es normando. Nos conocimos en Salerno, donde como ya sabéis, hace las veces de protector y tutor de Nicolás. Guillaume es un hombre inteligente y diestro con las armas con el que he establecido una gran y profunda amistad. Será un buen lugarteniente, si vos lo aprobáis— dijo con una sonrisa en la cara.

— ¡Cómo no, mi buen Roberto! Si a la primera decisión que tomáis os manifiesto mi parecer contrario, ¿A dónde llegaría nuestro negocio? Por supuesto que acepto vuestra decisión. Y una cosa, —dirigiéndose a Guillaume— ¿abandonareis al primo del Duque de Normandía en Salerno?

— No, *sire*. Eso no podría hacerlo. Di mi palabra de acompañarlo, mientras durase su estancia en Salerno, cosa que ya no se demorará mucho porque está terminando sus estudios, y dicho sea de paso, con gran satisfacción de sus profesores al que consideran uno de los mejores de la Escuela. En cuanto termine su estancia en Salerno, como digo, lo acompañaré en el viaje de vuelta, y una vez devuelto a su casa sano y salvo me pondré de inmediato a las órdenes de Roberto. Pero mientras eso ocurre, estaré en permanente contacto con Roberto, colaborando con él en lo que sea necesario, hasta el momento en que me pueda incorporar plenamente al proyecto.

— Bien que me agrada esa actitud vuestra. Habla bien a las claras de vuestra hidalguía y fidelidad, condiciones estas, que difícilmente se ven hoy día en persona alguna. Y bien, Roberto, decidme como pensáis plantear el asunto.

Durante dos días y hasta bien entrada la noche, los tres hombres estuvieron hablando sobre el proyecto de formación de un gran ejército e incluso, comenzaron a definir posibles acciones futuras, una vez que estuviera

formada la mesnada del Conde de Cápua. Durante los días en los que estuvieron reunidos, de vez en cuando se incorporaba a la reunión algún personaje para aportar su punto de vista. En la madrugada del tercer día, Roberto y Guillaume iniciaron el regreso hacia Salerno. Cabalgaban en silencio, uno detrás de otro, concentrados en sí mismos, mientras en sus cabezas bullían grandes proyectos futuros.

Nicolás tampoco había permanecido ocioso durante la ausencia de Guillaume. A finales de Mayo concluiría el curso en Salerno, por lo que tenía por delante unos meses de asueto. Sentía en su interior la satisfacción del deber cumplido. Sus, hasta el momento, ciento veintitrés cuadernos de notas que comprendían sus impresiones sobre todo cuanto había visto u oído, y en el que se contenían infinidad de materias sin relación alguna entre sí, formaban en su conjunto una Enciclopedia sobre todo lo que estaba aprendiendo en aquel largo periodo de ausencia de su Normandía natal. La mutua amistad con Abdalá, hacía que ambos pasaran muchas horas juntos, estudiando, observando, y básicamente experimentando con toda clase de animales y plantas, utilizando para ello toda suerte de instrumentos, casi todos de su invención, ante la mirada asombradas de profesores y alumnos.

Al mismo tiempo que Guillaume viajaba a Cápua, Abdalá y Nicolás viajaron a Nápoles donde tenía prevista la llegada de un amigo de Abdalá procedente de Hispania y que al igual que él, también era de Barbastro. Según su amigo, Alí Ben Yusuf, que así se llamaba, era muy parecido a Roberto, porque tenía las mismas aficiones que él.

Así que partieron hacia Nápoles para recibir a su amigo procedente de Barbastro. En cuanto llegaron, se dirigieron directamente al puerto, y al comprobar que no había ningún velero ni navío procedente de Hispania, se dirigieron hacia el centro de la ciudad, en busca del establecimiento de Giuliano de Sforza, con quien Nicolás

mantenía una buena amistad desde que se hubieron conocido cuando llegó por primera vez a la ciudad procedente de Normandía. En el transcurso de los años que llevaba viviendo en Salerno le habría realizado tres o cuatro visitas.

Cuando llegaron a las puertas de su establecimiento, encontraron a Giuliano dirigiendo las operaciones para la ubicación de unos barriles de vino procedentes de Creta, dando órdenes a diestro y siniestro dirigidas a los trabajadores que manipulaban los enormes barriles. Cuando sintió ruido a su espalda, pensó que algún cliente había entrado en la tienda, volviéndose para ver quién era el visitante, y tras un brevísimo instante, reconoció en el acto a Nicolás hacia quien se dirigió con los brazos abiertos.

— ¡Mi señor don Nicolás! ¡Loado sea el cielo que ha permitido a mis ojos veros de nuevo! ¿A qué debo el honor de vuestra visita? Por supuesto hoy comeréis conmigo así como vuestro acompañante —y sin esperar respuesta, se volvió y ordenó a un trabajador que se acercase hasta su casa y le comunicase a su esposa la llegada de Nicolás y un acompañante, para que hiciese los preparativos para agasajar a tan importantes huéspedes.

— El caso es que hemos venido a esperar a un amigo de mi amigo que procede de Hispania y no quisiéramos molestar…. —comenzó a decir Nicolás

— Por supuesto que vuestro amigo, también está invitado, ¡faltaría más! —y volviéndose al criado— ¡Comunicad a mi esposa, que serán tres! Id ya, sin pérdida de tiempo —insistió.

Los dos jóvenes se miraron sonrientes ante la efusividad del recibimiento por parte del comerciante napolitano.

— ¿De Hispania habéis dicho? Que yo conozca, de Hispania hace más de una semana que no ha llegado nadie. Y hoy, al menos hasta hace un momento, tampoco. Así que es posible que se demore algún día su llegada.

Naturalmente, os prepararé también un lugar en mi casa donde os alojareis los dos.

Luego volviéndose a un hombre de poblada barba y entrado en años, le encomendó la labor de dirigir la colocación de los barriles dándole una serie de instrucciones. Luego se dispuso a atender a sus huéspedes. El comerciante, sentía un especial cariño por el normando y a lo largo de los años que Nicolás había permanecido en Salerno, varias eran las veces que le había visitado. Este correspondía enviándole, una vez al año, una gran cesta con naranjas y limones procedentes de Hispania como manifestación sincera de aprecio, que realmente obedecía a un auténtico sentimiento de amistad. Una vez dispuestas las órdenes para que la actividad siguiera su ritmo, se puso un gabán, y haciéndoles una señal, se encaminaron hacia su casa.

— Y bien, Nicolás, ¿Cómo van esos estudios? ¿Los habéis terminado ya?, contadme por favor, o mejor, no lo hagáis, esperad a que estemos en la mesa con mi señora e hijos. Seguro que lo que nos tenéis que contar, será importante y tengo mucho interés que mis hijos os oigan para que aprendan y sepan que el saber es una de las cosas más importantes de la vida. ¡Que tomen ejemplo de vos, que habéis venido de tan lejos, con el fin de aprender!

Nicolás y Abdalá, sonreían ante la verborrea sin fin del comerciante, quien no esperaba respuestas a sus preguntas, hilvanando unas con otras a una velocidad de vértigo.

— Y vos —dijo dirigiéndose a Abdalá— no tenéis aspecto de normando —le dijo.

— Y no os engañáis. Yo soy originario de Barbastro, al noreste de Hispania. Una hermosa y floreciente ciudad.

Giuliano Sforza, se quedó un momento sin saber que decir. No esperaba que el amigo de Nicolás, fuera un árabe, aunque ahora que se fijaba mejor, su aspecto era indudablemente el de un árabe. Pero tras la brevísima

vacilación, se dijo a sí mismo que él tenía muy buenos clientes y proveedores de esa raza y hasta la fecha, los negocios con ellos habían transcurrido con normalidad. Estaba claro que Giuliano consideraba todas las actividades de la vida, incluidas las amistades, desde la perspectiva de negocio.

— Mi padre, es el *wali* de Barbastro y también estoy cursando estudios en la Escuela de Salerno.

Giuliano, se sintió encantado por la alcurnia de sus huéspedes. Fiel a su política de fomentar amigos ricos, sin importar credos ni color de piel, le profesó una profunda reverencia, ante la sorprendida mirada de los dos jóvenes, quienes le correspondieron, divertidos, con otra reverencia.

Por fin llegaron a la casa del comerciante, y rápidamente, Leonor, la esposa Giuliano, salió a recibirles abrazando a Nicolás y haciendo un ligero movimiento de cabeza para saludar a Abdalá. Seguidamente se presentaron los dos hijos de Giuliano, saludando también a las visitas. Abdalá se encontraba un tanto cohibido por tanta amabilidad, no así Nicolás que ya conocía los protocolos que usaban en aquella familia. Más tarde, y ya comiendo, Nicolás explicó con detalle pormenores y anécdotas que le habían sucedido en Salerno, que sorprendieron a sus anfitriones, encantados de tener a su mesa, personas de tanta cultura y que se expresaban admirablemente y que amenizaban extraordinariamente la reunión gastronómica con sus relatos. A la hora de tomar los postres, le llegó el turno a Abdalá, quien se explayó alabando las bondades de su tierra y de su ciudad. El relato de las diferentes costumbres que usaban fueron causa de natural asombro en sus interlocutores, quienes preguntaban sobre infinidad de detalles, sin dejar de admirarse que en aquellas tierras de la Hispania, estaban más avanzados en algunas materias que en Italia. En especial les llamó la atención el hecho de que en Barbastro, se utilizarán canales para conducir los residuos

fecales y que las calles se empedraran para evitar lodos cuando llovía.

Un criado reclamó la atención del dueño de la casa, quien rápidamente atendió a la llamada.

— Según me acaban de informar —dijo Giuliano— una nao ha sido avistada hace varias horas desde el faro del puerto. Se trata de una embarcación de las que vienen desde Hispania. Tal vez, en esa nao, venga vuestro amigo.

— ¿Y sobre qué hora calculáis que atracara en puerto? —pregunto Abdalá.

— Pues cuando comience a anochecer. Os recuerdo que en esta vuestra casa ya tenéis dispuestas las habitaciones para pasar la noche.

Una vez que hubieron terminado, Nicolás y Abdalá, acompañados de los hijos del comerciante, recorrieron Nápoles de cabo a rabo hasta que llegara la hora de bajar al puerto a recibir a su amigo. Pasearon y visitaron diversas Iglesias, cuya magnificencia y esplendor cautivaron a Abdalá, quien a pesar de profesar otra religión no dejaba de admirar el muchísimo arte atesorado entre aquellos muros, capiteles, cúpulas y cimborrios. Cuando creyeron llegada la hora, se dirigieron pausadamente hacia el puerto a esperar la llegada del barco, una saetía de tres palos que portaban velas latinas.

Conforme la embarcación se iba acercando a puerto, se iban perfilando las siluetas de dos hombres situados en la popa y que miraban al muelle en actitud de búsqueda de algo o alguien. Abdalá enseguida reconoció a Alí ibn Ibrahim, pero no lograba identificar a la persona que iba a su lado. Conforme la distancia entre el muelle y el barco fue disminuyendo, creyó reconocer a la persona que iba al lado de Alí.

— ¡Por *Allah*! ¡Si el que va a su lado es Iben! —dijo alborozado.

— ¿Algún amigo vuestro? —pregunto Nicolás.

— ¡Ya lo creo! Iben Galif, un ingeniero de grandes recursos. Un genio de la ingeniería. Hace artilugios que realizan múltiples tareas que evitan mano de obra. Grúas, norias y toda clase de inventos para regar, levantar pesos, sistemas de defensa. Como ves, uno parecido a ti —Nicolás sintió grandes deseos de conocerlo al saber de las habilidades del amigo de su amigo— Espero que no tengas nada contra los judíos, porque Iben lo es —dijo Abdalá.

— ¿Contra los judíos? Nada. Todos pertenecemos a religiones que provienen de un punto común. Como vosotros decís, los cristianos y los judíos, somos Gentes de la Amonestación, descendientes de Abrahám, nuestro padre común, a quienes Dios nos dio revelaciones recibiendo la Biblia y La Torá. Las tres religiones del Libro —dijo Nicolás.

— ¿Dónde has oído tu eso? —preguntó sorprendido Abdalá.

— En Fecamp, en mi abadía. Fray Rodolfus Glaber, el bibliotecario, es un pozo de sabiduría y ponderación. Sabe muchas cosas sobre el Islam. Él fue el que me explicó, que vosotros llamáis Gentes del Libro, a los creyentes en religiones abrahámicas o monoteístas, que según algunas interpretaciones del Corán merecen mayor respeto que los idólatras o los politeístas. Y te contaré un secreto. Según me dijo, guardaba en lugar seguro un Corán —dijo.

— ¿Y entiende y escribe el Árabe? —preguntó Abdalá.

— ¡Ya lo creo! Y griego, y latín y un sinfín de lenguas que se hablan por mi tierra y en otras lejanas. — dijo con admiración Nicolás.

Abdalá hizo un gesto admirativo. Le alegraba saber que en las otras religiones había gente que actuaba bajo los dictados de la cultura y de la ciencia. Luego recordó el motivo de su presencia en el puerto y dirigió su mirada hacia los que llegaban, quienes ya lo habían reconocido y agitaban con fuerza sus manos a modo de efusivo saludo.

— ¿Qué vendrá a hacer por estos lugares, mi buen amigo Iben? ¿Sabes una cosa? Es igual que tú. Tiene

interés por todo, y al igual que tú, todo lo pregunta. Haréis buenas migas.

Finalmente, tras una serie de maniobras, la embarcación atracó en el puerto de Nápoles. Una vez fijados los amarres, los dos jóvenes saltaron desde la cubierta hasta el muelle en un brinco, abrazándose los tres amigos, bajo la atenta mirada de Nicolás y la de los hijos del comerciante que los observaban en silencio. Una vez acabados los abrazos y saludos rituales entre ellos, Abdalá los presentó a Nicolás, quien les saludo en árabe, causando la sorpresa de los recién llegados y de los dos hijos de Sforza. Seguidamente intercambiaron unos respetuosos saludos y formales abrazos, estableciéndose automáticamente una corriente de simpatía entre ellos, observados por los hijos de Giuliano que aguardaban en silencio apartados unos pasos, hasta que también fueron presentados y se unieron a la conversación general. De pronto, Nicolás cayó en la cuenta de que esa noche estaban invitados en la casa de Giuliano Sforza, quien contaba con hospedar a tres personas y no cuatro como eran ahora. Se dirigieron a la casa del comerciante con la idea de liberarle del compromiso, dada la presencia de un nuevo huésped. Sin embargo, Giuliano, se negó en redondo a renunciar a su invitación, por lo que de inmediato, dio órdenes para que se preparara una cama para el nuevo huésped.

Durante la cena, los nuevos visitantes dieron muestras de ser unos perfectos invitados, amenizando la velada con narraciones de las situaciones por las que habían pasado durante el viaje desde que salieran de Barbastro, y sobre todo, y a petición de sus anfitriones, hubieron de referir usos y costumbres de su ciudad. La velada se prolongó hasta bien entrada la noche, cuando rendidos, se retiró cada uno a su habitación para recuperarse del ajetreado día.

Iben y Alí, habían obtenido el preceptivo permiso de sus padres para desplazarse hasta Nápoles para

reunirse con Abdalá. El permiso solo abarcaba los días en los que la saetía permaneciera en puerto, descargando y cargando mercancías antes de emprender el viaje de regreso, en cuyo momento, deberían integrarse a Barbastro. Durante el viaje convencieron al propietario del barco, para que permaneciera en Nápoles un mínimo de diez días, por el que le remunerarían una buena cantidad de sueldos de plata. Puestos de acuerdo, se dispusieron a disfrutar de su libertad sin cortapisas, observando con admiración y avidez lo mucho que podía observarse en aquella parte del mundo.

Tal y como había predicho Abdalá, Iben y Nicolás congeniaron al instante. Nicolás le enseño a Iben los cuadernos que había ido confeccionando a lo largo de su estancia en Italia. Iben quedó fascinado por la información que encerraban aquellos cuadernos. No solo los detallados y extraordinarios dibujos, sino la prolijidad y minuciosidad de las explicaciones que los completaban. Y en ellos, se podía encontrar infinidad de temas, desde una disección de un perro, pasando por un corte transversal de una flor, o un polipasto, utilizado para subir grandes pesos. Todo estaba allí perfectamente reflejado. Iben no podía apartar sus ojos de aquellas páginas que mostraban todo un mundo de hallazgos, técnicas y conocimientos a los que había tenido acceso Nicolás. Cuando supo que Nicolás había aceptado la invitación de Abdalá para visitar Barbastro, lo celebró de sobremanera, rogándole que por nada del mundo dejara de cumplir su palabra.

Los días pasaron rápidamente y cuando llegó el momento de la partida, los cuatro muchachos, se fundieron en un abrazo, y las lágrimas afloraron a sus ojos cuando la saetía ponía proa hacia el mar en dirección a Barcelona.

— Por cierto Abdalá. Nunca te he dado las gracias por enseñarme a hablar y escribir el árabe —dijo Nicolás.

— Al contrario Nicolás. El agradecido soy yo por permitirme enseñártelo y cumplir con una de las mandas del Profeta —le contesto con una sonrisa Abdalá.

Tras despedirse de Giuliano y su familia, y obsequiarles con alguna caja de frutas y viandas para el camino, Nicolás y Abdalá iniciaron aquel día el regreso hacia Salerno. La visita de sus amigos y la obligada separación, les había traído de forma inconsciente a sus mentes el recuerdo de sus lugares de origen donde seguían viviendo sus padres y seres queridos.

Nicolás había decidido que antes de volver a Rouen, a su Normandía querida, e ingresar en la paz de su Abadía, realizaría una visita a Barbastro, la ciudad que por mor de las explicaciones de sus amigos se le antojaba como una flor y un lugar de ensueño. Quería y necesitaba ver y vivir aquella atmósfera de ilusión, en un mundo diametralmente opuesto al suyo. Luego sería el momento de seguir lo que Dios hubiera dispuesto para él en su querida abadía. Pero antes haría aquel viaje.

No sospechaba que el destino le llevaría a repetirlo otra vez, pero en condiciones totalmente diferentes.

Capítulo XX.
San Juan de Letrán, Roma, 1.043

Benedicto IX, tenía veinte años y pertenecía a dinastía de los Teofilactos que dio seis papas a la cristiandad. Era sobrino de Juan XIX y Benedicto VIII y descendiente de Juan XI, Juan XII y Juan XIII. No era por tanto de extrañar su convencimiento personal de que él, era el Destinado por el Hacedor para dirigir la Iglesia. Elegido el 21 de octubre de 1032 era el papa más precoz habido hasta el momento, pues tenía 14 años cuando fue nombrado Obispo de Roma, gracias a que su padre, el Conde Alberico III, que era el verdadero dueño de Roma, sobornara a la Curia y consiguiera para su hijo tan preciado puesto. Desde que en 1039 falleciera el Emperador Conrado II, su posición había quedado en entredicho. Sin la protección del Emperador del Sacro Imperio Germánico, los enemigos le acechaban por doquier. Máxime, cuando el nuevo emperador, Enrique III, se erigió en el firme defensor de los derechos del Emperador ante el Papa a nominar y adjudicar cargos eclesiásticos a su voluntad, incluido el de Papa. Por ello, alentaba a los enemigos de Benedicto IX a conspirar contra él.

El Obispo Lucciano, su secretario, le había anunciado la visita del Abad de Cluny, Odilón, quien en aquellos momentos, el Papa veía un firme y formidable aliado en su lucha contra el Emperador. Le recibió en sus aposentos particulares con el fin de darle a la reunión un sentido más íntimo, más personal y cercano. Quería transmitir al Abad de Cluny una sensación de cercanía.

La conocida como la orden de Cluny, se regía por una normativa modificada de la regla benedictina, donde

la vida del monje estaba reglada por completo, basada en un único pilar fundamental: la oración y la contemplación. La pobreza, la humildad y la obediencia eran los tres signos que caracterizaban a los miembros de esta orden. Por lo pronto, Cluny, la abadía de la que Odilón era el Abad, brillaba con luz propia entre todas las abadías europeas. El monasterio de Cluny se diferenciaba en tres aspectos del resto de las casas de la Orden Benedictina y sus confederadas: en su estructura organizativa, en la prohibición de poner en alquiler tierras para su uso en el sistema feudal y en su ejecución de la liturgia como principal forma de trabajo.

Mientras la mayoría de los monasterios benedictinos permanecían autónomos y asociados entre ellos sólo de manera informal, Cluny creó una extensa orden federada en la que los administradores de las casas subsidiarias estaban subordinados al abad de Cluny y respondían ante éste. Las casas de Cluny, permaneciendo directamente bajo la supervisión del abad de Cluny, autócrata de la orden, estaban regidas por priores, y no por abades. Los priores o jefes de priores, se reunían en Cluny una vez al año para tratar de los temas administrativos y exponer sus informes. Todo ello, les confería un poder importante dentro de la Iglesia y de su zona de influencia, cada vez mayor, según se incorporaban nuevos monasterios a la red.

Cuando Odilón se postró ante sus pies, con presteza le ayudo a levantarse a la vez que le indicaba que tomara asiento a su lado, junto a la lumbre que ardía en una chimenea. También le invitó a tomar unos bollos de crema junto con un espeso y dulce licor de calabaza, al que el propio papa era muy aficionado.

— Doy gracias a Dios, por vuestra visita Odilón — dijo.

— Y yo a vuestra Santidad, por recibirme —le respondió.

— Decidme, ¿a qué se debe vuestra visita?

— Fundamentalmente y en esencia, a dos asuntos que creo de vital importancia para la Iglesia. Su Santidad me permitirá ponerle al día sobre los sucesos que ocurren en mi querida Francia. No sé si sois conocedor sobre la violencia inusitada que los señores feudales están empleando en sus disputas, según ellos en legítima defensa de sus intereses, que están llenando de sangre inocente los campos de Francia y Europa entera. No hay monasterio o iglesia que esté libre de sus iras. Se anexionan propiedades que pertenecen a Nuestra Santa Madre Iglesia, como abadías, monasterios, iglesias o seos catedralicios, con excusa de que no hay documento alguno que otorgue la propiedad, cuando ellos mismos han quemado los cartularios, para poder argumentar este extremo. Asesinatos, masacres, robos, violaciones y mil pecados execrables más, impropios de hijos de Dios, están asolando Europa entera. Por cualquier minucia, disputa o desacuerdo, se hace indispensable asesinar o emboscar al ofensor. La muerte se está enseñoreando de la Cristiandad. Señores y vasallos, aldeanos y hombres libres, pagan con su vida esa vorágine de violencia asesina. Esa violencia, que a ningún lado conduce y que está produciendo una constante sangría de vidas a la cristiandad, es del todo necesario que sea reconducida en beneficio de nuestra fe.

— ¿Y qué propone su paternidad? —preguntó Benedicto IX.

— En primer lugar, exigir a los nobles el cumplimiento de lo establecido por La Paz de Dios, Santidad. Deberíais mandar emisarios por todo el orbe, para que se entrevistaran con Reyes, Duques y Señores principales y se les amenazara con la excomunión para quienes no respetasen su normativa. Hay que hacer que esa inusitada violencia se contenga y se reduzca drásticamente. Eso, como primera acción —dijo Odilón.

— ¡Ah! ¿Pero hay más acciones? —preguntó interesado y sorprendido el Papa.

— Sí, Santidad. Una vez conseguido que los grandes Señores acepten la Paz de Dios, y como medida para ayudar al logro de esta necesaria paz entre cristianos, creo

que la Iglesia debería encauzar esa violencia hacia otros objetivos, digamos, más convenientes para nuestra Santa Iglesia, con los que los caballeros puedan identificarse, y de paso, dando rienda suelta a su belicosidad, hagan un gran bien a la Cristiandad. Esta inagotable energía bélica, no se podrá contener ni dominar, si no se le da una salida en otra dirección.

Benedicto IX, observaba perplejo desde su extrema juventud, a aquel menudo fraile que tenía ante sí y que según parecía, era capaz de diseñar estrategias a medio y largo plazo con una astucia que nunca se le podría suponer a un monje. Desde luego, Odilón, era famoso por sus homilías y discursos clamando sobre la conveniencia de que la Iglesia acometiera decididamente una reforma interna que saneara actitudes y prácticas de sus miembros, algunas absolutamente corruptas, y que la Iglesia de Roma tomara el papel que verdaderamente le correspondía ante los cristianos, es decir, que era la Iglesia la que había recibido directamente de Dios, el poder de reconocer y coronar a príncipes y reyes puesto que la realeza se adquiría por derecho divino y no por otra causa. Dios, en su infinito poder, confería la autoridad a reyes y gobernantes, delegando esta función en su Iglesia, y por tanto, en su máximo representante, el Papa.

— ¿Y cuál sería ese objetivo? —pregunto el papa con interés.

— La recuperación de los Santos Lugares, en manos del Islam, Santidad —dijo sin inmutarse.

— ¿Habéis dicho Santos Lugares, Odilón? —repitió el papa.

— Eso he dicho Santidad. Si nuestra Santa Madre Iglesia lograra que todo ese fervor guerrero de reyes, duques y grandes señores, se trastocase en fervor religioso, y mediante la concesión de ciertos privilegios por parte de nuestra Madre Iglesia para la salvación de sus almas y de sus propiedades, debidamente dirigidos y organizados, tal vez nos viéramos recompensados con la incorporación de Tierra Santa a la Cristiandad, como desea todo buen

cristiano. De esa forma, obtendríamos dos beneficios complementarios: dejarían de matarse entre sí y la Cristiandad podría por fin, establecerse en los Santos Lugares— terminó.

« ¡Caramba con el cluniacense!», pensó absolutamente admirado, Benedicto IX. Sin embargo, comprendió al instante lo acertado del pensamiento del monje. Desde luego, no iba a ser fácil y seguramente sería un trabajo de años, pero la idea le parecía genial. Es más, debería a comenzar a dar los primeros pasos en esa dirección.

— Y lo segundo… —comenzó a decir Odilón.

— ¿Si…? —dijo el papa, con cara de asombro.

— ¿No cree su Santidad, de que es llegado el momento de aplicar aquello que dijo Nuestro Señor Jesucristo ante Pilatos, de "Dar al Cesar lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios"?

— Ya veo por donde vais. Las cosas de la Iglesia, las decide la Iglesia. En especial los nombramientos de Abades, Obispos, Cardenales y……Papa ¿no? —dijo Benedicto IX.

Odilón, se atrevió a mirar al Papa a los ojos, directamente, sin pestañear. En su mirada escrutadora, deseaba ver la reacción del pontífice, pues al fin y al cabo, en su opinión, se encontraba ante un Papa, que no podía dar lecciones sobre el asunto, dadas las circunstancias de su elección.

— Santidad, la Iglesia debe imponerse ante las Cortes y Grandes Nobles de las naciones de Europa, y exigir que los nombramientos de los cargos de la Iglesia no sean realizados por personas ajenas a la misma. Al igual que no deben ser objeto de mercadeo y venta al mejor postor. —dijo con firmeza.

— Sí, mi buen Abad. Tenéis absoluta razón en cuanto decís. Pero eso va a llevar tiempo, dado que desde tiempos inmemoriales, los reyes, duques y nobles en general, han realizado nombramientos de familiares o

amigos, como abades, obispos, arzobispos, cardenales e incluso, de Papas. Bien que lo sé yo. —Reconoció— Y todo ello, bien por interés propio, amistad o simplemente cobrando o pagando por ello. Pero eso, aunque ha de llegar, no es dado el momento. Esa roca hay que moverla con pequeños y constantes empujones. —dijo, con aire de conclusión el Papa.

Luego pasaron a hablar de otros temas de menor importancia. Odilón, le puso al día de las noticias y rumores que circulaban por Aquitania, Normandía, Borgoña, y en Francia en general.

Pasadas dos horas, Benedicto IX despedía al Abad de Cluny. Embozado en una gruesa capa de paño, arrebozado en su cómodo sillón junto al fuego, que de vez en cuando un fraile avivaba aportando nuevos troncos de leña, quedó pensativo durante un buen rato. Las palabras del cluniacense le habían producido una gran excitación, y a cada instante que pasaba, veía más claro la razón que asistía al Abad de Cluny.

Tomó una decisión. Aquella ofensiva había que ponerla en marcha de inmediato. Nombraría un emisario papal, para que recorriera Europa, visitando a los reyes y grandes señores, para exigirles el cumplimiento de lo establecido por La Paz de Dios. No tuvo que pensarlo mucho. El nombramiento recayó en Hildebrando Aldobrandeschi, un monje perteneciente al Monasterio de Santa María, en Aventino.

Capítulo XXI.
Rouen, Normandía, 1.043

Guillermo II de Normandía, a sus 16 años, ya mostraba una extraordinaria firmeza de carácter en cuantas ocasiones se presentaban a su consideración. Su madurez, su buen juicio y sus acertados comentarios sobre los asuntos tratados, eran difíciles de rebatir, por lo que Raoul Gacé, se veía obligado a aceptar su opinión aunque no fueran favorables para sus propios intereses.

Esta situación puso nerviosos a los Barones que estaban a la espera de la ocasión que les permitiera poder actuar y deshacerse del joven duque, lo que puso de manifiesto ante sus ojos la poca o nula aportación de Raoul a sus levantiscos proyectos.

Guillermo exigía ser informado de todo cuanto aconteciera, no solo en el Ducado, sino en toda Francia y en el resto de Europa, pero en especial de lo que sucedía en Inglaterra, donde su primo Eduardo gobernaba con apuros ante el acoso de los grandes señores de la isla. Estaba por tanto, muy informado de las cosas que atañían a su ducado y su entorno en general.

Cuando le comunicaron la llegada de un enviado del Papa, quiso recibirlo personalmente en el Salón del trono, acompañado de Raoul de Gacé y Guillermo FitzOsbern. Cuando las enormes puertas de la Sala se abrieron y apareció por ellas al legado papal Hildebrando, un monje joven, alto y con aspecto de inteligente, Guillermo presintió que ambos se llevarían bien. El monje entregó las cartas de presentación a Raoul Gacé y acto seguido inclinó su cabeza ante el Duque de Normandía, esperando el saludo del duque.

— ¡Seáis bienvenido a Normandía, Fray Hildebrando! ¿Habéis tenido un viaje cómodo? —pregunto cortésmente.

— Un viaje perfecto, *Sire* —contestó.

— Y bien, ¿qué quiere su Santidad de nosotros?

— En las dos cartas que he entregado a vuestro Canciller, su Santidad Benedicto IX, explica el motivo de mi visita. Una es de carácter personal dirigida particularmente a vuestra persona. En la otra, explica las razones de mi visita. De cualquier modo, os puedo hacer un resumen de lo que en ella se solicita de vuestra persona.

— Os escuchamos atentamente, *frey*. —dijo solemnemente Guillermo.

— En realidad mi mensaje va dirigido a todos los príncipes y caballeros de la cristiandad. Vos sois el primer príncipe al que visito, pues tengo orden de recorrer toda Europa, visitando a los príncipes y gobernantes más importantes con una misma única misión: la de exigir a todos los Caballeros Cristianos, la obligación que tienen de observar escrupulosamente lo establecido por La Paz de Dios, bajo pena de excomunión para aquellos que no la observen escrupulosamente —dijo con voz cada vez más firme

Hubo un murmullo en el Salón. No todo el mundo estaba de acuerdo con aquella norma que la Iglesia quería imponer a los Señores.

— Su Santidad ha decidido poner coto a tanto desmán insensato. Nadie se librará de la excomunión si desoye lo establecido por La Paz del Dios. Por muy alto que esté —dijo, mirando desafiante a toda la concurrencia.

Guillermo, quien ya conocía los términos de la norma estaba básicamente de acuerdo con ella, principalmente porque aquellas luchas fratricidas hacían ingobernable un ducado o un reino. Con los grades nobles peleando entre ellos, en ocasiones por auténticas nimiedades que ocasionaban una vorágine de destrucción, los grandes proyectos de estado no podían abordarse, con la consiguiente lenta, pero paulatina ruina de los estados.

Caballeros, soldados, siervos, maestros, artesanos, comerciantes, hombres libres y aldeanos perdían sus vidas en aquellas *razias* asesinas y enloquecidas. Solo por eso, estaba de acuerdo con el castigo a aplicar a los incumplidores de aquella norma, ya que parecía que era la única que los grandes señores estaban dispuestos a aceptar. Sin embargo, el último comentario del monje, le había molestado un poco. Le pareció que quedaba fuera de lugar.

Una vez terminada la recepción, Guillermo, deseando hablar con Hildebrando a solas, lo invitó a su mesa. Igual deseo le pareció observar en el monje, pues aceptó encantado. Guillermo dio órdenes a su Consejo para que no se le molestase durante el transcurso de la misma. Raoul de Gacé, aceptó a regañadientes la orden. Solo el Senescal FitzOsbern, esbozó una sonrisa.

— Nuestro Duque, se está haciendo hombre a pasos agigantados.

La comida transcurrió tal y como preveía Guillermo, de forma cordial. Enseguida se dieron cuenta de que sus ideas coincidían en muchas cosas. Hildebrando, a su vez, llegó a la conclusión de que tenía ante él a un futuro auténtico hombre de estado, a pesar de su corta edad, un gobernante a tener muy en cuenta.

Pronto se dieron cuenta de que los dos coincidían en muchos de los temas que surgieron durante la distendida conversación. Hildebrando, le expuso su propio punto de vista sobre lo que los tiempos iban a traer en un futuro no muy lejano. Hacía ya algún tiempo que se había iniciado en el seno de la Iglesia un movimiento interno que exigía que el papel de la Iglesia en la marcha de los asuntos de la Cristiandad, fuese el que le correspondía en virtud de ostentar la representación de Dios ante los hombres. Su poder, su sacro poder, emanaba directamente de Dios, y por tanto decidir en los actos de los hombres de una forma directa. Y eso suponía que los actos de simonía practicados

por príncipes y señores feudales, por el que venían a nombrar Abades, Obispos, Cardenales e incluso Papas, adjudicándolos a voluntad o simplemente mercadeando con los cargos, tenían sus días contados. La Iglesia, nombraría a sus propios miembros sin interferencias de los nobles. Además, decía, la legitimidad real, solo la podía conceder la Santa Madre Iglesia, pues regentaba por delegación el poder que emanaba directamente de Dios. Y todos los reyes cristianos, deberían acatar esta realidad: sus realezas las recibían por designio divino por mediación del representante de Dios en la tierra, el Papa.

Guillermo le escuchaba atentamente. Estaba siendo informado de primera mano sobre el futuro que se acercaba. Intuyó que la lucha entre la nobleza, y en especial, entre el Emperador del Sacro Imperio Germánico y la Iglesia iba a ser encarnizada. Y empezaba a entrever cual sería el resultado final, y que no podía ser otro que finalmente la Iglesia, representada en la figura del Papa, saliera triunfante. No en balde, Dios le había otorgado sus poderes. Ellos serían pues, los que determinarían las legitimidades futuras.

Mientras hablaba Hildebrando, Guillermo lo observaba detenidamente, analizándolo. Sus exposiciones siempre eran directas, nunca vacilaba. Pareciera que tuviera perfectamente estructurado todo su discurso. Nada de lo que decía parecía improvisado, bien al contrario, profundamente analizado. Esa seguridad podía ser confundida por orgullo y altanería. Pero en realidad, era la manifestación de un hombre que tenía todas sus ideas perfectamente estudiadas y organizadas. Sin embargo, no estaba exento de carácter, pues tras su vehemencia, se encontraba una enorme constancia y fe en sí mismo. Guillermo, intuía en el enviado papal que tenía ante él, la presencia de un hombre importante dentro del seno de la Iglesia.

Una vez terminada la comida, se despidieron tras acordar el intercambio de cartas para informarse de la marcha de los asuntos comentados.

En los días siguientes, Hildebrando se entrevistó con los Abades de Fecamp y de Monte Saint-Ouen, donde les transmitió las órdenes papales para que en todas las iglesias y monasterios de su influencia, se difundiera en las homilías, la exigencia papal sobre La Paz de Dios. Era necesaria la máxima difusión entre el pueblo de esta exigencia de la Iglesia a sus nobles. Y además, la exigencia de aplicar las excomuniones a aquellos que ignoraran La Paz de Dios.

Capítulo XXII.
Boltaña, Aragón, 1.044

Hacía ya casi un año desde que se hubiera producido el enfrentamiento de Tafalla entre García y Ramiro. Un año, en el que ambas partes se habían dedicado a restañar heridas y confraternizar nuevamente.

Tras los acuerdos que hubieron lugar, Ramiro podía pensar que, realmente, había ganado sobre la mesa la lid que había perdido en el campo de batalla. Todas las plazas situadas en la margen izquierda del río Aragón, y que habían sido tomadas en la acción contra Tafalla, Sos, Uncastillo, Luesia, Biel y Bergua, quedaban de propiedad de Ramiro, aceptando también el señorío aragonés sobre los valles de las fuentes del río Arba. Y a requerimiento de Ramiro, García le reconocía el derecho a heredar el reino de su hermano Gonzalo, si este moría sin descendencia. Mejor imposible.

En todo este proceso de acercamiento, había destacado la figura de Odilón, abad de Cluny, quien admiraba desde hacía mucho tiempo a Ramiro, de quien ensalzaba todas sus virtudes y ocultaba sus defectos. Fue él, el que por su mediación y la del Obispo de Pamplona, Sancho, lograron que los dos hermanos se vieran, se abrazaran y firmaran un acuerdo con carácter permanente. Ramiro, se comprometía a no atentar contra las propiedades de su hermano García, a la vez que le rendía vasallaje.

Pero además de la labor del abad de Cluny, había otras razones que habían motivado al navarro a reconciliarse. García había quedado impresionado por el poderío demostrado por su hermano, al que se habían añadido fuerzas de las taifas musulmanas del sur, con lo

que ello llevaba aparejado, por lo que en su acercamiento y posterior acuerdo, había mucho de conveniencia, dado que tenía por cierto que Ramiro, algún día llegaría a ser un verdadero problema para él o sus sucesores. Con el acuerdo, trataba de poner un obstáculo o retrasar tal premonición.

Ramiro, en este periodo de tranquilidad, dedicó tiempo para ampliar sus relaciones y amistad con el condado de Bigorre, de donde procedía su esposa Ermesinda. Quería potenciar la presencia de Aragón en el sur de Francia.

Pero antes, el destino tenía una cita con Ramiro.

El 26 de junio, Gonzalo andaba de caza con un grupo de barones por una zona denominado el barranco de La Usía, o rio Usía, que baja desde una población denominada Lascorz y riega el angosto valle de Tierrantona encajonado entre las sierras de Gerbe y Campanué. Al grupo le gustaba cazar en esos agrestes parajes por el gran número de corzos y jabalíes que los poblaban y por la dificultad del terreno, lo que añadía un plus de emoción a sus partidas de caza.

En un momento dado, y tras haber herido a un jabalí de una lanzada, se dispersaron con el fin de cubrir más zona y tratar de localizarlo. Gonzalo iba siguiendo el camino que unía Morillo de Monclús con Tierrantona, cuando le pareció que algo se movía a su derecha, entre la espesura.

Detuvo su caballo y puso pie en tierra. Echó mano de su lanza y cuchillo, y se dispuso a investigar el origen de aquellos tenues movimientos. Delante de él, un matorral no le dejaba ver por delante de sus ojos. Con cuidado lo fue apartando y pudo ver lo que el ramaje le ocultaba. Ante él, un hombre, bastante andrajoso, estaba inclinado sobre un jabalí muerto del que sobresalía el mástil de la lanza que

llevaba clavada en las costillas. Al oír ruido a su espalda se volvió con la velocidad de un rayo.

Gonzalo dedujo que se trataba de un furtivo que había tenido la suerte de cruzarse con el animal herido, y, o bien lo había rematado, o se lo había encontrado muerto. El hombre se asustó al ver venir hacia él a Gonzalo, con la lanceta y el cuchillo, adoptando una postura tensa y lista para actuar. Gonzalo no se dio cuenta de este detalle, y siguió acercándose hacia el jabalí, sin prestar gran atención al desconocido y sin prever un posible ataque por parte de aquel. A la distancia de un paso, el furtivo se abalanzó sobre Gonzalo, propinándole una puñalada de abajo a arriba que le entró por el abdomen. La sorpresa se reflejó instantáneamente en la cara de este, pero la muerte se apoderó de su alma en un soplo.

El hombre dejo caer al suelo el cuerpo inerte de Gonzalo, justo en el momento en el que hacía su aparición el resto de acompañantes montados en sus caballos. Su reacción fue automática. Uno de ellos, hecho mano a la espada y de un certero golpe, decapitó al asesino, que tal vez lo fue por miedo y temor.

Con rapidez, se organizó el traslado del cadáver a Boltaña, donde deberían tomarse las oportunas medidas.

La noticia le llegó a Ramiro a los dos días, cuando lograron dar con él, en plena Sierra de Guara, a donde se había desplazado para estudiar el establecimiento de futuros puntos de observación. Enterado de la triste nueva, se apresuró a presentarse en la capital del Sobrarbe.

En Boltaña, le estaban esperando los principales barones del reino de Gonzalo. Todos sin excepción, presentaron sus respetos al rey de Aragón, solicitándole una reunión que les concedió de inmediato.

En ella, los barones y seniores le manifestaron su deseo de que las tierras de Gonzalo pasaran directamente a él, al punto de que en aquel momento, le harían juramento de vasallaje. Ramiro, les comunicó entonces su acuerdo con García de Pamplona, sobre sus derechos a heredar el reino, si Gonzalo moría sin descendencia, como era el caso.

La revelación les causó gran alegría y en aquel momento, todos y cada uno, fue rindiendo homenaje de acatamiento ante Ramiro. A partir de ese momento, Aragón incrementaba su territorio con el Sobrarbe y la Ribagorza. Al mismo tiempo, adquiría nuevos vecinos: los condados catalanes.

Dos días más tarde tuvieron lugar los funerales en la iglesia del castillo, oficiada por el Obispo de Roda, Arnulfo, a quien hubo que esperar dos días hasta que se presentó en Boltaña. Tras los funerales, los restos de Gonzalo fueron trasladados y enterrados en el Monasterio de San Victorián.

Ramiro, acompañado de sus *seniores*, salió de Boltaña, en el Sobrarbe, camino de la Ribagorza. Deseaba conocer de propia mano, la situación de las defensas del reino y quería compartir sobre el terreno con los propios barones ribagorzanos sus propias ideas.

Con el Sobrarbe y la Ribagorza, incorporadas a su reino, debía tomar medidas para evitar las ansias de conquista de sus nuevos vecinos, el condado de Urgel y el de Barcelona. Una vez aseguradas las nuevas fronteras, llegaría el momento de empezar a avanzar hacia el sur.

Capítulo XXIII.
Rouen, Normandía, 1.044

El octavo día del mes de Noviembre, Guillermo cumplía 17 años, y dadas las circunstancias imperantes en el ducado, con los señores en constantes movimientos conspiradores y dado la fuerte determinación y claridad de juicio que mostraba el joven duque, el Consejo Regente decidió adelantar la ceremonia de entronización unos meses y en consecuencia fuera reconocido como Duque de Normandía con el nombre de Guillermo II.

Su primera decisión fue destituir a Raoul de Gacé y nombrar en su lugar al hijo de Osbern de Crêpon, Guillermo FitzOsbern como su Canciller y Senescal. Con el poder de decisión absoluto en sus manos, estaba decidido a extender su influencia hacia el otro lado del mar, Inglaterra, donde su primo Eduardo gobernaba desde hacía dos años no sin pocos inconvenientes, debido a que la isla estaba constantemente amenazada de invasión por partidas de nórdicos y daneses, quienes aprovechaban las guerras internas entre los señores sajones instalados en la isla.

Sus aspiraciones partían de una promesa hecha por Eduardo, cuando de joven se encontraba exiliado en Normandía, le prometió nombrarle heredero del trono de Inglaterra si algún día recaía sobre su cabeza. Impregnado en una religiosidad extrema, su primo había realizado promesa de voto de castidad en la Capilla de Nôtre-Dame en el castillo de Eu, donde se alojaba.

A los pocos días de su entronización como Duque de Normandía, recibió una carta de Nicolás, donde además de rendirle homenaje como su señor natural, le informaba

sobre sus estudios y su próxima finalización a mediados del año próximo y le solicitaba permiso para, una vez terminados, y antes de reintegrarse a su abadía, viajar a una ciudad del norte de Hispania llamada Barbastro, debido a que había hecho amistad con los hijos de personas importantes de la misma, quienes le habían invitado a visitarla.

Guillermo le contestó comunicándole la concesión del permiso además de enviarle alguna carta de presentación ante el Gobernador de la ciudad, junto con algunas recomendaciones que intuía no sería necesario hacerle, pues confiaba en el buen hacer de su primo. Habían pasado cinco años desde que se había trasladado a Salerno y tenía muchos deseos de verle y abrazarle de nuevo. Sin embargo, pensó que aquella visita de buena voluntad a una ciudad musulmana como Barbastro, podría ser muy interesante para todos. Quería tener información de primera mano sobre la forma de vivir de los musulmanes y las tecnologías que utilizaban en todos los campos, y sobre todo, sus conceptos militares sobre la defensa y ataque. Para ello, para las cuestiones militares, contaría también con la presencia de Guillaume Montreuil, más experto en estas artes que Nicolás, aunque confiaba mucho en la perspicacia de éste, y sobre todo, en los cuadernos que estaba confeccionando y a los que se refería en una de las cartas enviadas desde Salerno. No quería desaprovechar la ocasión que el destino le había ofrecido tan generosamente. Dio una serie de indicaciones al amanuense sobre el contenido de las misivas para que confeccionara los documentos. Una vez leídos y satisfecho con sus contenidos, dio orden de expedir las cartas.

Guillermo era un gobernante precavido. Había tenido buenos maestros que le habían insistido siempre en la virtud de adelantarse a los acontecimientos. Esta cualidad era esencial en la vida de cualquier persona, pero en un gobernante, era indispensable. Solo así se podían evitar las calamidades, y en su caso, minimizarlas en todo

lo posible. Por eso, por ese afán de prevenir y preparar el futuro reunió a su Consejo, con el fin de estudiar y determinar las líneas maestras de los programas a desarrollar en los próximos años. En esos planes, Guillermo expuso ante sus admirados Consejeros, una panoplia de actuaciones que anunciaban el nacimiento de un extraordinario gobernante al que la historia le reservaría un lugar. Como primera medida, quería retomar los proyectos que el padre de Nicolás, Ricardo III, había querido desarrollar hasta que su pronta e inesperada muerte truncó sus planes. Quería extender la superficie de cultivo en todo el ducado a la vez que quería desarrollar una importante red de canales desde donde poder distribuir el agua a todo el país.

Deseaba continuarlos porque había adivinado que el futuro, no ya del ducado, sino del mundo entero, iba a depender mucho de que la agricultura se desarrollase convenientemente y para ello, tenía que aumentar la extensión de tierra cultivable, asegurar el riego y modernizar las técnicas y herramientas utilizadas por los campesinos. No en balde, Gautier de Evreux, el que fuera Senescal de Ricardo III, una de las personas de su absoluta confianza, le había explicado en infinidad de ocasiones los sueños de su Señor, su tío, y que ahora ante la imposibilidad de pasárselos a su hijo, lo hacía con Guillermo, un joven que apuntaba buenas maneras.

Otro punto importante que planteaba a sus Consejeros, era la poca cohesión existente entre los territorios que formaban el ducado. Veía con preocupación el desafecto que observaba en los señores de los condados y vizcondados situados al oeste de Normandía, provocando numerosas ocasiones de conflicto, en su sempiterna reclamación de independencia del resto de condados.

Tenía claro que algún día aquello desembocaría en un enfrentamiento abierto y para entonces convendría

estar preparado. Debía actuar en la creación de una fuerza leal al Duque, con el que enfrentar algún día lo que él veía como inevitable y fatalmente necesario: el enfrentamiento armado con los grandes señores del oeste de Normandía.

Y el tercero, y no por ello menos asombroso, eran sus planes de optar al trono de Inglaterra. Su primo Eduardo le había prometido hacerle heredero de la corona inglesa a su fallecimiento debido a su juramente de castidad, lo cual hacía inviable la existencia de hijos, futuros herederos al trono. Ello implicaba, según Guillermo, que los señores sajones de Inglaterra no le iban a poner en bandeja ese trono, por lo que sin ningún lugar a dudas, tendría que ganarlo sobre el terreno, es decir sobre la propia isla. Eso implicaba invadirla con una fuerza considerable. Para ello, necesitaría barcos de cierto tamaño para poder realizar el traslado de las tropas y del material de asalto necesario.

Aquellas cuestiones planteadas para un futuro cercano, necesitaban de preparativos que debían empezar en el presente. Y a ello se dispuso Guillermo, con el apoyo de su Consejo.

A finales de año, se produjo una petición de ayuda por parte del depuesto Benedicto IX, tras producirse un hecho escandaloso dentro de la historia de la Iglesia. La muerte del Emperador Conrado II, había privado al Papa Benedicto IX de su principal apoyo. Un capitán romano, Gerardo di Sasso, alentado por el nuevo Emperador Enrique III, lo había expulsado de Roma y puesto en su lugar al Obispo de Sabina, quien tomó el nombre de Silvestre III.

La comprometida situación, la salvó Guillermo airosamente. Le contestó al Papa depuesto que bien a su pesar, no le era posible prestarle la ayuda solicitada, debido, en primer lugar a la distancia que les separaba, y en segundo lugar, a que debido a los enfrentamientos

locales en los que se estaba viendo inmerso, no podía permitirse disgregar a sus tropas. Con ello demostraba la determinación que tenía de llevar a buen puerto sus proyectos, sin que ni siquiera la petición de ayuda de un papa le desviase de su camino ni un ápice.

Benedicto IX, lejos de amilanarse, había encontrado los apoyos necesarios en los normandos instalados en el sur de Italia, con lo que se dispuso a recuperar el trono de la Iglesia en Roma.

En Salerno, Constantino, Abdalá y Nicolás habían proyectado un viaje a la próxima isla de Sicilia, donde se encontraba el Emirato de Sicilia, invitados por el *emir* Hasan al-Samsam, por mediación de Constantino, quien les envió un barco a Nápoles, desde donde los trasladarían a Palermo, donde residía. La isla se había fragmentado en varias pequeñas taifas o feudos cuasi-independientes. En este reinado, las rebeliones continuas por parte de los sicilianos de origen bizantino se sucedían sin fin, especialmente en el este de la isla, con parte de las tierras de Mesina, Taormina y Siracusa ocupadas por Bizancio, antes de ser sofocadas. Val di Mazzara era una de las tres regiones administrativas en las que estaba dividida la isla bajo la administración sarracena. Val di Noto (la esquina sur oriental de la isla), Val Demone (la esquina nororiental) eran las otras dos regiones.

Abdalá le había contado a Nicolás que se encontraría con un mundo totalmente diferente al que estaba acostumbrado. Los árabes habían iniciado hacía ya muchos años, unas reformas agrarias que produjeron un aumento en la productividad y animó el crecimiento de minifundios, en detrimento de los latifundios dominantes de anteriores épocas imperiales. Los árabes habían fomentado sistemas de irrigación mejorados.

Cuando desembarcaron en Palermo, se encontraron con un barrio amurallado llamado al-Kasr (alcázar, el

palacio) que era el centro neurálgico de la ciudad que contaba con una gran mezquita aljama. En el suburbio al-Khalisa (Kalsa) se situaba el palacio del *emir*, baños, una mezquita palaciega, oficinas gubernamentales y una prisión propia. Nicolás calculó hasta 7.000 carniceros que mercadeaban en 150 tiendas.

Tras ser recibidos por *emir*, fueron agasajados como correspondía a unos visitantes tan ilustres. Recorrieron la isla bajo su protección y Nicolás tomó nota y realizó dibujos de numerosos detalles, ante la mirada de su amigo, quien admiraba la facilidad de Nicolás para dibujar con una exactitud asombrosa. Tras pasar tres días en la isla, fueron trasladados a Nápoles en la misma embarcación que les había traído.

Nicolás se llevó una gran impresión del mundo árabe. Sus obras civiles, sus monumentos y sus artistas destilaban una suntuosidad, recogimiento y sensibilidad que lo impresionaron enormemente. En sus recuerdos y en sus notas, figuraban los templos, abadías y monasterios y su extrema severidad, los cuales chocaban ante el estallido de filigranas, colores y construcciones árabes. Todo ello quedó perfectamente reflejado en sus cuadernos.

Capítulo XXIV.
Salerno, Italia, 1.045

En abril Benedicto IX, expulsó por la fuerza a Silvestre III y fue reelegido nuevamente el 10 de abril. Incomprensiblemente, en mayo abdicó del papado al decidir contraer matrimonio, vendiendo su cargo pontificio por 1500 libras de oro al Arcipreste Giovanni Graciano Pierleoni, quien tomó el nombre de Gregorio VI. Benedicto IX abandonó Roma, en compañía de su futura esposa. Tenía 33 años.

El escándalo permanente en el que vivía la Iglesia, quedaba patente en el hecho de que en lo que llevaban de año, habían ocupado la silla de San Pedro tres papas y que los tres vivieran. Todo ello, confirmó a Gregorio VI en la idea de la necesidad de llevar a cabo una profunda reforma, para lo cual se rodeó de importantes colaboradores entre los que destacaba el monje Hildebrando Aldobrandeschi, de Toscana, a quien nombra su secretario.

Sus ideas reformadoras no pudieron, sin embargo, ser desarrolladas al no contar con el necesario apoyo de Enrique III, Emperador del Sacro Imperio, quien aunque también partidario de la necesidad de reformar la Iglesia, no consideraba a Gregorio como el papa ejemplar para llevarla a cabo, al estar su elección manchada por prácticas simoníacas. Esta desconfianza de Enrique III hacia Gregorio unida al hecho de que Benedicto IX trataba nuevamente de recuperar el solio pontificio y que Silvestre III tampoco había renunciado de forma explícita al mismo, decidió al rey alemán, incitado por Odilón de Cluny y por el eremita Guntero, a convocar un sínodo en Sutri, valiéndose de los poderes que le atribuía el *Privilegium*

Othonis, en donde depuso a Benedicto IX y a Silvestre III y obligó a abdicar a Gregorio VI quien fue desterrado a Colonia. En su destierro estuvo acompañado por su secretario Hildebrando.

Faltaban dos meses para que Nicolás y Abdalá terminaran sus estudios en Salerno. Meses antes, Nicolás había escrito a su primo el Duque de Normandía, solicitándole permiso para visitar Barbastro antes de incorporarse a Fecamp. Le rogaba la concesión del permiso, explicándole todas las vicisitudes vividas con Abdalá y sus amigos, y cuanto le habían contado sobre el esplendor de la ciudad, situada a orillas del río Vero.

Pasado mes y medio de enviada la carta, recibió otra, donde su primo le concedía el permiso y además se le confería *status* de embajador, para lo cual le enviaban unos documentos de acreditación que debería presentar al *wali* de Barbastro. El mismo correo era portador de otra carta para Guillaume en la que se le ordenaba que lo acompañara en el viaje, lo que no le hizo mucha gracia, pues estaba deseando volver a Rouen, dejar allí a Nicolás y volver para unirse a las huestes de Roberto Crespín. Pero no podía hacer otra cosa, sino acatar las órdenes. Cuando Crespín se enteró de la noticia, lejos de contrariarse, se alegró de sobremanera. Ante la sorpresa de Guillaume, le explicó que veía en el viaje una serie de aspectos muy interesantes. Le encargó la misión de estudiar las defensas de la plaza y sobre todos sus puntos fuertes de defensa y todo cuanto le fuera posible aprender de sus usos y costumbres. Le conminaba a observar todo cuanto tuviese relación con el aspecto militar en todas sus facetas: defensa, ataque, estrategia, armas, etc. Con ello, Guillaume, no solo se apaciguó, sino que entendió que se le encomendaba una labor importante de información, que podría tener su importancia en tiempos venideros. Y desde luego, no era ni por asomo, consciente de ello.

Cuando llegó mayo, Nicolás y Abdalá, recibieron los diplomas de mano de sus profesores en los que se reconocía su valía para la práctica de las artes médicas. Además, recibieron como regalo, algunos instrumentos que tendrían que utilizar en el futuro cuando tuvieran que intervenir a algunos pacientes. La comitiva, formada por varias mulas que portaban los libros y enseres de Nicolás, Guillaume y Abdalá, se puso en camino hacia Nápoles, donde tomarían una embarcación rumbo a Hispania. Salieron a despedirlos, la casi totalidad de profesores. Todos ellos con el alma sobrecogida, por el afecto que sentían por aquellos muchachos durante su larga estancia en la Escuela, afecto que se había apoderado totalmente de sus sentimientos. Algunos, no pudieron impedir que alguna lágrima asomara a sus ojos. Nicolás y Abdalá lloraban sin disimulo. Habían sido unos maravillosos años, vividos en un centro donde imperaba el orden y el respeto por la ciencia y el conocimiento. Ninguna otra cosa, religión ni color de piel habían interferido esa norma de convivencia pacífica. Y ahora se disponían a partir a sus lugares de origen para dar inicio a una vida incierta, que esperaban fuera armoniosa y llena de éxitos.

Cuando llegaron a Nápoles, mientras las mulas con la carga y sus respectivos muleros, se dirigían hacia el puerto dirigidos por Guillaume, Nicolás y Abdalá se encaminaron hacia la Plaza del Dominó donde se ubicaba la tienda de Giuliano Sforza. Cuando este los vio, salió a su encuentro con los brazos abiertos, fundiéndose los tres en un abrazo. Nuevamente, se cumplió el rito acostumbrado. Dejó encargado a un operario las labores que estaba realizando y se encaminó con ellos a su casa donde comerían todos juntos con la familia.

Por la tarde, bajaron todos hacia el puerto, donde se encontraba atracado un pequeño navío de cuatro palos al que ya habían cargado los numerosos paquetes que portaban las mulas encontrándose a la espera de la llegada de los viajeros para partir rumbo a Barcelona.

A bordo, esperaban Alí e Iben, quienes nuevamente habían solicitado, y obtenido, ir a buscar a sus amigos. Los Sforza también los agasajaron con regalos, abrazos y lágrimas. Tras las despedidas e intercambios mutuos de buenos deseos, subieron finalmente a bordo, para iniciar su viaje a Hispania. Mientras se alejaba el barco, y durante un buen rato, los Sforza se mantuvieron en el muelle moviendo los brazos. Finalmente, dieron media vuelta y desaparecieron a la vista de los del barco. Por delante, varios días de travesía hasta Barcelona.

Durante los veinte días que duró la navegación, los cinco jóvenes se pusieron al día sobre sus respectivas vidas. Los cuatro procedían de nobles familias y poseían un alto grado de conocimientos.

Iben Galif, era el primogénito de Abrahám Galif, hombre de confianza del *wali* de Barbastro, dedicado al estudio del cuerpo humano, y que ejercía las labores de galeno de la ciudad. Sin embargo, su hijo Iben, no quiso seguir la actividad de su padre inclinándose desde muy pequeño por la tecnología y por la invención de nuevos artilugios que utilizaba para un sinfín de situaciones. Enviado por sus padres a *Saraqusta*, curso estudios de física, astrología y mecánica. Sin embargo, fue su amigo, Abdalá, el hijo del wali de Barbastro, el que había mostrado afición por el arte de sanar los cuerpos enfermos. En cuanto a Alí, era un avezado guerrero, dominador perfecto del arte de montar a caballo del que era un consumado jinete. Estaba claro que las actividades de sus respectivos padres no les habían influido en sus preferencias vitales a la hora de elegir sus actividades. Nicolás les explicó las vicisitudes de su vida, y el futuro que le esperaba cuando regresara a Normandía.

— ¿Así es que serás un monje cristiano? —le preguntaba Iben.

— Sí. Así será. Dios así lo ha dispuesto. Y dentro de unas semanas, cuando regrese a Rouen, recibiré las Órdenes sagradas y seré el nuevo Abad de Saint-Ouen.

— ¿Y cómo sabes eso? ¿No eres muy joven para ponerte al frente de un Monasterio? —preguntó Alí.

— Mi primo Guillermo, el Duque de Normandía, hace años que ya me nombró Abad de Saint-Ouen. Hace unos meses me comunicó que el actual abad, había fallecido y que yo había sido elegido para el cargo. Si os digo la verdad no me atrae lo más mínimo ser abad. Es un puesto difícil y complicado. Siempre pendiente de tus monjes y de la economía. Apenas si deja tiempo para otra cosa.

— O sea que en vuestra religión, también los hombres de Dios son nombrados por los príncipes, tal y como sucede en el Islam. —dijo Abdalá.

— Sí. Siempre ha sido así. Los Abades, Obispos y Cardenales han sido nombrados por los Condes, Duques y Reyes de cada lugar.

En cuanto a Guillaume, demostró ser un hombre cordial, aunque al tener más edad que los otros jóvenes, se mantenía un tanto alejado, según exigía su misión de acompañante de Nicolás. Pero se llevaba bien con ellos sintonizando perfectamente en los temas mundanos que él a menudo planteaba.

Los días fueron transcurriendo sin grandes novedades y llegó el día que Barcelona comenzó a divisarse desde la lejanía. Faltaba un día para atracar en su puerto. Posteriormente, siete días de camino separaban Barcelona de Barbastro.

Dos días antes de la llegada del barco en el que regresaban Alí y compañía, arribaron a las inmediaciones del puerto un grupo de hombres armados, procedentes de Barbastro, a la espera de la llegada del pequeño navío procedente de Nápoles. Su misión, escoltar a los viajeros y

sus pertenencias hasta Barbastro. Vestían ropas normales al modo de las utilizadas por los jinetes cristianos.

Una vez desembarcados los bultos y cargados en las mulas, buscaron acomodo en una posada en las cercanías del puerto para pasar la noche. Los hombres enviados a recogerlos, buscaron un lugar donde dormir en las inmediaciones del puerto a la vez que custodiaban las mulas y su carga. Al día siguiente, muy temprano y con el relente de una mañana de Mayo, partieron hacia la capital de la *Barbitaniya*, Barbastro.

Cuando llegaron a Lérida, visitaron al Gobernador, Yusuf al-Mudaffar, hijo del *Emir* de Zaragoza, Sulayman ben Hud a quien pertenecía la Cora de Barbastro, con el fin de rendirle pleitesía. Fueron agasajados muy efusivamente y Nicolás se quedó asombrado, una vez más, por el lujo, el arte y la extraordinaria organización que imperaba en aquel palacio y en aquella ciudad. Se sorprendió al conocer la existencia de un grupo de trabajadores cuya misión era la de mantener la ciudad limpia, multando a aquellos vecinos que arrojaran desperdicios a las calles o no las mantuvieran en perfecto orden de revista. Comenzó a vislumbrar que los árabes estaban mucho más avanzados que los cristianos en muchos órdenes y materias, por lo que su admiración y aprecio por aquellas gentes fue creciendo en su estima.

Al-Mudaffar les colmó de regalos, y se interesó vivamente por Nicolás. Según le habían contado, a pesar de que por sus ropajes no lo pareciera, en realidad era un monje cristiano normando, desplazado a Italia para cursar estudios de medicina en Salerno, al igual que Abdalá, y en los que había empleado los últimos cinco años. Por ello, durante la cena, le lanzaba, dentro de una aparente cordialidad, desafíos dialécticos acerca de cuestiones en las que era notorio el diferente punto de vista entre un musulmán y un cristiano. Abdalá le había referido las excepcionales condiciones intelectuales de Nicolás, y eso le

animó a plantear temas de controversia, para forzar el debate, a los que era muy aficionado.

Durante las diferentes intervenciones de réplica y contra réplica, el Gobernador de Lérida, se quedó gratamente impresionado, máxime, cuando en más de una ocasión, Nicolás apoyó sus argumentaciones, recitándole algunos *suras* del Corán, pronunciados en un correcto árabe, aprendido de Abdalá en sus años de estudio en Salerno. La noche transcurrió entre danzas y músicas, a cargo de bellas y jóvenes huríes, perteneciente al harén del emir. En la mesa, y con gran profusión, toda clase de dulces y exóticos postres que Nicolás no había visto en su vida. Pensó en pedir permiso para transcribir en sus cuadernos las recetas de su confección, pero le pareció una acción impropia de un invitado correcto. De madrugada dieron fin al sarao, retirándose cada cual a sus habitaciones para descansar. Al día siguiente llevarían a cabo las dos últimas jornadas hasta su destino Barbastro.

Guillaume, quien asistía también a los actos donde estaba Nicolás, aunque un poco apartado por su condición de servidor, se mostró un entusiasta de las danzas del vientre y de los siete velos que las huríes interpretaban magistralmente, realizando movimientos insinuantes y libidinosos. En algún momento, pensó que no le hubiera importado quedarse a vivir en algún palacio de aquellos. Conocida por todos su condición de servidor de Nicolás, apenas nadie le dirigía la palabra, cosa que en vez de molestarle, agradecía enormemente.

Capítulo XXV.
Barbastro, Barbitaniya 1.045/436 de la Hégira.

Finalmente, Barbastro comenzó a aparecer en lontananza. En un principio de forma tenue que más bien se adivinaba la silueta de una ciudad, pero conforme la distancia se iba reduciendo, la visión de aquellos contornos, dibujaba rotundas y firmes formas, tomando cuerpo unas murallas de gran altura y gruesos muros, como declaración a los cuatro vientos, que allí se encontraba una importante ciudad, capital de la *Barbitaniya*. Desde la distancia, podían verse dos construcciones almenadas, una encerrada en la otra. Dentro de la interior, y situada en la parte más elevada, se hallaba la zuda o alcázar, un imponente torreón fortificado. La segunda, la exterior, con un perímetro enorme, que encerraba una gran superficie, formaba la primera barrera defensiva de la plaza. Esta muralla, partía de la zuda, descendía por una suave loma, paralelamente al río, giraba hacia el sur, extendiéndose largamente, para nuevamente girar hacia el este durante 200 codos y volver a girar hacia el norte, nuevamente en dirección hacia el río, para finalmente volver hacia el punto de origen siguiendo el curso del Merder y ascendiendo de nuevo por la suave ladera, cerraba el óvalo junto a la zuda, protegiendo con sus muros los barrios que formaban la medina, cubriendo con su perímetro una gran extensión. Dentro del recinto amurallado, pero fuera de la interior, podían verse la torre de la mezquita al-Yibril, muy cerca de la alcazaba y en el exterior, al norte, la mezquita menor, al-Isha. Por el norte, el río Merder, discurría con rapidez y gran caudal, aportando el agua suficiente para el desarrollo de la ciudad y su prolífica huerta. La zuda, magnífica, un torreón fortificado, situada en lo alto del acantilado, a cuyo fondo se encontraba el río, mostraba al

horizonte sus contornos, desafiante, aprovechaba el declive natural para tener su parte norte inexpugnable para sus enemigos. En él, tenía su residencia el *wali* de la ciudad y su familia, así como los consejeros más cercanos a él. Desde la lejanía, Nicolás comprendió que las descripciones que de Barbastro, le había hecho Abdalá, no hacían suficiente justicia a la ciudad que tenía ante sí, imponente bajos los rayos del sol que se enseñoreaba en el firmamento.

Fuera de las murallas, podían observarse multitud de casas y campos y huertas, perfectamente desordenadas, y por donde pululaba un gran número de personas. Barbastro se extendía por la orilla derecha del río, rodeando parte de la muralla exterior. Sus calles estrechas, formadas por casas de una, dos o tres plantas, albergaban un buen número de familias, cuya actividad fundamental era agrícola y ganadera. A la margen izquierda del río, se accedía por un puente construido con piedra y madera, y allí se hallaban situados un gran número de huertos primorosamente cultivados. Una acequia, que alimentaba una tupida red de pequeños canales, permitía el riego abundante de estos cultivos. Perfectos y rectilíneos bancales donde crecían hileras de pimientos y judías, junto con otros donde asomaban las verdes hojas de las coles, cebollas, calabazas, pepinos y toda clase de delicias de la huerta, mostraban una sensación de laboriosidad ordenada que dejó impresionado a Nicolás. Jamás había visto en su tierra una imagen como la que tenía ante sus ojos. Decidió plasmar todo aquello en sus cuadernos mientras observaba el ir y venir de aquellas gentes, ajenas a lo que ocurría en el resto del mundo. A lo lejos, en plena campiña, podían divisarse numerosos campos de viñas. En Barbastro, sus gentes gustaban del vino, ante la mirada distraída de las autoridades religiosas.

Nicolás y sus amigos se bajaron de los caballos y se dispusieron a realizar a pie el camino que les separaba del torreón, hacia el que se dirigían. Sus calles empedradas,

presentaban un aspecto limpio y aseado y la actividad que discurría por ellas era enorme. Observaba todo aquello reteniendo en su memoria todo cuanto veía con intención de transcribirlo posteriormente a sus cuadernos.

A Barbastro se accedía por tres puertas, *bab al-Merder*, situada al este de la ciudad, junto al rio, *bab al-Waska* al oeste y otra, *bab al-Fege*, en su parte sur. Hicieron su entrada por la *bab al-Merder* que daba acceso a la *medina*, encontrándose ante una calle empedrada que subía hacia la *bab al-Ferrata* de la muralla interior.

Siguiendo la calle, cruzaron por una plaza donde estaba instalado un mercado o zoco, abarrotado, y donde la actividad comercial era grande. En la plaza se hallaban instalados puestos donde había de todo, verduras, repujados de cueros, telas y sedas, zapateros y un sinfín de objetos de compra y venta por parte de los vecinos de la ciudad y de los viajeros procedentes de otros lugares.

Continuaron subiendo por la empinada calle, al final de la cual se encontraba la mezquita mayor llamada al-Yibril. Decorada con hojas de acanto, rosetas y pequeñas hojas biseladas, se alzaba imponente hacia el azulado cielo de la ciudad. Un poco más adelante, se desviaron por una calle situada a su derecha que llevaba directamente a la *bab al-Ferrata*, que daba acceso a la fortificación interior donde se encontraba la Zuda y poner punto final a su largo viaje desde Salerno.

En las puertas de acceso dos guardias vigilaban a los que accedían a su interior. Cuando vieron a Alí e Iben intercambiaron una sonrisa. Luego su atención quedo fijada en Nicolás y Roberto, sin hacer amago de detener su entrada. Cuando pasaron al interior del imponente torreón, salió a recibirles el propio gobernador de la plaza, Abdel Mustafá al-Tawil, quien abrazó efusivamente a su hijo Abdalá, en primer lugar y luego a Alí e Iben. Luego, Abdalá, presento a Nicolás y a Roberto, quien se mantenía

discretamente un paso detrás. Seguidamente, se dirigieron al interior, a la sala de Consejo, donde el Gobernador, en su calidad de *Caíd*, impartía justicia y realizaba las reuniones con su Consejo.

El salón era amplio, con amplias ventanas lobuladas al estilo árabe y libre de telones, dejaban pasar la luz y un viento agradable que aliviaba los calores que ese año ya empezaban a manifestarse. A todos ellos se les unieron, los padres de Alí e Iben, que habían sido llamados por el *wali*, y lo primero que hicieron fue abrazar a sus hijos. Cuando les fueron presentados Nicolás y Roberto, realizaron una profunda inclinación de cabeza.

Por espacio de dos horas, Abdalá explicó cuántos sucesos y enseñanzas había vivido en Italia. A preguntas de Eleazar Galif sobre determinados temas médicos, se estableció una viva e interesante conversación, ante las protestas de los demás, que deseaban conocer otro tipo de pormenores. Hubo un momento, en el que en el relato de Abdalá apareció la figura de Nicolás, que a juicio de aquel, se trataba de un hombre sabio e inteligente, un hombre de su tiempo, y aunque en un primer momento no hizo alusión a su condición de monje, si lo hizo hacia el final del relato.

Cuando Nicolás fue presentado, contestó en árabe, lo que produjo la natural conmoción en todos, ante la sonrisa de Abdalá, que esperaba que se produjese aquel momento. Un criado se acercó al gobernador para comunicarle que la comida ya estaba preparada. Este, levantó la mano, para captar la atención de todos, e invitó a que todos pasaran a otro salón donde les sería servida la comida.

Una vez que hubo terminado el ágape y se consideraron satisfechos con las explicaciones de los estudiantes, dieron comienzo una serie de actuaciones de músicos y contorsionistas que por aquellos días visitaban

Barbastro procedentes de Al-Qasr, una población fortificada cercana a Barbastro. A continuación, un grupo de bailarinas, desarrollaron un gran número de danzas, acompañadas por los músicos que tocaban crótalos, laudes, rabeles y tambores de copa, cuya música, basada en un sistema musical diferente al que estaban acostumbrados Nicolás y Guillaume, les producía una sensación de extrañeza agradable al oír los lamentos que surgían de los instrumentos.

Al día siguiente, Nicolás como invitado de honor, fue llevado a conocer la medina de Barbastro y sus arrabales. Alí, Iben y Abdalá dirigieron el recorrido turístico. El primer destino al que fue llevado, fue al establecimiento de baños, al que eran muy aficionados los árabes, pues el aseo formaba parte de su esencia, costumbre que Nicolás deseó que estuviera arraigada entre los suyos, gente que se lavaba en contadas ocasiones. La siguiente visita fue al domicilio de Eleazar, el padre de Iben, situado en la Judería, en el interior de la *medina*, muy cerca de la *bab al-Waska* donde tenía su consulta. Tras los obligados saludos de ritual, conversaron sobre diferentes enfermedades y su remedio en las que no siempre coincidían.

La visita se produjo cuando Eleazar estaba atendiendo a un hombre que se había cortado con una azada de mano. La herida era profunda y el padre de Iben estaba preparando unas tiras de tela de algodón que empapaba con un líquido incoloro que se encontraba en una vasija. Cuando aplicó aquellas vendas a la herida, el hombre comenzó a proferir grandes gritos a la vez que se producía una reacción en la herida que producía unas burbujas. Nicolás se quedó asombrado por aquella visión. Cuando el hombre se calmó y Eleazar le vendó la mano y terminó de curarle, le despidió con la prohibición de tocar nada. Nicolás, le preguntó la razón de aquel tratamiento.

— Es muy conveniente Nicolás. Habrás visto que todos los demonios contenidos en su cuerpo han salido

con grandes gritos para su propio beneficio —dijo el físico, quien ante la estupefacta mirada de Nicolás, no pudo reprimir una carcajada.

— ¡No pongáis esa cara, *mesire*! Os acabo de gastar una broma —dijo.

— ¡Ah, me habías asustado! —dijo Nicolás, también sonriendo

— Este líquido incoloro que veis, es el espíritu del vino, y lo obtengo por un método que inventó Albucaste, un árabe, hace ya muchos años. Tengo observado, que una herida no tratada, a las pocas horas o días se llena de una sustancia putrefacta y espesa, hasta el punto, que en los casos más graves, y con más frecuencia de la que me gustaría, acaba con la vida del enfermo. Sin embargo, si se limpia la herida con regularidad con este líquido, las infecciones de la herida disminuyen casi en su totalidad. El enfermo grita como un poseso, pues al contacto con la carne interior de la herida escuece de mil demonios. A veces, tampoco se evita la infección. Lamentablemente desconozco las razones por las cuales esto no funciona siempre.

— ¿Tu conocías esta técnica, Abdalá? —pregunto Nicolás a su amigo, que también estaba presente.

— Sí. Eleazar hace ya mucho tiempo que la utiliza y ya me había hablado de su utilidad. —dijo

— Pues es muy interesante. Todas las heridas, incluso a veces las pequeñas, producen infecciones por las que en ocasiones, hay que llegar a amputar. Este tratamiento podría evitar muchas de ellas. ¿Y cómo obtenéis este líquido? ¿O acaso, es un secreto que os pasáis de padres a hijos? —pregunto cauto Nicolás.

— No somos tan egoístas, Nicolás. Te describiré el método de obtención para que tú lo hagas en tu lejana Normandía. Entre hombres de ciencia, es inmoral no compartir los descubrimientos. Dios nos puede castigar por nuestra mezquindad. El *Quram* dice "*Da la Sabiduría a quien quiere, y a quien se le da la Sabiduría se le ha hecho mucho bien. Pero no recapacitan sino los que saben reconocer lo esencial*". Por cierto, Nicolás, tengo

entendido por Abdalá, que habéis realizado unos magníficos dibujos sobre el cuerpo humano.

— Así es Maestro, —dijo Nicolás— y están a vuestra disposición, para que los estudiéis y me deis vuestra docta opinión.

— Pues, si os parece bien, esta tarde podríamos dedicarnos a esa labor. Realmente estoy ansioso por verlos. Tal es la extraordinaria impresión que Abdalá me ha transmitido sobre sus contenidos. Y ahora, permitidme que siga atendiendo a mis pacientes. Cuando terminéis vuestra ronda de visitas y vuestros amigos os hayan enseñado Barbastro y su Cora, tendré mucho placer en teneros a ti y a Abdalá a mi lado mientras atiendo a mis clientes. Es la mejor forma de aprender.

Eleazar alzó su mano hasta su cabeza, y dando por terminada la conversación se dirigió hacia una sala donde podían verse un buen número de personas. Los cuatro muchachos se encaminaron hacia la salida, para realizar la siguiente visita. En esta ocasión, se trataba de visitar a al-Halifa Zuhayr, un arquitecto de origen eslavo, que tenía treinta años de edad, quien se encontraba dirigiendo unas obras dentro de las murallas de la zuda. Pasaron por estrechas y empinadas calles, evitando tropezar con los niños que corrían alegres y de forma alocada y cruzándose con hombres y mujeres que se dirigían a sus labores, intercambiando interminables saludos cuando se detenían para saludar. Cada pocos pasos, Abdalá era detenido por alguien para saludarle, lo que hizo eterno el paseo hasta la obra donde esperaban encontrar a al-Halifa.

Este se encontraba sobre una plataforma, situada sobre un profundo y ancho pozo, dando órdenes a personas que se debían encontrar dentro del mismo. Cuando vio a Abdalá, dio un grito y se bajó rápidamente de la plataforma, saliendo al encuentro de los cuatro muchachos que venían por el camino. Tras unos efusivos y vibrantes abrazos, fue presentado Nicolás.

— Os saludo Nicolás. Ya he tenido noticias vuestras y ansiaba conoceros, porque tengo entendido que tenéis unos cuadernos en los que habéis plasmado cuanto os ha llamado la atención en todos los años que habéis estado fuera de vuestra tierra, Normandía. Y tengo entendido que son dignos de admirar. Máxime porque en ellos, se encuentran dibujos y comentarios sobre ingenios mecánicos, de los que soy un acérrimo enamorado debido a mi profesión —dijo apasionadamente.

Los demás escuchaban en silencio y cuando acabo su exposición y antes de que Nicolás replicara, interrumpieron el dialogo que se avecinaba entre ellos.

— Perfecto, pero eso será en otro momento. —dijo Iben— Te aseguro que te van a impresionar, como nos han impresionado a todos, pero ahora estamos haciendo un recorrido de nuestra ciudad para que la conozca, y vamos al torreón, para que pueda ver desde su altura la Cora de Barbastro, sus huertas y viñedos, y se haga una idea exacta de nuestro país.

— Bueno, bueno. Así se hará. Tan solo quería saludar a nuestro *sidi* Nicolás. En esta tierra, somos agradecidos y obsequiosos con nuestros invitados- respondió Zuhayr. Ahora estamos trabajando en este pozo, y tengo gente en el fondo que estará esperando mis indicaciones para seguir.

— ¿Qué estáis construyendo aquí? —pregunto Nicolás

— Como veis es un pozo que tiene ciento cincuenta palmos de profundidad. Detrás de esas murallas, hay un acantilado de ciento veinte palmos hasta el río. En este momento, calculo yo, que estaremos a veinticuatro palmos por debajo del lecho del río. Luego os explicare con toda clase de detalles el proyecto. — dijo, comenzando a subirse otra vez a la plataforma.

Los cuatro jóvenes, se dirigieron a la entrada del torreón que estaba vigilado por dos guardias, quienes les franquearon el paso a su interior. Subieron por las

escaleras en espiral y tras un buen rato, y con el corazón latiendo por el esfuerzo, llegaron al final de las mismas, accediendo a la almenada terraza superior del torreón por una puerta. Desde allí se contemplaba una enorme extensión de terreno. Además de la ciudad de Barbastro, tanto su parte protegida por las murallas como la exterior, las huertas y campos de viñedos y empeltres, podían verse unas serie de fortificaciones que rodeaban a Barbastro, formando un cinturón de alerta para posibles ataques enemigos. El viento les daba en la cara, refrescándoles de los ardientes rayos de sol que abrasaban desde el firmamento. Le nombraron todos los lugares de interés que se podían observar desde aquellas alturas. En especial un monte que, en dirección Waska, dominaba el horizonte más lejano. En su parte más alta, había edificado un castillo al que le prometieron ir al día siguiente.

Al día siguiente, la excursión se encaminó a la fortificación que le habían señalado el día anterior. Esta vez fueron a caballo. Pudieron comprobar que Nicolás también se defendía con una cabalgadura. Una vez allí, se dirigieron por un sendero medio oculto por la hierba, hacía una cueva que quedaba disimulada por un árbol que con su follaje cubría la totalidad de la entrada. Una vez situados frente al árbol-puerta, se adentraron en la cueva y desde allí, a través de las ramas, le mostraron la gran extensión de terreno que se divisaba con la ciudad de Barbastro al fondo.

— De niños, cuando teníamos algún problema, o nos sentíamos infelices, nos juntábamos en este lugar. Ocultos aquí, a la vista de esta maravilla, nuestras almas se sosegaban y se suavizaban nuestros dolores y penas. Este es un lugar de encuentro y amistad. Como ves, desde arriba no se puede ver esta entrada. Y desde abajo, el árbol la protege de miradas indiscretas. —le dijo Abdalá a Nicolás.

La excursión se completó con una visita a la ciudad y posteriormente a la Mezquita mayor o de los viernes,

donde dominaba el *minarete* que ya le llamó la atención cuando entro a Barbastro la primera vez. También existía una mezquita más pequeña, la *musalla al-Isha*, junto a la *bab al-Waska*.

Barbastro era una ciudad floreciente en todos los aspectos. Además de las instalaciones de baños, había cuatro molinos, un horno y un floreciente comercio en oro, especies y tejidos. Tal era su fama, que a sus mercados acudían desde lugares muy alejados como Waska o Lárida, o incluso, desde la misma *Saraqusta*. Tenía desarrollado un sistema de regadío que comprendía dos acequias que cruzaban la ciudad de norte a sur y de este a oeste.

Mientras, Guillaume, había hecho amistad con un *arif* de la guardia que estaba muy interesado en las maneras y formas de hacer la guerra de los normandos, pues había oído grandes gestas procedentes de las gentes del norte, como así denominaba a los que vivían al otro lado de los Pirineos. Parecía que se había juntado el hambre con las ganas de comer, pues ambos se interesaban por las mismas cuestiones y que no eran otras que conocer las armas y tácticas del otro. Los dos eran aproximadamente de la misma edad y congeniaron rápidamente. Guillaume era un hombre que sabía caer bien, y su simpatía natural también hizo mella entre los *radjules* de Barbastro, a pesar de que sus culturas y valores estaban separados por una inmensidad. Por ello, su estancia en Barbastro, se iba desarrollando tal cual la había previsto. Observaba todo cuanto le parecía interesante con el fin de transmitirlo posteriormente a Crespín. En la explanada que había frente al Torreón, observo unas puertas de hierro en el suelo, lo que le llamó poderosamente la atención. Cuando le pregunto a Ahmed, el capitán, sobre aquellas puertas, lo hizo graciosamente.

— Esas puertas, ¿acaso conducen al infierno? — preguntó con una sonrisa.

— No. Hay tenemos enterrados unos silos, donde almacenamos el trigo y el aceite y otros productos. Como

veis, hay guardias que las vigilan, por si a alguien se le ocurre tomar prestado algo de lo que hay encerrado —le respondió con una sonrisa.

Normalmente Guillaume comía con la tropa. A pesar de que Nicolás le había invitado a acompañarle, aquel había notado, que él era considerado como un siervo a las órdenes de Nicolás, y que según su estricta costumbre, no era correcto que se sentara a la misma mesa que su señor, cosa que aceptaban en atención a Nicolás quien no se había percatado de este detalle. Por eso rechazaba siempre la invitación, en la creencia de que además, eso le permitiría realizar mejor la misión que tenía encomendada.

— Te lo agradezco Nicolás. Pero me siento más a gusto con gente con la que puedo hablar de temas que van más con mi actividad —le decía para tranquilizar su preocupación, aparte de que era verdad cuanto decía— Vosotros habláis de ciencia y enfermedades, cosas que como sabes, me aburren sobremanera. Lo mío son las armas y las acciones de guerra. Aprovechad todo lo que podáis los conocimientos que verdaderamente posee esta gente. Hasta yo me doy cuenta.

Con tales razones, Nicolás se quedaba más tranquilo. Le apenaba que Guillaume pudiera sentirse molesto por no participar en los agasajos de los anfitriones. Llevaba idea de aprovechar su estancia en Barbastro al máximo, puesto que con su primo habían acordado estar en Aragnouet para mediados de Agosto, pues quería emprender regreso a su Normandía querida con buen tiempo, y porque empezaba a sentir, cada vez con mayor intensidad, la nostalgia de su vida anterior, que recordaba con idílico cariño.

Durante el tiempo que estuvo en Barbastro aprovechó cuanto pudo las enseñanzas que tanto Eleazar como Ibrahim ibn Isa Hamati, en animadas y vehementes conversaciones y debates le proporcionaron. Cuando

mostró sus célebres cuadernos, causaron una admiración profunda en quienes pudieron verlos. Nicolás, preguntó si habría alguien en la ciudad, que fuera hábil con el dibujo, por si querían hacer algunas copias de los dibujos, propuesta aceptada efusivamente por Eleazar y Zuhayr, quienes hicieron llamar a un amanuense al que le encargaron copias de unos determinados dibujos y notas al margen.

La estima y el reconocimiento que recibió Nicolás de aquellas gentes fueron enormes y así se lo hicieron saber, otorgándole su confianza plena. El arquitecto, Zuhayr, le comentó los proyectos que estaba llevando a cabo en la ciudad. Le comentó que el pozo sobre el que se encontraba cuando le visitaron, tenía como misión proporcionar agua a la ciudad, subiéndola con un ingenioso sistema de su invención desde el río hasta el interior de la fortaleza. La construcción era muy compleja, pues habían horadado cinco metros por debajo del lecho del río, y luego construido un túnel hasta el centro del mismo, donde construirían unas bóvedas que sostuvieran el peso de la tierra que tenían encima, construyendo una toma de agua del río desde el lecho, la cual se precipitaba hacia el fondo del túnel, produciendo fuerza suficiente para mover unas enormes ruedas que se habían colocado allí, que permitían subir el agua hacia la superficie y abastecer de esta forma, las necesidades de agua de la ciudad. Le mostró también el sistema de acequias que había desarrollado y que se encontraba extramuros y que permitía el riego de las huertas. Un detallado y rectilíneo sistema de canales, distribuía el agua entre las diferentes parcelas, lo que permitía una producción de verduras muy considerable, con la que abastecer a la ciudad y las de los alrededores.

Por fin llegó el día señalado para partir hacia Rouen. La noche anterior fue de insomnio para Nicolás, pues le apenaba grandemente dejar Barbastro, un remanso de paz, y donde tantos y tan felices días le había

deparado. Además, intuía que sus días de felicidad inconsciente habían terminado, y lo que venía a partir de aquel momento, era una vida de adulto, con todo lo que ello representaba. Sentía que dejaba atrás la época más feliz de su vida y temía que lo que el futuro le tenía preparado, no le proporcionara la felicidad que su corazón ansiaba. Sus anfitriones le colmaron de regalos, incluido el caballo que iba a montar de regreso a casa. Con lágrimas y lloros fue despedido por sus amigos.

La noche anterior, el *walí* ofreció una fiesta de despedida a Nicolás. Todos mostraron sus deseos de que el futuro, le fuera favorable.

— Espero Nicolás que guardes un recuerdo agradable de nuestro pueblo. Como ves, no somos intolerantes y admiramos la inteligencia y el saber, allá donde se manifiesta, sin ningún tipo de cortapisa. Yo he aprendido de ti a considerar que no todos los cristianos son iguales. Al igual que entre los míos, entre los vuestros tenéis gentes sabias y necios. Mientras los primeros puedan ejercer su mando, el mundo irá bien. Pero mucho me temo Nicolás, que vienen años complicados para todos, para vosotros y para nosotros. Espero que esta amistad, nos ponga a ambos a salvo de la ira y del odio entre razas y religiones.

Las palabras de Abdalá, habían producido un silencio profundo en la sala. Nicolás sintió como un nudo se formaba en su garganta. También presentía que los tiempos que estaban por venir, cambiarían al mundo y a los que en él vivieran. Se abrazó a su amigo y no pudo evitar que unas lágrimas afloraran a sus ojos, ante el silencio y emoción de los presentes. Cuando la fiesta terminó, la tristeza acompañaba al normando.

Al día siguiente, emprendieron el camino de regreso, portando un número mayor de paquetes de los que habían traído. El *wali* de Barbastro, les adjudicó una escolta de diez hombres, vestidos al modo cristiano,

quienes les acompañarían hasta Bielsa, y desde allí, ya solos hasta Aragnouet, pasados los Pirineos, donde si todo había ido bien, y según lo convenido con su primo, se juntarían con los hombres de su primo Guillermo, para acompañarlos hasta Rouen. Los caminos presentaban peligros indefinidos.

Capítulo XXVI.
Rouen, Normandía 1046

Nicolás fue recibido con todos los honores por su primo Guillermo, Duque de Normandía, quien le dispensó un caluroso recibimiento, junto con toda su corte. Posteriormente, los dos primos se recluyeron en las estancias privadas del Duque y estuvieron hablando durante un día. Los criados les iban suministrando comida y bebida conforme les era requerida. Durante todo ese tiempo, Nicolás le mostró a su primo todas sus anotaciones y cuadernos, contándole todas sus experiencias, especialmente las vividas en Barbastro. En este punto de la narración, Guillermo puso un especial interés, admirándose constantemente de lo que le relataba su primo. Recíprocamente, Guillermo informó a Nicolás sobre sus proyectos, algunos en avanzado estado de ejecución, lo que le causó gran admiración por la magnífica disposición de su primo para ejercer el gobierno. Cuando salieron de la habitación en la que habían estado encerrados, lo hicieron riendo y cogidos del hombro.

Al día siguiente, Guillermo reunió al Consejo Ducal, para que fuese Nicolás quien les contase lo que el día anterior le había contado a él. Tenía interés de que algunas de las cosas que narraba su primo, fueran escuchadas por ellos, principalmente sobre el uso del agua, su canalización y su distribución entre los diferentes campos, para mejorar las producciones de productos. De vez en cuando, Guillermo le requería para que ampliara aún más detalladamente algunas cuestiones que él consideraba importantes. Por la tarde del segundo día, y acompañado de su primo, se dirigieron a cercana la Abadía de Monte

Saint-Ouen, de la que era Abad en funciones, Hugo de Herfast, para rendir visita a sus monjes.

En el camino a la Abadía, se incorporaron numerosas personas que se situaban a ambos lados, acompañando al séquito del Duque en su paseo hasta la Abadía. Por delante, unos soldados iban apartando a los curiosos que se acercaban demasiado.

A la puerta de la Abadía aguardaban el abad en funciones, el ecónomo Ricardo y fray Jacques. El resto se encontraba en el interior, a la espera de que los visitantes pasasen al interior de la nave central. Cuando finalmente llegaron hasta ellos, los monjes hicieron una ligera inclinación de cabeza al Duque, quien cogiendo a Nicolás, lo empujó suavemente delante de él, pues entendía que a quien querían ver los monjes era a Nicolás y no a él.

Nicolás, con lágrimas en los ojos, abrazó a los dos monjes que habían salido a recibirlo. El resto, que estaban dentro, cuando sintieron que Nicolás había llegado ante la puerta, tampoco esperaron a que entrara sino que salieron a recibirlo cuando puso un pie dentro de la iglesia. Guillermo se mantenía un poco apartado, esperando a que diera fin el recibimiento ofrecido por los monjes a Nicolás.

-Perdonad Duque-dijo al abad, con lágrimas en los ojos.

-Estáis dispensado. Todos teníamos ganas de tener de regreso a Nicolás-le respondió.

El abad hizo un gesto con la mano, invitando al Duque a pasar al interior donde celebrarían un *Deo gratias* por el feliz regreso de Nicolás, sano y salvo. Entraron todos en la iglesia de la Abadía, procediéndose a realizar el rezo secundado por toda la comunidad.

Tras el *Deo gratias*, pasaron desde el interior de la iglesia al refectorio de la abadía, donde tomaron asiento, produciéndose un animado y largo coloquio, a la vez que

degustaban unos bollos y tortas confeccionados por el cocinero. Todos tenían ganas de preguntar y Nicolás de contestar. Hasta el Duque participó activamente en ello. Tras dos horas de fluido diálogo, dieron por terminada la recepción y se determinó la fecha en la que Nicolás recibiría las Ordenes Sagradas y tomaría el abadiato de Saint-Ouen.

Fray Jacques estaba ansioso por hacer un aparte con Nicolás y poder así conversar largamente sobre sus conocimientos médicos y sobre todo, preguntarle por los cuadernos que había hecho durante los cinco años. Estos habían sido traídos en dos carros que transportaron un gran número de paquetes cuidadosamente envueltos, donde se guardaban sus libros, cuadernos y utensilios traídos de Salerno. De todo ello se hizo cargo fray Jacques, rogándole que le permitiera ir deshaciendo los paquetes y posar sus ojos sobre sus contenidos. Naturalmente, Nicolás accedió gustoso a su petición, haciéndolo inmensamente feliz.

El Duque y Nicolás emprendieron el regreso al palacio ducal satisfechos por el recibimiento dispensado. Tras unos días en el palacio, por expreso deseo de su primo el duque, se trasladaría definitivamente a Saint-Ouen, donde ya se le estaban preparando sus aposentos, hasta que llegase el momento de tomar posesión del abadiato.

Al día siguiente, Nicolás emprendió el camino de Fecamp, acompañado de una pequeña escolta. Tenía ganas de volver a ver a todos los monjes de la Abadía, en especial al Abad, Gerard de Mortain. Tras unas horas de viaje, el torreado contorno de la Abadía se mostró ante sus ojos. Por delante, le esperaban unas horas de camino hasta Fecamp, donde ya le esperaban ansiosamente los monjes del monasterio, especialmente, el Abad Gerard, fray Rodolfus y fray Bernardo.

Ese mismo día, Guillermo había reunido urgentemente a su Consejo en su castillo de Rouen, para tratar con ellos sobre un grave asunto que afectaba al ducado. Habían llegado noticias preocupantes sobre la actividad que ciertos barones del oeste del ducado, Rainulf de Briquessart, vizconde de Bayeux, Néel II de Saint-Sauveur, vizconde Saint-Sauveur, Hamon el Dentudo, barón de Thorigny, Grimoult de Plesis y Raoul Tesson de Cinglais, estaban organizando un ejército contra él. La situación era lo suficientemente grave como para empezar a tomar medidas.

El encuentro en Fecamp, al igual que en Saint-Ouen, fue de lo más emotivo. Todos estaban preparados para recibir a Nicolás, hasta el punto de que fray Eudaldo, el cocinero, se había empeñado en hacer una comida especial para agasajar al hermano pródigo, como llamaban entre ellos a Nicolás por su larga tardanza en regresar. Dado lo restrictivo que de natural era fray Eudaldo, al proponer semejante dispendio le hizo comprender al abad Gerard, el inmenso cariño que todos profesaban al oblato, y no tuvo argumentos ni ganas para desautorizar el gasto. Hacía ya algún tiempo que eran conocedores de la noticia de la inesperada muerte del Abad de Saint-Ouen, Hugo de Herfast, y el posterior nombramiento de Nicolás como Abad, lo que trajo como consecuencia que abandonara Fecamp. Durante un tiempo, mantuvieron la secreta esperanza de que Nicolás rechazara lo que por otro lado se conocía hacía ya muchos años: su ascenso al cargo de Abad de Saint-Ouen. Pero pasado algún tiempo llegaron las noticias en el sentido de que Nicolás aceptaba su destino como abad, lo que produjo un cierto desencanto.

Cuando por fin Nicolás golpeó las aldabas de la puerta de la Abadía, el orden y silencio natural que presidía el monasterio, se esfumó como por ensalmo. Todos querían abrazarlo y preguntarle mil cosas sobre mil temas diferentes. El Abad Gerard, alzó su potente voz entre la algarabía de risas y llantos, y por un momento, el

silencio se volvió a hacer patente esperando las palabras del abad.

-¡Hermanos, hermanos! recuperemos la cordura. Esto parece un mercado más que un monasterio. Todos nos alegramos del regreso de nuestro joven Galeno, pero eso no debe hacernos olvidar la compostura y la templanza, tal y como nos pide nuestra condición de monjes. Así es que ahora, con el regocijo en el corazón y la paz en nuestras almas y el silencio en nuestros labios, nos dirigiremos primero a la iglesia, donde rezaremos un *Deo gratias* y posteriormente al refectorio, para dar cuenta de una comida de bienvenida con la que nos ha querido obsequiar fray Eudaldo, con motivo de tan fausto suceso como es el de la llegada de Nicolás a nuestro cenobio. Luego será llegado el momento de que Nicolás nos relate todo lo que ha visto y sentido en todos estos años de ausencia.

Así pues, todos en silencio y con las manos pegadas junto al pecho en postura de rezo, se dirigieron en fila hacia la iglesia. Nicolás, hizo lo propio y en aquel momento cayó en la cuenta de que todavía no se había cambiado de ropas. Le comentó el hecho al abad, y este complacido, le permitió dirigirse a sus antiguas habitaciones para realizar el cambio de ropajes. Ellos le estarían esperando en la iglesia en recogido silencio y actitud oratoria.

Tras el rezo, se dirigieron al refectorio. Después de la comida, Nicolás les dio, en primer lugar, la noticia de que en quince días, recibiría las Órdenes sagradas en Rouen, y tomaría el cargo de Abad. Luego, comenzó su narración de lo vivido en sus últimos cinco años, con la atención de todos prendida de sus labios.

En septiembre, y de forma solemne, el Obispo de Evreux, Guillermo Flaitel, imponía a Nicolás las ordenes sacerdotales, en la Catedral de Nuestra Señora de Rouen, ante el Duque Guillermo, acompañado de toda su corte, la

comunidad al completo de Saint-Ouen, el Abad de Fecamp, acompañado por Rodolfus Glaber y Fray Bernardo de Coutances, además de numerosos vecinos de Rouen, que acudieron, asombrados ante tanta presencia de nobles y señores que lucían brillantes y costosos trajes y utilizaban lujosos carruajes. Acto seguido, tomaba posesión del Abadiato de Saint-Ouen, ante la presencia de Ricardo, quien se veía finalmente liberado de las tareas y responsabilidades anejas a un Abad.

Un mes más tarde, Guillermo II, junto con su Senescal FitzOsbern y su Consejo privado, acompañados de una pequeña tropa de cuarenta soldados, partía hacia Caen en su primera visita por tierras pertenecientes al ducado desde que fuera nombrado duque.

Caen, era una importante ciudad que a él particularmente le agradaba mucho y porque estaba mucho más cerca del mar y mejor comunicada que Rouen, lo que permitía que en su término se desarrollara una intensa vida comercial en la que confluían muchas gentes de muy diversas procedencias para comprar y vender, lo que le daba una actividad muy superior a la habida en Rouen. Ya tenía decidido mandar construir un castillo con foso sobre una colina rocosa desde la que se divisaba una gran extensión de terreno. Y también estaba decidido a trasladar a esa ciudad la capital del ducado.

Tras el recibimiento que le dispensó el pueblo, y tras recibir el reconocimiento popular en la Casa de Juntas, se dirigió directamente al lugar que había elegido para erigir su castillo acompañado por su séquito. Una vez allí, se convenció definitivamente de que aquel era el lugar donde debía construirse el castillo. El Vizconde de Caen, Arnaldo de Bayeux, recibió la orden de comenzar los preparativos para la construcción. Este se deshizo en elogios sobre la gran capacidad de gobierno que demostraba el joven duque, a la vez que empezaba a calcular sus beneficios, tanto económicos como en

influencia, si realizaba el trabajo a gusto del *Dux*. Tras ser ampliamente informado, y respondidas sus preguntas, fue agasajado en la Casa del Vizconde. A primeras horas de la tarde, abandonaba Caen rumbo a Rouen.

El camino por el que transitaba la comitiva iniciaba un trecho empinado y peligroso, delimitado un lado por la ladera empinada de un monte y por el otro, a la derecha un desnivel de varias varas y aunque el paso era lo suficientemente amplio para pasar una o dos carretas, había que hacerlo con sumo cuidado para no despeñarse en un descuido.

De pronto, una piedra cayó por delante de los tres hombres que iban abriendo la comitiva y pasados unos instantes, le siguieron otras más. Instintivamente el soldado que encabezaba el grupo levantó su cabeza, y aunque fue como una ráfaga, pudo ver como algo o alguien se ocultaba en lo alto. Fue una sombra vista y no vista. Sin inmutarse, siguió su paso unos metros más adelante. Luego paró su montura, y tomando una pata trasera de su caballo, observó el casco del animal, haciendo como que intentaba quitar alguna piedrecilla de su pata. Los otros dos hombres siguieron su camino. Mientras manipulaba en la pata del caballo, dio tiempo a que los que venían detrás llegasen a su altura.

— ¿Que le ocurre al caballo? —pregunto el oficial.

— Disimulad señor. No le pasa nada, pero he visto a alguien arriba, en la montaña. Se ocultó cuando levanté la vista. —dijo el soldado quien en todo momento se dedicó a escarbar en la pata del animal.

El oficial, levantó con disimulo la vista, y en efecto, le pareció observar algo en la cima que no pudo precisar. Sin inmutarse, volvió sobre la grupa del caballo, y tranquilamente se acercó dónde estaba el duque y su Senescal. Este, que por casualidad había visto la acción desde que el soldado se había bajado de su caballo, intuyó

que algo pasaba. Adelantó unos pasos a su caballo en dirección al oficial que venía.

— ¿Ocurre algo, Bertrand? —le pregunto, mirando al horizonte.

— Tal vez, *mesire*. Uno de los soldados de vanguardia me ha comunicado que le ha parecido ver, como algo o alguien se ocultaba entre las peñas, allá arriba. Y eso me ha parecido a mí también. Pero no puedo precisar de qué se trata.

— Pues si no se trata de algún animal, eso solo puede significar una cosa: Emboscada. Avisad discretamente a los hombres. Yo informaré al Duque.

— Decidme, mi buen Senescal, ¿qué ocurre? — pregunto Guillermo que también había observado intrigado la conversación del Senescal con el oficial.

— Señor, creo que tenemos preparada una emboscada, un poco más adelante. Al parecer, uno de los hombres de cabeza ha observado movimientos sospechosos por encima de nosotros. Tal vez, solo haya sido algún animal, pero por si acaso vamos a estar prevenidos.

El Senescal, comenzó a otear las alturas. No había grandes peñas para arrojarlas con las que cerrar el camino. El lugar podía parecer ideal para una emboscada, pensó. Sin embargo, si su posición no era buena, tampoco los emboscados podrían hacerles mucho daño ya que con sus arcos podrían sorprender en el primer momento, pero luego el terreno les proporcionaba un eficiente abrigo para ponerse a salvo de las saetas. Si alguien quería atacarles con éxito, tampoco lo podrían hacer en el camino, pues tendrían el mismo riesgo que ellos. Dedujo que la emboscada estaría preparada más adelante, y lo que habían observado serían los ojeadores que los vigilaban. Eso les podía dar una idea sobre la proximidad del lugar donde sería efectiva la emboscada.

Ordenó a cuatro de sus hombres que se fueran descolgando lentamente del grupo y que una vez que

estuvieran a unas cien varas de distancia, todos menos uno, que se haría cargo de los caballos, ascendieran la montaña y trataran de descubrir la presencia de gentes agazapadas o en espera de ataque o cualquier movimiento de hombres, animales o tropa desde las alturas. El resto de la mesnada fue alertada con discreción. Recibieron la orden de estar atentos a posibles movimientos en las alturas aparentando tranquilidad y que fuesen de uno en uno, con el fin de ir alargando la hilera de hombres que ascendía por el camino y en caso de ataque defenderse mejor.

— Contamos con la ventaja de que ellos desconocen que sabemos que hay una emboscada preparada. Tal vez eso nos proporcione una ventaja suficiente para salir airosos. —le dijo al Duque, quien había llegado a las mismas conclusiones que el Senescal FitzOsbern.

— Así es. He mandado a cinco hombres a relevar a los que van por delante con instrucciones de que vayan estudiando el terreno que tenemos por delante, y que avisen discretamente cuando encuentren algún lugar en el que les parezca posible la emboscada. —dijo

— Bien hecho, Duque. Ahora si me lo permitís, os pediría que os retrasaseis un poco y os colocaseis con vuestro caballo entre dos filas de soldados —dijo el Senescal.

— ¡Por Dios que no pienso hacer tal cosa! Hemos de aparentar absoluto desconocimiento. Si vieran que me pongo a salvo, sabrían de inmediato que conocemos o sospechamos su celada. Simplemente estemos atentos y con la mano cerca de la empuñadura de la espada, para defender con uñas y dientes nuestras vidas.-terminó.

El Senescal lleno de aire sus pulmones y sintió una gran satisfacción ante la gallarda reacción y presencia de ánimo de aquel muchacho de apenas 23 años, que encaraba la vida de frente y con firmeza. Un soldado trajo la información que estaban esperando. Una, que confirmaba la presencia de unos treinta hombres armados con arcos y unos veinte montados a caballo, ocultos y

distribuidos entre los árboles que rodeaban la explanada, y otra, que el camino desembocaba, tras un giro a la izquierda, en una explanada rodeada de una alameda rodeada por arbolado. Ya sabían pues donde sería la emboscada. La comitiva del Duque, debido a que venían en hilera de uno y a menor velocidad, se fue alargando, de forma que los hombres que formaban la vanguardia, asomaron en la pradera, cuando el resto de fuerzas estaba todavía a bastante distancia. Con cuenta gotas, fueron entrado en la pradera los hombres del duque observados por los ocultos emboscados, que aguardaban a que estuvieran en la pradera todos los hombres del duque, con la consiguiente ansiedad y tensa espera.

— ¿Cómo tardan tanto? —preguntó Guy de Bourgogne a Roger, vizconde de Cotentin.

— ¿Y cómo demonios lo voy a saber? Es lo que ocurre cuando los caminos se empinan, que las formaciones se alargan, porque se suben a diferentes ritmos. —respondió Roger.

— ¿Están los hombres avisados y preparados? — pregunto de nuevo Guy.

— Sí. Deben esperar a que el grupo esté en el centro de la pradera. En ese momento los arqueros procederán a diezmar a los hombres del Duque. Luego los caballeros harán el resto, es decir, eliminarán al propio Duque y a su Senescal.

— Por cierto, ¿dónde queda Gilberto, que no lo he visto? —preguntó.

— Con sus caballeros. Quiere ser el primero en dar alcance al Duque y darle muerte. Vive obsesionado con ello.

— Pues que tenga cuidado, no vaya a ser al revés. Mi primo es hábil con las armas y bastante más inteligente que todos nosotros. —dijo Guy.

Entre tanto, los hombres del Duque iban haciendo su entrada en la pradera de forma muy escalonada ante la ansiosa y atenta mirada de sus acechadores. Guillermo acababa de hacer su entrada en la pradera acompañado de

su Senescal. De pronto, un gran griterío se oyó por detrás de las fuerzas de los emboscados. Guy, miró a Roger, preguntándole con la mirada la razón de tal griterío. Roger le contestó con un encogimiento de hombros. Tampoco el conocía la respuesta.

El Senescal Osbern, había ordenado a veinte de sus caballeros abandonar el camino justo cuando se entraba en la alameda, con el propósito de coger a sus enemigos por detrás cuando menos se lo esperaban. Y así fue. Sus cazadores estaban tan absortos esperando que sus víctimas aparecieran en la pradera, que lo último que esperaban era que estos se les presentasen por la espalda. Los cazadores habían sido cazados.

La escaramuza no duró mucho. Los caballeros que pudieron, se escabulleron a lomos de sus cabalgaduras a galope tendido, poniendo tierra entre ellos y sus atacantes. Los arqueros, ni siquiera sacaron sus arcos. Se rindieron sin presentar resistencia alguna. Todos fueron prisioneros. El recuento de víctimas de tan breve enfrentamiento fue de tres caballeros muertos y dos heridos. Entre los muertos estaba Gilberto, vizconde de Bessin. Roger, vizconde de Cotentin y Guy de Bourgogne, habían logrado escapar. Los heridos, eran los señores de Bayeux y de Valognes.

Guillermo, sintió un gran dolor al enterarse que su propio primo, Guy, era el jefe de aquellos emboscados. Poco más dio de sí el breve enfrentamiento. Los hombres apresados, una vez llegados a Rouen, fueron puestos en libertad por orden expresa del Duque. Quería mostrarse magnánimo y compasivo a la vez que invitaba a recapacitar a sus enemigos. Cuando llegara el momento, si es que se veía abocado a ello, su respuesta seria tan dura que ya no les quedaría la menor posibilidad de volver a atacarle. Sin embargo, había comprendido la realidad de la situación en la que se encontraba inmerso. Si aquellos barones, descontentos con su nombramiento como Duque de Normandía, habían querido asesinarlo creyendo que la

misión era sencilla, a la vista de las fuerzas utilizadas, no sería lo mismo la próxima vez, con todos los Barones del Oeste aliados.

Los heridos, uno de ellos muy grave, fueron trasladados al hospital del Saint-Ouen, donde fueron atendidos por fray Jacques.

En noviembre, Guillermo se encontraba pasando unos días en Valognes visitando la zona. Una noche, fue despertado por Eudo, un hijo de Humbert de Ryes, quien le instó a partir sin demora. Al parecer, un grupo de rebeldes dirigidos por los Barones de Contentin y Bessin estaban preparando una emboscada para asesinarlo. Montaron en sus caballos a toda prisa tomando la dirección de Falaise. Cruzaron el estuario formado por el río Ouse y el Dive, en marea baja, y pasando a salvo al otro lado, en el distrito de Bayeux. Cuando ya salía el sol, llegaron la iglesia y al castillo de Ryes, donde se encontraba, esperándoles, Humberto de Ryes frente al castillo. Mientras Eudo, se dedicó a engañar a sus perseguidores, Humberto, le dio un caballo de refresco, ordenó a sus tres hijos, Ralph, Humbert y Adán, que lo acompañaran hasta que llegaran de forma segura a su castillo de Falaise. Los hijos cumplieron fielmente la orden de su padre. Pasado algún tiempo, y como premio, Guillermo nombro Senescal a Humberto de Ríes y a su hijo Eudo, *Dapifer* del Rey, y *Sheriff* de Essex, cuando lo acompaño a Inglaterra.

Ante esta situación Guillermo recurrió a la ayuda de su soberano, Enrique de Francia, quien le recibió en sus tierras siendo recibido favorablemente. Durante su estancia, gozando de la protección del rey francés, dio forma a sus planes futuros para retomar, de una vez por todas, su ducado.

<<<O>>>

Al día siguiente de su llegada a Rouen, Guillaume de Montreuil inició el camino de Coutances, donde tenía su familia la residencia de verano con el fin de visitar a sus padres, hermanos y amigos y descansar durante unos cortos días del ajetreo del viaje. Estaba ilusionado con la relación que había establecido en Italia con Roberto Crespín y pensaba que el destino había puesto a ese hombre en su camino. Quería creer que a su lado, la vida le ofrecería ocasiones suficientes como para volver rico a Normandía, tener un prestigio ganado y ocupar un cargo importante en cualquiera de los numerosos estados que había en la península itálica.

A primeros de noviembre, Guillaume inicio el camino de regreso a Italia para reencontrarse con Crespín. Desconocía, sin embargo, que los acontecimientos sucedidos durante su ausencia habían cambiado los proyectos de éste: Crespín no se encontraba en la Apulia, habiendo emprendido viaje a Éfeso, al frente de un grupo de hombres que había reclutado.

La gran inestabilidad existente en la península itálica, hacía que las situaciones particulares de los diversos notables que gobernaban o aspiraban a gobernar sus terruños, cambiaran a cada momento. Era como un tablero de ajedrez en el que el movimiento de una pieza, alteraba la situación de las demás en el tablero de estrategias. Drogo de Hauteville había entrado en Apulia derrotando al *catapan* Eustaquio Palatino, cerca de Tarento. Su hermano Hunfredo mientras tanto, había forzado a los ciudadanos de Bari a aceptar un tratado con los normandos. Roberto de Hauteville se incorporó a las tropas normandas, bajo el mando directo de su hermano Drogo, quien lo nombró su alférez de campaña, interviniendo en acciones de guerra generalmente contra los bizantinos establecidos en la zona. Su fama como estratega y valentía, comenzó a crecer como la espuma entre sus hombres, quienes empezaron a llamarlo Roberto Guiscardo.

A principios del año siguiente, Guaimario IV de Salerno, que había apoyado a Drogo en la sucesión de su hermano Guillermo Brazo de Hierro (consolidando así la dinastía normanda en el sur) casó a Drogo con su hermana Gaitelgrima. Más tarde, el emperador Enrique III confirmó al Condado de Aversa como territorio bajo vasallaje directo del emperador, garantizando a Drogo de Hauteville el título "*Dux et Magister Italiae Comesque Normannorum totius Apuliae et Calabriae*" (duque y señor de Italia y conde de los normandos de toda Apulia y Calabria), el primer título que un normando obtenía en Italia. El emperador Enrique, casado con Agnes de Poitou, maltratada por los beneventinos, autorizó a los normandos la conquista de Benevento en nombre del emperador, a la que sitiaron completamente.

Tal era la situación reinante en Italia a la que Guillaume de Montreuil se dirigía en busca de lo que él creía su destino, un brillante destino.

Capítulo XXVII.
Trelissac, Aquitania, 1.046

A sus veintiséis años, Gastón comandaba una compañía de jinetes y era hombre de confianza del Conde de Trelissac y del propio Duque de Aquitania, quien con motivo de su próximo enlace con Agnes de Trelissac y a modo de regalo, le otorgó la baronía de Basillac, en pago a sus numerosos servicios y la fidelidad que le demostraba en cada momento. El nombramiento fue acogido con satisfacción por todos los que conocían al muchacho, y especialmente, de los hombres que tenía bajo su mando. Naturalmente, todos salvo Guy, quién no dudo en proferir con voz en grito, palabras injuriosas delante de los presentes en el momento de enterarse de la noticia, palabras que fueron oídas por todos sin mudar ni mover un solo músculo de su cara ante las duras palabras de Guy, manifestando con ello, su contraria opinión a lo manifestado por el hijo del Conde. Gastón tenía un gran prestigio entre las mesnadas y las palabras de Guy, les ofendían por injustas, y todos ellos eran sabedores que las mismas eran producto de una exacerbada envidia hacia el escudero. El silencio de cuantos le rodeaban que siguió a sus improperios, alteró todavía más al disparatado Guy, al sentirse desautorizado por los allí presentes. La entrada de Arnoul, el maestro de armas, y su posterior mirada a Guy, llena de reproches y de enfado, dio por terminado el incidente. El hijo del Conde de Trelissac, salió de la estancia con el rostro encendido de ira y con mirada desafiante.

El título de la baronía, otorgaba el derecho a Gastón a denominarse como Gastón I de Basillac, y comprendía además, una extensión de terreno que comprendía el

pueblo de Basillac y una serie de aldeas, junto a campos de labranza y un frondoso bosque.

Guillermo VII de Aquitania, señor natural del Conde de Trelissac, continuaba en su lucha personal de defender y extender sus territorios, obtenidos a base de lucha y tesón, contra su padrastro Godofredo II de Anjou, más conocido por Godofredo Martel, quien se había negado a reconocerle sus victorias por lo que se vio en la obligación de seguir peleando para reconquistar lo que creía le correspondía por derecho de herencia y actos de armas. Así pues, Gastón, siempre acompañando al Conde de Trelissac, participaba en numerosas batallas y escaramuzas, donde fue brillando y puesta de manifiesto su auténtica valía, que le valió el reconocimiento general, incluido el del propio duque de Aquitania.

Evidentemente, el odio que Guy de Trelissac sentía por el de Basillac crecía a cada acción exitosa de éste, o cualquier halago o recompensa que se le otorgaba. No pasaba instante en el que no estuviera planificando un acto de venganza, y solo esperaba que el momento propicio se presentase ante él para ejecutarlo. Su alma y su carácter se iban envenenando profundamente.

A mediados de Agosto, Gastón y Agnes, la hija del Maestro de Armas Arnoul, contraían matrimonio en el castillo del Conde de Trelissac, por expreso deseo de éste. La ceremonia religiosa fue oficiada por el capellán de la capilla del castillo a la que asistió un gran número de invitados, entre los que se encontraba el Duque de Aquitania.

Los padres de Gastón al verse rodeados de tantas personas de alcurnia, se sentían ajenos a aquel mundo de señores y desplazados socialmente. Esteban, su padre, contaba con una gran fama en toda Aquitania y en el Languedoc por su actividad como *albeítar* o veterinario. Desde que el Conde de Trelissac lo nombró como el

albeítar de su casa, la fama de sus tratamientos se había extendido por todo el lugar. Se alegraban de que a su hijo las cosas le fueran tan bien, pero ellos preferían mantenerse al margen de aquel ambiente que les sofocaba y se les hacía insufrible.

El Conde de Trelissac, asistía a la fiesta acompañado de su esposa, Lorena de Foix y de su hijo Guy, ante la sorpresa de su padre, quien pensaba que no querría asistir a la misma dado el odio que parecía sentir por Gastón. Aquello, le puso en guardia, y pensó que tal vez Guy tramara alguna acción contra Gastón. En previsión de ello, ordenó a su Senescal Gerbege, que no perdiera de vista a Guy, por si intentaba forzar alguna situación violenta y fuera de lugar.

Todo fue discurriendo con normalidad, y tras la ceremonia, se habían dispuesto en la amplia campa frente al castillo, una serie de mesas para que los presentes las utilizaran para comer los platos de carne, verduras y otros guisos que unos servidores llevaban desde los asadores hasta las mesas. Otros se encargaban de escanciar el vino en las copas y mantenerlas llenas. La alegría inundaba el momento y el lugar.

De pronto, Guy se levantó y reclamó la atención de todos. Su padre se alarmó y miró a su senescal.

— Levanto mi copa por la felicidad de Gastón y Agnes —dijo con una falsa sonrisa, que a nadie engañó.

Todos levantaron la copa y bebieron a la salud de los recién casados. Luego, Guy, siguió con el uso de la palabra.

— Quiero proponer ahora, que todos los caballeros, divirtamos a nuestras damas con un torneo de destreza de armas y caballo.

«Así que se trataba de eso», pensó el Senescal. Un gran número de voces masculinas, aplaudieron la

sugerencia, animándose mutuamente a realizar la exhibición. Guy reía y animaba, pero sin perder de vista la expresión de Gastón, entre seria y desconcertada. Observó que Gerbege de Mortagne se acercaba a Gastón y le hablaba casi al oído, pues el griterío era importante.

— Un favor y un ruego quiero pediros, Gastón — dijo el senescal.

— Por supuesto. ¿De qué se trata? —dijo éste.

— Que no participéis en esta bufonada, ya sabéis por qué.

Gastón quedó sorprendido por apenas un instante, comprendiendo lo que realmente contenía la petición del senescal: aquello era una añagaza de Guy para tratar de amargarle la celebración.

— Pero puede parecer que yo….

— No. Eso no os debe preocupar. Además, estoy convencido de que si alguien se iba a llevar la peor parte, ese es Guy, pero ya lo conoces. Nos puede sorprender con alguna doblez, que además pondría en un compromiso a su propio padre. Así es que te lo ruego, Gastón, no participes.

Todos los presentes jóvenes varones de la mesa ya habían manifestado su intención de participar, cuando Gastón se levantó y tomo la palabra.

— Os agradezco vuestros deseos de felicidad, Guy, con todo corazón. En cuanto a vuestra propuesta, permitidme que decline participar en ella, pues si hay algún día en el que debo reservar mi integridad, es justamente éste, el día de mi boda. —dijo con una sonrisa, y el rubor cubriendo el rostro de Agnes.

Los demás presentes asintieron con grandes risas y comentarios un tanto soeces, aceptando como acertado el motivo de su no participación. Guy no pudo evitar como su rostro se endurecía por la rabia, gesto que a su padre no le pasó desapercibido.

Mientras los jóvenes se disponían y preparaban para participar en los juegos de exhibición, Gastón hizo un aparte con Agnes, hablándole en voz baja.

— Perdonad señora que me haya expresado de una forma tan burda y tan poco elegante. Pero puedo aseguraros que lo he hecho, siguiendo los consejos de *sire* Gerbege, con el fin de no favorecer los malignos planes de Guy, quien como podréis suponer, no le animaba sentimiento bueno al proponer el juego.

— No os preocupéis, esposo —Agnes sintió una sensación extraña al pronunciar esta palabra— pero he comprendido perfectamente la acción de Guy y vuestra airosa salida.

Ambos se miraron a los ojos y sonrieron. Gastón suspiró tranquilo.

La exhibición la ganó como estaba previsto el hijo del Conde. Sus oponentes, apenas ponían resistencia y se limitaban a para los golpes que con toda malicia, impropia de un concurso, lanzaba Guy. Al final, todos satisfechos menos este, pues no había podido salirse con la suya. No olvido al maestro de armas, Gerbege, quien había hablado al oído a Gastón, momentos antes de que este declinase su participación en el juego. A buen seguro, le había aconsejado que no participara. “Arrieros somos…” pensó Guy.

El conde de Trelissac, regaló a la pareja una edificación que utilizaba como Pabellón de Caza, situada en medio de una explanada junto a la que discurría un río, no muy alejada de Basillac. También le regaló los terrenos que circundaban la casa y que se cifraban en dos *yugadas*. La casa era un enorme caserón, al que hubo que hacerle pocas reformas para adaptarla al nuevo uso y reparar lo que el paso del tiempo, las inclemencias del mismo y su poco uso, habían deteriorado. Una vez efectuadas las reparaciones, la casona se convirtió en un auténtico hogar. Al parecer, en tiempos no muy remotos había pertenecido

a los abuelos del conde, constituyendo la casa familiar. Sus tres pisos de altura, más los áticos, donde se guardaba el grano y la paja, además de ser utilizada como despensa, donde se secaban grandes piezas de carne y embutido, le daban un aspecto imponente. En la parte baja, el *zaguán* se había convertido en una cuadra para las caballerías, que utilizaban los señores cuando pasaban varios días cazando y utilizaban la casa para pernoctar y comer durante los días dedicados a la caza.

El regalo sorprendió a los recién casados quienes agradecieron enormemente el detalle a su señor. De esta forma, el Conde de Trelissac, demostraba a Gastón el cariño que le tenía. Naturalmente, Guy sufrió un nuevo desaire con el regalo. Su odio hacia el gascón, crecía por momentos. Estaba convencido que llegaría el día en el que podría tomar cumplida venganza de su odiado enemigo.

No pasarían muchos días en la tranquilidad del hogar. Los compromisos adquiridos por el Conde, al servicio del Duque de Aquitania, pronto le llevarían a la actividad de las armas. Un nuevo futuro se abría ante el nuevo Barón. Tenía ante sí la posibilidad de iniciar un nuevo linaje que continuaran sus herederos. Y estaba dispuesto a luchar por ello, a poco que Dios y el destino se lo permitieran.

<<<O>>>

En marzo, Ramiro I concedió privilegio de ingenuidad por los servicios que le había prestado a Sancho Galíndez, senior de Boltaña, uno de los personajes más influyentes de la corte ramirense, en documento fechado en San Juan de Matidero.

Semanas más tarde, en diciembre, acompañado de la reina Ermesinda, Ramiro I se hallaba en el monasterio de San Urbez, en Nocito y asistía a la boda de los condes de la localidad, Lope Sánchez y Jimena de Binacua.

El 11 de dicho mes, con motivo de la boda de los citados condes, se reunía en Nocito, junto a los reyes, una notable representación de la nobleza aragonesa con el obispo García, el abad Sancho de San Juan de Matidero y el abad Banzo de Fanlo.

La ocasión fue aprovechada por el abad Banzo, para presentar una querella contra los vecinos de Abellada, población sita al Norte del valle de Nocito, a la que exigía que participara en el pago del diezmo en una parte muy importante, por entender que la citada población debía contribuir a las arcas reales en mayor porcentaje que el Monasterio, ya que este, apenas tenía beneficio con las tierras en cultivo. A esto se oponía Abellada, por considerar que al ser el pueblo propiedad del Monasterio, este debería correr con la totalidad del pago del impuesto.

Ramiro, estando presente el *Senior* de Nocito, Fortún Garcés, declinó juzgar la querella. Finalmente, el buen quehacer apoyado en acertadas razones esgrimidas por el *senior*, zanjó la cuestión: ambos, monasterio y población, correrían a partes iguales con el pago.

Tras las celebraciones, la comitiva real dirigió sus pasos hacia Jaca. Hacía ya algún tiempo que no pisaba su ciudad, y sentía en el alma la nostalgia de pisar sus calles y montes aledaños.

Dado que las relaciones con sus vecinos gozaban de una salud excelente, lo que evitaba problemas fronterizos, Ramiro comenzó a articular su reino al modo que lo había hecho su padre, es decir, organizando el reino alrededor de los monasterios, atribuyendo a estos una función social y dinamizadora de la economía. Quería fomentar el levantamiento de nuevos monasterios con el fin de que a su alrededor se formaran pueblos que atrajeran habitantes, los cuales comenzaran a explotar las tierras y recursos, tan necesarios para las necesidades futuras del

reino. Naturalmente, la actividad militar y de seguridad quedaba encomendada a los castillos, fortalezas y torreones bajo el mando de los *seniores*.

También estaba meditando planes para extender Aragón por el este, ampliando la Ribagorza hasta el río Noguera-Ribagorzana, disputándoselo a los condes catalanes de Urgel y Barcelona, quienes habían comenzado a introducirse por el sur de la Ribagorza. Sus temores sobre las apetencias de estos condes se confirmaban rápidamente.

En Zaragoza, al-Mustaín dividía su taifa en cinco partes y las repartía entre sus hijos: así, en Lérida situó a Yusuf al-Mudaffar, en Huesca a Lubb (Lope), en Tudela a Mundir y en Calatayud a Muhammad. En Zaragoza, como príncipe y regente en su ausencia, situó a Ahmed al-Muqtadir, que incluía las ciudades de Huesca y Barbastro.

Capítulo XXVIII.
Rouen, Normandía 1047

Hacía días que Arnaldo, Señor de Valognes, compañero de conspiración de Eudes, Señor de Bayeux prisionero al igual que él, había regresado a sus tierras perdonado por Guillermo, una vez que le juró lealtad futura.

El señor de Bayeux, herido de gravedad en los enfrentamientos por la emboscada que habían tendido al Duque de Normandía no acaba de superar sus problemas con la herida de la pierna. Las heridas de la cara y de los brazos ya habían cicatrizado, pero la de la pierna presentaba un cariz preocupante comenzando a presentar evidentes signos de gangrena. Indudablemente se encontraba en un estado grave de salud.

Esta gravedad había inducido a fray Jacques a considerar la amputación de la pierna como una opción para salvarle la vida. No obstante, antes de proceder hizo llamar a Nicolás, que por aquellos días estaba visitando el Monasterio de Fecamp organizando el hospital de la abadía y enseñando a algunos monjes algunas técnicas quirúrgicas menores para que ayudaran a fray Bernardo. En las ocasiones en las que Nicolás se ausentaba de Saint-Ouen, Ricardo de Herlevin, hacía las veces de Abad. Envió con urgencia un mensajero quien a galope tendido, hizo en pocas horas el recorrido. Una vez que hubo leído la nota que portaba el mensajero, donde fray Jacques le explicaba el motivo de la urgencia, Nicolás preparó una bolsa con lo que consideró imprescindible y de inmediato iniciaron el camino hacia Rouen.

El herido, había perdido la consciencia y tenía fiebre alta cuando llegó Nicolás, sudoroso y a toda prisa. Junto al herido se encontraba fray Jacques. Se saludaron brevemente mientras observaba al enfermo, bajo la atenta mirada de fray Jacques. Descubrió la pierna retirando los apósitos que cubrían la herida. Un fuerte hedor putrefacto impregnó la estancia. Tras observar detenidamente la tumefacción que la invadía, comenzó retirando los trozos podridos de piel y carne, dejando limpia la herida. A la vista de aquello, le pareció que aún podía hacerse un último intento de salvar la pierna, ante la asombrada expresión de fray Jacques, pues este hacía horas que había abandonado esa esperanza. Sin embargo, la confianza que tenía en Nicolás, le llevó a aceptar sin reservas su diagnóstico.

Este, extrajo de su macuto de piel, hecho especialmente para llevar los instrumentos médicos, una serie de cuchillos y palancas extrañas. Mando hervir agua en el fuego que calentaba la estancia, ordenando que cuando comenzara a hervir que se le notificara. Mientras, preparó a éste en una camilla de madera, y distribuyó el instrumental que portaba a un lado. Pidió tela blanca, con la que hizo una serie de tiras. Cuando le fue comunicado que el agua ya hervía, cogió todos los materiales que había extendido y los introdujo en el agua hirviendo. Pasado un rato, extrajo los instrumentos y los deposito sobre un trozo de lienzo limpio. Seguidamente le dio a beber al enfermo un brebaje que había preparado con unas hojas de opio.

Fray Jacques, observaba todo aquel despliegue con el fervor de un adepto. Al ver actuar así a su Nicolás, con tanta decisión y seguridad, le produjo un sentimiento de íntimo orgullo. Desde aquel momento, no tuvo ninguna duda de que su pupilo, salvaría aquella pierna. Una vez que todo estuvo preparado, él mismo se lavó con agua y jabón, procediendo a limpiar con los bisturíes las heridas, retirando la carne putrefacta, en algunas partes llegando al hueso. Una vez terminada la limpieza, tomo una botella

que contenía un líquido incoloro, y mojando unas tiras, fue limpiando los bordes de la herida y las zonas cercanas, aplicando luego una pomada que extendió sobre la herida. Luego, cubrió todo con lienzos, de forma que la herida quedó totalmente cubierta. Luego dio orden de que se le situase en una habitación que pudiera ventilarse y entrara el sol. Para bajar la fiebre ordeno que prepararan una infusión con unas hojas que el mismo les proporcionó.

Fray Jacques asistió a toda aquella actuación, en silencio y con mil preguntas que hacer. Cuando retiraron al enfermo, cogió del brazo a Nicolás y se lo llevó al *calefactorio*, un lugar de retiro donde se solían recoger los frailes para leer o simplemente meditar. Tras tomar asiento, uno frente al otro, fray Jacques se quedó mirando a Nicolás. Nicolás se sorprendió al ver la mirada fijada en el de su maestro.

— ¡Por el amor de Dios, comienza a explicarme, primero lo que has visto y segundo lo que has hecho! —le dijo a la vez que cogía un plato.

— En primer lugar —le dijo— el estado de la gangrena aunque avanzado, no me parecía lo suficientemente grave. Lo primero que había que hacer era retirar todo el tejido necrosado, y hacerlo en profundidad, para evitar en la medida de lo posible que se extendiera. Una vez limpiado el tejido enfermo, se trataba de evitar una nueva infección, por lo que utilicé dos cosas, una, un líquido llamado *alcohol*, que obtuve siguiendo un método que me explicó Eleazar Galif en Barbastro y que eliminaba los gérmenes que se introducían en las heridas. La pomada la hice con unos hongos y manteca, para aplicarla sobre la herida con apósitos y con la misma función de evitar infecciones. Estos ya los había utilizado en Fecamp en heridas más pequeñas y los resultados fueron exitosos. Ahora hay que cambiar los paños diariamente, limpiar la herida, ponerle la pomada y volver a cubrir con paños nuevos. Los viejos deben ser quemados.

— ¿Y lo de hervir los instrumentos? —le pregunto fray Jacques.

— Por la misma razón. Eleazar Galif, me recomendó mil veces en la necesidad de la higiene en el manejo de las heridas. Al hervir los instrumentos, se les libra de los organismos infectantes.

— ¿Y cómo es que tienen esos conocimientos los judíos y los árabes? —preguntó casi enfadado fray Jacques.

— Pues porque sus científicos han investigado todas las ramas del conocimiento, con un método que les permite obtener resultados fiables de sus investigaciones. La observación científica les permite ir varios siglos por delante de nosotros. Tal vez no conozcan la razón última del porqué de las cosas, pero si saben observar y aplicar lo que observan. Yo os digo, fray Jacques, que los árabes y judíos son dignos de estudio y consideración. —apostilló Nicolás

— ¿Y sigues en contacto con esas gentes?

— Sí. De vez en cuando, nos enviamos epístolas donde intercambiamos experiencias. Nos enriquecemos mutuamente. —le dijo con naturalidad.

— Pues si sale de esta nuestro rebelde barón sin perder la pierna, bien puedes decir Nicolás que has realizado un milagro.

Luego se dirigieron al *refectorio*, donde fray Jacques había ordenado que le prepararan una sopa, carne, pimientos y vino, pues había pensado que le haría falta a su buen discípulo, ya maestro, Nicolás. Lo primero que hizo fue darle un fuerte abrazo.

— ¿Porque no me acompañáis en la cena? Aquí hay para más de una persona —le dijo a la vez que le señalaba la sopera.

— Bien. Os acompañaré. También a mí se me ha despertado el hambre.

Después de cenar, se encerraron en la biblioteca, junto con el Abad Hugo de Beaumont y el bibliotecario fray Juan. Los cuatro estuvieron largas horas dialogando, hasta que el cansancio hizo mella en sus cuerpos y se retiraron a sus celdas.

Al día siguiente, el enfermo estaba muy mejorado. La fiebre había bajado y estaba consciente. Sentía un dolor terrible en su pierna en cuanto algo le rozaba o intentaba moverla aunque fuera lo más mínimo. Sin embargo, el peligro de infección aún era grande y todavía quedaba mucho para poder pensar que todo el peligro había pasado.

Cuando Nicolás visitó al enfermo, fray Jacques ya le había puesto al corriente de todo lo acontecido. Le había explicado que gracias a Nicolás y sus enormes conocimientos había podido salvar su pierna la, pues él, ya había agotados los suyos y había decidido amputarla en un intento de salvarle la vida. Sus primeras palabras fueron de agradecimiento, tratando de tomar la mano de su benefactor.

— Gracias, *frey*. Os debo gratitud infinita. No se cómo debo pagaros tan inmensa gracia. Pero debéis saber, que para todo lo que yo os pueda servir, estoy a vuestra entera disposición. —dijo con el rostro alterado por la emoción

— Todavía debemos esperar acontecimientos, para poder cantar victoria. Esperemos que todo salga como deseamos. Y que Dios, nos complazca en nuestros deseos. Pasará un buen tiempo hasta que podáis volver a vuestra actividad anterior —en ese momento Nicolás se dio cuenta de su desliz, habida cuenta las razones por las que se encontraba postrado ante él— quiero decir, a montar a caballo. —dijo en un intento de arreglar su comentario anterior.

Fray Jacques, procedió a efectuar la cura, y al retirar los vendajes se pudo apreciar que el aspecto de la herida era inmejorable. Aplicó la pomada tras limpiar con el líquido incoloro que provocaron unos irreprimibles gritos al paciente. Tras serle aplicados unos nuevos vendajes, Nicolás se despidió del enfermo y junto con fray Jacques se dirigió a las cuadras, a coger su caballo e iniciar

el regreso a Fecamp. Allí le esperaban numerosos enfermos que únicamente deseaban que él, en persona, los atendiera y sanara. Su fama, empezaba a recorrer Europa.

La ambición de los señores normandos estaba tomando dimensiones alarmantes debido a la formación de una gran fuerza con la que pretendían enfrentarse al joven duque, al que seguían discutiendo sus derechos a la sucesión del ducado aludiendo a su bastardía. Ante el cariz que estaba tomando la situación, Guillermo II, había solicitado ayuda al papa Clemente II y al Rey de Francia, Enrique I, y con ayuda de ellos, reunió un ejército compuesto de 10.000 infantes y 350 caballeros a los que unió sus propias fuerzas, unos 2.000 hombres, juntando un total de 13.000 hombres para enfrentarse a los 18.000 que habían juntado los barones rebeldes.

Los preparativos militares fueron minuciosos y complicados. La capacidad organizativa de Guillermo, se puso de manifiesto a la hora de organizar un ejército tan numeroso. El primer problema que planteó a sus Edecanes, fue la elección del lugar del enfrentamiento que ya tenía decidido, porque eso les proporcionaría una gran ventaja a la hora del enfrentamiento. El enemigo no debería saber el lugar donde tendría lugar el encuentro, ni cuándo. Eso les permitiría enviar tropas a la zona algunos días antes de la batalla. La astucia del joven duque, encantó a todos sus asesores. El lugar elegido, fue Val-es-Dunes, una enorme campa junto al río Orne, al suroeste de Chicheboville. Los numerosos y frondosos bosques que la bordeaban les permitirían esconder a sus tropas. Otra de las argucias que puso en práctica Guillermo, fue la de crear un grupo de hombres que se introducían entre las fuerzas de los rebeldes, proporcionando información en doble sentido: informaban a quien les pagaban a la vez que desinformaban al enemigo. Ellos fueron los que informaron a los rebeldes de los movimientos de las tropas del duque, lo que les indujo a deducir el lugar del encuentro, que no fue otro que el que con anterioridad

había decidido Guillermo. Y gracias a sus maniobras encubiertas, Guillermo contaba con una sorpresa que ignoraban todos y que se pondría de manifiesto durante la batalla.

El ejército rebelde, estaba formado en su mayoría por gentes que todavía practicaban los ritos antiguos escandinavos, y que entraban en combate al grito de "¡*Thor, ayúdanos*!", gente aguerrida y valiente, pero inconstante y poco disciplinada. Guillermo forzó los movimientos de sus enemigos de tal manera que el rio Orne quedaría a sus espaldas.

La batalla se presentó al mediodía, cuando el sol estaba en todo lo alto. Era agosto, y el calor comenzaba a ser sofocante. Pronto los mercenarios que habían contratado los rebeldes, se vieron rodeados por todas partes. De los bosques aparecieron de repente cientos de caballeros, infantes y arqueros, lo que produjo un desconcierto generalizado, y cada cual atendió más a salvar su propia vida que a pelear contra el enemigo. Los rebeldes se vieron acosado por tres frentes. Las huestes del Rey de Francia, Enrique I, lo hacían por el frente, partiendo desde Valmeray. Guillermo, desde la derecha, partía desde Argences, y por la izquierda, Raoul Tesson, un rebelde que a última hora se había pasado al bando del duque con su caballería, sorpresivamente lo hacía desde Thury,

Las tres fuerzas concurrieron de forma escalonada sobre los rebeldes, quienes se vieron rodeados inesperadamente, sin saber a qué frente atender y con el caudaloso río Orne a sus espaldas. La desorganización, el miedo y la indisciplina se instalaron en el ejército rebelde y fue la causa de una derrota espantosa. Lentamente comenzaron a retroceder, para finalmente emprender una huida desesperada hacia el río Orne. La mayoría murieron al tratar de cruzarlo, huyendo del empuje de las huestes de Guillermo II. Durante tres horas, las organizadas tropas

del Duque deshicieron a las tropas rebeldes. La mayoría de los sobrevivientes, emprendieron su huida dirigiéndose hacia el sur de Italia. Aquel día, el río Orne llevaba las aguas teñidas de sangre y sobre ellas flotaban un gran número de cadáveres. Los heridos se contaban por miles.

Nicolás fue reclamado urgentemente por su primo Guillermo, para hacerse cargo del hospital de campaña que se había organizado en la explanada frente al castillo ducal, prácticamente acabado de construir, adonde se iban llevando desde el escenario donde había tenido lugar la terrible batalla, a los numerosos heridos, transportados en carros o en monturas los que podían hacerlo. De los monasterios y Abadías cercanos, se desplazaron frailes con conocimientos de medicina para atender a los numerosos heridos. Los habitantes de Caen, también colaboraron aportando telas y mano de obra, para atender a tan ingente cantidad de gente.

La primera decisión que tomó el Duque de Normandía, fue emitir un bando donde se ofrecía un perdón general para todos los rebeldes, "*todos somos normandos, y todos somos necesarios, y aunque podemos equivocarnos una vez en la vida, no se perdonará en lo sucesivo la reincidencia en el mismo error. Por tanto, espero que se hayan acabado las ganas de rebelión de esos nobles y barones a los que hoy hemos derrotado, pues en caso contrario, el verdugo tendrá mucho trabajo, haciendo bajar de su pedestal las cabezas de tales señores*". Durante cerca de un mes, Nicolás estuvo dirigiendo el hospital, hasta que el último de los heridos fue mandado a su casa, para reponerse de las heridas. Los muertos fueron enterrados, y los cadáveres que fueron reclamados por sus familias, se permitió que fueran llevados a sus feudos por sus familiares, para recibir sepultura en ellos.

A muchos de los Barones conspiradores que sobrevivieron, se les desmantelaron sus fortalezas, se les

exigió juramento de fidelidad o que se exiliaran voluntariamente al sur de Italia, donde ya había muchos compatriotas. Solo uno de los conspiradores, Grimaldo du Plessis, que no era nativo del ducado sino de origen germánico, fue encarcelado y ejecutado. A partir de este momento, cesó la oposición de los Barones al joven Duque, quien pudo dedicar sus esfuerzos a desarrollar sus planes de conquista de Inglaterra y a consolidar y desarrollar el Ducado. Además, Guillermo creyó llegado el momento de establecer la capital del Ducado en Caen, donde la construcción del castillo fortificado, estaba terminada.

En noviembre, un emisario trajo noticias desde Roma. Benedicto IX, papa emérito, había repudiado a su mujer y organizado un ejército de mercenarios con los que atacó Roma, expulsando a Clemente II. Aceptado por el clero y el pueblo con el fin de evitar tumultos y derramamientos de sangre, fue elegido Papa por tercera vez el 8 de noviembre. Tenía 35 años.

Capítulo XXIX.
Rouen, Normandía 1048

El hospital del monasterio de Saint-Ouen en Rouen, estaba abarrotado de enfermos atraídos por la creciente fama de Nicolás. Ricardo de Herlevin, el ecónomo, con el fin de poder hacer frente a los numerosos gastos que aquella situación producía, había establecido unas cuotas de pago, habida cuenta del elevado número de personas que se acercaban al monasterio. A los pobres no se les cobraba pero a los que tenían posibles se les pedía una cantidad para contribuir a los gastos del hospital y del comedor de pobres, cada día más frecuentado.

Nicolás compaginaba con Ricardo, sus obligaciones como Abad y con las de atender a los enfermos. Fray Jacques le ayudaba entusiasmado, para poder atender al mayor número de enfermos. Las enormes filas de espera que se producían, y que llegaban a rodear el contorno del monasterio, producía en ocasiones las protestas de las vecinos que vivían en las inmediaciones, debido a que los mendigos, con el fin de no abandonar su puesto en la fila, hacían sus necesidades en el mismo lugar con el consiguiente revuelo de los que pasaban por allí.

Cuando Nicolás tuvo conocimiento de estos hechos se enfadó enormemente. Mandó reunir a todos los que esperaban delante de la puerta de la Iglesia, amenazándoles con negarles el auxilio si se volvían a repetir esos actos insalubres. No podía haber nada más peligroso para la salud de todos, que aquella barbaridad. Les exigió que hicieran sus necesidades en las letrinas de la abadía, pues debido al gran número de usuarios se habían construido nuevos excusatorios para dar servicio a tanta gente. Con el fin de eliminar la causa que impidiera

el cumplimiento de esta norma, es decir la pérdida del puesto en la fila, se conminó a los que estaban inmediatamente por delante y por detrás, que guardasen escrupulosamente el puesto del que por esta causa abandonaba la fila. Con mejor o peor resignación, todos aceptaron las nuevas normas, entendiendo que lo que les pedía el monje era razonable. Además, eliminaban un problema que a ninguno de ellos les gustaba.

Naturalmente, los pudientes no guardaban cola y hacían su entrada por otra puerta, donde eran recibidos por fray Ricardo el ecónomo, quien les cobraba por adelantado el estipendio correspondiente, pasando a continuación a una sala donde se habían ubicado unos bancos. Estos enfermos constituían para el monasterio una fuente importante de ingresos que permitían atender los numerosos gastos que se producían, relacionados con la atención a los enfermos, sin menoscabo de otras actuaciones caritativas que también llevaban a efecto desde la abadía.

La mujer se asustó cuando al llegar a las inmediaciones del monasterio vio a tanta gente esperando. Se sentía agotada por el largo viaje realizado a pie. Llevaba cerca de dos días andando, deteniéndose de vez en cuando para tomar un bocado, consistente en un trozo de pan, queso y cecina, junto con un poco de agua que llevaba en una botija de barro. Tendría unos 39 años y tenía el cabello, completamente blanco. De sus descuidadas facciones, podía deducirse que de joven, debía haber sido una mujer bella, pues aunque envejecida, su rostro mostraba unos rasgos agradables pero también reflejaba una amargura infinita. Desde hacía ya algún tiempo, sentía unas enormes náuseas que el médico del pueblo, un herbolario con ínfulas de saberlo todo, no era capaz de curar.

La fama de un monje del monasterio de Saint-Ouen, llamado Nicolás, había también llegado hasta

Etretat, un pequeño pueblo, junto a la costa. Estaba convencida de que ese monje, era su Pedro, su hijo del alma. Desde que se lo habían arrebatado de sus brazos una noche de diciembre, hacía 23 años, no había dejado pasar un día en que el recuerdo de su niño no le ocupase la mente durante un buen rato. A pesar de que nadie le había dado noticias de su hijo, tal y como le habían prometido, ella se las ingenió para averiguar algo del paradero del niño. Una camarera del Duque de Normandía, el abuelo de Pedro, le había comentado que lo habían ingresado en el monasterio de Saint-Ouen, en Rouen, y le habían puesto el nombre de Nicolás. De vez en cuando tenía alguna noticia de su vida. Sabía que era un chico listo y sano, que aprendía fácilmente. Luego, pasaron los años sin saber nada de él, debido a que la criada que le informaba había fallecido y con ello, se había cortado la información sobre Nicolás que ella se empeñaba en llamar Pedro.

Se acercó a la fila, recorriéndola en sentido inverso, para situarse al final de la misma. Cuando se dirigía hacia el origen de aquella fila que parecía infinita, sintió como una nueva náusea le sobrevenía y que junto a la debilidad que traía, hizo que se desvaneciera, cayendo al suelo. Quiso la fortuna o la casualidad que Nicolás, pasara en aquel momento por el lugar, viendo como aquella mujer se desplomaba, ante la indiferencia de la gente, que veían en ella otro competidor que les disputaría el plato de sopa. Nicolás, se acercó rápidamente, inclinándose para recogerla.

Al sentir que alguien la asía de los hombros, abrió los ojos, y sin esperarlo, como un milagro, se encontró cara a cara con su hijo, con su Pedro. A pesar de todos los años que habían transcurrido, ella no vio en aquella cara que la miraba, el rostro actual de Nicolás, sino que vio el de aquel sonrosado niño, quien con los ojos abiertos mamaba con fuerza y con la mirada fijada en su madre. Ante la visión de su recién nacido Pedro, le cambio el rostro, y como por arte de ensalmo, sus arrugas desaparecieron, y a los ojos

de Nicolás, se presentó un rostro diferente al de hacía unos instantes, y sin saber por qué, le invadió una extraña sensación que no supo explicar. ¡A aquella mujer se le había transfigurado el rostro ante sus ojos! Llamó a gritos para que alguien acudiera a ayudarle a transportarla dentro del hospital. Mientras esperaba a que llegaran con la camilla, notó que la mano de la mujer apretaba la suya con fuerza, con un afecto y una firmeza especial. Tuvo la certeza, aunque no sabía cómo, que aquella mujer pertenecía a su vida.

La mujer fue trasladada al interior del hospital, ante las protestas de los que esperaban y que renegaban de la suerte de la desconocida, quien sin esperar su turno tenía la suerte de ser atendida antes que los demás. Nicolás, entristecido con la ingratitud humana y por la falta de solidaridad con el prójimo, les increpó, recordándoles que todos iban a ser atendidos, pero los casos de urgencia requerían serlo antes. Seguramente, todos los que protestaban y esperaban, nunca en su vida habrían sido objeto de la solidaridad ajena. Las dificultades imperiosas de todo tipo que dominaba su existencia, hacía que cada cual se buscase la vida como podía. El altruismo y la solidaridad no tenían cabida en esas almas convertidas en mezquinas, forjadas a fuer de maltrato e injusticia. Pedirles eso, era como pedir peras al olmo.

Ella seguía sujetándole la mano, como si quisiera mantenerlo a su lado, sin dejar de mirarle, hasta el punto de que Nicolás se sintió un poco azorado, ante la insistente mirada arrebolada de la mujer. Sin dejar de sonreír se desasió de su mano para poder auscultarla.

Tenía numerosas marcas de color rojo en los brazos y piernas así como vesículas de agua, que se rompían al pasar la mano por ellas. Su aliento, arrojaba un cierto olor a almendras, lo que le indujo a pensar en algún tipo de envenenamiento por arsénico, que junto con las náuseas y

vómitos, le confirmo el cuadro por esta causa. Sin embargo, por el aspecto que presentaba la pobre mujer, no le parecía que nadie pudiera tener interés en envenenarla. Más bien podría ser algo circunstancial. Ella se dejaba hacer, sin decir nada. Solo con la mirada fija en Nicolás, quien cada vez se encontraba más incómodo ante la actitud de la mujer.

— Pedro. Mi Pedro. —dijo de pronto la mujer.

— ¿Quién es Pedro mujer? ¿Es vuestro hijo? — pregunto Nicolás, aliviado porque de esta forma se sentía más cómodo.

— Sí, es mi hijo. Eres tú.

Nicolás y fray Jacques, se miraron con cara de asombro.

— ¿Quieres decir que yo soy tu hijo? —preguntó Nicolás, sintiendo un pálpito en su corazón.

— Sí. Yo soy tu madre Agnes. Y tú eres mi hijo Pedro. —susurró con suave voz, casi en un susurro mientras cerraba los ojos— Te apartaron de mí cuando naciste. Ni siquiera me dijeron que nombre te pusieron. Y yo te puse Pedro.

Nicolás comenzó a sentir en lo más profundo que verdaderamente tenía ante sí a su madre. Nunca nadie le había hablado de ella. Había supuesto que su madre había muerto al nacer él, y ahora se daba cuenta que no sabía por qué razón lo había supuesto. Desde que recordaba, siempre había tenido alguien a su alrededor vestido de fraile, y eso había llegado a ser para él un hecho normal y cotidiano, incuestionable. Y ahora tenía ante sí a una mujer que decía ser su madre, y lo que era más importante: algo en su interior le aseguraba que aquella mujer enferma decía la verdad. Nicolás le dijo que luego tendrían más tiempo para hablar de ese asunto, pero que ahora necesitaba que le contestara a una serie de preguntas con el fin de poder diagnosticar su enfermedad.

Le contó que era natural de Etretat y que su padre había sido el herrero del pueblo, fallecido hacia algunos meses. Lo mismo había ocurrido con su madre, pero en esta ocasión la muerte se había producido tan solo hacía unos días.

— ¿Y dices que tu padre era herrero? — le preguntó Nicolás.

— Sí. El mejor herrero de la comarca, tal vez de todo el ducado.

— ¿Y cuánto hace que tienes estos síntomas?

— Pues hace algunos meses. Mis hermanos también los tienen. —contestó la mujer.

— ¿Tus hermanos también tienen náuseas y vómitos? ¿Y pústulas como estas que tienes en brazos y piernas?

— Sí, también.

— ¿Se maneja el arsénico en la herrería? — preguntó Nicolás.

— Sí. Se mezcla con cobre y plomo para obtener aleaciones más resistentes, ¿por qué? —dijo Agnes.

— ¿Y tenéis arsénico en la herrería? —insistió Nicolás.

— Sí.

— ¿Y ese arsénico está bien resguardado y fuera del alcance de quienes no saben utilizarlo?

— Sí. Todos sabemos que es muy peligroso y no lo tocamos.

— ¿Y ha ocurrido algún accidente, un derrame o algo similar con el arsénico?

— No. Bueno sí. Un día se cayó una redoma al pozo del agua. Estuvimos sin utilizarlo durante varios meses.

— Y habéis empezado a tomar agua de ese pozo, ¿no?

— Sí, desde hace algunas semanas.

Para Nicolás quedó claro que se trataba de una intoxicación por arsénico. El veneno caído al pozo, envenenaría los acuíferos, afectando a las huertas de los alrededores, que seguramente solo sería la huerta del

herrero, porque la mujer no había referido que en el pueblo hubiera gente con los mismos síntomas.

Le explicó que a partir de aquel instante, deberían dejar de consumir productos de su huerta, incluida la leche de las vacas y cabras, pues con seguridad también estaría afectada al alimentarse con las hierbas del lugar. Debían dar aviso a sus hermanos para que dejasen de alimentarse con los productos de su huerta y beber agua del pozo. Lo mejor sería abandonar la herrería y trasladarse al pueblo. Sin embargo, todavía tenía mucho que hablar con aquella mujer.

Le dio a tomar una bebida que él mismo había preparado. Más tarde, tomó asiento junto a la cama y se dispuso a mantener con ella una larga y entrañable conversación. Su madre, le tomó la mano y comenzó a contarle lo sucedido desde el momento en que se quedó sola en su habitación cuando se llevaron a su niño, sin darle ninguna explicación. Nicolás lloraba en silencio con su madre, a la vez que una serie de encontradas emociones tenían lugar en su alma. Al final, la presencia ante él de su madre, le ayudó a perdonar los errores de quienes no le informaron o se olvidaron de hacerlo.

Nicolás decidió dedicar aquel día a su madre, por lo que fray Bernardo continuó solo atendiendo a los enfermos. Lo primero que hizo fue llevarla al comedor de peregrinos y ponerle delante un cuenco de sopa con carne y verduras. Mientras ella reponía fuerzas, él se fue a hablar con fray Ricardo para comentarle la extraordinaria noticia.

Capítulo XXX.
Rouen, Normandía 1049

A primeros de febrero, Nicolás recibió una llamada urgente de su primo para que lo visitase de inmediato en el palacio ducal. Cuando fue anunciado, Guillermo departía con sus consejeros sobre el traslado de la capitalidad del Ducado a Caen. Al principio sus consejeros se resistían al cambio de capitalidad, pero la obstinación de Guillermo empezaba a ser legendaria, por lo que tras poner sobre la mesa los beneficios que se iban a producir con el cambio, acataron finalmente la decisión del *Sire*.

— ¿Cómo está mi primo el Abad? —le preguntó, a la vez que se dirigía hacia el con los brazos abiertos, abrazándolo.

— Muy bien, *Sire*. Perfectamente.

— ¿Sabes? Tengo la sensación de que te hemos hecho una faena haciéndote Abad, ¿me equivoco? —le preguntó a la vez que cogiéndolo del brazo lo llevaba hacia una estancia contigua donde había una mesa de nogal y varios sillones de cuero.

— ¡No por cierto! ¿Lo dices por mi actividad de galeno?

— ¡Qué si no! Ya han llegado a mis oídos tus logros en ese campo y que tu fama ya ha transcendido las fronteras de nuestro ducado, las de Francia, y las de toda Europa. Verdaderamente, me han hablado maravillas de ti en todas partes.

— Me alegro por ser de utilidad y poder ayudar a los pobres y enfermos a superar sus enfermedades. Si me lo permites, Guillermo, algún día me gustaría hablar contigo sobre algunas normas de higiene que deberían aplicarse en las ciudades obligatoriamente. Evitaríamos con ello, enfermedades y muertes, tan solo con un poco más de higiene —le dijo Nicolás.

— Me encantará hacerlo. Pero déjalo para cuando tenga un poco de tiempo, porque intuyo que esa conversación nos llevará horas. Pero eso que has dicho, es muy importante, por lo que te prometo que tendremos esa conversación. Pero te he hecho llamar por otra cosa.

— Tú dirás.

— Se trata del marido de mi madre, Herluin de Conteville. Está enfermo, según creo de lepra. Como comprenderás la noticia me ha preocupado lo suficiente como para rogarte que te hicieras cargo de su enfermedad. Él no me lo ha pedido, pero creo que debo hacerlo, ya que después de todo es mi padrastro. Así es que, te rogaría que cuando tus obligaciones como Abad te lo permitan, te desplaces hasta su casa en Conteville y hagas lo que puedas por él.

— Mañana mismo me pondré en camino —le respondió Nicolás.

— No sabes cuánto te agradezco tu amabilidad. Por lo demás, ¿cómo van las cosas de la Abadía?

— Bien, no me puedo quejar. He encontrado en fray Ricardo de Herlevin un apoyo decidido en el gobierno de la abadía y entre los dos atendemos a su buena salud, nunca mejor dicho. Prácticamente estoy todo el día al cuidado de enfermos y solo gracias a él, puedo atender a tanto enfermo. A propósito, Guillermo, quiero comentarte un suceso que me ha ocurrido, y que ha llenado de alegría mi corazón.

— ¿Ah? ¿Y que es ello? —le preguntó intrigado su primo.

— El otro día, mientras me dirigía al hospital, vi como una mujer se desplomaba delante de mí. La vi caer al suelo y me dirigí hacia ella a toda velocidad. Cuando abrió los ojos y me vio, clavó su mirada en mí, y te aseguro que llego a ponerme nervioso. El caso es que yo sentí un pálpito en mi corazón. Comencé a auscultarla someramente, pareciéndome ver síntomas claros de envenenamiento, cuando de repente, abrió los ojos y me llamó Pedro y que era ¡su hijo! ¿Puedes creerlo?

— ¡Agnes de Etretat! —exclamó Guillermo.

— ¿Tu lo sabías? —preguntó sorprendido Nicolás

— Tengo que confesar, con todo el dolor de mi corazón que sí lo sabía. Me lo dijo el viejo senescal de mi padre, Osbern. Pero también me dijo, que eso debería mantenerse en secreto. Pero el destino ha puesto a tu madre delante de ti, de lo cual me alegro enormemente.

— ¿Y cómo has podido mantenerme en la ignorancia? ¿Sabes que durante todos estos años, ha pasado penalidades enfermedades y grandes miserias? — dijo Nicolás con el rostro serio.

— Sí, Nicolás. Y estoy muy apenado por ello. Tal vez debí de ponerte en antecedentes, en el mismo momento en que fui informado. No pensé en lo que acabas de decir, la verdad, no lo pensé —dijo también apesadumbrado Guillermo.

— Ahora que ya forma parte de mí, me voy a hacer cargo de ella. Quiero que a partir de este momento, su vida sea lo más feliz posible. —dijo con determinación.

— Y para ello, te ruego que cuentes con mi ayuda Nicolás. Te lo debo, junto con el ruego de que me perdones. —pidió Guillermo.

— Estas perdonado. Tú no tienes la culpa de lo sucedido.

— ¿Quieres que la traiga a palacio? Sería atendida, como si fuera mi propia madre. —ofreció Guillermo

— No. Quiero que viva junto a la Abadía, en una casa de labradores que está sin ocupar. Ella no sería feliz en palacio. No está acostumbrada a los usos palaciegos. Será más feliz en un ambiente más cercano al suyo, acompañada de una mujer que le ayude a las tareas domésticas —dijo Nicolás.

— Y dime, ¿es muy grave lo de tu madre?

— Se trataba de envenenamiento por arsénico. Pero ya está recuperándose. Su padre era herrero, y en las herrerías se usa el arsénico para endurecer ciertas aleaciones. Un día por accidente se cayó una redoma dentro del pozo del agua y aunque dejaron de utilizarlo durante un tiempo prudencial, al hacerlo pasado el

tiempo, se han ido envenenando lentamente. Sus padres murieron por esa causa y sus tres hermanos enfermaron.

— ¿Y tiene cura?

— Sí. Pero seguramente les dejara secuelas permanentes. Simplemente, hay que dejar de beber el agua contaminada. Yo no quiero que vuelva a Etretat. Y en cuanto a sus hermanos, se han marchado a otro pueblo.

— Me alegro. Como tú dispongas. Simplemente que si necesitas algo acude a mi inmediatamente. —Terminó Guillermo— Y ahora si me lo permites, debo seguir con mis consejeros, pues estamos ultimando los detalles, para trasladar la capital del ducado a Caen.

— ¿Caen? —se extrañó Nicolás.

— Sí. Caen. Todo son ventajas. Mejores comunicaciones y está mucho más cerca de casi todo.

— Lo lamento de veras, porque ya no estaremos uno al lado del otro. Pero tú sabrás lo que conviene al ducado. No sueles dar puntadas sin hilo. —dijo Nicolás.

— Te agradezco la confianza. Guarda este secreto para ti. Todavía no es un hecho.

Nicolás abandono el castillo ducal, camino de su Abadía dándole vueltas a la conversación con su primo. Dejó que el caballo eligiera su paso mientras le daba vueltas a su cabeza. Se sentía molesto porque su primo no le hubiera informado acerca de las circunstancias de su nacimiento, pero le había agradado la disposición de su primo a corregir errores pasados. Luego trajo a su mente la petición que le había hecho su primo de encargarse de atender a su padrastro, encargo al que se aplicaría al día siguiente, bien temprano, poniendo camino de Conteville. Antes de ir al hospital, se dirigió a la casa en la que había instalado su madre.

El vizconde Herluin de Conteville era extremadamente religioso, lo mismo que su mujer Arlette, la madre de Guillermo. Ambos rozaban los 50 años. Cuando les fue anunciada la visita de Nicolás, ambos se miraron. Desconocían el motivo de la visita, aunque

conocían suficientemente la fama del Abad de Saint-Ouen como médico. Ambos vieron en ello, la mano del Duque de Normandía.

Lo recibieron de pie, en el centro de la estancia, apresurándose a besar el anillo del Abad, provocando a este una cierta incomodidad, porque no acababa de adaptarse a esa costumbre de besar la mano de los representantes de Dios. Tal vez a los Papas, Cardenales y Obispos. Una vez que tomaron asiento, Herluin, dio orden de que sirvieran algunos dulces y vinos generosos con las que obsequiar al ilustre visitante. Nicolás les contó la conversación mantenida con Guillermo sobre su dolencia. Tras el agasajo, que Nicolás aceptó por cortesía, comenzó a auscultar a Herluin. En su cara y en sus brazos pudo observar tres o cuatro manchas que mostraban un leve tono azulado oscuro. En la nariz y en el interior de la boca, le aprecio unas llagas o heridas, que junto a la insensibilidad que tenía en las zonas de las manchas, le confirmaron sin lugar a dudas que lo que tenía Herluin era lepra.

La noticia, aunque sospechada, hizo efecto en el ánimo del padrastro de Guillermo. En el fondo deseaba que lo que parecía ser, realmente no lo fuera. Al fin y al cabo, los síntomas eran muy leves. Nicolás comunicó al matrimonio sus impresiones, a la vez que les tranquilizaba, pues según les dijo, conocía un tratamiento para la enfermedad. El tratamiento comenzaba por una higiene absoluta. Las manos deberían ser lavadas tres o cuatro veces al día y sobre todo y sin excusa antes de comer. Luego, le recomendó unos baños de sol, durante el tiempo que ocupaban tres rosarios, dos veces al día. Y durante ese tiempo, las heridas debían mantenerse mojadas constantemente con zumo de tomate y cubrirlas con cebolla rallada. Luego trató de explicarles las razones del tratamiento, al ver reflejadas en sus caras la incredulidad y la sorpresa.

— ¿Y oraciones? ¿No serán necesarias las oraciones? —pregunto Herlevin.

— Claro. Deberéis de rezar tres rosarios durante vuestros baños de sol. Una vez rezados, podéis cubriros y esperar a que el sol, os indique las tres en un reloj de sol. Y vuelta a empezar. Por supuesto, siempre y cuando haya sol.

— ¿Y creéis que esto hará efecto? —pregunto Arlette.

— Si Dios no dispone de otra cosa, os lo garantizo — dijo Nicolás, que visto lo arraigado de las creencias del matrimonio, creyó necesario apoyar sus creencias— Además sería interesante que frecuentarais unas aguas termales que hay por esta zona, cuyas aguas contienen un elemento que cura las enfermedades de la piel, realizando lavados con sus aguas. Pero esto, sin dejar de realizar el tratamiento que os he indicado.

Tras la visita médica, Nicolás enseñó a los criados como obtener el jugo de tomate, filtrándolo, para obtener un líquido fluido y sin partículas. Al día siguiente, emprendió el camino de regreso a Rouen.

A los dos meses, una comitiva enviada por el Vizconde de Herlevin, se presentó ante la Abadía de Saint-Ouen con dos carretas repletas de alimentos y ropas. Uno de ellos hizo entrega a Nicolás de un pergamino en el que se le comunicaba la donación de esos presentes para los pobres de la Abadía, como agradecimiento por la merced recibida de su atención médica, a la vez que anunciaba la visita de los Vizcondes de Conteville a Saint-Ouen, dentro de los cinco días siguientes, con el fin de tener una entrevista con su Abad. Nicolás dio orden de llevar los carros al fraile que se cuidaba de la cocina y almacén de alimentos.

En el plazo anunciado, los Vizcondes de Conteville, se presentaron ante Nicolás, quien los esperaba a la entrada de la Abadía. Los dos, marido y mujer, se

arrodillaron ante Nicolás, besándole con emoción la mano. Una vez dentro, los acompañó a la estancia que utilizaba como oficina para recibir a las visitas, donde un fraile trajo unas copas de Calvados y unos pasteles de crema normanda.

Nicolás, volvió a examinar al vizconde con el fin de comprobar el desarrollo de su enfermedad y si el tratamiento impuesto, había dado el resultado esperado. Y la exploración, no pudo resultar mejor, pues las manchas habían desaparecido.

El Vizconde, lo miraba con una sonrisa amplia, mezcla de satisfacción y agradecimiento.

— Señor Nicolás de Normandía, sois un hombre que sin duda ha sido tocado por la mano de Dios. Ved, como han desaparecido todas las manchas y vuelvo a tener sensibilidad en las zonas afectadas. Las llagas de la boca han desaparecido, y mi rostro vuelve a presentar normalidad, gracias a vuestro tratamiento. Jamás, lo que se dice jamás, dudare de vuestros sabios diagnósticos. Si me pedís que me suba a una higuera, con la camisa mojada en día de luna llena, tened por seguro que así lo haré.

El comentario entusiasta del vizconde, hizo reír a todos.

— Seguí vuestro tratamiento al pie de la letra. Y recé los seis rosarios cada día. Y he aquí el resultado. Jamás podré pagaros la dicha que nos habéis otorgado a mí y a mi familia. Tanto es así, que hemos pensado, mi esposa y yo, realizar unas donaciones de tierras y unos viñedos a vuestra Abadía, como agradecimiento, que no como pago, por tantas mercedes recibidas.

— No sé qué deciros, quiero decir, que no es necesario que realicéis esas donaciones. Dios nuestro Señor ha tenido a bien oír nuestras oraciones, y nos ha concedido el beneficio infinito de la curación. —acertó a decir Nicolás, un tanto azorado.

— Y aún os diré más, señor Nicolás. Una noche, tuve un sueño en el que se me apareció la Virgen, Nuestra

Señora, quien me aconsejó al igual que vos, una cura termal en la fuente de un riachuelo de Grestein, cerca de Conteville, situado en un lugar que los aldeanos denominan Carbec. Y así lo hice, y aquí nos tenéis. Por eso, también hemos determinado construir una Abadía dedicada a la Virgen María, cerca del lugar, en el valle de Vilaine, cuya misión será la de estudiar la curación de esta enfermedad y otras similares. Para ello, queremos que os pongáis al frente de esa investigación, y la dotaremos convenientemente con los medios que hagan falta. También construiremos una capilla, en el mismo lugar donde surgen las aguas termales, cerca de Saint-Meen.

Nicolás escuchaba sin dar crédito a sus oídos. Tras agradecer, la deferencia del vizconde, se despidieron, con la promesa por su parte de colaborar con la noble misión para la que iba a ser construido el nuevo monasterio.

Capítulo XXXI.
Roda de Isábena, Aragón 1049

Ramiro se dirigía hacia Roda de Isábena procedente de Jaca. Le acompañaban un numeroso séquito de tenentes y seniores, además del Obispo de Aragón, Sancho.

El Obispo de Roda, Arnulfo recibió a los ilustres visitantes frente a las escalinatas de entrada a la Catedral de San Vicente, presidiendo a la curia catedralicia. No eran muy frecuentes las visitas que el Rey hacía a la sede obispal. Sin embargo, y dadas las relaciones que el Obispo Arnulfo mantenía con la sede de Urgel, Ramiro quería tener una conversación tranquila con el Obispo, aprovechando su visita a la Ribagorza.

Tras atender a sus invitados, tomaron asiento alrededor de una amplia mesa situada en una caldeada estancia. Tomó la palabra el Obispo Arnulfo.

— ¿Y qué os trae por estas tierras? —dijo introduciendo en su voz cierto aire de reproche por sus escasas visitas.

— Bien sabéis que vengo frecuentemente por la Ribagorza, y siempre os envié a un mensajero para presentaros mis respetos, pero sucede, que estas visitas se debían prioritariamente a mi preocupación de crear una línea de fortificaciones y torreones de vigilancia, con el fin de asegurar nuestras fronteras de ataques de nuestros vecinos. No debéis pensar que os haya olvidado en ningún momento. Simplemente quería que cuando os viniera a ver, fuera para poder dedicaros todo el tiempo posible. — dijo Ramiro, dándose por aludido por el reproche incluido en el tono del Obispo.

— Y bien que os lo agradezco —respondió el Obispo descargando tensión.

— Obispo, soy conocedor de vuestra amistad con Guillem Guifredo, Obispo de Urgel, y dado que el condado de Urgel y en especial, el condado de Barcelona mantienen algunas plazas que considero incluidas en nuestro territorio, y habiendo, además, algunas en poder de los musulmanes, tengo la intención de establecer acuerdos con Ermengol de Urgel, para iniciar alguna campaña contra los moros, por lo que os ruego nos ayudéis con vuestro buen hacer y amistad con el Obispo de Urgel, para inclinar al conde hacia nuestra pretensión.

— Podéis contar con ello —dijo el Obispo— Pero debéis saber que cobra parias al gobernador de Lárida, al-Mudaffar, quien al parecer no se fía mucho de su hermano, el emir de Zaragoza. Además, tiene un acuerdo con el Conde de Barcelona, Ramón Berenguer, por el que recibe un tercio de lo que conquisten entre ambos.

— Sí. Conozco esa circunstancia. Yo mismo también establecí acuerdos con su padre, pero los acuerdos caducan. Y debemos reintegrar a la fe cristiana a los pueblos y villas que ocupa el islam, ¿no os parece? Y justamente, mi intención es frenar la influencia del Conde barcelonés por mediación del de Urgel.

— Veo que estáis al tanto de todo, don Ramiro. — Dijo el obispo— Y bien, ¿qué queréis que haga?

— Enviad al Obispo de Urgel una carta explicándole nuestro interés en establecer lazos de amistad duraderos, o mejor, si os es posible, id vos mismo en persona. Yo os facilitaré una guardia para realizar el viaje, si lo deseáis.

— No. No será necesario. Pero coincido con vos, en que será mejor ir en persona que no enviar una carta. Pasado mañana me pondré en camino para realizar vuestra encomienda.

— ¿Puedo hacer algo por vos o por la diócesis?

— Eso habladlo con el *ecónomo*. Él os dirá en que podéis asistir a las necesidades de las Diócesis que son muchas y grandes, como Dios, muy bien sabe. — terminó el Obispo.

Ramiro sonrió, dando orden al *scriptor* Jimeno que se pusiese en contacto con el monje indicado.

— ¿Y qué debo ofrecer? —preguntó Jimeno.

— Ya os lo dirá él, pues a buen seguro que ésta flecha, hace tiempo que ya estaba lanzada.

Ramiro observaba al joven conde de Urgel y a su madre Constanza, situada a su lado. Ambos estaban flanqueados por varios miembros de su consejo privado, y estaba también presente, el Obispo de Urgel.

Tomo la palabra el Obispo de Urgel, organizador de aquella reunión.

— Sed bienvenido a nuestro condado, rey Ramiro. Al realizar las presentaciones de vuestras señorías, considero acabado mi papel en esta misión de convocaros a esta reunión por lo que cedo el honor a mi señor, el conde Ermengol III y su augusta madre Constancia.

Ermengol tenía 16 años. No era muy alto y parecía un tanto propenso a la obesidad. De cara agraciada y mirada viva, miró por unos instantes a su madre, como solicitando permiso para hablar. La condesa viuda Constancia, ejercía las labores de tutora durante la minoría de edad de su hijo. El conde se dirigió a Ramiro.

— Según tengo entendido estaríais en condiciones de poder ofrecer acuerdos de colaboración mutua entre vuestro reino y nuestro condado en materia de colaboración militar con el fin de acrecentar nuestros respectivos territorios.

— Así es. —dijo Ramiro.

— Pero tengo entendido, que Aragón ha iniciado su expansión por el norte de la baja Ribagorza, llegando hasta la orilla del río Noguera-Ribagorzana —dijo Ermengol.

— Estáis bien informado, conde. Pero previamente, vos y el conde de Barcelona lo habéis antes hecho por el sur. Debéis saber, sin ningún género de dudas, que la Ribagorza la considero parte natural de expansión de mi

reino, estableciendo una frontera natural entre mi reino y vuestros condados en el río Noguera-Ribagorzana. Yo os propongo que colaboréis conmigo en mis enfrentamientos con los musulmanes del sur. Os ofrezco la propiedad de las plazas situadas en la orilla izquierda del Noguera-Ribagorzana y la tenencia de algunas plazas de Aragón. Eso representará más que el tercio que os corresponde de las conquistas que realizáis en colaboración con el conde de Barcelona.

— Sí, pero no sé si sois conocedor de que el rey de Lárida me paga parias en concepto de no agresión y ayuda en caso de ser atacado por su hermano, el *caíd* de Zaragoza.

— Si, conocía este hecho. Pero el mundo se mueve y los reinos con él. Además, sois conscientes de que ellos revocarían el acuerdo en el momento en que lo consideraran necesario.

— En efecto, pero… —inició a decir Ermengol, siendo interrumpido por su madre.

— Bien decís, don Ramiro. Además un gobernante debe de estar al servicio de sus gobernados, y lo que hoy es necesario, mañana puede no serlo y al revés. Si hasta ahora nos ha convenido esta unión con el de Lárida, puede que sea llegado el momento de que ya no nos convenga. Don Ramiro, os pido que permitáis que consultemos la respuesta con el Consejo del Conde, y que mañana con total seguridad, os daremos la respuesta. Ahora, permitid que os conduzcan a un salón donde os agasajaremos como merecéis, con el deseo de que sean de vuestro agrado.

Constanza, la madre del Ermengol, se levantó lo que obligó a hacer lo propio a todos los presentes, abandonando la sala. El movimiento de la condesa, fue tan inesperado que la escena siguiente fue un tanto cómica, al ver a Ermengol salir detrás de ella, casi corriendo para poder ponerse a su altura. A los barones urgelinos presentes, se les pudo ver un tanto azorados por la situación. A continuación, los aragoneses fueron acompañados al salón donde había preparada una larga

mesa, y sobre ella, numerosas y humeantes fuentes, jarras, frutas y viandas de todos los colores y con aromas embriagadores, que abrieron instantáneamente el apetito a la delegación aragonesa.

Al día siguiente, el conde de Urgel, aceptaba las condiciones y se formalizaba un principio de acuerdo.

Doña Constanza, hizo un aparte con Ramiro.

— Don Ramiro, tengo mucho interés en que si Dios nos concede la dicha de que mi hijo, en su momento, tuviera una hija, nos veríamos muy honrados si fuera posible que vos consideraseis la unión de Aragón y Urgel, con la boda de vuestro hijo con esa niña.

— ¿Acaso vuestro hijo, va a contraer matrimonio? — preguntó Ramiro.

— Todavía no, pero andamos en negociaciones. Naturalmente, estos son planes a medio y largo plazo. Solo quería pediros que consideraseis esa posibilidad —terminó la condesa.

— Contad con ello, doña Constanza. Los designios de Dios nos marcarán el camino.

En noviembre, la reina doña Ermesinda fallecía a causa de unas fiebres que consumieron su cuerpo y sus energías en pocos días. Fue enterrada en San Juan de la Peña, después de haber dado a Ramiro, cinco hijos: Sancho, Teresa, Sancha, García y Urraca.

Capítulo XXXII.
Caen, Normandía 1051.

Ya había pasado más de un año desde que Caen se había convertido en la capital del Ducado, lo que se notaba en el notable crecimiento que estaba empezando a experimentar la ciudad. Los nobles y señores habían comenzado a construir sus casas y mansiones en la propia ciudad o en las cercanías de la misma, deseosos de estar lo más cerca del gobierno del ducado. Esta actividad constructiva aportó una gran actividad en todos los ámbitos y gremios por lo que gran número de artesanos fueron llegando de todas partes ante las expectativas de trabajo creadas. Canteros, carpinteros, herreros y comerciantes habían establecido sus hogares en la nueva capital del ducado quienes junto a sus familias, aumentaron considerablemente el número de habitantes de Caen.

Guillermo, seguía fielmente los planes que se había trazado, y por consiguiente, en la primavera, realizó un viaje a Inglaterra para realizar una visita a su primo, Eduardo el Confesor, rey de Inglaterra, envuelto en fuertes pugnas con la nobleza sajona debido a que estos se consideraban afrentados por el Rey, quien favorecía, a su modo de ver, a los nobles normandos que le habían acompañado en Normandía.

Cuando ambos primos se reunieron, se abrazaron efusivamente ante el indisimulado recelo de los presentes. Corrían rumores sobre las ambiciones de Guillermo sobre el trono de Inglaterra. La falta de un heredero, confirmaba y acrecentaba los temores de los grandes señores sajones. Por tanto, la presencia del normando en tierras inglesas,

no agradaba a ninguno de ellos y los alarmaba completamente.

Eduardo llevó a Guillermo a un lugar apartado donde poder hablar.

— Estoy preocupado por vos, primo —le dijo Guillermo.

— ¿Porque? —preguntó Eduardo.

— Por las noticias que nos llegan procedente de vuestro reino. Parece que los señores sajones, no están muy conformes con vuestras decisiones. Y en sus caras he visto reflejada la felonía y la traición. —dijo Guillermo

— Es posible que eso sea así. De hecho, no me fío de ninguno de ellos. Mi propio suegro, el Conde Godwin de Wessex, quiere imponerme su voluntad a toda costa. Ahora andamos a la greña con el nombramiento del nuevo arzobispo de Canterbury. La persona que me propone, es un sajón al que no le confiaría la vida de mi peor enemigo. —dijo Eduardo.

— ¿Y no creéis que deberíais utilizar un poco de mano izquierda para controlar a estos sajones? —dijo Guillermo.

— ¿Qué queréis decir?

— Concededles privilegios y tierras lejanas. Nada importante. Y de vez en cuando dadles la razón, aunque sea injusta. Debéis de mantenerlos a vuestro lado con la dádiva y el favor. Fomentad la envidia entre ellos. De esta forma, en vez de vigilaros a vos, se vigilaran entre ellos, disputándose el lugar más próximo a vos. Con eso os los quitareis de encima.

Eduardo dio dos pasos hacia atrás y miró a su primo de arriba a abajo con cara de admiración.

— Sois ladino, primo Guillermo. Veo que es verdad todas las noticias que me llegan de vos —dijo— Sin embargo, yo no tengo vuestra naturaleza y no estoy hecho para sembrar la cizaña ni las disputas entre nobles. Bien al contrario, me esfuerzo en evitar los problemas antiguos y crear nuevos.

— Sí, eso está muy bien, pero a veces, un problema bien resuelto, y no sé si me entendéis, puede resolver de un tajo muchos otros —le dijo Guillermo con una sonrisa, a la que respondió Eduardo con otra.

— Sí, vos serías muy capaz. Ya lo creo.

— A propósito, Eduardo, ¿cómo está vuestra esposa Edith? Hace tiempo que no la enviáis a recibir el aire de Normandía, dándonos el placer de ser sus anfitriones.

— Bien, en términos generales. La falta de hijos la tiene entristecida. Me siento culpable de su pesar. Como sabéis, por la confidencia que os hice hace ya muchos años en Normandía, hice voto de castidad, y por ello, no tendré hijos.

— A propósito de la confidencia. ¿Recordáis, vuestra palabra sobre reconocer mis derechos de sucesión al trono de Inglaterra?

— Por supuesto. Pero en verdad te digo primo, que no sé si os favorezco al haceros depositario de una carga tan pesada y peligrosa, pues debo de informarte que, salvo que me equivoque mucho, a mi muerte se declarará una guerra civil entre los sajones y normandos por hacerse con el trono. Eso, sin olvidar las pretensiones de Harald III de Dinamarca, quien no dudará en invadir Inglaterra. Así es que, vos debéis de estudiar vuestras posibilidades, desde este punto de vista. No contéis con que se reconozcan vuestros derechos al trono. Pero llegado el caso, estoy seguro que sabréis como actuar.

— Contad con ello, primo. —dijo Guillermo, quien veía confirmadas sus sospechas sobre la dificultad de ocupar el trono a la muerte de su primo.

Guillermo permaneció en Inglaterra durante diez días, que aprovecho para realizar una primera aproximación a los nobles sajones, en los que detectó un cierto desprecio, pero que también le sirvió para valorar sus convicciones y conocer quiénes serían los más proclives a las dádivas y al poder y quienes se situarían decididamente frente a él. Guillermo guardo en su cabeza los nombres de aquellos nobles, y con aquella información

de primera mano, se dispuso a volver a Normandía. Aquella visita había constituido el primer acto de su ascensión al trono inglés y había cumplido su objetivo: ahora sabía a ciencia cierta que no sería de forma pacífica por lo que la próxima vez que pusiera un pie en la isla, lo haría con decenas de barcos y miles de hombres, y no lo haría como visitante, sino como invasor.

Al año siguiente, Guillermo contrajo matrimonio con Matilde de Flandes en la capilla de Notre-Dame en el castillo de Eu, ante una numerosa representación de las casas reales y ducales de Europa, y nobleza en general. Matilde era hija de Balduino V de Lille, conde de Flandes y de Adela de Francia hija del Rey de Francia Roberto II. El papa León IX le había hecho saber su oposición a la celebración de la boda, por motivos de parentesco, a la que Guillermo hizo caso omiso.

Roberto de Hauteville, había regresado a Nápoles, y se había puesto a las órdenes del Príncipe de Cápua, organizando un ejército propio de mercenarios, entre los que predominaban los de procedencia normanda. La situación reinante en Italia era ideal para un hombre con ansia de poder y con todo un patrimonio por hacer. No anduvo mucho tiempo a las órdenes del de Cápua, porque este se negó a pagarles lo estipulado. La reacción no se hizo esperar: saquearon sus tierras y se cobraron con creces lo que se les debía. Fue en estas *razzias* en las que la fama de Roberto de Hauteville se fue extendiendo por toda Italia., al punto de que se le empezó a conocer como Roberto Guiscardo, nombre que le habían puesto sus hombres.

Era tan numerosa la presencia de estos mercenarios que campaban a sus anchas, que en 1053, el papa León IX, intentó la aventura de expulsarlos de Italia, por lo que se enfrentó a ellos en Civitate, sufriendo una contundente derrota. Roberto se destacó entre todos los participantes por su valor, y sus dotes de estratega. A la muerte de su

hermano Unfrido, fue elegido jefe de los normandos por aclamación. El papa, que hacía encaje de bolillo para mantener su precaria autoridad entre tanto mercenario, tratando de mantener una distancia equidistante, tanto del Sacro Imperio Germánico, como de los Duques, Condes y Barones que dominaban Italia en medio de un conflicto armado. Por ello practicaba la política de ajustar las alianzas a golpe de situación. Cuando sentía la presión de un grupo, se aliaba con el contrario, y viceversa.

Entretanto, Roberto Crespín, quien había introducido a Guillaume en Italia, se encontraba en Hispania, luchando contra los moros, unas veces por cuenta propia saqueando pueblos y otras, como mercenario, ayudando por dinero a los nobles hispanos a capturar plazas, asaltando caravanas, robando ganado y haciendo botín en las conquistas. Los normandos que dirigían se destacaron por su crueldad máxima y poco respeto a la vida ajena, debido a que las suyas tampoco las estimaban en demasía. Su crueldad era famosa y cuando se mencionaba a los normandos, el horror y el miedo se instalaban en las mentes y en los corazones de los pobladores de la zona en la que anduvieran.

Nicolás, seguía desarrollando su labor de médico de Saint-Ouen, y ante la enorme avalancha de enfermos que se producía diariamente, procedente de multitud de lugares, algunos muy lejanos, fray Ricardo aconsejó a Nicolás la ampliación del Hospital, aumentando las habitaciones individuales para gentes con posibles con el consiguiente pago de una cantidad y de un Hostal anexo al mismo, con el fin de alojar a los familiares. Como siempre, se hacía la distinción de los que podían pagar y los que no. Jamás se cobraba tratamiento, alojamiento ni comida a quien no podía pagar. Los ingresos por el concepto de Hospital y Hospedería se multiplicaron por diez.

Agnes, la madre de Nicolás, había cumplido 46 años, y aparentaba casi 60. El envenenamiento de

arsénico, aunque se había recuperado, había ocasionado grandes males a su cuerpo resquebrajando su salud y sus fuerzas. Ella vivía acompañada de Margarita, una joven que había perdido a sus padres, y estaba ingresada en el hospital, aquejada de unas fiebres. Nicolás, se la asignó a su madre, para que ambas se cuidasen mutuamente. Le adjudicó una de las casas de labradores que estaba en aquellos momentos sin ocupar, y allí hacían vida las dos, una cuidando de la otra. Sin embargo, sus destinos habían cambiado radicalmente, y ahora la felicidad se había enseñoreado de sus vidas.

Capítulo XXXIII.
Uncastillo, Aragón 1054.

En enero, Ramiro contrajo matrimonio en segundas nupcias con Inés de Aquitania en Roda de Isábena, en una ceremonia a la que asistieron únicamente los contrayentes, los oficiantes y los frailes del monasterio. Naturalmente, asistió también Jimeno Garcés y su mayordomo Íñigo López y su esposa Mayor.

La situación entre Castilla y Navarra se encontraba en un punto de no retorno. Ramiro asistía preocupado al enfrentamiento fraterno de sus dos hermanos, Fernando y García, respectivamente I de Castilla y III de Pamplona. Pero aparte del enfrentamiento familiar, le preocupaban las posibles consecuencias que podían derivarse de este enfrentamiento.

Cuando supo que García III había partido hacia Castilla, al frente de un gran ejército para enfrentarse al de su hermano, dejando a su hijo Sancho, al mando en Pamplona, sus sentidos de estadista previsor le alertaron sobre la posibilidad de que aquella acción emprendida por su hermano, pudiera tener repercusiones en Aragón. Mandó reunir a sus ejércitos en Uncastillo, junto a la frontera con Navarra con el propósito de estar preparados para acudir en defensa de su sobrino Sancho Garcés, por si la suerte le era esquiva a García III y Castilla lanzaba sus ejércitos contra Navarra.

En Uncastillo, se juntaron los *seniores* aragoneses Íñigo Jiménez de Uncastillo, Lope Garcés de Loarre, Fortuño Aznárez de Cacabiello, Fortuño Jiménez de Luesia, Blasco Oriol de Biel, Jimeno Blásquez de Martes y Jimeno Sánchez de Sabiñánigo; los sobrarbenses Sancho

Galíndez de Boltaña, Íñigo López de Buil, Íñigo Jiménez de Monclús y Fortuño Blásquez de San Martín, y los ribagorzanos Suñer de Perarrúa, Ramón Mir y Ramón Berenguer, y muchos más.

Cuando las noticias de la muerte de García III en Atapuerca llegaron la madrugada del día 3 de septiembre, Ramiro puso a su ejército en alerta. Dependía ahora de las noticias que llegaran a continuación sobre la actitud que decidiera tomar Fernando, el rey de Castilla.

Sin embargo, las posteriores noticias que fueron llegando lejos de ser alarmantes, fueron más bien tranquilizantes. A la muerte de su rey, los navarros guardaron campo y vigilia durante la noche para llevarle en procesión fúnebre al panteón recientemente edificado por él mismo en Nájera. Fernando en persona se presentó en el lugar acudiendo junto a la capilla ardiente de su hermano y proclamando y reconociendo ante todos los presentes, a su sobrino Sancho, aún adolescente, como nuevo rey de Navarra, al que prometió guardar bajo su protección como rey imperante en Hispania. Castilla recuperó los territorios castellano-alaveses y estableció la frontera de ambos reinos, en línea con el Ebro desde el camino de Santiago en Logroño, como término de paz. Fernando I se anexionó la comarca para su reino, que era en ese momento territorio pamplonés.

No obstante la ausencia de alarma en las noticias que llegaban desde Castilla, debido a la actitud favorable del castellano, en octubre Ramiro y su sobrino Sancho, decidieron suscribir un pacto. Ramiro pretendía con ello, extender su manto protector sobre su sobrino y el reino de Navarra, tratando de minimizar la influencia castellana, a la vez que con su presencia, advertía a éstos de abstenerse de realizar acciones contra el territorio navarro.

Los dos reyes estuvieron asistidos en la firma del pacto, por siete caballeros nobles de cada uno de los dos

reinos. Acompañaban a Sancho Garcés IV los *tenentes* navarros Fortuño López de Muez y Punicastro, Fortuño Aznárez de Funes, Íñigo Sánchez de Ruesta, Jimeno Aznárez de Tafalla, Lope Fortuñones de Calahorra y Nájera, Lope Íñiguez con cargo cortesano e Íñigo Sánchez de Sangüesa.

Por parte aragonesa juraron el pacto Fortuño Sánchez de Uncastillo, Lope Garcés de Loarre, García López de Perilla, Íñigo Sánchez de Secorún, Fortuño Garcés mayordomo del rey. García Íñiguez de Castillón y Oriol Básquez de Biel.

Además, Sancho Garcés IV donó a su tío, Ramiro I, Sangüesa y Lerda-Undués, obligándose en la cláusula de juramento «a no arrebataros las villas ni las tierras que os he dado».

Ello significaba que el convenio establecía una nueva línea fronteriza entre Navarra y Aragón, en provecho del reino de Ramiro I. En virtud del pacto, Ramiro I anexionaba a su dominio la ribera del Aragón desde Mianos hasta Sangüesa y Aibar. También se acordaba que Sancho IV cedía a su tío el castillo de Sangüesa con su término jurisdiccional y la villa de Undués de Lerda y los antiguos territorios aragoneses en poder de los navarros, los Valles de Escá, Aragón y Onsella., en tanto que él se obligaba a prestar «amistad, fidelidad, ayuda y consejo» a su sobrino, el nuevo rey navarro.

Aragón comenzaba a perfilarse como un reino poderoso y pronto llegarían los tiempos de iniciar nuevas conquistas, esta vez hacia el Sur.

La fortaleza que el reino aragonés empezaba a mostrar, tuvo como consecuencia que los reyes de las taifas comenzaran a temer que la próxima expansión fuera a su costa, por lo que ofrecieron el pago de parias a cambio

de no agresión. Muqtadir de *Saraqusta*, y Mudaffar de *Lárida* se hicieron tributarios de Aragón.

Por otro lado, Ramiro comenzó a tomar una a una las plazas que los musulmanes tenían en el Sobrarbe y en la parte sur de la Ribagorza, de forma tal, que por el norte, se encontraba la zona conquistada por los condes catalanes, impidiéndole conectar el sur conquistado a los musulmanes, con la parte de la Ribagorza en poder de Ramiro. Los catalanes ocupaban una bolsa, cuyo norte, sur y oeste limitaba con el reino de Aragón. Era un problema al que habría que poner solución.

Capítulo XXXIV.
Barbastro, Barbitaniya 1056/ 448 de la Hégira.

En mayo, Nicolás emprendió viaje a Barbastro invitado por su amigo Abdalá, quien un año antes, le había hecho llegar una invitación a través de un comerciante turco que comerciaba con telas desde Turquía hasta Granada en Hispania. Nicolás entregó al turco unas monedas por los gastos, quien en agradecimiento, le regaló un chal de lana que Nicolás regaló a su madre, rogándole que cuando regresara hacia Hispania, volviera a pasarse por allí, para recibir la respuesta. A los pocos meses, así lo hizo. Y de nuevo, el turco recibió su pago y en correspondencia, éste le regaló una copa de vidrio, maravilla jamás vista por aquellos lugares.

Nicolás se desplazó hasta Caen, para comentar con su primo la proyectada visita a Barbastro. Y al igual que entonces, su primo se mostró encantado con el viaje. Pero en esta ocasión, le pidió que le trajera noticias acerca del Rey de Aragón, Ramiro I y de su hijo Sancho Ramírez. Según entendía Guillermo, Aragón estaba llamado a ser un estado de referencia en Hispania, en un tiempo relativamente cercano. Le extendió las credenciales de Embajador, y le facilitó una escolta de diez hombres, quienes le acompañarían hasta Aragnouet. Esta vez Nicolás iría acompañado por Bertrand, un joven novicio de veintitrés años, de gran fortaleza y ánimo, sobre el que ejercía como tutor. Bertrand se refería siempre a Nicolás como maestro.

Los diez días que duró el viaje, transcurrieron sin incidentes. Una vez que comenzó la ascensión desde Aragnouet, hasta Saint-Lary-Soulan y desde allí hasta Bielsa, donde, si las comunicaciones habían funcionado bien, esperaba que ya les estarían esperando los hombres

enviados por Abdalá. Y así era. Un día más de camino y estaría con sus amigos de Barbastro.

A la altura de Graus, con el castillo fortificado a la vista en la lejanía, divisaron un grupo de jinetes que venía en dirección contraria a la de ellos. Cuando la distancia entre ambos se aminoró lo suficiente, Nicolás divisó en el estandarte el escudo con dos leones amarillos sobre fondo rojo: se trataba de normandos. Los dos monjes se miraron, sorprendidos por la presencia de sus compatriotas en tierras tan lejanas. Nicolás mandó desplegar el estandarte con los dos leones sobre fondo rojo. Los hombres que les acompañaban, se colocaron delante de los dos monjes.

Roberto Crespín, cabalgaba al frente de aquel grupo de jinetes, ordenó bajar el ritmo de la marcha. Quería identificar con exactitud al grupo que venía de frente. Era consciente de que estaba en terreno por el que circulaban patrullas pertenecientes a asentamientos musulmanes pertenecientes a la taifa de *Lárida*. Alertó a sus hombres para que estuvieran preparados para la acción por si era necesario. No tardó mucho tiempo en darse cuenta que el exiguo número de los que venían, no podían representar una seria amenaza.

Al observar el movimiento que hicieron los que venían de frente, determinó que se trataba de una escolta de protección de dos… ¡monjes! Conforme la distancia se iba reduciendo y se podían apreciar mejor los detalles, la sorpresa se hizo todavía mayor al comprobar que los jinetes que formaban la escolta eran musulmanes y que uno de los dos monjes desplegaba un estandarte con el escudo del Duque de Normandía. Roberto mando detenerse a sus hombres y los dispuso a ambos lados del camino. Él y su lugarteniente se quedaron en el centro, esperando la llegada del grupo, quienes se detuvieron a unos pasos de ellos. Uno de los monjes, el que llevaba el estandarte, se acercó al trote hacia Roberto. Cuando lo

tuvo a unos metros, lo reconoció en el acto. Era el monje que Guillaume Montreuil, había acompañado en Salerno.

— La paz del Señor sea con vosotros —dijo Nicolás.

— Y contigo. ¿Sois vos, Nicolás, el primo del Duque de Normandía? —preguntó.

— ¿Me habéis reconocido, Roberto Crespín? —dijo Nicolás

— Sí. Aunque verdaderamente, he ido de sorpresa en sorpresa desde que os he visto en lontananza. ¿Que hacéis tan lejos de Rouen, *frey*? —preguntó.

— Voy de camino a Barbastro, invitado por unos amigos de mis tiempos de Salerno.

— Y la escolta, ¿sarracenos de Barbastro?

— Exacto. Mis amigos me la han enviado, a pesar de mis protestas. Dicen que los caminos por esta región son peligrosos.

— Y dicen bien. Pero todos los caminos del mundo son peligrosos, no solo estos. Se ve que vuestros amigos os aprecian.

— ¿Y qué os ha traído hasta Hispania? —pregunto Nicolás.

— Asuntos. Simplemente asuntos. Ahora estamos regresando de nuevo a Italia.

— Bueno, pues que Dios os acompañe en lo que resta de vuestro largo camino —dijo Nicolás

— Que así sea —respondió Roberto.

Nicolás hizo una señal, y su comitiva siguió detrás de él. Una vez rebasado el numeroso grupo de normandos, comenzó a respirar tranquilo. Luego oyó como Roberto Crespín, daba orden a sus hombres de continuar el camino. Un poco más y Barbastro quedaría a la vista.

En el mes de Safar las temperaturas en Barbastro comenzaban a ser elevadas. A la vista de sus murallas, la comitiva avanzaba a buen paso en dirección de las casas situadas en el arrabal, a extramuros de la ciudad, predominando las casas de una sola planta, donde debían vivir, unas seis o siete mil personas entre los del arrabal y

los que vivían en el interior amurallado, según calculó Nicolás. A Nicolás le pareció que había aumentado de tamaño que cuando la vio por primera vez, hacía ya unos años. Desde luego, el arrabal extra muros había crecido mucho. Una barbaridad. Y al igual que aquella primera vez, observó que la margen izquierda del río seguía ocupada por las huertas y los campos. Desde donde se encontraban, observó unas obras de construcción de un par de nuevos puentes sobre el río, síntoma de que la actividad comercial y agrícola había crecido mucho, indudablemente debido al aumento de población.

Conforme se iban acercando, comenzaron a sentir los aromas procedentes de las flores de los campos. Recordó con agrado su visita anterior, y se preguntaba cuántas cosas nuevas se iba a encontrar a la vista del crecimiento producido en extensión y con seguridad en el número de habitantes de la ciudad. Normativas y costumbres, mucho más saludables que las de sus vecinos del norte, hacían de Barbastro una ciudad moderna, de calles limpias y sobretodo, una ciudad vibrante, con pulso y corazón.

Con la mirada fija en las murallas, vio como de la *bab al-Merder*, salían tres jinetes a caballo, y una vez fuera los ponían al galope. Enseguida se dio cuenta de que se trataba de sus amigos Abdalá, Alí e Iben, quienes, supuso, les habrían visto llegar desde lo alto del torreón de la Zuda. Nicolás espoleó a su caballo, adelantándose al grupo, en dirección hacia los que venían. Cuando se juntaron, descabalgaron y se fundieron en un abrazo largo y emotivo, dando lugar a que los que venían detrás les alcanzasen.

Abdalá dio orden a la escolta para que siguieran su camino hasta la ciudad, y luego los cinco, una vez hechas las presentaciones, se dirigieron hacia Barbastro andando, llevando a los caballos de las riendas. De vez en cuando, se detenían, y ora Alí, Abdalá o Iben, señalaban con el dedo

hacia alguna dirección, aclarando o respondiendo a las dudas o preguntas de Nicolás y de su acompañante. Finalmente alcanzaron las primeras casas de los arrabales que quedaban fuera de la muralla, y pronto se vieron rodeados por niños y personas que se extrañaban de los raros ropajes que llevaban dos de aquellos visitantes. Abdalá los iba espantando como podía, pero era misión imposible.

Las calles empedradas estaban perfectamente limpias, que le impresionó grandemente, recordando las calles de Rouen, de tierra, y a las que se arrojaban toda clase de porquerías, incluidos el detritus humano. Deseó que sus compatriotas, tuvieran el mismo espíritu cívico que demostraban los barbastrenses. Pasaron por delante del establecimiento de baños, acordando con sus amigos realizar un día una visita, ante el escándalo de Bertrand, una vez que le explicaron en qué consistían los baños, pues le escandalizó el hecho de hombres completamente desnudos se reunieran en una habitación. Ante las maliciosas sonrisas en los rostros de sus amigos, Nicolás le tranquilizó, diciéndole que no era como se estaba imaginando, pues el decoro y el recato siempre estaban presentes en un establecimiento de baños. Le explicó, que en la idiosincrasia propia de los árabes, les inclinaba de forma natural hacia el buen gusto junto con la eficacia. En los baños, al igual que hacían los romanos, además mantener el cuerpo sano, se producían reuniones sociales, donde se comentaban las últimas noticias y rumores que recorrían la ciudad o en el mundo conocido. Y en los baños árabes, no existía la promiscuidad que había en los baños romanos. Bertrand negaba con la cabeza de forma insistente, ante la cortés actitud de Iben, Alí y Abdalá, entre cortés y divertida. Nicolás dejo de insistir y continuaron su camino.

Llegaron ante la puerta, custodiada por dos *radjules*, quienes saludaron a los que llegaban. Antes de entrar, Nicolás vio que a su derecha había una pasarela

sobre el rio que en su viaje anterior no estaba. Señalándola, pregunto por ella.

— La tuvimos que hacer hace dos años. La que había, se la llevo una riada que, incluso, anegó los arrabales. Al-Halifa nos dijo que lo que ocurrió estaba cantado, porque era muy baja y no dejaba suficiente paso a las aguas. Mandó construirla aquí donde la ves porque está más alto, y además tiene una altura considerable.

Entraron a Barbastro por una amplia calle, a la que desembocaban otras más estrechas, a un lado y a otro de la misma. Las que se encontraban a la izquierda descendían suavemente, pues esta parte de la ciudad estaba construida sobre una suave pendiente que bajaba desde la Zuda. En su caminar hacia la alcazaba, llegaron a una plaza, donde varios carros estaban detenidos, esperando turno, mientras el Almotacén, revisaba su contenido y en función del cual, cobraba unas tasas, consistentes en unos *feluses* de cobre. Pasaron por delante de establecimientos donde podía verse a los artesanos trabajando en sus habilidades. Los había que trabajaban el cuero, la madera, el hierro. Los panaderos hacían el pan a la vista de todos en el interior de sus establecimientos, donde podían verse las bocas de los hornos de leña, un pan ácimo, al que añadían nueces. Finalmente alcanzaron la *bab al-Midyar* situada en la muralla interior que permitía el acceso a la *madina*, centro neurálgico de la ciudad, donde residían las autoridades civiles y religiosas.

Allí los recibió el *wali* al-Tawil a cuyo lado se encontraba el *cadí* Ibrahim ibn Isa y Eleazar Galif, el padre de Iben. Los tres se levantaron cuando hicieron acto de presencia Nicolás y Bertrand, acompañados de sus tres inseparables amigos, Abdalá, Ali e Iben.

— *Salam Aleikum* —saludó Nicolás, a la vez que su mano tocaba su corazón, boca y frente, en un movimiento ascendente, señalando el cielo finalmente.

— *Aleikum Salam. Ahlan wa sahlan* —le contestaron al unísono los tres árabes.

— Permitidme antes de nada, que os ofrezca un presente. Es un libro en árabe, que compré en Salerno. — Nicolás le entrego a al-Tawil, un paquete envuelto en tela— Y aquí, os hago entrega de las cartas acreditativas que mi primo Guillermo II, Duque de Normandía, os envía, juntos con sus más fervientes deseos de paz, salud y prosperidad. —dijo Nicolás en un perfecto árabe, ante la complaciente actitud de los presentes. Luego continuó la conversación en árabe.

— Decidnos. ¿Cómo es vuestra vida? Vemos que lleváis el hábito de monje. ¿Seguís los pasos de vuestro Profeta? —preguntó el *Cadí*.

— Así es. A los pocos años de mi regreso a Normandía, fui nombrado Abad de Saint-Ouen en Rouen, al fallecer el anterior abad, Hugo de Herfast. Y desde entonces, compagino mis labores de Abad, con las de médico, dedicado en cuerpo y alma a las tareas que el Señor me ha impuesto.

— Debo deciros con gran satisfacción, que vuestra fama ha llegado hasta nuestra ciudad. Sois conocido por vuestra habilidad en sanar cuerpos y almas. —dijo Eleazar Galif— En lo que a mi concierne, me emociona y enorgullece, tener amistad con una persona tan importante.

— Dios lo ha querido así. Pero debemos mucho a los de vuestra raza que nos han precedido en este mundo. Ellos fueron artífices de una nueva forma de ver la enfermedad. A sus mentes preclaras debemos los avances que hoy podemos aplicar a los enfermos. Y a vos, Eleazar, especialmente. Vuestras enseñanzas que tuvisteis a bien compartir conmigo en mi primer viaje, me han proporcionado la posibilidad de tratar las heridas con una gran eficacia. Vuestro *alcohol*, aunque doloroso, evita muchas muertes. Y qué decir de los opiáceos para dormir al paciente, y poder intervenir con seguridad. Algo impagable, que os debo a vos, y por ende a vuestra ciudad, Barbastro, a la cual la tengo grabada en mi corazón, hasta que el Señor disponga de mi vida y me llame a su lado.

Las palabras de Nicolás eran escuchaban con gran atención, admirados porque un cristiano hablaba en su lengua. Bertrand, era el único que no entendía lo que se decía, pero viendo las serias expresiones de los demás, entendió que estaba en un acto solemne. Empleó el tiempo en admirar el lugar donde se encontraba y lo lejos que él estaba de imaginar que algo como aquello pudiera existir en el mundo. Quedó impresionado, y en su estima, su opinión sobre aquellas gentes comenzó a mudar. Tras los discursos, y una vez superada la trascendencia del acto se pasó a un trato más informal. Del Salón de Recepciones, se pasó al interior donde ya estaban preparadas las mesas surtidas de las más variadas frutas y verduras, carnes y guisos, destinadas a hacer las delicias de los presentes.

A Bertrand, se le abrieron los ojos y la boca ante tal abundancia y diversidad de productos. Buen comedor, se relamió interiormente, comenzando a seleccionar en su mente aquellas cosas que más le llamaban la atención, porque la verdad es que la mayoría de aquellos platos que tenía delante de él los veía por primera vez. Definitivamente, pensó, realmente aquellas gentes, sabían hacer grandes cosas.

Al ágape se unió también Al-Halifa Zuhayr, invitado por Alí y sus amigos y con gran alegría de Nicolás. Durante todos aquellos años, el recuerdo Zuhayr le había asaltado en multitud de ocasiones, cada vez que tenía ante sí un reto mecánico que nadie sabía cómo solucionar. “, “¡Ah, si estuviera aquí Zuhayr!”, se decía.

Cuando terminó la degustación, Bertrand estaba completamente feliz: lo había probado todo, y ¡oh, señor, perdónale!, había pecado de gula, habiéndole gustado absolutamente todo. Determinó infligirse algún tipo de castigo por tal desliz. Seguidamente, los acompañaron hasta sus habitaciones, donde dejaron las exiguas pertenencias que traían desde Normandía. Desde la lobulada ventana del aposento en que estaban alojados, se

podía ver en plenitud la ciudad de Barbastro, iluminada por la rojiza luz del sol que comenzaba a recogerse, creando una imagen para el recuerdo que se grabó en sus cabezas. Comenzaba a anochecer y las calles a quedar desiertas, cuando de pronto, el silencio fue roto por las llamadas del *Imán* a la oración, con sus vibrantes y aflautados sonidos, lo que les hizo recordar que se encontraban en una ciudad inmersa en otra cultura y otra religión, el islam, que algunos se empeñaban en señalarla como el origen de todos los males de la tierra. Desde su posición, podían verse perfectamente el trazado de las dos murallas y su enorme extensión. Y más allá, multitud de casas daban cuerpo a barrios enteros que agrupaban a los artesanos en función de sus oficios. Curtidores de pieles, tahoneros, teñidores, joyeros y muchos más. La judería estaba situada junto a la *bab al-Fege*, en el exterior de la alcazaba, muy cerca de la misma. Nicolás creyó ver como un aura de orden presidía lo que veía, bien diferente de las ciudades normandas, donde hasta la luz del sol era diferente y sus habitantes mostraban un carácter taciturno y huraño, en contraste con el bullicio vital que animaba a los vecinos de Barbastro y la constante relación de amistad entre ellos. Con la llegada del anochecer, el silencio ocupaba las calles y plazas sustituyendo al bullicio de la mañana y de la tarde.

Abdalá y sus amigos, les ofrecieron ropas musulmanas, para que se sintieran más cómodos, en vez de los ásperos hábitos. Bertrand se negó en redondo. Pero Nicolás, transgresor hasta cierto punto por naturaleza, decidió comprobar por sí mismo, la comodidad del vestuario que le ofrecían. Y en efecto, la holgura y amplitud de las ropas proporcionaba una comodidad extraordinaria, por lo que decidió que durante su estancia en Barbastro, vestiría al modo de sus anfitriones, ante la mirada escandalizada de Bertrand, quien veía como su tutor y abad, tomaba el aspecto de un infiel. Nicolás se enfundó el *thawb*, y cuando sus amigos lo vieron vestido de aquella guisa, no pararon de reír hasta pasado buen

rato. Bertrand, no pudo librarse de las bromas y de las chanzas, a las que también contribuyó, para disgusto suyo, Nicolás. Evidentemente, era la nota discordante del grupo.

Nicolás permaneció en Barbastro dos meses, donde pasó el tiempo hablando de medicina con Abdalá y Eleazar Galif, con el que intercambio conocimientos y técnicas quirúrgicas para asombro de ambos galenos. También compartieron el amplio conocimiento que ambos poseían sobre las pócimas y herbolario, practicando e ideando nuevos métodos de extracción de las sustancias que aportaban las hierbas que manejaban. También realizó excursiones a lugares cercanos y a otras plazas que pertenecían a la *Barbitaniya* musulmana. Probó el excelente vino que se obtenía de las vides situadas en los campos cercanos a Barbastro y se asombró enormemente al saber que lo consumían cotidianamente, a pesar del hecho de que su religión les prohibía tomarlo, pero, según decían, no hay nada malo en lo que ofrece la naturaleza, siempre y cuando se utilice con moderación y sin excesos. Nicolás reía por la hipérbole dialéctica que utilizaban para justificar el consumo del vino cuando realmente estaba prohibido. Evidentemente, estaba de acuerdo con ella. Él también lo solía tomar con moderación. La maldad reside en la intención.

Una tarde se hallaba de visita en el domicilio de al-Halifa Zuhayr y se encontraban sentados ante una mesa situada en el jardín interior, donde cuatro higueras daban una sombra muy agradable. Sobre la mesa unas copas de vino dulce. Les acompañaba Bertrand y hablaban sobre las ideas que Zuhayr tenía en materia de salubridad pública. Nicolás, que también compartía la misma idea del eslavo sobre tener ciudades más salubres, mediante canales de recogida de las aguas residuales y fecales, construidos bajo el suelo de las mismas, escuchaba sus revolucionarias ideas con la fe de un creyente.

Zuhayr, ante un interlocutor tan receptivo de sus ideas, sacó y colocó sobre la mesa multitud de planos de proyectos e ideas que pensaba poner en práctica en cuanto fuera posible. Nicolás quedó admirado ante aquel despliegue de tantas maravillas que harían de las ciudades lugares acogedores donde vivir. Entre todos aquellos bocetos y planos, le llamó la atención uno por la belleza que se reflejaba en aquella construcción dibujada sobre un pergamino. Se trataba de un palacio de enormes dimensiones. Nicolás lo desplegó con sus dos manos observándolo con interés.

— Este es un proyecto que espero que algún día no muy lejano veré realizado. —dijo Zuhayr.

— Es magnífico, Halifa —le respondió lleno de admiración Nicolás— Y por el bien de todos, yo también le pido a Dios que os permita llevarlo a cabo para gozo de las generaciones venideras.

Capítulo XXXV.
1057

A Guillaume de Montreuil, las cosas le iban magníficamente bien.

En 1048, Drogo de Hauteville había liderado una expedición en Calabria a través del valle del Cratis, en las proximidades de Cosenza. Distribuyó los territorios conquistados en Calabria, garantizando a su hermano Roberto Guiscardo un castillo en Scribla para guardar la entrada del valle. Tres años más tarde, en 1051, Drogo murió y fue sucedido por Hunfredo tras un breve interregno. Su primera acción fue enfrentarse al papa León IX, ofendido por la rebeldía de los caballeros normandos de Drogo.

El 18 de junio de 1053, Hunfredo lideró las fuerzas normandas contra una coalición papal e imperial. En la Batalla de Civitate, los normandos destruyeron al ejército papal y capturaron al papa, que fue apresado en Benevento, ciudad que se había rendido tras la batalla. Hunfredo conquistó a finales de 1055 Oria, Nardo y Lecce.

Durante su estancia en Calabria, Guillaume, había contraído matrimonio con una hija del *Earl* Normando de Aversa y Príncipe de Cápua Ricardo Drengot. Por este matrimonio, Guillaume se relaciona con las dos familias de normandas más poderosas e influyentes en el sur de Italia, Quarel Drengot y Hauteville, familia está a la que pertenecía el famoso Roberto Guiscardo, el más famoso de los normandos de Italia. Por esta beneficiosa unión, recibió los condados de Marsia y Aquino, antes de ser nombrado por su suegro Duque de Gaeta en 1064. Por

oportunismo, Guillaume repudió su esposa para casarse con un noble lombardo de la ciudad de Cápua, María, hija del Príncipe Pandulfo IV de Capua, aunque como consecuencia de ello, su ex-suegro le confiscó el Ducado de Gaeta.

En aquella convulsa e inestable situación, Guillaume tuvo claro que su futuro pasaba por tener una relación cordial e intensa con el Papa, bien al contrario que los Hauteville que luchaban contra él, aliándose con el Emperador.

El palacio condal de Cosenza bullía de rumores y gente en movimiento. Al parecer, y de forma repentina, Hunfredo, se había sentido indispuesto y había sembrado la alarma en todos sus consejeros. La noticia corrió por toda la ciudad como un reguero de pólvora, poniendo en estado de emergencia a los señores que formaban la corte del Conde. En estas situaciones, podían producirse movimientos que decantasen el poder en manos que podían representar algún peligro para otros.

Su hermano Roberto, fue informado a las pocas horas del suceso en su castillo de San Marco Argentano. Su primera acción fue la de dirigirse a Cosenza donde tomó el control del palacio y de la ciudad, situando fuerzas en los lugares estratégicos, con las órdenes de permanecer atentos a cualquier movimiento de tropas que pudiera producirse, del que debería ser informado inmediatamente.

Tres días más tarde, a media tarde, y sin que los médicos pudieran hacer nada ni conocieran las causas que produjeron el fatal desenlace, Hunfredo moría sin haber recobrado el conocimiento. Roberto, reunió a todos los Consejeros y príncipes locales, y se auto-proclamó conde de Apulia.

Su primera decisión fue la de rebelarse contra el emperador, a la vez que se declaraba vasallo del papa, quien dos años después, en el Concilio de Melfi, el papa Nicolás II, le nombró "por la gracia de Dios y de san Pedro, duque de Apulia y Calabria y de aquí en adelante, con la ayuda de los dos, duque de Sicilia".

Roberto de Hauteville aceptó los títulos, reconociéndose vasallo del Papa, y durante los siguientes veinte años llevó una serie de campañas militares que le permitieron conquistar el ducado de Sicilia.

Establecía así su hegemonía sobre todas las fuerzas normandas establecidas en Italia, a la vez que se convertía en el paladín de las fuerzas papales. A su lado, Guillaume, notorio defensor del Papa, se convirtió en el Gonfaliero de las tropas papales.

<<<O>>>

La primavera había animado la campiña aragonesa, y los alegres trinos de las aves daban muestra del renacer de la naturaleza, animando a los hombres a emprender nuevos proyectos e ilusiones.

Ramiro se encontraba en el castillo de Marcuello, situado al Norte de la Sotonera en la Val de Ayerbe, en línea con el de Loarre y no lejos de Bolea, la fortaleza musulmana más importante de la comarca. Estando reunido con sus barones, le fue anunciada la llegada de una comisión de moros y mozárabes para presentarle una propuesta. Sorprendido por lo inusual del hecho, ordenó que fueran acompañados a su presencia.

Pasados unos momentos, una decena de hombres vestidos a la usanza musulmana, se presentaron ante Ramiro y sus barones. Tras saludar con una reverencia, tomó la palabra el que parecía presidir aquella comitiva. Se presentó como Abd Allah, y dijo que todos ellos lo

tenían como un gran *sidi*, y que querían entregarle de buen grado el Castillo de Puibolea, del que él era el *alcaíde*, lugar de donde eran todos ellos. También le manifestaron su intención de convertirse al cristianismo, y que lo que solicitaban era que los protegiera de la segura venganza que llevaría a cabo el *walí* de *Waska*, una vez que se pusiera de manifiesto su acción. Tras escucharlos atentamente, les aseguraron que pensarían en sus propuestas y que en pasado algún tiempo, les darían la respuesta, en aquel mismo lugar, al que deberían volver para oír la decisión, abandonando la estancia.

Tras quedar solos, los presentes debatieron sobre si se podría confiar en aquellos moros y conversos o si se trataría de una trampa. Decidieron esperar nuevos acontecimientos y ver si se producían nuevos movimientos similares en otras poblaciones pertenecientes a la *cora* de *Waska*. Desde luego, poseer Puibolea, suponía obtener una posición de ventaja para atacar la población más importante, después de la propia *Waska*: Bolea.

Desde Loarre, Ramiro se dirigió hacia la ribera del río Aragón, donde iba a recibir de Jimeno Garcés la villa de Bagüés a cambio de la de Biasuaso y de importantes cantidades de trigo y vino que aquél adeudábale en La Peña y Berdún. De Bagüés, partió hacia el castillo de Marcuello, donde extendía un documento a favor de Sancho Galíndez por haber éste satisfecho una deuda del presbítero Altemir.

En Mayo, volvió de nuevo la comisión de Puibolea a Loarre, aprovechando la estancia en el castillo del monarca aragonés. En ella se acordaron los pasos a seguir y que se deberían demorar hasta mediados del próximo año, porque en aquellos momentos los esfuerzos de Ramiro y sus barones estaban centrados en otras zonas del reino. En el momento oportuno, las tropas aragonesas tomarían posesión del castillo de Puibolea y recibirían la pleitesía de sus habitantes. Los puiboleanos, aceptaron

con entusiasmo la propuesta real, volviendo a su villa completamente satisfechos.

Mayo, estaba siendo un mes extraño. Aquel año, se presentaba lluvioso y desapacible. Desde que se iniciara el mes, las nubes no habían cesado de lanzar agua sobre los campos, villas y ciudades de Aragón y Pirineos. La comitiva de Ramiro, avanzaba lentamente por los embarrados caminos en dirección a Loarre, desde donde se planearían las nuevas acciones contra los musulmanes del sur. Procedía de la Ribagorza, donde habían participado en varias acciones de conquista contra los musulmanes.

A su lado viajaba, el Obispo de Roda, Arnulfo que era un jinete inagotable, su *senior* de mayor confianza, Jimeno Garcés, y los *tenentes* Íñigo Jiménez, López Garcés, Sancho Galíndez, Fortuño Blásquez, Ramón Mir y Ramón Berenguer, y algunos otros que cabalgaban a unos pasos por detrás. Ramiro viajaba en el centro rodeado de sus barones. Todos ellos iban enfundados en largas capas de montar que cubrían las grupas de los caballos. Grandes chorretones de agua se deslizaban por su rostro, empapando sus ropajes y poniendo a prueba su resistencia. Sin embargo, en todos ellos estaban de buen humor, y las inclemencias del tiempo, por estar ya acostumbrados, no parecían importunarles mucho.

— Decidme don Ramiro —preguntó Ramón Mir— ¿creéis que el conde Ermengol y el conde de Barcelona, Ramón Berenguer, nos atacarán las plazas que hemos conquistado a los moros?

— Espero que no. Hace años que acordé con Ermengol y su madre, que ésta parte del Noguera-Ribagorzana, era nuestra zona de expansión. Y por supuesto el sur de la Ribagorza también.

— Mucho fiáis a la voluntad de los catalanes —dijo el Obispo Arnulfo.

— Tengo mis razones, para creerlo así. Tampoco entre ellos se profesan una gran amistad, bien al contrario

parecen mantener una recíproca desconfianza, a pesar de sus acuerdos. Claramente son acuerdos de conveniencia. El de Barcelona no aceptó nunca de buen grado nuestro acuerdo de colaboración con Ermengol. En nuestra próxima reunión, dejaremos zanjado definitivamente ese asunto. Por cierto, ¿qué opináis del nuevo Obispo de Huesca, Sancho?

— Realmente, no puedo dar opinión, pues no la tengo. No conozco a su paternidad.

— Su hermana, Mennosa, es la Abadesa del Monasterio de Santa Cruz de la Serós.

— Pues ni aún con esa información, tengo el placer de conocerlo. No obstante, confío en vuestro criterio para elevarlo a tan alto puesto.

— Esperemos que su labor sea fructífera y beneficiosa para todos nosotros.

— Que así sea —terminó el Obispo.

El camino, aunque totalmente embarrado, era ancho, lo que facilitaba la marcha del numeroso grupo de jinetes, quienes llevaban al paso a sus caballerías sin forzar. Empezaban a sentir en sus estómagos la llamada del hambre. Alguien preguntó si se estaba muy lejos de Roda, sede del Obispo Arnulfo, donde estaba previsto detenerse para seguir posteriormente el camino hacia Loarre.

— ¡Benabarre será el siguiente objetivo! —dijo Ramiro, dirigiéndose a sus *seniores*, quienes asomaron a su rostro una sonrisa, al oír la sentencia del Rey.

Normalmente durante las cabalgadas se solían establecer largas conversaciones donde todos participaban de forma espontánea y con naturalidad, que le servían a Ramiro para palpar el estado de ánimo de sus barones, y donde aprendía trucos y estratagemas, simplemente oyendo sus comentarios y proposiciones, solicitados en muchas ocasiones por el propio Ramiro. En estas largas y a veces tediosas marchas, se aprovechaba para contar vivencias y experiencias que cada cual tenía en sus feudos,

siendo de gran agrado del rey, porque le informaban de los sucesos que acaecían en sus tierras. A estas conversaciones, solían seguir grandes ratos de absoluto silencio y contemplación de la campiña, o la rápida cabalgada en pos de algún ciervo o jabalí que había tenido la desgracia de cruzar por el camino que venía la mesnada. Estos y otros accidentes, solían distraer a los hombres de las largas marchas a través de llanos, valles y montañas, con frío, viento, calor, nieve o lluvia.

— Será un gran hito, don Ramiro. Tiene unas murallas imponentes lo que da idea de su importancia para los sarracenos.

Dos días más tarde, llegaban a la vista de Loarre, para gran alegría de todos. Allí podrían finalmente descansar sus molidos huesos y repondrían fuerzas poniéndose a salvo de las inclemencias del tiempo.

En julio, una vez culminadas una serie de negociaciones con los señores de la plaza, las tropas de Ramiro recibieron las llaves del castillo de Puibolea de manos de Abd Allah, que en el ínterin, había abrazado el cristianismo, y a sugerencia de Ramiro, había tomado el nombre de Sancho. Así mismo, toda la guarnición le prestó obediencia y acatamiento.

La reacción del *walí* de *Waska*, fue fulminante. Esa misma noche, el padre del recién bautizado Sancho fue asesinado por los partidarios del *walí* de *Waska*, como represalia por la traición de su hijo. Rápidamente, una fuerte dotación de soldados moros acudió a Puibolea, tomando su control a las pocas horas de su entrega a Ramiro. Los ajusticiamientos fueron sumarios, asesinando a todos aquellos que eran acusados de haber participado en la traición por las propias gentes de Puibolea. La mayor parte de la dotación militar del castillo, y que había jurado lealtad al rey aragonés, huyeron poniéndose a salvo.

Anonadado por lo ocurrido, Ramiro dispuso que, cuando se consiguiera recuperar el castillo de Puibolea, fuera donada a Sancho una casa con su heredad. Toda la familia de éste se convirtió al cristianismo. No fueron solos Abd Allah— Sancho y su familia los únicos cómplices en esta primera campaña de Ramiro. Otras familias de musulmanes se pasaron al campo del rey aragonés. Ramiro recibió una carta de uno de estos: «*Esta carta hago yo don Ferriol de Bolea juntamente con mi hermano Nuño. En nuestros días cayeron sobre nosotros muchos males, y huimos ante la presencia de los paganos, los cuales, si presumían que alguien tenía bienes, le acusaban ante el rey de los sarracenos (el walí oscense, sin duda) y le detenían y acusaban y le infringían muchas penas hasta que pagaba mil monedas de oro. Así se portaron con Abimina de Bolea, Ferracint de Anzano y Adabnoric de Arbaniés y con muchos más que sería largo enumerar*».

Ramiro, a pesar de la complicidad de musulmanes y mozárabes de la Sotonera, no había podido retener la plaza de Puibolea, como se había propuesto como primera parte del asalto a la población y castillo de Bolea. Esta tarea quedaba postergada para tiempos venideros. El *walí* de *Waska*, quizá advertido de antemano sobre cuanto se urdía, reaccionó fulminante y violentamente al primer golpe de mano del aragonés, que tenía previsto partir de los vecinos castillos cristianos de Marcuello y Loarre.

El 5 de septiembre, el conde Ermengol III de Urgel y el conde Ramón Berenguer I de Barcelona, establecieron un pacto por el que los dos condes se declaran en guerra contra Ahmed al-Muqtadir de Zaragoza, y se comprometen a no firmar con éste «paz ni tregua ni sociedad alguna». Y convienen en que de los castillos, tierras y parias que obtuvieran, los dos tercios serían para el conde de Barcelona y el resto para el de Urgel, guardando ambos para la guerra, en aportación de hombres y medios, la misma proporción. Añaden en el

pacto de alianza, una cláusula especial para levantar una nueva fortaleza en las cercanías de los castillos de Purroy y Pilzán, en la que reunir las dos guarniciones. Su construcción debería financiarse a partes iguales por los dos condes, quedando también a medias sus propiedades. Bien entendido que, de no levantarse el nuevo castillo, dos terceras partes de Purroy serían para el conde de Barcelona y para Ermengol III de Urgel la tercera parte de Purroy y la totalidad del castillo de Pilzán. Para entonces la penetración catalana en la Baja Ribagorza había conseguido establecer una cuña en los castillos de Purroy de Solana y Pilzán, al Sur de Benabarre.

Estas y otras noticias, llegaron a conocimiento de Ramiro, dándole motivos sobrados de preocupación. Debería acelerar sus planes de acercamiento al de Urgel para abortar definitivamente el frente catalán y dedicarse en cuerpo y alma, en incorporar al reino de Aragón, plazas como Graus, Huesca y Barbastro, en ese orden, para aislar al de Lérida.

Durante el resto del año e inicios del siguiente, la actividad de Ramiro, se centró decididamente en la Ribagorza, adquiriendo villas y castillos, bien por compra, permuta o conquista.

Capítulo XXXVI.
Saumur, Aquitania, 1.058

Guillermo de Aquitania, seguía en su empeño de recuperar los territorios que consideraba que formaban parte de su patrimonio y que su padrastro Godofredo Martel se negaba a entregárselos, por lo que se vio forzado a recuperarlas una a una por la fuerza de las armas.

Godofredo se había refugiado en Saumur, a unas dieciocho leguas al norte de Poitiers, siendo una de las fortalezas importantes del conde de Anjou, último refugio ante el acoso de Guillermo.

Gastón, a duras penas mantenía a raya sus nervios, mientras esperaba al frente de sus hombres la orden de entrar en acción. Todas las fuerzas aquitanas estaban desplegadas alrededor de la ciudad sitiada, atentas a las señales de los banderines. De pronto, éstos mostraron las señales que indicaban reunión en la tienda ducal a la que debían acudir los jefes de las secciones. El Conde de Tresillac, miro con sorpresa a Gastón quien le devolvió la mirada con la misma expresión de desconocimiento. Algo pasaba y había que averiguarlo con urgencia. El Conde se dirigió con presteza hacia el puesto de mando, erigido en lo alto de un altozano que dominaba todo el campo de batalla. Tras un buen rato en la que nadie sabía exactamente lo que estaba ocurriendo, unos señaleros se encargaron de ir informando a los oficiales de lo que estaba sucediendo en la tienda ducal. Al parecer, se estaban produciendo sucesos inquietantes pues el Duque Guillermo, estaba siendo víctima de ataques de fiebre y dolores intestinales que los físicos denominaban flujo de sangre y que desconocían las causas de la misma, quedando todo a merced de Dios. Su hermano, Guy, había

ordenado que todo el mundo permaneciera atento a las señales y mantuvieran su posición en el campo.

Gastón tuvo el presentimiento de que algo malo iba a ocurrir. El Conde de Tresillac no se había incorporado a su puesto y lo mismo ocurría con los demás jefes. Pasó una hora larga cuando, las banderas dieron orden de levantar el sitio y regresar al campamento ante el desconcierto general. El Conde de Tresillac, venía al trote hacia su posición, donde ya le esperaban todos sus oficiales.

— Guillermo ha muerto. Su hermano Guy, ha tomado las riendas y como nuevo Duque de Aquitania, ha ordenado levantar el sitio y ocupar posiciones más retrasadas. El y varios de nosotros nos dirigiremos hacia Saumur para dialogar con Martel. Dependiendo del resultado de la conversación, seguiremos en el sitio o regresaremos a casa.

Dos días más tarde, y una vez obtenido de Martel la seguridad de que no se opondría a reconocer los territorios que pertenecían al Duque de Aquitania, las fuerzas regresaron a sus lugares de origen.

Capitulo XXXVII.
1.059

Tras el fracaso de la intentona contra la Sotonera musulmana, Ramiro se dedicó a recorrer el Sobrarbe y la Ribagorza donde nombró *tenentes* en todas las plazas de reciente incorporación al reino. A finales de abril se encontraba en Biel para conceder privilegio de ingenuidad para las propiedades del *senior* Sancho Galíndez en Sos y en el valle del Onsella, en presencia del infante Sancho Ramírez, el futuro rey, que contaba con unos dieciséis años de edad. De Biel viajó a la región de Las Valles, anexionada al condado de Sobrarbe, donde llegó antes de acabar el mes.

En San Ciprián, concedió a Jimeno Blásquez una villa llamada Asa, dentro de su política de ir premiando a sus *seniores* con prebendas y beneficios por su participación en el proyecto común que era Aragón. En junio se hallaba todavía en la Ribagorza, tratando de la compraventa del castillo de Castelló de Tor, situado en la mitad oriental del condado, sometida desde tiempos de Sancho el Mayor, al dominio del conde de Pallars. Este castillo era muy apreciado por Ramiro por la posición en la que se encontraba dentro de la Ribagorza. Hacía casi veinte años cuando los condes de Pallars, Ramón y Ermesinda habían vendido a Riculfo, hijo de Ariolfo, y a su esposa Aizolina, hija de Adaleiza, el castillo de Tor, «sito en el condado de Ribagorza», con sus feudos y parroquias.

Doce años después, en mayo de 1053, muerto Riculfo, su viuda Aizolina vendió la mitad del castillo y sus dos villas, Llesp y Coll, a Ramiro, el cual entregaría a cambio las villas de Beranuy y Pardinilla, en la cuenca del río Isábena. Sin embargo la compraventa no se llevó a efecto porque sus hijos Bernardo y Amado, se sintieron

perjudicados en el intercambio. Finalmente, ahora iba a producirse el intercambio. En presencia de Aizolina, Ramiro cedió a los hermanos Bernardo y Amado, el castillo de Beranuy y las villas de Beranuy, Pardinilla y Veraguas, a cambio de Castelló de Tor, en presencia del conde Ramón de Pallars, que signó el instrumento.

Ramiro aspiraba a poseer este castillo desde antiguo y su intención al comprarlo era conseguir el vasallaje del conde de Pallars, con vistas a la próxima campaña contra los musulmanes, que ya tenía muy avanzada en su cabeza. Dentro de esta intención, decidió seguir la costumbre navarra, y al igual que su padre hizo con él, comenzó a pensar en la posibilidad de introducir a su hijo Sancho en la gobernación de Aragón, de forma que él pudiera dedicarse en cuerpo y alma a ampliar y asegurar el reino por el este y frenar así las intenciones de los catalanes, además de arrebatar las plazas en poder de los musulmanes situadas el sur de la Ribagorza.

Capitulo XXXVIII.
1.061

Guillermo VIII de Aquitania, había tomado el año anterior, la ciudad de Toulouse en correspondencia a que su conde, había intentado hacer lo propio con Burdeos. En abril, comenzó a expansionarse por los territorios aledaños y mientras se dirigía hacia Boutonne con ánimo de tomarla, fue atacado y vencido cerca de esta ciudad por los hijos de Godofredo II de Anjou, quienes se aprestaron a defender su territorio. No obstante la derrota, dirigió sus fuerzas hacia Saintes conquistándola, lo que le permitió iniciar el control de la Saintonge. Con ello, logró lo que hacía tiempo anhelaba: conectar sus dos capitales, Poitiers y Burdeos. A continuación, sus planes se dirigirían hacia la Gascuña, en manos de Géraud II, conde de Armañac.

<<<O>>>

Dos años antes, en el sínodo de Melfi, del 23 de Agosto de 1059, el papa Nicolás II aceptó oficialmente la propuesta de Ricardo de Aversa y Roberto Guiscardo, dando en feudo a Ricardo el principado de Cápua y a Roberto, Apulia, Calabria y Sicilia, la cual todavía había que arrebatar a los sarracenos. Los dos normandos prestaron juramento de fidelidad al papa, jurando proteger la persona y el *status* del mismo, y ayudar a la Santa Iglesia Romana contra todos los que quisieran atentar contra la propiedad de san Pedro. Como cabía suponer, este acto de sumisión de los normandos, no era del todo desinteresado, pues en efecto, para ellos era muy ventajoso ser vasallos del papa, porque a cambio de ello, obtenían la legitimación de sus conquistas actuales y una base jurídica para las futuras. Ello, lógicamente había enfurecido al Emperador alemán.

Nicolás II, había querido evitar un enfrentamiento directo con el Sacro Imperio Germánico, por lo que envió al Cardenal Esteban a la corte imperial, con el fin de explicar con detalle, el acuerdo establecido con los normandos. Sin embargo, el delegado papal no fue recibido, lo que fue síntoma de que un cisma se estaba fraguando, como así ocurrió a la muerte de Nicolás II.

Anticipando una guerra civil, los cardenales completaron la elección el 30 de septiembre con la ceremonia de entronización del nuevo papa. El Colegio Cardenalicio, acaba de terminar su votación. Ante la expectación general de los cardenales electores, el Cardenal Secretario, dio a conocer el nombre del elegido: Anselmo de Baggio, Obispo de Lucca, quien preguntado sobre si aceptaba el nombramiento, y en caso afirmativo, el nombre con el que iba a ejercer su ministerio, contestó con voz grave y firme: Alejandro II. En ese momento, todos los Cardenales que formaban el Sacro Colegio, se arrodillan ante el nuevo Papa, en señal de acatamiento.

Alejandro II, era el primer pontífice elegido con la nueva normativa establecida por el anterior papa, Nicolás II, en Febrero de 1059, en el Sínodo Lateranense de Pascua, donde había dado a conocer la encíclica *Vigilantia Universalis* y un decreto sinodal sobre la elección de Papa. La encíclica analizaba y prohibía dos prácticas muy arraigadas entre el clero y la nobleza y los príncipes de la cristiandad. Una, contra el nicolaismo, exigiendo a todo sacerdote, diácono o subdiácono, la observancia estricta del voto de castidad, bajo pena de excomunión, exhortando a los fieles a no oír misa, ni recibir ninguno de los sacramentos impartidos por sacerdotes que incurrieran en este pecado de nicolaismo. Otra, contra la Simonía. Ningún clérigo sacerdote, puede recibir de ningún modo, de parte de los laicos, una iglesia o cargo eclesiástico, ni gratuitamente ni habiendo pagado cantidad alguna por la prebenda.

En cuanto al Decreto sobre la elección de los papas, establece que estos, serán elegidos por el Cuerpo Electoral de la Iglesia, formado por los Cardenales Obispos, quienes propondrán los candidatos y los Cardenales Presbíteros y Cardenales Diáconos. Estos dos últimos grupos formarán el Colegio Cardenalicio, sobre los que recaerá la decisión última en la elección de papa entre los propuestos. En el decreto, se define también, a modo de concesión cortés, que el Emperador de Sacro Imperio Germánico, será oído antes de la elección. Oído que no designación.

Pero con el nombramiento de Alejandro II, no se había resuelto la delicada situación creada, pues el Emperador no estaba por la labor de no poder influir decisivamente sobre la elección del sucesor en el trono de Pedro.

Poco tiempo después acepta la propuesta de los príncipes normandos Ricardo de Aversa y Roberto Guiscardo, según la cual, estos renovaban su reconocimiento al papa como su señor feudal, quienes ofrecían además, su protección para garantizar la independencia de la Iglesia ante los príncipes europeos. Con ello, Roma recibía un importante apoyo en su lucha por la reforma de la Iglesia, fundamentalmente en su lucha contra la simonía, y el nicolaismo. Así, el nuevo aire reformador propiciado por la Iglesia, e iniciado desde Cluny, amenazaba, por primera vez, con llegar a buen puerto. El enfrentamiento entre los príncipes, especialmente los alemanes y la Iglesia, había comenzado. Esta estaba dispuesta a cambiar el orden de las cosas. Serían los reyes los que estarían subordinados a la Iglesia, y no al revés.

Mientras tanto, una diputación de nobles romanos, furiosos por su eliminación como factor dominante en la elección del Papa, junto con representantes del episcopado anti-reformista de Lombardía, se dirigieron a la corte alemana para solicitar la sanción real para la reciente

elección. La emperatriz Agnes, como regente de su hijo de diez años, Enrique IV, convocó el 28 de Octubre de 1061, una asamblea de magnates clérigos y laicos en Basilea y allí, y sin la presencia de un solo cardenal, el Obispo de Parma fue declarado Papa tomando el nombre de Honorio II. Este busco medios militares para imponerse como único representante de San Pedro en la tierra, buscando la ayuda de Enrique IV junto con la nobleza romana despechada, por su exclusión en la elección de Alejandro II.

Ante estos acontecimientos, Alejandro II, convocó al *Sacrum Palatium Lateranense* el 15 de noviembre. Entre los reunidos en la Sala de San Giovanni, se encontraba sentado a su derecha, su gran valedor, el artífice de su nombramiento, el Archidiácono Hildebrando Aldobrandeschi.

Alejandro II, comenzó una oración, acompañado de los asistentes, puestos de rodillas, en el lugar que ocupaban, como se hacía al inicio de las reuniones.

— *Pater Noster qui es in caelis….*

— *Ave María, gratia plena, Dominus tecum…*

Terminada la oración, tomaron asiento en sus respectivos lugares.

— Eminencias reverendísimas, ha llegado a Nos, el conocimiento de la celebración en Basilea, de un sínodo de obispos alemanes y lombardos, con la aquiescencia de la emperatriz regente Agnes, junto con representantes de los patricios romanos, eligió en Basilea el 28 de octubre al Obispo Cadano de Parma como papa, quien ha tomado el nombre de Honorio II. Nuevamente el estigma de un nuevo cisma, azota a la Iglesia de Cristo. Nos, debemos tomar medidas urgentes para evitar los males que se derivarían de esta situación, dados los momentos actuales. Por ello, Nos, vamos a designar al Cardenal Pier Damiano, para que sin pérdida de tiempo se desplace a Alemania, con el fin de entrevistarse con la reina regente Agnes, para poner fin a este grave problema.

Sus eminencias se removieron inquietas en sus mullidos y cómodos asientos. Una vez más, la iglesia se convulsionaba ante un nuevo cisma. El Cardenal Pier Damiano, inclinó su cabeza en señal de acatamiento.

— Gracias Santidad. Me podré en marcha, mañana mismo una vez haya organizados los detalles del viaje. Mi intención es visitar antes al Arzobispo Anno de Colonia, que como sabe vuestra santidad, permanece fiel a vuestra causa. Él me informará sobre la mejor forma de enfocar este asunto ante la reina Agnes. Si lográramos que la emperatriz, abandonara la causa del Obispo de Palma, la solución estaría cerca. —respondió el Cardenal Pier Damiano.

— Nos, esperaremos vuestras noticias y que Dios dirija vuestros pasos y os proteja de todo mal. –terminó Alejandro II, quien pasó a un nuevo tema.

— Más asuntos, eminencias. La Iglesia se encuentra en un momento crucial, en el que está en juego el papel al que estamos llamados a representar en un futuro en toda la cristiandad. Es el momento en el que debe quedar meridianamente claro que solo la Iglesia puede dirigir espiritualmente a toda la cristiandad. Por ello, es prioritario que los Príncipes que gobiernan los territorios cristianos, entiendan sin ningún tipo de dudas, son por decisión divina, vasallos de Nuestra Santa Madre Iglesia, a la que deben obediencia y de la que emana su legitimidad, por delegación de Cristo en su Iglesia. Es ésta quien debe coronar a los príncipes, y no los príncipes los que deben de entronizar a los papas. Nos, conocemos que este concepto va siendo asumido poco a poco por los reyes y príncipes, pero debemos acelerarlo, porque se acercan tiempos terribles para los que Nuestra Santa Madre Iglesia, debe de estar preparada. Nuestra Iglesia debe asumir el papel que nuestro Señor Jesucristo le encargo antes de subir a los cielos: debemos ser la Guía Espiritual de la Cristiandad, y no están ya lejos los tiempos en los que deberemos defender la Cruz de Cristo contra el Islam. ¿Y cómo lo haremos, si antes no aglutinamos a la cristiandad bajo

nuestra autoridad y protección, y por ende, la de Dios? Además debemos unificar la liturgia imperante en esos reinos o principados, adoptando la liturgia romana, como la liturgia oficial de la Iglesia. Para ello, es intención de Nos, enviar una serie de Legados a los diferentes príncipes y reyes para acelerar en unos caos, o implantar en otros nuestros objetivos —terminó.

Tras la reunión, quedaron solos, además del Papa, el Archidiácono Hildebrando y el Cardenal Pier Damiano.

El Archidiácono Hildebrando, era el *alma mater* de la Cancillería del Papa. Culto y enérgico, representaba el punto de referencia de Alejandro II, en lo referente a la organización interna de su administración o Cancillería. Informado constantemente por una red de personas, tanto laicas como eclesiásticas, tenía un conocimiento profundo de cuanto acontecía en todo el orbe conocido. Gran seguidor e impulsor de la reforma, era implacable en la aplicación del castigo ante los pecados de simonía o nicolaísmo

— Convendría, Santidad, que mandásemos un aviso de alerta al príncipe Ricardo de Aversa. Es muy posible que vuestros enemigos, intenten un golpe de fuerza contra su santidad. Al menos, hasta que tengamos noticias del Cardenal Pier Damiano. —dijo Hildebrando.

— Tomad eminencia, las medidas que consideréis oportunas. Ello, podría disuadir a los patricios romanos a intervenir en apoyo del Obispo de Parma. En verdad, Nos, no estamos muy convencido de que nuestros enemigos se presenten ante San Juan de Letrán con un ejército a sus espaldas.

— Es muy posible, santidad. Pero las medidas deben ser tomadas por precaución, y rogare a nuestro Señor, que no permita derramamiento alguno de sangre. Por cierto santidad, Arrialdo, Diácono de Milán, solicita de vuestra santidad audiencia. —dijo Hildebrando.

— ¿Y sabéis el motivo de la visita? —preguntó el papa.

— Al parecer, Landolfo de Milán, tiene un hermano Ernenvaldo, al que quisiera que recibieseis, pues se trata de un caballero que es el brazo armado del Partido de la Pataria. Nos podría venir bien su ayuda en cualquier momento.

— Fijadle día y hora, y recibámosle con un regalo: el Estandarte de San Pedro.

El Cardenal Pier Damiano, había permanecido en silencio. El cardenal, Obispo de Ostia, era célebre por sus dotes diplomáticas y su rápida percepción de los entresijos de las situaciones que le tocaban enfrentar, tomando el camino más apropiado para culminar con éxito la misión encomendada. Contaba con la total confianza del papa. Este, se dirigió a él con gesto afectuoso, a la vez que le cogía de un brazo.

— Y bien querido amigo ¿Cómo ves tú esta situación? No te oculto mis temores ante ella. ¿Crees que podremos salir airosos de esta delicada situación?

— Todo va a depender del Arzobispo Anno. Está totalmente en contra del nombramiento del Obispo de Parma. El Arzobispo advirtió a la emperatriz regente sobre la enorme responsabilidad que estaba asumiendo, no solo en lo personal, sino en nombre del Sacro Imperio Germánico, además del pecado en el que estaba incurriendo, al promover la elección de un papa, para el que no tenía sustento legal, después del Decreto emitido por el Papa Nicolás II. La reina Agnes es una mujer débil, mal asesorada y que se deja influir con facilidad. Otra cosa serán los Patricios romanos, que todavía suspiran por sus derechos a decidir sobre el nombramiento del papa. Enfrentados también al imperio alemán, sin embargo en esta ocasión han hecho causa común con ellos, nombrando *Patritius* al joven Enrique IV. Lo cual me lleva a la conclusión de que tampoco será una oposición muy encarnizada. Y en cuanto a los Obispos Lombardos, me consta que no todos están de acuerdo. Al parecer, la interpretación sobre el Canon en el que se estipula la consulta del nombramiento con el Emperador alemán, los

ha dividido. Mientras que a unos les ha parecido que al no hacerlo, se invalidaba la elección, otros han interpretado que la consulta, es simplemente una deferencia hacía el monarca alemán que no altera en modo alguna la elección realizada por el Colegio Cardenalicio. Creo que la Iglesia podrá salir airosa de esta situación. –terminó el Cardenal Pier Damiano.

Al día siguiente, el Cardenal, salía camino de Colonia, acompañado de su secretario y de una pequeña fuerza de soldados de escolta. El camino era largo y peligroso. Al mismo tiempo, los heraldos pontificios partían en distintas direcciones portando documentos dirigidos a diversos Obispos, donde se les exponían la misión a desarrollar en sus territorios, junto con los debidos nombramientos como *Legatus Pontificius*. Entre los nominados, se encontraba el Cardenal Hugo Cándido, cuyo destino era Hispania. Dos heraldos fueron enviados a los príncipes normandos, Ricardo de Aversa y Roberto Guiscardo portando sendos mensajes en los que se les ponía en conocimiento de los movimientos realizados por el antipapa Honorio II. En ellos, la Iglesia les recordaba a sus vasallos sus obligaciones sobre la ayuda prometida.

En la lucha por su causa, el papa Alejandro estaba respaldado por la opinión pública que exigía las reformas y que tenía conciencia de la santidad de su causa y por los normandos aliados del sur de Italia.

<<<O>>>

Cuando el Legado Pontificio, Pier Damiano, se presentó el 7 de diciembre en la Catedral de Colonia, fue conducido de inmediato a las habitaciones privadas que le habían sido reservadas por orden del Obispo Anno, quien hacía un par de días había recibido la noticia de la llegada del Legado, por medio de un mensajero que el propio Pier Damiano, había enviado por delante, para comunicar su llegada. Tras asearse, y tomar un pequeño refrigerio que

solícitamente le fue llevado a la habitación, le condujeron a la estancia donde ya le estaba esperando el Obispo de Colonia.

La estancia estaba decorada con magníficos frescos y numerosos tapices. En el suelo, monumental alfombra apagaba los pasos de las personas que andaban por encima de ella dando una sensación de confortabilidad extraordinaria. Cuando el fraile que lo acompañaba, abrió la puerta del aposento de trabajo del Obispo, este se hallaba sentado en un cómodo sillón de cuero rojo, situado junto a un enorme brasero, en el que podían verse unas brasas color rojo carmesí. Cuando el Cardenal hizo su entrada el Obispo se levantó prestamente y saliendo a su paso, se arrodilló delante de él en espera de su bendición. Una vez que el Cardenal realizó el signo de la cruz sobre el Obispo, le ayudo a levantarse, fundiéndose en un abrazo. Se dirigieron hacia el brasero y tomaron asiento. A su lado, sendas mesas auxiliares, pertrechadas con dulces y vino de moscatel, se ofrecían tentadoras a los dos ministros de la Iglesia.

— ¿Qué tal ha ido el viaje, Eminencia? —preguntó el Obispo Anno.

— Muy pesado. Y encima ha llovido prácticamente durante todo el viaje. Menos mal que el camino estaba jalonado con multitud de posadas, algunas de ellas muy agradables.

— ¿Y el Santo Padre? Estará muy afectado por todo este triste asunto, supongo.

— Suponéis bien. En estos tiempos de cambio y reforma, lo último que necesita la Iglesia es un cisma. Es necesario que demos solución a esta situación.

— Estoy de acuerdo con vos, Eminencia.

— ¿Cómo está la situación aquí? —inquirió el Cardenal.

— Pues no todo el mundo está de acuerdo con lo ocurrido en Basilea. La reforma efectuada por la Iglesia, ha calado muy profundo en Alemania, y poca gente, plebeya o noble, está en contra de ella. Realmente, quienes se

oponen a ella, son, clérigos culpables de simonía y/o nicolaismo y algunos príncipes, nobles o reyes, que imponían a su antojo a los abades, sacerdotes, obispos e incluso, Cardenales. Pero el resto, apoya los esfuerzos de su Santidad Alejandro II en implantar la Reforma.

— ¿Y la emperatriz regente Agnes? ¿Cuál es su actitud? —preguntó el Cardenal.

— La regente, es una mujer débil. En estos momentos, está muy arrepentida por lo que ha hecho. Y en cuanto a los obispos alemanes y lombardos están divididos. Algunos anteponen su nacionalidad, a los intereses y designios de la Madre Iglesia. Pero creo que esa división no durará mucho tiempo. Sería cuestión de reunirlos y hablar con ellos para hacerles ver su error. En cuanto al Arzobispo de Parma, está dispuesto a disputar por las armas su nombramiento de papa. Está intentando que las tropas del Imperio, le apoyen en sus pretensiones y se encaminen hacia Roma. Pero eso está por ver, porque esa decisión no la puede tomar la emperatriz Agnes ni su hijo, menor de edad. No es un conflicto que interese al Sacro Imperio Germánico.

— Más o menos como yo me había imaginado — dijo el Cardenal, a la vez que se servía un buñuelo, mientras un lacayo, situado al fondo de la estancia, acudía rápidamente para servirle una copa de vino moscatel, «especialmente traído de Hispania» le dijo el Arzobispo.

— Excelente moscatel. Y dulcísimo y sabroso este buñuelo. Pasado mañana, emprenderé viaje a Aquisgrán, para entrevistarme con la emperatriz regente. Mi plan, necesita de vos, excelencia. Voy a amonestar severamente a la emperatriz a la que voy a imponer a vuestra persona como Regente y *Magister* de Enrique IV. Además, deberá retirarse a un convento como penitencia por su pecado. Una vez que vos estéis ejerciendo como Regente, podréis eliminar las opciones del Obispo de Parma, retirándole todo el apoyo del Emperador. Con respecto a los Obispos alemanes y lombardos, voy a seguir vuestro consejo. ¿Os parece oportuno el encargaros de convocar un Sínodo en el

que participen todas las partes implicadas, para acabar con este cisma?

— ¿Únicamente Obispos alemanes y lombardos, eminencia? —preguntó el Arzobispo.

— Exactamente. En ese caso, se trataría de una Dieta, y en ella deberíais de nombrar a un hombre de confianza que haga las labores de investigador y que determine de una vez por todas, la legalidad de la elección del Santo Padre Alejandro II.

— Creo tener a esa persona, eminencia. Se trata de mi sobrino Buchardo. Se trata de un clérigo muy respetado en Alemania, con gran formación canónica y jurista de prestigio. Siento una gran admiración por él, y os aseguro que conozco cuál será su veredicto, y que no es sino favorable al Santo Padre Alejandro II.

— Pues ponéos a trabajar en ello, excelencia —dijo el Cardenal, a la vez que tomaba otro buñuelo y tomaba otro sorbo de moscatel de la copa con ribetes de oro, que rápidamente era rellenada por el lacayo que estaba atento a las copas y platos de buñuelos para que estuvieran siempre completos.

— Verdaderamente exquisitos estos buñuelos y este vino –dijo.

Luego la conversación tomó otros derroteros. Cuando se les hizo la hora de la cena, abandonaron la estancia en la que se encontraban, dirigiéndose al comedor, un lugar recogido, adornado con pinturas de flores y frutales, predominando el color crema en sus paredes. En el Centro una mesa rectangular, no muy grande, y que ya estaba preparada con esmero, para que los dos ilustres clérigos, cenaran en agradable conversación.

<<<O>>>

La ciudad de Aquisgrán se encontraba situada a veinte leguas de Colonia. El Cardenal Pier Damiano, hizo su entrada en la ciudad pasado día y medio desde su salida

de Colonia. La comitiva, estaba formada, además del Cardenal, por un grupo de cinco soldados normandos, dirigidos por un capitán, a la que se había incorporado el secretario del Arzobispo Anno, debido a que tenía que realizar algunas gestiones en la Corte Imperial. Se dirigieron sin dilación alguna hacia la residencia de la emperatriz regente Agnes de Aquitania, a quien ya había sido anunciada su visita.

Agnes de Aquitania, era una mujer absolutamente religiosa, y en la misma medida, era una persona sin temperamento, apocada, de fácil manipulación y que según se decía, había caído bajo la influencia de una serie de clérigos y cortesanos de dudosa reputación. Incluso, la inmensa mayoría del pueblo alemán, reprochaba a su emperatriz regente, que se hubiera dejado convencer para enfrentarse a la Iglesia de Roma, promoviendo la elección de un antipapa. Las reformas que se propugnaban desde la Abadía de Cluny, hacía ya algunos años, habían calado hondo en muchos clérigos y sobre todo en el pueblo llano. Estos entendían perfectamente el mensaje de los reformistas: la Iglesia solo podía ser dirigida por ella misma sin la intervención de laicos que imponían a sus candidatos en las abadías e iglesias, nombraban Obispos y Arzobispos, e incluso, el propio Emperador del Sacro Imperio Germánico, se arrogaba el derecho de nombrar al papa. Todo estaba en proceso de cambio.

La emperatriz Regente se encontraba orando en su capilla privada, cuando le fue anunciada la llegada del Cardenal Pier Damiano. Ella salió apresuradamente al encuentro del Cardenal, besándole la mano que éste le tendía, a la vez que se hincaba de rodillas delante de él. Presentía los reproches que le esperaban. El Cardenal, cogió suavemente a la dama del brazo, obligándola a incorporarse. Luego ella, le señaló un par de sillones junto al fuego, hacia los que se dirigieron ambos.

— ¿Habéis tenido un buen viaje, Eminencia reverendísima? —se interesó solicita.

— Sí. No nos quejamos. Pero dadas las circunstancia que nos traen ante vos, poco hubiera importado las inclemencias del tiempo o de los caminos —dijo secamente.

— Decidme pues, Señor —dijo Agnes con un tono de voz premeditadamente sumiso.

— Agnes, querida hija. ¿Cómo habéis podido caer en esta situación? Al enfrentaros a la Iglesia para instigar o promover un nuevo papa, os habéis hecho acreedora a la excomunión, mi señora —dijo pausadamente, dejando caer todo el peso de sus palabras.

— ¡No! ¡Por Dios, la excomunión no! —suplicó amargamente.

— La extrema gravedad de vuestro pecado, máxime siendo vos, la cabeza visible de este Sacro Imperio Germánico, merece un castigo ejemplar, para que en el futuro, otros gobernantes no caigan en el mismo error que vos.

— Pero Eminencia, apenáos de esta pobre viuda, ponedme cualquier penitencia, la que sea, pero excomunión no. —suplicó.

— Calmáos. No llegaremos a tanto. Al fin y al cabo, detecto en vos un alma noble pero débil y manejable por gente sin escrúpulos. Comprenderéis que con estas condiciones, un gobernante no puede ejercer el sagrado don concedido por nuestro señor, como es ostentar en sus manos el gobierno de sus súbditos. Deberéis dimitir de vuestra Regencia, que entregaréis a su Excelencia reverendísima el Arzobispo Anno de Colonia, quien será nombrado Regente y *Magister* de vuestro hijo, su Majestad Eduardo IV. Vos, os recluiréis por el resto de vuestra vida en el Monasterio que vos elijáis. De esta forma evitaremos el bochorno y el descrédito que caerían sobre vos y el Imperio. –guardó silencio, mientras observaba el efecto demoledor de sus palabras en la pobre mujer que tenía delante y que parecía aliviada al evitar la excomunión, tratando de secarse las lágrimas que vertían sus ojos con un pañuelo bordado.

— ¿Y cuándo debe ocurrir eso que su Eminencia dictamina? —preguntó con un susurro de voz.

— Cuando antes. Así que os ruego deis orden a vuestra Cancillería para que redacte los oportunos documentos. Ponéos pues a ello, sin demora. —dijo con aire imperativo, sumiendo a la emperatriz en un estado de desvalidez total.

— Así se hará Eminencia. ¿Podríais oírme en confesión y luego darme la sagrada forma en mi capilla privada?

— Naturalmente que sí, Agnes querida. Un ministro de Dios no podría, sin pecar gravemente, negar el alivio espiritual de la confesión y el alimento divino de la comunión, a un alma en pena que se arrepiente sinceramente de sus pecados.

Ambos se levantaron, dirigiéndose en actitud recogida hacia la Capilla privada de la Reina, donde el Cardenal le tomó confesión y le administró la comunión.

Capítulo XXXIX.
Benabarre, Aragón 1.062

Finalmente había llegado el momento de que Ramiro hiciera con su hijo Sancho, lo mismo que hizo su padre con él: le confió el gobierno de la parte occidental del reino, mientras que él retenía en sus manos el Sobrarbe y la Ribagorza. La idea era poder dedicarse plenamente a una nueva y ambiciosa campaña de expansión de su reino.

La penetración catalana de los condes de Urgel y Barcelona en la Baja Ribagorza, había establecido una cuña dentro del territorio musulmán, afecto a la *cora* de *Lárida*, en los castillos de Purroy y Pilzán. Ermengol poseía en la Baja Ribagorza, las poblaciones de Calladrons, Entenza, Montfalcó, Caserras, Finestra, Peralta de la Sal y Camporrells, que fueron incorporadas al obispado de Urgel.

Ramiro por su parte, dominaba la zona de la Baja Ribagorza desde la antigua frontera del condado hasta el territorio de penetración catalana, desde lo alto del río Guart y del río Cagigar hasta el Noguera Ribagorzana.

En Septiembre, puso cerco a Benabarre. Para el desarrollo de sus planes futuros, era importante controlar esta plaza, ocupada por los musulmanes. Tras cinco días de asedio, las puertas del castillo se abrieron, y dejaron paso a la comisión de notables que rendía la plaza al "invicto rey cristiano, don Ramiro".

Su primer acto, siguiendo la costumbre cuando se tomaba una plaza importante, fue la de ordenar la redacción de un documento emitido desde esta plaza, *in castro quem vocitant Benevarri*, «en el castillo llamado

Benabarre», a favor de Agila de Falces y sus hermanos, hijos de Asner y Pura, a los que concedió privilegio de *cavallero et franco*, «como corresponde al hombre de frontera». En el documento, hace figurar a los nuevos *tenentes* nombrados por él: Jimeno Fortuñones de Luzás, Beltrán Ato de Falces y Guillermo Sala de Laguarre, Lascuarre y Viacamp, plazas que previamente habían caído en manos aragonesas, junto con Pilzán, Estall y Litera. A Arnal Mir de Tost, caballero del Conde de Urgel, le asignó la *tenencia* de Benabarre.

Tras la toma de Benabarre, había llegado el momento de llegar a acuerdos de más calado con el conde Ermengol de Urgel. La reunión tuvo lugar en Estall, cercano a Viacamp, al este de Benabarre.

Ramiro I y Ermengol, llegaron a una cordial alianza. Hasta el punto de concertar un doble matrimonio: la hija de Ramiro, Sancha, contraería matrimonio con el propio Ermengol, y la hija de éste Isabel, lo haría con Sancho, el hijo de Ramiro. Días más tarde, el conde Ramón Berenguer de Barcelona, el cual era primo hermano del rey aragonés y pariente de la esposa de éste, la reina Gisberga-Ermesinda, de la que era primo su antecesor en el condado y padre, el conde Berenguer Ramón, daba también su conformidad al pacto.

En el 1058, en el pacto firmado por los condes de Urgel y Barcelona, se daba por hecho que la Baja Ribagorza, era tierra musulmana y en él documento se pactaba el porcentaje de participación tanto en las batallas como en el reparto del botín y plazas arrebatadas a los musulmanes. La parte acordada decía que la participación del Conde de Urgel, era de un tercio. Por tanto la penetración catalana se iba a producir en una zona situada al Sur del antiguo condado ribagorzano y dependiente de la taifa de *Lárida*.

Sin embargo, Ramiro no estaba dispuesto a permanecer ocioso ante los planes catalanes, pues

consideraba que el sur y el este de la Ribagorza, era zona de influencia de Aragón, y por tanto, una zona en la que tendrían que tener presencia las armas aragonesas.

Capítulo XL.
Barbastro, Barbitaniya 1.062/453 de la Hégira

Barbastro y su Cora en el valle de los ríos Vero y Cinca, formaban una esquina tanto defensiva como ofensiva sobre el incipiente y pequeño reino de Aragón. Se trataba de una ciudad mercado, un emporio comercial, con sus baños públicos y mercado importante, donde fluían mercancías desde todos los puntos cardinales, productos de toda clase, agrícolas, textiles, alfarería, curtido de pieles, seda bordada, armas, perfumes, marfiles, productos elaborados de lujo y un sinfín de ellos, incluidas vajillas, vasos y copas traídas de la leja China. Pero lo más notable de Barbastro era su importante mercado de esclavos, donde podían encontrarse de procedencia centro europea, eslavos, árabes y bereberes que no seguían el *islam*, muchos de ellos procedentes de *razzias* y de capturas de las taifas vecinas. Los había traídos de África y no eran raros los del África sub-sahariana traídos de las cuencas del río Senegal o Níger por las caravanas controladas por el naciente imperio Almorávide. Era por tanto, un importante foco de riqueza que pronto atrajo hacia ella las miradas de sus vecinos y de la, a la vez, cercana y lejana Europa.

Anwar se había enriquecido a costa de robar y traficar con esclavos. Sin embargo era muy cuidadoso de no soliviantar al Gobernador de Barbastro, Abdel Mustafá al-Tawil, quien sabía de sus andanzas, pero el cuidado que ponía Anwar en no incumplir ningún precepto, evitaba que pudiera aplicarle la ley. Su actividad con la esclavitud, aunque no siempre bien vista, no era ilegal, tratándose de personas que no seguían la doctrina del Profeta. Pero aun así, no le gustaba aquel personaje. Por otro lado mantenía buenas relaciones con el emir de *Lárida* al-Muzzaffar al

que le informaba de cuanto sucedía en la ciudad capital de la *Barbitaniya*, pues este desconfiaba de al-Tawil, a quien consideraba más cerca de su hermano al-Muqtadir que de él, su señor natural.

El arquitecto Zuhayr, le estaba explicando a al-Tawil, los detalles técnicos del sistema que suministraba el agua a la ciudad directamente desde el río Merder, una vez terminadas las obras tras largos años de trabajo ininterrumpido y retardado por diversos problemas surgidos durante las mismas.

— El sistema consiste en unas conducciones que toman el agua desde el centro del río. Para ello, hemos tenido que perforar un túnel de cerca de ciento veinte codos de profundidad, vertical al río, y luego, otros cuarenta codos en ángulo recto por debajo del lecho del mismo hasta llegar al centro, donde hemos construido una toma desde el fondo.

— ¿Y cómo habéis hecho para subir el agua desde el río hasta nuestra altura? —Preguntó el Gobernador, vivamente interesado— Porque no veo ni hombres ni animales haciendo girar una noria.

— No. Porque a la vez, hemos construido un rotor insertado en un tubo de cerámica por los que hacemos pasar el agua del río y por la fuerza que lleva la misma por el tubo, lo hacen girar y ese movimiento, mediante unos engranajes, pone en funcionamiento la noria cuyos cangilones recogen el agua del fondo subiéndola a la superficie. Todo ello, he de añadir, sin que sea visible desde el exterior. —terminó con una sonrisa Zuhayr al ver la cara de perplejidad del *Caíd*.

— Realmente asombroso. Ha costado, pero es realmente prodigioso.

— Sí. Diecisiete años de arduo y complicado trabajo, no exento de graves problemas de hundimientos y otros insospechados problemas que nos han hecho volver a empezar de nuevo no menos de tres ocasiones. Pero de los errores se aprende. Ahora mismo, con la experiencia

adquirida, no nos llevaría más de un par de años, e incluso creo que menos.

— Vuestra labor es muy meritoria. Os debemos mucho al-Halifa. ¡Y qué decir del sistema de recogida de aguas que transcurre por nuestras calles!, ¡es verdaderamente magnífico! ¿Y en qué otra cosa estáis pensando actualmente? —le pregunto al-Tawil.

— Pues os confesaré algo que llevo ya bastante tiempo dándole vueltas en mi cabeza. Se trata de la construcción de un palacio, digno de sultanes, que haría de ésta ciudad un lugar de obligada visita en al-Ándalus.

— Pues cuando lo tengáis terminado, mostradme los planos y si tan bello es como decís, cosa que no dudo, iniciaremos su construcción para más gloria de *Allah*.

— Así lo haré, *sidi*. ¡Ah! Y dejadme que os diga, que Iben Galif, ha contribuido tanto como yo a la consecución de estos proyectos técnicos. Verdaderamente, es un joven muy inteligente y sus conocimientos son asombrosos, lo que demuestra que su estancia en Toledo ha sido fructífera y provechosa.

— Me alegro, además de por él, sobre todo por su padre. Se llevó una gran desilusión cuando supo que su hijo no seguiría sus pasos en la medicina. Al menos, podrá estar orgulloso de él aunque sea en otra faceta de la ciencia. Algo parecido me ocurrió a mí con el mío y lo que son las cosas, el hijo de nuestro *Cadí*, se ha dedicado a las armas y el mío a la medicina. Los jóvenes ya no seguís los pasos de vuestros mayores y creáis vuestros propios caminos. No es que me sepa mal, pero a un padre…siempre le agrada ver a su hijo seguir por la misma senda que él llevó en la vida.

Al atardecer, la patrulla que comandaba Alí, el hijo del *Cadí*, hacía su entrada en las calles de Barbastro. Durante dos días se había dedicado a recorrer los caminos en busca de un grupo de ladrones que estaban sembrando de terror los caminos, aldeas y villas de la Cora. El robo, el asesinato y la violación estaban siempre presentes es sus actuaciones asesinas. El *Caíd* al-Tawil, esperaba ansioso

las noticias que esperaba oír de Alí, es decir, la aniquilación del grupo de bandidos. A los pocos minutos Alí fue anunciado al Gobernador. Este despidió a los presentes, y salió a recibir a su *arif*[1].

— *Salamu aleikum*.

— *Wa aleikumu salam*.

— ¿Cómo ha ido todo? —pregunto al-Tawil.

— Gracias a *Allah* dimos con la guarida de Said Hassan. Cuando estábamos llegamos a El Grado, nuestros soldados de avanzadilla, observaron a un grupo de hombres que cabalgaba a una cierta distancia de ellos. Dos de mis hombres siguieron sus pasos, con el fin de ver hacia donde se dirigían. Pernoctamos en Naval, a la espera de noticias, y a primera hora de la mañana regresaron con la información que llevábamos tanto tiempo esperando: el lugar donde se escondían aquella gente. Nos dirigimos hacia el lugar sin pérdida de tiempo y una vez en las cercanías, dispuse a los hombres para tratar de caer sobre ellos por sorpresa.

El gobernador escuchaba con atención el informe de Alí.

— El lugar, una cueva profunda y enorme, estaba magníficamente bien elegido, oculto entre rocas y montañas y que es conocido como *Civitas*, un camino escarpado que lleva hasta lo alto del acantilado, donde existen varias cuevas, en una de las cuales esperaba el resto de hombres y donde tenían montado el campamento.

— ¡Magnífico! ¿Y cuantos eran?

— En total, veinte. A quince de ellos los matamos allí mismo, otros dos huyeron y tres los hemos traído prisioneros.

— Bien hecho.

— Una vez acabada la refriega, registramos el lugar y encontramos una gran cantidad de sacos de trigo, procedentes de nuestros *almazanes*. Evidentemente,

[1] Oficial subalterno

alguien relacionado con ellos, nos estaba robando. El *almotacén* o el z*abazoque*. O ambos.

— ¡Anwar! —exclamó al-Tawil.

— Tendremos que interrogar a los hombres que has traído. Veremos si conocen a nuestro corrupto Anwar, ¡y por *Allah* que voy a ajustarle las cuentas a ese ladrón!

Al día siguiente, los tres prisioneros, fueron situados sobre sendos potros de tortura y sujetadas sus cuatro extremidades a sendas ruedas, de tal manera que formaban un aspa. A una orden del verdugo que se encargaba de aquellas tareas, cuatro hombres por cada prisionero, doce en total, comenzaron a dar vueltas a las ruedas que conectaban con cada torno, transmitiendo a las cuerdas correspondientes que sujetaban las manos y piernas una tensión que pronto comenzó a ser insoportable para aquellos hombres que sintieron en sus ingles y axilas un dolor infinito, comenzando a gritar y a pedir que pararan aquello porque querían contar lo que sabían.

Aquella misma mañana, Anwar y Maymûn, el *almotacén*, eran introducidos de forma violenta en una mazmorra de la torre de la *alcazaba*.

Capitulo XLI.
San Juan de Letrán, Roma 1.063

El Palacio Lateranense, residencia oficial del Papa desde que el Emperador Constantino I la cediera a la Iglesia, había sido construido junto a la Iglesia de San Juan de Letrán, muy cerca de las murallas construidas por Aurelio y a pocos pasos de la puerta Asinaria, ante la que se detuvo Atila cuando el Papa León I le salió al paso al frente de su curia.

El Palacio albergaba infinidad de alojamientos, estancias y oficinas donde los distintos funcionarios papales tenían su residencia y desarrollaban su labor de Cancillería y administración. Cardenales al frente de actividades fundamentales, auxiliados por monjes y clérigos venidos de todas partes del mundo, realizaban a mano en pulcro latín, los documentos emitidos por la cancillería a la vez que se administraban las finanzas y propiedades de la Iglesia. De sus entrañas, partían las bulas y decretos con los que se regían los pueblos y las naciones bajo el mando de príncipes cristianos. En el interior del aquellas estancias, se manejaban muchos de los hilos que movían la historia de la humanidad. Por sus pasillos circulaban Cardenales, Obispos, Abades, Príncipes y hasta reyes venidos de todas partes del mundo en busca de obtener alguna prebenda papal o a entregar la dádiva ofrecida o pactada por la obtención de tales o cuales beneficios.

Alejandro II tenía delante al Obispo Lucciano, su secretario, quien le había entregado la carta que el Rey de Francia, Felipe, por mediación de su madre Ana, regente a la sazón por la minoría de edad del rey, donde le comunicaba los disturbios que se estaban produciendo en

sus tierras a causa de la hambruna producida por las malas cosechas obtenidas desde hacía unos años, por lo que le rogaba su intercesión y elevación de plegarias para que esa situación cambiara. Al parecer, y debido a la escasez y a la incipiente hambruna, se habían formado grupos de gentes que asaltaban a caminantes y entraban en villas y poblados en busca de alimentos y botín con el que luego comprar comida. Estos sucesos, habían ocasionado una gran inseguridad en los caminos y en las pequeñas poblaciones sin protección del reino y se repetían cíclicamente, coincidiendo con los periodos de hambre y malas cosechas que producían rebeliones de los villanos y campesinos, con más o menos virulencia, hartos de pasar hambre y ser acribillados con los impuestos.

Alejandro, tras leer la misiva miró a su secretario intercambiando un gesto de impotencia. Realmente sus preocupaciones no estaban centradas tanto en la falta de cosechas, sino más bien en la dejadez y falta de previsión de los gobernantes. A su mente vino el recuerdo del Duque de Normandía, Guillermo, quien había emprendido en sus tierras una serie de reformas, aumentando la superficie a cultivar y realizando obras de conducción de agua para facilitar el regadío de las mismas y paliar con ello que la falta de lluvias y otras inclemencias incidiera en la abundancia de sus cosechas. « ¡Hay tienen un ejemplo!» Pensó el Papa.

En realidad, lo que preocupaba a la cabeza visible de la Iglesia, era imponer a los Príncipes europeos la primacía de la Iglesia de Roma sobre ellos y sus reales cargos. Tenía claro que tenía que establecer de forma inequívoca el principio sagrado de que la realeza que ellos ostentaban en sus principados y reinos, los recibían como gracia de Dios y por mediación de su representante en la tierra, el Papa, que era como decir la Iglesia. Quería, debía y tenía que acabar con la costumbre de éstos príncipes de nombrar a su libre albedrío a abades y obispos como les placiera. Y para colmo de todo, el emperador del Sacro

Imperio Germánico, se quería arrogar el derecho de nombrar a su gusto al Papa. Alejandro, hombre altivo y autoritario se había marcado como objetivo acabar con aquella impía costumbre e imponer a la Iglesia sobre todos los reinos de la cristiandad, para lo cual estaba dispuesto a cambiar totalmente el orden de las cosas.

Para ello, diseñó un plan de actuación, donde se establecía que lo primero de todo debería empezar por lo básico, y eso era que había que unificar la liturgia y los ritos que se estaban practicando en las iglesias de toda la cristiandad, en las que en cada país o lugar se utilizaba un ritual diferente. Había que acabar con aquello e imponer un único rito, el romano, y acabar con aquella sensación de que cada cual iba según su costumbre y uso.

A mediados de enero, Alejandro II nombró varios delegados entre cardenales y obispos y los envió por toda Europa con la misión de explicar a los príncipes y dignatarios todos estos principios y en caso de resistencia, amenazarlos con anatemas y excomuniones por desacato a la Iglesia en la figura del Papa, único representante de Dios en la tierra.

Otro de los aspectos que comenzaba a preocupar al Papa, eran los constantes conflictos entre señores, con enfrentamientos muy sangrientos que ocasionaban grandes pérdidas tanto en personas como patrimoniales y económicas. En sus luchas, arrasaban campos con cosechas a punto de recoger, talaban árboles y bosques enteros dejando numerosos muertos entre los habitantes de las villas que pertenecían al señor al que se enfrentaban. Por otro lado, a esta vorágine de destrucción, se sumaba la madre naturaleza y la falta de previsión de los gobernantes, mediante sequías de meses, incluso de años, que junto a la falta de sistemas de riego, producían una falta de alimentos que llevaba a los villanos a robar y a matarse entre ellos. Aquella situación iba enconándose cada vez más a medida que pasaban los meses y los años.

¡Y se quejaban de las hambrunas que soliviantaban a sus súbditos!

Alejandro II, recordaba muy a menudo a Odilón, el Abad de Cluny y las recomendaciones que le hizo a Benedicto IX, sobre la necesidad de encauzar tanta violencia se los señores, hacia misiones más beneficiosas para la propia cristiandad y en consecuencia, la humanidad. En concreto le recomendaba, encauzar toda aquella violencia asesina, como él la denominaba, hacia Jerusalén, en manos paganas musulmanas. La recomendación del sabio abad, presentaba solo aspectos favorables para la Iglesia, pues además de ponerla al frente de todos ellos, mostrando su liderazgo, se obtendrían beneficios de todo orden: religiosos y económicos. En verdad que aquel monje era grande, a pesar de estar encerrado en un cuerpo muy menudo. Era el momento se seguir paso a paso aquellas reflexiones y recomendaciones sin pérdida de tiempo. El momento oportuno para ponerlas en práctica, había llegado.

Antes de afrontar objetivos mayores, pensó que debería empezar con algún objetivo cercano y con la suficiente entidad y valía como para mover la codicia de los participantes, consciente como era, de que tal vez el fervor religioso no fuera motor suficiente para dirigir sus intereses hacia otros objetivos más beneficiosos para la Iglesia. Además del botín, debían ser conscientes del agradecimiento de ésta a sus desvelos en protegerla, manifestados en la confirmación divina de sus cargos y prebendas, lo que les ponía bajo el manto protector de Nuestro Señor Jesucristo, representado por la Santa Madre Iglesia, además de asegurar a sus participantes la salvación eterna si perdían la vida en el servicio de la voluntad de Dios. A los príncipes y gobernantes que participasen, se les garantizaría que durante el tiempo en el que participaran en la Cruzada, sus territorios serían inviolables y quienes atentaran contra ellos o sus

propiedades, serían automáticamente excomulgados y condenados al fuego eterno.

Satisfecho consigo mismo por haber encontrado los argumentos y principios de lo que denominó las Cruzadas, comenzó a estudiar los posibles objetivos. En Europa solo en Hispania había asentamientos musulmanes, algunos inmensamente ricos. Pero también muy poderosos. Y para empezar, deseaba asegurar el éxito. Lo último que podía ocurrir era culminar una Cruzada con un fracaso. Eso echaría por tierra sus planes.

Tras asesorarse de sus *condotieri*, entre los que se encontraba Guillaume Montreuil, creyó encontrar un objetivo sobre el que se concitaban todos los requisitos requeridos de cercanía y riqueza: Barbastro, capital de la *Barbitaniya*.

Por ello, emitió la Bula *Eos qui in Ispaniam* en la que se llamaba a los Príncipes cristianos a participar en ella concediendo *plenam indulgentiam* a todos los que participasen en ella.

Se cursaron mensajeros a las diversas casas condales y ducales de Francia y al Rey de Aragón Ramiro, quien se encontraba precisamente en tareas de expansión de su reino a costa de los musulmanes instalados en la Hispania.

Todo parecía pues, estar de cara.

Capítulo XLII.
Poitiers, Aquitania 1.063

La petición de su primo Guillermo, hizo que Nicolás emprendiera un inesperado viaje hacia Poitiers. En la misiva que le fue entregada por un mensajero, se le aclaraba la razón de la llamada tan urgente. Guillermo, había recibido una solicitud expresa de los servicios de Nicolás por parte del Duque de Aquitania, Guillermo VIII, cuya esposa, Matilde, se encontraba aquejada de una grave enfermedad. La fama del abad de Saint-Ouen había trascendido fronteras y sus conocimientos médicos habían sido ponderados hasta el infinito. De ahí la llamada de auxilio del Duque de Aquitania al de Normandía. En la carta, su primo le pedía que emprendiera el viaje directamente desde Rouen, sin pasar por Caen, con el fin de llegar a Poitiers lo antes posible.

Tras dar las oportunas órdenes, y delegar nuevamente el mando en manos de Ricardo de Herlevin durante el tiempo que durase su ausencia, partió al día siguiente hacia Poitiers. Le acompañaba Bertrand, su inseparable novicio, convertido en servidor infatigable del abad, a quien no dejaba ni a sol ni a sombra. Entre los dos se había establecido una relación tal que, con un simple movimiento o mirada sabían lo que se querían transmitir. Con auténtica dedicación, preparó lo necesario y esencial para un viaje, acostumbrado a los numerosos viajes que su adorado abad realizaba a lo largo y ancho de Francia.

Durante los doce días que duró su viaje, pudieron gozar de una buena climatología, como correspondía a finales de agosto, y sin ningún tipo de incidente, se presentaron delante del Palacio Condal de Poitiers, donde fueron recibidos por el mismo Duque, quien se emocionó al ver a Nicolás, agradeciéndole sus disposición a atender

su demanda en tan breve espacio de tiempo de apenas dieciocho días.

Con rapidez, fueron introducidos en la sala en la que se encontraba postrada Matilde de Perigord, su segunda esposa.

Cuando entraron en la habitación, se encontraron con una atmósfera sobrecargada y la impresión olfativa de un fuerte olor mezcla de varios, cuya explicación se encontraba en las emanaciones de unos pebeteros distribuidos por toda la habitación en los que se quemaban absenta, hinojo, incienso y liquen sobrecargando el ambiente y produciendo una sensación extraña entre desagradable y agresiva.

Grandes y gruesos cortinones cubrían las ventanas impidiendo la entrada de la luz solar. Numerosas velas iluminaban la estancia, incorporando su pastoso olor al ambiente. La enferma estaba postrada en una cama con dosel, en semioscuridad, rodeada de doncellas, quienes la atendían constantemente, bien remojándole la frente y la cara o atendiendo a sus peticiones.

El Duque se dirigió rápidamente hacia el lecho, para comunicar a su esposa la llegada de Nicolás. Las doncellas se apartaron apresuradamente, aguardando en silencio a una cierta distancia. El Duque hizo un gesto a Nicolás para que se acercase. Este, pidió en primer lugar agua en un recipiente de boca ancha, donde se lavó las manos. Luego procedió a auscultar a la enferma. Lo primero que notó fue que su piel presentaba un color amarillento y al moverle los brazos la enferma emitió un gemido de dolor. Lo mismo ocurrió cuando levantó sus piernas o trató de doblarlas por las articulaciones. Luego examinó su boca, ayudándose de una cuchara de boj, donde pudo observar unas encías tumefactas.

Una vez que terminó de auscultar a la enferma, Nicolás mando venir a su camarera a quien le hizo una serie de preguntas. Luego, se dirigió al Duque quien contemplaba en silencio la actuación de Nicolás.

— Bien, creo que sé lo que afecta a vuestra esposa, y con ser grave, creo que hemos llegado a tiempo de solucionarlo, y espero que en pocos días, su estado mejore extraordinariamente. Lo primero que os rogaría es que hicieseis retirar esas cortinas para que entre el sol y el aire puro en esta habitación, a la vez que ordenéis apagar los pebeteros.

El Duque ordenó que se realizara en el acto lo que le pedía Nicolás. Luego atendió a las explicaciones del normando.

— Lo que vuestra esposa padece tiene un nombre: botulismo. Y esto es debido a que vuestra esposa no consume verduras ni vegetales ni frutas cítricas como limones o naranjas. Eso le ha producido una carencia muy grave de un específico que llevan estos productos y que es necesario para que ciertos procesos internos tengan lugar.

— ¡Extraordinario! Lo habéis adivinado. Mi esposa es extraordinariamente complicada en su alimentación. Sigue las indicaciones de un médico de su confianza de su tierra natal. Apenas prueba la verdura y se alimenta exclusivamente de pescado.

— Pues eso deberá cambiar radicalmente. A partir de ahora deberéis incorporar a su alimentación verduras tales como pimientos, acelgas, espinacas y frutas como bayas rojas, naranjas, limones, melón, bien en forma de papilla o puré o bien exprimidas. Además del pescado, claro, deberá comer carne, la que sea de su gusto. Pero es fundamental que las verduras y las frutas las consuma con frecuencia durante todo el año. Os garantizo que su mejoría será notoria a los pocos días de alimentarse con estos productos.

— Así se hará, Dómine Nicolás. —dijo emocionado el Duque.

Asistía en silencio, situado en el fondo de la habitación, acompañado de otras personas, Austindo, el Obispo de Auch, quien se encontraba en Poitiers como enviado papal a los príncipes de los territorios de Francia e Hispania, para requerir de ellos su colaboración en la implantación del nuevo rito Romano, con el fin de unificar e imponer en toda la cristiandad la nueva liturgia, eliminando los viejos ritos imperantes.

Asistía emocionado a la sencillez manifiesta empleada por el abad normando de cuya fama también era conocedor. Ahora lo veía por vez primera. Esperó a que terminase su actuación y una vez finalizada ésta, se dirigió hacia él.

El Duque hizo las presentaciones y Nicolás procedió a besar el anillo del Obispo, quien rápidamente lo abrazó, en demostración de su admiración. Seguidamente se retiraron a otra estancia del palacio ducal.

— Dios os ha dotado de una capacidad extraordinaria para hacer el bien por medio de la ciencia de la curación. —dijo Austindo.

— Maravillosa capacidad, diría yo —añadió el duque.

— ¿Dónde aprendisteis tanto, Nicolás? —pregunto el obispo de Auch.

— En Salerno, en la Escuela Salernitana, además de mi maestro fray Jacques en mi abadía de Saint Ouen. — respondió Nicolás.

— Excelente lugar. Tengo entendido que entre su profesorado hay verdaderas autoridades en la ciencia y la cultura.

— Yo puedo asegurarlo, excelencias —dijo Nicolás, quien recordó en aquel momento su estancia en Barbastro y su visita a Eleazar Galif y sus enseñanzas, mencionado a los presentes tal circunstancia.

— ¿Así que ya conocéis Hispania? —preguntó el Obispo.

— No diría yo tanto, eminencia, solo Barbastro.

— Pasados unos días, voy precisamente a Hispania, a Jaca, para asistir a un Concilio convocado por Ramiro I, rey de Aragón, a petición del Papa. ¿Os apetecería acompañarme?

Nicolás se quedó por un momento desconcertado. En un instante la propuesta del obispo le había avivado un ardiente e incontenible deseo en su alma: volver a hacer una visita a sus amigos de Barbastro, Abdalá, Iben y Alí. Casi sin darse cuenta, se encontró aceptando la invitación del Obispo. Al día siguiente envió un correo a Caen para informar a su primo de sus intenciones de asistir al Concilio de Jaca y luego acercarse hasta Barbastro.

Pasados unos días, la mejoría de la esposa del Duque comenzó a hacerse notoria, hasta el punto de que pronto comenzó a dar sus primeros pasos en semanas, dejando admirados a todos los que la rodeaban. La actuación del físico normando, fue comentada largamente en toda la corte ducal. Durante el tiempo en que la esposa del Duque se reponía, Nicolás conoció a Robert de Gallard, Conde de Trelissac, que en aquellos días se encontraba en Poitiers, acompañado de su hijo Guy y de un joven *alférez* al que presentó como su ahijado. Nicolás observó un gesto de desagrado en Guy, su hijo, de donde dedujo la existencia de celos hacia aquel muchacho que emanaba seguridad y confianza. A lo largo de los días, tuvo ocasión de tratarlo, quedando gratamente sorprendido de las condiciones personales que lo adornaban.

A mediados de septiembre, llegó el momento de la partida hacia Hispania, y la despedida fue absolutamente en loor de multitudes, para sonrojo de Nicolás quien no estaba acostumbrado a estas demostraciones, pues todo Poitiers, agradecido, había salido a la calle a despedir a Nicolás, en acción de gracias por salvar de la muerte a su duquesa.

Tras catorce días de viaje, las puertas de Jaca acogieron el paso de muchos viajeros y comitivas. Muchas leguas antes de llegar, multitud de gentes a pie, caballo o carreta procedentes de muchos lugares coincidieron en los caminos que conducían a Jaca, la villa alto aragonesa, capital del Reino de Aragón. Entre ellos, el obispo Austindo y su pequeña comitiva formada por tres servidores y un clérigo a los que se habían sumado, Nicolás y Bertrand, montados en sendos caballos.

Al poco de la partida del Obispo de Auch y Nicolás, llegó a Poitiers un correo procedente de Roma, donde entre otros documentos, portaba la bula "*Eos, qui in Ispaniam*" sobre la Cruzada de Barbastro.

El Duque de Aquitania, mando reunir a todos sus barones, entre los que se encontraba Robert de Gallard, a los que les puso en conocimiento de la carta papal. En Aquitania llevaban ya algún tiempo en el que no se producían grandes enfrentamientos entre los señores del ducado, aunque sí eran frecuentes los roces con los señores del *Languedoc*, en especial con los Condes de Tolosa y de Foix, cosa habitual entre vecinos con los que siempre había enfrentamientos armados por cualquier motivo y siempre parecía haber cuestiones pendientes. El duque, manifestó su deseo de acudir a la cita, por lo que solicitó la opinión de los presentes. Tras un corto debate, se decidió que Aquitania participase de la cruzada de Barbastro, aportando un contingente de hombres al mando del propio Duque a quien le acompañaría el Conde de Trelissac, Robert de Gallard. Aportarían cien caballeros y doscientos hombres a pie, con todos los pertrechos necesarios para mantener un sitio de dos meses. Entre ellos, figuraba Gastón, quien iba a emprender una acción militar de gran envergadura.

A partir de aquel momento, comenzaron los preparativos para organizar una expedición donde además, de la mesnada, había que organizar toda la

infraestructura para dar de comer, vestir, reparar armas y cotas de malla y albergar a tanta gente. Un grupo de jinetes, se hicieron cargo de la importante cuestión de llevar y traer los correos con el fin de sincronizarse con el resto de fuerzas participantes el momento de iniciar la marcha hacia la ciudad de Barbastro.

Capítulo XLIII.
Jaca, Aragón 1.063

A primeros de año, los condes de Urgel y Barcelona, habían firmado un nuevo acuerdo. A diferencia del firmado en 1058, en este, se precisó y dejó constancia de que los castillos de Purroy, Estopiñá y Canelles, en manos del conde de Barcelona, correspondían al condado de Ribagorza y por ende, a Aragón, tal y como reconocía el conde Urgel, Ermengol, en virtud de su acuerdo con Ramiro.

Al Conde de Barcelona, no le hacía mucha gracia la presencia del aragonés, máxime, cuando tenía de aliado al de Urgel, y era conocedor de la existencia de acuerdos para celebrar matrimonios entre miembros de ambas casas, lo que le inducía a pensar en dificultades para extender su condado a expensas de las poblaciones musulmanas de la cora de Lérida.

Ramiro, tenía ya establecido un plan de expansión claro y definitivo. En primer lugar, debía asegurar el sur de la Ribagorza y marcar fronteras seguras con el Conde de Barcelona, tanto al este como al sur. Una vez, asegurado este frente, sería llegado el momento de extenderse hacia el sur, donde se encontraban una serie de fortalezas dependientes de la taifa de Zaragoza. Graus, Barbastro, Bolea, Huesca y por último Zaragoza. Todo ello siguiendo un escrupuloso orden de conquista, de forma que tomando las plazas por ese orden, las siguientes en la lista estarían más debilitadas al no poder contar con el apoyo de las ya ocupadas.

Mientras Ramiro dedicaba sus pensamientos y energías vitales a la ejecución de su proyecto, desde Roma,

el Papa, le hacía llegar una *bula* en la que le alentaba e invitaba a tomar las medidas pertinentes en todo su reino, para implantar la nueva liturgia, el denominado Rito Romano, eliminando el utilizado hasta entonces, el cual presentaba reminiscencias de la pasada época visigoda, y que aún seguían presentes en los ritos practicados en toda la Hispania por los cristianos. Con esta nueva norma, Roma deseaba imponer un único e igual rito para toda la cristiandad, a la vez que daba pasos importantes en su implantación total en Europa y en la Hispania cristiana.

Aconsejado por el obispo Sancho, había convocado un concilio en Jaca, donde se abarcaría esta cuestión, junto a otras no menos importantes. En la misma bula, Alejandro II ponía en conocimiento la convocatoria de una cruzada contra los moros de Barbastro, invitándole a él y a las fuerzas cristianas a adherirse a la misma para incorporar al cristianismo este importante enclave musulmán.

— ¿Que vais a hacer, Ramiro? —le pregunto Jimeno Garcés.

Ramiro se encontraba en Benabarre acompañado de algunos de sus *seniores* que ya habían llegado al punto de concentración, a la espera de la llegada de otros *seniores* con sus huestes. Desde allí partirían hacia otra fortaleza donde se produciría la incorporación de nuevos *seniores* y tropas. De este modo, el ejército de Ramiro iba tomando forma, hasta alcanzar las dimensiones requeridas para la acción diseñada.

— ¿Lo decís por lo de la llamada del Papa a una Cruzada? —dijo Ramiro.

— Así es.

— Pues de momento, esperar acontecimientos. Me parece muy prematuro emprender semejante operación, sin tomar antes Graus, e incluso Huesca, para cortar sus líneas de ayuda y apoyo.

— Pero según parece, además de las fuerzas que aporta el Papa, han mostrado su interés de acudir a la

llamada fuerzas normandas y de Aquitania. —apostilló Jimeno.

— Eso parece, pero hasta que no lo vea no lo creeré. Estas cosas se hacen y se deshacen en un mes. De cualquier forma, me parece una temeridad informar a los moros con meses de antelación lo que vas a hacer. De esta forma, los resultados pueden ser catastróficos. El emir de Zaragoza, puede movilizar a sus tropas y forjar alianzas con otros para defenderse. Me parece poco inteligente esta acción del Papa, y me parece tan inexplicable, que estoy en la creencia de que detrás de este llamamiento hay otras intenciones que las de arrebatar un trozo de tierra a los musulmanes. Porque ¿alguien ha tenido en cuenta que luego hay que conservar la plaza, y si no tienes controladas los accesos y plazas cercanas, eso puede ser cosa efímera? Máxime, si las fuerzas que la hayan tomado, regresan a sus lugares de origen, dejando a la ciudad desprotegida. No, de ninguna manera creo que sea llegado el momento.

— Pienso como vos. Pero la acción del Papa, os coloca en una situación complicada —dijo Sancho Galíndez.

— Sí. Pero el Papa sabe de lo que le conviene a él y no sabe lo que más nos conviene a nosotros. Ni entiende de estrategias, salvo las suyas. Haremos lo que más nos convenga. Mantendremos nuestros planes, y trataremos de no desairar al buen Papa. —Dijo Ramiro, ante la asombrada mirada del obispo Sancho— No obstante, hay que esperar a que pasen los meses y veremos si la cosa sigue adelante. Luego decidiremos.

A finales de Julio se celebraron los terceros esponsales de Ermengol con la hija de Ramiro, Sancha de Aragón. La ceremonia tuvo lugar en Seu, capital del Condado. Con esa boda, culminaba la relación entre el Reino de Aragón y el Condado de Urgel, con el establecimiento de nuevos lazos que fortalecían los acuerdos anteriores entre ambos mandatarios.

En los primeros días de Octubre, comenzaba en Jaca el Concilio convocado por Ramiro. Asistieron los Obispos de Urgel, Roda, Bigorre, Olorón, Calahorra, Leire, Aragón, Auch y Zaragoza.

También asistieron numerosos clérigos, abades y abadesas de los diferentes cenobios de Aragón y del sur de Francia. Entre ellos, figuraba Nicolás, el Abad de Saint-Ouen, en la lejana Normandía, junto a nobles y grandes señores, quienes asistieron a las solemnes sesiones con auténtico fervor. No en balde, se hallaban presentes grandes oradores, como Austindo, Obispo de Auch y Paterno, Obispo de Zaragoza, grandes y reverenciados oradores que gozaban de gran predicamento entre los presentes.

Nicolás, que acompañaba a Austindo, Obispo de Auch, llevaba en su interior un gran regocijo, pues tras asistir al Concilio, viajaría a Barbastro para reunirse con sus amigos Abdalá, Alí e Iben, lo que le hacía sentirse feliz y gozoso, por volver a ver de nuevo a sus amigos. A su mente acudían recuerdos de juventud, felices y plenos.

El Concilio levantó grandes expectativas en todas las comarcas colindantes, atrayendo un gran número de visitantes y vendedores, artesanos deseosos de ofrecer sus productos a tanto visitante. Durante varios días, el bullicio se apoderó de la pequeña ciudad en crecimiento y todo el mundo aprovecho la ocasión para sacar algún beneficio de tanta afluencia de visitante forastero.

Los motivos de la convocatoria eran diversos y de profundo calado. Por un lado, las depravadas costumbres que se habían implantado en algunos miembros de la Iglesia, producían motivo de escándalo en los feligreses, y a las que había que poner fin.

En segundo lugar, Roma quería implantar un nuevo rito en la cristiandad, el denominado Romano, que

sustituyera a los diferentes y distintos ritos utilizados y que venían utilizándose desde los tiempos de los visigodos. En cuanto a las festividades, la Iglesia deseaba imponer algunos días festivos para que los feligreses pudieran dedicar un día a santificarlos, sin tener que trabajar.

Y por último, y no menos importante, se trataba de poner un poco de orden en la organización y las finanzas de la iglesia, por lo que se regularon las estructuras religiosas, empezando por los Obispos y terminado por los Monasterios, Abadías e Iglesias. Dentro de este apartado estaba la cuestión del Obispado de Huesca.

Las sesiones se desarrollaban en un ambiente de fuerte controversia entre los partidarios de tomar medidas contra la situación actual, y los que negaban cualquier irregularidad en sus actos y en sus vidas y rechazaban de plano la incorporación de los nuevos ritos, a los que tachaban de contrarios al uso y la costumbre. El enfrentamiento producía vibrantes y efusivos discursos no exentos de cierto dramatismo en su puesta en escena entre los diversos participantes.

García, hijo de Ramiro, y más tarde obispo de Huesca-Jaca, tuvo una actuación destacada, dirigiendo las sesiones y tratando de encauzar el exceso de celo en la dirección correcta aplacando a los intervinientes de las disputas que en ocasiones se producían entre los oradores y el resto.

Uno de los temas más delicados, y de mayor controversia, versaba sobre la diócesis de Huesca que era la diócesis de Aragón en época visigoda y que desde la ocupación árabe había sido suprimida. Finalmente se restableció la diócesis de Huesca cuya sede provisional estaría situada en Jaca hasta que la *Waska* musulmana fuera recuperada para la cristiandad.

Con gran oposición por parte de algunos obispos, se decidió implantar los nuevos cánones establecidos por el Concilio de Roma de 1059 referidos a la vida canónica y al celibato de los clérigos. A partir de entonces, deberían abandonarse los ritos antiguos, con reminiscencias de la época visigoda y aplicar los del nuevo cuño.

De este Concilio emanó reforzada la figura del obispo con plenos poderes administrativos y jurídicos, conforme a la impronta romana, correspondiéndoles la administración de diezmos y primicias. Con ello, se puso orden en la situación caótica habida hasta entonces, con predominio de monasterios sobre las iglesias y parroquias mezclados con otros poderes.

También se declaró obligatoria la observancia de las fiestas instituidas por los decretos y ordenanzas de la Iglesia, cosa que fue acogida con gran entusiasmo por el pueblo presente en las sesiones. No celebraron tanto, la implantación obligatoria del pago del diezmo de los derechos reales sobre el oro y la plata, los frutos, el vino y sobre todo aquello que estuviese sujeto a impuesto.

Tras cinco días de sesiones tormentosas, se clausuró el Concilio, y Nicolás, tras despedirse del Obispo de Auch, se dispuso a emprender viaje a Barbastro, acompañado de su inseparable Bertrand. El resto de asistentes al Concilio regresaron a sus diócesis y lugares de origen.

Ramiro, acompañado de su hijo Sancho, una vez acabado el Concilio, pusieron rumbo al Monasterio de Pano, donde ya les esperaban los *seniores* y *tenentes* para iniciar la expansión hacia el sur.

Capítulo XLIV.
Barbastro, Barbitaniya 1.063/454 de la Hégira

A primeros de marzo, comenzaron a llegar a Barbastro, informaciones que alarmaron a al-Tawil, procedentes de la capital de la taifa, *Lárida*. Sin pérdida de tiempo, reunió a su consejo para poner en su conocimiento los hechos de los que había sido informado.

— Acabo de recibir la noticia de que el *Imán* de los cristianos, ha convocado una *yihad* que llaman Cruzada contra nuestra ciudad. También me informan, que varios príncipes cristianos han dado ya su beneplácito para participar en la *yihad*. Nuestro *emir*, Yusuf al-Muzzaffar ha puesto en alerta a sus tropas y nos ordena que comencemos los preparativos para sufrir un asedio.

— ¿Y se sabe en qué momento se producirá eso?— preguntó el *cadí* Ibrahim ibn Isa.

— No conocemos la fecha, pero ya se han tomado medidas para vigilar los movimientos de los cristianos, especialmente de Ramiro, por ser el más beneficiado y también hemos puesto en alerta a todas las ciudades de la *Barbitaniya*. No obstante urge que nos pongamos a trabajar en preparar a Barbastro para un asedio.

— Tal vez debiéramos poner a salvo a las mujeres y a los niños— dijo el *cadí*.

— Es todavía muy pronto. Pienso que al menos deberán pasar seis o siete meses para que veamos a los cristianos frente a nuestras murallas. En cualquier caso, sabremos con antelación el momento en el que disponer la salida de los niños y de las mujeres.

Tras la reunión con su Consejo, el *wali* llamó a sus jefes y oficiales, y a los responsables de los almacenes de grano y alimentos y los encargados de mantener la ciudad y las murallas en perfecto estado. A sus oficiales militares,

les encomendó la labor de patrullar con mayor frecuencia todos los caminos de paso y establecer puntos de vigilancia escalonados con el fin de alertar con suficiente tiempo de la llegada de los ejércitos cristianos. Dio instrucciones para organizar la defensa interior y para que se acometieron obras para reforzar los muros y se establecer defensas en el exterior de las puertas. El z*abazoque*, recibió el encargo de llenar y proveer los almacenes y que si era necesario, se ampliasen, adaptasen o construyesen otras edificaciones con el fin de disponer de una gran capacidad de almacenaje para albergar la mayor cantidad de alimentos. Una vez impartidas las órdenes, despidió a todos a excepción de Zuhayr, con quien se quedó a solas.

— Sentáos a mi lado, mi buen al-Halifa. Siempre he admirado tus aportaciones técnicas a nuestra ciudad. Pero en estos momentos, en tus obras tengo puesta una gran esperanza.

— Me honráis, *sidi*, con vuestra deferencia.

— Me preocupa el suministro de agua en caso de asedio. Es el primer objetivo de un asedio: impedir el acceso al agua de los asediados. Recuerdo que me dijisteis que desde fuera no es posible ver las conducciones porque el agua se toma desde el lecho del río ¿Estoy bien informado? ¿Creéis que deberíamos realizar obras adicionales para mejorar el servicio? Decidme.

— Sí, lo habéis entendido bien. Desde el exterior, no es posible ver nada parecido a una instalación de toma de agua, ni a algo que pueda parecerlo. Pensarán, lógicamente, que el agua la tenemos almacenada dentro de la ciudad en grandes ojivas. Cuando pasen los días, y vean que no tenemos problemas, pensarán que la sacamos de algunos pozos desde dentro de la ciudad. Por ese lado, *sidi*, estoy seguro de que poseemos un suministro constante absolutamente asegurado, dure lo que dure el asedio.

— Es del todo fundamental este punto. Con vuestros mecanismos enterrados en el suelo, podremos obtener agua del río, sin que desde fuera sea percibido.

— Esa es justamente la idea. También deberíamos poner portones de recia madera en algunas calles, con el

fin de, llegado el momento, crear un laberinto cerrado de calles que dificultase enormemente a los invasores si estos, lograran derribar un paño de las murallas y pretendieran entrar por la abertura.

— ¡Buena idea! Ponéos a la obra de inmediato y no dejéis de crear ingenios de defensa. Confío en tu inteligencia y en la de Iben Galif.

Los habitantes de Barbastro no fueron informados de la noticia para evitar que se iniciase un éxodo a otras ciudades cercanas. Al fin y al cabo, la situación podía cambiar en un instante, pues los nobles y señores cristianos, en muchas ocasiones, habían dado muestras de mudar de opinión por cualquier nimia cuestión. Por ello, con la población sumida en el desconocimiento, la vida cotidiana no se vio influida y se desarrollaba con total normalidad.

A mediados de octubre, Nicolás, acompañado de Bertrand ponía nuevamente sus ojos sobre la silueta conocida de una ciudad que le era muy querida y en la que vivían sus amigos y su maestro Eleazar Galif. Ardía en deseos de verlos de nuevo, máxime cuando ellos no se lo esperaban.

Desde que pisó las calles del arrabal extra-muros, Nicolás comenzó se dio cuenta de que había una gran actividad constructiva en lo que le pareció la construcción de unos muros de sillería de excepcional grosor, y que tenía toda la pinta de pertenecer a la construcción de una barbacana alrededor de la *bab al-Fege*. Por tercera vez en su vida, volvía a entrar en Barbastro y por tercera vez le asombraba el manifiesto crecimiento de la ciudad. Siguieron por una calle del arrabal que discurría paralelamente a la muralla sur, en dirección a la *bab al-Waska*. Una vez traspasada la puerta, Nicolás y su novicio se apearon de los caballos y sujetándolos por las riendas, los condujeron camino de la casa de Eleazar. Nuevamente su vista recorrió el empedrado de la calle y los estrechos

canales cubiertos que discurrían por el centro y que eran utilizados para conducir el agua de lluvia cuando esta caía a raudales, impidiendo que llegase al interior de las casas. Técnica admirable que echaba de menos en su Normandía natal.

Recordaba que Eleazar Galif, tenía su consulta en la judería, que se encontraba no muy lejos de la puerta por la que habían entrado y que se encontraba al final de la calle por la que subían. Cuando pasaron bajo los lobulados arcos de la puerta, de nuevo observó que numerosas brigadas de trabajadores se afanaban en reforzar y reparar el muro en toda su longitud. Siguieron la calle, paralela a la muralla, hasta que el establecimiento de Eleazar estuvo a su vista. Mandó a Bertrand que sujetase a los caballos y se dispuso a pasar al interior.

La amplia estancia estaba vacía y sumida en la oscuridad. A ambos lados, dos bancos destinados a los clientes que esperaban a ser atendidos. Al frente, una cortina que conectaba con otra habitación en la que Eleazar auscultaba a los pacientes.

Esperó durante unos momentos, carraspeando para hacer notar su presencia a quien se suponía estaba en aquella habitación. A los pocos momentos, se apartó la cortina y Eleazar hizo su aparición. Tras unos momentos de vacilación, como si dudara sobre lo que sus ojos veían, abrió los brazos de par en par y gritó con gran voz.

— ¡Dómine Nicolás, estáis en Barbastro! —yendo hacia su inesperado visitante.

Se abrazaron y ambos no pudieron evitar que se les escaparon las lágrimas de sus ojos. Así, abrazados, pasaron unos instantes. Luego se separaron. Lleno de una alegría incontenible, Eleazar procedió a cerrar la consulta, invitando a Nicolás y a Bertrand a pasar al interior de su vivienda, donde fueron recibidos por su mujer Esther, una vez que los caballos, fueron alojados en unas cuadras

cercanas. Seguidamente, a gritos, llamó a alguien desde la calle, y a los pocos momentos, apareció un muchacho, hijo de una vecina, a quien le rogó, que fuera a avisar a su hijo Iben, diciéndole que lo esperaba su padre en casa.

Luego pasaron a interesarse por sus respectivas vidas desde la última vez que se habían visto.

— Por cierto, he visto una gran actividad de albañiles en las murallas —dijo Nicolás.

— ¿Acaso no conocéis las noticias que llegan de vuestra tierra?

Nicolás se inquietó.

— No. No sé a qué os referís.

— Vuestro Rabí, Alejandro II, ha convocado una *yihad* contra nuestra ciudad.

— ¿Cómo? ¿Una Cruzada? —dijo horrorizado Nicolás, a la vez que Bertrand se santiguaba.

— Así es. De ahí los preparativos que habéis observado al llegar. No sabemos cuándo se producirá, pero sí sabemos que participarán fuerzas normandas, aquitanas y del papa. Nada se dice de las aragonesas del Rey Ramiro, pero es de suponer que también participen. En cualquier caso, un formidable ejército.

— Pero…cómo es posible, ¡nada menos que una Cruzada!

— Sí. Ya veis cómo son las cosas de este mundo. Por cierto, os agradeceré que no lo comentéis con nadie, puesto que el pueblo desconoce esta circunstancia. No ha sido informado para evitar situaciones de pánico. Cuando se acerque el momento, se avisará a toda la ciudad para que cada cual, tome la decisión que crea más conveniente para él y su familia.

La pena de Nicolás fue en aumento conforme se iba enterando de las circunstancias de la gran noticia. Se preguntaba si su primo Guillermo, participaría en la Cruzada, aunque lo dudaba muy seriamente. Y en cuanto a la participación aquitana, le sorprendía el hecho de que el

Duque de Aquitania, con el que había hablado no hacía muchos días, no le hubiera comunicado semejante noticia.

— Tal vez, todo sea un bulo, y finalmente quede en nada. O que al final, todo quede en un intento. —dijo Nicolás, aunque en el fondo no tenía muchas esperanzas de que fuera así.

Pasado un rato, apareció Iben, quien al entrar en su casa, y ver a Nicolás, se quedó parado en seco, con los ojos muy abiertos al igual que la boca. Ni de lejos, podía esperar la visita de su amigo, el monje cristiano. Pasado el primer momento de sorpresa reacciono con alegría abrazando a su amigo.

— ¿Que ha pasado con vuestra frondosa cabellera, Nicolás?

— Cosa del tiempo y de la edad, querido Iben.

— ¿Y no tienes un remedio para ello, tú que eres médico?

— Pues ya ves que no.

— Por cierto, ya te habrá contado mi padre las noticias ¿no?

— Sí. Y me han entristecido enormemente. Pero además es que no comprendo semejante acción. Llevo mucho tiempo oyendo a otros clérigos reclamar al papa que convoque una Cruzada para recuperar Jerusalén, en poder de los vuestros. Pero Barbastro, no sé, me parece que, y perdonadme, no tiene la entidad suficiente como para dirigir los ejércitos de Europa hacia ella. Verdaderamente es muy extraño.

— Bien, el caso es que nos estamos preparando por si llega el día en que tristemente se confirme el hecho.

— Es natural. Pienso ahora, que tal vez mi presencia aquí, pueda molestar y ser altamente inconveniente, ¿no creéis Eleazar?

— A alguno, podría ser. A vuestros amigos, Abdalá y Alí, desde luego que no. —contestó rápidamente Iben— ¿Qué te parece si vamos en su busca? Se llevaran una grata sorpresa, te lo aseguro, después de tanto ajetreo y noticias desagradables.

Eleazar sonreía mientras le animaba con la cabeza a aceptar la propuesta de su hijo. Salieron a la calle, donde la luz comenzaba a escasear dirigiéndose directamente hacia la alcazaba.

Una vez franqueadas las puertas, Iben les pidió que esperaran un momento donde estaban, mientras él iba a buscar a Alí y Abdalá. Pasados unos momentos, voces excitadas les pusieron sobre aviso de que llegaban sus amigos. Al poco, aparecieron al otro extremo de donde se encontraban esperando Nicolás y Bertrand, acortando el camino corriendo y fundiéndose en un largo y sentido abrazo.

Pasados unos momentos de intercambio de saludos e interesarse por sus vidas recientes, apareció también en la escena el *cadí* Ibrahim, el padre de Alí y el *caíd* al-Tawil, padre de Abdalá, ante los cuales, Nicolás hizo una reverencia con la cabeza, correspondida solemnemente por ambos. Luego se dirigieron a un salón pequeño donde se solía reunir la familia del *caíd*.

Lo primero que notó Nicolás, es la agradable temperatura que había en la estancia calentada por un enorme brasero de bronce donde se consumía un gran tronco de olivo.

Tomaron asiento en unos *diwanes* situados alrededor de una mesa de cobre repujado y con presteza unas sirvientas pusieron sobre ella unos pequeños cuencos y una humeante tetera con la que el propio al-Tawil comenzó a servir a todos. El tema de la conversación fue, no podía ser de otro modo, sobre la Cruzada y de sus consecuencias futuras si finalmente, se confirmaba. El *caíd* manifestó sus dudas sobre la posibilidad de que en un futuro, ambos pueblos, el cristiano y el musulmán vivieran en paz y en concordia, estableciendo objetivos comunes y adaptándose unos a otros en cordial convivencia.

Nicolás no decía nada, pero él era de la misma opinión, y pensaba que tarde o temprano, más bien temprano, los reinos cristianos de Hispania pondrían sus ojos en los territorios bajo dominio musulmán y tratarían de echarlos de la península. La desunión y la poca o nula colaboración entre las *taifas* establecidas en suelo hispano, favorecía la expansión cristiana, aun a pesar de sus desavenencias, estaban mucho más unidos entre ellos, pues eran más las cosas que les unían que las que les separaba, sobre todo en el tema sarraceno.

Nicolás les explicó las razones de su visita y su reciente asistencia médica al Duque de Aquitania, su encuentro con el Obispo Austindo y su posterior invitación al Concilio de Jaca, a lo que había accedido animado por la posibilidad de realizar una visita a sus amigos de Barbastro.

— ¿Cuánto tiempo te quedaras con nosotros? —preguntó Abdalá.

— El caso es que dadas las circunstancias, no sé si debo, pues tal vez mi presencia pueda molestar o no ser conveniente. —dijo Nicolás.

— ¿Acaso crees que no te apreciamos lo suficiente para que por el hecho de que tu *imán* nos haya declarado la guerra santa no sepamos diferenciar? —dijo Alí.

— Bueno, yo… —empezó a decir Nicolás.

— Os quedareis el tiempo que deseéis y si desgraciadamente, las circunstancias se agravaran, entonces sería el momento de que os pusierais a salvo. Sabed que vuestra presencia, en cierta medida, nos desagravia de lo anterior —zanjo el gobernador, al-Tawil.

— Os lo agradezco profundamente, y rezaré porque todo esto no sea nada más que un mal sueño —respondió emocionado Nicolás.

— No vendrán mal las oraciones, procedan de donde procedan. Sin embargo, sí que os agradeceré que os vistáis con el *thawb*. De esa forma pasaréis más

desapercibido entre nosotros. ¿Os parece bien? — dijo al-Tawil.

— Bien nos parece, *sidi* —dijo Nicolás, a la vez que miraba a Bertrand recordando su negativa a ponérselo en el viaje anterior. Sin embargo, en esta ocasión, Bertrand respondió a la mirada de su abad, cerrando los ojos con expresión de ¡qué remedio!

Siguió la conversación hablando de muchos más temas, especialmente médicos, pues Eleazar y Abdalá estaban ansiosos por intercambiar experiencias con su colega cristiano, mientras los demás escuchaban embelesados. Viendo el cariz que tomaba aquella reunión, al-Tawil e Ibrahim, abandonaron la alegre reunión alegando obligaciones a las que debían atender. Lo mismo hizo Alí, no sin antes emplazarlos para juntarse y celebrar la visita de Nicolás y su acompañante, como se merecía.

Mientras, en la *funduq*, dos harapientos personajes bebían y maldecían su suerte a la vez que manifestaban su odio por el *caíd* al-Tawil. Se trataba de Anwar y Maymûn, puestos en libertad y despojados de todas sus pertenencias y propiedades. Ahora vivían en la calle de la caridad de los habitantes, pero el odio que sentían en su interior, les alimentaba manteniendo vivo su aliento y sus ganas de vivir para la venganza. Algún día, los hados se mostrarían favorables a ellos, y podrían ver cumplidos sus deseos.

SEGUNDA PARTE

LA CONQUISTA DE BARBASTRO

Capítulo XLV.
San Juan de Letrán, Roma 1.064

La biblioteca del Palacio Lateranense, tenía fama en todo el orbe, por la gran cantidad de tesoros que albergaba en sus inmensas y numerosas estanterías, repartidas en varias salas dedicadas a multitud de temas y materias. En ella se guardaban joyas en forma de libros procedentes de todo el mundo. Los había de autores árabes, como Rhazes, Al-Mayusi, Albucasis, Avicena y Averroes, todos ellos con tratados de medicina, Hassan Ali Aitan sobre óptica, Abú Musa al-sufí, Jaber ibn Haiyan en química, Al-Jwarizmi, Al-Gebr, Al-Batami en álgebra y matemáticas, Al-Batani, Al-Sufi y Al-Farghani en astronomía y una larga lista de nombres eminentes. Obras de los clásicos griegos, romanos y cristianos, auténticos tesoros guardados con celo por los responsables de la biblioteca. Estaba ésta conformada por varias salas con techos de gran altura y ornamentados en su total extensión con paneles cuadrados, en los que en cada uno se había representado una escena. Las paredes de ambos lados, estaban ocupadas por estanterías de la misma altura que las naves, divididas a su vez en varias divisiones verticales y otras horizontales, a modo de baldas, repletas de libros, unos situados de pie y otros, echados y con el lomo a la vista. De trecho en trecho, unas enormes lámparas de pie repartidas a todo lo largo de las estancias, proporcionaban la luz necesaria, habida cuenta de que no había ventana alguna por la que pudieran colarse los rayos de luz. Repartidas entre las naves, varias escaleras que los monjes encargados de la biblioteca o los estudiosos utilizaban para acceder a los libros. Y en medio, de las amplias naves, numerosas mesas y sillas. A la entrada de la biblioteca, a la derecha, había dispuesta una mesa de menores dimensiones que las restantes, rodeada por sillas, y presidiendo la misma, un

sillón de respaldo alto con la insignia papal. El papa utilizaba esta mesa para trabajar, siendo este uno de sus lugares preferidos.

Conducidos por el Camarlengo hasta este rincón de la biblioteca, esperaban pacientemente la presencia del papa, Guillaume de Montreuil, Robert de Gallard, Roberto Crespín y Hugo, el abad de Cluny. Las enormes y altas puertas que daban acceso a aquel santuario del saber universal, se abrieron de repente, dando paso al papa Alejandro II y a su secretario, el obispo Lucciano. Los cuatro presentes se levantaron apresurándose a presentar sus respetos al papa dirigiéndose hacia él a la vez que ponían la rodilla en tierra. El papa les dio a besar el anillo, y les invitó a ocupar de nuevo sus asientes. Él mismo ocupó la presidencia y a su derecha, su secretario.

— Sed todos bienvenidos a la casa da Dios, hijos míos. Os he reunido para dar inicio a los preparativos de nuestra cruzada contra los musulmanes de Barbastro. Es el momento de poner en conocimiento de todos nuestros movimientos, con el fin de obtener las máximas garantías de triunfo. Y ahora, os rogaría a los presentes que informéis a Nos, sobre las fuerzas con las que va a contar el Ejército de Dios y las que cada uno de vosotros vais a aportar a la Cruzada.

Robert de Gallard, tomó la palabra.

— Santidad, mi señor Guy Geoffrey, Guillermo VIII, duque de Aquitania aportará mil quinientos hombres, cuatrocientos de ellos a caballo, con su correspondiente dotación armada, provisiones suficientes para asegurar la alimentación de todos ellos y la infraestructura necesaria para una acción de esta envergadura como hospital de campaña para los heridos, tiendas, ingenios de asedio necesarios y artesanos herreros, zapadores y albañiles.

El papa sonrió, a la vez que, con un leve movimiento de cabeza, se mostraba plenamente complacido. A continuación, uno a uno fue informando a

Su Santidad sobre las fuerzas que aportaban. Roberto Crespín le informó en nombre de sus Normandos, que aportaría seiscientos hombres de los cuales, sesenta eran jinetes. Eran famosos en toda Italia por su arrojo y osadía, aunque también despiadados. El papa acogió con un gesto de aceptación la aportación aunque, dudaba seriamente de sus motivaciones que creía muy apartadas del espíritu religioso que animaba la llamada y pensaba que su deseo de participación estaba motivado por la posibilidad de conseguir un importante botín, pero consideró que su falta de espíritu cristiano quedaría compensada por su colaboración al triunfo final. Luego tomó la palabra el abad de Cluny.

— Santidad, como sabéis, mi presencia en esta reunión, es en representación de mi tío, Thibaud de Chalón, quien desea fervientemente acudir a combatir al infiel, allá donde se encuentre. Por ello, y completamente a sus expensas, colaborará con cuatrocientos hombres, cincuenta de los cuales son de caballería. En cuanto a su mantenimiento durante el tiempo que dure la toma de Barbastro, espera que corran a cuenta de Su Santidad, dado que todo lo demás, correrá de la suya.

El papa ya se esperaba algo parecido, pues el potencial económico del borgoñés no llegaba a la altura de los otros participantes.

— Contad con ello, mi estimado abad. Comunicad a vuestro tío Nuestra satisfacción por acompañarnos en Nuestra lucha contra el infiel.

— Así lo haré, santidad.

Guillaume de Montreuil, cerró el turno de informar a todos de las aportaciones. Como representante y *gonfaloniero* de las fuerzas papales, comunicó a todos que sus fuerzas estarían formadas por tres mil hombres, formadas fundamentalmente por normandos y otros soldados de muy heterogénea procedencia, contando con varias secciones de caballería que en total estaría formada por quinientos jinetes. Esta caballería, tenía fama en toda

Italia por su orden y eficacia a la hora de entrar en combate. Naturalmente, a ello se añadiría otro heterogéneo ejército, compuesto de carros y animales de tiro donde trasladar todos lo necesario para mantener a tantos hombres, y materiales para fabricar cualquier tipo de herramienta o arma necesaria para un asedio. En total, se añadirían unos ciento cincuenta hombres más que se dedicarían a labores complementarias que no serían militares.

El papa, tomó de nuevo la palabra.

— Como habréis notado, nos falta la representación de Aragón, pero el rey Ramiro, ha enviado a Nos una carta, en la que informa, que su aportación la decidirá en el momento en el que se vaya a iniciar el asedio, pues en los momentos actuales, se encuentra guerreando contra plazas musulmanas que desea ocupar antes de que llegue el momento de asediar Barbastro, con el fin de eliminar posibles puntos de ayuda a los barbastrenses.

Todos dieron como lógicas las explicaciones, pero en cualquier caso, las fuerzas del rey Ramiro, ya se encontraban en las cercanías de Barbastro, por lo que su ayuda podría definirse más adelante. Seguidamente pasaron a estudiar la fecha posible de acción. Todos estuvieron de acuerdo de que era necesario llevarla a cabo durante el verano, y como mucho tardar debería iniciarse el asedio hacia mediados de junio, aprovechando el buen tiempo para desplazar al lugar los ejércitos y todos los avituallamientos necesarios para mantener un asedio. En cuanto a la duración del mismo, todos aventuraban la cifra de veinte días o un mes aunque lógicamente eran cálculos que podían diferir en los que realmente resultaran.

En total, cerca de cinco mil infantes y mil caballeros, a los que habría que añadir las tropas que aportara Aragón. El papa pensaba que fácilmente podrían superar los seis mil soldados entre infantería y caballería.

Finalmente, se decidió que el ataque a la ciudad se llevaría a cabo a finales de junio, por lo que los participantes deberían acomodar sus planes de aprovisionamiento e intendencia y desplazamiento, de forma que para mediados de este mes, todos los ejércitos se concentraran ante las murallas de la capital de la *Barbitaniya*.

Capítulo XLVI.
Graus, Aragón 1.064

A finales de Febrero, Ramiro, había concentrado a gran parte de sus tropas en Abizanda, Pano, Perarrúa y Fantova. Por otro lado, el Conde de Urgel, aguardaba en las fortalezas de Purroy y Pilzán, recientemente conquistadas a los árabes, situadas ambas al este de Graus. En Benabarre, un importante número de hombres aguardaba instrucciones para intervenir.

En Pano, Ramiro estaba acompañado del conde Sancho Galíndez, *senior* de Boltaña, Atares y Sos, Lope Garcés, *senior* de Loarre y Samitier, Fortuño Sánchez, *senior* de Uncastillo, Fortuño Blásquez, *senior* de San Martín, Galindo Blásquez, *senior* de Troncedo y por Atón Galíndez, *senior* de Abizanda.

Al-Muqtadir, el emir de Zaragoza, venía siendo regularmente informado sobre los preparativos de Ramiro y de las pretensiones de éste de tomar Graus. Comprendía que de conseguirlo, significaría que Barbastro y luego *Waska*, estarían en peligro cierto de caer en manos cristianas. Rápidamente moviliza sus tropas a las que pone en dirección a Graus. Manda emisarios a León, para hacer valer sus tratados de vasallaje y amistad con Fernando I de León, hermano de Ramiro, quien envía al infante Sancho al frente de un buen número de tropas, para que le ayude en la campaña contra el aragonés. Previamente, las tropas aragonesas habían tomado posiciones en el lugar conocido como Civitas y ocupaban la plaza de Fantova, que estaba en poder de los musulmanes. Con ello, el cerco a Graus estaba completado.

Después del encuentro de Ramiro I y Ermengol III en la Baja Ribagorza, en 1062 y posterior alianza entre ambos, se había conseguido un clima propicio para proyectar futuras acciones contra posiciones musulmanas consideradas fuertes. Ermengol, insiste ante Ramiro en la conveniencia de conquistar Barbastro, aprovechando el impulso dado por el Papa Alejandro II, al convocar a los príncipes europeos a participar en una cruzada contra la ciudad del Merder. Sin embargo, el aragonés, no cree llegado el momento de emprender tal acción porque no está preparado para mantener posteriormente esa plaza, si antes no se conquista Graus y otras plazas adyacentes en manos de los musulmanes. Finalmente logra que Ermengol acepte su plan, y deciden acometer la conquista de Graus con la idea de que esta plaza esté ya en su poder cuando los cruzados encaminen sus fuerzas hacia Barbastro, momento en que se unirían a ellos.

En Pano, traza el plan de asedio. Desconoce el tiempo que le llevará tomar la ciudad, aunque sospecha que no será una tarea fácil ni rápida. Deja como *tenente* de Benabarre a Arnal Mir de Tost, *adalid* principal de Ermengol, con la misión de cubrirle las espaldas. El día cuatro de Marzo, jueves, da orden a sus tropas de dirigirse hacia Graus, partiendo con sus tropas desde los castillos de Abizanda, Pano, Perarrúa y Fantova.

Dadas las características de la fortaleza de Graus, Ramiro decide que su yerno, el Conde de Urgel, esperara en las fortalezas de Purroy y Pilzán, recientemente conquistadas a los árabes, en dirección oeste, pues en caso necesario, podrían incorporarse rápidamente al asedio. Quería tener un segundo ejército preparado por si se presentaba alguna contingencia inesperada.

El día cinco, las tropas de Ramiro inician el sitio estableciendo su campamento en las inmediaciones del río Ésera, dominando la vía que conecta Graus con Barbastro, al pie del altozano, conocido como la Peña del Morral, en cuyo alto, estaba situada la fortaleza musulmana y que en

su parte oriental presentaba una inexpugnable cortada de roca y en la cima, una imponente atalaya dominando todo el horizonte. Dos murallas, situadas en dos niveles diferentes por debajo de la atalaya, conformaban una fortificación formidable. La villa de Graus, situada a la falda de la montaña, quedaba a la vista del campamento cristiano, fuera de la protección del castillo. Una vez establecidos, Ramiro ordenó que una serie de patrullas montaran puntos de vigilancia a una o dos leguas de Graus, con el fin de informar rápidamente de la posible llegada de huestes de auxilio procedentes del sur y que otros exploradores se adelantaran algunas leguas más para asegurar el avistamiento a tiempo de cualquier grupo armado que se acercase.

Tomar por la fuerza aquella empinada y escalonada fortaleza, era tarea más bien imposible. Unos pocos hombres situados sobre las murallas, podían hacer frente a un gran número de atacantes, dada la precariedad en la que se éstos se encontrarían tratando de mantener el equilibrio para no caer despeñados. La única táctica viable era proceder a un asedio y rendir a sus ocupantes por la falta y escasez de agua y alimentos. La única esperanza de los sitiados residiría en la ayuda que solo podía llegar por el exterior, desde el sur, mediante el auxilio que les prestaran desde las plazas moras de la taifa. Por ello, distribuyó a sus fuerzas para hacer frente a esta eventualidad, ya que la procedente desde Graus, no le preocupaba apenas. Con seguridad los sitiados confiarían en la ayuda externa procedentes de Barbastro, Huesca o Zaragoza.

El día siete, dos correos informaron a Ramiro que habían detectado la presencia de un gran ejército que se dirigía a gran velocidad hacia Graus. Ese mismo día, un nuevo correo informaba que tropas castellano-leonesas al mando del infante Sancho, cabalgan junto a las musulmanas del rey de Zaragoza.

La sorpresa de Ramiro fue inmensa. No esperaba que el odio que le manifestaba aquel muchacho le hiciera poner sus armas al lado de los musulmanes contra un rey cristiano que además llevaba su misma sangre. Al conocer las dimensiones del ejército que se le venía encima, ordenó a su hijo Sancho Ramírez que levantara el campamento y se retirara hacia los castillos de partida.

— ¡Pero padre! ¡Llaménos a Ermengol para que acuda raudo en nuestra ayuda! —suplicó su hijo.

— De ninguna manera. No voy a comprometer mi reino, enfrentándome a fuerzas superiores por ganar la plaza de Graus. Con ser importante, lo es mucho más lo que tenemos pendiente que hacer para extender nuestro reino. Mientras vosotros os retiráis, yo me enfrentaré a mi sobrino y trataré de hacerle ver su error.

Sancho Ramírez estaba desesperado con la determinación de su padre. Sin embargo, sus sabias palabras le caían sobre su alma como losas de granito. No era el momento de enfrentarse a las tropas de Castilla y Zaragoza, aliadas para la ocasión, y retrasar, en caso de derrota, el desarrollo de Aragón. Lo que hoy no era posible, mañana podía serlo.

— Hijo, si hoy es mi última día en este valle de lágrimas y no nos vemos más, prométeme que tomarás esta plaza en cuanto sea posible —dijo Ramiro a la vez que abrazaba a su hijo.

— Vos, la tomareis, padre. Y si Dios así no lo dispone, tened la seguridad de que yo lo haré en vuestro nombre.

Ramiro observó cómo se iba levantando el campamento y las mesnadas iniciaban el camino hacia sus fortalezas de origen. Tenía la corazonada de que no vería más a su hijo. Luego volvió sus pensamientos a su sobrino Sancho y dispuso que los trescientos hombres que con él quedaban, se preparasen para salir al encuentro de los que venían. La tarde del día siete, comenzaba con nubes en cielo.

El encuentro tuvo lugar a tres leguas de Graus. Los sarracenos que venían en vanguardia, al ver frente a ellos un ejército, se lanzó a galope tendido blandiendo sus lanzas y alfanjes contra los cristianos que galopaban hacia ellos y que también llevaban sus espadas y lanzas prestas para la ofensa.

Ramiro se desesperaba. Esperaba que los dos ejércitos se hubieran detenido y se hubieran iniciado unas conversaciones que hubieran podido detener el enfrentamiento. Pero no iba a ser posible. Desenvainó su espada, bajó el yelmo, se encomendó a Dios rezando un padre nuestro, y se dispuso a defenderse de aquellos que le atacaban.

Tras el desigual enfrentamiento, Ramiro fue herido de gravedad. Sancho Galíndez, acompañado de otros *seniores*, iniciaron su retirada del campo de batalla, pues de nada serviría perder la vida en un enfrentamiento tan desigual y de tan poca enjundia que en nada beneficiaría a su señor. Sancho, ordenó a las tropas que permitiesen la retirada y que cejasen en su persecución. Se sentía plenamente satisfecho al ver a su tío doblegado y huyendo. No quería ir más lejos. Había comprendido que las fuerzas que se le habían enfrentado no eran las que estaban acampadas ante Graus, mucho más numerosas, por lo que entendió que la estrategia de su tío había sido la de replegar a sus fuerzas y salir a su encuentro con el fin de ganar tiempo a la retirada. Como siempre, había actuado de forma inteligente. Y su padre le había aconsejado que dejase a los moros tomar las iniciativas y se mantuviera, siempre que fuera posible, en segunda línea. Con su presencia, cumplía con Al-Muqtadir, el emir de Zaragoza.

— Tampoco hay que poner excesiva carne en el asador. —le había aconsejado su padre.

Ramiro desfallecía por momentos. De madrugada, y pocas leguas de Graus, en dirección de Benabarre, el

grupo tuvo que parar para que reposara el herido. Un emisario había sido enviado a buscar a su hijo, Sancho Ramírez, dada la gravedad que se observaba en el rey. Cuando éste tuvo noticia del hecho, galopó velozmente y sin descanso hacia el lugar donde estaba el Rey herido.

— Hijo mío. Mi camino en este mundo termina hoy y se inicia el tuyo. Obra con firmeza e inteligencia, anteponiendo siempre Aragón. No dejes que nadie te embarque en acciones para las que no estés preparado. Obra con astucia, marca tus objetivos a largo plazo para que ellos te sirvan de referencia, planifica a corto y medio plazo y ejecuta cuando todo esté preparado. En estos menesteres, la prisa y la improvisación son malas consejeras y malos compañeros. Estoy seguro que Aragón será una nación que las futuras generaciones admiraran. Cumple con Dios y con tus gentes. El resto, vendrá por añadidura.

Sancho Ramírez y todos los allí presentes, escuchaban en silencio conteniendo las lágrimas.

— Hijo, no es el momento de Graus ni de Barbastro. Ahora es el tiempo de ir asegurando el terreno que dejes tras de ti en tu avance hacia el sur. No dejes enemigos a tu espalda. Solo así tu avance será imparable. Paso a paso, llegará un día que te verás lejos de donde empezaste. Asegurar el terreno que tomas, debe ser tu norma. No tengas prisa, pues tus hijos y los hijos de tus hijos, seguirán nuestra labor hasta hacer de Aragón un reino dominante en Hispania.

Ramiro cerró los ojos. La herida que tenía en su costado era profunda, pero la del cuello, era la que más temían todos. Aunque se había podido disminuir la pérdida de sangre, la herida seguía manando de forma constante.

— Una cosa más Sancho. Una vez que sometas el castillo de Graus cuando Dios tenga a bien concederte esa dicha, dónalo al monasterio de San Victorián, pues esa fue

mi promesa y mi compromiso. Y si tú no puedes, que lo hagan tus hijos, Sancho.

— Así será padre.

La pérdida de sangre finalmente se llevó la vida de Ramiro. Tenía sesenta y tres años. Todos se arrodillaron ante su cadáver y rezaron unas oraciones. Luego, puesto Sancho Ramírez de pie y arrodillados todos los demás, le reconocieron y prestaron juramento como nuevo rey de Aragón.

Capítulo XLVII.
Barbastro, Barbitaniya 1.064/455 de la Hégira

Al-Tawil se multiplicaba en una labor frenética de organización de la defensa de la plaza. No sentía cerca la presencia del *emir* de la *taifa*, por lo que había enviado emisarios a *Lárida*, gobernada por Yusuf al-Muzzaffar, alertándole de la situación creada por la *yihad* cristiana con el fin de que estuviese atento a posibles movimientos procedentes del este que pudieran acudir en ayuda de los sitiadores. También había enviado mensajeros a al-Muqtadir de *Saraqusta* y a Lubb de *Waska*. La noticia de la próxima presencia de gentes venidas de Francia, era ya de conocimiento general. Por ello, animaba a los vecinos que tuvieran familias en otras plazas, que se refugiaran en sus hogares hasta que todo hubiera pasado. Unos pocos, los que consideraron que tenían muy poco que perder, enseres y casas que no eran suyas, y mucho que ganar, su propia vida, siguieron el consejo. La mayoría, decidieron quedarse al tener algo más que los demás y por solidaridad con la comunidad.

Al-Tawil había nombrado un grupo ciudadano, donde estaban presentes todos los sectores importantes y que podían contribuir a la defensa de la plaza. Junto al *zabazoque* o encargado de proveer a Barbastro de las suficientes provisiones para el asedio, estaban presentes los gremios de carpinteros, albañiles y herreros quienes se encargaron de reparar y construir murallas y armas con las que defenderse de los cristianos. Con todos ellos estableció un plan urgente de medidas a llevar a cabo de forma inmediata. También había ordenado la construcción de barbacanas y protecciones en todas las puertas exteriores por las que se accedía a la ciudad, con el fin de poder defenderlas mejor ante los ataques de los asediadores.

Iben Galif y Zuhayr, propusieron la excavación de unas grandes fosas alrededor de las murallas y a una cierta distancia de ellas, para evitar que las torres de asalto pudieran acercarse a las murallas. La propuesta fue aceptada y numerosos grupos de personas se pusieron a la labor de excavación. Toda la población estaba llamada a colaborar sin excusa. Y todos a una, acudieron a la llamada con espíritu decidido.

También se hicieron preparativos en materia de hospitales para heridos. Eleazar Galif y Abdalá, el hijo del *Caíd*, se esmeraron en organizar en varias casas adyacentes, salas y zonas de intervención de heridas con los que atender a los enfermos y heridos. En un almacén, acumularon grandes cantidades de productos y hierbas con las que fabricar medicamentos, junto a vendas, gasas y sábanas y diverso material quirúrgico, siguiendo las indicaciones de Nicolás y Abdalá, fabricado por los herreros en pulido y brillante acero.

El almacenaje de productos se llevaba a cabo de forma ordenada. Según creía al-Tawil, el asedio se produciría a principios de verano, para junio. Si ello ocurría así, les sería imposible recoger la cosecha de trigo y en ese caso, tenían orden de prender fuego a los campos para evitar que los sitiadores lo recolectaran y se alimentaran del esfuerzo de los sitiados. El problema con ser grave, no era crítico, pues todavía tenían almacenado del año anterior una gran cantidad de trigo. En cuanto al maíz, tenían completamente llenos los almacenes, pues hacía pocos meses que lo habían recogido. Con todas esas existencias, bien racionadas, les podía alimentar durante bastantes meses. De forma especial, se habilitó un almacén donde desecar grandes tiras de carne de vacuno y ciervo. También, siguiendo la recomendación de Eleazar Galif, la población se dedicó a pescar en el río y todas las capturas, entregadas para ser convenientemente depositadas en el secadero. Grandes cantidades de sal, traídas en carros

desde la vecina población de Naval, fueron también almacenadas. Vino, almendras, olivas, aceite y otros alimentos fueron también requisados por el Gobernador, con el fin de nutrir la despensa que les mantendría vivos durante el asedio. Toda esta actividad era la que había sorprendido a Nicolás cuando hizo su entrada en Barbastro. Rápidamente se puso a colaborar con Eleazar y Abdalá, para ayudarles a preparar cremas y ungüentos y otras pócimas con las que atender a los heridos que a buen seguro se producirían.

En cuanto a la dotación de hombres armados, los entrenamientos eran intensivos. Los herreros fabricaron un gran número de espadas, puntas de flechas, hierros para lanzas y toda clase de artilugios defensivos y ofensivos, siguiendo las instrucciones de Zuhayr e Iben.

Los albañiles, reforzaron los paños de piedra aumentando su grosor y en algunos puntos su altura, desde donde dominar mejor a los atacantes. Un grupo de zapadores y carpinteros, se dedicó en cuerpo y alma a crear un túnel que partiendo de Barbastro en dirección Huesca con una longitud de 1500 pies[2], permitiera a los defensores salir a la espalda de los sitiadores y que un mensajero o un pequeño grupo de hombres armados pudiera realizar su misión y regresar. Barbastro se aprestaba a resistir hasta la extenuación, basando su éxito a las fuertes y altas murallas y fundamentalmente, a su secreto aprovisionamiento de agua que les permitiría resistir asedios de muy larga duración.

Por la noche, Nicolás, Abdalá, Iben y Alí, acostumbraban a juntarse en la plaza, sentados alrededor de una mesa que el propietario de la única funduq que había en Barbastro había dispuesto especialmente para ellos a la puerta del establecimiento. Bertrand se quedaba

[2] Aproximadamente 500 metros.

en su aposento leyendo y rezando y cuando terminaba, se acostaba, quedando al instante en brazos de Morfeo.

A la fresca de la brisa nocturna, conversaban recordando sus tiempos de juventud y lo risueño que veían ellos su futuro, y ahora, en aquellos mismos momentos, se veían trabajando para defenderse de un asedio que el *Imán* de Roma había convocado contra su ciudad.

Nicolás les escuchaba apenado. Bien poco podía hacer, sino tratar de comprenderles.

— Vivimos en tiempos de intolerancia. —les decía— Y tengo que reconocer que los papas de Roma, no conocen como conozco yo, y algunos otros que como yo, se han relacionado con gentes de vuestra etnia y religión, y que por tanto, desconocen que se pueden establecer lazos de amistad entre nuestros dos mundos. Pero como digo, se imponen los intolerantes a los abiertos de mente y espíritu, de la misma forma que la espada y la belicosidad siempre se imponen al libro y a la cordura.

— ¿Pero qué sentido tiene, lanzar a los ejércitos de Europa contra Barbastro? ¿Acaso, alguno de los que van a venir, nos conocen? ¿Saben dónde está ubicada? — lamentó Alí.

— Ninguno, si lo quieres razonar. Todos, si cambias el punto de vista para juzgar. —respondió Nicolás.

— ¿Y cómo es eso? —pregunto Abdalá.

— Pues porque para entender la decisión del Papa, hay que mirar en la situación de la Iglesia dentro de la cristiandad y en el ambiente en el que se ve inmersa. Por un lado, la extrema belicosidad que existe en Europa entre los caballeros de los distintos territorios, cuyos diarios enfrentamientos entre ellos, producen muertes, saqueos y escarnios sin fin, en propiedades, villas y aldeas, que ha provocado la alarma en Roma. Por otro, la necesidad imperiosa de la Iglesia de imponer su autoridad a tantos príncipes que entienden justamente lo contrario. Y como desencadenante, la crisis económica que sacude a las arcas ducales y condales, y especialmente las de Roma.

Los tres amigos, escuchaban muy atentamente las palabras que decía Nicolás. Le tenían en gran estima y consideraban que en su parlamento encontrarían muchos de los porqués que los atormentaban.

— Y al parecer, nuestro santo padre ha encontrado, o ha creído encontrar, la solución a todos esos problemas con la misma solución: efectuar una llamada a esos príncipes para que todo su fervor belicoso se convierta en fervor religioso, y que en vez de combatirse entre ellos, combatan a un enemigo de la Iglesia, el Islam.

Los tres muchachos hicieron mención de querer decir algo, pero Nicolás levanto una mano, para indicarles que le dejaran terminar.

— De esta forma, se anulan las luchas entre ellos, impone un criterio religioso en sus vidas procedentes de la Iglesia como es luchar por Cristo y la Iglesia, y les promete el botín de la conquista, a la vez que se asegura la participación en ese botín y las aportaciones a la Iglesia de cada príncipe.

— ¡Pero eso es indignante! —dijeron a la vez los tres.

— Yo no puedo decir que no lo sea. — dijo humildemente Nicolás, lo que aplacó las expresiones airadas de los jóvenes.

— Y no lo es, porque creo que la confrontación es la última de las soluciones. Yo creo en Dios, como Abdalá y Alí creen en *Allah* e Iben en *Adonai* y las tres creencias no tienen por qué ser incompatibles. Dios es Dios, independientemente del nombre con el que cada cual lo invoque. La prueba la tenemos los cuatro aquí sentados y lamentándonos de que las circunstancias nos obliguen a enfrentarnos.

— A todos nos obligan nuestras creencias —dijo Iben— y debemos fe ciega a nuestros dirigentes religiosos, acatando sin reparo sus decisiones, pero yo me pregunto, ¿si renunciamos a nuestro propio raciocinio frente a esta sumisión impuesta que nos obliga a dar por buenas dichas

decisiones, como podremos separar el bien del mal, si aquel, no sabe o no quiere discernir entre ellos?

Se produjo un silencio.

— Me imagino que te refieres, a que si debemos aceptar sin más, los designios del papa, rabino o muftí —preguntó Nicolás.

— Exactamente. ¿Porque no puedo decidir yo sobre lo que entiendo que está bien o lo que está mal? —replicó Iben.

— Porque a lo mejor, tú no conoces todo lo que hay que conocer para emitir una *fetua*[3] justa. —dijo Alí.

— ¿Y esa es la excusa? —dijo Iben— Porque en ese caso, es inútil razonar sobre ello. ¿Y no puede ser al revés, es decir que en un determinado asunto yo conozca lo que hay que saber y el *muftí* no?

Todos pusieron cara de no tener la respuesta. Nicolás tomó la palabra.

— No claro que no. La diferencia, yo creo, la impone el tema sobre el que se pronuncia el sabio. En el tema que estamos comentando, se supone que son temas filosóficos, de fe o de creencias o comentarios sobre los libros sagrados. En ese caso, es muy probable que el papa, rabino o muftí, sean más doctos que nosotros. En otros, creo que Iben está en lo cierto. El caso es que seguramente, en esos otros casos los sabios no se pronuncien.

— Y en este caso, Nicolás ¿tu *imán* está en posesión de los conocimientos necesarios para emitir la *fetua*? —preguntó Abdalá.

---

[3] Una **fetua** (en árabe: فتوى *fatwā*; plural, فتاوى, *fatāwā*), a veces también **fatua**, es un pronunciamiento legal en el Islam, emitido por un especialista en ley religiosa sobre una cuestión específica. Normalmente una fetua es emitida ante la petición de que un individuo o juez establezca una cuestión donde el *fiqh* la jurisprudencia islámica, no está clara. Un erudito capaz de emitir una fetua se conoce como muftí.

— Como he dicho, esta *bula* no tiene nada que ver con el espíritu ni la filosofía cristiana. Tiene más bien que ver, con las cosas terrenas de éste mundo, en los que el papa no es infalible. —contestó Nicolás.

— De cualquier forma, ya sea correcto, moral o pertinente o que no lo sea, el caso es que estamos ante una situación que puede ser dramática en pocos meses. —dijo Alí.

Los cuatro se levantaron dando por terminada la conversación. Alí y Abdalá se digirieron hacia la alcazaba y Nicolás e Iben, hacia la casa de éste último. Justo en el momento que llegaba Zuhayr procedente de una obra.

Durante el camino Nicolás le preguntó a este por el palacio que le había enseñado en su anterior visita a Barbastro.

— Ya lo he cambiado varias veces buscando la perfección y nunca me quedo conforme. ¿Te apetecería verlo? —preguntó.

— ¡Ya lo creo que sí! —dijo alborozado Nicolás.

Cuando llegaron a casa del arquitecto, entraron encendiendo varias candelas que colgaban de la pared y colocando una en el centro de la mesa. Sobre ella, desplegó los planos y en uno de ellos, había dibujado un esbozo de la construcción en vista real.

Nicolás quedó maravillado. Todo el conjunto se encontraba rodeado por una gruesa muralla de piedra con torres cilíndricas, formando un conjunto trapezoidal, como correspondía a un palacete amurallado. En la planta, el espacio se distribuía en tres franjas horizontales, primando el espacio central con los salones y el jardín principal, encontrándose los espacios laterales desigualmente construidos. En el centro, un patio rectangular con dos salones afrontados en los extremos, y un jardín central dividido por un andén, conformando dos parterres regados por albercas. A partir del jardín central,

un pórtico situado en el lado sur, precedía a un gran salón y en el norte del conjunto había distintas estancias: en la parte oriental, un espacio poligonal ocupado por la mezquita y al fondo otro salón, que se completaba con dos *alhanías* o estancias laterales y que estaba precedido por un pórtico paralelo en "u", que prolongaba sus alas laterales sobre el jardín. El pórtico estaba formado de manera abierta, de forma que había una comunicación directa hacia el jardín mediante unos grandes arcos lobulados que se prolongan por el lateral. Los arcos eran muy anchos y se dividían en su interior por una cinta que descomponía la rosca, creando un diseño de lazos y elementos vegetales decorativos. El salón principal era la principal estancia del Palacio y en el frente de la arquería de acceso, arcos entrelazados que se coronaban por un bucle decorativo y estaban soportados por dobles columnas.

El boceto estaba inacabado y le faltaban muchos detalles que ya figuraban en el plano, pero que no había trasladado al boceto en perspectiva. Nicolás puso su mano sobre el hombro de Zuhayr.

— Debo felicitarte. Esta obra es digna de un Califa. Creo que deberías presentar este trabajo al emir de Zaragoza al-Muqtadir, o al mismísimo rey de Granada. Mereces pasar a la historia como constructor de esta maravilla.

Cuando se despidieron, Nicolás seguía dando vueltas al boceto dibujado por Zuhayr que parecía salirse del pergamino. En Italia había visto algo parecido a aquello, pero su amigo había alcanzado una refinada técnica que le parecía insuperable.

Capítulo XLVIII.
San Juan de Letrán, Roma 1.064

Guillaume de Montreuil, se encontraba en Roma, recién llegado de Sicilia. En su ánimo y en su alma pesaba el contratiempo sufrido en el sitio de Palermo, en el que había acompañado a Roberto de Hauteville, en el asedio iniciado desde primeros de año y que había acabado estrepitosamente debido a una causa, realmente extraña. El asedio alcanzaba ya su tercer mes, cuando una mañana su campamento amaneció invadido por miles de tarántulas, lo que provocó una desbandada masiva de sus hombres, por temor a su picadura, que producía una especie de histeria compulsiva, ante lo cual, Roberto se vio obligado a levantar el sitio y dejar para más adelante completar la conquista de Sicilia, que todavía estaba bajo manos musulmanas.

Espoleado por su estado de ánimo, que reclamaba acción inmediata, se dedicó en cuerpo y alma en su papel de *gonfaloniero* papal, en los preparativos de la expedición papal, ya fueran militares, intendencia o de cualquier otro tipo, para poder iniciar antes de mediados de abril el camino hacia Barbastro. Un ejército formado por más de tres mil efectivos con cerca de quinientos hombres a caballo, distribuidos en varios cuerpos, y éstos en compañías. A todo este contingente de hombres armados, había que añadir otro ejército formado por un buen número de acompañantes entre muleros, sanitarios, cocineros, herreros, carpinteros y decenas de artesanos especialistas en decenas de técnicas y oficios. Llevaba cerca de dos meses organizando toda esta infraestructura necesaria que debería acompañarles en el largo viaje de trescientas leguas, siendo necesario que este numeroso grupo, partiera hacia su destino dentro de la primera

semana de abril debido a que su velocidad de desplazamiento no sería tan rápido como el ejército.

El trayecto hasta Barbastro no estaba exento de dificultades. Partirían de las proximidades de Roma siguiendo una antigua vía interior romana que bordeaba los lagos de Bracciano y de Lico hasta llegar a Pisa, donde estaba previsto que se les unieran las tropas de Robert Crespín. Luego seguirían bordeando toda la costa del mar de Liguria, hasta llegar a Francia entrando por el Puente de San Ludovico hasta arribar a Mentón. Desde allí y por el interior, seguirían hacia Arlés y Montpellier y desde esta población, dejando el mar a su izquierda, continuarían hasta Narbona y Perpiñán. La entrada a España la realizarían por el puerto de la Junquera, siguiendo dirección Gerona, Viladrau, Manresa, Balaguer, Tamarite y evitando Monzón, llegar a Barbastro. Por delante casi dos meses de camino.

El papa Alejandro II, seguía puntualmente la marcha de los preparativos. Su secretario, el recién nombrado cardenal Lucciano, tenía orden de allanar todos los problemas que le fueran surgiendo a Guillaume en los preparativos de la Cruzada. Estaba totalmente satisfecho de los resultados que estaba alcanzando su llamamiento. Incluso tuvo que declinar la participación de algún príncipe italiano, porque solicitaba el mismo trato que se había concedido al Conde de Chalón, es decir, que el Papa corriese con los gastos de las mesnadas que iban a aportar. Pero Alejandro, ya tenía suficiente con cubrir los enormes gastos que le suponían el envío de sus tropas a Barbastro. Esperaba que el botín, fuera lo suficientemente suculento como para poder resarcirse, e incluso, superar, los gastos.

En los primeros días de abril, el primer grupo del ejército de intendencia emprendió el camino hacia Hispania, acompañados por un numeroso grupo armado en misiones de protección. A partir de ese momento, cada día partiría un nuevo grupo. Este escalonamiento era

obligado, porque había puntos muy estrechos en los que apenas podía pasar un carro y la mayoría de las sendas y caminos por las que deberían discurrir, no estaban preparados para soportar la presencia de un número tan grande de hombres, animales y carros, obligados a marchar en fila de muy pocos elementos que ocuparían varias leguas de longitud. De esta forma, y siguiendo este escalonamiento, los caminos siempre estaban expeditos y el ritmo de marcha podía ser más ágil.

Por el camino, en todos los pueblos por los que pasaban, reunían a sus habitantes y les leían un *breve* del papa, en el que se les solicitaba que, por la salvación de su alma, aportasen alimentos y cuanto les fuera posible a aquel Ejército de Cristo. De esta forma, aparte de alimentar a la tropa durante el viaje, iban recogiendo viandas y alimentos para el camino y para el asedio. A regañadientes, todos los pueblos y villas contribuían con lo que se les pedía. Sin embargo, ocurrió un suceso curioso, que de no haber sido solucionado ingeniosamente por un oficial, tal vez hubiera ocasionado más de un problema a esta forma de adquirir los víveres y alimentos.

Cuando llevaban casi dos semanas de viaje, la avanzadilla de soldados comandada por un alférez que tenía la misión de leer la misiva del papa y organizar la recaudación, hizo su entrada en una aldea sin nombre. Tras vocear y dar gritos para que todos los habitantes de aquella villa se presentasen ante ellos, esperaron pacientemente a que fueran asomando sus caras y cuerpos. Tras esperar un buen rato y no aparecer nadie, el alférez ordenó a dos o tres soldados que recorrieran aquellas calles y llamaran a las puertas de todas y cada una de las casas. El resultado fue que no había nadie en toda la aldea. Enseguida cayó en la cuenta el alférez de lo que en realidad estaba ocurriendo allí: los aldeanos del pueblo anterior, habían avisado a estos de su presencia y con el fin de evitarse tener que entregar lo que el papa les solicitaba, habían abandonado el pueblo.

Con una sonrisa en la cara por la pequeña argucia de los vecinos, decidió darles un escarmiento, ordenando a sus hombres que entrasen en todas las casas y recogiesen todo lo que vieran de valor. No hubo de repetirlo dos veces: el expolio fue total. Cuando hicieron su entrada en el pueblo siguiente, toda la población los estaba esperando con las ofrendas en la mano.

El día 12, lunes, Guillaume de Montreuil, al frente de sus ejércitos, y portando la enseña papal, se ponía en camino rumbo a Barbastro. Previamente, todas las fuerzas habían oído misa y recibida la bendición papal, tras la cual, el Cardenal Lucciano dio lectura a la bula "*Eos qui in Ispaniam*", escuchada con fervor y lágrimas en los ojos por los allí presentes.

La Cruzada de Barbastro, había comenzado.

Capítulo XLIX.
Pisa, Italia 1.064

En Pisa, Roberto Crespín *Frankopoulos*, esperaba el paulatino regreso de sus hombres procedentes del norte y del sur de Italia, donde estaban al servicio de algunos príncipes locales. La llamada del papa les había hecho reconsiderar su fidelidad, y como tales mercenarios, consideraron mucho más lucrativo el nuevo proyecto. Roberto hizo el llamamiento general a los diversos grupos diseminados por la península itálica. Una vez reagrupados esperaron a la llegada de las fuerzas de Guillaume de Montreuil para unirse a ellas, que hacía unos días había salido de Roma en dirección de Pisa.

Desde el primer momento se había mostrado decidido partidario para acudir al llamamiento del papa, para combatir a los musulmanes de Barbastro, en Hispania. Dirigía a un numeroso grupo de mercenarios en su mayor parte normandos y gente de heterogénea procedencia con un único afán: el de enriquecerse en breve plazo, por el procedimiento del saqueo y botín, obtenidos en los enfrentamientos armados para las que eran contratados. No les movía ningún sentimiento religioso, étnico o sublime. Lo único que daba sentido a sus vidas, era enriquecerse mediante el método de matar o morir. Gentes que provenían de los más bajos estratos de la sociedad, abandonados a su propia suerte, habían aprendido a despreciar la vida propia al considerarla como algo poco valioso. Cuanto menos, las de los demás.

Los normandos de Crespín eran famosos en toda Europa, especialmente en Italia, donde se había reunido un gran número de ellos en busca de un futuro que solo se lograba mediante las armas. Servían al mejor postor, con el que no establecían ningún lazo afectivo o de fidelidad.

Con la misma facilidad que el viento puede cambiar de sentido, un señor los podía tener hoy a su lado, como en la siguiente batalla tenerlos enfrente sirviendo a otro señor. Evidentemente por una sola razón: este último les había mejorado la soldada. Peleaban ferozmente por ganarse un futuro a sabiendas de que podía dejar de serlo en la batalla siguiente.

El grupo de mercenarios estaba formado por unos seiscientos hombres, de los cuales, unos cincuenta eran jinetes a caballo. Todos tenían una gran experiencia en el manejo de las armas y su fiereza era proverbial. En cuanto al grupo a caballo, eran verdaderos dominadores de la montura y en ocasiones manejaban a los caballos con las rodillas mientras ellos portaban sendas armas en cada mano.

El 22 de abril, jueves, llegaron a Pisa las fuerzas de Guillaume, donde pernoctaron durante un día, antes de continuar la marcha hacia Hispania. Habían recorrido las doscientas millas[4] de la antigua vía Aurelia en diez días, haciendo noche en Ladíspoli, en una primera jornada brutal de veintisiete millas, Civitavecchia, Tarquinia, Capalbio, Talamone, Vetulonia, Valmarina, San Vizenco, Rosignano y por fin Pisa.

Guillaume y Crespín no se profesaban mutua simpatía, debido a que éste no estaba muy bien considerado entre los príncipes y nobles italianos, un tanto hipócritamente, por su evidente falta de escrúpulos y al que solo le movían intereses económicos. Pero en la cambiante situación italiana, hombres como Roberto Crespín eran muy codiciados por aquellos como mercenarios por su total eficacia en las batallas y enfrentamientos entre los diversos ducados y principados que salpicaban la península itálica. Y por esa misma razón, tanto Guillaume como el papa Alejandro, hicieron de

[4] Millas romanas equivalentes a 1.672 metros (1,672 Kmts.)

tripas corazón, aceptando su participación en función de su valía militar que no en la ética.

El encuentro entre ambos fue un tanto distante. Una vez que se comunicaron el número de hombres y jinetes que sumaban entre los dos, Guillaume, le informó que Roberto se pondría al frente de los suyos, formando un grupo de refuerzo allá donde fuera necesario una vez iniciado el asedio y si tenían lugar enfrentamientos con la guarnición de la plaza o contra posibles refuerzos que pudieran acudir en su ayuda. Sin embargo, Roberto, le manifestó su preferencia de formar parte de las fuerzas de ataque que no de las de retaguardia o de refuerzo. Sus hombres estaban deseosos de entrar en batalla y de otra forma, podrían generarle algunos problemas. Los oficiales presentes en la reunión, tenían muy claras las razones de tal petición. El botín. Luego, reunidos con sus alféreces y segundos, se centraron en estudiar las condiciones que presentaba el lugar en el que se asentaba la fortaleza que pensaban asediar, según los informes que ya tenían en su poder. Las perspectivas no eran precisamente muy halagüeñas.

Barbastro era una importante ciudad musulmana, situada entre *Lárida* y *Waska*, de paso para *Saraqusta*. De fuertes y poderosas murallas, se calculaba que en total tendría unos ocho o nueve mil habitantes, y que contaba con unos mil soldados entre peones y jinetes. Como en casi todos los asedios, el auténtico peligro estaba en la posibilidad de recibir ayuda por parte del exterior, en este caso, del *emir* de la taifa de *Lárida* (a la que pertenecía Barbastro), *Waska* y *Saraqusta*, aparte de las plazas musulmanas de Graus, Naval y Fraga, todas ellas con grandes contingentes de hombres armados. Barbastro contaba con un extenso arrabal y estaba situada junto al río Merder, en denominación árabe, un río muy caudaloso y de fuertes corrientes. La parte norte estaba defendida por el río y una considerable altura del promontorio, sobre las que estaban construidas las murallas. Sin embargo en

la parte sur y este, había grandes extensiones sobre las que establecer el campamento cristiano.

Al día siguiente, un contingente que superaba los cuatro mil hombres, iniciaba su marcha hacia Barbastro siguiendo otra de las antiguas vías romanas, la denominada Emilia que les llevaría hasta Vado Ligure a ciento treinta millas, para continuar en sucesivas etapas y tras otras doscientas cuarenta y cinco millas, llegar hasta Arlés, en Francia. Luego continuando por la vía Domitia, pasando por Nimes, Montpellier y Beziers llegarían a Gerona, donde acamparían dos días para descansar, antes de continuar hacia su destino final.

Pisa asistía con curiosidad y temor a este despliegue tan bullicioso de gente armada y muchos de sus habitantes, desconocedores de las razones que propiciaba tan ingente movimiento de tropas de infantería y caballería en su ciudad, se alarmaron ante el temor de una nueva acción de rapiña de los normandos, cosa habitual en los últimos años que sufría toda Italia. Sin embargo, al ver los estandartes y banderas del papa, la población se tranquilizó y tornando su preocupación en alivio, dedicaron a aquellos esforzados que se iban a pelear al moro a tierras lejanas de Hispania, grandes gritos de ánimo. Y en las mentes de la mayoría, el deseo de que permanecieran largos años bien lejos de Italia.

Capítulo LX.
Poitiers, Aquitania 1.064

A finales de abril, en Aquitania los preparativos de la expedición a tierras hispanas iban muy avanzadas. El Duque Guillermo, rodeado de sus nobles feudatarios, daba los últimos repasos al plan organizativo de la expedición. Para poder desplazar a mil quinientos hombres, con todas sus pertenencias, equipaciones, incluidos los caballos, era necesaria la preparación de alimentos, ropas, herramientas y multitud de cosas, para lo cual, se empleaban otros cerca de doscientos hombres, encargados del control de todas esas cosas necesarias, entre los que se encontraban cocineros, herreros, carpinteros, sastres, físicos y hasta faranduleros y rapsodas, que elevaran la moral de las mesnadas, ya que en un asedio, podían pasarse meses acampados ante unas murallas. En consecuencia, no había que olvidar ningún detalle en los preparativos.

Mientras las huestes aquitanas se iban agrupando en Poitiers, los que ya lo habían hecho practicaban incansablemente el manejo de sus armas en enfrentamientos entre sí o contra los *tótems* de práctica. Los jinetes sometían a sí mismos y a sus caballos a un duro entrenamiento, mediante enfrentamientos contra infantería, pues las técnicas de ataque y defensa eran diferentes al enfrentarse a un jinete.

Gastón, al frente de un *conroi*[5], formado por un reducido grupo de hombres a caballo y cien peones, y que lucía el pendón de su baronía de Basillac, se sentía

[5] Grupo de caballeros en número variable en torno a un pendón.

pletórico de emoción. Su *conroi* formaba parte de la *bandera*[6] de Guy, es decir que estaba bajo su mando. Su participación en un gran movimiento de armas, le producía una gran satisfacción interior. No le ocurría lo mismo a su esposa Agnes, que como era natural, temía constantemente por su marido en todas las acciones que libraba con las tropas del Conde de Trelissac o con las del Duque de Aquitania. El matrimonio contaba ya con cuatro hijos, dos niños y dos niñas. El mayor, que llevaba el nombre de su padre, tenía ya 17 años y mostraba una fuerte inclinación hacia las armas. Agnes y María de 15 y 11 años respectivamente, sentían verdadera adoración por su hermano mayor. Finalmente, Arnoul, el pequeño, tan solo contaba con 6 años de edad. Era el ojito derecho de su abuelo, el maestro de armas.

Por su parte Guy, formaba parte del grupo de confianza de su padre y tenía a su cargo una *bandera*. Su arrogancia y falta de tacto al tratar a los que estaban bajo su mando, así como su falta de prudencia, le producía el rechazo generalizado de los que le rodeaban. Sus decisiones, exentas de toda meditación y previsión, eran constantemente corregidas por su padre y por el propio Duque, poniendo en evidencia sus flancos débiles, lo que le producía intensos ataques de ira en su interior.

En la reunión final, el Duque quiso que asistieran, además de sus barones, jefes de las distintas *batallas*, los abanderados y capitanes de *conrois*, para acordar las últimas disposiciones de la marcha que al día siguiente emprenderían y que durante veinticinco días y siempre en dirección sur, les pondría ante las puertas de Barbastro.

Al *conroi* de Gastón le fue encomendada labores de vanguardia, adelantado varias millas del resto para ir

---

[6] Un conjunto de Conrois, bajo el mando de un noble. Varias banderas, formaban una batalla (batallón) al mando de un noble de alcurnia.

comunicando al contingente sobre las dificultades o problemas que se iban encontrando por el camino que debían recorrer. También eran los encargados de leer la bula papal en todos los pueblos por los que se cruzaran, solicitando la participación de todos en el sustento de las tropas que se dirigían a combatir al *islam*, ya fuera en forma de alimentos o dinero.

Guy manifestó de malas maneras y de forma despectiva, que Gastón fuera en la retaguardia, cerrando la comitiva, asignándose para sí la labor encomendada a Gastón. Sin embargo, el Duque Guillermo, con dura mirada y sin pronunciar una palabra más alta que otra ni más de las necesarias, denegó tal petición, produciendo en su hijo una oleada de odio insufrible, jurando para sí que en Barbastro tendría la gran ocasión de librarse del hijo del *albeítar* de una vez por todas.

El día diez de un caluroso mayo, inició su partida de Poitiers el ejército del Duque de Aquitania. Por delante, casi un mes de camino. Diez días antes, había partido la expedición de suministros, con decenas de carros, mulas y caballos, protegidos por un grupo de soldados.

Capítulo LI.
Benabarre, Aragón 1.064

Sancho Ramírez, estaba al tanto de las numerosas fuerzas que procedentes de Italia y de Francia, se dirigían hacia Barbastro. Las tropas italianas habían hecho su entrada por el puerto de La Junquera con dirección a Gerona y desde allí, venían hacia la capital de la *Barbitaniya*. Este ejército formado en su totalidad por cerca de cuatro mil hombres, contaba con las fuerzas enviadas por el Papa al que se les había unido un grupo de mercenarios normandos bajo el mando de Roberto Crespín, viejo conocido por todos, especialmente los musulmanes debido a sus correrías por tierras hispanas en busca de botín y a quien denominaban *al-bitubin*.

Por otro lado, le habían informado que un contingente francés, procedente de la Borgoña francesa, bajo el mando de Thibaud de Chalón, había hecho su entrada por el mismo puerto, unos días antes y se encontraba ya en las inmediaciones de Barbastro. Y por último, procedentes de Aquitania, otros cerca de dos mil hombres se dirigían ya hacia Barbastro, una vez rebasado el Somport. En total, unos cinco mil quinientos efectivos con sus correspondientes intendencias, se acercaban a marchas forzadas hacía la Barbastro.

Compartía el sentimiento de su padre, en el sentido de que no era el momento adecuado para tomar esa ciudad. En los planes que Ramiro I y él mismo habían establecido, se contemplaba un desplazamiento lento pero constante hacia el sur. Había que tomar todas las plazas musulmanas que había entre Barbastro y la línea que limitaba el sur de sus conquistas.

Sancho se había reunido en la fortaleza de Benabarre con sus *seniores* y con el Conde Ermengol de Urgel, acompañado de Arnau Mir de Tost. Ermengol se encontraba muy animado por la reunión de tantos hombres contra la ciudad musulmana. Trataba por todos los medios convencer a Sancho de que participara con el grueso de las fuerzas aragonesas a la conquista de la ciudad.

— No puedo hacer eso, Ermengol. Mi padre antes de morir me recomendó que no hiciera nada de lo que no estuviera totalmente convencido. Y la toma de Barbastro, no toca ahora. Ved lo que paso en Graus.

— Si, pero el perro castellano, se alió con los musulmanes para ir contra tu padre. ¡El muy…! —exclamó el de Urgel.

— De acuerdo. Pero hubiera dado igual. Los moros venían con un gran contingente de hombres procedentes de Zaragoza y Huesca. Y ese peligro seguirá una vez tomada Barbastro. Además, que esta plaza, pertenece a la taifa de *Lárida*. Otro flanco más que defender. —dijo Sancho.

— Señor. Yo respeto vuestra prudencia y sensatez. Pero hay ocasiones en las que la suerte se presenta de forma inesperada como es este caso, en el que grandes fuerzas de Europa y del Papa, vienen a ayudaros a tomar esta plaza. ¿Qué mayor orgullo podrá mostrar cualquier rey de Europa, de contar con la decidida participación del romano pontífice? ¡Ninguno, señor, ninguno!

Los demás guardaban un significativo silencio. Compartían punto por punto las ideas de su rey Sancho Ramírez.

— Todo eso está muy bien, Ermengol —dijo Sancho apoyando su mano sobre el hombro del conde— pero decidme, ¿qué ocurrirá cuando todas esas fuerzas regresen a sus puntos de destino? ¿Quién defenderá la plaza? ¿Hemos de suspender nuestros planes de expansión para su defensa?

— ¿Y qué vamos a hacer, no participar a su conquista? —preguntó el conde de Urgel.

— No. No sería justo, máxime cuando el Papa ha señalado que esa plaza debe quedar en manos aragonesas. No podemos ser desagradecidos. No sería propio de bien nacidos. Vos nos vais a representar, porque si Dios nos concede la merced de ganarla a los moros, quedareis al cargo de la misma, como *senior*. Así es que preparad vuestros hombres para incorporaros a los cruzados en el momento que sea oportuno hacerlo.

Ermengol mostró su sorpresa al oír las palabras de Sancho Ramírez.

— Os agradezco vuestra merced, señor Sancho Ramírez. Contad con que la defenderé hasta la muerte. Mis huestes ya están listas y preparadas.

— No os pido tanto, Ermengol. Me conformo con que la conservéis para nosotros el mayor tiempo posible, hasta que podamos establecer en torno a ella un cordón defensivo que la ponga a salvo de las querencias musulmanas. Cuando lleguen las fuerzas del otro lado de los pirineos, os uniréis a ellos, ostentando el pendón real de Aragón. Por cierto, ¿se sabe cuándo comenzaran a llegar a las inmediaciones de Barbastro.

Lope Garcés, tomó la palabra.

— Según los enlaces y correos, los primeros en llegar será el grupo de intendencia de Aquitania, quienes están a un par de días de camino. Seguramente se juntarán con los borgoñeses de Thibaud que están más o menos a la misma distancia. Y dentro de cinco días irán llegando el resto. Calculo que para mediado junio, habrán llegado todos.

— Y Barbastro, ¿qué tipo de preparativos están realizando? —preguntó el rey.

— Pues los normales. En lo defensivo, han construido un gran número de barbacanas, reforzado las murallas y elevada su altura en la parte más accesible desde el exterior. A todo ello, han construido una serie de

zanjas y muros de piedra a lo largo de los arrabales, a modo de puestos avanzados de defensa. Todo ello, acompañado de almacenaje de forraje, grano y la reunión en un aprisco construido en la cercanía de la puerta de Huesca, donde un gran número de corderos donde han agrupado todos los que poseen, que pasarán de mil. Me imagino que en pocos días los introducirán en la ciudad fortificada.

— Es decir, que están provistos para un asedio prolongado. Supongo que habrán hecho acopio de agua en grandes recipientes. Vamos de cara al verano y será absolutamente vital para ellos.

— Es de suponer. En cualquier caso, esté es siempre el punto débil de la defensa en un asedio. Tarde o temprano se les acabaran las existencias, porque nuestros espías nos han informado que no han visto movimientos de acopio de agua, por lo que suponen que ya la tendrán almacenada en grandes aljibes. Pero el calor del verano, aumentará el consumo entre los sitiados y eso hará que sus existencias mengüen rápidamente.

— Será complicado tomar una ciudad tan bien preparada y advertida. Llevan meses de preparación desde que el Papa dio a conocer la bula. ¡Tanto mejor hubiera sido hacerlo sin tanta bulla! —dijo Sancho Ramírez.

— Si, pero en ese caso, no se habría podido reunir a tan gran número de hombres. —dijo Ermengol— y mantener una cosa así en secreto, es prácticamente imposible.

— No obstante, me parece a mí que no es en el número donde está la victoria, sino en la estrategia y la sorpresa. Bien, esperemos que Dios haya dispuesto lo más convenientes para sus hijos y premie tanta devoción. Que sea lo que él quiera. —sentenció Sancho Ramírez, dando por terminada la reunión.

Ermengol, dejó al frente de sus huestes ya situadas en los alrededores de Benabarre, a Arnau Mir de Tost y él se dirigió a marchas forzadas hacia Seo de Urgel, donde esperaría a las fuerzas del Papa que venían desde Gerona,

provenientes de Italia bajo el mando de Guillaume de Montreuil. En el momento oportuno, se reuniría con ellos en Balaguer, acompañándolos hasta el destino final, Barbastro.

Capítulo LII.
Barbastro, Barbitaniya 1.064/455 de la Hégira

A primeros de mes, una sensación de agobio se había apoderado de los habitantes de Barbastro. Las noticias sobre la llegada inminente de dos grandes ejércitos por el norte y el este, había caído como losas sobre la ciudad. Nicolás, se desesperaba y se encontraba en una situación completamente incómoda. Sin embargo, nadie le increpó ni le dedicaron miradas ni insultos, antes bien, agradecimiento y amistad. Sus visitas a domicilio junto a Eleazar, para ver y auscultar enfermos, eran conocidas en todos los barrios y arrabales extra muros, y su presencia en las calles, siempre era muy bien acogida.

Todo estaba preparado. Los almacenes rebosaban de productos. Las fraguas producían gran cantidad de flechas, lanzas, espadas y toda clase de herrajes necesarios. Se confiaba que las gruesas y altas murallas y torreones que rodeaban la ciudad, les protegieran durante el tiempo necesario hasta la llegada de la ayuda de *Lárida*, en cuyo momento los cerca de trescientos soldados encerrados en la ciudad, haría su salida para atacar a los cristianos por los dos frentes.

Los habitantes de los arrabales, habían ya guardado en la ciudad sus enseres y todos los alimentos que poseían. Nada se podía dejar al alcance de los asediadores, incluidas las cosechas que todavía no hubiesen sido recogidas, las cuales deberían ser quemadas. Así pues, todos estaban esperando la orden de resguardarse entre los muros de la ciudad y cerrar las puertas de la misma. Tan solo quedaban fuera de las murallas los *radjules* y arqueros que quedaban en las empalizadas y muretes de piedra, a modo de primer cordón defensivo de la ciudad.

Desde ese mismo momento, funcionaría un sistema de racionamiento de alimentos implacable, considerado como fundamental para resistir largo tiempo. Los asedios largos, eran también penosos para quienes los realizaban, pues también ellos necesitaban proveerse de alimentos, y en Barbastro, esto sería difícil y complicado. Así es que todo quedaba fiado a la resistencia, y ellos estaban bien surtidos de todo.

Los túneles que habían excavado hacia el Pueyo, permitían el paso de un caballo, y su salida estaba a media milla de las murallas de la ciudad, habilmente camuflada. Por ella esperaban mantener informados a sus vecinos e incluso realizar pequeños golpes de mano a los acampados, sobre todo percutiendo sobre sus surtidas despensas. También tenían pensado y dispuesto un sistema de inutilización de los mismos, para el caso de ser descubiertos por los cristianos.

En los primeros días de junio, comenzaron a llegar numerosos grupos de soldados que acompañaban a numerosas carretas donde los sitiadores portaban sus enseres y víveres. Pronto comenzaron a instalar campamentos a dos o tres millas de las murallas exteriores. El gobernador al-Tawil expidió mensajeros en dirección a *Waska* y *Lárida* para avisar de la llegada de los primeros efectivos de cruzados.

Al-Tawil e Ibrahim ibn Isa, el cadí, estaban en el *madjlis*[7] esperando la llegada de Nicolás a quien habían enviado a buscar a un mensajero. Estaban preocupados por el cristiano y su estancia en la ciudad en unos

[7] 1.- Salón representativo de la casa donde el señor recibía a las visitas.
2.- Ronda de conversaciones que solía haber en la casa de un personaje importante.

momentos tan cruciales, temiendo por su vida. Al poco rato, regreso el mensajero acompañado de Nicolás.

— *Salam Aleikum* —dijeron a dúo los dos.

— *Aleikum Salam. Ahlan wa sahlan* —contestó Nicolás.

Luego tomó asiento frente a ellos en uno de los *mjayed*[8].

— Estamos seriamente preocupados por vos, Nicolás. Se avecinan días terribles y complicados para todos los que nos encontremos entre estas murallas, y somos de la opinión de que deberías partir hacia tu hogar, poniendo a salvo tu vida.

— Os agradezco vuestra preocupación que siento en mi corazón llena de afecto y cariño. Pero yo faltaría a los mandatos de mi credo y a mí mismo como persona, si en este momento abandonara un lugar donde mis servicios y mi presencia puedan aportar algo de alivio y ayuda. No debéis temer por mi vida, pues ella está en otras manos. Nuestras vidas están en manos de Dios y Él será quien disponga de ellas. ¿No pensáis vosotros del mismo modo? —dijo Nicolás.

— En verdad Nicolás que sois sabio y ojalá todos los cristianos tuvieran vuestros pensamientos y que igualmente ocurriera entre los nuestros. Así pues, ¿no queréis partir hacia vuestra tierra, ahora que aún hay tiempo?

— En modo alguno, mis buenos amigos. Y a poco que yo pueda, haré cuanto esté en mi mano para evitar el derramamiento de sangre. Es mi obligación y mi firme convicción.

— Sea así, como has dispuesto. Nosotros quedamos tranquilos con nuestra conciencia, a la vez que alegres con tu decisión. En ese caso, no interrumpiremos más la labor que estás desarrollando y que causa nuestra más profunda admiración y agradecimiento. *Ma'a as salaama*.

---

[8] Cojines en plural (mjayed). (Mjdda en singular)

— *In chaa' Allah* —respondió Nicolás, quien se levantó y tras una ligera flexión abandonó el *madjlis*.

Por su parte, Iben y Zuhayr, dirigían a un grupo de *radjules* en la instalación de unos parapetos de protección a lo largo de la muralla, destinados a proteger a los que, desde los adarves en lo alto de las murallas, hostigaran a las torres de asalto que los cruzados pudieran utilizar.

Alí, dirigiendo a sus hombres, andaba en constante vigilancia de los caminos, enviando y recibiendo mensajeros desde las numerosas atalayas instaladas en los puntos altos con el fin de avistar a tiempo a las tropas enemigas.

Al-Tawil, decidió que era el momento de enviar un grupo de tres hombres al *emir* de *Lárida*, Yusuf al-Muzzaffar, para que estuviese preparado para acudir en su ayuda. Tenía la corazonada de que el *emir* les iba a abandonar a su suerte, porque hasta el momento, no se había interesado por la situación de la ciudad, a pesar de que lo tenía constantemente informado enviándole mensajeros con puntualidad. Todavía no había mandado a nadie a comprobar los preparativos que se estaban haciendo y las necesidades que tuvieran, y aquello le preocupaba enormemente. Por esa misma razón, envió también al *emir* de *Saraqusta* unos mensajeros solicitando ayuda.

De forma progresiva, muchos de los habitantes que residían en los arrabales fuera de la muralla, se fueron incorporando al interior de la ciudad alojándose en casa de amigos y familiares. Los más reacios a acogerse en el interior, eran los cristianos que convivían con el resto de vecinos pues creían que en razón de su fe, serían respetados por los cruzados. De nada valían las recomendaciones que les hacían sus vecinos y amigos.

El día veinticuatro de junio, jueves, para los cristianos, seis del *Rajab* del año 456 para los musulmanes, las tropas de los cruzados, terminaron de instalar sus campamentos alrededor de Barbastro. Con ello, se cerraban los caminos de acceso a la ciudad del rio Merder, y quedaban aislados de las ciudades y poblaciones que podrían prestarles ayuda. En especial de la *taifa* de *Lárida*, a la que pertenecían.

Había comenzado el asedio de la Ciudad.

Capítulo LIII.
Barbastro, Barbitaniya, 1.064/455 de la Hégira

El día 15 de junio, llegaban a las inmediaciones de Barbastro, el ejército del Duque de Aquitania, haciendo su aproximación por el oeste de la ciudad, procedentes de Jaca y en días sucesivos fueron llegando el resto de cruzados. Cinco días antes, habían comenzado a llegar los convoyes de suministros de los aquitanos y los del Papa, quienes habían comenzado la instalación de sus campamentos.

Al ser los primeros, los aquitanos se posicionaron al sur de la ciudad, delante de la imponente muralla sur de mil cuatrocientos cincuenta pies. En su parte norte, presentaba una muralla de mil doscientos pies de longitud, situada en lo alto de un montículo con un desnivel de casi ciento veinte pies con respecto del río que discurría por debajo de ellas. Aquella parte de la muralla era absolutamente inexpugnable.

En los días sucesivos fueron llegando las restantes fuerzas cruzadas. Los siguientes en hacerlo fueron las del Papa comandadas por Guillaume de Montreuil, seguido de los hombres de Roberto Crespín y un poco más atrás, los borgoñeses de Thibaud, quienes se habían incorporado a los dos anteriores en Balaguer. Su llegada se produjo por la vía de Lérida, ciudad que evitaron tomando un camino que bordeaba la ciudad de al-Muzzaffar.

Ante la ciudad amurallada, se distribuyeron las posiciones a tomar. Ocupando el nordeste, y en la margen derecha del río, los borgoñeses controlaban las murallas norte y este, donde estaba ubicada una de las tres puertas por las que se podía acceder a Barbastro, la denominada

bab al-Merder. Hacia el sureste, las tropas aragonesas mandadas por Ermengol, controlaban desde su posición, toda la muralla sur y dos puertas, la situada al este, la ya citada *bab al-Merder*, y una de las dos de la parte sur, la *bab al-Fege*. A su izquierda, y situados entre ellos y los normandos de Crespín, se encontraban los aquitanos.

Los normandos ocuparon la otra esquina, la situada en la parte suroeste, controlando la puerta de salida situada al oeste, la *bab al-Waska*, a la vez que controlaban también la muralla situada en esa parte de la fortaleza.

Y por último, las fuerzas del Papa, comandadas por Guillaume de Montreuil, se colocaron al oeste, frente a la puerta *bab al-Waska* y dominando, junto con los normandos de Crespín, la vía de acceso del camino de Huesca, lugar por donde sería posible la llegada de la ayuda procedente de Zaragoza o Huesca.

Los equipos de construcción de las distintas formaciones, rápidamente se aplicaron a construir empalizadas y fosos, en previsión de salidas por sorpresa de los moros de Barbastro. Con rapidez, comenzaron a talar los árboles que rodeaban abundantemente la zona, y comenzaron a construir torres de asalto y plataformas de ataque, así como enormes catapultas desde las que arrojar grandes peñascos sobre las murallas de Barbastro. La actividad en todos los campamentos era enorme. Pronto numerosas columnas de humo, procedentes de diferentes lugares, comenzaron a esparcir por todos los campamentos, los aromas de comida y carne asada, con los que alimentar a toda aquella tropa de carpinteros, albañiles, herreros y toda clase de artesanos dedicados a montar un campamento en toda regla. Cada ejército llevaba sus propios cocineros y elaboraban sus propios menús, lo que en numerosas ocasiones era motivo de queja de aquellos que decían que en el campamento de al lado les daban más y mejor comida.

Cuando todos los expedicionarios hubieron llegado ante la capital de la *Barbitaniya*, y mientras hacían todos los preparativos previos para el inicio formal del asedio, todos los comandantes de las diversas fuerzas se reunieron en la tienda de Guillaume de Montreuil, para establecer una primera y fundamental medida: mientras durase el asentamiento de los campamentos de tan formidable tropa, grupos de caballería, deberían estar de forma ostensible a la vista de los sitiados, prestos y vigilantes en cada una de las tres puertas de acceso, para inhibir posibles ataques sorpresa sobre los campamentos. También decidieron que el puesto de mando, lo establecerían en el campamento del Duque de Aquitania, por estar situado en el centro de la formación de los cinco campamentos.

<<<O>>>

Desde la alcazaba de Barbastro, un recinto fortificado dentro de la amurallada ciudad, el *caíd* al-Tawil y su séquito, formado por los *arifes* y *alféreces* de las tropas, examinaba los diversos campamentos que lo rodeaban y los trabajos que se estaban desarrollando en ellos. En total los servicios de espionaje habían calculado que en total, entre infantería y caballería había cerca de seis mil hombres, de los cuales mil serían jinetes. Un gran ejército. Su máxima preocupación eran los trabajos que se estaban desarrollando en el campamento de los *madjus*[9] y de los francos: torres de asalto y plataformas de protección para acercar a los asaltantes a los pies de las murallas. Desde luego se lo estaban tomando muy en serio.

Una cosa les intrigó profundamente. No veían por ningún lado el distintivo del rey de Aragón. El pendón de Aragón, ondeaba en la tienda del Conde de Urgel, Ermengol, junto a su propio pendón. Supusieron que el rey aragonés se incorporaría más tarde, lo que suponía

[9] Nombre que daban los árabes a los normandos o vikingos.

para ellos una gran incógnita y preocupación, pues su ejército era también muy importante y al no verlo entre los sitiadores les produjo una cierta confusión. Si había alguien interesado en aquella plaza, desde luego era Sancho Ramírez, y no se había presentado.

Los barbastrinos en gran número, movidos por la curiosidad, subían hasta los adarves intrigados por ver lo que estaba ocurriendo más allá de las murallas. Los campamentos cristianos estaban situados apartados de los arrabales donde se encontraban las viviendas de muchos de ellos. Todos temían que cuando todo pasara, les tocaría reconstruir sus casas, dado que con seguridad serian saqueadas por aquellos infieles. De momento, todo permanecía en orden y tan solo se podía ver una gran actividad de soldados de infantería y caballería, rondando cerca de las murallas, profiriendo grandes gritos en lenguas desconocidas para ellos, con actitud desafiante.

Nicolás y Bertrand, subieron a los adarves, para hacerse una idea de la situación. Lo que vieron les apesadumbró en exceso. Aprovechando que un grupo de caballeros patrullaba por las cercanías gritando insultos, se dirigió a ellos en francés, lo que hizo que el oficial que mandaba el grupo, ordenara detenerse, cuando al dirigir su mirada hacia el lugar en el que alguien se les estaba dirigiendo en su propio idioma, se llevó la gran sorpresa al ver sobre las murallas a dos monjes. La conversación siguió en francés, ante la sorpresa de los que estaban a su lado en los altos de la muralla.

— Por el amor de Dios, decidme a que grupo pertenecéis y quienes están frente a estas murallas. —dijo Nicolás.

El oficial levantó su mirada y mandó guardar silencio a sus hombres para escuchar lo que aquel hombre que parecía un monje le estaba diciendo. Una vez repetida la pregunta se dispuso a contestar.

— Soy Raimon Hervé, normando a las órdenes de mi s*ire*, Roberto Crespín, que los vuestros, conocen como *al-Bitubin*. Pero decidme, ¿sois lo que parecéis, es decir, un monje cristiano prisionero de estos infieles?

— Si *micer* Raimon, soy o mejor, somos, el hermano Bertrand y yo, Nicolás, al igual que vos, normandos y pertenecemos a la Abadía de Saint-Ouen, de la cual yo soy su abad, y no estamos prisioneros, sino por voluntad propia, producto de una historia larga de contar. Decidme, ¿de dónde proceden el resto de ejércitos y quien los manda?

El asombrado oficial, estaba completamente confundido, ¡el abad de Saint-Ouen encerrado en aquella ciudad!

— Señor Abad, aquí estamos gentes procedentes de Aquitania, Borgoña, Normandía, Aragón e Italia, todos ellos convocados por el Papa Alejandro II, para liberar esta plaza del yugo musulmán y ponerla en manos cristianas, y sus respectivos jefes son el Duque Guillermo VIII de Aquitania, el *gonfaloniero* del papa, Guillaume de Montreuil, Roberto Crespín, Thibaud, Conde Chalón y Ermengol III, Conde de Urgel, quien representa a Aragón.

Nicolás se quedó helado al oír el nombre de Guillaume. Su sorpresa fue mayúscula. De repente deseó ardientemente entrevistarse con él.

— ¿Habéis dicho, Guillaume de Montreuil?

— Eso he dicho abad. ¿Acaso le conocéis?

— ¡Ya lo creo, *micer* Raimon, era mi tutor acompañante cuando yo estudiaba en Salerno!

El oficial mostraba en su rostro la atribulación más completa, ante la divertida mirada de sus hombres que asistían encantados al intercambio verbal entre su oficial y aquel monje sitiado. ¡Ahora resultaba que el *gonfaloniero* del papa había estado a las órdenes de aquel monje!

— Desearía encargaros una misión, *micer* Raimon —dijo Nicolás desde lo alto de la muralla.

— Decidme de qué se trata. —respondió.

— Os pediría que os presentaseis ante Guillaume de Montreuil y le informaseis de que Nicolás de Normandía, abad de Saint-Ouen, quisiera tener una entrevista con él, y que para ello, le ruego que me diera garantías de que no se produciría ningún movimiento armado por vuestra parte durante mi salida por esta misma puerta. La respuesta la podéis comunicar a los *radjules* que estén de guardia en esta puerta. Id con Dios y que Él os proteja.

— Así lo haré Abad. Mañana os traeré la respuesta. Que Dios quede con vos.

Dicho esto dio media vuelta a su montura y continuó con sus hombres la ronda encomendada.

Nicolás y Bertrand se dispusieron a bajar y a reunirse con el *caíd* al-Tawil para informarle sobre la conversación mantenida con el oficial cristiano.

<<<O>>>

En el campamento del Conde de Urgel, los sirvientes del conde andaban de un lado para otro, acuciados por un sinfín de instrucciones que daba el propio conde durante la instalación de su tienda, a la que no le faltaba ningún detalle relativo a la comodidad. A la vista de su interior, se podía pensar más en una tienda montada para una fiesta o una cacería que en una tienda montada para un asedio, donde normalmente la austeridad presidía su contenido. Hachones de luz, alfombras, mesas, dormitorio con amplia cama con mullidos colchones, separado por recias cortinas del resto de la tienda, junto a unos aparadores con bebidas, frutas y comida, ocupaban toda la extensión del amplio círculo que ocupaba la tienda. A ambos lados, de la tienda del conde, otros servidores estaban levantando también las del Obispo de Vic y la del Obispo de Urgel, quienes habían manifestado su deseo de acompañar al conde en la conquista de Barbastro. En sus pensamientos internos,

circulaba la idea de que la plaza fuera asignada, una vez tomada y asignada al de Urgel, a sus respectivas diócesis, por lo que entre ambos no había precisamente una gran fluidez de amor cristiano, sino algo más espúreo y material que las almas que podrían salvarse del fuego eterno con su conversión.

Ermengol aportaba a la formación cruzada un contingente de ochocientos infantes y doscientos jinetes, que esperaba financiar con las prebendas que esperaba obtener de la toma de Barbastro, en forma de botín y en forma de ingresos como *senior* de la plaza, una vez incorporada al reino de Aragón. Esa notable aportación lo hizo valer en las reuniones de los jefes, en las que exigía un trato a nivel de Duque de Aquitania y del *gonfaloniero* del Papa, Guillaume de Montreuil. Paseaba con orgullo ante los otros comandantes, su representación del rey de Aragón.

<<<O>>>

El campamento de los normandos de Roberto Crespín, se situó entre el de Guillaume Montreuil y el de los aquitanos, justo al suroeste de la ciudad. Estaba malhumorado porque se le habían asignado labores de vigilancia. El Duque de Aquitania, apoyado por el resto de jefes, quería que su grupo se encargase del control de los caminos que conducían hacia Lérida, en previsión de que desde allí se enviase la ayuda a la que estaba obligado por pertenecer Barbastro a la *taifa* leridana. Por tanto, Crespín y su grupo, deberían asegurar que si aquella contingencia se producía, fuera conocida por ellos con tiempo suficiente. De mala gana aceptó, porque entre otras razones, un asedio no proporciona botín, hasta que se produce la rendición de los sitiados y bien por acuerdo o bien por la fuerza, los sitiadores entran en la plaza acosada. Hasta que ese momento llegase, pensó para consolarse, que tal vez lo mejor fuera mantener a todos sus hombres en acción y movimiento, que además era

justamente lo que deseaban el resto de comandantes. Todos ellos eran conscientes de que aquellos normandos, estaban allí precisamente por la rapiña, y conocían lo fácil que era para ellos provocar riñas y disputas.

En un asedio prolongado, era difícil mantener alto el espíritu combativo a la vez que la paz y la calma. Los nervios y la ansiedad eran malos acompañantes en este tipo de acciones. Y si esto ya de por si, era difícil de conseguir, con la presencia constante de normandos en los campamentos, la cuestión se tornaba imposible.

<<<O>>>

Los borgoñeses de Thibaud de Chalón, fueron encargados del control de la muralla situada al oeste, en un extremo de la formación cruzada que rodeaba a Barbastro a excepción de su parte norte, defendida por una imponente cortada imposible de atacar. Su grupo, el más pequeño de todos los participantes, era posiblemente el mejor organizado. Por su cuenta y riesgo, Thibaud ordenó a uno de sus oficiales que acompañado de un artesano que construía casas en Borgoña, procediese a estudiar todo el perímetro de la ciudad y confeccionase un mapa con los puntos que, a su juicio, fueran más débiles y proclives a ser atacados. También les ordenó la confección de un plano con la posición de las puertas, torreones, barbacanas y cuanto de interesante vieran.

Entre sus víveres, pronto se hizo famoso su vino, del que se habían traído más de veinte carros con cubas conteniendo diferentes caldos producidos en aquella región francesa. La mayor parte de los toneles contenían vino tinto, de brillante color negro, obtenido de una variedad de uva denominada *pinot noir*, que daba un caldo de gran calidad. Pronto la fama de estos caldos corrió por todos los campamentos cristianos, y muy pronto comenzaron a obtener ingresos por la venta de vino. Tras el acuerdo con el papa, sobre la cuestión de

mantenimiento y logística alimentaria, había decidido que las carretas que hubiera tenido que utilizar para llevar los avíos y alimentos, los sustituiría por carros con cubas de vino, para suministrar a los cruzados. Era una forma de financiar una excursión tan cara como aquella de participar en una cruzada.

<<<O>>>

El Duque de Aquitania, instalado frente a la muralla sur, contemplaba desde su tienda ducal, la totalidad de aquella pétrea pared, construida a base de grandes y perfectos sillares de piedra. Muros altos que contaban con varios torreones de defensa con almenas rematadas con merlones con muy poco espacio entre ellos, convertidos de esta forma en saeteras desde las que repeler el ataque de los que osaran acercarse a las inmediaciones de las murallas. Estaba admirado por la monumental obra. Desde su lugar de observación, podía vislumbrar a su derecha una puerta de entrada protegida por dos torreones, uno a cada lado y una barbacana. A su izquierda la muralla describía una curva que cerraba con la muralla norte. Desde su posición no podía ver la puerta que daba al oeste, aunque si podía ver los torreones defensivos que, de trecho en trecho, fortalecían los paños de las murallas.

Por delante, y rodeando a las murallas, el arrabal. Un amplio arrabal con multitud de casas, muchas de ellas adosadas a los paños de las murallas, que conformaban sinuosas y estrecha calles. Ahora estaban desiertas y silenciosas, pero se las imaginó activas y bulliciosas. No le costó comprender la fama que tenía. También podía ver las empalizadas y muros bajos hechos de piedra, que servían para que algunos soldados, y sobre todos arqueros, mantuvieran una fuerte vigilancia sobre los arrabales a una buena distancia de las murallas, lo que obligaba a los sitiadores a superar en primer lugar este primer obstáculo.

En caso de necesidad, estos hombres podrían replegarse rápidamente hasta el interior de aquellas.

Por la puerta que podía ver, observó que había movimiento de personas que entraban y salían de la ciudad al arrabal y viceversa. Supuso que se dirigirían a sus casas en busca de objetos olvidados o dejados por descuido, aprovechando el momento de calma y ausencia de hostilidades entre los sitiados y sitiadores. Por lo demás, el arrabal no presentaba signo de actividad alguna. Era conocedor de que en los sitios de larga duración, siempre se producían intercambios prohibidos entre los sitiados y algunos sitiadores con pocos escrúpulos que aprovechaban la situación de penurias de los encerrados para hacer negocio, vendiendo comida o prendas de vestir a cambio de monedas u objetos de valor.

Por rango, se había establecido entre todos los comandantes, establecer en su carpa, la tienda de Mando. Ante él, se encontraban sus consejeros personales, entre los que se encontraba Gastón. Guy de Gallard, había sido citado, pero al parecer no había podido ser encontrado.

— Bien. ¿Cómo lo veis? —dijo el duque lanzando la pregunta al aire.

— Complicado y largo en el tiempo —dijo Robert de Gallard— Creo que si dentro, están tan bien preparados como aparentemente se deduce por lo que vemos desde fuera, la cosa irá para largo.

— Eso me temo yo. Desde luego, la cosa en cualquier caso no será fácil. Sin embargo, una vez que tenemos a la presa encerrada en el cepo, deberemos prestar atención a la posible ayuda que pueda recibir desde fuera. Y esa ayuda puede ser muy considerable. ¿Tenemos alguna información de nuestras avanzadillas? — pregunto el duque.

— No *sire*. —Dijo Gerbege de Mortagne— Hasta el momento no se han observado movimientos de tropas por los caminos. Tal vez deberíamos hablar con Ermengol, para que algunos de sus hombres, conocedores perfectos

de esta zona y estos caminos, enviaran algún grupo convenientemente disfrazado hacia Lérida, y desde allí, observar los preparativos que a buen seguro se estarán llevando a cabo. Podrían darnos una gran información para estar preparados.

— Coincido con vos, viejo Gerbege. Sois cauto como las zorras. Me parece muy buena idea. ¿Os encargaríais vos de hablarlo con el conde?

— Dadlo por hecho, *sire*.

<<<O>>>

Guillaume de Montreuil, no podía dar crédito a lo que le estaba refiriendo el oficial normando, acompañado de Roberto Crespín.

— ¿Y decís que el monje es el Abad de Saint-Ouen?

— Si *sire*. Me dijo que se encontraba en Barbastro por propia voluntad, que no estaba prisionero. Estaba acompañado de otro fraile.

— ¡No puede ser! ¡Es extraordinario, Nicolás en Barbastro! Naturalmente que deseo hablar con él. Mañana mismo le confirmareis y garantizareis lo que solicita.

El oficial salió de la tienda del *gonfaloniero*.

— ¿Y de qué conocéis a ese monje? —le preguntó Roberto Crespín quien se encontraba con él cuando se presentó el oficial con tan extraordinaria nueva.

— De Italia. Nicolás es primo del Duque de Normandía, Guillermo. —Roberto puso cara de total asombro— Es un extraordinario médico, y cuando fue a estudiar a la Escuela Salernitana, en Salerno, yo fui el encargado de acompañarle y hacer de tutor suyo. Es una persona muy inteligente. Su primo lo nombro abad de la Abadía de Saint-Ouen.

— ¡Pues es todo un personaje! —dijo Crespín.

— Pero ahora que me acuerdo, en Salerno coincidió con alguien que vivía en esta ciudad, ¡eso es, el hijo del Gobernador!, quien nos invitó a él y a mí, a visitar Barbastro, cosa que hicimos. A ambos nos impresionó la

ciudad. Pasado un tiempo, regresamos a Normandía. Pero por más que me esfuerzo, no puedo comprender que hace en Barbastro, porque de aquello hace ya muchos años. Ansío verlo mañana para que nos cuente las razones de tan insólita noticia.

— Y de paso, nos puede dar una información valiosa de lo que ocurre en el interior de las murallas. — aventuró Roberto.

— No fiéis mucho a eso, Roberto.

— ¿Acaso no somos cristianos como él?

— No se trata de eso. Nos podrá hablar de muchas cosas, pero dudo que se fije en las que nos interesan. De cualquier modo, mañana lo sabremos.

Capítulo LIV.
Barbastro, Barbitaniya 1.064/455 de la Hégira

Tras hablar con el oficial, Nicolás y Bertrand, se dirigieron a la alcazaba con el fin de informar a al-Tawil. Cuando llegaron al *majilis*, el *caíd* estaba reunido con sus *arifes*, comentando la marcha de los preparativos y de las observaciones efectuadas de los campamentos cristianos. Cuando éste vio el rostro de Nicolás, supo al instante de que algo importante le quería comunicar. Haciendo un aparte con él, Nicolás le refirió lo ocurrido en la muralla. Luego, se dirigió de nuevo hacia el grupo de oficiales que esperaban al gobernador para seguir con sus informes.

— Me comenta el *freire* Nicolás —al-Tawil utilizaba esta expresión para dirigirse a Nicolás y a Bertrand— que ha estado hablando con un soldado cristiano y este le ha dicho que quien dirige a los soldados del *imám* de Roma, es Guillaume de Montreuil, su antiguo acompañante durante la época de estudiante en Italia y que ha solicitado entrevistarse con él.

Los presentes mostraron caras de preocupación. Temían que los cristianos aprovechando la ocasión les tendiesen una celada. Al-Tawil les tranquilizó.

— No debéis preocuparos. Nuestro *freire* Nicolás les ha exigido que de producirse esa reunión, deberían garantizarle que no se producirá ninguna agresión ni escaramuza por parte cristiana. Sin embargo, la conversación con el *Naqib* del *Imám* cristiano, nos puede aportar alguna información al respecto, aunque seguramente no será nada nuevo.

Alí, que estaba presente en la reunión se dirigió a Nicolás.

— Tengo curiosidad por saber qué le quieres proponer, porque pienso que se trata de proponerle algo, ¿no?

— Naturalmente. Evidentemente no puedo pedirle que levante el sitio, porque sé que no puede otorgar eso ni yo soñar con conseguirlo. Al menos, no en este momento. Pero sí que le quiero pedir, y más que pedir, exigir, que respete las vidas de los que están aquí encerrados, mujeres, niños y ancianos y que no permita masacres indiscriminadas por parte de sus fuerzas. Eso es algo que como cristiano está obligado a respetar.

El resto de presentes, a excepción del al-Tawil y de Alí, intercambiaban comentarios entre ellos en voz muy baja, con rostros preocupados. Al-Tawil espero a que terminara de hablar Nicolás.

— Sé que entiendes perfectamente nuestra lengua y que tal vez estén llegando a tus oídos los comentarios de mis *arifes* —dijo a la vez que dirigía una mirada de reproche hacia ellos— y que ello te ofenda.

— No, no me ofende. Y quiero decir que yo también estaría preocupado. Pero quiero tranquilizaros del todo. Primero, porque Guillaume, no romperá su palabra y mucho menos, permitirá que nadie ponga sus manos sobre mí. Y segundo, porque no existe tormento alguno que pueda lograr que yo pueda dar información encaminada a vuestra destrucción. Eso sería como perder mi alma y condenarme a las llamas eternas.

Las palabras de Nicolás parecieron aliviar las preocupaciones de los presentes.

— ¿Queréis que os acompañe algunos *askaríes* hasta el campamento de los cristianos? —dijo al-Tawil.

— Ni mucho menos. Únicamente iremos Bertrand y yo en nuestras mulas.

— Rogaremos a *Allah* que os proteja y os devuelva sano y salvo.

Todos hicieron una inclinación de cabeza a la vez que llevaban la mano a su frente. Los dos monjes abandonaron el *majilis* camino de sus aposentos.

A la misma hora que el día anterior, Nicolás y Bertrand estaban a la espera de la llegada del oficial cristiano. Abajo, junto a la puerta de salida, aguardaban las dos mulas sostenidas por dos soldados. Al poco de estar esperando, llegó el oficial quien se acercó hasta pocos pasos de la muralla y le comunicó a Nicolás que el *gonfaloniero* del Papa, Guillaume de Montreuil, le estaba esperando en su tienda de mando y que aceptaba sus condiciones plenamente.

A los pocos momentos la puerta *bab al-Fege*, se abría dando paso a las mulas montadas por Nicolás y Bertrand. El oficial se puso delante de ellos, mientras su patrulla esperaba a una distancia prudencial de las murallas, y todos juntos marcharon hacia el campamento donde ondeaba la bandera con las enseñas del Papa.

La noticia de dos monjes escoltados por soldados dirigiéndose a la tienda de Guillaume de Montreuil, corrió como un reguero de pólvora por todos los campamentos. El Duque de Aquitania no podía creer semejante noticia. ¡*Dom* Nicolás, en Barbastro, conviviendo con los musulmanes! Recordaba que la última vez que estuvieron frente a frente, fue por motivo de la enfermedad de su esposa y había ocurrido hacía un poco más de un año. Recordaba también que desde Poitiers se había desplazado, acompañando a Austindo, el Obispo de Auch, al concilio de Jaca. Y ahora le informaban de que estaba en Barbastro, y se dirigía al campamento de Guillaume de Montreuil. Deseaba ardientemente hablar con él, y acto seguido envió a un criado a la tienda del *gonfaloniero* para rogarle que informara a Nicolás de su deseo de verle.

Guillaume de Montreuil, aguardaba sentado dominando a duras penas su impaciencia, a la espera de la

llegada de Nicolás. Realmente se había llegado a olvidar de él, pero esta inesperada aparición, le había llevado de forma inexorable a rememorar aquellos años de juventud, lejanos en la línea del tiempo, más de veinticinco años. Sin querer, comenzó a traer a su mente los momentos vividos junto a aquel muchacho inteligente como pocos a quien él hubiera conocido. Joven afable, bondadoso y generoso, esperaba que siguiera atesorando aquellos mismos dones, de los cuales él carecía de alguno. Las voces que se iban aproximando a su tienda, le advirtieron de que su ansiado visitante estaba a punto de entrar. Se levantó y esperó a que Nicolás hiciera su aparición.

— ¡Mi buen amigo, Nicolás —dijo cuándo lo vio, levantándose y dirigiéndose hacia él con los brazos abiertos.

Ambos amigos se abrazaron bajo la mirada de circunstancias de Bertrand y del Oficial que los había acompañado hasta allí. A un gesto de Guillaume, el oficial abandonó la estancia, para seguir con sus obligaciones de patrulla y vigilancia.

Guillaume les rogó que tomaran asiento y mandó traer vino y algunos dulces. Luego intercambiaron los mutuos recuerdos pasados de su estancia en Italia, lo que creo un ambiente de confianza entre los tres presentes.

— Bueno, Nicolás, decidme, ¿a qué se debe vuestra presencia en Barbastro? Debo reconocer que jamás lo hubiera podido imaginar, y eso que cuando pude avistar las murallas de esta ciudad me vinieron a la mente los recuerdos de la vez que vos y yo vinimos a visitarla, invitado por aquel muchacho, amigo vuestro, que según creo recordar, era hijo del gobernador de la plaza.

— Así es en efecto. Veo que lo recordáis. Pero antes de dar respuesta a vuestra pregunta, permíteme que me admire por tu progresión en el mundo de las armas. Recuerdo que en aquellos tiempos en los que anduvimos juntos por Salerno, solo tenías ojos para las jóvenes y para la guerra o todo lo relacionado con ella. Y ahora, te

encuentro, nada menos que de *gonfaloniero* del Papa. Me alegro que os vaya bien, Guillaume. Sabéis que os aprecio. Y ahora responderé a vuestras preguntas. Como recordareis, mi relación con Barbastro se debe a una amistad, la misma que nos trajo a ti y a mí por primera vez a ella, y mi estancia actual es debida exactamente a la misma razón, la amistad. Por una serie de casualidades, asistí a un Concilio celebrado en Jaca el año pasado acompañando al Obispo de Auch, y dada la cercanía, decidí venir a visitar a mis amigos de Barbastro. Y también sabéis mi devoción por la medicina, y también que aquí encontré a unos de los más sabios en este campo, el judío Eleazar Galif, el padre de Iben. Tal vez lo recuerdes. Ello, y el cordial recibimiento y acogimiento, hizo que quisiera demorar mi estancia aquí durante unos meses, con permiso de mi primo, el Duque Guillermo. Luego un día, llegó la noticia sobre la bula emitida por el papa y que Barbastro era el objetivo de una Cruzada. Aunque mis amigos me aconsejaron que abandonara la ciudad y regresara a mi abadía, no me pareció muy cristiano abandonarlos a su suerte, como si no me importaran nada. Sencillamente no pude. Y ahora, os pregunto yo, Guillaume. ¿No es posible evitar todo esto? —preguntó angustiado Nicolás.

— Bien sabes que no. Tu como yo, sabemos que en todo esto está sustentado por intereses de todo tipo y te puedo asegurar que cada uno de los que interviene en esta llamada Cruzada, lo hace con motivaciones diferentes, y con seguridad, ninguna de ellas basadas en intenciones justas ni razonables. Ni siquiera el bando que represento. —dijo con cara seria Guillame.

Nicolás y Bertrand miraron asombrados al *gonfaloniero*. Este se dio cuenta del desconcierto que sus palabras había provocado en sus interlocutores.

— Esto solo lo puedo decir a ti, Nicolás, por la amistad y confianza que nos tenemos. En el fondo, realmente subyacen intereses que poco o nada tienen que ver con lo que parece. Es por ello, que no hay

razonamiento alguno que tú o yo podamos aducir para evitarlo. Son otros los que lanzan los dados. Los demás, somos marionetas que participamos en esta función. Tal vez te escandalice mi franqueza, y mi complicidad en todo este juego en el que nada de lo que parece, es verdad, ni lo que es verdad, lo parece.

— Ya comprendo, y he de decir que me lo temía, que en todo esto subyacen intereses bastardos, pero he de pedirte en nombre de esa amistad que nos tenemos, que el daño que inevitablemente se va a producir, sea el menor posible. Las vidas de mujeres, niños y ancianos deben ser respetadas. Sus muertes no te reportarán ningún tipo de beneficio, ni a ti, ni a tus señores y tal vez, el castigo eterno. Si todos habéis venido a buscar oro, pedidlo, tomadlo, y marchad en buena hora. De todo podrán recuperarse si les dejáis la vida.

— Bien cierto es, Nicolás. Pero hasta eso me temo que no podré asegurarte. Ya no solo es oro lo que se busca, sino que además, Barbastro pasará a manos cristianas del rey de Aragón, y la posterior conversión al cristianismo de todos sus habitantes. Las represalias terribles que teméis y por las que me ruegas que impida, podré evitarlas en un primer momento, pero no sé si podré hacerlo una vez que la plaza pase a nuestro poder. La codicia es mala compañera y nubla la razón y tapona los sentimientos.

— ¡Pero los que mandáis en éste ejército de muerte, tenéis la obligación de refrenar los instintos depredadores de vuestros soldados! —musitó Nicolás.

— Es curioso, tú, un abad, llamando ejército de muerte a los Cruzados. —dijo Guillaume con una sonrisa, recordando que en más de una ocasión había dudado de la vocación de Nicolás para ser sacerdote.

— ¿Y no lo es? ¿Acaso puede recibir otro nombre?

— No. Todo ejército, mesnada o hueste es una expresión de muerte, aunque se dedique a la defensa. Simplemente, me ha sorprendido vuestro calificativo por ser tú quién eres, un miembro de la Iglesia.

— A pesar de todas las dificultades, yo te ruego encarecidamente que proveas órdenes contra el asesinato,

la violación, el robo y el saqueo indiscriminado. No seré yo quien te lo agradezca, sino el mismísimo Dios el que te las reclamará y si te encontrara en falta, todas ellas se volverán en contra tuya.

— Puedes tener bien seguro que trataré de impedir por todos los medios todo eso que dices. Empezando por todos los barones que han acudido a la llamada del Papa. Algunos, ya te lo aviso, lo rechazarán de golpe.

— ¿Y es mucho pedir, quienes son esos barones?

— No. Roberto Crespín, Guillermo de Aquitania, Thibaud de Chalón y Ermengol de Urgel.

Nicolás se animó al escuchar el nombre del duque de Aquitania. También podría apelar a él. Sin embargo el miedo se apoderó de su corazón al oír el nombre de Crespín. Era conocida su codicia y falta de escrúpulos en todas sus acciones al frente de los mercenarios que lo acompañaban.

Uno de los soldados que hacía guardia en el exterior, solicitó permiso para entrar. Una vez concedido, le comunico a Guillaume, el deseo del Duque de Aquitania, de hablar con *Dom* Nicolás, a quien le rogaba, accediera a su petición de hablar con él en su tienda. Nicolás le contestó que lo haría al día siguiente, por lo que rogó que algunos hombres del Duque se personaran en la puerta *bab al-Fege* cuando el sol estuviera en todo lo alto con las mismas exigencias de no aprovechar la circunstancia para hacer algún daño a las personas o murallas de Barbastro. De no poder garantizarse esas condiciones, con no presentarse nadie en el lugar y hora, se daría por enterado.

Guillaume no le quiso preguntar nada sobre las condiciones en las que vivían los asediados ni que dotaciones de hombres armados ni nada que pudiera parecer que tratara de obtener información. Cosa que agradeció en su corazón Nicolás. Tras abrazarse y desearse suerte se despidieron no si antes de que Guillaume le recordara que si en cualquier momento deseara abandonar

la ciudad, se lo hiciera saber de cualquier modo, porque él en persona iría a recogerlo a la puerta, garantizando que durante todo ese tiempo se detendrían todas las acciones.

Desde la puerta de su tienda, vio como las dos mulas llevando en sus lomos a los dos monjes, emprendían camino de regreso, acompañados por un grupo de hombres. Sintió una gran pena en su corazón, así como una gran admiración por aquel monje. Los ruidos de la actividad constructiva que se estaban desarrollando en su campamento y en los aledaños, le volvió a la realidad: estaba a punto de iniciar un asedio.

Nicolás informó a al-Tawil de la conversación habida con Guillaume de Montreuil, y su pesar por no haber podido conseguir absolutamente nada. Las revelaciones de Nicolás no cogieron por sorpresa al *caíd* y a los allí presentes, pues no esperaban otra cosa. Agradecieron su interés por conseguir lo imposible y le prepararon para que no se dejara llevar por el desánimo si al día siguiente, tras su conversación con el Duque de Aquitania, obtenía los mismos resultados.

A la mañana siguiente, a la hora convenida, un grupo de hombres que llevaban el pendón de Aquitania estaban esperando frente a la *bab al-Fege*. Y nuevamente, la puerta se abrió para dejar pasar a dos hombres montados en sendas mulas. Y nuevamente se inició el camino hacia la tienda del Duque de Aquitania.

Cuando estuvieron uno frente al otro, se abrazaron efusivamente. Luego el duque pidió a Nicolás que tomase asiente y él lo hizo a su lado.

— Decidme, *Dom*, ¿cómo es que os halláis en Barbastro?

— Pues ya veis. Son cosas del destino. Como sabéis, después de atender a vuestra esposa, que por cierto, no os he preguntado por ella…

— La duquesa se encuentra muy bien de su salud gracias a vos —aclaró rápidamente el duque.

— Me alegro infinito. Pues como os decía, desde Poitiers, partí hacia Jaca acompañando al Obispo de Auch, para asistir a un Concilio.

— Recuerdo exactamente esa circunstancia, sí.

— Una vez terminado el Concilio, decidí, dada la cercanía de Barbastro con Jaca, apenas tres días de viaje, hacer una visita a mis amigos árabes de Salerno. Y así fue como una vez en Barbastro, nos llegó la terrible noticia de la llamada a Cruzada del papa Alejandro contra esta ciudad. Aunque ellos insistieron en que debía abandonar Barbastro y regresar a mi Abadía, no me pareció muy honroso ni propio de amigos, dejarlos solos en la estacada.

— ¿Y qué podéis hacer vos, para ayudarles, Nicolás? —pregunto el Duque.

— Bueno *sire*, no se trata tanto de lo que yo pueda ayudar, que algo puedo hacer, sino de dar sentido a mis convicciones cristianas con respecto al prójimo. Es cuestión de darme a mí mismo respuestas acorde con mis convicciones.

El duque comprendió el reproche velado que encerraba la respuesta, pero no quiso darse por enterado.

— Ayer, como sabéis, estuve dialogando con Guillaume Montreuil, el *gonfaloniero* del Papa, y ya me adelantó las pocas posibilidades de atender a mis peticiones de clemencia y respeto por las vidas de las mujeres, niños y ancianos y evitar los desmanes de los soldados, una vez llegado, si se produce, el asalto al interior de la ciudad. De cualquier modo, os vuelvo a hacer las mismas peticiones, *sire*. Velad porque no se haga más daño del imprescindible, aunque más hubiera valido que no lo hubiera.

El duque escuchaba a Nicolás en silencio. Él tampoco podría asegurar nada al respecto.

— Nicolás, yo, al igual que el *gonfaloniero* Guillaume, os vengo a decir lo mismo. Ambos,

procuraremos que nuestros hombres eviten las masacres que vos apuntáis. Pero en este ejército, participan grupos que dudo yo mucho que respeten esa petición. ¿Habéis hablado con Roberto Crespín y con Thibaud de Chalón? — preguntó el duque.

— No.

— Pues debéis hacerlo, aunque solo sea para que vuestra conciencia quede tranquila. Pero ya os anticipo que no sacareis nada de ellos.

— ¿De Thibaud, tampoco lo creéis, *sire*? —preguntó Nicolás.

— Tampoco. Sus ansias de hacerse con una posición en Francia, ante el rey y el Papa, cuestan muchas monedas de oro, y la ocasión de esta Cruzada le viene perfecta para hacerse con grandes sumas. Es a ellos, a los que os debéis de dirigir. Nicolás se quedó pensativo. Las palabras del duque encerraban una gran verdad. Decidió ir a visitar a ambos, una vez terminada la visita con el de Aquitania.

Empezaba a oscurecer cuando Nicolás entraba de nuevo en Barbastro por la *bab al— Fege*. Tal y como le había dicho el duque de Aquitania, ni Crespín ni Thibaud se hicieron eco de sus peticiones. Curiosamente, ambos, se aferraron a la religión como argumentos para justificar lo que habían venido a hacer. Según ellos, se trataba de combatir al *Islam* allá donde estuviera, y con todos los medios a su alcance. Los únicos exentos de fe cristiana, que venían a por el botín del expolio y del horror, enarbolaban la fe y la cruz de Cristo como bandera para, en su nombre, enriquecerse.

El día 24 de junio, jueves, una comitiva formada por Guillermo VIII, Duque de Aquitania, Guillaume de Montreuil, *gonfaloniero* del Papa Alejandro II, Ermengol III, conde de Urgel, Roberto Crespín y Thibaud, conde de Chalón, vestidos con sus mejores galas, y acompañados de un numeroso grupo de jinetes vistosamente enjaezados, se

plantó ante las murallas de Barbastro, solicitando la presencia del Gobernador de la plaza.

Una vez presente sobre el adarve, al-Tawil, vestido austeramente con ropas militares, un soldado cristiano comenzó la lectura de un comunicado, por el que se le conminaba a que en ese momento, rindiera la plaza y la entregara a las tropas cristianas, y que de hacerlo así, se respetarían las vidas de todos y cada uno de los asediados, a la vez que todas las propiedades y edificaciones serían respetadas. Y por último, se le decía que, de no rendirse en ese momento, se aplicaría un asedio brutal *sine die*, y que las consecuencias finales serían terribles para todos los que se encontraran dentro de las murallas.

Al-Tawil escuchó sin inmutarse la lectura de aquel comunicado rodeado de todos sus oficiales. Terminada ésta, fue muy escueto en su respuesta.

— ¡*Bismillahi ar rahmani ar rahim*[10]*!* Señorías, hasta el momento habéis hecho lo fácil: llegar hasta aquí para mostrar vuestra altanería y ofender nuestros oídos con bravuconerías. A partir de este momento, os queda lo más difícil: demostrar vuestra gallardía y tomar esta plaza, algo que os será imposible. ¡*Aallahu Akbar*[11]!

Dicho lo cual, se retiró de la almena. Los cruzados hicieron lo propio y volvieron al campamento cruzado.

El asedio de Barbastro había comenzado. La primera cruzada de las varias que el mundo de la cristiandad convocaría contra el *Islam*, iniciaba su andadura en la capital de la *Barbitaniya*.

---

[10] En el nombre de Allah, el Compasivo, el Misericordioso.

[11] Allah es el Más Grande.

Capítulo LV.
Barbastro, Barbitaniya 1.064/455 de la Hégira.

Yusuf al-Muzzaffar había recibido a los mensajeros de Barbastro quienes verbalmente le transmitieron lo que el *caíd* de Barbastro les había comunicado, y que por razones de seguridad en caso de ser hechos prisioneros por los cristianos, no portaban documento alguno. En su exposición solicitaban al emir al-Muzzaffar que acudiera urgentemente en su ayuda. Sin embargo, sabía por Anwar, quien secretamente le informaba de todo lo que ocurría en la ciudad del Merder, que también al-Tawil había enviado mensajeros a su hermano, el *emir* de *Saraqusta* al-Muqtadir en petición de ayuda, y quien sabe a cambio de qué concesiones, pues Barbastro pertenecía a la *taifa* de *Lárida* y no a la de *Saraqusta*.

Esta información le causó un gran escándalo y una gran preocupación poniéndolo en estado de alerta. De hecho, y de primera intención, no estaba muy decidido a enfrentarse a los cruzados en defensa de Barbastro, que según los informes de sus espías, era un ejército que le triplicaba en número de hombres. Sufrir una derrota que le debilitase, podía significar que la circunstancia fuese aprovechada por su hermano para hacerse con su *taifa*, cosa que él sabía que ansiaba hacer. El hecho de que Barbastro hubiera enviado mensajeros a *Saraqusta*, le convenció de la absoluta necesidad de no acudir a la llamada de al-Tawil. Despidió a los mensajeros diciéndoles que en cuanto tuviera terminado con todos los preparativos, acudiría prestamente en defensa de la ciudad. Sin embargo, por otro lado, se le planteaba otro dilema. Si no acudía y los cristianos no podían tomar la plaza las consecuencias para él podrían ser drásticas, ya que con seguridad su hermano le acusaría de haber

abandonado Barbastro a su suerte ante los cristianos y haría de ello la excusa perfecta para emprender una campaña contra él. Tras meditarlo con su consejo privado, llegó a la conclusión de que tal vez le convenía más que los cristianos se hiciesen con Barbastro y de esta forma estos harían las veces de cortafuego entre él su hermano. Decidió que uno de sus hombres acompañara a los hombres de Barbastro en su regreso a la ciudad y se pusiera en contacto con Anwar y que juntos los dos, regresaran a *Lárida*. Necesitaba tener información vital sobre la defensa de la ciudad.

En *Saraqusta*, Sulayman al-Muqtadir, escuchaba atentamente a los mensajeros enviados por al-Tawil, *caíd* de Barbastro, y que al igual de los enviados a *Lárida*, y por las mismas razones, no portaban documento escrito alguno. En el mensaje se le pedía ayuda porque dudaban de que el *emir* de *Lárida*, al-Muzzaffar les socorriese, aunque como señor de la plaza estuviera obligado a hacerlo. Le informaban con detalle de la composición y número de las fuerzas que los servicios de espionaje habían informado y por ellas pudo comprobar que se trataba de un contingente armado realmente importante. Por todo ello, su experiencia y otros informes que manejaba, le aconsejaban no intervenir por el momento.

Como buen estratega, comenzó a desplegar sus dotes de hombre precavido y calculador. Conocía la desazón que le había producido al rey de Aragón, Ramiro, la noticia de la convocatoria de la *yihad* cristiana, convocada por el *imán* Alejandro, porque entendía el cristiano que no era el momento para intervenir en Barbastro. Las razones del aragonés eran a sus ojos, absolutamente lógicas y puestas en realidad, propias de un rey prudente e inteligente que vive sobre el terreno que pisa. Una plaza que se toma hoy, mañana hay que conservarla. Barbastro tenía frente a sus murallas cerca de siete mil hombres, y era de esperar que tarde o temprano cayera en sus manos. ¿Pero cuántos de esos siete mil

habría al día siguiente de su conquista? Sus informes le decían que la plaza sería entregada al conde Ermengol en calidad de *senior* de la misma. Lo que significaba que solo podría contar con sus propios medios, mientras el resto de cruzados habrían regresado a sus tierras de origen atiborrados de botín, que realmente era a lo que habían venido, pensó al-Muqtadir. Y entonces, sería el momento de recuperar la plaza y sentar allí el pendón de Saraqusta. Y sería el primer paso, *Lárida* vendría después. Determinó sentarse y esperar a que pasase el cadáver de su vecino para intervenir. No movería ni un solo dedo por ayudar a Barbastro. Por ahora prefería centrarse en un proyecto que llevaba ya varios años madurando en su cabeza: la construcción de un palacio donde establecer su corte y que fuera la envidia de todos los reinos árabes de Hispania. Tenía ya decidido el lugar de su emplazamiento, a unas ochocientas varas[12] del río Ebro. Sin embargo, todos los planos y proyectos que le habían presentado sus arquitectos no le acababan de convencer. Aquella obra debería ser el homenaje definitivo a su paso por este mundo y sería admirada por todas las futuras generaciones que la contemplasen.

Desde que el asedio había sido declarado formalmente, la actividad constructiva había descendido mucho y los cruzados se limitaba a patrullar constantemente por el exterior de las murallas, apartados de los arrabales por temor a que los arqueros, y sobre todo los ballesteros que podía verse a todo lo largo en las empalizadas que los protegían en el exterior de las murallas, pudieran alcanzarles con sus flechas.

En las primeras fases de un asedio, todo quedaba reducido a esperar que la resistencia de los sitiados en cuanto a las provisiones almacenadas, comenzase a flaquear. Hasta que no pasaran veinticinco o treinta días de asedio, no esperaban ninguna novedad. A partir del

[12] 700 metros aproximadamente.

momento en que las provisiones comenzaran a agotarse y a minimizarse las raciones podían esperarse movimientos de los sitiados. Y sobre todo el agua, cuya escasez sería fatal y determinante de la suerte de los barbastrenses. Contaban también con el fortísimo calor que estaba haciendo una vez sobrepasada la mitad del mes de junio.

Pero el temor se apoderaba de sus ánimos al desconocer la situación real dentro de las murallas en relación con las provisiones de alimentos existentes. Desde fuera se oían balidos de ovejas y mugidos de vacas. Estos sonidos, además de informarles de que tenían carne almacenada que bien racionada, les podrían mantener durante meses, indicaban que tenían suficientes alimentos como para alimentar también al ganado. En pocas palabras, cada vez tenían más claro que Barbastro no caería rendida por inanición. Habría que tomarla por asalto con todo lo que eso conllevaba. Mientras no se produjeran cambios ni se observaran síntomas de desfallecimiento interior, lo único que podía hacerse era patrullar y observar. Sin arriesgar. Pero esa situación tampoco podía alargarse indefinidamente. Llegaría el momento en el que la actuación pasiva tendría que dar paso a otra activa y extremadamente violenta cuando se vieran en la obligación de iniciar el asalto a las murallas.

Los jefes de las diversas mesnadas aposentadas ante las murallas de Barbastro, temían un problema que se daba en casi todos los asedios: el tedio y la falta de acción enervaba los ánimos de los sitiadores y cualquier ocasión por nimia que fuera era un buen pretexto para empezar una pelea. Las ordenes que tenían todos los oficiales eran las de impedir estos hechos. Los días iban transcurriendo con monótona languidez y en los campamentos de los sitiadores se comenzaba a palpar un ambiente de tensión creciente. Poco a poco, los altercados entre miembros de la misma mesnada, o de otras, fueron proliferando lenta pero progresivamente. Algunos cruzados pertenecientes al grupo de Crespín, los más osados y acuciados por la

adrenalina acumulada y no gastada, comenzaron a realizar a escondidas de sus jefes y aprovechando la oscuridad de la noche, incursiones en los arrabales con la intención de entrar en las casas abandonadas y llevarse todo lo que valiera más que una moneda de cobre. Y algunos de ellos pagaron su osadía muriendo traspasados por flechas lanzadas por certeros y precisos ballesteros que día y noche, vigilaban desde lo alto de las murallas y desde las empalizadas situadas en los arrabales. Montreuil, Crespín y el Duque de Aquitania, impusieron duros castigos a aquellos que se habían atrevido a jugarse la vida por cuatro monedas de cobre, que era lo que valían los botines obtenidos por los que había salido con bien de la excursión por los arrabales.

Por su parte, Guy abandonaba con cierta frecuencia el campamento aquitano, sin que diera a nadie explicaciones sobre las razones de ello ni a donde iba. Hacía algunos días que encaminaba sus pasos hacia el campamento borgoñés, donde esperaba que un alférez, natural de Poitiers, pero incorporado en las huestes de Thibaud, conocido suyo, le facilitara una cita con un moro de Barbastro. Una mañana, mientras hacía una ronda estudiando la disposición de las murallas, buscando puntos débiles desde los que atacar los imponentes muros, cuando alguien llamó a gritos su atención.

Se trataba de un alférez de mesnada, de nombre Jacques, a quien Guy no reconoció hasta que aquel se acercó lo suficiente. Una vez que lo reconoció, bajó de su caballo y se saludaron. Tras conversar durante un rato, el alférez lo invitó al campamento borgoñés para tomar unas jarras de su excelente y famoso vino. Accedió Guy, ordenando a los suyos que continuaran con la ronda, un tanto mohínos por la acción de Guy.

Guy y Jacques se dirigieron hacia una tienda que hacía las veces de taberna y donde se reunían los mesnaderos que estaban fuera de servicio. Ocuparon un

lugar donde había una mesa libre y dos sillas, y mientras daban buena cuenta de un pequeño barrilete, engullían trozos de carne asada. En un momento de la conversación, Guy se quedó prendado de un comentario de su amigo.

— ¿Y vive en Barbastro? —preguntó Guy.

— Sí. Un día que estaba haciendo la ronda, noté que alguien me llamaba desde lo alto de la muralla, junto a la puerta que da al este, junto al río. Tras preguntarle qué quería, me contestó en un mal occitano que si quería comprar una información. Le dije que información no, pero si tenía oro o plata estaba dispuesto a facilitarle víveres o lo que necesitase. Me preguntó cómo lo haríamos y le dije que si él ponía el oro o la plata en una cesta, una vez que hubiéramos pactado el precio y lo bajaba con una cuerda, yo pondría en la cesta lo que hubiéramos acordado. Pero el muy lerdo no se fío y me dijo que ni lo soñara.

— Y si no es así, ¿cómo lo haremos? —le pregunté yo.

— Cara a cara, en esta misma puerta.

— De eso nada —le dije yo. Y así quedó la cosa.

Unos días más tarde, en otra ronda, volví a sentir unas voces desde la muralla y cuando levanté la vista, ahí estaba él otra vez.

— ¡Cruzado, soy yo!

— ¿Qué quieres ahora? —le pregunté.

— Tengo información que vender —me dijo.

— Ya te dije viejo que no me interesa. Solo el oro y la plata.

— Pues es una lástima, porque aquí tenemos agua y comida para mil años, cristiano. —Y se marchó sin decir nada más.

Guy se quedó pensativo.

— ¿Y podrías volver a contactar con ese viejo?

— Tal vez. Lleva ya varias noches sin aparecer. Esta noche volveré a pasar por el lugar para ver si aparece.

¿Acaso le queréis vender provisiones? —contestó Jacques, con una sonrisa en el rostro.

— No, inútil, no quiero vender nada, sino comprar la información que dice tener. ¿Cómo no te distes cuenta de que ese hombre nos podía dar una información importante? —exclamó enfadado Guy.

— ¿Y qué puede saber él? Parecía un pordiosero, ¿Una puerta secreta? ¿Un pasadizo? O bien al contrario, tendernos una trampa. —respondió Jacques un tanto enojado por el tono adoptado por Guy.

— No lo sabremos hasta que podamos contactar con él. Te daré dos monedas de oro cuando logres hablar con él y me apalabres una cita. Y te daré cinco monedas, si la información es valiosa.

Desde aquella conversación, Guy frecuentaba a diario el campamento borgoñés para verse con su amigo Jacques y vaciar un tonelete de vino. Esperaba con ansiedad poder verse a solas con aquel traidor sarraceno. Tenía la corazonada de que la información que guardaba aquel hombre, iba a ser fundamental para tomar aquella ciudad.

En el campamento aquitano, Gastón departía, junto a un fuego al que se iba añadiendo de vez en cuando un leño, con otros oficiales de las mesnadas cruzadas sobre las dificultades que presentaba aquellas impresionantes murallas.

— Llevamos casi quince días de asedio, y todavía no se muestran síntomas de falta de víveres. —comentó Gastón.

— Es muy pronto todavía —dijo Eduardo de Morlas, un normando enrolado bajo las órdenes de Guillaume de Montreuil, veterano de muchas batallas— Esta gente ha tenido tiempo suficiente para abastecerse convenientemente y prepararse para un asedio de larga duración.

— ¿Y cómo sabremos que están empezando a escasear las provisiones? —preguntó Gastón.

— Hay un síntoma muy claro. En todos los asedios en los que yo he participado, llega un momento en el que los asediados comienzan a negociar con los sitiadores la compra de víveres. Ese es el primer síntoma de que los sitiados comienzan a estar en problemas. Luego esta negociación se convierte en una súplica y en pura desesperación. Es el momento de estar preparados para la rendición.

— ¿Y si no se producen esos síntomas? —preguntó Auger de Olorón, oficial de Crespín.

— Pues entonces habría que ir pensando en asaltar las murallas y utilizar las catapultas. Solo así se podría tomar la plaza. —dijo Eduardo.

— Si, pero antes habría que asaltar los arrabales para poder acercar a las murallas las torres de asalto, cosa que ahora es imposible. —aclaró Gastón.

— Exactamente. Y os puedo asegurar que eso es duro y complicado. Por un lado están los arqueros que desde las empalizadas presentan una línea de defensa muy complicada de saltar, salvo que sea a costa de perder muchas vidas. Los arrabales, también se defienden desde las murallas y desde las barbacanas que estas gentes han construido. Y todo eso para dejar el terreno despejado hasta la base de las murallas, y como bien decís, acercar las torres de asalto. Si eso ocurre, os aseguro que tendremos trabajo para rato.

Gastón vio llegar a Guy quien se acercó al grupo en silencio. Se sentó durante un rato sin decir nada y pasado un rato, se levantó y se fue de la misma manera que había llegado. Todos intercambiaron miradas de indiferencia hacia el hijo del Conde de Tresillac.

Nicolás y Bertrand subían a menudo hasta lo alto de las murallas, para contemplar el desolador panorama que rodeaba Barbastro. Por las noches, cientos de hogueras encendidas en los campamentos iluminaban el horizonte que rodeaba a la ciudad, creando un espectro tenebroso alrededor de los iluminados adarves de las

murallas patrulladas constantemente por *radjules* y arqueros situados en cada saetera, pendientes de los movimientos que se producían delante de las murallas.

Su corazón desfallecía de pena al sentir como los seres humanos se destruían unos a otros, por razones que ellos mismos no llegaban a comprender y que quienes deberían poner el sosiego, la amistad, la comprensión y la convivencia, favorecían la violencia, el odio, la ignorancia y el asesinato. Él, en base a su propia experiencia, era incapaz de ver cuáles eran las incompatibilidades que había entre las comunidades cristiana, hebrea y musulmana, porque de hecho, su relación era buena en condiciones normales. Cuando llovía, nevaba o había sequía, afectaba por igual a todos. Si sus credos eran diferentes, todo se reducía a respetar las creencias ajenas. Solo cuando la intolerancia hacía su aparición mezclada con intereses espúreos, la tragedia se cernía sobre el ser humano. A la vista de aquel despliegue de muerte delante de él, sus convicciones flaqueaban y se desesperaba por no poder hacer nada más que contemplar aquel horror. Cuando su corazón estaba a punto estallar, bajaba de las murallas con lágrimas en los ojos, seguido de Bertrand que asistía en silencio al drama que se producía en el interior de su abad, maestro y amigo.

En la tienda ducal del Duque de Aquitania, éste, junto a Guillaume Montreuil, Roberto Crespín, Thibaud Chalón y Ermengol, a quienes acompañaban sus oficiales, entre los que no se encontraba Guy, para disgusto de su padre, planificaban los siguientes pasos a dar, si los musulmanes no rendían Barbastro. De momento no se había producido ningún cambio desde que se habían plantado delante de las murallas. Llevaban ya veintiún días de asedio y la tensión en los campamentos cruzados comenzaba a preocupar a sus comandantes. Por ello, querían establecer un plan a desarrollar si pasados cinco o diez días, no se producían síntomas de agotamiento en los sitiados.

Lo primero sería tomar los arrabales y demoler parte de ellos para abrir camino y permitir a las torres de asalto aproximarse a las murallas. Podían hacerlo mediante un asalto nocturno y tratar de sorprender a los defensores que estaban situados en las empalizadas, pero eran conscientes de que aquello costaría muchas vidas humanas. Para realizar esa labor de aproximación a las murallas, no podían contar con la totalidad del ejército, pues parte del mismo estaba alerta y preparado, prestos a interceptar la posible ayuda que pudiera venir bien de Lérida, por pertenecer Barbastro a esta taifa, o bien de Zaragoza.

Decidieron utilizar las catapultas contra las casas, empalizadas y muros de protección de los arrabales. Con ello, obligarían a sus defensores a refugiarse en la ciudad y parte de la demolición ya estaría realizada. Luego habría que asegurar esas posiciones, situando torres con arqueros para proteger a los zapadores que tendrían que allanar y preparar las vías por donde transitarían las torres de asalto. Continuarían lanzando proyectiles con las catapultas contra las murallas hasta poder abrir alguna brecha por la que iniciar un ataque que permitiera penetrar en la ciudad. En ese momento, la suerte de la ciudad estaría echada.

De repente, se oyó una serie de gritos en el exterior y a los pocos momentos, Guy hizo su aparición en la tienda. Su cara demostraba una gran felicidad. Todo el mundo fijó su atención en él, bien esperando una disculpa o la explicación de su no presencia hasta el momento.

— *Sire* —dijo dirigiéndose al Duque de Aquitania— traigo noticias extraordinarias.

Todos pusieron cara de asombro. Si de alguien no esperaban absolutamente nada era precisamente de Guy de Tresillac.

— Acabo de mantener una conversación con un moro que vive en Barbastro. Su nombre es Anwar, y según parece, mantiene contacto permanente con el *emir* de Lérida al-Muzzaffar.

Todos estaban pendientes de sus palabras. Su padre, por una vez, estaba orgulloso de que su hijo fuera el centro de atención de los presentes.

— Me ha asegurado de que Barbastro no va a recibir ayuda del *emir* de Lérida. Al parecer éste, no tiene claro que su hermano, el *emir* de Zaragoza, al-Muqtadir, no vaya a aprovechar la situación para hacerse con su emirato. Y por las mismas razones, el de Zaragoza, tampoco va a intervenir.

Se produjo un profundo silencio entre los presentes. A todos les rondaba en la cabeza la misma cuestión, ¿podría tratarse de una celada para que ellos descuidaran la retaguardia?

— ¿Y no se tratará de una trampa? —dijo el Duque de Aquitania.

— No lo creo, *sire*, porque tengo ahí fuera al moro Anwar, que se ha ofrecido como rehén y a quien le he prometido que yo mismo le rebanaría el cuello si no fuera eso verdad.

La sorpresa fue general.

— Hacedlo entrar —dijo Guillaume de Montreuil— le interrogaremos nosotros.

Guy salió de la tienda regresando al momento acompañado de Anwar, quien vestía a la usanza mora con una *jubba*[13] verde y la cabeza cubierta con el *qalansuwa*[14]. Una vez dentro realizó una profunda reverencia dirigida a los presentes.

---

[13] Vestidura talar que cubría desde los hombros hasta los pies.

[14] Gorro cónico confeccionado con lana.

— ¿Entendéis nuestra lengua, Anwar? —pregunto el duque de Aquitania.

— Si, *mawla*[15]. Yo en otros tiempos recorrí el mundo y aprendí varias lenguas, incluida el occitano — dijo con orgullo en un occitano rudimentario, pero suficiente para entender lo que decía.

— Me alegro. Ahora os voy a preguntar algo obvio que no debería extrañaros. ¿Por qué nos informáis de estos detalles? ¿Traicionáis a los vuestros por unas monedas, tal y como hizo Judas con nuestro Señor? ¿Acaso encierran alguna celada que busque nuestra ruina?

— *Mawla*. Entiendo vuestras reticencias, porque si yo estuviera en vuestro lugar, pensaría lo mismo. Pero mi señor, al que debo obediencia ciega, es el *emir* de Lérida, al— Muzzaffar, y es quien me ha ordenado que os comunique su decisión de no atacaros, por razones estrictamente tácticas y políticas debido al enfrentamiento que mantiene con su hermano, el *emir* de Zaragoza, al— Muqtadir.

Todos escuchaban atentamente las palabras de aquel pérfido traidor, porque de ellas podrían depender muchos aspectos del asedio a Barbastro.

— Mi *sidi* al-Muzzaffar, entiende que un enfrentamiento con vosotros, cristianos, al único que podría beneficiar es a su hermano, quien podría aprovechar el enfrentamiento para hacerse con su reino. Y también sabe, que los de Barbastro han enviado mensajeros a Zaragoza solicitando ayuda, lo que le ha inducido a pensar que está en lo cierto al dudar sobre su actuación de ayuda a una población de su *cora*. En otras palabras, que permitirá que Barbastro caiga en vuestras manos.

— ¿Y que nos decís de la situación en el interior de la fortaleza? —preguntó Crespín.

— *Sidi* al-Bitubín. —los presentes sonrieron al oír llamar así a Roberto, pues sabían que los musulmanes lo

[15] Señor. Tratamiento de respeto.

llamaban así debido a sus acciones en anteriores expediciones por tierras hispanas— De vuestra llegada hace muchos meses que ya estábamos al corriente, por lo que comenzamos al almacenar grandes cantidades de alimentos en los almacenes que ya teníamos y otros nuevos que construimos. También se hicieron corrales donde tenemos más de mil vacas y dos mil corderos, que a buen seguro oiréis balar y mugir desde vuestras posiciones, lo que os puede dar a entender que Barbastro no lo tomareis por hambre o sed. Desde el primer día se mantiene un racionamiento suficiente para las necesidades de cada uno y que según los cálculos hay para varios meses. Y el agua mana constantemente sin merma aparente.

La preocupación apareció en el rostro de todos los presentes. Sobre todo, porque aquellas palabras confirmaban lo que en realidad ya temían.

— Habéis mencionado el agua, ¿cómo están las reservas? —preguntó Guillaume Montreuil.

— No sabría que decirle, *mawla*. La cisterna siempre está llena y no hay racionamiento de ella. Cosa que nos extraña a todos porque el calor está apretando lo suyo y el consumo es grande. Pero aun así, todavía no se ha anunciado restricción alguna.

— ¿Y cómo es eso? —continuó preguntando Guillaume— ¿cómo mantienen la cisterna llena? ¿Tienen alguna fuente natural dentro de las murallas?

— No *mawla*. Como os digo, nadie se lo explica, pero lo cierto es que siempre está llena. Tal vez exista un medio de aprovisionamiento secreto, porque sí que puedo decir que he visto reatas de cuatro o cinco mulas que vienen de algún sitio.

— Habrá que tener en cuenta la posibilidad de que sean capaces de salir sin ser vistos y regresar con algunos víveres adquiridos, comprados o robados a las villas o campesinos cercanos. —dijo el Duque.

Guillaume se había quedado pensativo y parecía ausente. Crespín se dirigió a Anwar.

— Ahora, volveréis a Barbastro y nos mantendréis informados sobre todo lo que ocurra dentro de la ciudad. Tratad de informaros de todo, en especial del tema de las reservas de alimentos. Seréis recompensado por ello.

Anwar hizo una inclinación de cabeza aceptando la propuesta.

— Y sobre todo, indagad sobre la procedencia del agua. —preguntó de repente Guillaume, quien había recobrado su mirada inquisitiva— Quiero que os informéis especialmente sobre una construcción que hay en la muralla interior, en la alcazaba. Qué protege o a donde conduce. Y en cuanto tengáis la información, ponéos en contacto con Guy de Basillac, quien os traerá a nuestra presencia.

— Así se hará, *mawla* —respondió Anwar a la vez que hacía una profunda inclinación y acompañado de Guy, abandonaba la tienda cristiana.

Una vez que Anwar hubo abandonado la tienda, Guillaume se dirigió a los demás.

— Oyendo a esta rata, de repente me ha venido a la mente un recuerdo de la vez que visité esta ciudad en compañía de Nicolás, y he recordado que uno de sus amigos era experto en máquinas e hidráulica. Durante la visita les oí comentar que trataban de suministrar agua a la ciudad tomándola directamente del río. Al oír al moro su comentario sobre el agua, me ha venido al pensamiento aquello y podría ser que en efecto, el agua la estén obteniendo del río.

— Pero ¿cómo van a hacer eso, si hay una distancia de muchos codos hasta el lecho y no hay a la vista ninguna noria para subirla hasta arriba? —preguntó Crespín.

— Lo desconozco, pero puede que ahí esté la explicación de la abundancia de agua. Si eso fuera así, el asedio se podría alargar *sine die*. Ya le habéis oído: tienen víveres para muchos meses. Me temo que deberemos cambiar totalmente nuestra idea sobre el asedio. Si se

confirman mis sospechas, en primer lugar habrá que cortar con esa posible fuente de suministros de alimentos y luego, una vez que nuestro espía nos informe sobre su sistema de suministro de agua, ver que podemos hacer para impedirlo.

Estuvieron de acuerdo todos los presentes. Esperarían a saber exactamente como se suministraban de agua y seguidamente, actuarían en consecuencia.

Capítulo LVI.
Barbastro, Barbitaniya 1.064/455 de la Hégira.

Anwar, a pesar de que había sido desprovisto de todos sus cargos, conservaba ocultas algunas joyas y una bolsa con abundantes dinares de oro, producto de sus anteriores ocupaciones y operaciones delictivas, que había tenido la precaución de esconder en previsión de malos tiempos. Y éstos habían llegado, y aunque no se podía considerar un hombre rico, tenía lo suficiente como ir viviendo magníficamente bien. Sabedor de que, sobre todo al principio, sería sometido a una cierta vigilancia, no quería demostrar externamente la posesión de tales posesiones, por lo que inicio una vida de pobreza acudiendo a sus amigos, quienes con la promesa de recompensas futuras, le suministraban mal que bien algunos alimentos y algunos lugares para que pasara las noches. Pasados unos meses, recogería su tesoro y desaparecería de Barbastro yendo a refugiarse a *Lárida*, donde esperaba ser bien recibido por el emir al-Muzzaffar.

De los tiempos en los que era alguien en la ciudad, mantenía algunas amistades hechas al humo de las ganancias ilícitas y que todavía conservaba. Desde algún que otro *katib* corrupto, pasando por *radjules* y algún *arif*, contaba con un espectro interesante de personajes mediante los cuales, y por mor del soborno, podía salir de noche por la *bab al-Merder*, junto al río sin que nadie se enterara. Una vez fuera, pegado a la base de la muralla seguía dirección norte hasta llegar al cercano río, y luego, siguiendo por un camino que quedaba en la orilla derecha en dirección de la corriente, caminaba hasta alejarse suficientemente de las murallas. Luego bordeaba el campamento borgoñés y el de Ermengol, hasta llegar al aquitano, encaminándose hacia la tienda de Guy.

Ermengol, Crespín, Montreuil y Thibaud, recibieron sendos mensajes del duque de Aquitania, para que se presentasen urgentemente en la tienda ducal. Una vez que todos estuvieron reunidos, entro en ella Guy acompañado de Anwar. Todos esperaban ansiosos las nuevas que tría el renegado y que esperaban que facilitara decisivamente la toma de la ciudad.

— Y bien, ¿qué tenéis que contarnos? —pregunto el duque a Anwar.

— *Mawla*, seguí vuestras órdenes y me dedique a investigar la utilidad de la construcción que existe dentro de la alcazaba, y que hace ya unos años que se construyó. Mediante unas monedas por aquí y otras por allá —Anwar se frotaba los dedos cuando lo decía— finalmente pude dar con uno de los trabajadores que habían participado en su construcción. Al parecer, un arquitecto eslavo que lleva ya varios años en Barbastro, había creado todo un sistema hidráulico que toma el agua por debajo del lecho del río y la sube a la superficie mediante los cangilones de una noria movida por la propia corriente del río. Eso significa que nunca faltará agua, salvo que se seque el río, cosa imposible, dado el enorme caudal que siempre lleva.

El asombro fue general en todos los que oyeron las explicaciones de Anwar. Guillaume se alegró por haber recordado a tiempo lo que vio en su primera visita. Evidentemente no lo hubiera adivinado nunca y hubiera supuesto que sus provisiones de agua estaban en grandes piscinas y enormes tinajas o la obtenían mediante salidas nocturnas. Pero aquello quedaba fuera de su imaginación. De no ser por aquel renegado jamás lo hubieran sabido.

El duque le ordenó a Guy que le entregase a Anwar las monedas de oro acordadas, y ambos abandonaron la tienda ducal. Al día siguiente se reunirían con sus oficiales y determinarían los siguientes pasos a seguir.

Sobre unos caballetes unidos por unas tablas a modo de mesa de operaciones, había extendido un

pergamino sobre el que alguien había dibujado con gran pericia y exactitud la fortaleza que tenían ante sus ojos en su más mínimo detalle. Todos se dispusieron alrededor de la misma. En el pergamino, su autor había dibujado la posición de los diferentes campamentos de los cruzados y había dibujado con gran precisión las calles del arrabal. El artista las había observado desde lo alto de las torres de asalto que le proporcionaban desde las alturas una excelente vista de conjunto que había plasmado en el pergamino.

— Creo que conociendo lo que conocemos, debemos pasar a la acción porque Barbastro no caerá rendida en nuestros brazos. Antes bien, habremos de derribar sus muros y abrirnos camino paso a paso hasta su total rendición. —dijo el duque de Aquitania. Luego continuó con su exposición.

— Antes de iniciar el asalto, realizaremos una serie de tareas fundamentales. En primer lugar, hay que abrir camino a través de los arrabales que rodean la muralla, para poder arrastrar hasta ellas nuestras torres de asalto, catapultas, trabuquetes y arietes. Una vez asentados y conseguido este objetivo, comenzaremos a lanzar todo lo que podamos sobre las murallas, en su parte oeste, sur y este. Tenemos que abrir al menos dos brechas en esas murallas para poder iniciar el asalto, para dividir su defensa. Cada grupo atacará la parte de muralla que tenga delante. Montreuil el oeste; Crispín y nosotros el sur; Ermengol y Thibaud el este. Las catapultas las distribuiremos de forma que habrá tres en cada lateral, este y oeste y seis en la parte sur, que es más extensa. Montreuil, al no tener arrabal delante, puede comenzar a batir las murallas. El resto, primero tendremos que abrirnos camino.

Los presentes manifestaron su conformidad con lo expresado por el duque. Algunos eran partidarios de que desde el primer momento, se debería haber iniciado los lanzamientos de catapulta. El duque tomo nuevamente la palabra.

— He estado hablando con nuestros ingenieros, a los que he informado de lo que nos ha contado nuestro espía, y aunque de forma prudente, han comenzado a esbozar posibles ideas y soluciones, que aun ignorando cómo podrían realizarse, podrían arrojar alguna luz sobre el procedimiento utilizado. Según ellos, y por lo explicado por el espía, les parece posible, aunque realmente se trataría de una obra para la que se necesitarían grandes conocimientos técnicos. Según ellos, esta técnica ya la utilizaban los romanos para tomar agua de un rio y elevarla hasta un nivel que considerasen necesario. Creen que deberíamos indagar por mediación del espía, la existencia de una noria en el interior de la ciudad, para partiendo de su posición, tratar de calcular donde se podría producir la toma de agua.

Aquellas explicaciones les parecían apropiadas pero opinaban que eso era imposible de hacer y sería malgastar piedras y rocas que no podrían lanzar contra las murallas. El duque hizo caso omiso a sus comentarios.

— Se trataría entonces de romper el lecho del río para que inundara y destruyera todo el sistema de toma de agua, por lo que he ordenado la construcción de un par de catapultas en la otra margen del río en el menor tiempo posible, y con ellas, lanzar rocas sobre el centro del río tratando de destruir lo que quieran que hayan podido construir allí. Si hubiera suerte, y cortáramos el suministro de agua, el asedio y toma de esta plaza se aceleraría bastante. Una vez despejado el camino, daremos inicio al derribo de los muros y en cuanto se produzca una situación favorable, atacaremos por los cuatro costados.

Las miradas de los *adalides* se quedaron fijas en el dibujo plasmado en el pergamino extendido sobre la mesa.

— ¿Estamos todos de acuerdo? —dijo el duque mirando de uno a uno a Montreuil, Ermengol y Thibaud. Los cuatro asintieron con un leve movimiento de ojos. Crespín movió la cabeza poco convencido de la utilidad del sistema a emplear.

— En cuanto tengamos todo preparado y listo, comenzaremos el ataque. Que Dios nos proteja a todos — concluyó.

— ¡Amén! —dijeron todos al unísono.

Los cuatro sintieron un gran alivio. Al fin iban a entrar en acción, que era para lo que habían venido tan lejos de sus tierras. La inactividad estaba rompiendo los nervios de los asediadores y al fin y al cabo, ellos habían venido hasta allí a luchar y no a pasear alrededor de unas murallas.

Las preocupaciones de al-Tawil y sus oficiales, subieron de grado cuando detectaron que algo estaba cambiando en la forma de actuar de los cristianos. Los primeros informes de los espías, indicaban el acopio de grandes rocas y piedras que estaban haciendo, así como madera procedente de una gran tala de árboles realizada en un bosque cercano. También observaron como en la parte norte, en la que no había instalado ningún campamento y tan solo podía verse el constante paso de numerosas patrullas de vigilancia a caballo, se había comenzado la construcción de dos enormes catapultas. Definitivamente, las hostilidades por parte de los cruzados estaban a punto de iniciarse. A aquellas alturas, y por el tiempo transcurrido, sabían que tanto al-Muzzaffar como al-Muqtadir los habían abandonado a su suerte y que de aquella situación solo podrían salir con sus propias fuerzas, y eso dudaban que pudieran hacerlo a la vista del formidable ejército que los asediaba. En cualquier caso, venderían muy cara la plaza, a costa de sus propias vidas si era necesario.

Nicolás también estaba profundamente dolido. Hacía tiempo que le había ofrecido a Bertrand la posibilidad de abandonar Barbastro y marchar hacia Rouen, donde podría informar a su primo el Duque Guillermo, pero el novicio declinó la oferta, a no ser que hiciera lo propio Nicolás. Esta actitud provocó en Nicolás

un cierto sentimiento de culpa y a punto estuvo de abandonar Barbastro por Bertrand, pero las posteriores palabras de éste, le confirmaron que estaba decidido a correr la misma suerte que su maestro. Por lo tanto, ambos decidieron quedarse y aportar su pequeña aportación a mitigar las grandes penalidades que estaban a punto de producirse, tanto en sus cuerpos como en sus almas.

Guy y Anwar se dirigieron hacia la tienda del primero, una vez que hubieron abandonado la tienda del duque. Ambos tenían intereses que podían coincidir fácilmente. Guy tenía en la mente a Gastón y en su alma y en su mente solo había un irrefrenable deseo, que no era otro que vengarse de aquel advenedizo al precio que fuera. Y en sus planes, Anwar podía ser una pieza inestimable. Con un hombre dentro de la ciudad, capaz de organizar pequeñas cosas y facilitarle información se veía en una situación perfecta para además de dar cumplida cuenta a su venganza, brillar a los ojos de los demás de forma extraordinaria. Conocía la falta de aprecio que despertaba en los que lo rodeaban, incluido su propio padre, el conde de Tresillac, y necesitaba realizar algo que le elevara en la estima de todos. Y veía en aquel sarraceno traidor la mano del diablo para conseguir ambas cosas. Lo primero era encandilar al moro con la luz del dinero. Le dio una bolsa con veinte monedas de oro, prometiéndole doscientas más, si desde su posición en el interior de Barbastro, colaboraba con él en lo que le pidiera. Anwar, en cuanto sopesó y comprobó el contenido de la bolsa, le juró fidelidad eterna al cristiano, con la petición de que su vida no debería correr ningún peligro durante el asalto a la ciudad.

— De eso no debéis de temer nada, siempre y cuando estéis en el sitio y en el momento que acordemos. Pero quiero que vuestras informaciones solo me las entreguéis a mí y a nadie más. Yo estaré en las cercanías de la puerta de siempre, cuando haya oscurecido y si tenéis

algo que decirme, me lo indicáis y yo procurare que la zona esté libre de patrullas para que podamos vernos.

Anwar asintió y le juró fidelidad y que lo mantendría informado con todo lo que pasara dentro de las murallas. Luego desapareció protegido por la negrura de la noche.

Dos días más tarde, todos los cruzados estaban en estado de alerta. Los oficiales habían intensificado los entrenamientos siguiendo las órdenes de los que estaban al mando de las diferentes fuerzas cruzadas. Los preparativos en las torres de asalto y en las catapultas se habían acelerado. Paralelamente a estos preparativos, se comenzó a demoler algunas casas del arrabal para liberar y despejar el terreno para poder desplazar aquellas enormes torres de madera hasta las murallas. Comenzarían por la muralla sur, la más larga percutiendo en cuatro puntos equidistantes. El acopio de piedras y rocas junto a las catapultas produjo auténticas montañas de material arrojadizo. El total de hombres destinados a las catapultas, cuatro en total, superaba los cien hombres, los cuales deberían arrastrar y levantar los proyectiles y colocarlos sobre la cuchara. En la margen izquierda, los carpinteros se afanaban en construir dos trabuquetes con los que lanzar grandes rocas sobre el río, tratando de destruir la posible máquina que tomaba el agua del cauce.

La tensión y la actividad se iban acentuando en todos los actores del asedio, ya fueran sitiadores o sitiados, quienes observaban constantemente las acciones que se producían en los campamentos cruzados. Flotaba en el aire la sensación de la inminencia del ataque de un momento para otro. Los carpinteros habían construido durante los últimos días varios cobertizos de gruesos troncos en forma de triángulo equilátero, que a modo de tejado y de varios codos de largo, debería proteger a los que debían utilizar el ariete, un grueso tronco que manejaban más veinte personas. También había realizado

protecciones diversas para permitir a los soldados acercarse a los muros de la fortaleza y protegerse de las flechas, piedras o líquidos incandescentes que les fueran arrojados desde lo alto de las murallas por medio de los matacanes, buhoneras o barbacanas que protegían las puertas.

En Barbastro, al-Tawil comprendió que el momento de la verdad había llegado. Los movimientos y construcciones de los cruzados, le hizo entender que se disponían a iniciar el asalto de la ciudad, abandonando el estado pasivo del asedio seguido hasta el momento. Le había causado una cierta sorpresa el cambio de planes, pues por el tiempo transcurrido desde el inicio del asedio, todavía se encontraban dentro del plazo en el que se consideraba que una plaza asediada agotaría sus víveres. Ordenó que se fueran preparando los recipientes de barro especialmente construidos para ser utilizados en las almenas y lanzar su hirviente contendido por las buhoneras y matacanes sobre los que atacantes de las puertas y la base de los muros. Para ello, habían instalado distribuidas por todo el contorno de la fortaleza, siguiendo las instrucciones de Iben Galif, una serie de poleas con los que subir hasta ellas los pesadas tinajas de barro llenas de líquido hirviendo y una vez arriba eran colocadas sobre unas abrazaderas, sujetas a su vez a un eje terminado en una manivela que servía para volcar su contenido sobre los atacantes. Se disponían, en fin, a resistir un desigual enfrentamiento como jamás se había visto hasta el momento en Europa, donde diferentes ejércitos venidos de diferentes sitios y por diferentes intereses y aliados de conveniencia, estaban dispuestos a volcar contra Barbastro todo el horror que sus mentes ignorantes y llenas de odio y ansia de enriquecimiento a cambio de sembrar la muerte y la desolación, eran capaces de idear.

El día veinte de julio, martes, el día amaneció caluroso. Después de que todos los cruzados dispuestos a iniciar la batalla, oyeron misa, oficiada por el obispo de Vic

y el de Urgel, el Duque de Aquitania dio orden de iniciar los lanzamientos de las catapultas contra el muro sur y sobre las zonas que habían seleccionado del arrabal, para habilitar caminos por donde trasladar las torres de asalto hasta las murallas. Simultáneamente, y desde la otra orilla del río comenzaron a lanzarse grandes piedras sobre el río con el fin de destruir lo que los sitiados hubieran construido allí. También podía ser posible que aquellas piedras taponasen el río y lo hicieran salir del cauce inundando los campamentos.

Al-Tawil y sus oficiales, vieron llegar la primera gran roca que se lanzó sobre los arrabales. A su lado se encontraba Alí, que ya ostentaba el grado de *arif*. En su impacto destruyó dos casas completamente. El barro la paja y el agua no ofrecían suficiente resistencia para aguantar aquellos impactos. Enseguida comprendieron que la intención de los cruzados era la de abrir camino a las torres de asalto y acercarlas a la muralla.

Un *radjul*, vino corriendo portando noticias desde la parte oeste. Los cristianos habían comenzado a lanzar grandes rocas sobre las murallas de aquel lado. Con rapidez el *caíd* y los que le acompañaban se acercaran hacia el lugar que indicaba el *radjul*. Un fuerte y sordo sonido se escuchaba de forma acompasada, como siguiendo el ritmo de una partitura. Se correspondía con los impactos que se producían, distanciados en el tiempo y en el lugar donde impactaban, con una machacona insistencia. Los cristianos querían debilitar el muro. Afortunadamente -pensaron- aquella pared era la más gruesa de todas. Cuando llegaron, Iben Galif, ya estaba allí observando la cadencia y el lugar del impacto de los proyectiles.

— Tratan de debilitar la muralla por la mitad. Este panel es muy fuerte y con esta frecuencia de impacto, aguantará varios días sin ceder.

Unos gritos en la lejanía, situados a su derecha, hicieron que el *caíd* acompañado de sus oficiales, corriera por el adarve hasta el lugar del griterío. Este se había producido en la parte norte, lo que admiró al *caíd*, pues era la parte más inexpugnable de Barbastro, donde además de un enorme desnivel, se encontraba en medio el río. Cuando llegaron, los *radjules* que estaban vigilando aquella parte de la defensa estaban muy excitados. Por un momento, al-Tawil, pensó que se estaban riendo.

— ¡Sus catapultas no tienen fuerza y ni siquiera pueden cruzar el río! —decían riéndose a carcajadas.

Al-Tawil, observó un nuevo lanzamiento que fue directamente al centro del cauce, acompañado de las carcajadas de aquellos *gundis*[16]. Al *caíd* se le heló el corazón. Mandó callar enfadado y con grandes gritos a los *radjules*. Luego ordenó que fueran a buscar a Zuhayr de forma urgente. Mahmud, un veterano *naquib*[17] que tenía a su cargo a doscientos hombres, sospechó al instante que lo que estaba ocurriendo allí, no era precisamente lo que parecía, un error en la puntería. Sin embargo mantuvo silencio y comenzó a implorar a *Allah*.

Cuando llegó corriendo Zuhayr, al-Tawil, simplemente le indicó con la mano en dirección al río. Este miro en la dirección indicada en el momento en que otro proyectil impactaba sobre el centro del río. Todavía no eran visibles los peñascos en el cauce, sumergidos en su interior. Se miraron a los ojos y ambos comprendieron lo que aquello significaba. El *caíd*, abandonó con rapidez el adarve, dirigiéndose seguido de los demás hacia la alcazaba.

Una vez en los aposentos donde tenía establecido el puesto de control, se reunieron alrededor de una mesa

---

[16] Soldados

[17] Coronel que tiene a su mando 200 hombres.

donde había desplegado un campo con la disposición de los sitiadores.

— ¡Tenemos un traidor entre nosotros! —exclamo gritando al-Tawil.

Todos, menos Zuhayr, reflejaron en sus caras una descomunal sorpresa. No relacionaban lo que habían visto con una traición.

En pocos momentos, Zuhayr, siguiendo las indicaciones del *caíd*, les explicó a todos la situación. Todos ellos desconocían la existencia de una toma de agua procedente directamente del río.

— ¿Podrá resistir tu obra tanta piedra encima? — pregunto el *caíd* a Zuhayr.

— De momento no están percutiendo sobre la toma de agua que queda unos codos más arriba. Pero será cuestión de tiempo que den con ella, o que desistan de hacerlo, pero esto lo dudo.

— ¡Podemos hacer una salida rápida y destruir las catapultas! —dijo Mahmud.

— No servirá de nada. Al contrario. Si hacemos eso, les confirmaremos sus sospechas —dijo Hamed, un *naquib* que tenía a su cargo la defensa de la parte este.

— ¡Qué sospechas! ¡Certezas, es lo que tienen! —le respondió gritando Mahmud— ¡Una cosa así, solo se sabe si hay un traidor entre nosotros! ¡Yo creo que hay que destruir esas catapultas esta misma noche en un golpe de mano! —terminó.

Al-Tawil oía en silencio la pelea de sus dos *naquibs*, pero lo que realmente le preocupaba era la existencia de un traidor. Lo primordial sería dar con él. Y una vez descubierto, arrancarle cuanta información les había vendido a los cristianos. El silencio que se produjo en la estancia, hizo que saliera de sus pensamientos en forma brusca. Tras quedar durante unos momentos pensativo, cayó en la cuenta de que todos sus jefes lo miraban esperando una solución.

— Esta noche haremos una salida por la salida secreta y trataremos de destruir las dos catapultas. Encargaos de ello, Mahmud, ahora mismo. —Este hizo un saludo y abandonó la estancia.

La situación era grave. Los pensamientos de al-Tawil, volvieron al punto central del problema: la existencia de un espía entre los suyos. ¿Dónde lo debía buscar? ¿Entre sus gentes de confianza? ¿La tropa? ¿El pueblo? Mandó salir a todos a excepción de su *katib*, a quien le ordenó que fuera a buscar a Alí y que le comunicara que viniera a su presencia. Eso hizo al instante el secretario, desapareciendo y dejando solo al *caíd*, quien mirando por la ventana, podía oír los ruidos que producían las piedras y rocas destruyendo el arrabal. Luego, -pensó- seguirán con las murallas.

Al poco tiempo, Alí solicitó permiso para presentarse. El *cadí* lo esperaba con el rostro serio de preocupación. Le invitó a sentarse sobre unos mullidos almohadones y sin más rodeo le planteó el problema que le acuciaba, ordenándole que se dedicara en cuerpo y alma a descubrir al traidor que podría hallarse en cualquier estrato social. Le pidió que eligiera dos hombres de su absoluta y total confianza, entregándole un documento con su sello, para que nadie le pudiera ponerle impedimentos a sus investigaciones.

Gastón estaba reponiendo fuerzas junto a sus hombres, ocultos entre los árboles que delimitaban el camino hacia Lérida, sentados alrededor de un árbol y en animada conversación, cuando Guy apareció de repente con un grupo de mesnaderos a los que comandaba. En sus grupas lucían los colores y escudos del Condado de Trelissac. Cuando llegaron a su altura, desmontaron y se situaron junto a los demás. Guy se aproximó al lugar donde estaba sentado el de Basillac. Los que estaban con Gastón temieron que la presencia de Guy provocara algún conflicto. El soldado que estaba al lado de aquel, al ver el

ademán de aquel de sentarse a su lado, se apartó con presteza. Gastón comenzó a sentir la incomodidad de la presencia del hijo del conde de Trelissac. Un silencio profundo, sustituyó a la animada conversación anterior.

— ¿Estáis ansioso por entrar en combate, Gastón? —preguntó Guy.

Gastón se tomó unos instantes antes de contestar.

— ¿Ansioso, decís? No. En absoluto. Si acaso, nervioso. No creo que nadie pueda estar ansioso por entrar en combate, ¿no os parece? —le contestó Gastón.

— Tal vez tengáis razón en esta ocasión. Seguramente no me he sabido explicar bien. Lo que yo quería desearos es toda la ventura del mundo en los lances en los que os veáis involucrado y que os cuidéis mucho. —dijo.

— Permitidme que no os crea Guy. De cualquier modo, todos estamos en las manos de Dios, así es que ocurrirá lo que Él quiera.

— Pero me temo que Dios estará muy ocupado en muchas cosas durante los próximos días, y algún descuido, bien pudiera tener. —dijo con sorna Guy.

— ¿Es acaso eso una amenaza? ¿Osáis amenazarme delante de todos? —exclamó Gastón poniéndose de pie y atrayendo la atención de todos. Guy se puso también de pie, sorprendido por el inesperado gesto de su enemigo.

— Yo tan solo he venido a desearos suerte y nada más —dijo un tanto azorado.

— Pues ya lo habéis hecho. Si solo era eso, podéis seguir vuestro camino —terminó Gastón entre las miradas tensas de sus hombres.

Guy tomó su caballo y junto con los que le acompañaban continuó en dirección hacia Barbastro.

— Cuidaos de él, Gastón —dijo Alain de Cazenac, un alférez de su compañía— Guy es muy peligroso y lo de hoy no es buena señal, *sire*.

— Si, ya lo sé, Alain. Estaré atento. Muy atento.

Guillaume de Montreuil, había organizado los grupos de hombres para los trabajos de zapa que les habían sido asignadas. Tenía entre su mesnada, un grupo dedicado en exclusiva a derribos y allanamiento de caminos que contaba con una merecida fama. Cada vez era mayor la tendencia en todos los ejércitos a tener entre sus unidades, un grupo de hombres especializados en labores de derribo y zapa. Todos ellos se dedicaban en sus lugares de origen al campo y a la montaña: agricultores, ganaderos, leñadores, gente fuerte y acostumbrada a la vida al aire libre, alimentándose lo justo y con pocas habilidades guerreras, pero muy eficientes a la hora de cavar, derribar o construir un paso, un puente o cualquier cosa que fuera necesaria. Sus más de cien componentes, una vez que las catapultas hubieran cumplido su labor de arrasar la zona designada, deberían retirar los escombros y alisar el camino para que las toscas ruedas de las torres y máquinas de guerra pudieran desplazarse fácilmente por aquella superficie. Durante su trabajo, utilizarían unas protecciones contra las flechas y otros objetos que pudieran lanzarles desde las almenas. Para ello, contarían además con la protección de arqueros que tratarían de mantener a raya a los saeteros árabes. Era una labor muy dura y penosa.

Desde su campamento hasta las murallas no había casas ni construcciones. El arrabal no se había extendido en aquella dirección, por lo que no tenía que utilizar las catapultas para abrirse paso hasta las murallas. Tal y como se había decidido, habían comenzado lanzando rocas sobre la parte central del muro oeste. Sus maestros constructores le habían indicado la zona sobre la que percutir con los impactos. El terreno tenía una suave pendiente ascendiente de izquierda a derecha que dificultaría el uso de las torres de asalto ya que presentarían una peligrosa inclinación que las haría muy fáciles de derribar. Sería por tanto necesaria la presencia de los zapadores para practicar unas nivelaciones en las partes donde deberían aposentarse.

Todas las fuerzas estaban ya en alerta, atentas a posibles salidas sorpresivas de los asediados. Las tres puertas de entrada a la ciudad estaban fuertemente protegidas con barbacanas y torres de protección. Su anchura no era mucha y dejaba justo el paso de un carro lo que no era casual. Una puerta estrecha solo permite la entrada de un invasor nada más que en fila, fácilmente abatible por los arqueros y soldados durante el momento de su entrada.

La noche estaba completamente silenciosa. Las catapultas habían enmudecido por la falta de luz. La luna estaba ausente, por lo que la oscuridad era absoluta. Únicamente, las luces de las hogueras iluminaban en la lejanía los campamentos, y curiosamente esta vez, a todos que observaban las luces les parecía que estaban más cerca.

Mahmud se reunió con los seis *radjules* armados solo con daga y arco, que iban a llevar a cabo la misión de prender fuego a las catapultas que desde la margen izquierda del río, trataban de destruir el acceso al agua de los situados. Se trataba de una misión en el que el único objetivo eran las catapultas. Llevaban consigo varias vasijas de barro con aceite, con el que pensaban embadurnar las catapultas y una vez hecho esto, lanzarían dos flechas en dirección a Barbastro simplemente para que cayeran dentro del recinto, a cuya señal, un arquero desde las murallas lanzaría una flecha incendiada en la dirección de las catapultas. Este lanzamiento ya lo había ensayado en varias ocasiones dando en el blanco en un número satisfactorio de veces. En caso de errar, los que estuvieran en las cercanías, la utilizarían para prender el aceite.

Salieron por el túnel que habían excavado tiempos antes y que les permitía aparecer a espaldas del ejército de Montreuil. Esperaron unos minutos a que sus ojos se acostumbraran totalmente a la oscuridad. Luego siguieron

por su derecha y se dispusieron a cruzar el río a nado. La corriente era tranquila y pudieron llegar al otro lado sin ningún problema. Agazapados, siguieron por la orilla en dirección este, hacia el lugar donde estaban colocadas las catapultas. Cuando ya estaban llegando, oyeron un murmullo a su derecha. Se aplastaron contra el suelo esperando que aquello se concretar en algo más tangible. Solo eran unas voces y no lograban localizar el lugar desde donde partían. No se atrevieron a levantar la cabeza por temor a ser descubiertos. Las voces cada vez se oían más claras porque al parecer se estaban acercando al lugar donde se encontraban agazapados. Muhammad, que era el que mandaba el grupo, cerró su mano alrededor del puño de su daga, cosa que también hicieron los demás. Las voces se detuvieron delante de ellos. Se trataba de una pequeña vaguada del terreno, en la que en un lado estaban ellos y la otra los misteriosos personajes.

Muhammad puso atención a las palabras que le llegaban con cierta claridad desde la otra parte de la vaguada. Solo podía oír las voces de dos personas y lo hacían en voz baja lo que dificultaba su comprensión. Una de ellas hablaba perfectamente en occitano mientras que la otra lo hacía con alguna dificultad y aplicando un deje extraño, como si se tratara de un... ¡árabe hablando! Las palabras le llegaban entrecortadas: puerta... oro... agua... Guy... ¡Anwar! La sorpresa heló la sangre de Muhammad inmovilizándole al instante. Luego puso su dedo índice sobre sus labios a la vez que con un enérgico golpe de mano, exigía a sus hombres que se mantuvieran pegados al suelo en absoluto silencio. Tras lo que le pareció una despedida, ambos hombres se alejaron en dirección de la *bab al-Merder*. Pasados unos momentos dejaron de oírse sus voces y sus pasos.

Muhammad ordenó a sus hombres que se incorporaran y con los cinco sentidos abiertos se dirigieron hacia las dos catapultas que esperaban, completamente solas y abandonadas en sus respectivos emplazamientos.

Tras asegurarse de que no había soldados en las cercanías, llegaron hasta ellas. Procedieron a embadurnarlas concienzudamente con el aceite. Separaron unas balas de paja de las muchas que había allí almacenadas, sin duda con intención de arrojarlas incendiadas sobre la ciudad. Las acercaron junto a las máquinas de guerra y las empaparon con el resto del aceite, dejándolas junto a las catapultas.

Una vez que estuvo todo preparado, se dispusieron a enviar la señal a los arqueros que estarían esperando sobre las almenas: un par de flechas con escabeles, para seguidamente y a su vez, lanzar sendas flechas ardiendo sobre las catapultas.

Con cuidado, sacaron de su bolsa los dos escabeles y los ataron a dos flechas de punta roma y las lanzaron superando la altura de las murallas de Barbastro. A los pocos instantes, dos diminutos puntos de luz sobre las murallas, les dio a entender que la señal había llegado y les enviaban la respuesta.

Dos fogonazos partieron velozmente desde la muralla en dirección a donde estaban esperando los seis hombres. Una de las flechas se clavó sobre una de las catapultas que rápidamente prendió gracias a su capa aceitosa y la otra se clavó muy cerca, en el suelo. Rápidamente, uno de los *radjules*, el que estaba más cerca, se hizo con ella y la aplicó en diversos partes de las catapultas. El fuego prendió al instante envolviéndolas con sus llamas. Cuando algunas voces de alarma comenzaron a oírse en las inmediaciones, los seis *radjules* estaban ya cruzando de nuevo el río, camino de Barbastro.

La noticia de la destrucción de las dos catapultas, convertidas en cenizas, corrió como un reguero de pólvora por todos los campamentos cristianos. En duque reunió al resto de jefes en su tienda con el fin de establecer lo realmente sucedido.

— ¿Cómo es posible que haya ocurrido una cosa así? —pregunto el duque a Thibaud de Chalón, a cuyo cargo estaban las dos catapultas.

— Esos perros debieron aprovechar la nocturnidad para realizar una salida y quemar las catapultas. Las rociaron de aceite, pues aún quedan restos de ello, y prendió rápidamente —dijo Thibaud.

— ¿Y no habíais establecido una guardia para protegerlas? —dijo airado Crispín.

— Naturalmente. Pero los encargados de ello, han dicho que no oyeron ni vieron nada. —se excusó el borgoñés.

— ¡Claro, durmiendo es difícil ver ni oír nada! ¡Necesitaron fuego y lo tuvieron que traer con ellos, y ni aun así, en una noche negra como boca de lobo no vieron destellos ni luces ni nada parecido —vociferaba el normando.

— Supongo que habréis dado orden de que sean construidas otras dos inmediatamente —preguntó el duque.

— Se hizo al instante duque. Ya se están construyendo a marchas forzadas. —respondió anonadado Thibaud.

— ¿Qué consecuencia debemos sacar de este hecho? —pregunto Guillaume de Montreuil, quien hasta el momento no había dicho nada.

Todos volvieron la mirada hacia él.

— Que les preocupa nuestro ataque al río. Nos han confirmado que lo que el espía nos contó es absolutamente cierto. Hay que persistir en lanzar rocas sobre el río. Y yo mandaría construir dos más para abarcar más trecho del cauce.

— Yo también estoy de acuerdo —dijo Ermengol— Y por cierto, mis hombres me aseguran que por la *bab al-Fege* no salió nadie. Tal vez lo hicieran por alguna de las otras dos, la *bab al-Waska* o la *bab al-Merder*, junto al río. En cualquier caso, no harían falta muchos hombres para realizar una acción así. —terminó.

— También es preocupante que salgan a su antojo del asedio. Hay que duplicar si es necesario, los controles sobre las puertas día y noche. No quiero que se vuelva a producir una sorpresa de este tipo -dijo el duque. Nunca más.

Cuando regresaron de la misión, lo hicieron por el mismo lugar por el que hubieron salido, por el túnel. Al final del mismo, Alí los estaba esperando porque eran sus hombres los que había realizado la salida. Cuando recibió el encargo que el *caíd* le había confiado, quiso contar con Muhammad y con Ibrahim. Ambos habían formado parte del grupo que había destruido las catapultas, cuyo éxito habían contemplado todos desde las almenas. En cuanto lo vio, Muhammad hizo un aparte con Alí.

— Alí, tengo que contarte algo muy importante. — dijo, tras lo cual le refirió todo lo que había oído y escuchado en la conversación entre un desconocido, cristiano sin duda y... ¡Anwar!

Cuando Alí escuchó aquel nombre, un escalofrío recorrió su espalda. ¡No podía ser otro que aquella víbora de Anwar! Muhammad le transfirió las palabras que pudo escuchar y tuvo la total certeza que aquel desecho humano era el traidor que andaban buscando. Alí ordenó a él y a Ibrahim, que siguieran día y noche los pasos de Anwar para determinar si había más traidores a los que detener. Alí decidió ampliar su grupo en dos *radjules* más para ampliar su vigilancia.

Nicolás, Abdalá y Eleazar Galif habían comenzado a atender a los primeros heridos. Las grandes piedras que los cristianos estaban lanzando sobre el muro oeste de Barbastro, levantaban esquirlas, algunas de gran tamaño, que habían ocasionado las primeras heridas, algunas de ellas bastante graves. De momento no esperaban que el trabajo les desbordase, al menos durante un tiempo y estaban debidamente preparados. Nicolás hacía misa en una pequeña capilla que había en la plaza y a la que

asistían los escasos cristianos que vivían en la ciudad, los cuales no eran molestados por su credo aunque no se les permitía participar en las festividades islámicas. Tenían impuestos especiales por su condición de cristianos, que en ocasiones les eran perdonados según la bonanza de las cosechas. No había ningún sacerdote que pudiera hacer misa, por lo que la capilla la utilizaban para ir a rezar. Ahora con la presencia de Nicolás, podían recibir a Cristo en auténtico pan ácimo que se amasaba para la ocasión. En ocasiones al sacrificio solo asistía Bertrand porque el resto estaban trabajando o colaborando en las faenas de reparación de muros o de edificios por mor del asedio. Esta actividad le proporcionaba a Nicolás una paz interna que necesitaba perentoriamente.

A finales de mes de julio la situación para los asediados comenzaba a tornarse seria y peligrosa. Los constantes lanzamientos de rocas y piedras, comenzaban a hacer su mella en las fuertes murallas, en su parte sur y oeste, amenazando en algunos puntos con producirse algún derrumbe que fuera aprovechado por los sitiadores para lanzar un ataque. Las torres de asalto estaban ya colocadas ante las sendas que las llevarían delante de los muros. Su estirada y alta figura representaba una amenaza constante y un recordatorio de que el asalto a la ciudad podía producirse en cualquier momento. Así mismo, gran número de arietes y trabuquetes estaban ya instalados en las cercanías de las torres.

En cuanto a las catapultas de la margen izquierda del río seguían lanzando rocas sobre el río de forma que en algunos puntos ya sobresalían del cauce, mostrando al aire sus voluminosas masas puntiagudas. Sin embargo, todavía no habían producido el efecto que buscaban.

Capítulo LVII.
Barbastro, Barbitaniya 1.064/455 de la Hégira.

Anwar, trataba de sobornar a algunos *radjules* que conocía de su época en que estaba en la milicia y sabía que eran factibles de ser corrompidos. Trataba por todos los medios de conocer la posición exacta de la toma de agua a petición de Guy quien le había prometido mil monedas de oro si le facilitaba dicha información. Cuando, uno de los que había sobornado, fue destinado a custodiar la puerta de entrada de la caseta de la que por uno de los laterales salía el agua que caía sobre una pileta y desde allí, y debido a la fuerza de la gravedad, se dirigía a los puntos de distribución en la ciudad, en el interior de unos canales de cerámica enterrados en el suelo. El *radjul*, animado por el oro, y ansioso por ganarse una recompensa mayor, decidió adentrarse en la instalación para ver con exactitud, qué se escondía bajo esa discreta caseta blanca. Lo primero que vio fue una especie de recibidor a cuyo fondo, podía verse una escalera que se dirigía hacia las profundidades, de donde procedía un sordo murmullo que le encogió un tanto el espíritu. Miró hacia abajo y pudo ver que se habían dispuesto en las paredes laterales de aquella excavación unos cubiletes con aceite que alimentaba una llama para iluminar la zona. Dudó por un momento si aventurarse a bajar por la escalera. Tenía claro de que si lo pillaban en aquella situación, su vida valdría poco. No obstante, y animado por las muchas horas que permanecía solo haciendo guardia, sin que nadie se acercase, probó fortuna y comenzó a descender por la escalera.

Conforma iba bajando el ruido comenzaba a hacerse mayor y a atemorizar su corazón. Estuvo a punto de desistir en un par de ocasiones. Finalmente llegó hasta el fondo, donde se habría una especie de descansillo que se

bifurcaba en dos, uno hacia la derecha y otro que seguía recto. Decidió seguir el de la derecha. Tras andar unas cincuenta varas paralelo al río giraba a la derecha, formando un ángulo recto y enfilando directamente hacia el río en un largo camino, iluminado cada poco por escudillas de aceite en las que brillaba una llama. Cuando se acercaba al final, el estruendo era brutal y de vez en cuando se oían como unas explosiones a su derecha, que terminaron por vaciar su alma de valor y emprender la retirada hacia la salida. Había visto lo suficiente.

Anwar recibió la información y dedujo que los cristianos estaban tirando rocas setenta varas por debajo de donde deberían hacerlo. Aquella información, era oro puro, pensó. Aquella noche se reuniría con el cristiano para comunicarle la posición exacta donde deberían arrojar las rocas.

El miedo comenzaba a adueñarse de los habitantes de Barbastro. El retumbar constante de las rocas contra los muros de las murallas, metía el susto en sus almas. Máxime, cuando empezaban a ser visibles los efectos de tan constante golpeteo: grietas de cierta importancia en los paneles de piedra. Eso no podía aventurar nada bueno. La calma tensa que se vivía en todos los estamentos se dejaba notar en el silencio reinante. Apenas se oían voces humanas que no fueran órdenes de los oficiales a los *radjules* o lamentos y solo los ruidos procedentes del exterior y de los golpeteos de las herramientas en el interior al reparar y reforzar algunos puntos podían escucharse. Tiempos dramáticos los que les estaba tocando sufrir.

Alí y sus cuatro *radjules*, localizaron a Anwar y a partir de aquel momento ya no le perdieron de vista. Observaron cómo se dirigía hacia la *bab al-Merder* y hablaba con los dos *radjules* que estaban de guardia. Observó cómo les entregaba algo y luego abandonaba el lugar, encaminándose hacia la *funduq*, donde pidió miel

con agua y algo de comer. En el establecimiento apenas había clientes. Cerrada a cal y canto la ciudad, se había cortado la afluencia de clientes que venían a Barbastro a vender o a comprar, y durante el tiempo que permanecían en ella, se alojaban y comían en ella, proporcionando buenas ganancias a su propietario. Ahora, y en las largas y tediosas horas de espera de acontecimientos, algunos vecinos la visitaban por juntarse con otros y comentar las noticias que por cientos corrían de boca en boca, mientras bebían o comían algo.

Alí y Anwar se conocían y se rechazaban mutuamente. Uno porque sabía la clase de sabandija que era uno, y el otro, porque añoraba y recordaba lo que fue en tiempos pasados, además de ser el hijo de uno de sus grandes enemigos, el *cadí*, Isa Hamati. Tal vez por esta razón y para ver su reacción, entró en la *funduq*, haciendo ver que buscaba a alguien.

Anwar en cuanto lo vio entrar, hizo un amago de esconderse que luego reprimió al darse cuenta de que con ello podía delatarse por algo que nadie podía sospechar. Aguantó la mirada del muchacho sin pestañear, preñada de un odio intenso. Alí, imperturbable se dirigió a él.

— ¿Acaso no tienes un espada con la que defenderte y defender Barbastro? —le preguntó.

— ¿Espada? ¿Me lo habéis quitado todo y me preguntáis por una espada? —Contestó con rabia— Ahora os corresponde a vosotros protegernos de la peste cristiana —concluyó.

— Pues tú verás cómo te defiendes.

— ¡Naturalmente, como he hecho siempre! — Anwar se arrepintió al instante de haber dicho aquello y el tono altivo empleado.

Alí lo miró con intensidad sin decir nada. Anwar bajo la mirada. No quería seguir con aquella conversación. Dio media vuelta y salió a la calle sin decir nada más. El

joven *arif*, intuyó que aquel traidor estaba preparando algo.

En la reunión diaria que mantenían en el campamento aquitano, se comentaba que el constante batido de las murallas estaba empezando a dar resultado. Desde la parte exterior, comenzaban a verse grietas por no menos de cuatro sitios, y había que estar atentos al momento en que se produjese el colapso de las murallas. Muy cerca de la *bab al-Fege*, se estaba produciendo una enorme grieta que recorría de arriba a abajo toda la muralla, y que amenazaba con producir con su desplome una abertura considerable. En previsión de tal acontecimiento, cerca de esa zona se concentraron cerca de tres mil soldados de a pie, quienes en el momento en que se produjera el derrumbe y una vez que las torres de asalto se hubieran aproximado a las murallas, atacar de forma sincronizada a la vez que en ese momento, las catapultas deberían elevar el punto de mira, y descargar sus rocas sobre el interior de la ciudad. El asalto final sería brutal para ambos bandos.

Cuando la obscuridad se hizo absoluta, Anwar se dirigió hacia la *bab al-Merder*. Tenía que salir para verse con Guy y comunicarle la posición que deberían atacar en el cauce del río. Alí y sus hombres siguieron atentamente los pasos del renegado y cuando las puertas de la ciudad se cerraron tras él, cayeron sobre los *radjules* que vigilaban la puerta, apresándolos. Con previsión, Alí había dispuesto que cinco *radjules*, le acompañasen para realizar el apresamiento y su sustitución. Una vez detenidos, otros *radjules* ocuparon sus puestos, y él, acompañado de Muhammad e Ibrahim, salieron en pos de Anwar quien no se había percatado de lo que ocurría a sus espaldas.

Guy ya lo estaba esperando oculto por el molino que había junto al río. Sus ignotos vigilantes les vieron conversar y cómo el desconocido le entregaba una bolsa a Anwar. En un momento dado, Alí pudo ver

completamente el rostro del cristiano, que le quedó grabado en su cabeza. Luego se separaron y mientras el cristiano tomaba rumbo hacia su campamento, Anwar regresaba hacia la *bab al-Fege*, golpeando quedamente sobre sus recias maderas. Al instante la puerta se abrió y cuatro fuertes brazos los cogieron y lo arrastraron al interior, cogiéndolo por sorpresa. Al poco, tres siluetas procedentes del exterior entraban por la misma puerta y Anwar pudo ver sus rostros.

La mañana siguiente de la detención de Anwar, fue desastrosa para la defensa de Barbastro. Los cristianos habían corregido la posición de lanzamiento de las catapultas, con tan mortífera eficacia que al tercer proyectil dieron en destruir la primorosa obra de Zuhayr, dejando de manar agua en aquel instante por las fuentes de la ciudad. Llevaban veintiún días de asedio.

Al-Tawil lloró, cuando le comunicaron este triste suceso. Con rapidez subió a lo alto de la alcazaba y al mirar hacia donde estaban las catapultas comprendió la razón de ello: los cristianos habían cambiado la posición del objetivo y lo había modificado río arriba unos setenta varas. Lloró, porque todo eso se debía a la existencia de un traidor, un ser inicuo y miserable. Mando que trajeran a Anwar al lugar donde se encontraba. Una vez en su presencia le mando que se arrodillara. Una incontenible rabia le salía por todos los poros de su piel.

— Toda mi vida me reprocharé no haber acabado con tu miserable vida el mismo momento y hora en que te conocí, presentándote ante mí después de que hubieras asesinado al anterior *caíd*, Abdalá ibn Yahya por motivos inconfesables. Si así lo hubiera hecho, hoy nos habríamos evitado esta desgracia. Ruego a *Allah* que me perdone y a ti que te arroje del Paraíso. —luego hizo un gesto y el *radjul* que estaba detrás de Anwar, de un rápido y certero golpe, le cortó la cabeza que salió volando por los aires.

— Tirad su cuerpo por la muralla para que se lo coman las alimañas y los cuervos. Y su cabeza, clavadla en

una lanza y mostradla a los cristianos desde los cuatro costados y dejadla finalmente delante del campamento de Aquitania. Así sabrán todos que su traidor ha sido expulsado de este mundo y del paraíso.

Luego comenzó a dar órdenes para restringir al máximo el uso del agua. El calor del verano también se había puesto de parte de los cruzados. Aquella mañana el calor era enorme, incluso para ser primera hora. A aquellas horas, los cristianos todavía no eran conscientes de su éxito y continuaban tirando rocas al cauce. Era tal el acúmulo de piedras en el lecho que el río había comenzado a desbordarse y amenazaba el campamento de los borgoñeses, situado muy cerca de él.

La tensión seguía creciendo por momentos. La grieta junto a la *bab al-Fege* iba agrandándose cada vez más. El duque Guillermo de Aquitania, junto con Montreuil, Crespín y Ermengol, tenían perfectamente definidos los movimientos a realizar en el momento que aquel lienzo de muralla se viniera abajo. Comenzaron por agrupar tropas de a pie frente a la zona de la muralla en la que se esperaba el desplome. Así mismo, un numeroso contingente de arqueros se parapetaba detrás de las torres de asalto, a la espera de que se produjera el deseado hundimiento, para con rapidez, subir a las plataformas de las torres y que otros soldados las acercaran lo suficiente como para desde su posición asaetear a todos los defensores con el fin de permitir que otros soldados pusieran el pie en los adarves y comenzaran desde allí a pelear en el interior de la plaza. Estos tendrían como primer objetivo acceder hasta las puertas de entrada la *bab al-Waska* en el oeste, la *bab al-Merder* en el este y la *bab al-Fege* al sur, para abrirlas de par en par y permitir que la caballería fuera entrando en Barbastro. Antes de poner un pie dentro, las catapultas lanzarían sus proyectiles al interior de la ciudad.

Gastón aguardaba de pie junto a su caballo al lado de sus mesnaderos el momento de entrar en acción. A su lado, caracoleaba Guy montado en un nervioso corcel, lanzándole despectivas miradas que eran ignoradas por aquel. De pronto, se produjeron unos movimientos en los adarves de la muralla, que captaron la atención de todos. Un grupo de sarracenos tiraron algo desde lo alto, a la vez que ondeaban una lanza en cuya pica habían clavado algo. Por asociación de ideas rápidamente todo el mundo comprendió que se trataba de un decapitado cuyo cuerpo había sido arrojado desde la muralla y su cabeza clavada en una lanza, que fijaron en uno de los merlones.

Gastón pudo oír una exclamación de sorpresa en Guy. Volvió hacia él su mirada y le sorprendió con una cara en la que se reflejaba una mayúscula sorpresa. Pronto se supo que aquel desgraciado individuo les facilitaba información sobre la situación dentro de la ciudad sitiada. Por la expresión que vio en su cara, vino a pensar que entre los dos había algo más que nadie conocía y al ver su cabeza en lo alto de una pica, constataba que sus planes se habían venido abajo.

Este comprendió que la celada que tenía planeada con Anwar contra Gastón en el momento en los cristianos pusiesen el pie dentro de Barbastro se había ido al traste. Tendría que ser él mismo el brazo ejecutor de su venganza

El problema más acuciante que tenían los sitiados era indudablemente el agua, tanto más cuanto que en el momento en que los cristianos acertaron con sus lanzamientos y cortaron su suministro, todos los aljibes estaban a medio llenar, porque se iban llenando conforme iba siendo necesario, dado que el sistema implantado por Zuhayr les garantizaba el agua constante, pero desde aquel momento, habían puesto un límite a sus existencias. El calor hacía de las suyas, no solo en las personas, sino en los animales que también tenían que beber. Hubo que elegir y por tanto se comenzó a sacrificar animales para

ahorrar consumo de agua, agravado por la evaporación que también era un fenómeno a tener en cuenta. El *katib* encargado de su racionamiento y distribución, le comunico al *caíd* que apenas quedaría agua para seis o siete días. Faltaban diez días para terminar el mes de *Yawn al-Arb'a* y la situación comenzaba a ser crítica. Las cerca de nueve mil personas llevaban veintisiete días de asedio.

Zuhayr e Iben habían bajado al fondo del pozo para ver si se podía reparar algo aunque ya se imaginaban que no sería posible reponer la toma de agua. Aparentemente todo parecía en perfecto estado, pero la roca o rocas que habían lanzado los cristianos habían acertado con una precisión que no imaginaban. El ingenioso sistema formado por una tobera, situada en el centro del cauce a cuatro codos[18] de profundidad, por la que se precipitaba el agua directamente del río. Tras caer verticalmente durante un par de codos se encontraba un plano inclinado de 45º con respecto al anterior de diez codos de longitud que finalizaba en un colector en el que se había instalado una noria. La fuerza del agua al impactar contra las palas hacía girar la noria subiendo el agua hasta la superficie mediante unos cangilones. El agua sobrante, es decir la que no entraba en los cangilones, se vertía nuevamente en el río utilizando la ley de los vasos comunicantes. Un mecanismo permitía dejar flotantes las palas, de forma que no recogían agua cuando no fuera necesario por estar los aljibes llenos. Los dos estaban rotos contemplando aquel desolador estado, viendo como de la tobera apenas salía un hilo de agua. Ambos se miraron y movieron la cabeza. No había nada que hacer y no había fuerza humana para quitar tan gran número de piedras, pues los cristianos seguían lanzándolas al desconocer su acierto.

El ruido sincrónico de las catapultas producido por el golpe seco en el momento de lanzar la piedra hacia su destino, y pasados unos instantes oír su impacto contra la

[18] Aproximadamente 2 metros. 1 codo = 0,5 mts.

muralla o contra el suelo era ya la música de fondo que todos podían escuchar y que se había grabado en sus cerebros. Voces, imprecaciones, canciones vivas y maldiciones se extendían por todos los campamentos cristianos. En algunos puntos comenzaba a observarse detalles de desfallecimiento en las murallas debido al constante y brutal impacto. Los zapadores continuaban su labor a un ritmo endiablado. Sobre ellos caían flechas que se clavaban en las mamparas de madera de protección cubiertas de pieles, que iban por delante de ellos y que presentaban una inclinación de 60 grados con respecto del suelo en el que se apoyaba la base, con una altura de tres varas y cinco de anchura que proporcionaba una buena área de cobertura. Los esfuerzos de los arqueros por quemar las protecciones resultaban infructuosos además de peligrosos porque se exponían a recibir a su vez un flechazo de los arqueros que protegían a los zapadores. Finalmente, dejaron de lanzarles flechas y se resignaron a tenerlos más cerca para lanzar sobre ellos agua y aceite hirviendo. En dos días habían llevado a cabo las explanaciones necesarias para que las máquinas de guerra iniciaran su aproximación a las murallas.

El día 29 de julio, apareció caluroso desde las primeras horas del día. Asediados y asediadores llevaban soportando hacía ya muchos días unos calores inmisericordes, superiores a los propios de la estación en la que se encontraban. Parecía como si Dios ayudase a los sitiadores mandando sobre todos los participantes los calores del infierno. Las noches de insomnio producidas por las temperaturas superiores a los treinta grados y a la tensión acumulada producían en todos ellos una desazón sin límites.

Desde el campamento aquitano el panorama de la ciudad sitiada que tenían enfrente era desolador. Las murallas aparecían rodeadas de grandes peñas que no se habían desintegrado del todo en su brutal impacto sobre los duros sillares de piedra. A duras penas los equipos de

zapa lograban mantener limpias las vías por las que deberían transportar las torres de asalto en su camino hacia las murallas empujadas por soldados debidamente protegidos. Pero también había que realizar trabajos para retirar aquellos proyectiles que pudieran estorbar la acción de los infantes cuando se produjera el asalto. Todo ello con intercambio de los arqueros de uno u otro lado. Las víctimas por este arriesgado trabajo no eran muchas, pero alguna se iba produciendo. Unos al ser alcanzados por algún arquero y otros por quedar aprisionado algunos de sus miembros entre las rocas que trataban de mover y separar, que producían rotura de huesos y los dejaban inútiles para el trabajo.

Con las primeras luces del día, las catapultas comenzaban su machacona música de destrucción y derribo. Pero esa mañana, por fin, se produjo un hecho que estaban esperando hacía mucho tiempo los asediadores. Desde lo alto de las murallas, numerosas mujeres pedían agua a cambio de joyas, ropas o cualquier cosa que los sitiadores quisieran aceptarles. Comenzaba a ponerse de manifiesto que habían logrado cortar el suministro de agua de Barbastro. El fin de la resistencia estaba cerca.

Al medio día de aquel jueves, de repente se produjo un gran estruendo a la vez que una nube de polvo y tierra se elevaba al cielo cubriendo un gran espacio a los ojos de los cruzados. Cuando la nube se fue disipando, se pudo ver la razón de tan grande ruido y enorme polvareda: una gran parte del lienzo sur, se había venido abajo provocando un enorme boquete.

El tamaño del boquete era lo suficientemente grande como para permitir que un gran número de hombres pudiesen iniciar el asalto de la ciudad. Pero también mostraba un problema: tras el muro no había una explanada libre de obstáculos, sino las casas de los habitantes de la ciudad, lo que impedía una entrada en tromba de los cruzados. Sin embargo, el derribo de la

muralla fue el toque de llamada a la exacerbación general. Los normandos de Crespín, se colocaron rápidamente en frente del mismo, a la vez que quitaban como posesos golpeando sus espadas contra los escudos, formando una primera línea de cuatrocientos hombres dispuestos a iniciar su especial cruzada.

Tras ellos, tomaron posición las fuerzas de Montreuil mucho más silenciosos y en número de quinientos. El resto de cruzados se mantuvieron en sus posiciones para cuando se hiciera necesaria su participación.

Alguien grito "*Dieu le veut*[19]", y un griterío ensordecedor se apodero de los sentidos de todos los cruzados dispuestos a iniciar el asalto. A la señal de un oficial, los arqueros comenzaron a disparar sus flechas contra los que se encontraban en las murallas a la vez que los cruzados se lanzaban en tromba hacia la abertura que daba paso franco a Barbastro.

[19] Dios lo quiere en francés.

Capítulo LVIII.
Barbastro, Barbitaniya 1.064/455 de la Hégira.

Al-Tawil alarmado por la grieta que se estaba produciendo en el lienzo sur de la muralla y advertido por Zuhayr de su inminente derrumbe, había ordenado que se construyesen unas empalizadas sobre los tejados de las casas que quedaban en la zona de la muralla dañada, con el fin de impedir que los cruzados entrasen sin ninguna resistencia por aquella abertura en la muralla. Desde luego no sería fácil para los asaltantes avanzar entre los escombros y las estrechas calles que suponían un obstáculo de envergadura para una entrada en tromba. También, a sugerencia del eslavo, habían dispuesto que, de forma semejante a un laberinto, se cerraran las calles mediante empalizadas con el fin de que solo hubiera una salida si los cruzados lograban apoderarse de las murallas y trataban de poner pie en tierra. De cualquier modo, sabía que la suerte de Barbastro estaba ya echada y que todo sería cuestión de tiempo, fundamentalmente, por la falta de agua. Maldijo al *emir* de *Lárida* por dejarlos abandonados a su suerte. Morirían peleando y en última instancia, utilizarían la caballería contra los *conrois* de los cruzados a campo descubierto.

Ante el inminente comienzo de las acciones hostiles, todos se encomendaron a *Allah* y se dispusieron a seguir los planes dispuestos para la situación. Desde el minarete, el *cadí*, citaba a todos los pobladores de la ciudad a la oración. Todos los que no podían contribuir a la defensa de la ciudad, debían encerrarse en las casas que estuvieran a menos de treinta codos de distancia de la muralla y que los que no pudieran ser acogidos en las casas se instalaran en las mezquitas y en las edificaciones públicas donde se habían almacenado los alimentos para

aguantar el asedio. Por su propio bien, nadie debería permanecer fuera de esos lugares salvo que quisiera colaborar en la defensa.

Cuando con gran estrépito la parte dañada del lienzo sur se vino abajo, todo estaba ya dispuesto para hacer frente a los invasores. Sin embargo, el numeroso escombro producido y los restos de los proyectiles pétreos lanzados contra la muralla, realizaban por sí solos una labor de contención que impedía el asalto inmediato. Por otro lado, la brecha abierta no era de grandes dimensiones y no proporcionaba una amplia vía de paso, pues apenas superaba los quince codos de anchura. Sin embargo no era esta la razón de la dificultad, sino que tras las murallas se encontraban las casas que constituían un obstáculo difícil de rebasar, por no decir imposible, porque obligaba a los asaltantes a hacerlo casi de uno en uno y con gran incomodidad para atender a su propia defensa, quedando a merced de los arqueros apostados convenientemente sobre tejados, casas y empalizadas. Era algo así como el paso de las Termópilas en los tiempos de las Guerras Médicas.

Al poco tiempo de producirse el desplome de parte de la muralla sur, las torres comenzaron a ser conducidas hacia las murallas, empujadas cada una de ellas por cerca de treinta hombres debidamente protegidos por otros soldados que soportaban grandes escudos defensivos. Instalados sobre las torres, los arqueros lanzaban sus flechas durante el desplazamiento tratando de impedir la acción de los arqueros defensores desde los adarves. El transporte de las pasadas torres llevó bastante tiempo y denodados esfuerzos hasta que finalmente sus costillares quedaron adosados a las murallas. Una vez que estuvieron colocadas en su sitio, una infinita fila de soldados comenzaron a subir por ellas hasta lo alto de la plataforma, donde una pasarela, a modo de puente levadizo, había sido bajada hasta apoyarse sobre los merlones de las murallas. Las torres tenían forma de "**T**" de manera que en los

laterales superiores se colocaban los arqueros y por la parte central accedían los soldados quienes con la espada y escudo, cruzaban rápidamente la pasarela hasta saltar a los adarves. La sincronización con las restantes torres era fundamental para tener éxito en el asalto.

Una vez alcanzado el adarve, la visión que se ofrecía a los que lo alcanzaron era desalentadora. Debajo de ellos no había un patio de armas despejado donde reagruparse, sino los tejados de las casas que formaban un laberinto de intrincadas y estrechas calles. Al tratarse de una ciudad amurallada, muchas de las casas estaban adosadas a las murallas, mientras que otras dejaban un angosto pasillo entre estas y sus paredes a modo de pasillo interior que rodeaba gran parte de la ciudad, siguiendo el contorno de las murallas.

Pronto se dieron cuenta los cruzados que para poder hacer valer la fuerza del número, no era suficiente con quedarse en lo alto de la muralla dominando desde ellas todo el panorama que quedaba por debajo: debían descender hasta las calles y desde allí someter a los defensores de la ciudad. Y además se encontraron con otra dificultad, hábilmente prevista por los defensores. Las escaleras de acceso a los adarves de las murallas que se encontraban en terreno abierto, habían sido destruidas, dejando únicamente aquellas que desembocaban en calles que podían convertirse en trampas mortales para los invasores que se atrevieran a utilizarlas. Tratar de asaltar la ciudad siguiendo ese meandro de caminos, era además de muy complicado y peligroso, absolutamente ineficaz. Al parecer, nadie había previsto la dificultad que entrañaba aquella maraña de casas y calles.

Mientras, los hombres que estaban situados frente a la brecha presos de gran excitación, aguardaban a que los que estaban subiendo por las torres lograran su objetivo de tomar las murallas y desde allí comenzar a descender hacia el interior. Sea por la tensión que se acumulaba por

momentos, o por cualquier otro motivo, alguien dio, o así pareció, orden de atacar. Los normandos se lanzaron hacia la abertura producida en la muralla profiriendo grandes gritos. Los primeros recibieron una lluvia de flechas que dejó a muchos de ellos a las puertas del cielo y a otros los introdujo directamente en él. Los siguientes, ya prevenidos por el recibimiento a los que les precedían, refrenaron el ímpetu y comenzaron a buscar las protecciones que les brindaban las rocas y los escombros y las casas del arrabal. Hubo un momento de desconcierto y pronto se encontraron agazapados y mirándose unos a otros. Nadie quería pasar al frente para recibir de bienvenida una flecha. Los que venían detrás se vieron de pronto frenados por el parón de los que iban delante. Los primeros estaban ya junto a las murallas y fueron los primeros en darse cuenta de la dificultad de entrar por allí. El hundimiento de un panel de la muralla, no les iba a servir de mucho porque detrás de ella había casas que les impedían el paso franco. No se trataba de un paso diáfano donde un gran número de hombres pudiera penetrar en un breve periodo tiempo y con espacio para desplegarse. Aquello no iba a ser como se habían imaginado. Entrar por allí solo sería posible a cambio de sufrir un gran número de bajas, cosa que ninguno de los presentes estaba dispuesto a asumir.

Hacia la media tarde, la situación se encontraba totalmente estancada y los ejércitos cruzados eran presa del desconcierto. Los que estaban sobre las murallas se mantenían sobre ellas sin grandes dificultades pero sin decidirse a bajar. Y los que estaban ante la brecha de la muralla sur, no se decidían a entrar. Evidentemente, el primer día del asalto, había sido un completo fracaso y ya se habían producido los primeros muertos en las filas cruzadas.

El Duque de Aquitania convocó a todos los *adalides* a su tienda. Había que tomar una decisión rápida porque la situación era realmente insólita. En aquellos momentos, las murallas estaban en poder de los cruzados, pero eso y

nada era lo mismo porque esa posición no la podían materializar en una ventaja militar decisiva si no la podían combinar con una penetración por la grieta abierta en la muralla, donde las fuerzas allí apostadas estaban también detenidas por los obstáculos que representaban las casas tras las murallas. Algunos pequeños grupos de normandos, intentaron penetrar en la ciudad, siguiendo las sinuosas calles, pero ninguno había vuelto, seguramente eliminados por los defensores. Tras meditarlo mucho y escuchar las opiniones de todos, consideraron que en aquella situación lo mejor era desistir del asalto directo. Ni siquiera el ardor de Roberto Crespín, se opuso a la medida de esperar. El hecho de que comenzasen a llegar noticias sobre intentos de comprar agua a los soldados por parte de los asediados, que confirmaban las dificultades de suministro de agua, les animó en la idea de mantener el asedio y esperar a que la falta del líquido elemento hiciese el resto, junto a la acción de las catapultas lanzando sus proyectiles hacia el interior de la ciudad para que el miedo a la sed finalmente les abocaran a la rendición.

Se dieron las órdenes para retirar a los soldados que estaban sobre las almenas y que estaban siendo acosados por los arqueros musulmanes desde los tejados y desde el interior de las casas situadas en las inmediaciones. Otro tanto se determinó para los que estaban frente al lienzo hundido. Se volvía a la situación del asedio típico. Había que esperar que la falta de agua hiciese su labor. Las torres de asalto se mantuvieron junto a las murallas para mantener una posición ventajosa sobre los adarves de las murallas por lo que los arqueros permanecieron en sus puestos para evitar que desde ellas se atacase a las torres.

Cuando las catapultas de los cruzados comenzaron a lanzar sus proyectiles salvando las murallas e impactando en las casas de la población, el terror y el miedo se apoderaron de todos los refugiados. Sin

embargo, no se producía pérdida de vidas humanas, al ponerse de manifiesto lo acertado de refugiarse en las casas próximas a las murallas. Las trayectorias que seguían los proyectiles impactaban en el interior de la ciudad, alejados de aquellas, dejando un área de seguridad entre los impactos y las mismas. Eleazar, Abdalá y Nicolás atendían a los heridos que en su mayoría presentaban heridas de impactos de piedras y que no revestían especial gravedad. Hasta el momento, las terribles heridas de enfrentamientos con espada y otras temibles armas no se habían producido con la consiguiente ausencia de pacientes. Sin embargo cada vez eran más los que presentaban cuadros de deshidratación agudos que eran atendidos con las exiguas raciones de agua que se había destinado al hospital. Al-Tawil les había confirmado que el agua comenzaba a faltar y que en un par de días se habrían acabado todas las existencias. Tan solo podían contar con el agua que un grupo de voluntarios traía por la noche utilizando el pasadizo secreto, y ésta tenía como destino prioritario los soldados, luego los enfermos y por último el resto de la población. Pero la situación estaba a punto de llegar a su límite máximo. No podrían seguir así durante mucho tiempo más.

Gastón, aguardaba el momento de intervenir, junto al Conde de Tresillac, montado en su caballo, con el rostro tenso y atento a todo lo que ocurría a su alrededor. Sentía por un lado, una relajación interior al desaparecer un enfrentamiento directo con la muerte y por otro, un cierto desencanto, precisamente por todo lo contrario. Desde luego, el discurrir de los acontecimientos era bien diferente a lo que había imaginado. Sin embargo, durante todos aquellos días había aprendido cosas que tal vez no tuviera ocasión de aprender en el futuro. Formando parte de un gran ejército, había podido apreciar diferentes detalles y formas de dirigir, y aprendido cosas que nunca debería hacer. En un asedio tan largo, había comprendido el auténtico valor de la espera y la paciencia. Y había visto también la diferencia que había entre las tropas

disciplinadas y las que no lo eran. Allí había gentes de distinta procedencia que actuaban y pensaban de muy diferente forma. Y también lo eran sus formas y maneras de conducirse. Los borgoñeses, por ejemplo, le producían una sensación contradictoria. Entre sus mesnadas había una mezcla de gente curtida con otras de nula experiencia en el combate. Dudaba de su aportación en caso de un enfrentamiento serio con los soldados musulmanes de Barbastro. No era un ejército profesional como eran el resto de mesnadas allí congregadas.

Los normandos de Roberto Crespín, eran gentes curtidas en mil y una batallas y de una ferocidad implacable. Recorrían Europa vendiéndose al mejor postor poniendo a su servicio su brazo armado, por lo que no tenían ninguna clase de escrúpulos, ni amigos ni enemigos, pues los amigos de hoy podían ser los enemigos de mañana. La diferencia estaba en unas monedas de oro. Absolutamente indisciplinados, eran capaces de lo mejor y de lo peor, y en ocasiones, su falta de prudencia o de temor, les acarreaba grandes males que ellos aceptaban sin protestar ni argumentar ningún tipo de excusa. Para ellos, solo valía el presente. El mañana no existía, porque siempre estaban en el instante actual. A lo mejor al siguiente, ya no estabas. Era su dogma de vida.

Aquitania y el Papa, contaban con mesnadas profesionales, y aunque sin la experiencia de los normandos de Crespín, eran mucho más disciplinados y no contaban con la fiereza de aquellos. Su eficacia residía en el orden que presentaban en el campo de batalla, actuando según las órdenes recibidas que cumplían a rajatabla. Sus jinetes demostraban un gran dominio sobre sus monturas y eran temibles sus ataques en campo abierto.

Quedaba por último el más desconocido para todos: las mesnadas aragonesas que estaban representadas por el Conde de Urgel, Ermengol, que comandaba unas

fuerzas curtidas en enfrentamientos con los musulmanes de la zona a los que disputaban palmo a palmo el territorio, dentro de una constante brega en aras de un reino en creciente expansión, Aragón, que sería el beneficiado de la conquista de Barbastro. Llamaba la atención que no fuera el propio rey de Aragón, el recién nombrado Sancho Ramírez por fallecimiento de su padre Ramiro I en Graus, quien estuviera al frente de las tropas aragonesas. Sin embargo, también se rumoreaba que no estaba de acuerdo con momento elegido para el asedio de la capital de la *Barbitaniya*, por considerarlo prematuro y presentar más desventajas que ventajas.

Al-Tawil, oía los informes que le llegaban por todos los lados. Eleazar, le informó que se habían producido ya las primeras muertes por deshidratación lo que añadía otro problema más a los ya existentes: el problema de los cadáveres putrefactos. Sus oficiales le informaban que la situación en las almenas y en la brecha, no había experimentado ningún cambio desde la retirada de los cristianos pero aquello no aportaba ninguna mejoría a la situación de la ciudad. Evidentemente, la sed les había vencido. Agosto se había presentado inclemente para todos los participantes en el asedio. Temperaturas extremas que llevó a los asediados a sufrir temperaturas extremas.

Había llegado el momento de tomar una determinación. Pensó que el momento de la rendición había llegado. La responsabilidad de las vidas de tantas personas se le hizo agobiante. Decidió que había que negociar la rendición de la plaza. Sin embargo desconfiaba de los cristianos por lo que ordenó llevar al interior de la alcazaba, víveres y agua. Si algo salía mal, siempre podrían refugiarse en ella. Mandó llamar a Nicolás para que se presentara ante él.

A los pocos momentos, Nicolás se presentó ante el *caíd* y su consejo.

— Tomad asiento Nicolás —dijo el *caíd* señalando uno de los *mjayed*[20] que estaba frente a él, cosa que hizo, presintiendo alguna mala noticia.

— Como sabes la situación ha llegado a un punto en el que todo está perdido. La traición de Anwar (¡Que *Allah* confunda!), al mostrar a los cristianos donde se encontraba nuestra toma de agua en el río para que la destruyeran, ha ocasionado que en estos momentos nuestras penalidades por falta de agua sean de tal magnitud que su falta hayan producido más muertes que las espadas y las catapultas cristianas. En nuestra ciudad, se encuentran acogidos ancianos, niños y mujeres y su muerte será segura si no abrimos las puertas a los cristianos. Los que tenemos la obligación de defender el islam mientras podamos hacerlo, nos encerraremos en la alcazaba y allí resistiremos hasta que *Allah* permita, y finalmente y si es necesario moriremos matando si esa es la voluntad de *Allah*.

Nicolás escuchaba en silencio. Llevaba ya algún tiempo temiendo escuchar aquellas palabras. El *caíd* siguió hablando.

— No sé si habrás adivinado cual va a ser la petición que te voy a hacer, mi señor *dómine* Nicolás. — Este se sorprendió del tratamiento que le había aplicado al-Tawil, pues era la primera vez que lo hacía— Quiero que hables con los cristianos y negocies con ellos la entrega de Barbastro. Dile que hay muchos ancianos, mujeres y niños en peligro de perecer por falta de agua. En cuanto a mí mismo y a mis *radjules*, deberás decirle que depondremos las armas si las condiciones son honrosas. Diles esto, en nuestro nombre y que *Allah* y tu Dios te ilumine, Nicolás.

Nicolás no supo que decir. El ambiente estaba lleno de pesadumbre y no le parecía oportuno añadir ni una sola palabra más a lo dicho por al-Tawil. Se levantó y tras hacer una inclinación a todos los presentes abandono la sala.

---

[20] Cojines en plural. (Mjdda en singular)

Afuera, cuatro *radjules* a caballo le estaban esperando portando uno de ellos una bandera blanca. Otro sujetaba un caballo, destinado a Nicolás. Se montó con presteza sobre él y se dirigieron hacia la *bab al-Merder*, la cual se abrió para dar paso a la comitiva.

Frente a la puerta, se encontraba el campamento de los borgoñeses, quienes al advertir la salida de los cinco jinetes portando bandera blanca, rápidamente un grupo de quince jinetes se acercaron hacia los recién salidos. Pronto advirtieron que al frente de los cinco hombres iba un hombre con hábitos de monje, deduciendo que se trataba del monje que estaba con los asediados. Enseguida partió hacia el campamento del Duque de Aquitania un emisario para comunicar la nueva y en ese momento, otro grupo de caballeros salió al encuentro de los que venían acompañando a Nicolás. En tanto este llegaba, se notificó también al resto de jefes para que se presentaran en la tienda ducal del campamento aquitano.

Durante el trayecto hasta la tienda ducal, Nicolás observó el gran interés que suscitaba su paso al frente de los *radjules* y flanqueados por soldados cruzados. Oía los admirados, algunos corrosivos, comentarios que levantaba a su paso. Cuando por fin estuvo delante de la tienda, entró solo al interior.

Allí estaban esperando todos. Montreuil se levantó rápidamente y lo mismo hizo el Duque. Tras los saludos tomaron asiento.

— ¿Qué nuevas nos traéis Nicolás? —preguntó el duque.

— Vengo en nombre del *caíd* al-Tawil, y en definitiva de Barbastro a presentaros su voluntad de rendir la plaza, siempre y cuando las condiciones sean honrosas para los vencidos y preserven la vida de los que están dentro de Barbastro. La falta de agua está cobrándose las vidas de los más débiles y su resistencia ha llegado a su fin, por lo que esperan que tras la entrega de la ciudad,

atendáis en primer lugar a los habitantes de la ciudad suministrándoles agua para saciar su sed.

El duque y todos los demás escuchaban atentamente las palabras de Nicolás.

— ¿Cuál es la situación actual de la ciudad? — preguntó Crespín.

— Muy mala. Al faltar el agua, y con tanta gente y ganado en su interior, agravado por las terribles temperaturas que se están soportando, ha llevado a una situación insostenible, habiéndose producido ya las primeras muertes por deshidratación, con el consiguiente peligro de infecciones por cuerpos insepultos en fase de descomposición. Verdaderamente, mantenerse en el estado actual, sería perecer estúpidamente.

— ¿Y cuántos soldados hay dentro? —pregunto Guillaume Montreuil.

— Pues creo que debe de haber unos doscientos soldados -dijo Nicolás.

— ¿Y están dispuestos a rendirse? ¿Así por las buenas? —dudó Crespín.

— ¿Cómo que por las buenas? —dijo Nicolás con aire enojado— ¿Acaso no habéis oído las condiciones en las que se encuentran? Cualquiera que tuviera en sus manos las vidas de tanta gente, actuaría atendiendo a lo mejor para ellos. ¿Acaso no lo harías vos por vuestros hombres?

Un velado y disimulado cruce de miradas corrió entre los presentes. Ninguno de ellos tenía dudas sobre lo que realmente le importaba a Roberto Crespín.

— Saben que su suerte está echada y que han sido abandonados por su señor natural el *emir* de *Lárida*, al-Muzzaffar y el de *Saraqusta*, al-Muqtadir. Los pobladores están muriendo de sed y saben que sus posibilidades son nulas. No se trata de una batalla en campo abierto donde tal vez podrían tener sus opciones, sino de un asedio en el que se encuentran atados de pies y manos. —Dijo Nicolás con tono alterado— Por tanto tan solo les queda la

rendición y la única petición que os hacen es que les concedáis condiciones honrosas.

— ¿Y que consideran condiciones honrosas? — preguntó Montreuil.

— Pues que respetéis las vidas y las propiedades de los habitantes de Barbastro y que no se comentan actos de abusos ni atropellos con las mujeres, niños y ancianos.

— ¿Y los hombres armados? ¿Qué debemos hacer con ellos? —pregunto Crespín.

— Respetar sus vidas, al menos —le respondió Nicolás mirando fijamente a los ojos y con rostro serio— Deberíais actuar como un cristiano, ¿no creéis? Al fin y al cabo habéis respondido a la llamada del Papa, y ejercer la caridad cristiana es lo que hacen los cristianos.

Crespín se encogió de hombros y miró al resto de los presentes. El Duque de Aquitania tomó de nuevo la palabra.

— Creo Nicolás que deberéis volver y decirle al *cadí* de Barbastro, que respetaremos las vidas de todos los que se encuentran en la ciudad, incluidos la de los hombres armados. Nosotros nos haremos cargo de la plaza y permitiremos que sigan viviendo en ella los que así lo decidan. En cuanto a los hombres que forman la dotación armada, los haremos prisioneros que entregaremos al *emir* de Lérida a cambio de un rescate. Es todo cuanto os podemos conceder, Nicolás. Una vez que hayan aceptado estas condiciones, deberán abrir las puertas y todos los hombres armados deberán formar en el exterior, para que nos hagamos cargo de la ciudad. Id ahora y decidle al al-Tawil, que mantendremos nuestra propuesta hasta mañana al mediodía. Si para entonces las puertas de la ciudad no se han abierto, continuaremos lanzando nuestros proyectiles sobre la ciudad y esperaremos a que todos fallezcan por sed y enfermedad. —concluyó el duque.

Nicolás se levantó y sin decir nada abandonó la tienda ducal. Una vez fuera, subió a su montura y comenzó

a desandar el camino hacia la *bab al-Merder* y regresar al interior de la ciudad.

Dentro de la tienda ducal, todos comenzaron a hablar atropelladamente, hasta que el duque de Aquitania, mandó callar a todos.

— No quiero que se produzca ningún tipo de atropello con la población asediada. En el momento en que se produzca la apertura de puertas, entraremos simultáneamente por las tres y se facilitara agua a la población. Y de forma pacífica se procederá a requisar todo lo que de valor podamos encontrar formando un único lote que luego repartiremos. Luego, vos, conde Ermengol, os haréis cargo de la plaza como *senior* de la misma para que Aragón la incluya y la mantenga entre sus posesiones. Y una vez que todo este asentado y repartido, volveremos a nuestras casas de origen, y daremos gracias a Dios, por haber sido instrumentos de su mayor gloria.

Todos se santiguaron y se dirigieron a sus campamentos para organizar la entrada en la ciudad, a la que si todo iba bien, accederían por la mañana del día siguiente.

Nicolás comunicó a al-Tawil y al resto del consejo, las condiciones que le habían comunicado los cristianos. Les contó su encontronazo con Crespín lo que preocupó seriamente al *Caíd*. Las condiciones eran las esperadas. Ni mejores ni peores. No podía pedirse más a un vencedor que lo que ellos habían solicitado. Sin embargo, al-Tawil decidió incluir alguna modificación en las condiciones. Se abrirían las puertas y tan solo una parte de la guarnición saldría a las puertas, con él al frente. El resto se quedaría en las inmediaciones de la alcazaba y dentro de ella. Si todo iba como se decía no habría ningún problema, pero si no era así, y estaba casi seguro de algo ocurriría, les permitiría al menos, vender cara sus vidas y defender a los habitantes si alguien se sobrepasaba. También Nicolás tenía esa impresión. Creía que los normandos de Crespín

se saltarían las condiciones impuestas y actuarían por su cuenta. Y eso, traería sangre y muertos.

Capítulo LIX.
Barbastro, Barbitaniya 1.064/455 de la Hégira.

En el campamento de Crespín, la noticia sobre la rendición y posteriores condiciones no satisfizo a ninguno de sus componentes y al que menos al propio Crespín. No estaba dispuesto a entrar en un reparto, cuando él y sus hombres podían apropiarse de cuanto quisieran. Estaba en su tienda comentando este asunto con sus oficiales, cuando recibió la visita de Guy, quien se había hecho muy amigo de Roberto. Venía del campamento borgoñés y se le notaba que había estado saboreando los caldos de esa región francesa con fama en toda Europa.

— ¿Y vas a permitir que esos sarracenos se vayan sin probar el acero cristiano? —le preguntó directamente a Crespín.

— De eso estábamos hablando —dijo, señalando al resto.

— ¡Me parece una barbaridad! Aparte que no me creo que los moros se rindan así como así. Yo creo que nos van a tender una emboscada. —dijo.

— Bien podría ser que ocurriera una cosa así —respondió Crespín.

— Yo me adelantaría a ellos —sentenció Guy, sentándose en un cojín.

— Estaremos muy atentos, y al primer movimiento sospechoso atacaremos sin concesiones. Y una vez dentro, entraremos casa por casa y tomaremos cuanto nos parezca de valor.

— Si, pero no olvides que lo primero que se debería controlar es la alcazaba. Seguro que allí tendrán guardados todos lo que de valor haya en la plaza. —dijo Guy, con ensoñadora sonrisa de quien ve todo el mundo bajo los efluvios del borgoña.

— Tenéis razón, Guy. Es el primer lugar hacia el que nos deberíamos dirigir, pero sin olvidar los arrabales y las viviendas de la ciudad. Sobre todo las del barrio judío. A esos sacrílegos, el oro les atrae como una llama a una mariposa. Por experiencia sé que suelen guardar en sus casas grandes cantidades de dinero, oro y joyas.

A primeras horas de la mañana siguiente, diversos contingentes de jinetes a caballo e infantería, tomaron posiciones delante de cada una de las tres puertas de Barbastro. Esperaban que de un momento a otro se abrieran y por ellas comenzaran a desfilar la guarnición musulmana de Barbastro situándose frente a ellos. Cerca del mediodía, las puertas de la ciudad fueron abiertas de par en par. Todo el mundo tenía puesta su atención en las puertas a la espera de que comenzaran a salir por ellas los soldados que defendían la ciudad. Un murmullo comenzó a recorrer a gran velocidad por las filas cruzadas, cuando las puertas se abrieron. Sin embargo, por ellas no salía nadie, tal y como todos esperaban. De pronto, en la *bab al-Fege*, la situada frente al campamento aquitano, comenzó a salir, con paso tranquilo y en doble fila, una comitiva formada por un grupo de veinte jinetes a cuyo frente se podía ver al gobernador de la plaza, al-Tawil.

El duque de Aquitania se encontraba al frente de sus hombres, esperando que el *wali* le comunicara su rendición. Tras esperar un tiempo razonable, y comprobar que no se producía la salida de nadie más y que por las otras puertas tampoco había salido ningún contingente de soldados, se sintió presa de la misma perplejidad que el resto de todos los sitiadores. La comitiva que estaba saliendo por aquella puerta, a cuyo frente se encontraba al-Tawil, vestía vistosos ropajes montando caballos que también habían sido enjaezados para la ocasión, se detuvo una vez que las dos filas de jinetes estuvieron totalmente fuera de la ciudad. Al-Tawil, continuó su camino lentamente hacia el duque de Aquitania, mientras el resto esperaba a escasa distancia de la puerta por la que habían

salido. El duque acortó la distancia entre ambos, saliendo a su encuentro.

— *Salamu aleikum*. —Saludó al-Tawil realizando una inclinación de cabeza al que el duque de Aquitania no supo qué responder, guardando silencio— *Sidi*, os entrego la plaza de Barbastro, bajo las condiciones que se pactaron.

— ¿Estáis seguros de que fueron estas? —respondió el duque— ¿Dónde están el resto de vuestro hombres, tal y como se acordó? O tal vez, ¿solo contáis con los que tenemos a la vista?

— No s*idi*. El resto de la guarnición está en el interior de la ciudad, pero tenéis mi palabra, y de ello respondo con mi persona, que ninguno moverá un músculo sin que yo se lo ordene o si no ocurre nada que no haya sido pactado. Podéis estar seguros de ello.

— ¿Y cómo sabemos que no se trata de una trampa? —preguntó un tanto contrariado el duque.

— Porque como os he dicho, *sidi*, yo seré rehén vuestro en todo momento. Como caballero y hombre de acción que sois, espero que comprendáis mi precaución, dado que entre vuestras filas, figura un hombre de fama oscura y sanguinaria, al que llamáis Roberto Crespín, que nosotros conocemos como *al-Bitubín*, del que son muy conocidos por nosotros sus hechos en correrías por al-Ándalus. Es simplemente una medida de precaución. Pero ved, que las puertas están abiertas y por ellas podréis tomar la ciudad sin que sufráis ofensa alguna.

El duque vio llegar a Guillaume de Montreuil, a Ermengol y un poco más alejado a Roberto Crespín. Los tres traían cara de desconcierto y traían a sus monturas a trote largo. Cuando llegaron donde estaban el duque y al-Tawil, interrogaron al primero con la mirada.

— Al parecer, el gobernador de Barbastro ha considerado oportuno tomar algunas medidas de precaución. —dijo el Duque.

— ¿Y dónde están el resto de soldados? —preguntó Ermengol.

— ¡Traición! ¡Ya me figuraba yo algo así! —gritó Crespín quien intercambio una mirada de odio con al-Tawil. Éste miró al duque, a la vez que hacía un gesto con la cara, expresándole con ello lo justificado de sus sospechas, ante la reacción de Crespín.

— Tranquilizáos, —dijo el duque— tenemos la palabra de al-Tawil de que respetarán los acuerdos de la rendición.

— ¡Yo no me lo creo, duque! ¡Y estáis listos si confiáis en la palabra de un sarraceno! —dijo Crespín.

Al-Tawil observaba atentamente a los comandantes de los cruzados que tenía delante. Veía reflejado en sus rostros las dudas y el desconcierto que anidaban en su interior. Decidió intervenir para tratar de rebajar la tensión que estaba a punto de producirse entre los cristianos.

— *Sire*. Entremos en la ciudad y yo iré delante de vos, desarmado —dijo a la vez que le entregaba su espada— Y una vez dentro, y asegurado de lo que veis, podéis dar orden para que el resto comiencen a entrar. O si lo preferís, mandad a otros que lo hagan y yo permaneceré aquí a vuestro lado.

El Duque miró a Montreuil quien pareció estar de acuerdo con la segunda propuesta. Decidieron que entrarían simultáneamente por las tres puertas. Montreuil por la *bab al-Waska*, Crespín exigió hacerlo por la que habían salido los hombres de Barbastro, la *bab al-Fege* y Ermengol por la *bab al-Merder*. A Thibaud, quien no estaba presente, le fue comunicado que debería estar atento por si su ayuda fuera necesaria. De igual forma y al mismo tiempo, los cruzados ascenderían por las torres de asalto tomando posiciones en lo alto de las murallas. Mientras, y hasta que la situación en el interior estuviese controlada, el duque de Aquitania esperaría con al-Tawil a las puertas de la ciudad para hacer también su entrada.

Tras esta decisión, comenzaron a entrar en Barbastro las fuerzas cruzadas, haciéndolo por las tres puertas. Primero lo hicieron los jinetes, en doble fila, acompañados a cada lado por infantes para asegurar su protección. Las tres puertas daban a calles que tenían consideración de principales, por lo que su anchura era mayor que la del resto de callejuelas y vericuetos que conectaban los diferentes lugares y zonas de la ciudad. Las tres desembocaban en una amplia plaza en la que se encontraba la alcazaba amurallada. Conforme las tropas cruzadas avanzaban por ellas con los cinco sentidos alerta, dirigían sus miradas hacia los tejados y ventanas de las casas que rodeaban las calles tratando de detectar posibles amenazas, a la vez que se formaban una idea sobre las dificultades que hubieran tenido que afrontar si no hubiera sido porque la sed había doblegado a sus defensores. Las informaciones de Anwar, habían evitado una cruenta batalla por tomar Barbastro.

La alcazaba se encontraba en la parte alta de la ciudad era una fortaleza amurallada que se correspondía con los inicios de la ciudad en el siglo IX, toda ella dentro de una amplia plaza en la que desembocaban algunas calles, además de las que iniciaban su trazado en las puertas de la ciudad. Las formidables murallas de la alcazaba, daban protección a la guarnición armada que protegía la plaza, y a la que se accedía por dos portalones. En su interior existían varias edificaciones destinadas a diversas ocupaciones, como caballerizas, fraguas y viviendas destinadas al gobernador de la plaza, jefes de la guarnición, administración y para la guarnición militar. Claramente podía verse la función defensiva para la que fue construido.

De forma gradual, los cruzados fueron llegando a la plaza, donde, en ordenada formación, ya se encontraba parte de la guarnición, esperando la llegada de los cruzados. Ocupaban dos flancos de la plaza, estando situados los jinetes a la izquierda y enfrente de ellos, los

infantes. En lo alto de las almenas de la alcazaba, un numeroso grupo de *radjules* y sus oficiales observaban lo que ocurría en la plaza, en actitud de tensa espera. El silencio solo era roto por el ruido que producían los cruzados con el golpeteo de los cascos de los caballos sobre los empedrados de las calles, los pasos y el roce de las armas de los infantes que los acompañaban. Todo discurría sin incidentes, según lo previsto.

Mientras, el duque de Aquitania estaba a la espera de que se le informara sobre el desarrollo de la ocupación de la ciudad para iniciar su entrada, cuando de repente se produjo un tremendo griterío procedente del interior de la ciudad, que llegó hasta donde estaban esperando el duque y al-Tawil. Este instintivamente echó mano a su espada, gesto que observó el duque, desconcertado por desconocer las causas que provocaban aquel revuelo. Por un momento pensó que se podía tratar de una trampa, por lo que rápidamente, al-Tawil y sus hombres fueron rodeados por los aquitanos, quienes ya llevaban las espadas en la mano.

Hasta los que se encontraban en la plaza de la alcazaba llegaron los sonidos del estruendo, y tras un momento de desconcierto, se produjo la inmediata reacción por parte de los *radjules* y sus oficiales que temieron una traición, mientras que los cruzados que ya estaban ante ellos y los que se estaban incorporando a la plaza sospecharon que habían sido objeto de una celada. Unos y otros dieron por supuesto que la otra parte había incumplido lo acordado. Con extraordinaria rapidez, todos echaron mano a las espadas y se abalanzaron unos contra los otros. El violento enfrentamiento pronto empezó a provocar los primeros muertos y heridos. Por las calles que desembocaban en la plaza, continuaban llegando cruzados, confundidos por el gran estruendo que se estaba produciendo delante y detrás de ellos, sin saber con exactitud lo que estaba ocurriendo y dónde y por qué flanco les podía llegar el peligro.

El número de cruzados iba creciendo conforme seguían llegando a la plaza desde las diversas calles por las que circulaban, y ante esta circunstancia, los oficiales moros dieron orden a todos los *radjules* para que se refugiasen en la alcazaba, cosa que hicieron rápidamente ante las narices de los cruzados, traspasando los portalones y cerrándolos a cal y canto tras ellos.

Momentos antes de traspasar la *bab al-Fege*, Roberto Crespín había ordenado a un grupo de sus jinetes que fueran por delante y otro grupo que lo hiciera por detrás, dejando en medio a los infantes. Sus intenciones eran claras y precisas: saquear las casas que se fueran encontrando a su paso. Contaba con que el resto de fuerzas que estaban entrando por las otras puertas, se encargarían de controlar a la guarnición de la ciudad, asegurando la posesión de la plaza. No hizo falta que diera orden alguna, pues sus hombres, en cuanto llegaron a las primeras casas penetraron en ellas, derribando las puertas y dedicándose al saqueo. Estaban rabiosos, porque en las casas de los arrabales no habían podido encontrar nada que auténtico valor. Tan solo utensilios de cocina y algunos muebles que no excitaron su ansia de rapiña. Todos a una, con una voracidad extraordinaria, fueron entrando en las casas para arramplar con lo que consideraran de valor. Roberto Crespín, acompañado de algunos jinetes, avanzaba lentamente hacia la plaza, manteniéndose a la expectativa por si producía algún tipo de ataque. Tras ellos quedaban sus hombres dedicados al pillaje y al escarnio. Más tarde llegaría el momento del reparto y él y sus oficiales se harían con su parte.

La sorpresa que no esperaban los normandos es que en las casa hubiera gente, dando por hecho que estarían cobijados en algún otro lugar, como la alcazaba. Sin embargo, los moradores de aquellas viviendas, al conocer que al-Tawil iba a rendir al día siguiente la plaza, un gran número de ellos se dirigieron rápidamente hacia sus casas. No querían dejar sus pertenencias a la vista, y

trataron de esconderlas u ocultarlas a los ojos avariciosos de los asaltantes. Y la mayoría optó por quedarse en ellas, en un vano deseo de proteger sus propiedades.

Cuando entraron derribando puertas y ventanas y se encontraron con que en algunas había gente cobijada, amenazaron de muerte a todos los que se encontraban en el interior, conminándoles a que les entregaran todo lo que de valor tuvieran. No se andaban con amenazas fatuas, sino que a la primera vacilación, degollaban a la persona que estuviera más cerca, lo que convencía al resto de lo inútil de resistir, por lo que los prestamente los dueños de las casas les entregaban lo que tenían.

Mientras esto ocurría, Crespín y sus jinetes se dirigían rápidamente hacia la alcazaba para tratar de penetrar en ella. Sin embargo cuando llegaron al final de la calle y desembocaron en la plaza, se encontraron con una pelea generalizada en la que llevaban la mejor parte los sarracenos, superiores en número a los cristianos, aunque poco a poco esta ventaja iba disminuyendo debido al constante aporte de fuerzas cruzadas. Montreuil vio surgir en la plaza a Crespín y sus jinetes sin rastro de los infantes, con lo que se imaginó que allí estaba el origen de los gritos que habían escuchado en el interior de la ciudad que habían provocado aquella vorágine de sangre. Lo maldijo en silencio, dirigiéndose hacia él.

— ¿Qué ocurre Roberto? ¿Qué gritos son esos? ¿Qué está ocurriendo? —preguntó gritando.

— ¡Hemos sido atacados y mis hombres se están defendiendo! —mintió descaradamente.

— ¿Y por eso los habéis abandonado a su suerte a vuestras huestes? —ironizó el *gonfaloniero*.

— Ellos solos se bastan y sobran para defenderse. Nosotros acudimos lo más rápidamente posible para ayudaros a contener a estos infieles. Además estamos requisando el botín que se nos prometió y haciendo prisioneros para obtener un rescate. —dijo Roberto.

Montreuil mantenía a duras penas la conversación con Crespín porque a la vez debía atender a lo que estaba aconteciendo en aquella plaza, donde se luchaba a pecho descubierto y podían verse ya los muertos sobre charcos de sangre. Dejando a Crespín, se dirigió a uno de sus jinetes y tras una breve conversación lo mandaba a informar al Duque de Aquitania para que tratara de frenar los desmanes de los hombres de Crespín.

En la plaza, los sarracenos se defendían sañudamente de los cristianos y aprovechando que tenían superioridad numérica ocasionaron grandes pérdidas a los cruzados. Desde lo alto de las almenas lanzaban una nube de flechas contra los indefensos jinetes y soldados de a pie. Los arqueros cristianos que se encontraban sobre las almenas, apenas podían contrarrestar la acción de los arqueros moros, dada la distancia. A la plaza iban llegando cada vez más cruzados con lo que las fuerzas se iban igualando, hasta que ante el empuje de los cristianos, que cada vez eran más, los sarracenos se dirigieron hacia la alcazaba para refugiarse en ella.

Sin embargo, no todos lo pudieron hacer. Algunos de ellos habían sido desplegados por la ciudad, utilizando las atalayas, protecciones y tejados, desde las que observar la entrada de los cristianos, atentos a los acontecimientos, aunque con orden de no atacar. Pero al oír los gritos y peticiones de ayuda imaginaron lo que estaba ocurriendo, dirigiéndose hacia el lugar de procedencia de los mismos, haciendo frente desde los tejados e interior de las casas a los hombres de Crespín, quienes se habían extendido como una mancha de aceite por las estrechas y sinuosas callejuelas entrando en las casas y sembrando el terror. Un par de ellos vigilaban a un grupo de mujeres jóvenes que lloraban y llamaban angustiadas a sus familiares. Formaban el grupo de rehenes que luego venderían al mejor postor. Sus bolsas iban repletas de objetos robados y saqueados y dada la abundancia y su consiguiente peso, se

habían procurado un par de carros donde dejar las bolsas con el botín para repartirlo más tarde.

El Duque de Aquitania reflejaba en su rostro la angustia de no saber lo que estaba ocurriendo. Lo mismo le ocurría a al-Tawil, que a duras penas podía contener a su caballo a quien le transmitía sus nervios ante tan inesperada situación. Ambos se culpaban en su interior por haber confiado en las palabras del otro.

Desde lejos vieron llegar a un jinete que se dirigía con rapidez hacia el duque.

— *Sire* —dijo— el *gonfaloniero* Montreuil me envía para informaros de que los hombres de Roberto Crespín, haciendo caso omiso a las órdenes recibidas, se han dedicado a asaltar las casas de los vecinos para tomar botín y hacer rehenes para su posterior venta previo rescate.

— ¡Os lo dije *sidi*, os lo dije! —gritó al-Tawil— ¡Ese perro cristiano es una alimaña que hay que exterminar! ¡Devolvedme mi espada, que por *Allah*, pagará con su corrompida vida este atropello!

El enviado continuó informando.

— Al oírse los gritos, los sarracenos se han abalanzado sobre los nuestros y se ha entablado una batalla general, en la que se están produciendo un gran número de muertos y heridos —terminó.

— ¡Que *Allah* confunda a al-Bitubin, perro cristiano! —exclamó al-Tawil.

El duque no escuchaba al gobernador de Barbastro. En su interior hervía su sangre contra el normando traidor. Tan solo quería poner fin a aquel desastre. Decidió hacer su entrada por la *bab al-Merder* y dirigirse lo más rápidamente hacia la alcazaba. Ordenó que los veinte jinetes que acompañaban a al-Tawil fueran desarmados y retenidos en el campamento, pidiendo a éste que lo

acompañase. Sin pérdida de tiempo se dirigieron hacia la puerta de entrada a la ciudad.

Gastón fue el oficial que el duque de Aquitania envió para detener la acción de los normandos entre la población de Barbastro, con órdenes de ejecutar de inmediato a quien se negara a acatar la orden de detener el expolio. Comandaba un grupo de veinte jinetes y cincuenta infantes. Hizo su entrada por la *bab al-Fege*, mandando por delante a los infantes espada en mano. Pronto tropezaron con un espectáculo horrible y dantesco, donde yacían muertos por doquier, tirados en mitad de la calle, en las puertas de sus viviendas, e incluso en el interior de las mismas podían encontrarse muertos o heridos en el acto de defender a su familia y sus propiedades. En todas las casas se apreciaban signos del paso de los normandos ya que estaban completamente desordenadas. Podía seguirse perfectamente el rastro de los normandos, simplemente siguiendo la sangre y los muertos que iban dejando a su paso. Se oyeron gritos a la derecha y a la izquierda, lo que le hizo entender a Gastón que los asaltantes estaban recorriendo las calles adyacentes en su vorágine saqueadora y sembrando el terror asesinando gente sin esperar a que se les entregase lo que de valor hubiese en la vivienda. Estaban entregados sin reparar en nada, al robo y al asesinato, olvidándose de acudir en ayuda de sus compañeros cruzados. Dividió sus jinetes e infantes en dos grupos y tomaron calles diferentes siguiendo la procedencia del sonido de los gritos que seguían llegando hasta ellos.

No tardaron en dar con ellos. Varios normandos estaban cargando unos objetos sobre unos carros. Otro salía de una casa arrastrando a una mujer de la cabellera y dejándola junto a otras que asustadas, lloraban, vigiladas por otros normandos. Gastón se dirigió hacia ellos, ordenándoles que abandonaran las casas y que soltaran de inmediato a las mujeres retenidas. En un primer momento, los normandos pusieron sus manos sobre las

espadas, pero al ver el número de oponentes decidieron obedecer las órdenes. Dos flechas alcanzaron a dos de los normandos. Procedían de los tejados, por lo que todos se pusieron a resguardo mirando hacia arriba tratando de ver a los arqueros. Con vigilante precaución se les dio la libertad a las mujeres quienes al verse sueltas salieron corriendo dando gritos hacia sus casas. Algunos normandos se habían encaramado a los tejados para tratar de cazar a los que desde allí les lanzaban flechas. Pasados unos momentos, en los que tras oírse el bullicio de gritos y choque de aceros, alguien los lanzó muertos desde lo alto de un tejado.

Gastón subió, seguido por varios hombres, por una escalera que subía hacia lo que se suponía era un granero tratando de encontrar a los arqueros hostiles. Una vez arriba pudo contemplar una desigual e informe vista de tejados a diferente altura y con las pendientes orientadas a diferentes sitios. A lo lejos pudo ver a cinco o seis arqueros sobre una terraza, que desaparecían de su vista. Hizo una señal a los que venían detrás de él, indicándoles con la mano la dirección donde se encontraban los arqueros. Tras recorrer durante un buen rato los tejados, se convencieron de que no encontrarían a nadie, y que aquellos cinco hombres estarían ya lejos de allí o escondidos en alguna de las muchas casas que podían verse. Luego se reintegraron con el resto de los hombres.

El duque de Aquitania, acompañado por el desarmado al-Tawil y un numeroso grupo de jinetes e infantería, se dirigían a buen paso hacia la alcazaba por la calle empedrada y completamente vacía. En poco tiempo llegaron al destino, donde la situación ya se había tranquilizado y los cristianos habían establecido el control de la misma, dado que los defensores de la ciudad se habían encerrado en la alcazaba.

Ambos, el duque y al-Tawil, contemplaron horrorizados la sangre, muertos y heridos que había sobre

la plaza. Nicolás y Abdalá se inclinaban sobre los que yacían, comprobando si aún les quedaba un soplo de vida, ordenando que fueran llevados al hospital, que se encontraba en la misma plaza, en la que un olor nauseabundo impregnaba el aire, debido a los efluvios que emanaban de algunos cadáveres, fallecidos hacía unos días, que estaban pendientes de ser enterrados y que por los acontecimientos cercanos no se había podido realizar.

Nicolás, vestido a la usanza mora, estaba concentrado absolutamente en su labor de señalar a los que no estaban muertos para que fueran trasladados urgentemente al hospital, y aunque vio al duque y al-Tawil, siguió con su labor. Cuando finalizó la inspección se dirigió prestamente hacia el hospital. Se trataba ahora de hacer lo que se pudiera por salvarles la vida a los que aún tenían la suerte de no haberla perdido.

Montreuil se dirigió montado en su caballo hacia el duque para informarle de la situación, cuando al-Tawil vio a Roberto Crespín quien departía con algunos de sus mercenarios junto a unos carromatos que contenían el botín obtenido del saqueo de las casas.

— ¡Perro *al-Bitubin*! ¡Que *Allah* te confunda, sarnoso! ¡Dadme una espada y enfréntate a mí, perro indigno! —grito lleno de desesperación, mientras que los soldados que estaban a su lado sostenían su montura.

— ¡Ya os dije que era una trampa! —dijo Roberto dirigiéndose al duque— Nos estaban esperando agazapados en los tejados y en las casas.

— De eso ya hablaremos más tarde. Habéis cometido un grave pecado, y el Papa será informado de ello. Deberéis ateneros a las consecuencias. —clamó el duque.

— Pues a ellas nos atendremos, *sire*. —dijo Crespín con cara de desprecio y dando media vuelta se alejó del duque y acompañantes.

La situación en la ciudad estaba prácticamente controlada por las fuerzas cruzadas. Únicamente, los *radjules* que aún se encontraban en el exterior de la alcazaba, ocasionaban algún muerto o herido desde sus posiciones en lo alto de los tejados. Poco a poco, la ciudad fue totalmente ocupada y una aparente normalidad volvió a sus calles. Un grupo de soldados fue destinado a la búsqueda de los *radjules* incontrolados tratando de neutralizar su peligro.

Tan solo faltaba resolver la única anormalidad que tenían y que se encontraba en el interior de la alcazaba, donde se habían encerrado parte de la guarnición, en total aproximadamente doscientos cincuenta hombres. Su problema residiría en el agua. Así es que habría que esperar.

Los soldados ocuparon los almacenes para guarecerse y establecer allí sus reales. Los *adalides* seguirían manteniendo en sus campamentos sus tiendas de mando.

Nicolás, Abdalá y Eleazar, trabajaban sin descanso tratando se curar de sus heridas a los soldados de ambos bandos. Los cruzados, cumpliendo su palabra, suministraron agua a la ciudad, trayéndolas en grandes cubas sobre carretas, lo que alivió considerablemente la enfermería y las vidas de los ciudadanos. Montreuil se acercó al hospital para hablar con su antiguo amigo. Nicolás salió a su encuentro.

— ¡Cuanto me alegro de verte Nicolás! —dijo a la vez que mostraba una sonrisa.

Nicolás reflejaba en su rostro el cansancio y la pena.

— ¡Gracias a Dios estáis bien, Guillaume! —dijo.

— Lamento que no se pudieran evitar la pérdida de vidas. Con un mal nacido como Crespín, y perdona mis palabras,..

—No te preocupes, yo también las comparto totalmente. —le interrumpió Nicolás.

— Él inició todo. Cuando se produjeron los gritos y el vocerío, tanto unos como otros, pensamos que el otro había roto lo pactado y entonces se inició todo esto —dijo Montreuil haciendo un gesto con la mano abarcando toda la estancia donde se hallaban los enfermos.

— Lo iniciamos todos —dijo con pesadumbre.

— ¿Todos? ¿Tú también, Nicolás? —pregunto asombrado Montreuil.

— Sí. Yo también. El Papa. La Iglesia. Y yo formo parte de la Iglesia.

— ¿Ah?, visto así... Pero no debes culparte de nada. Has intentado evitar todo esto y no has podido porque quedaba fuera de tu alcance. Incluso del nuestro, como has podido ver. Ya ves, un hijo del diablo, ha podido más que todos nosotros.

— ¿Y ahora qué, Guillaume? ¿Y ahora qué? —dijo Nicolás mirándolo a los ojos.

— Espero todo haya acabado tal y como está. Sin más muertos ni heridos. Los que se han encerrado en la alcazaba harán bien en rendirse y entregarse. —dijo Guillaume.

— ¿Y qué será de Barbastro? —preguntó Nicolás.

— Barbastro será entregada al Rey de Aragón, quien la encomendará a un *tenente*, me figuro que al conde Ermengol, quien lo representa en este asedio. En cuanto a sus habitantes seguirán con sus vidas como hasta ahora.

— ¿Así lo crees de verdad?

— ¿Y por qué no iba a ser así?

— Pues porque esta es una ciudad musulmana, habitada por musulmanes, con costumbres musulmanas y religión musulmana. ¿Y quién la gobernará? Un cristiano, con costumbres cristianas y religión cristiana. ¿Cuál crees que será el resultado de esta situación?

Guillaume no quería debatir con Nicolás. Este se encontraba a una altura que a él se le hacía imposible, ni siquiera acompañar. Se encogió de hombros, como

queriendo decir que lo que pasara después de que ellos se fueran, le daba absolutamente igual.

Los cruzados habían instalado en Barbastro un nutrido destacamento de cruzados bajo el mando de Gastón. Se habían instalado en los almacenes de grano y provisiones y en la propia plaza ante la alcazaba. Numerosas patrullas, recorrían las numerosas y estrechas calles tratando de evitar actos de pillaje por parte de los normandos o las acciones de los *radjules* que todavía andaban fustigando a los cruzados. Ocurrió que en el momento de hacerse cargo de los carros que los normandos habían llenado de objetos robados, se encontró con que éstos habían desaparecido como por arte de magia. Nadie sabía nada de nada. Las pesquisas resultaron absolutamente infructuosas y cuando el duque de Aquitania tuvo conocimiento del suceso, este ordenó que se olvidara el asunto porque no se iba a sacar nada en claro, salvo algún enfrentamiento con los normandos, a toda luz inconveniente, en aquellos momentos. A algunos de éstos se les aplicó una tanda de azotes sin que por su boca saliera información alguna sobre el paradero de los carros. Eran gente aguerrida y con gran capacidad de sufrimiento.

— Dicen que la justicia existe, aunque comprobaras más veces de las necesarias, buen Gastón, que en ocasiones no se la encuentra por más que la busques. —le había dicho el duque de Aquitania, al ponerle en conocimiento de la desaparición de los carros.

Al-Tawil había sido instalado en una tienda independiente, junto a la del Duque de Aquitania. Las reglas entre nobles imponían que se le tratase como un invitado y él debería corresponder como tal a la confianza que se le había depositado y no tratar de escapar ni atentar contra las vidas de sus forzados anfitriones. Sentía un inmenso dolor al no poder estar con sus hombres encerrados en la alcazaba. Sabía bien lo que iba a ocurrir: en cualquier momento de los siguientes días, una vez que

la situación en el interior de la fortificación fuera desesperada, realizarían una salida para enfrentarse a los cristianos y para morir matando. Los cristianos desconocían la existencia del túnel y por allí podrían salir al exterior y presentar un desigual enfrentamiento. Pocos terminarían con vida para evitar que pudiera ser exigido un rescate por ellos. Su concepto de la vida y del honor no les permitiría una rendición que los convirtiera en moneda de cambio. Con su sacrificio ganarían su entrada en la *Yanna*[21] y allí esperarían la llegada del *Yawn al-Qiyama*[22]. Aquellos cristianos no conocían el verdadero espíritu *muslim*.

Guy andaba como alma que lleva el diablo. No encontraba el momento y la forma de atentar contra su odiado enemigo. La captura y posterior eliminación de Anwar, le había privado de llevar a cabo una encerrona para acabar con Gastón. Cuando éste subió a los tejados en persecución de los normandos, fue el momento en que lo tuvo al alcance de su arco, pero la ausencia de arqueros sarracenos, impidió que su flecha pudiera confundirse como si hubiera partido de un arco enemigo. Lamentó la circunstancia porque tendría que esperar hasta que una nueva oportunidad se abriera ante él.

La situación en la ciudad era de tensa calma. Mientras que gran parte de la guarnición sarracena se encontraba parapetada y asediada dentro de la alcazaba, grupos de cruzados seguían buscando por las calles y casas a los soldados que habían atacado a los normandos y a las patrullas cristianas. Las pesquisas fueron infructuosas siendo imposible encontrarlos aunque los vecinos no ofrecieron resistencia para que se registraran sus casas. Parecía que se los había tragado la tierra. La situación alertó al Duque de Aquitania, quien ordeno que una serie de patrullas recorrieran las inmediaciones de la ciudad a

---

[21] Paraíso

[22] El día del juicio final

cierta distancia de las murallas, en busca de alguna salida secreta que les permitiera a los de dentro salir de la ciudad sin ser detectados. No encontraba otra explicación a la desaparición de aquellos hombres y otros sucesos ocurridos sin explicación alguna.

En cuanto al *cadí* de Barbastro, Ibrahim ibn Isa Hamati, se encontraba confinado en el interior de la mezquita mayor con su familia, salvo su hijo Alí, que estaba con sus hombres dentro de la alcazaba, vigilado por soldados cruzados apostados junto a la mezquita. Zuhayr vivía en su casa, muy cerca de la casa de Eleazar, donde también vivía su hijo Iben, Abdalá y donde se había refugiado Fátima, la esposa de Alí. Eleazar junto con Nicolás y Bertrand, vivían permanentemente en el hospital atendiendo a los enfermos y moribundos, indistintamente del bando al que pertenecieran, ayudados por Abdalá. Tras la ocupación de la ciudad por los cruzados, todos los habitantes de Barbastro andaban temerosos y preocupados por su desconocido destino, en espera de que finalmente se acabaran las hostilidades y la normalidad volviera a sus vidas, si es que eso era posible.

Mientras, la situación de los encerrados en la alcazaba estaba llegando a su nivel más dramático. La falta de agua, al igual que había ocurrido con la población, estaba empezando a hacer estragos entre los *radjules* y los oficiales. Había que tomar una decisión. Observaron que patrullas de soldados cristianos comenzaban a rondar por las inmediaciones con clara intención de andar buscando algo. Debían de haber sospechado la existencia de algún túnel por el que se podía salir de la ciudad sitiada. Por tanto, escapar por la noche utilizando el túnel era cada vez más complicado. Por otro lado, las puertas de salida estaban vigiladas día y noche. Y descolgarse por la muralla norte mediante cuerdas, era también imposible pues justo debajo y al otro lado del río, patrullaban constantemente jinetes e infantes cruzados. Solo quedaba una salida a la desesperada o una rendición incondicional.

El día 8 de agosto, domingo para los cristianos, 21 del *Sha'ban*, *Yawn al-Ahad* para los sarracenos, de madrugada y con el mayor de los sigilos, unas sombras comenzaron a salir de las entrañas de la montaña por una abertura escondida con matorrales y rocas situada a unos codos de las murallas. Contra el cielo comenzaron a recortarse las figuras de unos hombres llevando de las riendas a sus caballos y tras ellos, otros que portaban escudos, utilizando el túnel que tan previsoramente habían construido Zuhayr e Iben. Conforme iban saliendo al exterior, se alejaban rápidamente del punto de salida para agruparse en una pequeña explanada donde los jinetes se subían a los caballos y los de a pie, se agrupaban detrás de ellos. Los último en salir, volvieron a camuflar perfectamente la entrada del túnel. Los cristianos no debían conocer aquella entrada y coger desprevenidos a los que todavía quedaban en la Alcazaba. Frente a ellos se alzaba el campamento de Guillaume de Montreuil, el *gonfaloniero* del papa, donde se podía ver bastante actividad, y cómo algunas patrullas se incorporaban al campamento y otras se disponían a salir de él, sin duda para relevar a los que entraban. Podían ver en plena actividad a los encargados de la intendencia y las amodorradas y aburridas figuras de los vigías, mientras el resto dormía en sus tiendas. De pronto, alguien desde las murallas lanzó un grito de alarma. Fue un momento de desconcierto por ambas partes. Sin embargo, los cruzados reaccionaron con rapidez, agrupándose las patrullas que entraban con las que iban a partir y dirigiéndose hacia los sarracenos que habían aparecido delante de ellos de forma casi milagrosa e inesperada. Guillaume de Montreuil, organizó rápidamente a sus hombres y al frente de los mismos se dispuso a hacer frente a los sarracenos.

En Barbastro, la alarma puso en pie a todos los cruzados en breves instantes. No en vano su presencia dentro de la plaza, exigía un estado de vigía más intenso que en los campamentos. Gastón fue informado

rápidamente sobre lo ocurrido. Envió a la mitad de los hombres acampados en Barbastro a unirse a las tropas del papa, dirigiéndose hacia el exterior de la ciudad por la *bab al-Waska*. Con el resto, dispuso que se preparara el ariete con intención de derribar una de las puertas de la alcazaba. El ariete, construido por los carpinteros a marchas forzadas en los días precedentes delante de la alcazaba, semejaba una V invertida de cuyo vértice superior pendía sujeto de dos gruesas cuerdas un tronco de árbol de ciertas dimensiones al que se había reforzado con púas de hierro en el extremo de impacto. Por sus cálculos no podían quedar muchos efectivos en su interior. Era el momento de tomar la alcazaba y asegurar definitivamente la ciudad para los cruzados.

La alarma llegó a los pocos instantes a todos los campamentos cruzados. Guy saltó de su cama con la agilidad de un felino. Después de todo, a lo mejor tenía una oportunidad de llevar a cabo su plan contra Gastón. Urgió a sus hombres a montar a caballo y él mismo se puso a la espalda el arco con su *aljaba*[23] de flechas, dirigiéndose a todo galope hacia el lugar donde se estaba produciendo el encuentro con los sarracenos. Instantes después, hicieron acto de presencia los hombres de Gastón, coincidiendo con Guy y los suyos. Éste buscó rápidamente con la mirada a su rival. No pudo evitar exclamar una imprecación al no verlo entre aquellos hombres, por lo que pensó que estaría al frente de los hombres que estaban en el interior de la ciudad. Casi al instante, se le iluminaron los ojos ante el la certeza de que justamente esa circunstancia favorecía enormemente su plan de venganza. Mandó a sus hombres para que se unieran a las fuerzas cruzadas que iban llegando al lugar del enfrentamiento, y él se dirigió rápidamente hacia la *bab al-Waska* con intención de entrar en Barbastro.

---

[23] *f.* Caja portátil para flechas o saetas que se llevaba pendiente de una correa colgada al hombro.

La salida del túnel, estaba sobre un plano inclinado del monte y daba a un estrecho camino, utilizado por los labradores y vecinos de Barbastro para ir a sus campos de cultivos o llevar a pastar a sus rebaños de corderos. El camino serpenteaba mientras iba descendiendo hasta llegar a una planicie donde había campos de cultivo, ahora arrasados por los cruzados. Los soldados llevando de la mano a sus monturas iban descendiendo con sumo cuidado, cuando la alarma puso en pie de guerra a todo el campamento cruzado. Los hombres que iban a pie, rápidamente tomaron abrigo entre las peñas y riscos que rodeaban el camino de descenso. Los jinetes aceleraron el paso para llegar lo antes posible al plano y montar en sus caballos. Solo así podían mostrar toda la fuerza de la caballería. Una vez en terreno plano, se agruparon y esperaron a los cristianos. No había por donde escapar por lo que se aprestaron a morir matando.

La batalla se entabló en breves momentos. Desde sus protecciones de piedra los arqueros musulmanes asaeteaban a los cristianos con una eficiencia mortal. En total, ellos contaban con cien hombres a pie y cuarenta jinetes. Al principio las cosas estaban igualadas porque la efectividad de los arqueros era total y andaban resguardados tras las rocas. Fue necesario que llegaran los primeros contingente de infantería cruzada para tratar de controlar en su propio terreno a aquellos radjules. Poco a poco, fueron llegando más jinetes y más infantes desde los campamentos cruzados, y la superioridad numérica se hizo insoportable para los defensores de Barbastro, quienes tuvieron que entregarse ante tal circunstancia. Finalmente, tan solo sobrevivieron veinte jinetes, entre los que se encontraba Alí, quien presentaba un profundo corte en su brazo izquierdo con amenazaba de desangrarse. El resto había perecido en el enfrentamiento.

En Barbastro, la puerta de la Alcazaba estaba a punto de ceder ante los repetidos golpes del ariete. Un nutrido grupo de infantes estaban atentos al momento en

el que se produjera el desplome de las puertas. Los arqueros musulmanes se veían amenazados por los arqueros cristianos que desde algunas atalayas, mantenían a raya con sus flechas a los defensores de las murallas de la alcazaba.

Finalmente, la puerta dio muestras de estar a punto de ceder y Gastón levantó el brazo para reclamar la atención de los hombres que estaban esperando el momento, cuando de repente sintió una punzada en un costado y tras unos instantes en los que el desconcierto se apodero de sus pensamientos, todo se le hizo negro.

Capítulo LX.
Barbastro, El final, 8 de Agosto 1.064/455 de la Hégira

Cuando Gastón abrió sus ojos, sus recuerdos le llevaron al instante en el que sintió que algo le golpeaba en el costado, constituyendo el último recuerdo que tenía en su mente hasta aquel en el que abría los ojos, y veía a su alrededor a Nicolás, a otro hombre que no conocía y que luego supo que se llamaba Eleazar, al Conde de Trelissac, Robert de Gallard y a Arnoul de Montignac, el maestro de armas del conde y su suegro.

Todos tenían caras de circunstancias que se iluminaron en el momento en que él abría los ojos, mostrando un gran alivio en sus rostros. Rápidamente fue puesto en antecedentes. Una flecha lanzada desde la muralla, le había alcanzado en un costado y había perdido el conocimiento además de mucha sangre y que gracias a la pericia de Nicolás y Eleazar, había podido salvar su vida. Le informaron de que la alcazaba había sido tomada y que algunos hombres habían muerto, entre los que se encontraba Guy, el hijo del Conde de Trelissac. Finalmente, le dijeron que en breves días, emprenderían el camino de regreso hacia Aquitania, lo mismo que el resto de los cruzados, quienes emprenderían camino de sus respectivos orígenes.

A Al-Tawil y a sus hombres sobrevivientes, se les permitió abandonar Barbastro en dirección a Lérida, asegurándoles que sus vidas estaban a salvo y sin petición de rescate alguno. Fueron requisadas grandes cantidades de monedas de oro y plata y un gran número de objetos de esos materiales y joyas preciosas que estaban depositadas en la alcazaba, escondidas en un lugar secreto, lugar que

arrancaron mediante tormento al *alwakil* encargado de su custodia.

Sancho Ramírez hizo acto de presencia en Barbastro, donde recibió de manos del Duque de Aquitania y de Guillaume de Montreuil la posesión de la plaza, quien en ese momento, nombró a su cuñado el Conde de Urgel, Ermengol III, *senior* de la plaza, encargándole su reconstrucción y defensa.

Allí mismo, Sancho Ramírez determinó que los habitantes de la ciudad podían seguir en sus casas y mantener sus propiedades sin que nadie pudiera quitárselas, así como mantener sus costumbres y ritos, aunque ello, les llevaría a contribuir con un tributo a las arcas del rey de Aragón.

El Conde de Trelissac estaba de pie ante el cadáver de su hijo Guy. Sus lágrimas inundaban su rostro, pero a buen seguro que quien pudiera observarle, sacaría una conclusión equivocada sobre el origen de aquel llanto. No lo era tanto por el fallecimiento de su hijo, que como padre lo sentía en el alma, sino por el dolor de saber que su hijo había atentado momentos antes de ser alcanzado por una flecha sarracena en un ojo, contra la vida de Gastón, Barón de Basillac, prefiriendo condenar su alma al castigo eterno a cambio de causar la muerte de Gastón, al que odiaba hasta la muerte. Su dolor de padre se veía agravado por su convencimiento de que su hijo ardería eternamente entre las llamas del infierno.

Gastón fue informado por su suegro sobre las circunstancias de su herida. Cuando fue recogido, uno de sus hombres se fijó en las muescas que había en la flecha que tenía clavada en un costado: pertenecían a Guy, quien tenía la costumbre de marcar sus flechas con tres muescas para adjudicarse las piezas cuando iba de caza con sus amigos o nobles de Aquitania. El Senescal Gerbege, le

ordenó que callase para siempre a la vez que informaba al Conde. Gastón sintió gran pena por Guy y por su padre.

Nicolás y Bertrand, se despidieron de sus amigos y emprendieron camino de regreso hacia Saint-Ouen en Rouen donde el primero ejercería, ya de forma continuada, su cargo de Abad.

Ermengol III, pronto se contagió del modo de vida musulmán, rodeándose de lujo y vistiendo a la manera mora, utilizando trajes de seda y prendas ribeteadas y bordadas con oro.

Sancho Ramírez, se dedicó a continuar con su labor de expandir el reino de forma paulatina y segura. Nunca fue partidario de tomar Barbastro en aquel momento, porque no tenía en su poder las plazas que facilitarían su tenencia continuada. Los hechos le dieron la razón, pues al año siguiente, Barbastro fue nuevamente ocupada por los musulmanes. Ermengol III murió de las heridas recibidas en la defensa de Barbastro, cuando iba de camino hacia su condado.

Barbastro fue tomada definitivamente a los árabes en el año 1101 por el rey Pedro I de Aragón que, con el permiso del Papa, la convirtió en sede episcopal, trasladando la sede desde Roda de Isábena. El primer obispo, Poncio, fue a Roma para obtener el permiso del Papa para hacer el traslado.

FIN

Otras Notas, para mayor redundancia.

Alejandro II predicó la Primera Cruzada contra el Barbastro musulmán en 1063, cuando estaba bajo el dominio de Yusuf ibn Sulayman ibn Hud, al Muzzaffar, emir de Lérida. El asedio a la ciudad pudo haber comenzado el 24 o 26 de junio y la toma, cuarenta días después, a principios del mes de agosto de 1064. Acudieron caballeros franceses, normandos y del condado de Urgel. Es posible que participaran en la Cruzada Guillermo de Montreuil al mando de la caballería que salió de Roma, aunque algunos lo descartan; o bien el barón normando Robert Crespín, al que parece que las fuentes árabes llaman *al-Bitubin*. Pudo estar Guillermo, duque de Aquitania, y el obispo de Vic. Barbastro quedó bajo el dominio del rey de Aragón Sancho Ramírez, que quizás la entregó a su cuñado Ermengol III de Urgel, como tenente.

El historiador ibn Hayyán, contemporáneo de la Cruzada (988-1076) hizo una narración de los hechos, que tradujo R. Dozy y publicó Antonio Ubieto Arteta en Historia de Aragón, La Formación Territorial, Anubar Ediciones, 1981, pp. 53-67, de la que transcribimos un extracto:

"La Cruzada contra Barbastro (1064)"

[...] "El ejército de gentes del Norte sitió largo tiempo esta ciudad y la atacó vigorosamente. El príncipe a quien pertenecía era Yusuf ibn Sulayman ibn Hud y la había abandonado a su suerte, de manera que sus habitantes no podían contar más que con sus propias fuerzas. El asedio había durado cuarenta días y los sitiados comenzaron a disputar los escasos víveres que tenían. Los enemigos lo supieron y, redoblando entonces sus esfuerzos, lograron apoderarse del arrabal. Entraron allí alrededor de cinco

mil caballeros. Muy desalentados, los sitiados se fortificaron entonces en la misma ciudad. Se produjo un combate encarnizado, en el cual fueron muertos quinientos cristianos. Pero el Todopoderoso quiso que una piedra enorme y muy dura, que se encontraba en un muro de vieja construcción cayese en un canal subterráneo que había sido fabricado por los antiguos y que llevaba dentro de la ciudad el agua del río. La piedra obstruyó completamente el canal y entonces los soldados de la guarnición, que creyeron morir de sed, ofrecieron rendirse a condición de que se les respetase la vida abandonando a los enemigos de Dios tanto sus bienes como sus familias. Como así se hizo. Los cristianos violaron su palabra, porque mataron a todos los soldados musulmanes conforme salían de la ciudad, a excepción del jefe ibn-al-Tawil del cadí ibn-Isa y de un pequeño número de ciudadanos importantes. El botín que hicieron los impíos en Barbastro fue inmenso. Su general en jefe, el comandante de la caballería de Roma, se dice que tuvo para él alrededor de mil quinientas jóvenes y quinientas cargas de muebles, ornamentos, vestidos y tapices. Se cuenta que con esta ocasión fueron muertas o reducidas a cautividad cincuenta mil personas" [...].

[...] "Los impíos se establecieron en Barbastro y se fortificaron" [...].

[...] "Un número incalculable de mujeres de Barbastro murieron, cuando, dejando la fortaleza donde se morían de sed, se arrojaron sobre el agua y bebieron inmoderadamente. Cayeron muertas en el mismo instante. En general la calamidad que azotó la ciudad fue tanta como terrible, hasta el punto que es imposible describirla o contarla detalladamente. Después de lo que se me ha referido, era frecuente que una mujer pidiese a los impíos, desde lo alto de la muralla, que le diesen un poco de agua para ella o para su hijo. Entonces recibía esta respuesta: "Dame lo que tengas, échame alguna cosa que me plazca; y- en ese caso te daré de beber". Ella arrojaba al soldado lo

que había prometido de lo que tenía, vestidos, alhajas o dinero, y al mismo tiempo le echaba cualquier cosa o un odre atado a una cuerda, que el soldado llenaba de agua. De esta manera ella aliviaba tanto su sed como la del niño. Pero cuando el general jefe tuvo conocimiento de que esto se hacía así, prohibió a sus soldados que diesen agua a las mujeres de la fortaleza, diciéndoles: "Tened un poco de paciencia, pues pronto los sitiados estarán en vuestro poder". En efecto, los sitiados se vieron forzados a rendirse para no morir de sed, pero obtuvieron el "amán". El jefe, no obstante, se inquietó cuando vio su gran número, y creyendo que por recobrar la libertad realizarían cualquier acto desesperado, ordenó a sus soldados empuñar sus espadas y aclarar sus filas. Se dice que fueron muertos entonces en torno a los seis mil. Después el jefe hizo detener la matanza y dio a sus habitantes la orden de salir de la ciudad con sus familiares, siendo obedecido al instante. Pero la muchedumbre fue tal que cerca de la puerta un gran número de ancianos, de mujeres mayores y de niños fueron asfixiados. Queriendo evitar la aglomeración y llegar más rápidamente cerca del agua, muchas personas se dejaron deslizar, por medio de cuerdas, desde lo alto de las almenas de las murallas. Alrededor de setecientas personas notables y bravos guerreros, que preferían más morir de sed que ser degollados, permanecieron en la Alcazaba. Cuando los que habían escapado a la espada y no habían sido asfixiados en el tropel fueron concentrados sobre la plaza, cerca de la plaza principal, donde ellos esperaban su suerte con una ansiedad cruel, se les anunció que todos los que poseían una casa, volviesen a entrar en la ciudad con sus familiares. Se empleó la misma fuerza para apremiarles, de manera que cuando entraban en la ciudad sufrían otro tanto como habían sufrido a la salida. Cuando los habitantes habían sido devueltos a sus domicilios con sus familias, los impíos, obedeciendo la orden de su jefe, dividieron todo entre ellos, de acuerdo con normas fijadas de antemano. Cada caballero que recibía una casa en su partija, recibía a su vez todo lo que estaba dentro, las

mujeres, los niños, etc., y podía hacer del dueño de la casa lo que considerase conveniente. También tomaba todo lo que el dueño le mostraba, y le forzaba por medio de torturas de todo género a entregarle lo que deseaba esconderle. Muchas veces el musulmán moría en medio de estas torturas, lo que era realmente beneficioso, ya que si sobrevivía, había de experimentar dolores todavía más grandes, puesto que los impíos, por un refinamiento de crueldad, tenían placer en violar las mujeres y las hijas de sus prisioneros delante de ellos. Cargados de hierros, estos desgraciados eran forzados a asistir a estas horribles escenas; ellos derramaban lágrimas y su corazón se destrozaba. En cuanto a las mujeres empleadas en los trabajos domésticos, los caballeros, en el caso de que no les interesasen para sí mismos, las abandonaban a sus pajes y criados, con el fin de que hiciesen de ellas lo que quisiesen. Es imposible decir todo lo que los impíos hicieron en Barbastro" [...].

[...] "Tres días después de la conquista de la ciudad, los impíos fueron a cercar a los que se encontraban en la parte más alta de la alcazaba. Los cercados, a los que la sed había vuelto casi irreconocibles, se rindieron entonces después de haber recibido el "amán". Fueron en efecto protegidos por los impíos. Pero, cuando hubieron abandonado la ciudad para irse a Monzón, la ciudad más próxima entre las que estaban en poder de los musulmanes, los encontraron los caballeros cristianos que no habían asistido al asedio de Barbastro, y que, ignorantes que se les había dado la libertad a estos infelices, los mataron a todos, a excepción de algunos que consiguieron salvarse gracias a la huida. Pero el número de éstos fue muy pequeño. Esta tropa tuvo así un fin deplorable: Dios lo había querido así" [...].

[...] Cuando el jefe de la caballería de Roma se resolvió a abandonar Barbastro y volver a su país, escogió entre las jóvenes hijas musulmanas, las mujeres casadas que se distinguían por su belleza, los mozos y muchachos

graciosos, varios dos millares de personas, que él se llevó con el fin de hacer un presente a su soberano, y dejó en Barbastro una guarnición de mil quinientos caballeros y de dos mil peones" [...].

Más adelante sigue ibn Hayyán:

[...] "He aquí lo que me ha escrito uno de mis corresponsales en la frontera". "Después de la conquista de Barbastro, un comerciante judío fue a esa ciudad desgraciada, con el fin de redimir de la cautividad a las hijas de un noble que había escapado a la matanza. Se sabía que estas damas habían caído en la parte de un conde de la guarnición. Ahora bien, he aquí lo que el judío me ha contado: "Llegado a Barbastro, me hice indicar el lugar donde vivía el conde y allí me dirigí. Habiéndome anunciado, lo encontré vestido con las ropas más ricas del antiguo señor de la casa, y sentado sobre el sofá que éste último ocupaba ordinariamente. El sofá y toda la habitación estaba todavía en el mismo estado que tenía el día cuando el viejo señor había sido forzado a abandonarla; nada había sido cambiado, ni los muebles ni los adornos. Cerca del conde se encontraban muchas bellas jóvenes, que tenían sus cabellos levantados y que le servían. Habiéndome saludado, me preguntó cuál era el motivo de mi visita. Le informé y le dije que estaba autorizado a pagar una suma considerable por cada una de las jóvenes que se encontraban allí". Él sonrió entonces y me dijo en su lengua: "Vete rápidamente si tú has venido para esto. Yo no quiero vender las jóvenes que están aquí, ni pensarlo. Pero te haré ver los prisioneros que tengo en mi castillo, te mostraré tantos como tú quieras". Yo no tengo intención, le respondí, de entrar en tu castillo; me encuentro muy bien aquí y sé que, gracias a tu benévola protección, no tengo nada que temer. Dime cuál es el precio que exiges por algunas de las que son aquí; verás que sólo comerciaré contigo." ¿Qué tienes para ofrecerme? Oro muy puro y tejidos preciosos y raros. Tú hablas como si yo no tuviese nada". Después, dirigiéndose a una de sus

servidoras con la que yo había hablado, le dijo: "*Maddja* (quería decir *Bandja*, pero como era extranjero, desfiguraba el nombre de esta manera), muestra a este tunante de judío alguna de las cosas que se encuentran en este cofre". Así interpelada, la joven sacó del cofre sacos repletos de oro y plata así como una infinidad de joyeros, que ella colocaba delante del cristiano y que era tan enorme que lo ocultaban casi a mis miradas. "Aproxima ahora alguno de estos fardos", añadió el conde. Obedeciendo esta orden, ella trajo tantos fardos de seda, de hilados y brocados preciosos, que me quedé deslumbrado y estupefacto; quedé convencido de que en comparación con estas riquezas, no podía ofrecerle nada que valiese la pena. "Tengo tantas cosas, dijo el conde, que no anhelo más; pero supuesto que no tuviese nada, y que se me quisiese dar todo a cambio de ésta mi señora, yo no la cedería, te lo juro, porque es la hija del antiguo señor de esta casa, que es un hombre muy considerado entre los suyos. Porque he hecho de ella mi señora, sin contar con que es una rara belleza, y espero que me dará hijos. Sus antepasados hacían lo mismo con nuestras mujeres cuando eran los dueños; la suerte ha cambiado ahora y tú ves que tomamos nuestro desquite". Después, indicando otra joven que se mantenía a distancia, dijo: "¿Ves esta bella mujer, que es un primor? Pues bien, era la cantante favorita de su padre, un libertino, que, cuando se emborrachaba, se divertía escuchando sus cancioncillas. Esto ha durado hasta que nosotros la hemos espabilado". Después, llamando a la joven, le dijo chapurreando en árabe. 'Toma tu laúd y canta a nuestro huésped alguna de tus cancioncillas". Ella tomó entonces su laúd y se sentó para afinarlo; pero yo le veía caer sobre sus mejillas las lágrimas que el cristiano secaba furtivamente. Se puso a cantar seguidamente versos que yo no comprendía y que por consiguiente el cristiano entendía todavía menos; pero lo que tenía de extraño es que éste último bebía continuamente mientras ella cantaba, y que él mostraba una gran alegría, como si hubiese comprendido las palabras de la canción que ella cantaba" [...].

[...] "Viéndome frustrado en mis esperanzas, me levanté para marcharme y me iba a ocupar de mis asuntos de comercio; pero mi asombro no conoció punto de límite cuando vi la enorme cantidad de mujeres y de riquezas que se encontraban entre las manos de estas gentes" [...].

Nueva toma de la ciudad por los musulmanes:

Al-Muzzaffar de Lérida pidió ayuda a todo el Islam, y la recibió de su hermano al-Muqtadir de Zaragoza, y el emir de Sevilla al-Muqtadir también envió quinientos caballeros. La fecha de reconquista de Barbastro por los musulmanes la da al-Himyari, que dice: "la recuperación de Barbastro por Ibn Hud tuvo lugar el 8 yumada del año 457 (19 de abril de 1065). Para conmemorar la victoria, éste príncipe tomó desde entonces el título honorífico de Al-Muqtadir *billah*". La duración de la ocupación de esta plaza por los cristianos había sido de nueve meses.

Ibn ldari: Al-Bayán Al-Mugrib, pp. 227-228 del texto árabe, traducción de A. Huici, publicada por Antonio Ubieto:[...] "Cuando vio lbn Hud este caso, pregonó una convocatoria para la guerra santa, en el resto del país musulmán, y se encendieron los ánimos de los musulmanes y acudió a él mucha gente, cuyo número no se puede contar". "Se refiere que llegaron del resto del país de Al-Andalus seis mil arqueros, buenos tiradores; sitiaron la ciudad de Barbastro y se aprestaron para combatir a los infieles que acudiesen contra ellos. Cuando comprobaron los infieles la fuerza de los musulmanes y la multitud de sus arqueros, cerraron sus puertas y abandonaron el combate y se les hizo grave su situación" [...].

[...] "Mandó Ibn-Hud, al-Muqtadir *billah*, socavar el muro y mandó a los arqueros que rodeasen el muro, porque no impidiesen los infieles la acción de los zapadores. Los cristianos no sacaban sus manos por encima del muro, y abrieron una gran brecha; apuntalaron el muro, y prendieron fuego a las puntales, y se desplomó aquella

brecha sobre ellos; y los musulmanes les asaltaron la ciudad" [...]

[...] "Cuando los cristianos vieron esto, salieron desde otra parte, por otra puerta, y se lanzaron en un ataque de hasta el último hombre, contra el campamento de los musulmanes, pero los persiguieron y los mataron como quisieron, y no se salvó de ellos, sino muy poca gente de aquéllos, cuyo fin se aplazó" [...].

[...] "Cautivaron a todos los que había en ella, de sus familiares e hijos; y se mató, de los enemigos de Dios, a unos mil jinetes y cinco mil infantes, y no fueron alcanzados de la comunidad musulmana, sino unos cincuenta. Se adueñaron los musulmanes de la ciudad y la limpiaron de la suciedad del politeísmo y la pulieron de la herrumbre de la mentira" [...].

Ermengol III de Urgel murió en este ataque a manos de los musulmanes.

Anexo I. La Bula de llamamiento a La Cruzada.

“Eos, qui in Ispaniam..”

Con éste título se conoce la bula o breve emitido por el Papa, Alejandro II en 1063 con motivo de favorecer la participación de los cristianos en acciones de guerra contra los musulmanes en España.

Barbastro fue el primer objetivo en la que se utilizó, por lo que esta acción contra la importante ciudad musulmana del norte de España se la considera como una Proto Cruzada o ensayo general de las que treinta años más tarde emprendería la Iglesia contra los musulmanes de Tierra Santa. En Barbastro, participaron fuerzas de diversas procedencias acudiendo a la llamada del Papa.

El documento está dirigido a los monjes de la Abadía de San Vizenzo de Volturno, Italia. Es de suponer que copias de la misma fueran cursadas a los príncipes, nobles, obispos, abadías y monasterios importantes de Europa, además, de al Rey de Aragón, Ramiro. Los clérigos, autoridades e instituciones de la Iglesia, tendrían la misión de pregonarla entre los feligreses, además de hacerla llegar a los señores de su zona de influencia.

Texto en Latín.

Clero Vulturnensi. Eos, qui in Ispaniam proficisci destinaratunt, paterna caritate hortamur, ut, que divinitus admoniti cogitaverunt ad effectum perducere, summa cum sollicitudine procurent; qui iuxta qualitatem peccaminum suorum unusquisque suo episcopo vel spirituali patri confiteatur, eisque, ne diabolus accusare de impenitentia possit, modus penitentiae inponatur. Nos vero auctoritate sanctorum apostolorum Petri et Pauli et penitentiam eis levamus et remissionem peccatorum facimus, oratione prosequentes.

Traducción.

Al Clero Volturnense. A aquellos destinados en España, por el amor del padre, les exhortamos a que, para poner en práctica los divinos preceptos, procuren tener la máxima diligencia; y que, según la gravedad de sus propios pecados, los confiesen al obispo o padre espiritual, quien, para que el diablo no pueda acusarlos de impenitencia, les impondrá la forma de penitencia. Y nosotros, por la autoridad de los santos apóstoles Pedro y Pablo, les levantamos la penitencia y les concedemos la remisión de los pecados, a través de la oración.

Traducción : Nicky Semeraro TPT

Glosario de términos.

Adarve. (Del árabe «*ad-darb*» o, según otras fuentes, «*adz-dzir-we*» como «muro de fortaleza»).

Camino de ronda o paseo de ronda, es un pasillo estrecho situado sobre una muralla, protegido al exterior por un parapeto almenado, que permitía tanto hacer la ronda a los centinelas, como la distribución de defensores. Ver también **Azucaque**.

Adul.

Asesor del Cadí; persona que merece entera confianza; notario, escribano.

Alfanje o **alfange.**

Es un término castellano que proviene del árabe hispánico *al-janyar*, que significa 'el puñal', y designa una espada de hoja ancha y curva, con filo en un solo lado (o contrafilo en su último tercio) que durante la Edad Media y hasta el Renacimiento se empleó en la Península Ibérica, buena parte del Mediterráneo y sobre todo en Italia.

Aljama.

1.- Adjetivo que califica a la mezquita principal de la ciudad o mayor, en la que se rezaba la oración comunitaria de los viernes.

2.- Grupo de gentes o barrio.

3.- Sinagoga, morería o judería.

Almotacén.

La figura se extiende por los reinos cristianos como **almotacén**, **fiel del rastro** o **almotacín**, como quienes se encontraban a cargo de la vigilancia y comprobación del ajuste exacto de los pesos y medidas en las transacciones públicas, en especial en los mercados. Actuaban de oficio o

a instancia de cualquiera que considerase que los instrumentos de peso habían sido modificados. También se ocupaban de la comprobación de la moneda: peso y falsificación. Su oficina se llamaba *Fielato*, nombre que también se daba a los puestos de control de entrada y cobro de portazgo que había en las puertas de las ciudades hasta mediados del siglo XX.

Arráez. (Del ár. hisp. *arráyis*, y este del ár. clás. *ra'īs* 'jefe').

1. Caudillo o jefe árabe o morisco.

2. Capitán de embarcación árabe o morisca.

3. Jefe de todas las faenas que se ejecutan en la almadraba.

Azucaque.

También se denomina **Adarve**, en las ciudades islámicas medievales, a los callejones ciegos (ya que sólo que conducen a casas privadas) y que disponen de una puerta al inicio.

Cadí.

Un **cadí** *(*plural*: **cadíes**)* (en árabe قاضى) es un gobernante juez de los territorios musulmanes, que reparte las resoluciones judiciales en acuerdo con la ley religiosa islámica (la ***sharia***). La palabra "cadí" significa *juzgar* o *magistrado*. De acuerdo con el derecho musulmán, los cadíes deben basar sus sentencias en la ***ijma***, aconsejados por los ***ulemas***.

Caíd (En árabe .قاضى, *qāyd* o *qā'id*)

Es el término ***árabe*** referente al ***gobernador*** o ***juez*** de los territorios del ***Norte de África*** y ***Al-Ándalus***. En realidad la palabra ***caíd*** significa líder, guía o caudillo. Por tanto, comparte acepción con ***Cadí***. Sin embargo, se tratan de dos títulos diferentes, ya que el C***aíd***, aparte de juzgar, podía ejercer de gobernador de la ciudad ***musulmana***.

Dirhem. (**Dírham** o **dírhem** en árabe: درهم)

Era una antigua moneda de plata utilizada en varios puntos del mundo islámico que valía la décima parte del dinar de oro.

Fatwa. (En árabe: فتوى *fatwā*, en plural فتاوى *fatāwā*).

A veces también ***fetua***, es un pronunciamiento legal en el ***Islam***, emitido por un especialista en ley religiosa sobre una cuestión específica. Normalmente una ***fetua*** es emitida ante la petición de que un individuo o juez establezca una cuestión donde el ***fiqh*** no está clara. Un erudito capaz de emitir una ***fetua*** se conoce como ***muftí***.

Fiqh.

Jurisprudencia islámica.

Funduq.

Posada para comerciantes con establos y almacenes en la planta baja y habitaciones en la primera planta.

Futa.

Toalla utilizada en los baños.

Haram.

1.- Literalmente significa sagrado, inviolable.
2.- Es la estancia sagrada del santuario de la Meca.
3.- En las mezquitas es la sala de oración principal.
4.- Harén.

Hayib.

Chambelán o jefe representante del Emir o Califa. Llegaba a sustituirle en funciones de gobierno si aquel estaba ausente o lo demandaba.

Ijma. (En árabe إجماع)

Es un término árabe que se refiere al consenso ideal de la ***Ummah.***

Imam. (Del árabe: إمام, *imām*, "que predica la fe").

Suele ser generalmente la persona que dirige la oración colectiva en el islam.

Jatib. (En árabe خطيب *jaṭīb*).

Es, en el islam, la persona que recita el sermón (*juṭba*), durante la oración de los viernes (*yumu'a*) o la eid. El jatib se sitúa también a la cabeza de los orantes en el ritual. El **jatib** generalmente es el ***imam***, pero a veces, ambos roles pueden ser interpretados por diferentes personas. No hay requerimientos para ser elegido **jatib**, más allá de ser varón y púber, y hallarse en estado de pureza ritual.

Majilis.

Asiento bajo mullido, utilizado por los árabes, colocado directamente sobre el suelo. También se denomina así a un lugar de reunión o Consejo.

Matbaj.

Cocina, lugar donde se guisa.

Mihrab. (En árabe: **محراب**).

Es como se designa un nicho u hornacina. Consta de un pequeño espacio interno precedido por un arco (normalmente de medio punto) o a veces, como en la Mezquita de Córdoba, una pequeña habitación, que en las mezquitas indica el lugar hacia donde hay que mirar cuando se reza. El ***mihrab*** está ubicado en el muro de la ***quibla*** el cual está orientado normalmente hacia la ciudad de La Meca. Se le considera el *Sancta sanctorum* de la mezquita.

Muftí. (En árabe: **مفتى**).

Es un ***jurisconsulto musulmán sunni***, intérprete o expositor de la ***sharia*** o ley ***islámica*** con autoridad de emitir dictámenes ***legales*** o ***fetuas***. La

palabra ***muftí***, etimológicamente, significa «emisor de una***fetua»***.

Musalla.

Se llama así a una mezquita de un tamaño menor que la Mezquita.

Qáyyim.

Encargado del mantenimiento de la mezquita..

Quibla. (En árabe (القبلة *al-qībla*)

Se denomina genéricamente a una *dirección* y, en el contexto religioso, aquella dirección hacia la que se orientan los orantes al rezar en la religión que sea, y que puede tener otras implicaciones rituales (en la disposición de tumbas, etc.). En el islam, **alquibla** o **quibla** define la dirección de la Kaaba (en La Meca) y a la que el imán y los orantes deben dirigirse cada vez que realizan sus rezos. En las mezquitas existe un lugar que indica la orientación de la alquibla y que se denomina mihrab.

Sharia, **xaría**, **charía** o **ley islámica** (en ***árabe***: شريعة إسلامية, *Sharia al Islamiya*, 'vía o senda del Islam').

Es el cuerpo de ***Derecho islámico***. Constituye un ***código*** detallado de ***conducta***, en el que se incluyen también las ***normas*** relativas a los modos del ***culto***, los criterios de la ***moral*** y de la vida, las cosas permitidas o prohibidas, las reglas separadoras entre el bien y el mal. En los medios occidentales se la identifica como **ley musulmana**.

Sidi.

El término ***sīdī*** ('mi señor' en árabe andalusí) proveniente del árabe clásico *sayyid*. El término del castellano antiguo «mio Çid» proviene de esa expresión (la última *-ī* es el pronombre posesivo del árabe).

Sunni. (En árabe سنّة) *ʾAhlu-s-Sunnati wa-l-Jamāʿah* (en árabe: أهل السنة والجماعة).

Son el grupo ***musulmán*** mayoritario en la comunidad islámica mundial.

Ulema.

Es la comunidad de estudiantes legales del ***islam*** y la ***sharia***. Su organización y poderes pueden cambiar según la comunidad ***musulmana*** a la que pertenezcan. Aunque la palabra *ulema* es singular en castellano, en ***árabe*** es plural (*ʿulamāʾ*), siendo su singular *ʿalīm*, que significa "erudito".

Ummah.

Comunidad islámica o conjunto de seguidores del ***islam***.

Wali ó Valí.

Es un cargo existente en muchos lugares del ***mundo árabe*** e ***islámico*** que equivale al de ***gobernador***. El territorio gobernado por un valí se llama en árabe *wilāya*, que ha dado lugar al ***turco*** *vilayet*, y éste al ***castellano vilayato.***

Yihad.

1.- Esfuerzo en el camino de Dios para conseguir que las prescripciones coránicas se extiendan sobre la tierra.

2.- Guerra justa, un deber de la comunidad creyente.

Zabazoque.

Término con el que se designaba, entre los siglos IX y XI, al funcionario que regía los mercados locales, en los reinos de Castilla, León y Aragón. Dentro de la escasa actividad comercial propia de la época, los pequeños mercados locales, especialmente en las villas y ciudades episcopales, en las que tenían una mayor pujanza, aunque también en las señoriales y de realengo, se colocaban bajo la salvaguarda del rey, como forma de impedir los abusos y de ordenar la justicia de forma equilibrada. Esta

protección se realizaba a través del zabazoque. De él dependían los restantes funcionarios, como el almotacén.